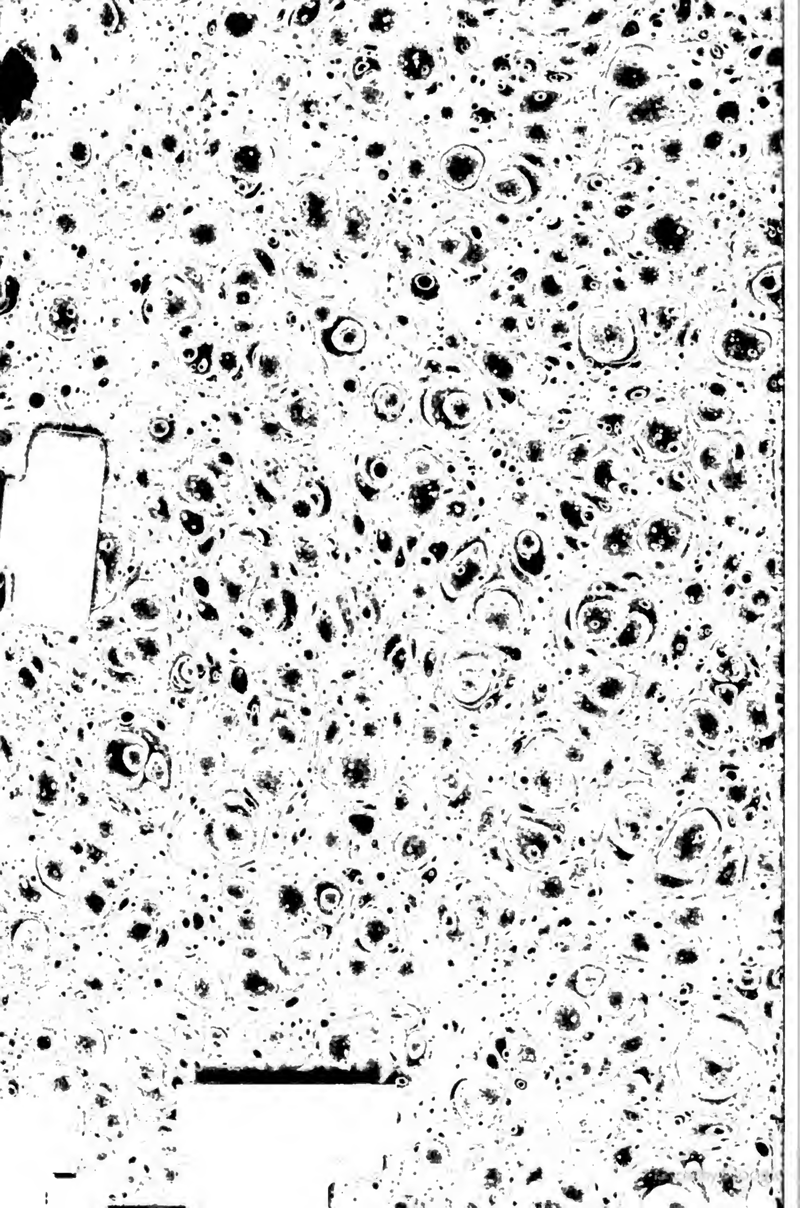
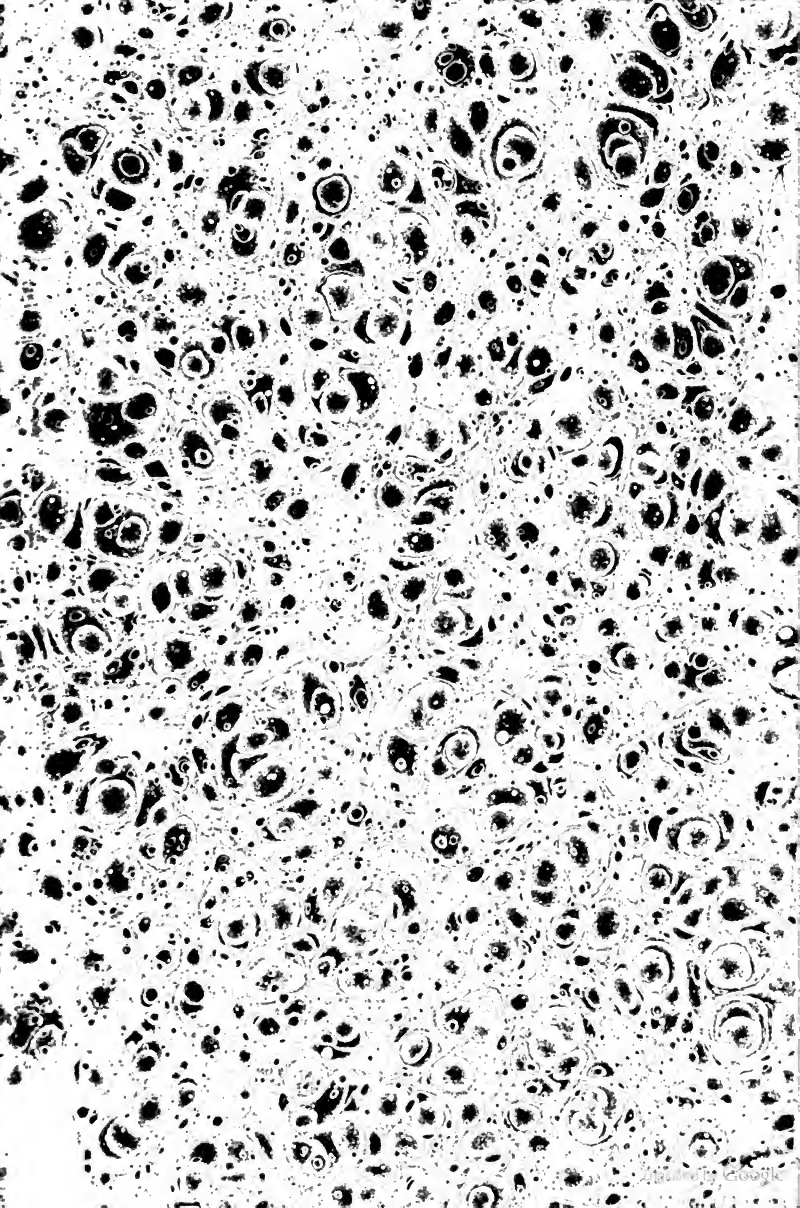






LOS FRAILES

Y SUS CONVENTOS.

TOMO II.

LOS FRAYLES

Y SUS

CONVENTOS.



Fachada del templo del Escorial.

TOMO 2º

J. LLORENS HERMANOS EDITORES

BARCELONA 1851.

LOS FRAILES

Y SUS CONVENTOS.

SU HISTORIA.—SU DESCRIPCION.—SUS TRADICIONES.—SUS COSTUMBRES.
SU IMPORTANCIA.

POR

D. VICTOR BALAGUER.

OBRA ACOMPAÑADA DE HERMOSAS LAMINAS GRABADAS SOBRE ACERO
por D. Antonio Roca, dibujadas por D. J. Puiggari,
REPRESENTANDO YA VISTAS DE INTERIOR Y ESTERIOR DE LOS CONVENTOS, YA ESCENAS ENTRESACADAS
DE LOS PRINCIPALES PASAGES DEL TEXTO.

Tomo Segundo.

TERCERA EDICION.

MADRID,
LIBRERÍA DE LA PUBLICIDAD,
CALLE DEL CORREO. N.º 2.

BARCELONA,
LIBRERÍA ESPAÑOLA,
CALLE ANCHA N.º 93.

LLORENS HERMANOS, EDITORES.
1851.

BARCELONA: Imprenta de LUIS TASSO, calle de Basea, n. 7 y 9.





El Escorial



El Escorial.

LOS FRAILES

Y SUS CONVENTOS.

SAN LORENZO DEL ESCORIAL.

(CASTILLA.)

Hagamos un monumento digno de la grandeza del Dios que adoramos y que recuerde á las generaciones futuras mi poder y mis victorias.

FELIPE II Á HERRERA.

Quiero edificar un templo para Dios y una choza para mí.

FELIPE II.

I.

LA IDEA FILOSÓFICA Y LA IDEA ARTÍSTICA.



H! contemplarlo podeis tanto como os plazca. No hallareis en ese coloso de la arquitectura que imponentemente desenvuelve toda su majestad á vuestros ojos, no hallareis en esa fachada inmensa ni los caprichosos adornos del arte ni las poéticas y graciosas imájenes hijas de la embriaguez del genio. No : es un edificio que parece construido todo de un solo golpe, hecho por una sola mano, cavado en una sola piedra, como el complicado dibujo que de un solo rasgo sabe trazar el lapicero de un hábil artista.

Allí, ley eterna de la hermosura y del buen gusto, la unidad artística no atraviesa jamás sus límites; allí, traduccion viva del pensamiento de Feli-

pe II, solo reina la regularidad, la sencillez, la correccion, la rígida y severa majestad. Es el clasicismo convertido en piedra.

San Lorenzo del Escorial! He ahí un nombre que lleva consigo el aplauso y la admiracion de las edades.

San Lorenzo del Escorial! He ahí un monasterio que es un palacio, un palacio que es un monumento, un monumento que es una maravilla.

El vulgo se para ante él á contemplar tanta grandeza y el hombre pensador inclina su frente y saluda el sueño de mármol, de oro y de piedra del vencedor de San Quintin....

Acaso hemos tomado sobre nuestros débiles hombros una bien pesada carga al tratar de encerrar en pocas páginas la historia de un monasterio que escritores de valía han debido encerrar en volúmenes. Sin embargo, procuraremos cumplir como mejor podamos y empezaremos por lo mismo considerando el Escorial bajo dos puntos de vista.

Bajo el punto de vista filosófico.

Bajo el punto de vista artístico.

Recurramos á la filosofía primero.

Seria Felipe II una gran figura para un gran cuadro, si existiese un gran pintor capaz de poderle emprender.

Porque no se crea conocer á Felipe ni aun cuando vivo nos lo presente el animado pincel de Pantoja, ni aun cuando caracterizado nos lo ofrezca la pluma de cronista empuñada, uno á uno, por antiguos y modernos escritores. No, no hay retrato que baste. Ese hombre á quien unos llamaron el *Prudente* y otros el *Demonio del mediodía*, no cabe en un lienzo limitado ni cabe en la vulgar historia.

Es verdad que tampoco cupo en un mundo solo.

He ahí como nosotros nos hemos figurado alguna vez que podia ser este cuadro.

En primer término Felipe, Felipe en segundo, Felipe en tercero, Felipe siempre y llenándolo todo, pero llenándolo todo como él lo llenaba, solo en medio de la grandeza, aislado en medio de la pompa, paseando su mirada de inflexible severidad por el lujo y la riqueza. En cuanto á su figura, delineada á grandes rasgos, pero á grandes rasgos sensibles. Sus ojos duros con esa dureza casi sistemática que se achleaca, su aspecto religioso sin hipocresía, su rostro triste y severo como.... no como el remordimiento, tampoco como el crímen, como el crímen nó; como la conciencia. En una mano el cetro de hierro, en la otra el mundo, los laureles de San Quintin y de Flandes enroscados á su frente.

En seguida, errantes apariciones perdidas en un horizonte nebuloso, vagando á su alrededor la pálida belleza de Isabel de Francia, el rostro melancólicamente sombrío y resignado del príncipe Cárlos, las sombras acusadoras y envueltas en sus sudarios teñidos de sangre de Escobedo, de Antonio Perez y del marqués de Pozza.

Y todo esto iluminado por el sol que alumbraba á dos mundos, pero por un sol luchando con los sanguinolentos resplandores lanzados por las hogueras de los autos de fé.

Tal es el cuadro que se podria hacer.

Ahora bien, el hombre que en él se delinearia, jigantesco y grave como un ídolo, es el hombre que en medio del rumor de un campamento, que en medio del estrépito de una batalla, concibió la idea de crear un monasterio.

Y qué mucho que pensara ese hombre en un monasterio, si ya su alma era un claustro?....

Pero, dejémonos de juicios que puedan parecer temerarios. Nosotros queremos y debemos creer—porque esta es sin duda la verdad,—que no fué el Escorial la simple realizacion de un voto, como suponen unos, ni fué tampoco un alarde de orgullo, que podria entonces apellidarse inutil, como suponen otros. No, nosotros debemos creer, porque está mas conforme con el caracter de Felipe II, segun este caracter se deduce de la historia, que el *prudente* monarca quiso solo prestar un tributo á la religion de sus padres é ilustrar su época y su siglo con la restauracion de las artes vergonzosamente decaidas en España.

Para hacer una ofrenda á la religion, para hacer un regalo á la artes, era preciso que fueran una ofrenda y un regalo verdaderamente de rey, y de rey señor de dos mundos.

Hizo pues el Escorial.

Los pueblos y los siglos se han encargado de darle á esta obra el sello de valía.

Por lo demás, otras causas se reunieron á estas para la fundacion del monasterio y no estará de sobra que nos detengamos en ellas cuando son causas que produjeron tan brillante efecto.

Felipe tuvo en cuenta el encargo que antes de morir le hizo en un codicilo Carlos V, de erijir un sepulcro para sus huesos y los de su esposa la emperatriz Doña Isabel.

Luego tambien, la idea de dar un público testimonio de gratitud—no

en cumplimiento de un voto, que para decir esto no hay fundamento — al Señor por la memorable victoria de San Quintin, atribuida á la intercesion de San Lorenzo en cuyo dia fué conseguida (1).

Todas estas circunstancias y el motivo que luego le indujo á establecer en el nuevo monasterio la órden de San Gerónimo, se encuentran detalladas en la *Carta de fundacion* que no será malo copiar en cuanto á esto se refiere.

«Reconociendo, dice Felipe II, los muchos y grandes beneficios que de Dios nuestro Señor avemos recibido y cada dia recibimos.... teniendo asimismo fin é consideracion á que el emperador y rey, mi señor y padre.... en el codicilo que ultimamente hizo nos cometió y remitió lo que tocaba á su sepultura.... E porque otrosi nos avemos determinado, cuando Dios nuestro Señor fuere servido de nos llevar para sí, que nuestro cuerpo sea sepultado en la misma parte y lugar.... Por las cuales consideraciones fundamos y edificamos el monasterio de San Lorenzo el Real, cerca de la villa del Escorial, en la diocesi y arzobispado de Toledo; el cual fundamos á dedicacion y en nombre del bienaventurado San Lorenzo.... y en memoria de la merced y victorias que en el dia de su festividad de Dios comenzamos á recibir. E otrosi le fundamos de la órden de San Gerónimo por la particular afeccion y devocion que á esta órden tenemos, y le tuvo el emperador y rey mi señor.»

Comprendido ya esto, pasemos al edificio.

El dia 23 de abril de 1563 se comenzó la fábrica, asentando la primera piedra Juan Bautista de Toledo, famoso arquitecto, escultor y matemático.

La planta es á imitacion de unas parrillas con relacion al martirio del santo á que está dedicada la obra. El mango lo forma la habitacion real que está á espaldas de la capilla Mayor y los piés figuran ser las cuatro torres de las esquinas de mas de doscientos piés de elevacion.

Si la religion cristiana tiene un arte, el Escorial es la obra maestra de este arte.

Allí no hay esas torres góticas, llenas de esbeltez y lijereza, que parecen agujerear las nubes y lanzarse al cielo como un pensamiento de divina sublimidad, allí no hay esas filigranas, esas ojivas, esos calados, verdaderos gorjeos de piedra, que son en el arte lo que los éxtasis sagrados en el alma impregnada de cristiano amor; allí no hay ni fausto, ni lujo, ni amanera-

(1) Ganose esta batalla al 10 de agosto de 1557

miento en la arquitectura; allí, en fin, se lee comprensible, claro, distinto, al caracter dominante de la época, la firmeza de una religion que echaba hondas raices ante los mismos coléricos combates de la herejía y del cisma.

El Escorial tiene pues un caracter particular. Ni se parece á las catedrales góticas, ni se diferencia de ellas.

No se diferencia de ellas porque pertenece al arte y al género que hablan el lenguaje de la fé á la imaginacion y á los sentidos de los fieles, porque participa muy aventajadamente, en el terreno del arte se supone, de los rasgos y caracteres que se consagran á la representacion de la sublimidad de las cristianas ideas.

Y no se parece, porque se muestra viudo completamente de las aéreas columnitas, de las levísimas agujas, de los encajes de piedra, de los joyeles y calados de esa arquitectura que tiene mas poesía que verdad y que casi — casi decimos — era la imágen de una religion que abrigaba aun mas esperanza que realidad.

El Escorial ya no, ya no es esto. Su arquitectura es robusta, severa, varonil, maciza, eterna, modelada á imágen y semejanza de la Iglesia católica que, firme ya en el mundo, predica la sublimidad de sus misterios y la eternidad de su existencia.

No somos nosotros los primeros escritores que al contemplar la atrevida fábrica del Escorial, hayamos encontrado en ella un testimonio vivo y palpitante de las ideas y sentimientos coetáneos, un testimonio irrecusable de la religiosidad española y del catolicismo de Felipe. Tambien otros autores han hallado lo mismo y por esto, al hablar de San Lorenzo, esclama una pluma anónima, pero en alto grado inteligente:

«No, el arte no es hipócrita, no sabe engañar, no miente nunca. La idea gigantesca concebida por Felipe y magnificamente realizada por Toledo y por Herrera, jamás habria existido si no hubiesen hallado, como despues el pincel apacible de Murillo, sus inspiraciones en el cielo. Desgraciado de aquel que admirando en el monasterio del Escorial los primores de las artes, no vislumbra por entre ellos la fé ardiente y pura que le dió cuerpo y existencia. Su ceguedad es la peor de todas; es la ceguedad del corazon.»

Nosotros estamos conformes con esta bella idea. Por esto hemos dicho mas arriba, y repetimos ahora, que si el cristianismo tenia un arte, era San Lorenzo la obra maestra de este arte.

Es una verdad inconcusa. El Escorial es en la arquitectura lo que la y Iliada en la poesia.

El Escorial es el gran poema de la arquitectura cristiana.

A su fabricacion concurrieron los mas nombrados artífices nacionales y estrangeros y allí viven en sus obras, como los poetas en sus libros, para estudio y modelo de los siglos posteriores. La arquitectura, dignamente personificada en Juan Bautista de Toledo, Juan de Herrera y Fray Antonio de Villacastin, desarrolló allí todas las galas de su poder, y todos los recursos de su tesoro.

Estos grandes artífices se penetraron de la idea matriz, de la idea filosófica, comprendieron que la belleza mística en nada se parecia á la belleza terrena como en nada se parece un ángel á una muger, creyeron, y creyeron acertadamente, que las artes religiosas difieren grandemente de las artes paganas como difiere el sensualismo de la rigidez cristiana, y levantaron una obra que tuviera un carácter propio, original y puro, que fuera al mismo tiempo que un símbolo, una creencia y que participara de la esplendidez de un palacio al mismo tiempo que de la austeridad de un claustro.

Felipe II debió de quedar contento al verse tan fielmente interpretado, al ver tan perfectamente traducido en un lenguaje de piedra la pasmosa gigantez de su sueño de religiosidad y gloria.

Felipe II debió quedar tanto mas contento, cuanto que al ofrecerle terminada la obra que debia ser *un templo para Dios y una choza para él,* pudo verse en ella retratado tan exactamente como mejor no podia serlo en el lienzo.

El San Lorenzo que se elevaba triste, sombrío, austero, majestuoso en un pintoresco yermo, era el mismo Felipe dibujando su perfil grave, severo, inquisitorial, intolerable en la historia de su siglo.

Por esto tambien nosotros creemos con un escritor que Toledo y Herrera, manejando hábilmente el género greco-romano, imprimieron en aquel suntuoso edificio el carácter de su fundador y el sello de su época, que Toledo y Herrera hicieron una obra pura y esclusivamente española en el siglo XVI.

Y ahora que ya bajo el punto de vista filosófico hemos examinado al coloso, tócanos, si bien que mas brevemente, juzgarlo bajo el punto de vista artístico.

Dejaremos para ello hablar á un verdadero inteligente.

Nótase en el edificio una manera de variedad que produce en el ánimo dilatacion y agrado, pero esta variedad no sale nunca de los límites de la unidad artística, ley eterna de la hermosura y del buen gusto.

Si el plan era magnífico, la ejecucion fué admirable y atrevida. Venciéronse dificultades inmensas, producidas por los accidentes del terreno y por la magnitud misma de la fábrica. Los paredones, que tienen por algunos parajes mas de seis varas de espesor, se hallan á veces calados en todas direcciones con puertas y ventanas, con pasadizos y escaleras y practicables además para la comunicacion y el paso como sucede en la galería que corre interiormente por lo alto de la iglesia.

Es muy de ver aquel tránsito hecho á bóveda traveseando y deslizándose con una maestría y con una facilidad portentosa por los giros, vueltas y recodos que la configuracion del templo hizo precisos. En este parage y en todo el edificio se vé á Juan de Herrera jugar caprichosamente con moles gigantescas, cual si hubiese querido patentizar á las generaciones futuras, asi el poder del arte, como la valentia del artífice. Merecen tambien fijar la atencion el delicado encaje y exactísimo ajuste de las piedras, y los galanos y acabados cortes que las presentan á la vista como de una sola y misma pieza, que no pudieran ser mas perfectos dibujados á placer con el pincel ó amasados de manejable y dócil barro.

Maravilla sobre todo y aun estremece y causa miedo, contemplar pesos enormes, superiores á todo encomio, reposados audazmente en bóvedas sencillas que suelen tener por clave una piedrezuela cuyo espesor llega apenas á dos dedos. Basta el estudio de esta inmensa fábrica para hacer un arquitecto aventajado: las bellezas, los primores del arte, las dificultades superadas, se encuentran allí á cada paso, y siempre en elevada y sorprendente escala.

Tal es el Escorial considerado bajo los dos puntos de vista.

II.

OJEADA GENERAL.

Vamos á entrar ahora en la descripcion del edificio, pero nuestros lectores nos permitirán que prescindamos algun tanto de la parte artistica, en obsequio á la brevedad.

Solo en este capítulo no escasearemos los detalles. Es preciso hacernos cargo de la grandeza del monumento antes que á visitarlo y recorrerlo entremos.

La planta del edificio forma un paralelógramo rectángulo que cuenta de Norte á Mediodia 744 piés, y 580 de Oriente á Poniente. Semeja en su totalidad á unas parrillas en conmemoracion del martirio de San Lorenzo. Toda la fábrica, inclusas las nueve torres que la adornan y ennoblecen, está construida de piedra berroqueña, y revestida en la parte superior de pizarras ó planchas de plomo, proporcionando el bellísimo golpe de vista que hemos ya bosquejado.

No encuadran puntualmente las fachadas con los cuatro puntos cardinales, lo que se hizo de propósito por acuerdo de Juan de Toledo y del régio fundador. Declinaron la fachada del Mediodia un grado poco mas hácia el Oriente para que este paño, donde habia de levantarse el aposento real y la principal habitacion de los religiosos, gozase mas presto del sol en el invierno, y quedara mas al abrigo de los vientos fuertes, y aquella declinacion se fué repitiendo, como era natural, en las demás fachadas.

Autorizan y dan relieve al edificio, cercándole en todos lados, por Norte y Poniente, una espaciosa lonja y por Oriente y Mediodia los jardines hoy llamados de Palacio, sostenidos con elegancia por un órden de arcos que aumenta su belleza

De frente al monasterio, están, á la parte del Norte, tres casas enlazadas por pasadizos que forman arcos rebajados, cuyo destino es el de hospedar las oficinas y gente de palacio en tiempo de jornada: las dos primeras se llaman *de los oficios*, y la otra *de los ministerios*. Con esta forma ángulo la *de los infantes*, que se halla en el lado de Poniente, arrimada á otro edificio subordinado al monasterio dicho *la Compaña*. En tiempo de Cárlos III se abrió una galería subterránea que conduce desde las casas de oficios al palacio para evitar el paso de la lonja en el invierno, casi intransitable cuando arrecian las nieves y los vientos. Esta galería tiene 181 piés de un estremo á otro y 10 hasta la mayor altura de la bóveda.

El género de arquitectura seguido con admirable uniformidad y valentía en todas las partes del edificio, es el greco-romano, y con preferencia el órden dórico, adecuado á la severa rigidez de un monasterio.

La fachada principal se colocó á la parte de Occidente siguiendo la tradicion antigua de la Iglesia que asi lo recomienda.

Abarca este lienzo 744 piés de largo, y cuenta 72 de altura hasta la cornisa que le dá remate. Elévanse á entrambos lados de esta fachada, á la manera que en todas ellas, dos hermosas torres de mas de 200 piés de elevacion con capiteles de pizarra. La portada principal está en el centro, y á igual distancia, entre ella y las torres, hay otras dos de menos importancia: está adornada la primera por un cuerpo de arquitectura de medio resalto que se eleva 145 piés por 140 de ancho. Sobre un pedestal de una vara de altura se alzan ocho columnas dóricas empotradas que forman un intercolumnio de cada lado y hacen juego con la cornisa que corre por todo el cuadro de la fábrica. La puerta tiene de claro 24 piés en alto y doce en ancho, guardando proporcion doblada; que es la que hace mejor vista en las puertas y ventanas; con todo eso parece pequeña por ser tan robusta y majestuosa la fachada de esta frontera y pórtico, como ya lo advirtió el P. Sigüenza. Las jambas, dinteles y sobredinteles son piezas enormes cortadas de una misma piedra.

Encima de este cuerpo dórico se levanta otro jónico compuesto de cuatro columnas del mismo relieve que las inferiores, en las cuales descansa el frontispicio triangular adornado con tres bolas sobre pedestales que dan cima á la portada. En el centro de este segundo cuerpo se vé una estátua colosal de San Lorenzo de quince piés de alto, labrada por Monegro en piedra berroqueña, fuera de los estremos, que son de mármol blanco. Mas abajo se ven las armas reales en lugar humilde, significando la in-

mensa distancia que hay de los reyes del mundo á Dios rey de los reyes.

Las otras dos portadas, uniformes y mas sencillas, suben á cien piés de altura: la que está á la derecha del edificio, ó lo que es lo mismo, á la izquierda del espectador, conduce al seminario; la otra sirve de paso á los claustros menores y á las cocinas del convento.

Sin mas adorno que estas portadas, las dos torres de los ángulos, el zócalo que corre á raiz del suelo, una faja ó imposta formada á los treinta piés, la cornisa grande que corona el edificio y cinco órdenes de ventanas, que llegan en todas á 266 por este lado, ofrece el lienzo de Poniente una vista severa y magestuosa, hábilmente acomodada al objeto religioso y austero de la fábrica.

La banda que mira á Mediodia cuenta 580 piés de torre á torre, inclusas estas; carece de portadas ú otro adorno, y sin embargo es de las mas agradables á la vista, por la sencillez y uniformidad de sus líneas y perfiles, no interrumpidos en toda la prolongacion de la fachada. Embellécenla los jardines tendidos á sus piés como una alfombra. Por bajo de este lienzo corre un estribo tan robusto y macizo como se necesita para sostener la inmensa pesadumbre de la fábrica. En el declive formado por este hay un órden de rejas cuadradas y otros cuatro de ventanas en lo restante del paño, en todas 296 las de este lado, que es notable asimismo por la circustancia de haberse colocado en él la piedra fundamental ó primera del edificio.

El lienzo de Oriente tiene 744 piés por línea recta, ó 1098, tomando en cuenta las salidas y resaltos de la fábrica que le afean algun tanto, sobre todo el testero de la capilla mayor de la Iglesia, porque levantándose como un paredon desnudo, sin adornos de ninguna clase, hace una vista desgraciada y fria. Hay tres resaltos además de este: el primero es un tránsito que conduce al aposento régio: el segundo el espacio donde habian de erigirse las torres de las campanas, segun la primera planta, y el tercero producido por un patio y por la real habitacion. Los órdenes de ventanas (suman estas 386) son exactamente iguales á los del paño que mira á Mediodia.

El situado al Norte tiene 580 piés de largo como este último. Sírvenle de adorno tres puertas principales. La primera (á la izquierda del espectador) conduce al patio de palacio, la segunda á las cocinas y otros oficios de la casa real, y la tercera al colegio. En este lienzo, que está muy bien labrado, aunque es el mas triste y desairado por su colocacion, solo pusieron 180 ventanas para librarle del cierzo, muy molesto en este sitio.

Resulta, pues, que el cuadro del edificio cuenta 3002 piés en toda su estension por la parte esterior, y que las puertas, nichos y ventanas de los cuatro lienzos ascienden á 1142 por este órden: quince puertas, diez y siete nichos y 1110 ventanas.

III.

EL TEMPLO.

Enterado ya el viajero del esterior, atraviese los tres grandes arcos que le dan entrada al patio de los Reyes, que este nombre recibe de las seis estatuas que llaman la atencion apenas se penetra en este sitio.

Es un bello patio y detenerse debe el viajero á contemplarlo.

Allí está la sencilla y grave fachada de la iglesia con sus cinco arcos. Cargan á plomo sobre las columnas seis grandes pedestales donde reposan otras tantas estatuas de gigantescas y nobles proporciones. Los pedestales tienen 13 piés, las estatuas 17, y son asimismo de Juan Bautista Monegro, escultor y arquitecto toledano. Las cabezas, piés y manos son de mármol y lo demás de la mejor piedra berroqueña que se encontró. Segun la tradicion, todas ellas y el San Lorenzo de la fachada, fueron cortadas de una misma piedra que se vé todavía en el campo llamado de los Reyes, jurisdiccion de Peralejo: tiene grabada esta especie de inscripcion, de no muy buen gusto por cierto, pero que nadie negará que espresa perfectamente el pensamiento de su autor.

Seis reyes y un santo
Salieron de este canto
Y quedó para otro tanto.

Representan estas estatuas seis reyes bíblicos de la Tribu de Judá, Josafat, Ezequías, David, Salomon, Josías y Monassés. Eligiéronse estos reyes entre

los del antiguo testamento, porque fueron los que tuvieron parte mas ó menos activa en la fundacion del templo y en su restauracion. Poética y bella idea la de grabar en bultos colosales y en caracteres de piedra al frente de tan suntuosa fábrica, la célebre historia de la casa primitiva de Dios, de la obra magnífica de Salomon, del templo de la ley antigua!

Ya hemos dicho que son seis estatuas gigantescas. Para formarse de ello una idea, basta saber que las coronas de bronce dorado á fuego pesan cuatro arrobas cada una, dos arrobas cada cetro y quince el arpa que empuña David, el entusiasta cantor de los inspirados Salmos.

Suba el viajero las siete gradas que conducen al vestíbulo del templo y penetre en él, no sin antes haber echado una ojeada á las inscripciones que se ofrecerán á su vista esculpidas en letras de bronce dorado á fuego sobre mármol negro. Una de estas inscripciones le enterará de que Felipe puso la primera piedra de aquella iglesia el dia de San Bernardo, año de 1580. La otra le dirá que fué consagrada la basílica por el nuncio de S. S. el 30 de Agosto de 1595.

Dejemos ahora hablar al reputado escritor Señor Amador de los Rios, y oigamos como se espresa.

«Luego que pasamos la verja de bronce, dice, que separa el vestíbulo del cuerpo de la iglesia, no pudimos contener el entusiasmo que en nosotros produjo el gran templo en cuyo recinto nos hallábamos. Confesamos ingénuamente que sin recordar las formas de la arquitectura que le decora, sin meditar un punto sobre la procedencia del arte á que es debido, el templo de San Lorenzo despertó en nosotros elevadas ideas y sentimientos altamente religiosos. Cual podrá ser la causa de esto?... Herrera que abrigaba en toda su pureza las creencias de sus mayores y que habia comprendido el pensamiento colosal de Felipe II, no podia olvidar que las formas del arte romano, no se amoldarian tan facilmente á sus deseos, sin esperimentar algunas modificaciones insignificantes quizá en su apariencia, bien que de suma importancia en el fondo. Allí está en efecto el arte derivado del greco-romano, pero purificado por el genio del cristianismo; engrandecido por la severidad austera de aquellas líneas que parecen remontar el espíritu á otra esfera, alterado visiblemente en su disposicion y en sus proporciones. En efecto; ó nosotros sabemos muy poco de la historia del arte, ó no existió en la antigüedad un templo de tal magnitud ni de tan grandiosas formas; solo la gran basílica de San Pedro en Roma y el templo de San Pablo en Londres, pueden en los tiempos modernos competir en este punto con la iglesia de San Lorenzo, sin que sea dado al úl-

timo sostener con ella la comparacion, respeto á su mérito artístico. La catedral de Londres, á pesar del magnífico conjunto que en su esterior presenta, á pesár de los visibles esfuerzos hechos por su arquitecto Gerónimo Wren para emular en su interior la basilica romana, deja conocer facilmente que era aquel artista partidario demasiado ciego de las formas clásicas y que se habia ya apartado de la comunion católica. En una palabra: la catedral de Londres es un templo protestante, mientras la iglesia de San Lorenzo puede tal vez presentarse como modelo de un templo católico en los tiempos modernos.

«La planta de esta iglesia, si bien describe en la nave principal y en el crucero una cruz latina, es en su totalidad la de una parrilla, forma que se dió tambien al conjunto del monasterio. Esta disposicion hace pues que el templo se componga de tres naves, terminando las colaterales en el crucero y siendo mucho menos elevadas que la central, cuyas colosales proporciones contribuyen en parte á rebajar la magnitud de aquellas. Consta el cuerpo de la iglesia de dos arcos, sin contar los torales en que estriba la magnífica cúpula, descansando en fuertes machones, exornados de colosales pilastras istriadas que se levantan hasta el cornisamento. Hemos oido á algunos artistas é inteligentes tachar esta parte del edificio, manifestando que el embasamiento en que asientan las referidas pilastras, ó carece de alguno de sus principales miembros ó es notoriamente defectuoso, por no corresponder á lo restante de la fábrica. Indudablemente que á primera vista llama la atencion y aun repugna al buen gusto el considerar la poca elevacion del embasamiento referido, no pareciendo sino que se ha hundido en el pavimento bajo la inmensa pesadumbre de los machones y de las bóvedas. Pero este defecto, que es sin duda imperdonable en un génio como el de Herrera, desaparece al levantar la vista para contemplar la magnífica cúpula que se eleva á la prodigiosa altura de trescientos treinta y cinco piés hasta el anillo de la linterna, la cual tiene otros veinte piés de elevacion, componiendo la suma total de trescientos cincuenta y cinco, que escede á las mas elevadas torres de toda España. Divídese la media naranja en ocho grandes compartimientos, en cada uno de los cuales se mira un arco de considerables dimensiones, exornando pilastras sencillas y graciosas molduras, este primer cuerpo hasta el arranque ó anillo de la cúpula: no puede esta ser mas suntuosa y bella, ni producir mas sorprendente y agradable aspecto en el ánimo de los espectadores. Ya lo hemos indicado arriba: cuando el artista alza los ojos desde aquel pavimento para examinar tan sublime portento, se siente instantáneamente

sobrecojido de un respeto profundo, y olvidándose de cuanto en el mundo le rodea, aspira á remontarse á otras regiones. He aquí el triunfo de Herrera.»

Tal es como se espresa el Señor Amador de los Rios, cuyas bellas ideas y cuya bella prosa hemos querido dar á conocer á nuestros lectores.

Prosigamos ahora la descripcion, si bien que brevemente como ya hemos indicado, pues que no deseamos escribir con todos sus detalles una obra especial, sino consagrar un recuerdo á aquella gran produccion de las artes.

Tan grata como inesplicable es la impresion que siente el viajero al hallarse en medio de este grandioso templo donde no sabe que admirar mas, ni sabe siquiera por donde empezar á admirar.

Una de las cosas que mas principalmente cautivan su admiracion es la capilla mayor, cuyo altar está aislado por todas partes para mayor comodidad y decencia del oficio divino. Compónese de jaspes y de mármoles bellamente entallados y ensamblados; el ara es una rica piedra de jaspe, toda de una pieza, y el retablo es una bella fábrica con jaspes finísimos, metal y bronce dorado á fuego y ostenta todos los órdenes de la arquitectura greco-romana, escepto el toscano.

En los intercolumnios se contemplan magníficos cuadros y estátuas cuya descripcion sola ocuparia estensas páginas. Baste decir que todo es allí de una riqueza suma y de un lujo portentoso.

A uno y otro lado del anchuroso presbiterio se hallan las tribunas, desde donde las personas reales asisten á los divinos oficios, levantándose sobre aquellas dos cuerpos de arquitectura, de órden dórico, en cuyo centro se ven arrodilladas ante ricos reclinatorios varias estátuas, imágenes regias envueltas en sus rozagantes mantos donde resaltan en vistosos escudos de armas las orgullosas águilas austriacas, los vencedores leones castellanos. Cinco son las que se ven á la derecha del altar. La primera es Cárlos V, armado con espada ceñida, la cabeza desnuda, puestas las manos en actitud de orar, vestido el manto imperial con el águila de dos cabezas; á la derecha está la emperatriz Doña Isabel su esposa; detrás Doña María su hija; y luego Doña Eleonora y Doña María hermanas del emperador, partidas un dia de sus brazos para ir á ocupar la primera el trono de Francia y la segunda el de Hungría.

En el claro ó espacio mas próximo al altar se lee esta inscripcion en latin:

Si alguno de los descendientes de Cárlos V sobrepujase la gloria de sus hazañas, ocupe este lugar primero: los demás absténganse con reverencia.

En el testero que está allí junto dice otra inscripcion latina:

Estas son las armas y blasones del linage y descendencia de parte de padre del emperador romano Cárlos V, no integros, sino los que cupieron en estas angosturas, puestos separadamente por sus grados y dignidades.

Las estátuas del otro enterramiento colocado á la izquierda del altar, estén distribuidas de esta suerte: en el espacio ó intercolumnio de en medio se ve á Felipe II, hincadas las rodillas, descubierta la cabeza, las manos en actitud de orar, armado y vestido con el regio manto por el cual se tiende el escudo de las armas reales figurado con hermosos matices, que son los nativos de las mismas piedras, trabajo de gran primor y coste que se puede armar y desarmar en varias piezas. Al lado derecho está la reina Doña Ana su cuarta muger madre de Felipe III: detrás la reina Doña Isabel la tercera de sus mugeres; á la derecha de esta reina Doña Maria de Portugal, su primera esposa y madre del príncipe Don Carlos, quien está á sus espaldas, todas de hinojos y en postura devota y recogida.

En el espacio ó claro vacío mas cercano del altar mayor dice una inscripcion latina:

Este lugar que aquí queda vacío, le guardó, quien le dejó de su grado, para el que de sus descendientes fuere mejor en virtud: de otra suerte, ninguno le ocupe.

En el claro del otro lado que está detrás del rey, hay esta otra inscripcion:

Este lugar queda destinado con particular y muy pensado afecto de los hijos para que le ilustren sus claras memorias cuando fallecieren despues de largos años.

Al bajar las anchas gradas del presbiterio se encuentran dos púlpitos, los cuales no tienen mas mérito que el de ser de esquisita agata. Fueron traidos en tiempo de Fernando VII de la antigua abadía de Parraces.

No citaremos los cuadros, estátuas y frescos que adornan la capilla mayor y el templo. Seria nunca acabar. Nos contentaremos solo con citar los artistas que allí tienen obras. Es una brillante serie de famosos nombres. Navarrete conocido por *el mudo*, Federico Zúcaro, Juan Gomez, Lucas Cangiaso ó Luqueto, Luis de Carabajal, Tibaldi ó Peregrin de Peregrini, Juan de Urbina, Rómulo Cincinnato, Alonso Sanchez Coello, Diego Velazquez, Lucas Jordan, y los escultores Leon Leoni, Pompeyo Leoni y Jacobo Trezo, el mismo que dió nombre á una calle de Madrid.

El coro es una gran pieza hermosamente adornada. Cuenta ciento veinte y ocho sillas entre altas y bajas, todas de esquisitas maderas de España é Indias. En la sillería alta hay un cuerpo de columnas istriadas, con sus pilastras detrás y son de órden corintio: sus capiteles, medallones, florones, etc. se ven trabajados con el mejor gusto. Las sillas bajas tienen pilastras y los respaldos de ambos órdenes están adornados de embutidos.

En medio de los lados de este coro hay dos órganos, cuya arquitectura es de órden corintio. Tambien hay otro órgano, de plata algun dia y hoy de madera pintada que se lleva en la procesion del Corpus.

Del centro de la bóveda pende una grande y hermosa araña de cristal de roca que pesaba 35 arrobas, pero que quedó bastante falta de adornos y colgantes cuando la invasion francesa.

La silla prioral está coronada por un medio punto engalanado con florones de box y molduras elegantes, quedando cuadradas las dos colaterales; encima de todo asienta un frontispicio cuadrado que concluye con otro menor, compuesto de 4 columnas pareadas á los estremos, con sus pilastras detrás, y á los lados para estribo del mismo frontispicio unas cartelas grandes, revueltas con mucha gracia, rematando todo en una pequeña estatua de San Lorenzo.

La última silla del testero, á la derecha de la silla prioral, es la que ocupaba Felipe II cuando asistia al coro.

Esta silla tiene su tradicion.

Hallábase una vez sentado en ella el monarca español. Era el año 1571 y rezaba la comunidad las vísperas de la octava de todos los santos, cuando un caballero de la cámara de Felipe llamado Don Pedro Manuel entró precipitadamente en el coro, lleno el rostro de alegria.

Muy grande y notable debia ser la causa que motivaba la llegada de Don Pedro Manuel para que se atreviera á interrumpir al rey en sus religiosas meditaciones.

Muy grande en efecto; como que era nada menos que la nueva de la gloriosa victoria de Lepanto. Acercóse pues al rey y comunicóle la noticia, pero Felipe no hizo movimiento ni mudanza alguna; su rostro no se alteró, sus ojos quedaron contritos y prosiguió impasible sus devociones, como si no hubiese atendido ó no hubiese oido la importantísima nueva que de traerle acababa el caballero.

Acabados los oficios, se levantó y acercándose al prior le dijo:

—Reverendo padre, mandad cantar un Te Deum en accion de gracias por la victoria que han alcanzado nuestras armas.

El correo portador de esta noticia, habia traido tambien como por señas y despojo el estandarte turco y los faroles de la galera capitana, y se guardaban en el coro como memorias preciosas de aquella jornada memorable, hasta que perecieron lastimosamente en el terrible incendio de 1671.

A espaldas de la silla prioral, por todo aquel testero, se forma un tránsito dentro del maciso de la misma pared, con tres ventanas grandes que dan al atrio de los reyes. Frente á la de en medio hay un altar con un crucifijo de mármol blanco del tamaño que tenia el Salvador, fijado en una cruz de mármol negro de Carrara, que se embutió en otra de madera para mayor seguridad. Bajo sus piés se lee un nombre solo, pero un nombre que vale todo un tesoro de rey. Dice: *Benvenuto Zelinus.*

De la iglesia se pasa á la antesacristía y luego á la sacristía que caen á su parte meridional. Es la antesacristia una pieza con bancos de nogal en torno y una fuente de mármol pardo que sirve para lavarse las manos los sacerdotes. Notables lienzos visten las paredes. Son de Pablo Verones, de Alberto Durero, de Andrea del Sarto, de Vandick, de Rubens y del Españoleto, todos como se vé, reyes de la pintura.

La sacristia es una pieza grande, clara y hermosa que infunde al ánimo tanta devocion como la iglesia misma. Los cajones de esta sacristía son de las mismas maderas que las sillas del coro, caoba, ébano, terebinto, cedro, nogal, etc. Es de notar un espejo grande con marco muy recargado de adornos de cristal de roca, presente de valor que hizo la reina Doña María Ana de Austria.

Hay en esta sacristia riquezas inmensas y embellecianla antes muchos cuadros de célebres pintores, entre los que estaba *la perla* de Rafael, pero ahora han menguado mucho en importancia por haberse trasladado en 1837, veinte y seis originales de los mejores al Museo de Madrid, sustituyéndoles otros de menor estimacion. No obstante al pié de los lienzos que quedan se leen entre otros los nombres eminentemente famosos de Zurbaran, Veronés, Domingo Tehotocopuli, Ribera, Vandick, Tintoretto, Guido Reni, Ticiano, Greco y Jordan.

En el testero en frente de la puerta está el retablo de la Santa Forma. Lo que es en él mas digno de alabanza es el cuadro que tiene en medio de Claudio Coello, que se hizo al tiempo de colocar la Santa Forma espresada. Se ve en él á Cárlos II de rodillas con mucha corte y séquito de grandes y señores; todos con velas encendidas; de otro lado se ven los monges ordenados en larga procesion. Su campo es la perspectiva de la

bóveda y parte de la misma sacristía. Desde la puerta de esta se toma á primera vista este cuadro por una prolongacion de ella, tan completa es la ilusion.

Lo demas de este testero se compone de varios mármoles blancos y jaspeados, de bronces dorados y otras ricas materias. Bajo el cuadro de Coello hay un nicho y en él un templete de bronce dorado que guarda una custodia de labor muy prolija donde está colocada la Santa Forma. En lugar del templete habia antes una custodia de belleza estraordinaria y tasada en cien mil duros, pero desapareció como tantas otras cosas cuando la invasion francesa.

No es posible que concluyamos la rápida descripcion que hemos hecho del templo, sin hablar algo del panteon, que bien dice Ponz cuando dice que no sabe como llamaron así al lugar en donde están enterrados los reyes y reinas. En efecto, no corresponde á la grandeza y magnificencia del edificio ni al esplendor de las cenizas que allí se guardan.

Está situado este panteon debajo del altar mayor, de tal manera que el celebrante asienta los piés sobre la clave de su bóveda. Lo comenzó Felipe III y lo llevó á cabo Felipe IV. Conduce á él una puerta colocada en el espacio que media entre el templo y la sacristía y se baja por una escalera cuyas gradas unas son de piedra berroqueña y otras de mármol pardo.

En el primer descanso está el retrato de un monge encargado por Felipe IV de la direccion de la obra, y en el segundo se levanta una portada bastante linda aunque pequeña por la estrechez del sitio que es la que da principio á la escalera principal del panteon. Sobre la cornisa del primer cuerpo, en una losa de mármol negro, hay una inscripcion en letras doradas que dice, traducida al castellano:

Lugar destinado por la piedad de la dinastía austríaca á los despojos mortales de los reyes Católicos que están esperando el deseado dia bajo el altar mayor consagrado al Redentor del género humano. Cárlos V, el mas esclarecido de los Césares, deseó este lugar de póstumo reposo para sí y los de su linage: Felipe II, el mas prudente de los reyes, lo designó; Felipe III, monarca sinceramente piadoso, dió principio á los trabajos; Felipe IV, grande por su clemencia, por su constancia y por su religiosidad, le aumentó, embelleció y concluyó el año 1654 del Señor.

Todo el segundo cuerpo está como el primero adornado de bronces y remata en un frontispicio abierto en medio del cual hay un escudo con las armas de España. Vese á cada lado una figura de bronce. La una representa la Naturaleza humana á quien se le cae la corona de la cabeza y de la

mano el cetro. Tiene una tarjeta en que está escrito: NATURA OCCIDIT: *la Naturaleza mata.* La otra figura es la Esperanza, radiante de alegría y sosteniendo un flamero que alimenta siempre vivas y perpétuas llamas. Su inscripcion dice: EXALTAT SPES: *La esperanza alienta.*

La planta del panteon es un octógano de 36 piés de diámetro. Está cubierto como la escalera de mármoles de Tortosa y jaspes de San Pablo de Toledo, bruñidos con esmero, cuajados por todas partes de adornos y molduras de bronce. Sobre un pedestal sientan al rededor diez y seis pilastras de órden corintio, de dos en dos, entre las cuales se hallan dos nichos y urnas sepulcrales, que entre todas son veinte y seis, cuatro en cada uno de los seis lados y dos sobre la puerta. En frente de esta se halla el altar que es notable y precioso.

Las urnas son todas de idéntica labor, materia y dimensiones. Tiene cada una de largo siete piés y de alto tres, con poco menos de ancho, labradas en mármol escogido de color oscuro, con adorno de bronce dorado á fuego. Descansan sobre cuatro garras de leon bien imitadas y muestran al frente un tarjeton de metal dorado donde se inscribe con letras negras de relieve el nombre de rey ó reina que duerme en ellos el sueño de la muerte. Por lo que toca á las reinas, solo yacen allí las que tuvieron sucesion.

Los restos de nuestros monarcas que se han depositado en este lugar hasta el dia, son los siguientes:

A la derecha del altar.

CARLOS V, emperador y rey.

FELIPE II, su hijo primogénito.

FELIPE III, hijo quinto de Felipe II y de Doña Ana su cuarta muger.

FELIPE IV, primogénito del anterior y de Doña Margarita de Austria.

CARLOS II, hijo del anterior y de Doña María Ana de Austria, su segunda muger.

LUIS I, hijo de Felipe V. Solo reinó siete meses.

CARLOS III, hijo del mismo Felipe V.

CARLOS IV, hijo del anterior.

FERNANDO VII, hijo de Carlos IV y Doña María Luisa de Borbon.

A la izquierda del altar.

LA EMPERATRIZ DOÑA ISABEL, llamada la bella portuguesa, muger única de Carlos V.

ANA, cuarta muger de Felipe II.

MARGARITA, muger única de Felipe III.

Isabel de Borbon, primera muger de Felipe IV.
María Ana de Austria, segunda muger de Felipe IV.
María Luisa de Saboya, primera muger de Felipe V.
María Amalia de Sajonia, muger única de Carlos III.
Maria Luisa de Borbon, muger única de Carlos IV.

De aquí se pasa al panteon de los infantes.

Se dá este nombre á la bóveda donde se depositan los restos mortales de las reinas que no han dejado sucesion, y de los príncipes é infantes. Tiene su entrada por la puerta colocada en el segundo descenso de la escalera; es una pieza de 36 piés de largo por diez y seis de ancho, con otro tanto de alto hasta la clave de la bóveda. Al estremo se halla un hueco en donde se forma una escalera de piedra berroqueña, que sube en caracol hasta otra pieza idéntica á la de abajo; esta última es el panteon de los infantes.

Los nichos son de madera imitando á mármoles y jaspes; las cajas ó ataudes tienen al frente unas tarjetas con los nombres que llevaron en vida los cadáveres depositados en ellos: vamos á referirlos por el órden de su traslacion á este monasterio, que es el siguiente:

Doña Isabel, tercera muger de Felipe II, hija de Enrique II y de Catalina de Médicis, Reyes de Francia, nació en Fontainebleau el dia 11 de Abril de 1546 y murió en Madrid el 3 de Octubre de 1568.

El príncipe don Carlos, hijo primogénito de Felipe II, y de Doña María su primera muger, nació en Valladolid el dia 8 de Julio de 1545 y murió en el palacio de Madrid el 24 del mismo mes de 1568, á los 23 años de edad.

Doña Leonor, muger de Francisco I, Rey de Francia, y antes de Don Manuel Rey de Portugal, hija primogénita de Felipe I y Doña Juana, nació en Malinas (Flandes) el dia 15 de Noviembre de 1494, y murió en Talavera de Badajoz el 18 de febrero de 1558.

El Infante don Fernando, hijo segundo del Emperador Carlos V y de la Emperatriz Doña Isabel, nació en el año de 1529 y murió en Madrid el de 1559.

El Infante don Juan, hijo tercero de los mismo Emperadores, nació en Valladolid el 19 de Octubre de 1537 y murió en la misma ciudad el 29 de Marzo de 1538.

Doña María de Portugal, primera muger de Felipe II, hija de Juan III y de Doña Catalina, hermana de Cárlos V, nació en Coimbra el dia 15 de Octubre de 1527 y murió en Valladolid el 12 de Julio de 1545.

Doña María, muger de Luis, rey de Hungria, hija de Felipe I y de Doña Juana, nació en Flandes el dia 13 de Setiembre de 1505 y murió en Cigales, cerca de Valladolid, el 18 de Octubre de 1558.

El infante don Carlos Lorenzo, hijo de Felipe II y doña Ana, nació en Galapagar el dia 12 de Agosto de 1573 y murió en Madrid el 9 de Julio de 1575.

El Archiduque Wenceslao, hijo del Emperador Maximiliano II y de la Emperatriz doña María, nació en Neustat (Austria) el dia 9 de Mayo de 1561 y murió en Madrid el 22 de Setiembre de 1578.

El Príncipe don Fernando, hijo de Felipe II y doña Ana, su cuarta muger, nació en Madrid el dia 4 de Diciembre de 1571 y murió en la misma villa en el Monasterio de San Gerónimo del Prado el 18 de Octubre de 1578.

Don Juan de Austria, célebre Capitan, hijo natural del emperador Cárlos V, nació el dia 25 de Febrero de 1547; era Gobernador de Flandes á la sazon que murió el dia primero de Octubre de 1578, hallándose con su ejército cerca de Namur.

Estando ya para morir dijo este Príncipe magnánimo á su confesor el P. Orantes: «quiérole encargar y pedir que en mi nombre suplique á la Magestad del Rey mi señor y hermano, que mirando á lo que le pidió el Emperador mi señor, y á la voluntad con que yo le procuro servir, alcance yo de S. M. esta merced: *que mis huesos hayan lugar cerca de los de mi señor y padre, que con esto quedarán mis servicios satisfechos y pagados.....*» Felipe II cumplió su voluntad, que bien lo merecia.

El Príncipe don Diego, hijo de Felipe II y de Doña Ana, nació en Madrid el dia 12 de Julio de 1575 y murió en la misma corte el 21 de Noviembre de 1582.

La infanta doña María, hija asimismo de Felipe II y doña Ana, nació en Madrid el dia 14 de Febrero de 1580 y murió en el mismo punto el 4 de Agosto de 1583.

La infanta doña María, hija de Felipe III y Doña Margarita, nació en Valladolid el dia primero de Febrero de 1603 y murió en la misma ciudad en igual dia del mes inmediato.

El Príncipe del Piamonte don Felipe Manuel, hijo primogénito de Don Cárlos Manuel, Duque de Saboya, y de Doña Catalina de Austria, hija de Don Felipe II, nació en Turin en el mes de Abril de 1586 y murió en Valladolid el 9 de Febrero de 1605.

El infante don Alonso Mauricio, hijo de Felipe III y Doña Margarita, nació en el Escorial el dia 22 de Setiembre de 1611 y murió en Madrid el 16 del mismo mes del año siguiente.

La infanta Doña Margarita Francisca, séptima hija de Felipe III, y su muger del mismo nombre, nació en Lerma el dia 24 de Mayo de 1610 y murió en Madrid el 11 de Marzo de 1617.

La infanta Doña María Margarita, hija primera de Felipe IV y Doña Isabel de Borbon, nació en Madrid el dia 14 de Agosto de 1621 y murió treinta horas despues.

La infanta doña Margarita María Catalina, hija segunda de los mismos Reyes, nació en Madrid el dia 25 de Noviembre de 1623 y murió el 22 de de Diciembre del mismo año.

El Archiduque Carlos de Austria, hermano del Emperador Fernando y de la Reina Doña Margarita, muger de Felipe III; habiendo venido desde Alemania á la corte de España, murió en ella el dia 27 de Diciembre de 1624, á los diez y ocho años de edad.

El Príncipe Filiberto, gran Prior de San Juan, tercer hijo de Cárlos Manuel II, duque de Saboya, y de doña Catalina de Austria, hija de Felipe II y doña Isabel, nació en Turin el dia 17 de Abril de 1588 y murió en Palermo (Sicilia) el 3 de Agosto de 1624.

La infanta doña Maria Margarita, hija tercera de Felipe IV y Doña Isabel de Borbon, nació en Madrid á 21 de Noviembre de 1625 y murió en la misma corte el 21 de Julio de 1627.

La infanta doña Isabel María Teresa de los Santos, cuarta hija de los mismos Reyes, nació en Madrid el dia 31 de octubre de 1607 y murió á las 24 horas.

El infante don Cárlos, hijo cuarto de Felipe III y Doña Margarita de Austria, nació en Madrid el dia 15 de Setiembre de 1607 y murió en dicha corte el 30 de Julio de 1632.

El infante don Francisco Fernando, hijo de Felipe IV, murió el dia 12 de marzó de 1634 en la villa de Isari, en las montañas.

La Infanta doña Ana Antonia, hija sesta de Felipe IV y doña Isabel de Borbon, murió en Madrid el dia 5 de Diciembre de 1636.

El Príncipe don Fernando de Saboya, hijo del Príncipe Tomás y de la Princesa de Cariñan, vino á Madrid con su madre y hermanos y murió en esta corte el dia 8 de Julio de 1637.

El Infante Cardenal don Fernando, administrador perpétuo del Arzobis-

pado de Toledo, hijo quinto de Felipe III y doña Margarita de Austria, nació en este Real Monasterio el dia 16 de Mayo de 1609 y murió en Bruselas el 9 de Noviembre de 1641, siendo gobernador de aquellos paises.

El Príncipe Don Baltasar Carlos, hijo de Felipe IV y Doña Isabel de Borbon, nació en Madrid el dia 17 de Octubre de 1629 y murió en Zaragoza el 9 del mismo mes de 1646.

La infanta Doña María Ambrosia, hija de Felipe IV y de Doña María Ana de Austria, nació en Madrid el dia 7 de Diciembre de 1655 y murió el dia 20 del mismo mes.

El infante Don Fernando, cuarto hijo de los mismos Reyes, nació en Madrid el dia 21 de Diciembre de 1658 y murió el 26 de Octubre de 1659.

El Príncipe Don Felipe Prospero, hijo tambien de Felipe IV y su referida esposa, nació en Madrid el dia 28 de Noviembre de 1657 y murió el primero de Enero de 1661.

Don Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV, nació el año de 1629 y murió en Madrid el 17 de Setiembre de 1679. Su corazon está depositado, conforme á su voluntad, en la Santa Iglesia del Pilar de Zaragoza, y el resto de las entrañas en el convento de Descalzas Reales de la corte.

Doña Maria Luisa de Orleans, primera muger de Carlos II, hija de Felipe de Borbon y de Madama Enriqueta Ana Huart, príncipes de Francia, nació en Fontainebleau el dia 27 de marzo de 1662 y murió en Madrid el 12 de Febrero de 1689.

El infante don Felipe Luis, hijo de Felipe V y Doña María Luisa Gabriela de Saboya, nació en Madrid el dia 2 de Julio de 1709 y murió en dicha corte seis dias despues.

Luis Jose duque de Vendome, hijo natural de Luis XIV, Rey de Francia, nació en París el dia primero de Julio de 1654; hizo en España la guerra de sucesion y murió mandando uno de nuestros ejércitos en un lugar pequeño cerca de Valencia el año 1712.

El infante don Francisco, quinto hijo de Felipe V y Doña Isabel Farnesio, nació en Madrid el dia 12 de Abril de 1717 y murió á los nueve dias.

El infante don Felipe Pedro, hijo de Felipe V y de Doña María Luisa Gabriela de Saboya, nació en Madrid el dia 7 de Junio de 1712 y murió el 30 de Diciembre de 1719.

Doña Maria Ana de Neobourg, segunda muger de Cárlos II, hija de Felipe Guillermo, Conde Palatino del Rhin é Isabel Amalia Magdalena, nació en Du-

seldorf (Rhin inferior) el dia 28 de Octubre de 1667 y murió en Guadalajara el 16 de Julio de 1740.

El infante don Francisco Javier, hijo de Carlos III y Doña María Amalia de Sajonia, nació el dia 17 de Febrero de 1757 y murió en Aranjuez el 10 de Abril de 1771.

El infante don Carlos Clemente Antonio de Padua, hijo primogénito de Cárlos IV y Doña María Luisa, nació en este real sitio el dia 19 de Setiembre de 1771 y murió en el Pardo á 7 de Marzo de 1774.

La infanta doña Maria Luisa, hija segunda de los mismos Reyes, nació en San Ildefonso el dia 11 de Setiembre de 1777 y murió en el mismo punto el 2 de Julio de 1782.

El infante don Carlos Antonio, hijo tercero del mismo matrimonio, nació el dia 4 de Marzo de 1780 y murió en Aranjuez el 11 de Junio de 1783.

El infante don Felipe Francisco, hijo cuarto de los mencionados reyes, y hermano gemelo del que sigue, nació en San Ildefonso el dia 5 de Setiembre de 1783 y murió en este real monasterio el 17 de Octubre de 1784.

El infante don Carlos, nació del mismo parto que el anterior, aunque algunas horas antes, y murió el 11 de Noviembre de 1784.

La infanta doña Maria Carlota, hija segunda del infante Don Gabriel de Borbon y Doña María Ana Victoria de Portugal, nació el dia 3 de Noviembre de 1787 y murió en este real sitio el 7 del mismo mes.

La infanta doña Maria Ana Victoria, muger del mencionado infante Don Gabriel, hija de la reina de Portugal Doña María Francisca Isabela y de Don Pedro, tio y esposo de la reina, nació en Portugal el dia 15 de Diciembre de 1768 y murió en este palacio el 2 de Noviembre de 1788.

El infante don Carlos José, hijo de los Infantes Don Gabriel y Doña María Ana Victoria, nació en este palacio el 2 de Noviembre de 1788 (de cuyo parto murió la Infanta) y falleció siete dias despues.

El infante don Gabriel de Borbon, hijo de Cárlos III y Doña María Amalia de Sajonia, nació en Nápoles el dia 11 de Mayo de 1752 y murió en la celda prioral el 23 de Noviembre de 1788.

El infante don Felipe María Francisco, hijo décimotercio de Cárlos IV y Doña María Luisa, nació en Aranjuez el dia 28 de marzo de 1792 y murió en Madrid el primero de igual mes de 1794.

La infanta doña María Teresa, quinta hija de los mismos Reyes, nació en Aranjuez el dia 16 de Febrero de 1791 y murió en este Real sitio el 2 de Noviembre de 1794.

El feto extraido á la infanta Doña María Amalia, muger del infante Don Antonio Pascual de Borbon é hija de Cárlos IV y Doña Maria Luisa, se depositó en el ataud el dia 23 de Julio de 1798.

La infanta doña María Amalia, muger, como hemos dicho, del infante Don Antonio, é hija de Cárlos IV, nació el dia 10 de Enero de 1779 y murió en Madrid el 27 de Julio de 1798.

El infante don Luis Antonio Jaime de Borbon, hijo de Felipe V y de Doña Isabel Farnesio nació en Madrid el dia 25 de Julio de 1725 y murió en su palacio de la villa de Arenas de San Pedro (obispado de Avila) el 7 de Agosto de 1785.

Doña Maria Antonia de Borbon y Lorena, primera muger de Fernando VII, hija de Fernando IV, Rey de las dos Sicilias é infante de España, y de Doña María Carlota de Lorena, archiduquesa de Austria, nació en Nápoles el dia 14 de Diciembre de 1784 y murió en Aranjuez el 21 de Mayo de 1806.

El Príncipe de Parma don Luis de Borbon, Rey de Etruria, hijo de Don Fernando infante de España y Duque de Parma y de Doña María Luisa de Lorena, nació en Plasencia (Italia) el dia 5 de Julio de 1773 y murió en Florencia el 31 de Mayo de 1803.

El infante don Antonio Pascual de Borbon, hijo de Cárlos III y Doña María Amalia de Sajonia, nació en Nápoles el dia 31 de Diciembre de 1755 y murió en Madrid el 20 de Abril de 1817.

La infanta doña María Isabel Luisa, hija de Fernando VII y de Doña María Isabel Francisca de Asis, su segunda muger, nació en Madrid el 21 de Agosto de 1817 y murió en aquella corte el 9 de Enero de 1818.

Doña Maria Isabel Francisca de Asis, Braganza y Borbon, segunda muger de Fernando VII, hija de Juan VII y Doña Carlota Joaquina, Reyes de Portugal, nació en Lisboa el 19 de Mayo de 1797 y murió en Madrid el 26 de Diciembre de 1808. En la misma caja está el feto de cuyo parto falleció.

Doña María Amalia de Sajonia, tercera muger del mismo Rey, hija de los Reyes de Sajonia, nació en Dresde el 6 de Diciembre de 1803 y murió en Madrid el 17 de Mayo de 1829.

El infante don Francisco de Borbon, duque de Cádiz, hijo de Don Francisco de Paula y Doña Luisa Carlota, nació en Madrid el 6 de mayo de 1820 y murió el 14 de Noviembre de 1821.

La infanta Doña María Teresa Carolina, hija de los referidos, nació en Madrid el 16 de Noviembre de 1828 y murió el 3 del mismo mes de 1829.

El infante Don Eduardo Felipe María, hijo de los mismos, nació en Madrid el 24 de Abril de 1826 y murió el 22 de octubre de 1830.

Y dispénsenos el lector si acaso le hemos causado enojo con tan larga enumeracion. Cumplia al plan de nuestra obra hacerlo asi, que así lo hemos hecho tambien respecto á los otros monasterios, sepulturas de reyes ó de magnates.

IV.

EL CONVENTO.

Ya nos hemos hecho cargo de la magnificencia de la iglesia. Pues bien, no se queda atrás el convento.

Largo rato se pasa el viajero contemplando el claustro principal, que es cuadrado, todo de piedra berroqueña con el pavimento de mármol. Agradablemente y, mejor aun, magníficamente se recrea allí la vista que vaga por los pilares sobre los cuales voltean arcos admirables y se fija en los ángulos donde se despliegan maravillosas pinturas al oleo. En uno de los ángulos es Luis de Carabajal el que os tiene suspensos con su *Nacimiento del Señor* y su *Adoracion de los Reyes;* en el otro se apodera de vosotros Miguel Barroso y os hace aplaudir su *Ascencion del Señor* y su *Venida del Espíritu Santo;* en el ángulo del oriente Rómulo Cincinnato desarrolla á vuestros ojos toda una riqueza de perspectiva y os muestra á Jesucristo al pié del Tabor sanando al lunático, á la Samaritana hablando al Señor junto al pozo, á la muger adúltera presentada por los fariseos, al Señor en la cena, la entrada de Jerusalen y el lavatorio; por fin, Pe-

regrino Tibaldi es quien clava vuestros piés en el ángulo de mediodia y no os permite pasar adelante sin que os hayais descubierto é inclinado, justo tributo rendido á una obra de mérito, ante *Jesus clavado en la cruz* y ante la *Resurreccion*.

Todos los cuatro lados del claustro contienen pinturas al fresco dentro de los arcos de la pared. Si no recordamos mal y si no están equivocados los apuntes que sacamos cuando nuestra visita á este famoso monasterio hace tres años, son entre todo 46 pasajes, ordenados y seguidos todos, del Nuevo Testamento, desde la Concepcion de la Vírgen hasta el juicio final. Escepto tres que pertenecen á Luqueto, todos los demas frescos fueron dirigidos y dibujados por Tibaldi, uno de los discípulos mas aprovechados y afectos á la escuela de Miguel Ánjel.

Dos siglos y medio han pasado ya sobre estas pinturas, y aun conservarian toda su virginidad y pureza si no se notaran las señales de los clavos donde colgaban los soldados ingleses sus mochilas y si muchos viajeros, desperanzados tal vez de alcanzar la inmortalidad por otros medios, no arañaran y desfiguraran la pintura escribiendo en ella su nombre con feos garrapatos. Acaso se remediaria este abuso si se tuviera en el edificio un album dondepudieran poner sus pensamientos los que rabian por hacerlos pasar junto con sus nombres á la posteridad.

Si hubiera algo que pudiese causar sorpresa, despues de tanta magnificencia, la causaria sin duda la escalera que da paso y enlaza á los pisos alto y bajo del claustro principal. Es esta escalera, trazada por Juan Bautista Castello Bergamasco es una de las partes mas acertadas y hermosas de esta fábrica. Es de cincuenta y dos gradas en treinta piés de altura, quedando una escalera llena, suave, apacible, alegre, hermosa y clara cuanto puede desearse. Las gradas son todas enteras de una pieza y buena piedra, y los costados y pasamanos bien labrados con fajas sencillas por adorno.

Embellecen sobremanera esta escalera las pinturas al fresco que la adornan. Vense varios pasajes del nuevo Testamento que continuan la serie de los del claustro. El pedestal representa en tres de sus lados la célebre batalla y el asedio y rendicion de San Quintin; imítase al vivo en el lienzo de Mediodia el choque y pelea de los ejércitos, el fuego y humo de la pólvora, los estragos de la lucha, la mortandad y turbacion de la infantería francesa, el desorden de su caballería, la prision del condestable Montmorenci, general del ejército enemigo, con su hijo y una buena parte de la nobleza y flor de militares de Francia. El lienzo de Poniente representa el cerco y



asedio de San Quintin con sus torres y edificios incendiados, el asalto de la plaza y el estrago y fuga precipitada de los vencidos. En la banda del Norte está el almirante gobernador de la plaza, conducido con otros prisioneros á presencia de Filiberto, duque de Saboya, caudillo del ejército español.

El lienzo del norte espresa la fundacion del monasterio mismo del Escorial. Felipe II examina la traza y planta de la obra que le presentan los principales arquitectos Juan Bautista de Toledo, Juan de Herrera, y el obrero, célebre tradicionalmente en esta casa, Fray Antonio de Villacastin. Figúrase ya la edificacion en su principio, varios jornaleros abren cimientos, conducen piedras y las suben á los andamios con gruas, tornos y otros instrumentos.

Estos recuerdos tan hondamente grabados en el ánimo de los españoles y que, no hay ninguna duda, enlazan fraternalmente las hazañas militares de nuestos mayores con su celebridad artística, sirven como de zócalo y base á la gran máquina de la gloria que ciñe y ocupa el centro de la bóveda. Es fuerza que á contemplarla nos paremos. Obra digna de contemplacion y de estudio, detiene los pasos del viajero y se atrae como un iman irresistible sus miradas. Es una de las pinturas que mas impresion causan.

Levántase en medio de todo, dominando la composicion, la Santísima Trinidad sobre un trono de nubes, rodeado de ángeles, que brilla por todas partes con luces y cambiantes apacibles; á un lado está la Vírgen y al otro unos espiritus angélicos con los signos de la Pasion; mas abajo San Lorenzo vestido de Diácono y cerca de él los emblemas del martirio; de la otra parte varios príncipes ó reyes que alcanzaron auréola de santidad, á saber: San Hermenegildo y San Fernando de España, San Enrique, emperador de Alemania, San Esteban rey de Hugría y San Casimiro príncipe de Polonia; á estos sigue el emperador Carlos V vestido el manto imperial, ofreciendo á la Santísima Trinidad con una mano la corona de Alemania y con otra la de España; acompáñale San Gerónimo como para enseñarle el camino de la gloria y detrás se ve á Felipe II, siguiendo á su padre en los propósitos y llevándolos á cima. Los cuatro ángulos están ocupados por las virtudes cardinales, á quienes acompañan todas las demás en figura de doncellas de lindo traje y forma. En medio de los grupos en que están repartidas se levantan y sobresalen la *Magestad Real* á la banda del Mediodia y de frente en la del norte la *Iglesia Católica,* como sosteniéndose y ausiliándose mutuamente, ambas en figura de matronas, sentadas sobre regios estrados

con ricas alfombras y almohadones. La cornisa grande y los marcos de las ventanas están perfectamente dorados, y adornadas estas de una y otra parte con las armas de España sostenidas por alados niños. Los lunetos representan con una tinta oscura, que no se distingue bien, varias proezas del Emperador Cárlos V, escepto el que forma centro en la banda de Oriente, en el cual se ve un medallon imitando á bronce con el busto de Felipe IV y de frente otro igual con el de Cárlos II. Finalmente, en el lienzo de Poniente se finge un corredor donde se ve al último de estos monarcas esplicando á su esposa Doña María Ana de Niemberg y á la Reina madre el historiado de la bóveda, que mandó pintar á sus espensas.

Es imposible decir la armonía, la riqueza de detalles, la travesura y facilidad que hay en esta obra de Jordan, reputada como la mejor que hizo en sus dias.

En cuanto al claustro principal alto, es en todo igual y conforme al inferior escepto que no tiene pinturas al fresco, estando en su lugar lucidos de blanco los arcos cerrados, lo mismo que la bóveda. Los lienzos y cuadros que adornan este claustro son de Pablo Veronés, del Basan, de Federico Baroca, de Jordan, del *Mudo,* del Ticiano, de Zurbaran, de Benvenuto Garofolo, del padre Santos, monje de la casa, de Joaquin Andratta, de Julio Romano y de Gerónimo Bosco.

Una de las partes mas bellas y acabadas de la casa es el patio llamado de los Evanjelistas. La arquitectura de las fachadas contiene dos órdenes, dórico en el primer cuerpo y en el segundo jónico, labrados entrambos con esmero y mucha gracia. Sobre la cornisa del segundo hay adorno de balustres, antepecho y pedestales con globos encima.

En medio del patio hay un cenador ó templete, cubierto con su cúpula, linda creacion del órden dórico. Su figura es ochavada y se trabajó con piedra berroqueña esteriormente y el interior con mármoles jaspeados. En los lados ú ochavos, que corresponden á las cuatro esquinas por fuera, se ven en sus nichos á los cuatro Evangelistas, algo mayores que el natural, con sus insignias de ángel, águila, leon y buey. Delante de las figuras hay cuatro fuentecitas, cada una de las cuales alimenta un estanque que tiene gradas y antepecho de mármol. Las estatuas son escelentes, trabajadas en mármol de Génova por Monegro: cada uno de los Evangelistas tiene un libro en la mano y en ellos hay escrito en las lenguas siríaca, hebrea, griega y latina, textos evangélicos pertenecientes al bautismo. Lo demas del patio se halla pintorescamente compartido en cuadros guarnecidos de box y sembrados de

flores que prevalecen en aquel sitio abrigado hasta una estacion muy avanzada.

En el lienzo del Mediodia del claustro bajo hay una puerta que conduce á las salas de los capitulos. Se reducen á tres piezas que nada particular ofrecerian si no fueran su magnífica coleccion de cuadros, entre los que se contaban antes algunos de Rafael, de Rubens, del Dominico y del Ticiano. Hoy aun los hay bellísimos y firmados todos por Jordan, el Españoleto, el Tintoretto, Mario Nazzi, el caballero Máximo, Sebastian de Herrera, Basan, Pantoja, el Guercino y Daniel Seguers, jesuita. Cuéntanse entre las tres salas de capítulos, una de las que se llama sala vicarial y otra sala prioral, unos noventa cuadros.

Tambien la iglesia vieja está llena de obras maestras debidas á maestros pinceles. Es una gran capilla á la que se se da el nombre de iglesia vieja porque sirvió de templo y coro hasta que fué edificada la principal. Está solada de mármol blanco y pardo, y la bóveda compartida en tres porciones por dos arcos resaltados sobre pilares de piedra berroqueña; en lugar de cornisa tiene al rededor una faja cuadrada de la misma piedra. El testero del Norte contiene tres altares, uno grande en medio, al cual se llega por seis gradas de jaspe sanguíneo, con pasamanos de lo mismo, y dos pequeños colaterales á nivel del suelo, que así estos como aquellos son de mármoles y jaspes con filetes de bronce dorado que marcan las frontaleras y caidas.

Las pinturas que adornaban esta pieza han sufrido asimismo alteracion, por haberse transportado las de mayor mérito al museo de Madrid. Aun sin embargo quedan en ella, para esplendor y riqueza del monasterio, *el martirio de San Lorenzo* que es uno de los mejores del Ticiano, una *Dolorosa* y un *Ecce-homo* del mismo, un *San Juan Evangelista* de Sebastian de Herrera, un *Bautismo de Cristo* de Palma el joven, varios lienzos de Pantoja, una *Vírgen* de Ribera, el *martirio de las once mil Vírgenes* de Luqueto, un *Cristo* del Greco, algunas pinturas admirables de Jordan, un estraño y misterioso lienzo del original Gerónimo Bosco cuyo argumento está sacado de aquel lugar de Isaías en que este dice á voces: *Toda carne es heno y toda su gloria flor del campo;* y por fin, entre varios cuadros de Zúccaro, uno que representa *el nacimiento del Señor y adoracion de los pastores*, pintura de la que quedó el autor tan satisfecho y tan enamorado que quiso la viera Felipe II á quien se la presentó diciendo:

—Señor, el arte no puede ir mas allá!

En esta iglesia se hallaba la célebre *Vírgen del Pez* de Rafael de Urbino, que se ve hoy en el museo de Madrid.

La que llaman Aulilla es una pieza destinada para conferencias de moral. Todo allí está lleno de cuadros, pero de grandes cuadros. En el Escorial es imposible dar un paso sin hallarse con un príncipe de la pintura. Falto está en el dia este monasterio de sus mejores obras, pero, aun así, sus despojos bastarian á enriquecer veinte museos.

De la Aulilla se pasa á una pieza pequeña que llaman Camarin donde antes habia un tesoro bastante para comprar tres reinos. En efecto, cuando esa vandálica invasion francesa que por desgracia tuvo al frente una de las glorias del siglo, desapareció una gran parte de las joyas que allí se custodiaban y que eran santas reliquias, objetos de devocion y muchas preciosidades artísticas.

De frente hay un altar que ocupa todo el ancho de la pieza; un retablo dorado que domina este altar contiene otro de ébano, el cual segun su tradicion, hace parte del portatil que llevaba Carlos V á sus espediciones militares.

En un templete de bronce sobredorado que está colocado en medio del altar habia un crucifijo de plata; los clavos que atravesaban sus manos eran dos rubíes, el que agujereaba sus piés un diamante y varios topacios brillaban en torno suyo.

Por lo que toca á las reliquias que allí se guardaban, dice un escritor que visitó el Escorial á principios del siglo pasado que era mejor y mas breve venerarlas que formar de ellas un catálogo, pues se contaban muchos millares.

Veíase tambien por las paredes, y aun algunas existen hoy dia, porcion de pinturas pequeñas, unas en cobre, otras sobre ágatas y tambien en vitela, varias de las cuates pasaban por obras de Rafael, Julio Romano, Anibal Caraci y Miguel Angel.

De los cuadros que enriquecian este Camarin solo quedan hoy dos del Ticiano, uno de Alberto Durero, uno de Rubens, otro de Lucas de Olanda y otro de Basan ,sin contar varias preciosas copias de grandes originales.

En el claustro alto, al llegar á lo último del lienzo de Oriente, hay dos puertas antiguas de marquetería alemana con bellas labores y embutidos de diferentes maderas; la de mayor adorno es la que dá entrada á la celda prioral. Es esta una sala con bóveda artesonada, lucida de blanco desde un friso de azulejos que corre por todo el contorno á raiz del pavimento. Contiene un espléndido museo de pinturas. La mayor parte son copias de Rafel, de Murillo y de Rubens, pero entre ellas se ven algunos originales de la escuela italiana, un retrato de Cárlos IV y otro de Doña María Luisa de Borbon por Go-



ya, el retrato del monje fray José de Sigüenza por Alonso Sanchez Coello, un lienzo de Guido Reni, otro del Greco y varios de Jordan.

Desde esta pieza se pasa al oratorio donde existen algunas pinturas, entre otras una de Velazquez. Antiguamente guardaba el oratorio cuadros de Rafael, de Durero, de Leonardo de Vinci y de Navarrete *(el mudo)*.

Así en el recinto del claustro principal alto y bajo, como en el de los otros menores, hay varias piezas grandes con diferentes destinos, como son el refectorio, la ropería, la sala de los novicios, la cocina, la botica y otras. En cuanto á los menores son cuatro, con sus patios y fuentes en medio de ellos y al rededor tres órdenes de arcos en cada uno, sobre postes cuadrados, hasta la cornisa. Cada banda de estos claustros tiene de largo cien piés y de ancho trece; es obra llana, pero de buena proporcion; se comunican entre si y con los de arriba, por tránsitos y buenas escaleras, viéndose en todas partes la claridad, economía y acierto del arquitecto.

Las fuentes son de mármol, con mascaroncillos de bronce en el remate, por donde sale el agua á una taza y desde allí al pilon principal.

La lucerna es una torre cuadrada situada en el centro de estos cuatro claustros por donde tienen comunicacion. Sus ventanas por dentro son ochenta, y unas corresponden á los claustros, sirviendo las otras con su encerramiento para dar luz: remata por fuera en pirámide y bola encima con su cruz. En la parte inferior tiene tres puertas iguales á cada lado, las cuales, y el órden como están puestas las ventanas, dan á esta pieza no poca magnificencia. Por las tres puertas de la banda del Mediodia se entra en el refectorio, cuya anchura es de treinta y cinco piés y el largo de ciento y veinte. Es pieza muy clara. Entre las ventanas del testero está colocada la gran *Cena* del Ticiano, que es el lienzo de mayor celebridad entre los que quedan en la casa.

Hácia el medio de la pieza hay dos púlpitos bien labrados de piedra berroqueña, á los cuales se sube por dos escaleras formadas dentro del grueso de las paredes. Dícese de este refectorio, que era pequeño para lo numeroso de la comunidad, y que tiene la bóveda muy baja; provinieron estos defectos de haberse variado y crecido la traza de la fundacion despues de fabricada esta parte.

A este refectorio corresponde en el Norte otra sala semejante que estaba destinada á ropería, mediando entre ambas la Lucerna y el tránsito. Esto en la banda de Norte á Sur. En la banda y distancia que cruza de Oriente á Poniente, se halla la cocina con sus fuentes de agua caliente y

fria para la limpieza, y otra oficina á los 30 piés, que por no poderse escusar se llama necesaria, tambien muy limpia y abundante en caños de agua de uno y otro lado. A la cocina se le dió entrada principal por la fachada esterior en la banda de Poniente para evitar que se rozasen en nada las demas partes del monasterio, con las faenas propias de aquel sitio. Pasando aquella puerta que es la mas próxima al ángulo del Occidente y Mediodia, se halla un zaguan bastante capaz con varias puertas que dan á los claustros bajos y otros puntos; la que se vé frente al esterior con rejas de madera conduce á la bodega, cuya escalera es tan suave y llana, que bajaban por ella las caballerías cargadas. En este zaguan están amarradas con cadenas las quijadas de un mónstruo marino, que habiendo sido herido de cañon en el estrecho de Gibraltar, fué á morir en la Albufera de Valencia en el año de 1574. Tenia 150 palmos de largo, el grueso del cuerpo como una torre, la cabeza tan grande que podian entrar siete hombres en el cóncavo de los sesos, por la boca cabia un hombre á caballo, las quijadas (son las que se conservan todavía en esta casa) tenian y tienen cada una diez y seis piés, á veinte dientes por banda (estos han desaparecido) los mas menudos de á palmo, los ojos tambien de á palmo, y dos alas como de galera cada una (1).

En los testeros del zaguan hay otras dos puertas pue dan paso á los claustrillos bajos; la del Norte conduce á la escalera principal, á la procuracion, á la hospedería y demas pisos altos de esta parte; la del Mediodia lleva al refectorio, á las enfermerías de los monges, á una escalera que sube á los pisos de este lado y á la galería de convalecientes que empalma el monasterio con la Compaña.

En este ángulo está la oficina que servia de botica, donde se guardaba una bella taza de porcelana que está hoy en el Museo de Madrid y muchos vasos, jarrones, destilatorios, alambiques y otros instrumentos semejantes que se han enajenado á ínfimo precio.

Por las paredes se ven algunas copias de las mejores pinturas de esta casa, como de Rafael, Ticiano etc.; en los ángulos de los claustros menores bajos hay porcion de pinturas pequeñas de la vida de San Gerónimo, hechas por Juan Gomez; y en los altos se ven otros cuadros pertenecientes á San Lorenzo, entre los cuales ocho son de Bartolomé Carducho.

Felipe II no creyó haberlo llenado todo ni haber cumplido del todo con su idea limitándose á dar hospedaje fraternal bajo un techo comun y digno de

(1) Histor. de la órden de san Gerónimo, lib. 3, Discurs. 8. pág. 574

ellas á las robustas concepciones de la arquitectura, á las mágicas creaciones del pincel, á los portentos debidos á la escultura y estatuaria; temió sin duda —y así hubiera en efecto sucedido—dejar manca su obra predilecta si generoso no acogia y amparaba bajo el mismo techo á la literatura y á las ciencias. Por esto creó un Seminario destinado á la enseñanza interna y externa de las ciencias eclesiásticas y una Biblioteca que pudiera ser algun dia por sí sola tan célebre como el mismo monasterio.

El Seminario ha desaparecido ya con la comunidad religiosa que le sostenia, pero la Biblioteca existe aun para honra de España.

Hállase colocada en un espacioso y bellísimo salon de los mejores de su especie en toda Europa, que cuenta de largo 194 piés y 32 de ancho. La magnífica bóveda rasgada esbeltamente por toda su tirantez sin columnas ni otro apoyo, reposa con gentileza en las macizas paredes de uno de los lienzos del atrio de los reyes, y otro del esterior que forma la fachada principal ó de Poniente, y está engalanada con frescos debidos á los fecundos pinceles de Peregrin y de Carducho. La colocacion de la Biblioteca en esta parte del edificio es muy adecuada y ventajosa, porque bañándola sucesivamente el sol desde que sale hasta que se pone, la alumbra por una ú otra parte, escepto las horas del mediodia que, siendo tanta la claridad, no lo ha menester. La estantería hecha toda de maderas finas es un bello y delicado trabajo desempeñado por el italiano José Flecha, bajo la direccion de Juan de Herrera; toda esta fábrica es de órden dórico muy galano y concluido.

Se nota al principio con estrañeza, por ser contra la costumbre universalmente seguida, que todos los libros encuadernados lujosamente y colocados por primera vez cuando la creacion de la Biblioteca, tienen dorado el corte de las hojas, escritos sobre él los respectivos títulos, y colocados los cantos hácia fuera. Hízose así no solo por la mejor vista que ofrecen los cortes dorados con elegancia y esmero, sino tambien porque además de caber de esta suerte mucho mayor número de libros, se rozan y estropean menos y se colocan y sacan mas fácilmente entrándolos por el dorso, que es menos abultado, que por el canto de las hojas, siempre de mayor anchura.

En los testeros de ambos lados, por encima de la cornisa, y en toda la estension de la bóveda, simbolizó Peregrin de Peregrini los conocimientos humanos en buenas y bien entendidas figuras, aunque de proporciones un tanto exageradas que las presentan á los ojos del espectador de muyor bulto y tamaño que debieran. Comenzó por la filosofía á la cual siguen la gramática, la retórica, la dialéctica, la aritmética, la música, la geometría, la astrono-

mía, y finalmente en el medio punto del otro testero la teología, por manera que se van trillando y recorriendo las sendas del saber humano hasta venir á parar como cima y reposo de todos los conocimientos á la ciencia divina y revelada. Dióse lugar en estos frescos á los personajes históricos mas célebres en cada ciencia ó arte, cuidando de poner siempre entre ellos algunos de los varones españoles de mayor celebridad, bien que sin guardar órden alguno cronológico en los tiempos, ni en las épocas, porque no era este el objeto del pintor. En los compartimentos destinados á marcar la separacion respectiva entre las figuras que personifican los diferentes ramos de sabiduría, se admiran elegantes grutescos y follages de oro, hermosos paños y almohadones, lindísimas fajas y colgantes, figuras caprichosas y difíciles que entretienen la curiosidad, y ensanchan y deleitan el ánimo con tanta variedad de primores y belleza.

Al pié de la bóveda y á la manera de una base robusta labrada para sostenerla, corre una cornisa del mejor gusto, radiante como una ascua de oro, sobre la cual se dibujan líneas, filetes y follajes de claro oscuro de gracioso relieve y apacible efecto. Por debajo de esta cornisa hasta lindar con los estantes, hay varios pasages, pintados asimismo al fresco, de mano de Carducho, alusivos todos á las figuras principales que se contemplan en la bóveda, con las cuales se notan en juegó y armonía.

Sirven tambien de adorno y dan mayor interés á la Biblioteca cuatro retratos de cuerpo entero, que son: en primer lugar los del Emperador Cárlos I, y Felipe II, su hijo, obra entrambos de Juan Pantoja de la Cruz y buenos como suyos, con especialidad el de Felipe, hecho ya en edad avanzada y achacosa, que no solo espresa fielmente su fisonomía y esterior aspecto, sino que encierra para quien le contempla con prolijo exámen un soplo de alma, del carácter y de la severa condicion de aquel monarca; y despues, los de Felipe III y Cárlos II, el primero asimismo de Pantoja, mozo en edad y bello en apostura; y el otro de Carreño Miranda, que representa la frágil organizacion y el ánimo apocado y tibio del último monarca de la casa de Austria.

A lo largo del pavimento formado con pulidos mármoles de colores contrapuestos, se hallan colocadas varias mesas, unas de igual piedra y otras de pórfido, que para que nada huelgue en esta oficina arreglada con esmero, encierran libros en su seno, y sostienen sobre sí esferas astronómicas y globos celestes y terrestres.

Completan, por último, el ornato de esta Biblioteca, un antiguo busto de

Ciceron, bastante maltratado, pero de indudable mérito, labrado en mármol blanco; un retrato de Juan de Herrera, si hemos de dar crédito á la inscripcion que tiene al pié; la efigie del primer Bibliotecario el célebre escritor Arias Montano; la del P. Ceballos, de la Orden tambien de San Gerónimo; dos retratos que se dicen de los reyes Católicos, aunque no deben serlo en mi concepto; una curiosa tabla con varias aves, flores y animales, pintada al temple por Alberto Durero, regenerador de esta arte encantadora en Alemania; dos bajos relieves que representan el frente y dorso de la medalla que acuñó Jacobo de Trezo en honor de Juan de Herrera, y la cabeza del marino Don Jorge Juan formada en yeso.

Hecha esta somera descripcion de la Biblioteca y sus adornos, diremos algo de cómo se formó y ha ido enriqueciéndose hasta llegar á los 30,000 volúmenes poco mas ó menos que constituyen hoy su dotacion. Como se vé, no es la copia y número de libros la circunstancia que dá una celebridad europea á la Biblioteca Escurialense; débela á sus antiguos códices y preciosos manuscritos, á lo escogido de las obras, y al nombre y fama de los personages que las poseyeron antes, género de ilustracion que no deja de entrar por mucho en el aprecio que hacen de ellas los hombres consagrados á las letras.

La base y orígen de esta preciosa librería fué la del mismo Felipe II, la libreria particular del monarca fundador, rica de 2000 volúmenes, cuyo índice se conserva como dato curiosísimo: en él se ven rayados y anotados de su propia mano los libros que fué dando sucesivamente y en diversas ocasiones, entre los cuales los hay muy raros y de grande estima. No fué perdido el ejemplo del monarca, que prueba cuan alto y ventajoso concepto tenia de las ciencias y las letras: imitáronle noblemente Don Diego de Mendoza, embajador que fué en Venecia y luego en Roma, hábil estadista, ilustre caballero y persona de varia literatura y claro ingenio. Cuando otorgó su postrera voluntad este personage, dejó al rey su librería, que era escogida: y sea que hiciese alguna indicacion sobre el particular, segun se cree, ó de propio movimiento, Felipe II la mandó trasladar al régio monasterio. Al aceptar un legado tan digno y tan honroso hubo de proceder el monarca con la nobleza genial de su carácter, satisfaciendo las deudas de Mendoza, y llenando todas las mandas y obligaciones del testamento, como piadoso heredero de la parte mas rica de su herencia. Agregóse mas tarde la del célebre Antonio Agustin, arzobispo de Tarragona, honor de las letras españolas por su profunda erudicion y

buena crítica, tambien de mucho precio, no solo por sus obras, sino además por la curiosa coleccion de monedas y medallas de todas épocas, entre ellas muy remotas, que la daban gran mérito y realce. El Obispo Don Pedro Ponce de Leon, que habia penetrado á fuerza de constancia y celo hasta las fuentes y origenes mas puros de la buena y venerable antigüedad, sobre todo en las cosas eclesiásticas, cedió tambien muchos orijinales griegos y latinos, ofreciendo y juntando otros varios particulares de nota, segun testimonio del venerable padre Sigüenza, de quien hemos tomado la mayor parte de estos datos, mientras el rey, siempre solícito é infatigable, mandaba buscar los de mas interés y mayor precio, dentro de las Españas en todas sus provincias y dominios, que eran vastos, y fuera de ellos, en Italia, Flandes y Alemania. Por otra parte, los escritores contemporáneos mas nombrados se complacian en consagrar á esta Biblioteca sus manuscritos inéditos; así es que se encuentran entre los muchos que posee, bastante número pertenecientes al conocido escritor Ambrosio Morales, al doctor Juan Paez de Castro y al jurisconsulto Julio Claro, con otros hombres doctos. Los hay tambien del padre Benedicto Arias Montano que enriqueció la coleccion con algunos originales antiguos de su caudal, hebreos, griegos, y arábigos.

Otro de los aumentos mas de notar que recibió esta Biblioteca con el tiempo fué el de 3,000 volúmenes arábigos trasladados á ella en el reinado de Felipe III y apresados con la nave que les conducia á principios del siglo XVI por el gobernador Pedro de Lara. Corriendo este el mar de Berbería, tropezó con dos naves que llevaban á su bordo la recámara y librería de Muley Zidan, rey de Marruecos y habiéndolas rendido, se hizo dueño de los 3,000 volúmenes citados, iluminados y escritos con gran primor y costa. Sintió tanto el príncipe berberisco esta pérdida, que ofreció al monarca 60,000 ducados de rescate como se le devolvieran los libros. Pero Felipe III consultando su dignidad y decoro, le exijió otro rescate mas noble y piadoso, intimándole que entregase en cambio de sus manuscritos y coranes, pues los estimaba en tanto, todos los cautivos cristianos que se hallasen en su reino. Parecióle sin duda demasiado singular el trueque á Zidan para acceder á él y los volúmenes se trasladaron por lo mismo á la Biblioteca del Escorial donde años despues perecieron casi todos á impulsos del horroroso incendio de 1671 que duró 15 dias causando terribles estragos en una buena parte del edificio.

Baste lo dicho por lo que hace á su historia y formacion. Imposible es enumerar aquí todos los manuscritos dignos de referencia, algunos de los cuales al-

canzan la mayor estimacion. El lugar para guardar estos manuscritos es la Biblioteca alta, llamada así por estar sobre el salon principal; tiene buena ventilacion, mucha capacidad y hermosas luces, pero no está tan rica y lujosamente decorada. Embellécela sin embargo un adorno de mucha prez y valia, cual es una coleccion de retratos de españoles célebres, entre los que recordamos haber visto al Tostado, á Pellicer, á Lope de Vega, á Calderon de la Barca, á Quevedo, á Zurita, á Antonio Perez, á Nebrija y al famoso Torquemada entre muchos que no tenemos presentes en este instante.

Decíamos pues que se conservan allí preciosos manuscritos en número de unos cinco mil entre los que sobresalen algunas preciosas Biblias de diversas épocas é idiomas, algunos originales de Santa Teresa de Jesús, otros de San Juan Crisóstomo y San Agustin, varios códices de rara antigüedad y mérito, concilios, decretos y cartas de Pontífices y otras obras eclesiásticas de diversos tiempos y caracteres antiguos.

Hay tambien un *codice aureo* que contiene los cuatro Evangelios escritos sobre pergamino en letras de oro y, entre inumerables preciosidades, un Ptolomeo muy bien conservado, varios devocionarios de singular gusto y belleza que, segun tradicion, pertenecieron á los reyes Católicos y á Carlos V; un manuscrito de San Amadeo; una carta original de San Vicente Ferrer; manuscritos persas; cierto número de libros chinos, y por último infinidad de volúmenes de gran valor con estampas, diseños y dibujos, muchas de las cuales son obra de Rafael, Miguel Anjel, Alberto Durero, Lucas y Francisco de Olanda ó Leyden, Pedro Bughel y otros artífices famosos.

Júzguese, pues, si es usurpada la celebridad europea de que goza esta Biblioteca.

V.

EL PALACIO.

Fatiga verdaderamente contemplar tantas maravillas, y el viajero, sacio ya de encontrarse sumergido en aquella especie de Pactolo de las artes, cansado ya de no volver á ningun punto la vista sin tropezar con una obra maestra, apenas concede una atencion indiferente al colegio y á su *sala de los secretos,* que así se llama por oirse en cualquiera de los ángulos lo que se habla en voz baja desde el opuesto, sin que lo perciban los que están en medio; y atraviesa con paso rápido las bellas habitaciones del seminario.

Le aguarda el palacio y con él un nuevo tesoro de sensaciones, un nuevo ramillete de obras portentosas y de pinturas admirables.

Ya en la primera pieza nos encontramos con cuadros del Españoleto y con paisajes de Jordan. Las habitaciones del rey contienen el despacho, un gabinete, la pieza de vestir, el oratorio, la sala de corte y la pieza de villar todo con tapicerías españolas ó flamencas, con sillerías y colgaduras de graves colores, con techos preciosos, con bajos relieves admirables, con pavimentos riquísimos de embutidos, con cuadros, bronces, mármoles, tisús, damascos, marfiles, aguadas, miniaturas, pizarras y otras cien y cien preciosidades que no se cansan de admirar.

Las habitaciones de la reina corresponden á su celebridad, y los viajeros se paran á contemplar largo tiempo en su oratorio una tabla de Juan de Juanes y en su tocador un techo de Francisco Lopez.

Nada de mas deliciosa coquetería que el cuarto de la infanta con sus tapicerías chinescas, con sus colgaduras azul celeste, con sus pabellones verdes, amarillos, y carmesíes; nada mas rico que los cuartos de los infantes con sus

pinturas de escuela flamenca, italiana y española, con sus creaciones debidas al talento simpático y al genio poderoso de Alonso Cano, de Rafael, de Guido Reni, de Ribera y de otros veinte nombres como estos; nada en fin mas deslumbrador que la *sala de las batallas* en cuyas paredes Granello y Fabricio pintaron prolija y sabiamente al fresco la victoria de *la Higuerela* conseguida por Don Juan II sobre moros de Granada, la toma de San Quintin y las espediciones hechas á las Islas Terceras en tiempo del segundo de los Felipes. La bóveda de esta sala la forman lindísimos grutescos que contienen una admirable variedad de figuras y caprichos, mezclados con templetes, nichos, pedestales, aves, mónstruos, frutas, flores, paños y colgantes, dibujado todo fantástica y agudamente con hábil pincel y mano fácil.

Es indispensable que el viajero no abandone el palacio sin haberse hecho guiar á la que llaman *habitacion del fundador*.

Allí, en una especie de celda sencilla y pobre, es donde vivió Felipe II siempre que habitó el Escorial. No hay en aquel aposento otra cosa que un techo llano y sin adornos, unas paredes simplemente lucidas de blanco, un suelo de modesto ladrillo, un escritorio con humilde estante para libros, alguna de las sillas de su uso, dos taburetillos en que solia reposar la pierna aquejada de la gota, y la pobre alcova en donde con los ojos clavados en el altar mayor de la iglesia, — que se distingue por una tribuna, — exhaló su último suspiro el rey que no iba á aquel sitio á ser monarca, sino monge, el soberano en cuyos dominios jamás se ponia el sol.

El alma no acierta á esplicarse el tropel de ideas que acuden á la imaginacion al penetrar en aquel cuarto de paredes desnudas y de sencillez sin igual, despues de haber recorrido tan dilatada serie de ricos y lujosos aposentos. Le da á uno frio al entrar en aquella habitacion.

Sucedióle al autor de estas líneas la primera vez que estuvo en el Escorial y visitó esta celda, una anécdota, que bien le permitirá el lector que cuente por lo graciosa, aun cuando no fuese mas que para distraerle momentáneamente de la monotonía que haya podido hallar en la descripcion del edificio.

Habia recorrido todo el monasterio en compañía de otro viajero para mí desconocido que se me habia juntado en el patio de los reyes. Cuando llegamos al aposento indicado, nos enseñaron los varios objetos que allí se conservan y sirvieron para el uso particular del fundador. Mi compañero, señalándome uno de los taburetes, me dijo:

— Y qué es eso?

— Un taburete en el que descansaba su pierna Felipe II — le contesté.

—Mejores los tengo yo en mi casa.

—No lo niego, añadí sonriendo, pero yo veo en él toda una historia.

Mi hombre entonces lo cojió, lo examinó, lo volvió de todos lados y me dijo por fin, acompañando estas palabras de un significativo gesto:

—Pues yo solo veo un taburete..... y bastante malo por cierto, —añadió á los pocos instantes.

Por la noche supe que era un sillero de una de las mas populosas ciudades de Andalucía.

No todas las maravillas del Escorial están aun terminadas para el viajero que ha pisado sus umbrales y recorrido los varios sitios en que le hemos hecho penetrar. Le falta todavía visitar la *Compaña*, nombre que se da á un edificio contiguo porque acompaña y sirve de complemento al edificio principal; le falta todavia recrearse por entre el follaje y la arboleda de deliciosos jardines llenos de vergeles rumorosos y aguas bullidoras que le convidan al reposo; le falta todavía pasear los aposentos y galerías de la *casa del Príncipe* que, edificada en 1772, quedó viuda de todas sus bellezas, alhajas y primores cuando la guerra de la independencia, pero que volvióse á decorar en 1824, aunque no con el esplendor que antes.

Merece la pena de pasarse en ella un buen rato admirando todas sus curiosidades y todos sus primores, y es verdaderamente grato contemplar allí esparcidos por sus salas, ya los techos de Gomez, de Duque, de Perez, de Japeli y de Lopez; ya las piezas llamadas de maderas finas; ya los cuadros de famosos artistas; ya en fin las preciosidades sin número que la casa guarda como guarda un joyero sus riquezas.

El Escorial deja en el ánimo una impresion difícil sino imposible de borrar. Es en efecto, segun acertada espresion de un escritor, todo lo que puede hacer una nacion cuando se refugia en un claustro.

Cuando visité el monasterio que acabo de describir, lo recorrí acompañado de un ciego que tiene por nombre Cornelio y que me habia sido señalado como el *Cicerone* universal de todos los viajeros. Confieso francamente que aquel ciego es otra maravilla.

Aquel hombre sin necesidad de lazarillo le acompaña á uno por todas partes, se para delante de cada cuadro, se lo esplica, se lo comenta, le señala, como si lo estuviera viendo, el sitio que ocupan las figuras. Es hombre que sabe, todo referente al monasterio, multitud de anécdotas y

cuentos, infinidad de hechos y noticias..... es un sabio memorandum, una crónica viviente, un album andando.

De él recojí la siguiente graciosa anécdota:

No hay hombre medianamente versado en la historia de la literatura española que no sepa quién era el doctor Don Juan Perez de Montalvan, aquel de quien dice el epígrama:

El doctor tú te lo pones,
el *Montalvan* no le tienes,
con que en quitándote el *don*
vienes á quedar *Juan Perez*.

Sucedió pues que un dia, con motivo de no sé qué solemne funcion, se contaba Montalvan como uno de los que recorrian los claustros del Escorial, acompañado de varios monges que le seguian obsequiándole y felicitándole. Al pasar por uno de los ángulos acertó el buen doctor Perez á fijar la vista en un cuadro que representaba á un anacoreta azotado por darse tanto á los autores clásicos. Sorprendióle á Montalvan la originalidad del pensamiento y celebró la verdad con que habia sido desempeñado.

Los monges, al verle tan embebido en la contemplacion, instáronle para que improvisara y escribiera unos versos alusivos al cuadro, y tanto le hubieron de rogar, que el doctor, deseoso de complacerles, dejó caer su pesada frente en la palma y estuvo un buen rato meditabundo. Por fin, levantó la cabeza, movió los ojos como hombre inspirado, y en medio de la curiosidad general escribió su *improvisacion* reducida á estos dos únicos versos:

Grandes azotes le dan
porque á Ciceron leia.

Celebrose la agudeza del *ingénio*, encontráronse admirables los dos renglones, graduóse de profunda la idea que encerraban. El poeta fué llevado poco menos que en triunfo.

Ahora bien; en tiempo de Montalvan corria el mundo, ó por mejor decir la corte de Madrid, un hombre maligno si los hay, mordaz si se encuentran, estrafalario hasta tenerlo de sobra, con tanta sátira en los labios como hiel en el corazon, y poeta por añadidura. Se llamaba este hombre Don Francisco de Quevedo, y era tan intimo de Felipe IV, que este llegaba á permitir que le hablase con el sombrero puesto y el embozo echado diciéndole por única y burlona disculpa:

En estas mañanas frias,
los amigos verdaderos
ni se dan los buenos dias,
ni se quitan los sombreros.

Quevedo, hablando sin rodeos, no podia ver á Montalvan..... dígalo sino el epígrama, y quiso su buena suerte, ó la desgracia del doctor, que pocos dias despues de lo mencionado se hallase precisamente en el Escorial y precisamente en el claustro donde estaba precisamente el cuadro de los versos. Allí de Quevedo!

Lo mismo fué saber que aquellos dos rengloncitos eran parto de la imaginacion de su *amigo* el doctor Perez, que el poeta satírico formó propósito de concluir la redondilla y no dejar incompleta la obra de un tan su amigo.

Dicho y hecho. Leyó en alta voz con grave y pausado acento los dos versos:

Grandes azotes le dan
porque á Ciceron leía,

y sin andarse en cumplidos terminó la redondilla escribiendo debajo:

¡ra de Dios! que seria
si leyese á Montalvan?

Aquella misma tarde era sabida de toda la corte la donosa ocurrencia y no pocos fueron al Escorial deseosos de ver por sus propios ojos los autógrafos, pero ya los monjes, pesándolo en la balanza de su imparcialidad, habian hecho desaparecer las inscripciones.

Acaso los tan benévolos lectores de esta obra hayan hallado pálida la descripcion del Escorial, acaso la hayan hallado demasiado desnuda de adornos, demasiado descarnada.... Es que he querido hacerla así con todo propósito para dar una idea de lo que sucede visitando el edificio.

En efecto, en el Escorial no se piensa, se admira; no se medita, se cree.

Sin embargo, este edificio, mas quizá que ningun otro, tiene tambien sus poéticas leyendas, sus peregrinas tradiciones.

Yo apunté dos en mi album de viaje , y las contaré puesto que ha llegado la hora. La una es el episodio de la vida de un rey; la otra es la historia de un artista.

Empezaré por la del artista. Así lo exijen las fechas.

PROMESA DE ARTISTA ES PALABRA DE REY.

I.

En la mañana de un domingo de mayo la gente se agolpaba á las puertas de la iglesia de monjas benedictinas de Lisboa, invitada por la campana que anunciaba estar próximo á celebrarse el santo sacrificio de la misa.

Entre los primeros que penetraron en el templo, notábase á dos jóvenes de traje sencillo pero aseado. Uno de ellos en particular mostraba en su rostro agraciado una cierta vivacidad acompañada de un cierto tinte de superior inteligencia que era bastante á conquistarse, solo á primera vista, las simpatías. Devotamente entraron estos dos jóvenes en la iglesia y despues de haberse persignado é inclinado, fueron á colocarse junto á una de las macisas y sólidas columnas que sostenian la nave.

Rato hacia que estaban allí y rato hacia tambien que uno de los jóvenes, el de mas espresivo semblante, paseaba sin cesar la mirada de sus ojos negros por la iglesia, examinando cada una de las personas que entraban, como si á alguien buscase ó á alguien esperara. Asi seria en efecto, porque su compañero, viendo su impaciencia y la ineficacia de sus miradas, se le acercó y le dijo en voz baja:

—No vendrá.

—Seria la primera vez que faltara, —dijo entonces el primero con una voz dulce.

—Hubiera ya estado aquí, Alonso. La misa va á empezar.

—Lo sentiria en el alma, —contestó aquel á quien se acababa de llamar Alonso. Tú que estás metido en la corte, Luis, debias servirme para conocer á esa mujer que me tiene loco, fuera de mí, y que debe pertenecer sin duda, segun su porte, á una clase elevada.

—Pero, cómo no te ha ocurrido nunca la idea de seguirla?—preguntó Luis.

—Cien veces se me ha ocurrido, pero sin poderla llevar á cabo.

—Porqué?

—Porque siempre que la he visto aqui, á esta hora, nunca al concluirse la misa se ha salido como los demas, sino que, por el contrario, se introduce cada dia en el interior del convento á hablar con las madres, saliendo despues por alguna otra puerta que mi instinto de amante no me ha podido hacer adivinar.

—Será acaso una de las nobles protectoras de la casa?

—Puede ser.

En aquel momento se presentaba el sacerdote en el altar. Iba á empezar la sagrada ceremonia.

—Renuncia á verla por hoy,—dijo Luis doblando una rodilla.—Ya no viene.

—Mírala, ahí está!—esclamó Alonso cuyo cuerpo se estremeció repentinamente como el de un azogado.

Luis volvió la cabeza hácia la puerta y vió adelantarse, seguida de su dueña, á una muger jóven en apariencia, pero de cuya belleza no pudo juzgar porque un manto negro la cubria el rostro. La jóven y la dueña pasaron por junto á nuestros dos amigos y fueron á arrodillarse á pocos pasos de distancia, bajo el púlpito que en alto se sostenia clavado á la columna. Al llegar allí, la desconocida separó su velo, pero estaba de espaldas á Luis y este no pudo por el momento satisfacer su curiosidad. Aguardó pues á que se terminara la misa, la cual pasó como un rayo para Alonso que se consideraba incomparablemente feliz hallándose cerca de la muger que le tenia robada el alma y que todos los dias festivos veia allí, á dos pasos de él, de rodillas mientras duraba la ceremonia.

Terminada esta, las gentes empezaron á abandonar el templo. La jóven proseguia aun entregada á sus oraciones ó á su religiosa meditacion, porque tardó un buen rato en levantarse. Cuando lo hizo, habló dos palabras á su dueña y, cruzando la nave, fué á pasar otra vez por junto á los dos jóvenes, á quienes dirigió entonces una mirada que Luis permitió generosamente que Alonso se apropiara toda entera. Este sintió que penetraba en su alma todo un cielo de felicidad y ni siquiera observó la pálida sonrisa que se dibujaba en los labios de su amigo.

Cuando la jóven y su dueña hubieron desaparecido por una puerta lateral que conducia al interior del convento, Alonso se volvió hácia Luis.

—Dí, no es verdad que es hermosa?—le preguntó.

—Como un ángel, amigo mio. Pero no es estraño tampoco, siendo como es esa muger la pérla de Lisboa.

—Ah! la has conocido?

—Sí.

—Quién es?

—Salgamos primero, que mas despacio y mas libremente podemos hablar en la calle.

Los dos amigos salieron de la iglesia.

—Me tiene loco!—dijo el primero Alonso así que hubieron pasado el umbral;—mira, no lo tomes á ilusion ni á baladronada, Luis, pero cree que esa muger es mi vida La adoro con delirio, con frenesí, y sin embargo ni he oido su voz ni la conozco siquiera. Quieres matarme con una palabra mejor que con una puñalada? Dime que no me amará nunca.

Luis no contestó y prosiguió andando.

—Que felicidad cuando me vea amado por esa muger!—continuó con entusiasmo Alonso;—cuando sienta resbalar su mirada acariciadora por mi frente de fuego y cuando me sienta abrasar al contacto de su mano fijos mis ojos en sus ojos! Yo soy así; he nacido para amar. El dia que la oiga murmurar tímida y ruborosa á mis oidos el delicioso «te amo», aquel dia, Luis, no me cambio por un rey; seré capaz de depositar á sus piés todos los tesoros del mundo si me los pide.

—Pobre necio!—contestó entonces Luis con una sonrisa de compasion,—todos los tesoros que tú, pobre oscuro nombre de artista, puedes ofrecerla son tus pinceles, los pinceles que deben crearte un hermoso porvenir, no hay duda, que ganarán un laurel para tu frente, es cierto, pero que no te alcanzarán jamás un escudo de armas con que poderte presentar á su padre para pedirle la mano de su hija.

—No te entiendo.

—Esa muger es noble.

—Y bien?

—Noble de la primera nobleza de Portugal, noble como el rey.

—Cómo se llama?

—Mira,—dijo Luis parándose ante una casa.

Alonso fijó sus ojos distraidos en el edificio que pareció indicarle su amigo con el gesto. Era un lujoso palacio.

—Sabes que casa es esta?—preguntó Luis.

—El palacio de los Souza.

—Pues bien, esa muger, la que amas con tanto delirio, es Catalina de Souza, la hija única de Don Luis de Souza Cavalho, el mas noble y mas orgulloso Señor de Lisboa.

—Ah!

El pintor Alonso quedó aterrado. En efecto, acababa de ver abrirse un abismo entre él y Catalina.

—No importa!—dijo con resolucion al poco rato,—yo salvaré la distancia. Dentro pocos dias acaso seré pintor de Doña Juana y entonces, á falta de escudo, tendré un empleo en que ningun noble de la tierra es capáz de reemplazarme. Adios, Luis.

—Dónde vas?

—Voy á ver al padre de Catalina.

—Eres un necio.

—Y á pedirle la mano de su hija.

—Eres un loco.

—Estoy enamorado.

—Te echará de su casa.

—Mejor; así estaré mas libre.

—Te negará la mano de su hija.

—Mejor; así podré robarla.

—Te hará apalear por sus criados.

—A mí!

Y toda la sangre del generoso mancebo se agolpó á su rostro y sus ojos brotaron llamas.

—Voy á verle,—dijo resueltamente el jóven con una sonrisa inesplicable.—Si él tiene un blason, yo puedo pintarle en un momento cien escudos de armas. Adios, Luis.

Y se entró decididamente en el palacio de Souza atravesando con paso rápido el vestibulo y subiendo la lujosa escalera que guiaba á las habitaciones principales.

Alonso se hizo anunciar y el señor de Souza no tardó en recibirle, pero así que hubo oido la mision del pintor, franca, sencillamente espresada, así que supo quien el era, la mas ruidosa y alegre carcajada resonó en el salon dejando inmovil al jóven artista.

Precisamente en aquel instante penetraba en la estancia Catalina que se

paró tambien, sorprendida por la risotada de su padre en cuyos labios solo rara vez y por casualidad veía asomar la risa.

Alonso al ver á la jóven olvidó la afrenta que acacaba de recibir de su padre para no pensar mas que en ella, en ella hermosa como una de las pinturas de Rafael, poética como su mas rica ilusion de artista. Sus ojos se clavaron en el bellísimo rostro de Catalina que, á su vez se admiró de hallar allí, en la habitacion de su padre al jóven de espresivo rostro y negros cabellos que todos los dias festivos veía en misa, apoyado en la columna mas inmediata al sitio donde ella tenia por costumbre colocarse.

El de Souza al ver entrar á su hija dió nuevo impulso á su hilaridad.

—Oye, hija mia, ... oye, Catalina..... decia teniendo que interrumpirse á cada paso por la risa, —habrase visto cosa mas chusca?.... pues no me ha pedido tu mano ese jóven!.... él..... un. ... que se yo! un pintor..... Ja! ja! ja!

Y se dejó caer en el sitial ahogándose de risa. Catalina se quedó inmóvil y ruborizada por aquella descortesía de su padre, descortesía contra la que se habria firmemente rebelado el pundonor de Alonso, si en aquel momento todas sus facultades no hubiesen estado absorvidas por la encantadora muger que, radiante de belleza, se presentaba á sus ojos.

La afrenta hecha por el padre al jóven, cayó pues solo sobre el corazon de la hija, la cual, temiendo en Alonso los efectos del amor propio ofendido, se apresuró á mirarle espresivamente como para decirle en mudo pero elocuente lenguaje que no la tomára por cómplice en el proceder de su padre. Alonso apenas habia oido las palabras del de Souza. Su atencion estaba toda entera concentrada en Catalina.

Para el pintor, corazon y puro corazon de artista, para el pintor aquella muger lo era todo desde el dia primero que la habia visto. Era una especie de adoracion, una especie de culto el que tributaba el alma entusiasta del jóven á la que, realizando todas las gratas ilusiones de sus sueños de oro, le decia en lenguaje comprensible para él solo: yo soy tu porvenir.

Alonso que sentia pues una necesidad de amar, miraba como un deber el amar á aquella jóven.

Cien años que hubiese durado aquella escena, cien años hubiera el entusiasta amante permanecido estático ante la belleza.

Asi que la risa le hubo dejado respirar dándole un momento de desahogo, el viejo Souza se levantó, y cojiendo á su hija de un brazo, atravesó el salon llevándosela consigo y repitiendo entre carcajadas:

—Donosa ocurrencia!.... mi hija esposa de un pintor!.... ja! ja! ja!..... Qué te parece el lance Catalina?

Cuando hubieron salido, cuando con la partida de la hermosa se hubo desvanecido aquella especie de admósfera magnética que tenia envuelto al jóven Alonso en sus invisibles pliegues, nuestro héroe volvió en si y comprendió todo el ridículo de su posicion y toda la estension de la afrenta que habia soportado.

Lanzóse furioso fuera del palacio de los Souza y estuvo todo el dia vagando como un loco por las calles de Lisboa. Al llegar la noche, cuando ya las sombras tenian como amortajada á la ciudad, se acordó de que en su casa estarian inquietos y, volviendo en sí, tomó tranquilamente el camino de su morada, no sin forjar mil planes en su imaginacion calenturienta, planes tan pronto aceptados como tan pronto desechados por su poca solidez y peso.

Habia ya penetrado en su calle é iba á hacerlo en su casa, cuando sintió que le cojian por el brazo. Volvióse y se encontró con una tapada.

—Sois el pintor Alonso?—le dijo la desconocida con una voz particular que en lo zalamera y gangosa revelaba á una dueña.

—El mismo soy.

—Una dama desea hablaros.

El corazon del jóven dió un salto.

—Es una dama jóven y bonita,—añadió la tapada.

—Cómo se llama?

—No puedo revelar su nombre.

—Y que he de hacer para conformarme á sus deseos?

—Seguirme.

—Y nada mas?

—Nada mas.

—Echad pues á andar que ya os sigo.

Y en efecto, la tapada empezó á andar con paso rápido siguiéndola sin titubear Alonso.

Atravesaron varias calles y plazas protejidas por las sombras de la noche hasta llegar á una callejuela que el jóven creyó conocer como la que daba á espaldas del palacio Souza. La tapada se introdujo por ella, llegóse á una reja y poniéndose un dedo en los labios, le dijo al amante:

—No os movais de aqui.

Y en seguida desapareció.

Pocos momentos despues oia el jóven el ruido que hacian abriéndose los

postigos de la reja y á través de sus hierros veía aparecer una forma blanca que murmuraba su nombre.

El artista creyó morirse de felicidad.

Era Catalina, Catalina de Souza.

II.

Era Catalina, no hay que darle vueltas. El amor es un muchacho muy travieso que no admite burlas y que no entiende en categorías. Para él todos los hombres son iguales ante su aljaba, y lanza sus saetas lo mismo al pobre que al rico, lo mismo al noble que al plebeyo.

Alonso al ver un dia por casualidad en misa á la heredera de los Souza, se habia perdidamente enamorado de ella sin conocerla, y Catalina al ver siempre de pié junto á una columna á un jóven que la miraba con los ojos de la ternura y de la pasion, habia sin saber como encontrado agradable aquel homenaje. No era que amase todavia al jóven desconocido, pero un paso, un pasito solo podia conducirla á este punto.

La escena de aquella mañana con su padre fué este pasito. Cuando Catalina hubo abandonado el salon, encontró que su padre habia hecho muy mal de reirse de aquel jóven de rostro melancólico y apasionada mirada, y una hora despues sintió una impaciencia tal, una tal inquietud, una desazon tan singular, que su dueña, muger esperta en achaques de galantería, no vaciló en decirla sin embajes ni rodeos que no provenia aquello de otra cosa que de su amor al jóven de la iglesia.

La niña, acostumbrada á dar entero crédito á las palabras de su dueña, creyó que podia tener razon. Desde aquella noche los dos jóvenes se vieron á través de la reja del callejon, desde aquella noche empezó para sus dos puros y cándidos corazones una vida de encantos y de delicias.

Todo fué perfectamente hasta llegar una noche..... noche fatal!

En dicha noche, Catalina entre sollozos y suspiros dijo á Alonso que su padre queria casarla con un primo suyo al servicio del rey de España, y que deseaba el viejo Souza celebrar este enlace antes de poco, pues iba á partir de embajador á los Paises Bajos, cerca del monarca en cuya corte estaba el novio.

Renunciamos á pintar la angustia y desesperacion del jóven. Su amada iba á partir y á partir para enlazarse con un hombre que no era él, él que la adoraba con tan insensato delirio!

—Sin embargo,—le dijo Catalina—tengo esperanza. Puede que haga ceder á mi padre de su propósito. Nada hay aun perdido. Síguenos á Bruselas donde vamos y confía..... confía en mí mientras..... mira,—dijo la hermosa interrumpiéndose y arrancando de su escarcela una borla dorada que entregó á su amante á través de la reja—mira, confía mientras no recibas la otra borla de mi escarcela igual á esta que te doy. El dia que yo te la arroje ó la haga llegar á tus manos, aquel dia será preciso separarnos para siempre. Yo tendré que obedecer á mi padre y moriré por obedecerle.

Fué aquella para los dos jóvenes una noche bien triste. A los pocos dias el de Souza, nombrado embajador cerca del rey Felipe II, partia acompañado de su hija para los Paises Bajos, y Alonso, el pobre Alonso, se quedaba en Lisboa abandonado como en una ciudad desierta.

Decidióse á ir en pos de su amada, decidió partir para Bruselas por largo que fuera el viage. Reunió todo el dinero que tenia, que era por cierto un bien pobre peculio, y abandonando sus proyectos de ser pintor de la princesa Doña Juana, cosa que tenia ya bastante adelantada, partió para los Paises Bajos con la imaginacion llena de ilusiones pero con el bolsillo bien desprovisto

No le seguiremos en su larga caminata, no le seguiremos tampoco en los primeros dias de su permanencia en Bruselas donde, falto completamente de recursos, llegó hasta el estremo de tener que dormir en la calle bajo las ventanas de su amada, la cual si bien, ignoraba que hubiese llegado á tal punto su miseria, le sabia sin embargo en la ciudad porque dos ó tres veces le habia visto, sin nunca poder hablarle.

Dejaremos pues en su vida un vacío de dos ó tres meses. El lector sabrá llenar este vacío con los episodios naturales á un jóven sin recursos que se halla en una ciudad estrangera donde todos los rostros le son desconocidos, donde todas las puertas le están cerradas.

La miseria, el último grado de la miseria llegó para Alonso. Y á esto se le reunió el no poder hablar jamás á su amada, el no hallar nunca ni siquiera una ocasion favorable para decirla: Te adoro!

III.

Un hombre envuelto en los anchos pliegues de una capa española cru-

zaba, — era mas de media noche, — por una de las mas concurridas calles de Bruselas. Seguia distraido su camino, cuando se detuvo sorprendido ante un bulto que se le presentó en el suelo y que la luz de la luna le permitió examinar.

Era un jóven que dormia profundamente, recostado en uno de esos poyos que en aquella época se notaban ante las puertas de casi todas las casas. Paróse el transeunte á contemplar al dormido jóven. Su vestido no revelaba ni siquiera una mediana fortuna y en su rostro enflaquecido, donde se veia marcada con sello indeleble la espresiva huella de la inteligencia, se notaba tambien la aguda señal del dolor ó el terrible dominio de la miseria ó acaso entrambas cosas á la vez.

Sintió el transeunte cierto movimiento de compasion hácia aquel hombre de noble fisonomia que dormia en un rincon de la calle, y habia ya adelantado el brazo para despertarle, cuando, pensándolo mejor acaso, suspendió su movimiento y prosiguió su camino.

El dormido no era otro que nuestro conocido Alonso.

Tres noches despues volvia á pasar por aquel mismo sitio el mismo transeunte y hallaba tambien dormido junto al poyo al jóven que ya habia llamado la primera vez su atencion. Aquel dia no pasó de largo, sino que dándole una palmada en el hombro le despertó.

—Ignorais, —le dijo el desconocido, —que está prohibido dormir en las calles? Como acierte á pasar una ronda os lleva á la carcel.

Alonso miró al transeunte.

—Y á vos que os importa? —le dijo.

—A mí, maldito! Solo la humanidad me ha impelido á despertaros. Una noche á la intemperie puede traer funestas consecuencias á vuestra salud.

—Sois por ventura médico?

—Puede ser.

—De todos modos gracias. Me habeis hecho un singular obsequio en despertarme.

—Se puede saber porqué?

—Porque así me he convencido de que vivo.

—Lo ignorabais?

—Estaba dormido y me cria feliz.

— Luego sois desgraciado cuando estais despierto?

—Sí, muy desgraciado!

—Tan jóven!

—La desgracia no se fija en edades.

—Teneis razon. Quereis contarme vuestras cuitas?

—No me gusta escojer para confidentes á personas desconocidas.

—Acaso yo pudiera aliviaros, consolaros.....

—Es imposible. Mis penas son inconsolables.

—Rehusais mis ofertas?

—Seguid en paz vuestro camino. Otro las admitirá. No faltan en el mundo desgracias que se prestan á consuelos.

—Las vuestras no son de esta clase?

—Nó.

—Luego nada puedo hacer por vos?

—Sí.

—Qué?

—Puedo deberos un servicio y á ello os quedaré agradecido.

—Decid, cual?

—Soy estrangero y aun cuando hace algun tiempo que habito esta ciudad, no conozco todavía sus calles. Indicadme por donde se va al rio.

—Por donde se va al rio! Para qué?

—Para ir á pasear por su orilla.

—Es idea!

—Yo las tengo muy raras. Con que, me decís el camino?

El desconocido se lo indicó.

—Gracias!—dijo el jóven.

Y se alejó tomando la direccion que acababa de mostrarle el transeunte. Este que habia hallado en Alonso cierto no se qué simpático, permaneció largo rato siguiéndole con la vista y pensando que es lo que podria llevar á aquel hombre á orillas del rio. Nuestro pintor continuaba entretanto su camino, pero fuerza es dar aquí algunas aclaraciones, antes de poner de manifiesto los hechos que se van á seguir.

Cuando Alonso llegó á Bruselas, su caudal se estinguia por momentos. Apenas le quedaban algunas monedas, las cuales le sirvieron para corresponder á las necesidades de los primeros dias. La mas terrible miseria empezó á asomar el rostro junto á Alonso. Éste, sin embargo, confiado é indiferente, en nada queria pensar mas que en su amada á la que vió de lejos varias veces y con la cual cruzó todo el fluido magnético de sus miradas. Llegó el momento en que Bruselas fué para el jóven una ciudad

inhospitalaria. Apurados sus postreros recursos, en vano buscó donde ganar siquira un maravedí. Ofreció á un posadero llenarle la casa de cuadros si le daba albergue ocho dias y le echó á la calle. Ofreció á otro hacerle su retrato por una comida y le volvió la espalda. Alonso estaba desesperado. Hacia ya cuatro noches que dormia en el duro suelo, junto al poyo de la puerta y bajo la ventana de su Catalina. Hubiera dado la mitad de lo que podia quedarle de vida para verla un momento, para decirla que la amaba, que tenia celos, que se moria por ella y que moria sobre todo inquieto y desesperado.

Ya la vió, pero sin hablarla. Catalina se asomó á la ventana y tropezaron sus ojos con el semblante pálido, escesivamente pálido de Alonso, el cual la miró con tan marcado sentimiento de ternura, que la heredera de los Souza sintió destrozarse su corazon rasgado por aquella mirada en que se leía todo un siglo de tormento. Tambien Catalina estaba muy pálida y Alonso pudo observarlo. La jóven estuvo largo rato mirando al pintor sin pestañear, en seguida llevó la mano derecha á su corazon y levantó los ojos al cielo; por fin, como obedeciendo á la fuerza, sacó su mano fuera de la ventana y dejó caer un objeto á los piés de Alonso.

Era la otra borla de la escarcela.

El pintor hubiera preferido sentir destrozar sus carnes por garfíos candentes, porque fué aquello para su alma un bien cruel y un bien terrible golpe. Catalina desapareció de la ventana luego de haber arrojado la borla, y Alonso sintió como que con ella desaparecia todo. Gloria, ensueños, placeres, ilusiones, amores, porvenir, todo huyó para Alonso que lanzó un grito lúgubre de dolor, el grito desesperado del alma que se rompe y se despedaza á impulso de su mismo sentimiento.

Por otra parte, la miseria era el único patrimonio del artista y la miseria es un mal consejero.

Alonso decidió sentarse como los otros dias junto al poyo de la puerta, esperar allí la noche y llevar á cabo entonces cierto plan que se habia formado. En efecto, se recostó en el suelo y la fatiga y el mismo sufrimiento le sumieron en una especie de soñolencia tranquila y sosegada, de la cual fué á arrancarle para volverle á las espantosas realidades de su vida la mano cruel del desconocido transeunte.

Cuando este le hubo señalado á Alonso el camino que conducia al rio, el jóven, murmurando un adios á la señora de sus pensamientos, se encaminó en línea recta hácia el sitio donde, á los rayos de la luna, brillaba el rio co-

mo la espalda cubierta de escamas de un deforme y monstruoso pez. Al llegar á la orilla, se arrodilló sobre la arena, rezó una plegaria entre dientes, é iba á precipitarse, cuando sintió que le cojian por el cuello de su ropilla.

Volvió el rostro. Era el transeunte.

—Otra vez? —murmuró el jóven impaciente.

—Otra vez, —contestó con calma el desconocido.

—Quiero saber, caballero, porqué os meteis en lo que no os importa?

—Y quién os ha dicho á vos que no me importa? Todo hombre tiene derecho á consolar al que sufre, todo hombre debe tender una mano al desgraciado, todo hombre al ver correr á un hermano á una muerte violenta, tiene obligacion de decirle como yo os digo: Sois cristiano y quereis suicidaros?

—Pasad vuestro camino y dejadme en paz.

—Joven, ó estais loco ó desesperado. De todos modos, no os hallais en vuestro cabal juicio y yo no puedo permitir que un cristiano atente contra su vida conquistándose por una cobardia la condenacion eterna. Haceis mal en no contarme vuestras cuitas, jóven; acaso yo podria hallaros remedio. Decidme: es el amor el que os conduce al suicidio? es la miseria?

—Con qué derecho me preguntais?

—Con el derecho que tiene el hombre que piensa para con el hombre que sufre, con el derecho que á todos nos ha concedido Dios de hacernos hermanos.

El jóven artista se dejó caer sobre una piedra, abatido y exhausto de fuerzas. El hombre de la capa se sentó á su lado, y le cojió una mano.

—Jóven, vuestra mano arde con el fuego de la fiebre; jóven, vos sois desgraciado y yo quiero ser vuestro amigo. Contadme vuestras penas.

Alonso habia llegado á aquel punto de los corazones dolientes y generosos en que es una necesidad tener un amigo en quien depositar sus pesares, con quien partir el dolor que sobra y que es carga demasiado pesada para sobrellevarla uno solo. Se dejó pues arrastrar por la simpatía que supo inspirarle el desconocido, y, poco á poco, de palabra en palabra, de confesion en confesion, fué contándoselo todo, su amor, su locura, su desesperacion, su miseria, su último golpe en fin. Arrastrado por la elocuencia y la verbosidad del dolor, acabó por no ocultarle el nombre de su amada, nombre que al oirle obligó á hacer un movimiento al desconocido.

—Catalina de Souza! —dijo como si recordára.

—La conoceis? — preguntó el artista.

—Una jóven pálida y hermosa, hija del embajador de Lisboa?

—La misma.

—Sí, la conozco y tambien á su padre.

—Es amigo vuestro quizá?

El desconocido vaciló.

—Como si lo fuera—dijo por fin.

Alonso acabó de contar la historia de sus cuitas, sin que se olvidára de contarle la proteccion que le dispensaba un amigo, el cual á no haberse salido el jóven de Lisboa le hubiera sin duda ninguna hecho nombrar pintor de Doña Juana, que era entusiasta por algunos cuadros de Alonso. La historia enterneció al desconocido. Cuando hubo terminado, este le dijo:

—Amigo mio, bien habeis hecho en hacerme depositario de vuestras penas. Yo podré hacer algo por vos. En primer lugar, permitid que os diga que no veo vuestra posicion tan desesperada para no hallar mas recurso que el suicidio; otra cosa debierais hacer.

—Qué?

—Esperar. Catalina no está aun casada y, quién sabe! si vos variabais de posicion, puede que el viejo Souza os admitiera por yerno.

—Variar de posicion! No os he dicho que estaba en la última miseria? no me habeis hallado vos mismo durmiendo en la calle? No tengo agotados ya todos los medios, todas las esperanzas, todos los recursos? Oh! yo bien sé que el viejo Souza es avaro y que me admitiera por yerno, aun cuando no tuviese título, con tal que tuviese dinero, pero me he convencido de que yo estoy reñido con la fortuna.

—Constancia, amigo mio, constancia y prosperareis, que pobre porfiado saca mendrugo. Por de pronto, yo puedo ofreceros un principio de fortuna.

—Vos?

—No me habeis dicho que habiais ofrecido á un mesonero hacerle su retrato por una comida, es decir por un escudo?

—Sí.

—Pues bien, yo, que soy hombre caprichoso y raro, os propongo hacer el mio y os doy hasta veinte libras tornesas por satisfacer este antojo.

Alonso se quedó sorprendido y no acertó á contestar. El desconocido, creyendo que vacilaba, añadió:

—Os doy cuarenta con tal que me lo hagais así que me presente á pedíroslo, en preferencia á cualquier trabajo que tengais proyectado ó emprendido.

—Pero.....

—Nada de peros. A mas, el dia que vaya á buscaros os daré noticias de vuestra Catalina y acaso..... acaso encuentre medio de haceros entrar en la casa y tener una entrevista con ella. Que diantre! bien podeis esperar á hacerme mi retrato. Para suicidaros siempre os sobrará tiempo.

— Oh! si haceis esto, si me procurais el medio de hablar con Catalina, os deberé la vida, seré vuestro esclavo.

—No quiero tanto. Me basta vuestra gratitud. Quedamos pues corrientes y tomad entre tanto.

Dijo esto el desconocido alargando al pintor un puñado de monedas de oro. Alonso se hizo atrás.

—Yo no pido limosna, —esclamó con orgullo y enrojecida la frente.

—Y quién os habla aquí de limosna? Lo que os doy es solo parte del precio que hemos estipulado para el retrato. Natural es que os deje algo en prenda cuando os compro el derecho de que me hagais mi trabajo en preferencia á cualquier otro.

—Esto sí, cuando vos lo reclameis estaré á vuestro servicio. Os lo prometo, y promesa de artista es palabra de rey.

—Promesa de artista es palabra de rey!—esclamó el desconocido repitiendo lentamente estas palabras—bien dicho, aun cuando sea algo orgullosa la espresion.

—Tal ha sido siempre mi divisa, —dijo Alonso.

—Promesa de artista es palabra de rey! —volvió á repetir el desconocido á quien pareció haber chocado esta frase.—Pues es una buena divisa, y el hombre que la tiene debe hacer carrera. Quedamos convenidos. Yo me encargo de daros noticias de Catalina la primera vez que nos veamos. Vuestro nombre, jóven?

—Alonso Sanchez Coello, —dijo tímidamente el pintor.

—Perfectamente. Adios!

—Pero, —dijo Sanchez deteniendo al desconocido,—cómo me hallareis si ni yo mismo sé donde voy á parar?

—Perded cuidado, yo os buscaré. Conozco todos los rincones de Bruselas y sabré dar en vos. Buenas noches!

Y sin añadir mas palabra, el desconocido le volvió la espalda y se alejó á grandes pasos. En cuanto á Sanchez Coello, tomó la bolsa que contenia sus pinceles y sus colores, se la echó á la espalda y se dirijió á una posada donde á duras penas pudo conseguir que le abrieran á hora tan adelantada

de la noche. Solo lo alcanzó haciendo sonar en su bolsillo el oro que le habia dado el desconocido.

IV.

A la mañana siguiente estaba ya muy adelantado el dia y dormia aun Alonso Sanchez Coello profundamente, entregado sin duda á sueños hermosos y felices, cuando le despertaron fuertes golpes dados en la puerta de su habitacion. Tiróse de la cama, vistióse á toda prisa y abrió la puerta.

Un hombre entró en la estancia paso á paso. Era un vejete de rostro severo pero bondadoso, que vestia un rico traje de corte. ¡Al hallarse en el cuarto, empezó á mirar á todas partes, y no viendo ningun adorno, ninguna maleta, ningun traje, ningun mueble en fin, que pudiera revelarle el bienestar del que alli habitaba, alargó de una manera significativa los labios, acompañando este gesto con encojerse lijeramente de hombros.

—En que puedo serviros?—preguntó Alonso á quien tenia sorprendido toda aquella pantomima.

—Acaso me habré engañado ó me habrán dado mal las señas—dijo el vejete como hablándose á sí mismo.

—Puedo serviros en algo?—volvió á repetir el admirado jóven.

—Perdonad, — dijo entonces el recien llegado. — Buscaba á un pintor llamado Alonso Sanchez Coello.

—Yo soy.

—Vos?

—Yo mismo.

—Entonces dispensadme nuevamente,—prosiguió el vejete saludándole con toda cortesia—dispensadme si al ver la sencillez de vuestra habitacion, habia creido no ser vos la persona que buscaba. Yo pensaba que viajabais con tren y boato, con esplendor y riqueza como cumple á vuestro rango y elevada posicion. Pero, por otra parte, demasiado me hago cargo de lo caprichosos y raros que son á veces los artistas! He conocido á muchos, entre otros al Ticiano, pintor de mi muy noble amo el emperador, y estoy al cabo de sus rarezas.

Sanchez Coello estaba atónito. No comprendia ni una palabra de lo que se le decia y tuvo que restregarse los ojos para asegurarse de que no estaba dormido. Pero aun creció de punto su asombro cuando oyó añadir al vejete:

—Maese Coello, he venido á veros por encargo de S. M. Don Felipe II rey de España y de los Paises Bajos. Yo soy su camarero y fiel criado don Fernando Leiva.

Alonso miró al camarero del monarca con ojos azorados.

—Por encargo de S. M!.... —balbuceó—á mí!... yo!....

—Teneis ya preparado vuestro aposento en palacio,—continuó Leiva—S. M. quiere festejar como es debido al gran pintor favorito de su muy amada hermana Doña Juana. No me ha costado poco trabajo el hallaros. Muchos dias hace que os ando buscando por todas partes.

—A mí!—esclamó el artista cada vez mas asombrado.

—A vos mismo. Desde que S. M. recibió la carta de Doña Juana en que le decia estar en Bruselas y recomendarle á su pintor favorito, desde entonces que me dió la órden de buscaros y llevaros á su palacio donde teneis dispuesta una lujosa habitacion con todos los menesteres, porque —y aquí el camarero se acercó á Coello y le habló en voz baja y con misterio—porque parece que S. M. trata de encomendaros un gran cuadro y desea que se lo trabajeis cuanto antes. No es esto deciros que yo lo sepa, maese Coello, no, líbreme Dios de adivinar el pensamiento de S. M!.... pero me lo sospecho por ciertas palabras y por la impaciencia que demostraba cuando me decia cada noche: «Con que, no me has encontrado aun á Coello? Eres un torpe, Leiva! A ver si mañana serás mas feliz.»

Si era sueño, duraba ya demasiado para que pudiera Alonso poner en duda la realidad. El pobre artista no sabia lo que le pasaba. La alegría, el cambio inesperado de fortuna, su escena con el desconocido de la víspera, la esperanza que le habia hecho concebir de hablar á Catalina, todo giraba en confuso tropel por su imaginacion de un modo capaz de volverle loco. Cuando pudo coordinar sus ideas, cuando consiguió ponerse sobre sí y pensar un poco sobre su situacion, entonces ya todo lo vió mas comprensible y mas claro.

En efecto, Alonso habia dejado en Lisboa á un protector, el que deseaba hacerle pintor de la princesa Doña Juana. Sin duda habia conseguido este empleo durante su ausencia y, enterado por su amigo Luis de que Alonso se hallaba en Bruselas, habria conseguido de Doña Juana que escribiera una carta al monarca su hermano recomendándole al artista. Esta fué al menos la esplicacion natural y plausible que se dió. No podia ser otra tampoco. Ah! ya el horizonte de sus amores empezaba á mostrarse despejado para el pobre Alonso.

La voz del camarero de Don Felipe fué á interrumpirle en medio de sus meditaciones.

—En que estais pensando, maese Coello? Vestíos aprisa y vámonos á palacio. A S. M. no le gusta esperar.

El artista siguió á Don Fernando Leiva quien le instaló en una magnífica habitacion de palacio. Nada habia sido olvidado. Allí encontró en efecte todo lo que podia hacerle falta para pintar. Don Fernando le dejó solo y le dijo que iba á ver al rey para noticiarle su encuentro y su llegada á palacio.

No tardó en volver el camaréro, portador de las órdenes de S. M. Estas eran terminantes y severas como todas las que daba el monarca español. El rey queria un cuadro que representára algunos pasages de la vida de su bienaventurado patron San Felipe, y lo queria para adornar con él la iglesia de Santa Úrsula el dia mismo de la fiesta de San Felipe, que era dentro veinte y cinco dias. Corto era el plazo, por lo mismo era deseo de S. M. que Coello no saliese en todo aquel tiempo de palacio y que se dedicase completamente á la obra. Concluida esta, siendo del agrado de S. M, como no podia menos tratándose de un cuadro pintado por el artista favorito de su hermana, maese Coello seria recibido en audiencia particular por el monarca y este se comprometia á darle para entonces la suma que le pidiese ú otorgarle el favor que le demandase.

—Con que quiere decir,—esclamó Alonso cuando hubo terminado el camarero su mision,—que estos aposentos serán mi cárcel durante veinte y cinco dias?

—Poco menos—dijo Don Fernando

Coello se conformó y se prometió trabajar sin descanso. El jóven pensó que acaso pendia de aquello su futura dicha, pues si lograba hacer una obra que agradára á Felipe, si conseguia ser bien visto de este monarca, Alonso se arrojaria á sus piés y le pediria por único favor su intercesion para obtener la mano de Doña Catalina. Cómo negarla entonces el viejo Souza, si quien se la pedia era un rey y todo un rey como Felipe II?

Acariciado por esta idea, mecido por esta grata esperanza, el artista sintió revivir su muerto entusiasmo y en el acto mismo se puso á trabajar con todo afan y firme deseo de perseverancia. Veinte y cinco dias eran muy pocos para una tan gran obra, y Coello conoció que no habia momento que perder si queria el dia señalado tenerla concluida.

El cuadro fué empezado en el momento. Desde entonces Alonso pasó los

dias pintando y hasta muchas noches transcurrieron para él sentado ante el caballete y el lienzo. Solo empleando todas las horas y concediéndose muy pocas de descanso era como el artista podria abrigar la esperanza de dar feliz término á su tarea.

El camarero Don Fernando Leiva iba muchas veces á hacerle compañía mientras pintaba y se pasaba largos ratos con él hablando del caracter particular de Felipe II. Bueno será que aquí digamos algo de la pintura que del rey hizo Leiva á maese Coello, pintura exacta y que está conforme con la tradicion y con la historia.

El emperador Cárlos V, harto ya de victorias y de intrigas, abandonó un dia la pesada carga de los negocios y se retiró á disfrutar de la paz de un monasterio, nombrando por su sucesor á su hijo. Sin alegría, al menos aparente, heredó Felipe II á su padre vivo, no obstante dejarle el cetro mas pesado, pero la corona mas bella y mas envidiada del mundo todo. Casado con una muger que contaba doce años mas que él, misántropo y melancólico por naturaleza, reservado y silencioso por costumbre, severo y rígido por cálculo, Felipe se ocupaba de los negocios del reino con actividad, con constancia y hasta con obstinacion, perö sin entusiasmo y sin interés, como si se tratára solo de cumplir un deber penoso y poco grato. De este modo pasaba el dia sin permitirse ni el menor descanso ni la mas leve distraccion; su frente, continuamente arrugada por el trabajo incesante y por los cuidados, no se veía un solo instante serena y apacible. Cuando llegaba la noche, encerrábase el monarca en su oratorio y allí permanecia solo, entregado á sus rezos y meditaciones, sin que ni una mano fraternal serenase su frente, sin que ni una voz amiga poblase su soledad.

La reina vivia enteramente separada de él, y los cortesanos bullian silenciosos á su alrededor, sombríos y severos en su presencia como estatuas de piedra. Los unos atribuian el melancólico caracter del rey al dolor inconsolable que le causára la pérdida de su primera muger, la princesa Doña María de Portugal, los otros al germen roedor de una enfermedad fatal que el hijo de Cárlos padecia casi desde su cuna y que no debia segun ellos abandonarle hasta el sepulcro. Lo cierto es que nadie jamás habia visto sonreir al rey y que sus mas fieles y mas queridos servidores no se le aproximaban sino temiendo siempre oir salir de sus labios una palabra dura. Y sin embargo, jamás se le habia oido una sola de estas palabras. Cuando tenia que reprender, hacíalo con un gesto ó una mirada, pero júzguese qué mirada ó que gesto debia ser, cuando el mismo Fernando Leiva que descri-

bia su caracter á maese Alonso, debia morir mas tarde de espanto por haber obtenido de su señor uno de esos varios testimonios de enfado.

Cuanto mas se hacia cargo Sanchez Coello del carácter de Felipe, mas prisa se daba en su trabajo. Conocia que todo debia temerlo de aquel monarca si defraudaba su esperanza no presentándole el cuadro para el dia fijado.

Coello, el independiente artista, el entusiasta amante, el hombre osado, llegó á tenerle miedo á Felipe, segun la pintura que de él le hacian, y cada vez que oía abrirse la puerta de su estancia, se volvia estremecido temiendo tropezar con la figura severa del monarca dibujándose en el umbral.

Hallábase una tarde pintando como de costumbre. Solo seis dias faltaban para el plazo y la obra se hallaba ya tan adelantada, que Alonso estaba seguro de terminarla como no la soltara de la mano en lo que de tiempo le quedaba.

De repente vió el artista entrar en su taller á un hombre embozado en una capa larga. Alonso al fijar en él su mirada dejó caer el pincel que sostenia su mano.

Era el traseunte que le habia hallado dormido, el desconocido que le habia impedido suicidarse. Alonso no le desconoció aun cuando solo habia visto su rostro de noche y á la luz engañosa y equívoca de la luna.

—Por fin os encuentro!—murmuró el desconocido.—No me ha costado á fé mia poco trabajo. Pero, ya se vé, cómo podia yo ni siquiera llegarme á imaginar que el hombre que sin mi intercesion iba á suicidarse, falto de pan y de abrigo, debia á los pocos dias estar alojado en el mismo palacio real recibiendo la espléndida hospitalidad del monarca! Siempre dije yo que erais muchacho destinado á hacer carrera. Os doy por el pronto mi parabien.

—Gracias,—murmuró el artista,—gracias! Todo os lo debo á vos. Sin vuestra aparicion á mi lado en aquel momento de locura, Sanchez Coello encontraba una tumba en el rio y nadie se hubiera acordado jamás del nombre del artista muerto por el hambre y la desesperacion.

—Ahí vereis lo que son las cosas de este mundo. Cuando mas apurada está una situacion, mas pronto llega el cambio..... Pero, hablemos de negocios. Me debeis mi retrato.

—Y vos el cumplimiento de una promesa, de una consoladora promesa que me hicisteis.

—La he cumplido. He visto á vuestra Catalina.....

—Ah! la habeis visto?

Y al decir esto el jóven con un acento rico de emocion y de ternura tuvo que llevar la mano á su corazon para contener sus palpitaciones.

—La he visto y la he hablado de vos.

Alonso se acercó al desconocido. Temblaba como la hoja de un árbol, tal era su conmocion.

—Y qué? — dijo con una ansiedad que se pintaba con toda fuerza en sus ojos.

—Os ama como nunca: os ama como jamás ha dejado de amaros.

Sanchez Coello se pasó la mano por la frente rociada de sudor.

—En cuanto á su padre, —prosiguió el desconocido soltando las palabras con una gravedad calculada como si se gozara en juzgar de su efecto, — en cuanto á su padre, ha renunciado al enlace que tenia proyectado y ha retirado su palabra que habia comprometido con un primo de la jóven.

Aquí ya Alonso no pudo contenerse y dió un chillido de alegría, un verdadero grito de entusiasmo arrancado á la raiz de su alma. Era el único momento de felicidad que tenia despues de tantos dias de amargura.

—Sin embargo, —se apresuró á decir el desconocido, —no canteis tan pronto victoria. Hay otro pretendiente á la mano de la bella Catalina.

—Ah!

Y el rostro de Alonso borró la espresion de inesplicable júbilo que le habia coloreado.

—Sí, hay otro, el mas temible que pueda presentarse.

—Porqué?

—Porque—y el desconocido se acercó al oido de Sanchez mirando antes á todos lados por precaucion y como si fuera de gran importancia lo que iba á decirle, —porque está protejido por el rey y este es quien en su nombre ha pedido al viejo Souza la mano de Catalina.

El pintor se puso lívido. Aquella noticia era un golpe que destruía completamente todas sus esperanzas.

—El rey ha pedido la mano de Catalina?

—El mismo rey en persona, sí, amigo mio.

—Y no sabeis para quién?

—Esto es lo que no me ha sido facil averiguar. Solo sé que el viejo Souza, ante tan poderoso mediador, ha retirado la palabra que tenia comprometida con el primo y ha cedido á la demanda de S. M.

—Ha cedido?

—Pues qué otra cosa podia hacer?

—Oh! He ahí perdidas todas mis ilusiones, todas mis esperanzas.

—Perdidas! y porqué?

—Porque, vos no sabeis. S. M. me ha encargado este cuadro que ahí veis sobre el caballete y cuando yo lo tuviera concluido debia pedirle una gracia que, sea cual fuese, S. M. se comprometia á otorgarme. Ahora bien, yo pensaba pedirle por única gracia su real mediacion para obtener la mano de Catalina, y el monarca.... el monarca no me hubiera negado este favor al ver que se lo pedia como la felicidad de toda mi vida.

—Y bien, porqué no hacerlo aun?

—Me acabais de decir.....

—Quien sabe! En primer lugar puede que mis informes no sean exactos y despues, nada cuesta el pedirlo. El rey es rey y al fin puede deshacer lo que ha hecho. Felipe II quiere mucho á los artistas y si vos le entrais por el ojo derecho como suele decirse, acaso....

—Teneis razon. Aun no pierdo del todo la esperanza. Pondré en este lienzo todo mi saber, todo mi genio, toda mi vida, y si logro arrancar su aprobacion con mi obra, entonces....

—Entonces, segura teneis la mano de Catalina aun cuando á otro se la haya prometido.

—Sí, sí, este lienzo es mi única esperanza. Me cojeré á él como el náufrago á su leño de salvacion.

Y el artista cojió su paleta y pinceles disponiéndose á continuar su obra.

—Bien pensado,—dijo el desconocido, que en seguida añadió con un tono completo de indiferencia:—Ahora, en cuanto á nosotros, empezaremos cuando gusteis.

—Qué?—dijo Alonso que no comprendia.

—Calla! ya lo habeis olvidado? De mi retrato os hablo.

—Ah! sí, es verdad.

—Cuando lo empezareis?

—Dentro seis dias si os parece.

—Cómo dentro seis dias?

—Si, este lienzo debe ser entregado el dia mismo de San Felipe. En terminándolo, soy vuestro.

—Amigo mio, lo siento, pero precisamente yo necesito tambien el retrato para dicho dia pues que mi muger se llama Filipa y quiero regalárselo.

—Pero hacer las dos cosas es imposible, ya lo comprendereis. Una ú otra debe retrasarse.

—Retrasad el cuadro.

—Se lo he prometido al rey.

—Tambien á mí me habeis prometido el retrato que os he pagado anticipadamente. A mas, recordad nuestros pactos.

—Sí, sí, pero S. M.....

—Antes soy yo que S. M. Dijísteisme, recordadlo bien, que en cuanto yo me presentara seria preferido á cualquier trabajo que tuvieseis proyectado ó emprendido y añadisteis.....

—Pero.....

—Añadisteis: Os lo prometo y promesa de artista es palabra de rey.

—Es verdad.

—Luego, debeis reflexionar que sin mí, no tendriais ahora la paleta en la mano; que sin mí, no os encontrariais en esta rejia estancia sino amortajado por las aguas en el seno del rio.

—Teneis razon, pero ya sabeis lo que me va en no concluir este cuadro. Arriesgo en ello mi porvenir, mi fortuna.....

—Promesa de artista es palabra de rey, —dijo gravemente el desconocido.

Sanchez Coello dejó caer sus manos con desaliento.

—Repito que teneis razon. Mañana empezaré vuestro retrato.

Así terminó la conversacion del jóven con el desconocido.

Al dia siguiente este era puntual y Alonso, conforme á su palabra, empezó el retrato. Dos horas trabajó en él y citó á su modelo para la otra mañana.

A los tres dias quedaba concluido el retrato con entera satisfaccion del desconocido que se deshacia en elogios. En efecto, la semejanza era maravillosa. Alonso habia estado felicísimo en su obra y el desconocido estaba encantado.

—Maese Coello, habeis hecho un retrato admirable. Os quedaré siempre agradecido, y sobre todo por haberme preferido al rey. Así pues, os diré como este: Pedidme el favor que se os antoje. Sea cual fuere, yo me comprometo á hacéroslo.

—Vos?

—Yo mismo que, aun cuando no soy rey, valgo tanto como él. Antes de poco volveremos á vernos; entonces os diré mi nombre y accederé á lo que me pida quien tal retrato ha sabido hacerme. Os lo prometo y os digo á mi vez aceptando vuestra divisa, pues yo soy tambien un poco artista: promesa de artista es palabra de rey.

Y el desconocido salió dicho esto de la estancia dejando al pobre Sanchez Coello cara á cara con su cuadro que era ya imposible acabar para el dia prefijado. En vano trabajó, pernoctó, se apresuró.... Coello no consiguió otra cosa que fatigarse y llegó el dia de San Felipe sin que hubiera terminado su obra.

Por la mañana de este dia entró en el cuarto el camarero Leiva que hacia mas de seis dias no habia dado por allí ninguna vuelta. Encontró á Alonso pálido, desencajado el rostro, los ojos sanguíneos por la fatiga y la fiebre de inquietud que le abrasaba.

—Cómo!—esclamó Don Fernando,—no teneis terminado el cuadro?

—Ya lo veis, dijo Sanchez Coello arrojando la brocha y el pincel que en toda la noche habia soltado de la mano.

—Ay! Dios mio! y como lo hacemos ahora? S. M. va á venir aquí en persona para ver este cuadro que cree concluido desde ayer.

El artista calló.

—Se le habia así prometido en vuestro nombre.

El artista se cruzó de brazos y bajó la cabeza.

—Dios eterno! Buena la habeis hecho! S. M. se pondrá furioso en cuanto lo sepa. Y nada menos que ayer invitó á la corte toda para que viniera á ver la pintura antes de ser trasladada á la iglesia de Santa Úrsula. Maese Coello, dígoos verdaderamente que no quisiera yo ser de vos en este momento.

—Decidle á S. M. que me ha sido imposible cumplir mi palabra—esclamó melancólica y dulcemente Alonso.—Por lo demás, aquí me tiene. Que me castigue, que haga de mí lo que mejor le parezca. Así como así, estoy ya cansado de la vida.

—Pues entonces corro á avisarle, á prevenirle antes que aquí venga y nos encontremos con un mal mayor. Ay! ay! ay! Dios mio! Dios mio! Dios mio!

Y el buen camarero, confuso y aturdido, se salió, repitiendo sus esclamaciones, con toda la posible celeridad de sus años y sus piernas.

En cuanto á Sanchez Coello, se quedó tranquilo, resignado á su suerte que era difícil preveer cual seria, tratándose de un carácter como el de Felipe II. A todo estaba dispuesto nuestro jóven. Tenia la calma de la desesperacion.

Media hora despues, un ruido que oyó en la puerta de su habitacion le hizo volver la cabeza. Estaba aquella entreabierta y pudo ver acercarse á un capitan de guardias que se detenia en el umbral y colocaba allí dos cen-

tinelas á las cuales él mismo daba secreta consigna.

—Oh! me ponen preso! —murmuró el jóven. —Todo está concluido. Felipe II se vengará.

Y Alonso se sentó ante su caballete á aguardar los acontecimientos que, segun se anunciaban, debian ser siniestros. Ya desde entonces el silencio de su estancia no fué interrumpido mas que por los pasos sordos y monótonos de los centinelas que se paseaban cruzándose por delante de su puerta.

Así transcurrió todo el dia sin que el pintor viera á nadie, mas que al criado que le sirvió la comida y al cual no interrogó porque demasiado conoció que tendria la órden de ser mudo.

Al anochecer disponíase Alonso á tomar un poco de reposo, cuando oyó ruido de pasos. Abriéronse las puertas de su habitacion, y dejaron penetrar á un capitan de guardias que dirigiéndose á Coello le dijo brevemente:

—De órden del rey! Seguidme.

El artista se levantó y obedeció. En cuanto atravesaba el umbral de su cuarto, los dos centinelas hicieron un movimiento y se pusieron á su lado empezando á andar con él tras del capitan.

—Oh! puede que ya esté condenado! —se dijo Alonso.

Atravesaron sin hallar un alma varias galerías, cruzaron ricas filas de aposentos y empezaron por fin á descender por escaleras abovedadas.

—Ya está visto, —se volvió á decir el jóven, —me llevan á un calabozo donde esperan que me muera de hambre ó me pudra antes de rabia.

Prosiguieron bajando. Siguieron varios corredores que parecian subterráneos por la poca circulacion en ellos de aire y llegaron últimamente ante una puerta de bronce que el capitan empujó para abrirse paso. Una capilla se presentó á los ojos atónitos del artista, una capillita modesta, con pocos adornos y con nada mas que dos luces en el altar mayor. Ya entonces Alonso se sorprendió verdaderamente.

Habia oido hablar de muertes, de ejecuciones que se decian haber tenido lugar en el silencio, en el secreto de la interioridad, y aquel aparato le hizo temer que tratara acaso de asesinarle sigilosamente, introduciéndole antes en la sombría capilla para poder elevar sus postreros rezos al Señor. Y no era que él, noble y digno corazon de artista, temiese la muerte, no; ya hemos dicho que estaba dispuesto á todo, pero le arredraba el morir ignorado, lejos de sus amigos, de su familia, del mundo, sin poder sobre todo decirle adios á su amada, sin el cònsuelo de saber que la muger de sus sueños iria á verter una lágrima y á depositar una flor sobre su tumba.

El capitan, sin decir nada, saludó al llegar allí ceremoniosamente á Sanchez Coello y se fué llevándose los soldados y cerrando tras sí la puerta.

El pintor se quedó solo.

En aquella estraña é incomprensible situacion, demasiado se comprenderán todas las ideas que resbalaron por su frente, todas las inquietudes que envenenaron su corazon.

Un cuarto de hora despues de hallarse allí, vió abrirse una puerta del lado izquierdo del altar y aparecer varios hombres, cortesanos á juzgar por su opulento traje, que fueron silenciosamente á agruparse en un ángulo. En seguida por la puerta de la sacristía aparecieron varios sacerdotes llevando en medio, vestido con sus insignias sacerdotales, á uno al parecer prelado ó cualquier otra dignidad de la Iglesia, el cual fué á colocarse ante el altar como si esperara á alguien para comenzar una ceremonia.

Todo aquello era inesplicable para Sanchez Coello y no podia comprender que iba á hacer allí toda aquella gente. Se perdia en conjeturas y se torturaba la imaginacion en cavilaciones.

Por fin, el artista vió abrirse la puerta de la derecha del altar y salir por ella, primero un número considerable de pajes con las armas reales bordadas en el pecho, despues varios guardias de honor, luego una comitiva compuesta de grandes señores y grandes damas, y últimamente..... últimamente—era sueño ó realidad?—á Catalina de Souza, radiante de belleza y deslumbrante de galas seguida de su padre y dando la mano..... á quién? á un hombre rigurosamente vestido de negro, de rostro severo, de apagada mirada, que no era otro que el transeunte, el desconocido del retrato.

Sanchez Coello estuvo á punto de lanzar un grito como si se volviera loco. Efectivamente, hubo un momento de terrible crisis para su pobre cabeza. No comprendia nada y sin embargo creia comprenderlo todo. Estático, atónito, volvia sus miradas tan pronto á Catalina que le sonreía, como al viejo Souza que le saludaba amistosamente, como al desconocido que ofrecia á sus ojos el rostro que tan perfectamente habia dos dias antes trasladado al lienzo.

El del traje negro soltó la mano de Catalina á quien dejó junto al altar y al prelado, y se dirijió hácia el jóven á quien dijo gravemente:

—Promesa de artista es palabra de rey. Has faltado al monarca, Alonso Sanchez Coello, mi pintor de cámara, pero has cumplido con el desconocido pagándole tu oferta y tu deuda de gratitud. Cumpliendo con él has cumplido tambien con el rey. Por ello es que este te concede la mano de

Os pido, señor, vuestra real mano para besarla.

Catalina de Souza que querias pedirle, y el desconocido se te presenta y te dice: Promesa de artista es palabra de rey: te he ofrecido otorgarte una gracia: qué me pides?

—Oh! —esclamó Alonso cayendo de rodillas en el colmo de la felicidad y de la ventura, —os pido, Señor, vuestra real mano para besarla y vuestra amistad eterna.

—El desconocido hace mas aun, —le contestó Felipe; —hace que el monarca te abra sus brazos.

Y el rey levantó al artista del suelo y le abrazó delante de toda su corte, conduciéndole al altar donde le aguardaba la bella Catalina.

Como se ve, el desconocido no era otro que Felipe II, que Felipe II el cual, en Bruselas, segun opinion generalmente admitida entre sus biógrafos, no gozaba de otra distraccion que de recorrer durante la noche las calles en busca de aventuras, seguido de dos ó tres celosos guardias de confianza que velaban sobre él desde lejos y no le perdian de vista. El rey, vestido á la usanza de un hombre del pueblo, y embozado en su larga capa, íbase por los barrios mas desiertos, parábase á escuchar en las puertas, procuraba escudriñar por las rendijas de los postigos, y de este modo sorprendia muchas veces los secretos de las familias, de los cuales se servia casi siempre para poner en cuidado é intrigar á las personas á quienes pertenecian é interesaban aquellos, pero en raras ocasiones hacia mal uso de ellos, contentándose solo con dar un mal rato á las pobres gentes. Luego que tenia arreglada su comedia, disponia comunmente el desenlace con algun acto de munificencia que realizaba el dicho *Deus ex machina*.

Así sucedió con la aventura de Alonso Sanchez Coello.

Ahora, si al lector le ha interesado este jóven lo bastante para querer informarse de su suerte futura y de lo que le acaeció despues de su casamiento, saber debe que vivió muy feliz, envidiado de todos, y siempre muy estimado del rey que le escribia á menudo de su propio puño y letra, no olvidándose jamás de poner en el sobre: *Al muy amado hijo Alonso Sanchez Coello.*

Felipe le dió por alojamiento habitaciones espaciosas, todas ellas próximas al palacio, y le iba á ver muy á menudo pasando largos ratos hablando familiarmente con él. Coello sirvió al rey en muchas ocasiones, le hizo varios retratos y contribuyó á embellecer con sus obras el Escorial, segun hemos visto.

Llegó á ser el pintor mas famoso de su tiempo y ganó mas de 55,000 ducados; jamás faltó en su mesa un grande de España y su casa se vió frecuentada por los principales señores de la corte.

Hora es ya de que pasemos á la otra historia que es como el reverso de la medalla de esta que acabamos de contar.

EL BRAZALETE DE PERLAS.

I.

UNA VISITA Á DESHORA.

Con la facultad que tiene todo escritor de poder destapar, como el diablo cojuelo, los techos de las casas para que sus lectores logren formarse una idea exacta y completa del lugar de la escena y de los personajes que deben entrar en la accion, empezaremos por quitar de un soplo el tejado de un solitario pabellon situado no lejos del cuerpo principal de palacio, en los frondosos y pintorescos jardines del Pardo.

Una sala octógana se presentará á nuestra vista, sala adornada con un lujo verdaderamente deslumbrador. Vense tapizadas las paredes de seda azul celeste sembrada de estrellas de plata bordadas; graciosos pabellones de gasa blanca que se parecen á grupos de apiñadas nubes cuelgan ante todas las aberturas; un hermoso fresco de asunto mitológico adorna el techo, y muelles y blandas alfombras que ensordecen los pasos tienden por el suelo sus tiras y sus caprichos de colores. Los muebles están en armonia con este lujo; una mesa de tocador ve á dos ánjeles de bronce dorado sostener airosos encima de ella un ovalado y pulido espejo, y corre al rededor de la estancia una fila de holgados sillones color de grana, que se divide al llegar á un dormitorio indicado por dos columnas de jaspe entre las cuales ondula un cortinaje azul de anchos pliegues con su franja de plata.

Cualquiera hubiera creido á primera vista que era esta coqueta estancia el gabinete de una hermosa dama, pero no hubiera tardado en volver de su error al ver tirados y esparcidos con descuido por los asientos varios ricos trajes de hombre, al ver tambien encima una mesa dorada que se levantaba en medio de la sala un sombrerito con gallardas plumas al lado de una linda espada de corte, y al ver sobre todo junto á dicha mesa, á un hombre que, holgadamente sentado en un sillon, y en traje de casa, tenia la cabeza hundida entre las palmas de las manos con las cuales se rascaba de cuando en cuando la cabeza ó se daba golpes en la frente, como si se inquietára por una idea tarda en concebir ó por una combinacion que se le negaba á corresponder á sus deseos.

La brisa nocturna que penetraba por una ventana entreabierta iba á refrescar la frente de este hombre que aun mostraba hallarse en todo el vigor de la juventud, pues lucian sus fuegos en su rostro y ojos. En el momento en que le sorprendemos sentado á la mesa de su gabinete y ante un papel con algunas líneas escritas, aquejábale una estraña preocupacion y murmuraba palabras inconexas que pocos hubieran acertado á comprender.

—Hiel.....—decia meditabundo,—dosel,..... laurel,.... maldito consonante! A que no acierto á salir del atolladero en que estoy metido?.... fiel.... él,... aquel,... papel,... piel... cordel,.... joyel,... nada de esto me sirve. Maldito quien me ha metido á hacer versos! Yo no se mas que galantear en prosa.

Y rechazó con gesto airado el papel en que tenia fijos los ojos. Sin embargo, á los pocos momentos volvió á recojerle y sumergióse de nuevo en su cavilosa meditacion. Tan absorto estaba, que no oyó un ruido cercano que sonó en los jardines como de presurosas pisadas de varios hombres, ruido que permitió claramente distinguir el silencio sepulcral de la noche. Algunos de los pasos pararon al pié de la ventana del pabellon, removióse en seguida con violentas sacudidas un árbol que junto á esta ventana desplegaba sus frondosas ramas y, á estar el habitante del pabellon menos ensimismado, hubiera podido ver asomar una cabeza á flor de la abertura. A poco, un hombre hacia violentos esfuerzos para alcanzar el antepecho, conseguíalo al fin y empujando los postigos entrabiertos saltaba en el interior de la estancia cerrando tras si la ventana y asegurándola.

Al rumor, el pensativo huesped del aposento levantó la cabeza y viendo frente de él á un desconocido que se recataba el rostro con el ferreruelo, cojió la espada que habia encima de la mesa y la desnudó con precipitacion, levantándose para dirigirse hácia aquel estraño personage.

—Quién sois? — le dijo con arrogancia levantando la espada; — es este modo de asaltar las casas de los caballeros?

El recien entrado no dió mas contestacion que descubrirse quitándose el embozo del ferreruelo que encubria su semblante.

El acero cayó de las manos del habitante del pabellon que murmuró sorprendido y asombrado:

— Princ.....

El otro personage poniéndole una mano en la boca le impidió continuar. En seguida le dijo con voz suave y baja:

—Silencio por Dios, marqués, silencio!

Y le indicó con el gesto el rumor de unos pasos que se detenian al pié de la ventana y á los cuales sucedia un cuchicheo que la tranquilidad de la noche permitia llegar á oidos de los dos personages que ocupaban la estancia.

—Os perseguian? preguntó en voz baja el marqués.

—Si, — murmuró el otro — pero afortunadamente he visto luz en tu pabellon y me he encaramado hasta la ventana abierta. Dios me ha deparado este medio de desorientarles..... Lo ves? — añadió siempre en voz baja y haciéndole notar el rumor de pasos y voces que se alejaban, —han perdido mis huellas, prosiguen su camino.

—V. A. hace mal en aventurarse solo y á tales horas de la noche por los jardines.

—Que quieres! —respondió el príncipe con cierta volubilidad y con una sonrisa que se dibujó en sus labios—lo exijian así compromisos galantes.

—Y esos hombres que á V. A. perseguian?

— Serian asesinos.

—Asesinos! lo creeis así?

—Porqué no?

—Asesinos en los jardines de palacio!

—Tan poderoso puede ser mi rival que.....

— Ah! con que lo cree V. A. obra de un rival?

—Oh! mucho me lo temo — dijo el príncipe cuyo rostro cubrió un baño de melancolía, — mucho me lo temo, marqués. Y aun todo irá bien mientras no se realicen los presentimientos funestos que me aquejan. Si han llegado á conocerme, marqués, estoy perdido y perdida tambien la muger que adoro.

— Permítame V. A. que no comprenda lo que acaba de decirme, — dijo

con respetuoso ademan y acento el marqués; — no hay ningun rival por poderoso y grande que sea, capaz de causar ni la menor sombra de perjuicio al príncipe Cárlos hijo del ilustre Felipe II. Quién puede á tanto atreverse?....

— Oh! es que tú no conoces á mi rival, marqués! — dijo con acento sumamente triste el jóven príncipe.

El marqués se quedó un momento suspenso, pero abria ya los labios para contestar, cuando el martillo de bronce de la puerta dejó oir sonoros y repetidos golpes. El príncipe se estremeció y se puso escesivamente pálido. El marqués esperimentó tambien cierta natural inquietud.

Oyóse como un criado abria la puerta del pabellon y pudieron nuestros dos personages distinguir una voz que preguntaba por el marqués de Poza.

— Oh! — murmuró Cárlos, — es la voz de Antonio Perez, del favorito de mi padre. Si me encuentra aquí, soy perdido.

El de Poza se adelantó y descorrió la cortina azul que cerraba el dormitorio.

— Entrad aquí, príncipe mio, que aunque es muy pobre lugar para alojar á V. A., en él estará seguro y nadie se atreverá á pisarlo mientras yo viva.

— Gracias, marqués; sois leal como ninguno.

Y se entró precipitadamente en el dormitorio. La cortina, cayendo tras él, no habia aun vuelto á recobrar su inmovilidad, cuando Antonio Perez, porque era el mismísimo secretario de Felipe II, que no habia querido dejarse anunciar, aparecia en el umbral y paseaba por el gabinete una mirada de águila buscando con aquella penetracion que le distinguia un detalle, un objeto, una cosa cualquiera que pudiera dar pábulo á sus sospechas. Pudo con tanta mayor comodidad examinar la estancia, cuanto que el marqués de Poza habia tenido tiempo de volverse á sentar á la mesa y de continuar con toda apariencia de tranquilidad su tarea interrumpida pocos momentos antes. Con una mano sosteniendo una pluma y descansando en el puño cerrado de la otra las sienes, el marqués movia los labios dejando escapar de vez en cuando algunas palabras.

— Tropel!.... dosel!.... es un consonante endemoniado!

Antonio Perez no vió absolutamente nada que pudiera irritar sus recelos, si es que los traia. A mas, aquella completa tranquilidad del marqués entregado á una tarea tan pesada como la de buscar consonantes, hu-

biera acabado de tranquilizarle respecto á sus sospechas si no lo hubiesen hecho ya el órden y armonia que reinaban en la estancia.

— Con que el señor marqués de Poza es tambien poeta?—dijo el secretario de Felipe II adelantándose hácia la mesa con un semblante hipócrita y su lento paso de raposa.

El marqués se volvió y levantó precipitadamente, y con toda la injenua sorpresa del hombre que, en el momento en que menos lo piensa, se ve desagradablemente interrumpido,

— Oh! Señor Perez! esclamó tendiéndole la mano por encima la mesa.

— Vuestro muy humilde servidor.

El marqués se apresuró á acercarle un sillon invitándole á tomar asiento.

— A qué debo el honor de vuestra visita tan á deshora?—preguntó el marqués despues de los primeros cumplidos.

— Muy sencillo,—contestó Perez con un tono tan natural que quien no le hubiese conocido lo hubiera tomado por la espresion de la mas cordial franqueza. —Heme retirado muy tarde del despacho ordinario con S. M. (Q. D. G) y pasaba por junto á vuestro pabellon dirijiéndome á mis aposentos cuando, viendo luz en la ventana, se me ha ocurrido una idea y me he dicho: voy á visitar al marqués con quien hace tiempo que estoy en deuda de una visita; estará ocupado en su galante correspondencia y acaso no le pesará distraerse un momento para estrechar la mano de un buen amigo. Esto me he dicho y aquí me teneis.

— Y muy bien que habeis hecho, Señor Perez, y mucho que os lo agradezco—contestó el de Poza con fina sonrisa—Cónstame en verdad lo atareado que os tienen los asuntos de estado durante el dia, para no agradecer el sacrificio que me haceis de algunos momentos que hubierais podido dedicar al descanso. Vuestra visita á deshora me es pues doblemente grata.

Y volvieron á empezar los cumplidos mas ceremoniosos por una y otra parte. Sin embargo, bajo aquellas atentas sonrisas de cortesanos, tras de aquellas protestas de buena y franca amistad, habia la total indiferencia del corazon.

— Estabais escribiendo versos, me parece, marqués—dijo Antonio Perez de pronto;—á lo menos os he oido murmurar no sé qué de consonantes.

— En efecto,—esclamó el de Poza, sonriendo con toda naturalidad,—era lo único que me faltaba para ser un completo calavera como me llamais vosotros los graves hombres de estado. Qué calavera no sabe un poco de hacer versos?

— Luego contamos ya con un poeta mas en nuestras Españas?

— Poco á poco. Las nueve hermanas no se han dignado aun prestarme para ello decidida proteccion. Y la prueba es que hace dos horas estoy á vueltas con un maldito verso, detenido en mi inspiracion por falta de consonante.

— De consonante nada mas?

— Nada mas.

— Y un hombre como vos se apura por consonante mas ó menos?

— Os parece poco?

— Hacedme el gusto de leer los versos y vereis como yo os lo encuentro al instante.

— Seriais por acaso poeta? vos! un hombre de Estado!

— La poesía no está reñida con la diplomacia.

— Con que sois, poeta? Ja! ja! ja! — esclamó el marqués lanzando una estrepitosa carcajada. — Vos! todo un secretario de Felipe II! vos poeta!

Y continuó el jóven sus carcajadas. Antonio Perez se mordió los labios.

— No lo soy ahora, pero fuilo en mis mocedades. Sin embargo, recuerdo lo suficiente para poder dar un consejo y para hallar sobre todo un consonante.

— Os tomo la palabra. Completadme mi poesía y me hareis el hombre mas feliz de la tierra.

— Oh!

— Sí, porque me evitareis el fastidio de pasar otras dos horas quebrándome los cascos.

— Acepto el compromiso, solo por seros agradable.

— Pues entonces, oid; pero atended que son versos de principiante.

— Es modestia?

— Vais á verlo.

Y el marqués empezó á leer con arrogante entonacion:

Por vos suspira un corazon amante
preso en las redes del mas puro amor,
es adicto y leal, firme y constante!....
Tratareisle, señora, con rigor?
No habrá, ay de mi! señora, en vuestros ojos
ni un destello siquier de compasion?...
Al rigor de esos pérfidos enojos
matar querreis al pobre corazon?...
Miradme á vuestros piés: paz ni sosiego
hallar no puede ya mi pecho fiel,
si no enjugais mis lágrimas de fuego.....

Y de aquí no he pasado. Hame sido imposible hacer un solo verso mas.

—Pues la cosa seria muy fácil—dijo Antonio Perez clavando sus ojos en el semblante del marqués como si quisiera leer en él la emocion que podia causarle lo que iba á decir,—la cosa seria muy fácil, si la muger á quien se dirijen esos versos se llamara Isabel.....

Y aqui se detuvo Perez esperando un movimiento que el de Poza no hizo.

—Pues que entonces,—continuó sin dejar de mirarle de hito en hito—podriais concluir por ejemplo:

Si no enjugais mis lágrimas de fuego
con torrentes de amor, tierna Isabel.

—Teneis razon; nada mas fácil—dijo el marqués—si la dama en cuestion se llamara Isabel, pero como se llama Aura, yo no puedo concluir: *con torrentes de amor, tierna Aura.*

—Ya se vé. Y á propósito! Aura habeis dicho? Yo conozco este nombre. Aura..... Aura de Villa Medina quizá?

—Cabalmente.

—Ah! la mas hermosa de las camaristas de la reina, la protejida de la princesa de Eboli..... No teneis mal gusto, marqués! Os felicito.

—Pues qué, no sabiais?

—Que la hicierais la corte? No por cierto.

—Es mi desposada. Nuestro enlace fué ya dispuesto por ambas familias cuando estábamos aun en la infancia.

—Perfecta pareja hareis, os lo aseguro. Vos gallardo y ella hermosa.....

—Sois un bribon, marqués! La fortuna os sale al encuentro. Pero, en fin, volviendo á nuestro asunto, me habeis picado el amor propio y he de merecer de vos que me dejeis los versos que me habeis leido. Yo os los devolveré mañana con el consonante que os falta. Poco he de valer ú os los he de dar completos.

—De veras lo tomais con tanto empeño?

—Como si fuera un negocio de estado.

—Pues entonces no quiero disgustaros. Terminadllos, señor Perez, y he de proclamar, si lo haceis, por todas partes.....

—Qué?

—Que sois tan hábil poeta como perfecto secretario.

Antonio Perez se inclinó y guardó el papel con los versos del marqués.

—Cómo! os vais ya?—dijo este viendo que se levantaba.

—Sí, la noche está muy adelantada, y ya sabeis que mi deber me obliga á presentarme muy de mañana en palacio.

El marqués se levantó tambien para hacerle cortesía á su huésped. Antonio Perez volviendo entonces los ojos en torno suyo:

—No en valde,—dijo,—tiene fama en la corte de ser el marqués de Poza el caballero mas galan y de mas buen gusto.

—Porque lo decís?

—Porque observo que teneis vuestra habitacion regiamente adornada. Hermosos tapices, pardiez! lindísimas colgaduras! Y..... calla!—esclamó de pronto Antonio Perez mirando á todos lados como si se evocara un recuerdo en su memoria;—sí, este pabellon..... este pabellon es el mismo..... mirad, allí, en el fondo de aquel dormitorio—dijo esto señalando la cortina azul—allí veo al príncipe Cárlos.....

Al oir este nombre tan brusca y repentinamente arrojado en medio de la conversacion, el marqués de Poza no pudo contener un estremecimiento y, sin que le fuera posible dominarse, volvió los ojos hácia la alcoba, cuya cortina se movió de un modo demasiado significativo para poder dejar de conocer que alguien se escondia tras ella. Antonio Perez lo vió todo con aquella rapidez de penetracion que le distinguia, pero hizo como si no hubiera notado nada y continuó su frase empezada con la misma calma que ponia siempre en su habla:

—A nuestro muy amado príncipe, cuando le aquejó aquella enfermedad terrible que amenazaba llevársele al sepulcro, lo que hubiera sido una bien grande desgracia para nuestros reinos. Sí, sí, este era el pabellon que el príncipe ocupaba. No os acordais, marqués?

Y el secretario volvió sus ojitos de águila hácia el de Poza en cuyo rostro pudo aun leer los últimos restos de la turbacion que le habia sobrecojido al oir el nombre del heredero del trono.

—No, no tengo presente,—balbuceó el interrogado apelando á toda su fuerza de voluntad para serenarse.

—Oh! pues yo lo recuerdo perfectamente. Este pabellon guarda tristes memorias para toda la familia real que aquí se halló reunida la noche que se creia seria la última para el príncipe. Mirad, precisamente ahí donde vos os hallais ahora,—dijo Antonio Perez señalando el sitio en que se hallaba como clavado el marqués á quien no permitia acabarse de serenar el giro diabólico que tomaba la conversacion,—precisamente ahi mismo estaba S. M. Felipe II, grave y pálido como un difunto, aguardando el término de la crisis fatal que debia ser la muerte ó la vida de su hijo. Oh!

aun me parece estarlo viendo. De pié y apoyada en el respaldo de su sillon estaba la reina Isabel, con la cual hacia solo quince dias que se habia enlazado. La pobre reina volvia á cada momento hácia el dormitorio y hácia el lecho en que agonizaba el príncipe unos ojos en que se pintaba la mas desgarradora angustia, sin duda porque comprendia el conflicto en que toda una nacion iba á verse con aquella muerte. Yo estaba inmóvil como una piedra allí junto á la mesa, y..... aguardad; voy á enseñaros el sitio en que se hallaba la princesa de Eboli cuando, burlada por un desmayo del príncipe y creyéndolo la inmovilidad de la muerte, esclamó desde el pié de la cama, no pudiendo contener un sollozo: «Oh! el príncipe ha muerto!» Mirad, voy á mostraros el sitio mismo desde donde resonaron aquellas terribles palabras.

Y Antonio Perez, con una precipitacion que no tenia por costumbre, se encaminó hácia la alcoba, cuyo cortinaje habia ya cojido é iba á descorrer, si arrojándose hácia él el marqués, no le hubiese detenido el brazo.

—Perdonad, señor Perez.

—Cómo!—dijo este haciéndose el admirado y sin soltar la cortina.

—Hay aquí.....—balbuceó el marqués que no sabia como espresarse,

—Qué hay?

—Hay en este dormitorio un retrato de muger—dijo por fin el de Poza resueltamente,—que no deseo sea visto por nadie.

El secretario se mordió los labios de una manera imperceptible, pero no soltó aun el cortinaje.

—Una rival de la pobre Aura, vuestra futura?—dijo con una risita diabólica.

—Puede,—respondió con firmeza el de Poza.—De todos modos es retrato que nadie ha visto y que nadie verá.

—Respeto vuestros secretos,—dijo Perez abandonando los pliegues del cortinaje con visible señal de despecho;—yo solo intentaba enseñaros el sitio donde estaba la princesa de Eboli la noche de que os hablaba. Con que, no quiero molestaros mas con mi visita, marqués.

—Molestarme!—esclamó el marqués conduciendo á Perez como inadvertidamente hácia la puerta;—molestarme con vuestra visita! Al contrario, me ha sido muy grata, os suplico que lo creais.

—Lo creo, puesto que me lo decís.

—Oh! no lo dudeis. Recibiré á particular complacencia el que la repitais.

—Harélo así.

—Y en ello os seré merecedor de señalado obsequio.

Ya en esto habian llegado á la puerta.

—Adios, amigo marqués—dijo Antonio Perez estrechándole cordialmente la mano.

—Adios, mi querido señor Perez,—dijo el marqués contestando al saludo.

Y añadió entre dientes mientras el secretario se alejaba:—Mal rayo te parta!

Al salir Antonio Perez del pabellon en que moraba el de Poza, se dirijió en línea recta hácia un grupo de árboles que se estendian todo lo largo del edificio como una pared de ramas. Una sombra se destacó del tronco de una encina donde estaba apoyada, al adelantarse el secretario particular y ministro de Felipe II.

Esta sombra no dijo nada, pero el secretario comprendió su actitud interrogadora, así es que esclamó, como contestando á una pregunta:

—Estaba.

—Ah!—dijo solo la sombra.

—Estaba, lo apostaria, no me queda duda. Debe haber oido toda la conversacion tras el cortinaje que cubre la entrada del dormitorio.

El hombre negro dijo entonces con una voz sévera:

—Aguardaremos á que salga. Quiero preguntarle yo mismo....

—Es inutil; tengo yo otro plan de mejores resultados.

—Tú?

—Sí; que me ha ocurrido en la conversacion con el marqués.

—Pero es este su cómplice?

—Casi no me queda duda tampoco.

—Oh! nos veremos, nos veremos pues, señor encubridor!—dijo el hombre negro amenazando con el puño en direccion al edificio.

El secretario que afectaba un particular respeto y deferencia por el hombre negro, le dijo:

—Creo que lo mejor que por hoy podemos hacer es retirarnos y despedir á los hombres que han seguido al príncipe.

—Despídeles pues y retirémonos.

El secretario se internó en la arboleda, volviendo á los pocos momentos

—Cuéntame tu plan ahora.

—Es infalible.

—Mejor.

—Vamos pues andando.

Y los dos se dirijieron hácia palacio hablando en voz baja. En el interin cualquiera observador que allí hubiese podido hallarse, hubiera visto salir del corazon de la arboleda varios hombres uno tras otro, pero con marcados intérvalos, los cuales se retiraban y perdian en distintas direcciones.

II.

LA LLAVE DEL JARDIN.

Así que hubo salido del pabellon Antonio Perez, el marqués de Poza se volvió á su estancia y vió al príncipe que apartando con su mano derecha el cortinaje azul, asomaba un rostro escesivamentė pálido y calenturiento. El marqués se sobresaltó.

—Qué es eso? qué teneis, príncipe mio?

Cárlos dejó caer tras sí el cortinaje y dando algunos pasos vacilantes por la estancia fué á dejarse caer mejor que á sentarse en un sillon. El de Poza repitió con inquietud la pregunta.

—Marqués, marqués—esclamó el príncipe con un acento particular—ese hombre que acaba de salir de aquí es una vívora. Todo lo temo yo de ese hombre.

Cárlos apoyó su codo en uno de los brazos del sillon y dejó caer su frente abrasada èn la palma de su mano. Hubo un momento de solemne silencio. La ventana se habia vuelto á abrir impelida por el viento y este penetraba en la estancia á bocanadas despidiendo gemidos melancólicos y haciendo temblar la luz que brillaba encima la mesa.

El marqués, de pié ante el príncipe, no se atrevia á interrumpir aquella especie de melancólico recojimiento. Cárlos fué el primero en romper el silencio. Su voz parecia impregnada de sollozos; tanta tristeza encerraba y tanto dolor daba á comprender.

—Marqués, tú no sabes lo que hay aquí, ignorante como te hallas del secreto que guarda mi corazon, pero, te lo digo, ay! y te lo digo con toda la conviccion del hombre á quien el dolor le hace adivinar y preveer; yo estoy en manos de Antonio Perez y Antonio Perez me venderá como Judas vendió á Cristo!

—Príncipe mio.....

—Sé lo que vas á decir, sí, no ignoro que hay aun corazones leales y que el tuyo es uno de ellos, pero sin embargo, yo soy solo, solo para luchar contra ese hombre que es el verdadero rey de España. No lo dudes, te lo repito, yo caeré á sus piés. Oh! y si aun no fuese mas que yo....

El príncipe se interrumpió. La emocion le embargaba la voz. Al poco rato, levantó su rostro surcado de lágrimas y dirigiéndose al de Poza le dijo con un acento de sentimentalismo tal que ninguna pluma seria capaz de pintar:

—Marqués, yo no tengo amigos, yo no tengo hermanos, yo no tengo á nadie en el mundo en quien poder depositar parte de los dolores que me abruman y que son para mis pobres hombros demasiada carga. Marqués, tú has sido mi compañero de infancia, y acaso hoy la Providencia me haya traido aquí para hacerte esta pregunta: marqués, dí, quieres ser mi amigo, quieres ser mi hermano?

—Señor.....

—Dí, oh!..... dímelo! Quieres?

—Principe mio, juro ser vuestro mas fiel y mas leal servidor.

—Oh! no, yo no necesito servidores, yo necesito solo hermanos. Dí, marqués de Poza, te atreves á cargar con todas las consecuencias de ser el amigo de un príncipe cuya amistad puede ocasionarte la muerte?

—Moriré cien veces con gusto, señor, por la honra de llamarme hermano vuestro.

—Pues entonces ven, ven á mis brazos, marqués — esclamó Cárlos abrazándole en medio de sus sollozos; — ven á mis brazos, digno y leal corazon, y no olvides que este abrazo de tu príncipe sella tu muerte, porque, ay! demasiado se apresurarán á separarte de mi lado cuando sepan nuestra fraternal union.

El príncipe y el marqués permanecieron largo tiempo abrazados y ambos rostros mostraban en sus lágrimas su emocion. Cuando se hubieron recobrado un instante, Cárlos dijo:

—Ahora, marqués, puesto que eres ya mi hermano, voy á abrirte

mi corazon para que puedas leer en él como en el tuyo mismo.

En aquel momento sonó un ruido á pocos pasos de los dos personajes. Un objeto como una piedra, pero que despidió al dar contra el suelo un sonido metálico, habia entrado por la ventana yendo á caer en medio de la sala.

—Qué es eso? —dijo Cárlos.

—No sé—murmuró sorprendido el marqués abalanzándose á cojer el objeto que se veia en el suelo.

Era una llave de la cual colgaba una cinta azul.

—Ah!—dijo entonces el de Poza como recordando.—Ya sé.

—Qué llave es esa?—preguntó el príncipe.

El marqués vaciló un momento, pero en seguida dijo:

—Yo no debo tener secretos tampoco para vos, señor. Es la llave del jardin de la reina.

—De la reina!—gritó Cárlos poniéndose en pié como por un resorte.

—Y cómo es que llega á tus manos de este modo?

—Señor, una de las camaristas de la reina es mi amada, mas que mi amada, mi futura. Aura de Villa Medina me envia esta llave para que ciertos dias, los que combinaremos por medio de una seña, pueda yo entrar protejido por las sombras de la noche en el jardin con objeto de hablar con la que ha de ser un dia mi esposa.

La frente de Cárlos se ensombreció.

—Qué feliz eres! Tú puedes requerir de amores á la amada de tu corazon, puedes decirla todo ese torrente de palabras que el corazon funde rápidamente y que se escapan á los labios, en esos momentos de espansion en que el hombre se entrega todo entero al placer de amar y á la embriaguez de estar junto á la muger adorada, de estrechar su mano, de rozar su ropa con la suya, de besar los flotantes rizos de su cabello cuando un soplo de brisa bienhechora los arroja al rostro del entusiasta amante. Oh! sí, qué feliz eres!

De pronto una idea fugaz como un relámpago surcó la mente del príncipe é iluminó su rostro.

—Oye,—dijo,—quieres darme esa llave? yo te la cubriré de perlas y diamantes; yo te daré en joyas veinte veces mas de lo que pese.

—Entonces no seria dárosla, sino vendérosla. Tomadla, señor.

El príncipe cojió aquella llave que le alargaba el de Poza y con una especie de delirante frenesí la estrechó contra su corazon y la llevó á sus

labios. Sin embargo, no tardó, calmado este rápido momento de entusiasmo en arrojarla encima la mesa.

—Ay! no, me olvidaba! — dijo con amargura y con los ojos velados de lágrimas — recoge esta llave. Seria un medio de perderla mas pronto. No, la felicidad no se ha hecho para mí! Guarda esta llave, marqués, y oye los secretos de mi alma.

Y el príncipe empezó á contar á su confidente todas las escenas de una historia de corazon.

Esta historia, mejor que el príncipe Cárlos al marqués, se la contaremos nosotros á nuestros lectores, puesto que podremos añadirla ciertos detalles que, siendo de él ignorados, no pudo por lo mismo comunicarlos al de Poza.

III.

ISABEL.

Que hermosa era si la hubieseis visto la tierna doncella de Valois! Crecia bajo el cielo de Francia llena de gracia y de belleza como el lirio en el valle lleno de pompa y de perfumes.

Un dia su madre Catalina de Médicis le colgó al pecho un retrato de esmalte pendiente de una cadena de oro y le dijo, besándola en la frente:

—Hija mia, este será tu esposo.

A la doncella de Valois le gustó el retrato, pero mas le gustó aun la tierna carta que lo acompañaba, firmada por el príncipe Don Cárlos, hijo de Felipe II, es decir, hijo del rey mas poderoso de aquella época.

Isabel contestó á la carta y, una galante pero espresiva correspondencia se estableció entre los dos jóvenes.

Las cartas de Isabel, redactadas con un estilo sencillo á la par que amo-

roso y tierno, infundieron en el corazon de Carlos sentimientos que ya nada en el mundo podia borrar. Las cartas de Cárlos, redactadas con un lenguaje apasionado y robusto, hicieron brotar en el corazon de Isabel todo un raudal de secretas y deliciosas sensaciones, hasta entonces desconocidas para su alma vírgen de toda ilusion de amor.

Sin conocerse mas que por sus retratos, entrambos se profesaban un cariño sin igual. Sus corazones se habian comprendido, sus almas vivian y se nutrian de la misma vida de amor.

La tierna doncella de Valois era entonces dichosa como toda jóven que tiene el pecho lleno de ilusiones no esparcidas ni estraviadas aun por el viento de la amargura; Isabel pasaba sus dias en dulces é inocentes juegos con su hermana Margarita y juntas hablaban de su prometido Don Cárlos y juntas pensaban en el porvenir de encantos y delicias que esperaba á Isabel bajo el cielo poético de la España amando con delirio á un hombre que le correspondia con idolatria.

Asi es que cuando su madre la condujo á las fronteras de España, la doncella creia caminar á la dicha y tuvo que detenerse en el umbral del regio pabellon donde la esperaba su prometido, para vencer la placentera emocion que le causaba su futura y próxima felicidad.

Pero, ó sorpresa! al penetrar en la tienda real levantada para la entrevista y sobre la cual ondeaban como dos penachos las banderas española y francesa, no fué Don Cárlos, no fué el gentil mancebo de mirada melancólica el que se presentó á ella; quien se adelantó á recibirla fué un anciano de aspecto severo, vestido con un traje negro, de semblante pálido y arrugado, y aquel viejo fué el que estrechó con su mano nudosa y helada, la blanca y modelada mano de la doncella de Valois.

Isabel sorprendida dió un paso atrás y miró á su madre.

—Es el rey de España! — murmuró Catalina á su oido, y acompañando sus palabras de aquella diabólica sonrisa italiana que tenia por costumbre y que rasgaba la ilusion como un puñal la seda, añadió, — el otro no era mas que el príncipe.

Y unió violentamente la mano de su hija á la mano del viejo monarca, diciendo á la pobre Isabel como si con esto creyera recompensarle de la pérdida de todos aquellos ensueños de ventura que huian en tropel de su virgen corazon.

—Te hago reina!

Al dia siguiente, medio muerta de terror, pálida como un cadáver, la

jóven se dejaba caer en el regio tálamo de Felipe II frio aun con la muerte de dos reinas.

Qué motivo habia impelido á Felipe á enlazarse con la prometida, con la amada de su hijo? Qué intencion le guiaba á anticiparse á su hijo verificando una boda con una princesa que ni tenia su edad ni podia tampoco participar de su carácter? Porqué aquel hombre muerto ya para los goces del alma se habia de interponer como un espantoso abismo insuperable entre la dicha y las ilusiones de aquellos dos jóvenes?

Cosa es esta que la historia misteriosa de Felipe II no ha descifrado aun del todo y que por consiguiente menos aun podemos tratar de averiguar en este sitio.

Cárlos cayó peligrosamente enfermo al saber aquel enlace, al ver unida á la vida gastada de su padre el ángel de consuelo que él habia soñado para su compañera en el mundo. Su enfermedad fué terrible y hubo un momento en que llegaron ya todos á creerle muerto, segun lo hemos oido referir á Antonio Perez en el primer capítulo de esta historia.

Cuando recobró la salud, cuando el jóven y entusiasta príncipe fué devuelto á la corte y al porvenir, trató de fugarse, de huir lejos de aquella muger que habiendo sido su amada y debiendo ser su esposa, era sin embargo la esposa de su padre. Pero fueron vanos todos sus esfuerzos, su corazon se rebeló contra su voluntad, y si el deber le mandaba huir, la fatalidad le obligó á permanecer.

Cárlos se quedó en la corte.

Huyéronse los dos jóvenes largo tiempo, sumergidos en una desesperacion reconcentrada y taciturna, que amenazaba por lo mismo ser eternamente duradera. Cárlos presentaba á la corte el espectáculo del rostro melancólico y sombrío del hombre á quien asesina lentamente todo un pasado de punzantes memorias. Isabel escondia bajo sus galas un corazon que era una tumba y bajo su mate palidez y sus ojos de color de cielo toda la envenenada languidez de un terrible suplicio.

Decíamos que los dos jóvenes se huian, pero, ay! la fatalidad habia atado sus destinos con un eslabon de hierro, y así como aquellas dos almas puras, vírgenes, soñadoras, habian creido un dia que sus labios se juntarian para beber en el mismo manantial de placer y de delicias, así debian entonces tropezarse sus mismos labios apurando juntos la misma copa de hiel y de amargura.

Sus ojos se llegaron á encontrar un dia y la mirada que trocaron les bastó para comunicarse mutuamente todo el veneno de su amarga suerte.

Sin embargo ni uno ni otro olvidaron, ella lo que debia á su esposo, él lo que debia á su padre. No fué un profundo y prolongado amor lo que hubo entre ellos; fué un largo y eterno martirio solamente.

Por aquel entonces habia en la corte de España una muger con el rostro de ángel y el corazon de demonio, una muger cuyos ojos fascinaban como los de la serpiente y que no podia ver impasible que los hombres pasaran por delante de ella sin arrojar á sus piés, como una ofrenda debida, el tributo de su admiracion ó su cariño. Era esta muger la princesa de Eboli, el verdadero ángel malo de la nacion, pues teniendo preso en sus redes de oro al ministro Antonio Perez, poseía á su vez con él la voluntad del monarca, ya que Felipe solo hacia aquello á que sabia inclinarle su mañoso secretario.

Aspasia del siglo XVI, la princesa tenia en sus manos y movia segun se le antojaba todos los resortes de las intrigas que se fraguaban en la corte y gustábale, desde lo alto del pedestal de su orgullo, arrojar á puñados sus caprichos sobre las doblegadas frentes de todo aquel rebaño de cortesanos que la rendian homenaje como á un ídolo.

Esta fué la muger que, prosiguiendo tal vez el secreto camino de una intriga, porque nada habia que la princesa no hiciera por cálculo, esta fué la muger, decimos, que un dia trató de encender las pasiones de Don Cárlos, el cual, dándola ejemplo de lo que hasta entonces no se habia atrevido á hacer con ella ningun hombre, la manifestó su indiferencia y aun casi su desprecio. Este marcado desvío hecho á una dama del orgullo desmedido de la princesa de Eboli, tenia que despertar en el corazon de esta una antipatía mortal, un odio á toda prueba.

La princesa le juró venganza á su amor propio ofendido, y empezó por hacer participar á Perez de sus odios.

El pobre Cárlos, sin saberlo, acababa de crearse la mas terrible, la mas atroz enemiga. Era como si hubiera visto levantarse á sus piés una vívora.

El príncipe, la mayor parte de las noches, despues de media noche, se embozaba en su ferreruelo y se salia á pasear por los jardines solo, sin hacerse acompañar de nadie, recatándose al contrario de todo el mundo, y se sumergia en el fondo de las alamedas y gozaba cruzando y divagando por las sombrías calles de árboles. De esta manera, siguiendo en su paseo como á la ventura, acostumbraba llegarse hasta el lienzo oriental de palacio donde estaban las ventanas de la reina, y si entonces una tos rebelde iba á conmover los pulmones del jóven, abríase como por encanto una celosía y

un cordon de seda bajaba á depositar en las manos del príncipe un papel que este sustituía con otro, desapareciendo enseguida la seda conductora.

Cómo llegó la princesa de Eboli á saber los nocturnos paseos del príncipe y la aventura del cordon de seda? Esto es lo que nadie supo ni ha sabido jamás.

Lo cierto es que pareció la princesa estar de ello perfectamente informada cuando, una mañana, chispeando sus ojos de júbilo, se le comunicó á su amante Antonio Perez, quien instado por ella y obedeciendo, esclavo sumiso, á sus deseos, se lo comunicó á su vez al monarca.

Este, dotado de un alma superior y pensativa, no mostró por ello enfado ni desasosiego. Su semblante se ensombreció con mayores tintas, su mirada cobró un nuevo grado de severidad sobre la severidad que le era propia. y nada mas. Determinó solo observar la pasion que se le delataba y quiso convencerse por sus propios ojos de que era verdaderamente su hijo el rondador de las ventanas de la reina.

Al efecto dispuso que una noche Perez reuniese á unos hombres de entera confianza á los cuales él mismo se juntaria sin darse á conocer. Estos hombres debian armar pendencia con el príncipe solo con el objeto, no de asesinarle como este creyó, sino de obligarle á descubrirse y á hablar para que Felipe se convenciera de lo que no podia acabar de creer.

El plan les salió frustrado en gran parte como ya hemos visto. Aquella noche no se abrió la celosía ni bajó el cordon, y Cárlos, viéndose acometido y perseguido, escaló la ventana del marqués y se refugió en su habitacion, prefiriendo esto á hacer frente á sus adversarios ó á retirarse á palacio, cosas ambas que hubieran podido descubrirle.

Felipe, cuando ya no le quedó duda de que el hombre que perseguian se habia refugiado en el pabellon, sospechó por un momento si seria el marqués, en vez del príncipe, quien rondaba los aposentos de Isabel y llegó á hacer partícipe de su duda al mismo Antonio Perez que, para averiguarlo, decidió hacer en el acto la visita que le hemos visto llevar á cabo con el huésped del pabellon.

Hacia probable la duda del monarca el ser el marqués de Poza el caballero mas galante que se conocia en la corte y el haber todos los ecos de la fama repetido mas de una vez por su cuenta locas aventuras, atrevidos lances ó arriesgadas empresas.

Hemos asistido á la escena de diplomacia que á consecuencia de esta duda tuvo lugar, y ya sabemos como casi llegó á convencerse Antonio Perez

de que el rondador estaba oculto tras las cortinas del dormitorio no siendo otro que el mismo príncipe Cárlos. Sin embargo, la cosa no pasaba aun de simple conjetura ó sospecha.

Tal era el estado de las cosas y la situacion de los personages al comenzar esta historia. Tal fué tambien lo que contó, con mucha menos abundancia de detalles, el príncipe al marqués cuando le franqueó abiertamente todo su corazon.

IV.

AURA.

—

Tres noches despues de las referidas aventuras, en una apacible y clara, un caballero que con ayuda de una llave se habia introducido cautelosamente en el jardin de la reina, se paseaba por una de las calles del mismo, bajo la bóveda bordada cuyos juguetones caprichos dibujaba en el suelo la luz melancólica de la luna.

No era otro este caballero que el marqués de Poza.

Sin duda hacia ya rato que esperaba, y hallábase acaso el buen galan cansado de aguardar tanto tiempo, pues que todos sus ademanes revelaban una impaciencia y un desasosiego cada vez mas progresivos. Ya se sentaba en un banco de piedra tras del cual se alzaba un combinado respaldo de enredaderas, ya se levantaba inquieto, y mohino se dirigia al cabo de la calle para asomar la cabeza é interrogar el jardin desierto completamente. La persona á la que con tanta ansiedad esperaba, no se daba prisa ciertamente en acudir á la cita.

En uno de estos momentos en que su impaciencia llegó á ser tal que le obligó á dar una fuerte patada en el suelo, creyó el marqués oir á sus espaldas una espresiva risa femenil, pero fué tan leve que pudo muy bien haber sido un murmullo solo de los árboles ó una simple ilusion. Algo de ello debió ser, porque el marqués se volvió repentinamente y no vió á nadie.

Encojióse de hombros y tornó á continuar sus paseos, hasta que, transcurrido otro buen rato sin que nadie se presentara, volvió á dar una patada en el suelo acompañando esta vez su gesto con una espresion de mal humor. Entonces oyó clara y distinta á sus espaldas, no ya una risita como primeramente, sino una verdadera carcajada.

Volvióse y vió asomar por detrás de la enredadera del banco la linda cabeza de una graciosa jóven de diez y seis años.

—Aura! esclamó.

—La misma, caballero—contestó la jóven mostrándose y adelantándose con cierta seriedad que hacia el mas cómico contraste con su rostro picaresco,—la misma, que no esperaba por cierto hallar á un galan tan impaciente. ¿Porque no os marchabais, caballero, ya que tan desasosegado os traia el esperar un poco? Habeis de saber, señor marqués, que á mí no me gustan los galanes que muestran impaciencia y cólera porque su dama retarda un poco la hora de la cita. Yo quiero á los hombres sumisos, pacientes, resignados.....

—Pero, Aura.....

—Ja! ja! ja!—esclamó entonces la jóven dando una carcajada y cambiando completamente de tono,—con que te he hecho esperar, pobre marqués? Cuanto lo siento! Te duele la cabeza, amigo mio?.... el aire de la noche es tan malo..... sobre todo para los que se impacientan.....

—Es posible que nunca has de ser formal, Aura? Siempre una niña!

—Cómo una niña? Tengo diez y seis años y soy la futura del marqués de Poza, un guapo mozo, un galan que no tiene rivales entre los hmobres y que es querido de todas las mugeres..... sí, de todas las mugeres, bribon; no pienses engañarme. A bien que á mí me importa poco,—prosiguió la jóven con una volubilidad encantadora,—si tú le haces el amor á una sola que no sea yo, yo tendré galanes por docenas que beberán los vientos por mí.

—Aura, Aura, querida mia, déjate de bromas, ven á sentarte á mi lado y hablaremos formales.

Diciendo esto, el marqués cojió de la mano á la jóven y la hizo sentar con él en el banco de piedra. Aura se cruzó de brazos, se mordió los labios para reprimir la risa pronta siempre á aparecer en su infantil rostro de ángel y esclamó con toda seriedad:

—Hablemos formales; ahí me tienes formal, marqués, ya estoy grave como un soldado viejo.

—Qué hacias detrás de este banco?

—Te esperaba.

—Y cómo me has dejado pasear solo por tanto tiempo?

—Porque queria hacerte rabiar. Allí me estaba yo sin poder contener la risa viéndote dar un paseo tras otro.

—Cosas de niña!

—Ya te he dicho que no soy niña. Si me lo vuelves á repetir, me enfado de veras.

—No te lo diré mas, te lo prometo. Oye ahora una cosa, querida mia.

—Dí.

—Es verdad que la reina vela hasta hora muy adelantada de la noche, á veces hasta la madrugada?

—Sí, porqué?

—Por.... De manera que ahora está despierta?

—Sí.

—Y hácia dónde cae su estancia?

—No ves brillar á través de los árboles una luz, allí, hácia la izquierda?

—Me parece.... sí, ya la veo.

—Pues bien, es la luz que ilumina su pabellon.

—Ah! con que sus ventanas dan al jardin?

—Yo lo creo. Pero á qué todas esas preguntas?

—Por nada. Simple curiosidad tan solo.

—Es que tú no has venido aquí ni yo te he dado la llave del jardin para hablarme de la reina.

—Es muy cierto, querida mia, te hablaré de mí, de nuestro amor.

—Enhorabuena. Yo paso los dias muy triste, encerrada siempre entre cuatro paredes, junto á la reina que pasa la mitad de las horas llorando....

—Llorando!

—Sí.

—La reina llora?

—Muy amenudo.

— Y porqué llora?

— Que sé yo porqué! Porqué está triste.

— Triste ella!

— No es estraño. Lejos de su pais, casada con un hombre que no se acuerda de ella, en medio de una corte tan grave, no es raro que esté triste. Yo lo estoy tambien.

— Tú?

— Pues es claro. Imagínate tu mismo, marqués, que tú que eres mi hermano de la infancia, mi amante, mi futuro, no puedes hablarme jamás como no sea ahora que te he dado esta llave para que aquí nos veamos de vez en cuando. Dime si ha de ser cosa muy divertida estarse todo el dia metida una entre paredes y hasta tener que recurrir, para hablar con su futuro, á hacerlo furtivamente.

— Es verdad.

— Te aseguro que es cosa que desespera.

Los dos jóvenes siguieron su conversacion por largo rato. El marqués fué el primero que se levantó y se dispuso á partir. Aura queria acompañarle hasta la puerta, pero el de Poza, pretestando el aire poco sano de la noche, la hizo que se retirára á palacio, mientras él despues de haberla besado la mano, se dirijia pausada y sigilosamente hácia la puerta.

No bien habia andado la mitad del camino, cuando el marqués volviendo la cabeza se paró como para interrogar el silencio del jardin. Nada se oía y Aura debia ya haber entrado en palacio. Entonces el de Poza torció su senda y se dirijió, protejido por la sombra de los árboles, hácia el pabellon de la reina donde brillaba una luz.

Isabel estaba ocupada en escribir su correspondencia y en hacer sus notas, cuando le pareció notar un ligero ruido en los cristales de la ventana. Volvió la cabeza y vió dibujarse la sombra de un hombre tras la vidriera. Sobrecojida de espanto, iba á lanzar un grito, pero vió que el hombre ponia un dedo en sus labios como encomendándola el silencio. Casi en el mismo instante un vidrio, cortado por la punta de un diamante, dejaba pasar una mano y un billete rodaba á los piés de la reina. El hombre desapareció en seguida.

Isabel se inclinó, cojió el billete con mano trémula y leyó:

«Podeis fiar del todo en el hombre que no sé de que medio se valdrá para daros este billete, pero que os le dará, no me queda duda. Es un amigo fiel y adicto, un corazon á toda prueba. Poneos de acuerdo con él. Leal

servidor, se sacrifica por nosotros. A mí se me vigila de cerca; solo me rodean espías. Hemos empezado á suscitar sospechas y es preciso que adoptemos una resolucion, sino somos perdidos. El portador os lo dirá todo. Repito que fieis completamente en él.»

La reina vaciló un buen rato despues de la lectura de este billete, pero por fin se decidió á acercarse á la ojiva. Allí vió á un hombre de pié sobre un monton de piedras que habia agrupado para llegar hasta la ventana, demasiado alta para poderla alcanzar sin ausilio de nada.

Isabel fué la primera en hablar.

—Antes que todo vuestro nombre—dijo al desconocido—para que pueda bendecirle.

—Señora.....

—Vuestro nombre?

—Marqués de Poza.

—Gracias, marqués. Lo que haceis puede costaros la vida.

—Moriré gustoso.

—Oh! gracias, mil veces gracias!

Y dijo estas palabras con voz tan conmovida, que se adivinaban las lágrimas prontas á brotar como un arroyo.

El diálogo prosiguió en voz baja, tan baja que hubiera podido confundirse con el mas leve susurro de la noche.

—Cómo habeis entrado hasta aquí, marqués?

—Tengo una llave de la puerta del jardin.

—Y si os ven entrar?

—A nadie infundiré sospechas.

—Porqué?

—Porque todo el mundo sabe que mi futura es camarista de la reina, y creerán que la vengo á ver á ella.

—Y el príncipe?

—Está rodeado de espías que no le dejan un momento.

—Hemos sido pues vendidos?

—Al menos hay sospechas.

—Y quién es el que sospecha?

—Antonio Perez.

—Oh!

—Acortemos la conversacion, señora; os daré mas pormenores si os dignais darme cita para otra dia.

—Pues bien, mañana mismo.

—Dónde?

—Hallareis la puerta del pabellon entreabierta, empujadla, y entrad hasta mi cámara. Yo os aguardaré.

—Está bien, señora. Qué le diré al príncipe?

—Decidle que Isabel le compadece.

—Y nada mas?

—Decidle tambien que.....

—Qué?

—Que Isabel le ama.

Y la reina se hizo arrebatadamente atrás luego que hubo soltado esta espresion, como asustada de haber cedido al deseo de su alma que se la arrojara á los labios.

El marqués bajó de su pedestal y se retiró tranquilamente, sin observar que, así que hubo salido del jardin, un hombre le fué siguiendo paso á paso y con cautela.

V.

LA PRINCESA.

Cada dos ó tres noches iba el de Poza á ver á su futura, con la cual solia permanecer una hora en grata conversacion, entretenidos dulcemente en formar proyectos para el porvenir, en pasear sus dos juveniles imaginaciones por los campos dilatados de los ensueños.

Aura era feliz en aquellos instantes y no se hubiera cambiado por una reina. Amaba de corazon al marqués, se veia correspondida, y, tierna y pura, inesperta y confiada, dejábase mecer por los goces que le brindaba una existencia pasada junto al hombre á quien entusiasta queria.

Aura era una niña todavía, pero todas las noches que veia al marqués, escitada por las ardientes y amantes palabras de este, se entregaba por entero á las sensaciones tan íntimas como dulces y hallaba gra-

to sembrar de ilusiones las mas ricas y seductoras el camino de su triunfante porvenir, precisamente como aquel baron de Inglaterra de quien se cuenta que en un torneo hizo labrar el campo despues del combate sembrándole con miles de monedas de oro.

Cierta mañana estaba la jóven placenteramente entregada á sus soñadores pensamientos, cuando una dama de arrogante belleza y deslumbradoramente vestida penetró en la estancia, dirijiéndose á la niña que no reparó en la presencia de la desconocida hasta que se sintió abrazar por la espalda, al própio tiempo que una voz dulce y meliflua le decia:

— Soy yo, amiguita mia.

Aura se volvió y esclamó levantándose sorprendida:

— La princesa!

Era en efecto la princesa de Eboli, la misma que, unida en relaciones de amistad con la familia de Aura, habia sido la protectora de esta debiendo á su influjo el ocupar el puesto de camarista de honor junto á la reina. La jóven, sin embargo, estrañó aquella visita pues tiempo hacia que no se habian visitado.

— Sois muy cara de ver, amiga mia, — esclamó la princesa besando á la jóven en la frente, — preciso es que vuestras buenas amigas vengan á visitaros para que vos os acordeis de ellas.

— Mis deberes junto á la reina.... murmuró Aura.

— Oh! vuestros deberes! — interrumpió la princesa, — no son tantos que os impidan consagrar un momento á quien bien os quiere. Y á propósito! dejadme que os contemple. Sabeis que estais hermosa, amiga mia! Desde que no os habia visto, habeis duplicado vuestra belleza. Vais á ser el mejor adorno de la corte de Felipe II.

— Señora, donde vos estais, las otras no pueden ser mas que pálidas estrellas junto al astro.

— Gracias, Aura, gracias, tierna aduladora, pero si yo he sido astro, soy ya un astro que declina. No así vos, que cada dia añadis una nueva gracia á vuestro semblante y cada dia os presentais con mas lozanía y mas esplendor en el horizonte de la corte.

— Señora....

— Que vida mas feliz la vuestra!.... Si supierais lo que os envidio! Yo al contrario, siempre metida en ese cúmulo de negocios y de intrigas diplomáticas, sucumbo bajo el peso como el mas miserable leñador abrumado con su carga. No tengo un momento mio, no hallo un instante de reposo,

mis sueños son agitados, mi vida es una fiebre, no encuentro jamás una mano que se me tienda con franqueza y nunca resuena á mis oidos la voz consoladora de la amistad. Ay! esto no es vivir, Aura! esto es un infierno. Hoy mismo que he querido dedicaros unos momentos á vôs, que he querido hallar unos minutos de tregua en el seno de vuestra amable intimidad, hoy mismo vereis como acaso me vengan á perseguir hasta aquí los negocios de estado. Os aseguro que es cosa insoportable!

Y la astuta princesa decia esto con un acento tal de naturalidad y de candor, que nadie al oirla hubiera puesto siquiera en duda el martirio de su existencia.

—No es estraño lo que me decís, —contestó la jóven con dulce sonrisa, no es estraño. La nacion pesa sobre vuestros hombros, segun dicen, mas que sobre los del monarca.

—Es una verdad. Por esto es que os envidio á vos, Aura, á vos, cuya vida se desliza tranquila y sosegada, sin temores, sin penas, sin cuidados. En efecto, qué es lo que os falta? Bella, envidiada, solicitada, amada.... porque todo se sabe amiga mia, —añadió la princesa con una de aquellas sonrisas cortesanas que admiten todos los sentidos que quiere dárseles, —todo se sabe!

—No comprendo....

—Calla! os haceis la gazmoña!

Y la princesa al decir esto le dió con todo mimo un bofetoncito en la barba.

—Os digo princesa....

—No debeis decirme nada.

—Pero....

—Seriais capaz de asegurarme que no amais á nadie ni que nadie os ama?

—Oh! yo no digo tanto.

—Es que, hay cierto arrogante jóven de ojos negros que podria desmentiros.

—Creeis?—dijo la jóven ocultando con una sonrisa de conveniencia el sobresalto interior y clavando sus ojos en los de la princesa como si quisiera profundizar su pensamiento.

—Si creo. Debe haber por ahí un marqués de Poza que sabe sin duda lo que vale un corazon amante.

—El marqués es mi futuro, —se apresuró á decir Aura que temia que supiese la princesa lo de las entrevistas nocturnas y que temblaba á la sola idea de ser fábula de la corte.

—Pues os felicito, Aura. Hareis una bella pareja. El marqués es el hombre que os conviene.

—De veras?

—No hay en la corte otro hombre mas gallardo ni mas amable.

—No es verdad?—dijo con todo su infantil candor Aura.

—Es un jóven galante, emprendedor, generoso....

—Y amante sobre todo.

—Oh! sí, y amante sobre todo,—repitió la astuta princesa.—Cualidad es esta que ninguna dama le niega.

—Ninguna dama!—esclamó Aura con cierto poquito de alarma.

—Ninguna absolutamente.

—Pues que...

—Teneis celos? qué tonta!—dijo la marquesa con un aplomo y al mismo tiempo con un abandono de sencillez notables, haciendo como que no advertia que sus palabras caian como gotas de hiel sobre el alma de la jóven;—dejadle en buen hora que les diga amores á cien damas. Siempre sereis vos la favorita y la única que reinareis en su corazon.

—Pues que,—preguntó Aura con ansiedad,—el marqués les dice amores á otras damas?

—A todas cuantas vé, amiguita mia,—contestó la princesa con un acento de cortesana que no podia espresar mas.—Pero á vos qué os importa?

—Cómo que me importa?

—Es claro, no sois vos la favorita?

—La favorita! Que entendeis decir por esto, princesa?

—Toma! entiendo decir que sereis siempre la preferida, que sereis vos la sola que imperareis constantemente en su corazon, y que los demás solo serán amores pasajeros.

—Amores pasajeros! luego el marqués parte mi amor con el de otras mugeres? luego el marqués,—prosiguió la niña animándose por grados y cobrando su voz cierto tinte de virilidad y energía que no cuadraba mal al desenfado de su rostro—me abandona á ratos por otras? luego no es verdad lo que me dice? luego me engaña vil é infamemente al jurarme que á ninguna dama le consagra un solo recuerdo? Oh! princesa, princesa! esto es una indignidad, una traicion!

La de Eboli haciéndose la sorprendida ante aquella invasion de enérjicas palabras, miró un rato á la jóven de hito en hito como si no comprendiera toda aquella alarma; en seguida, bajando los ojos, soltó la mas franca

y mas sencilla carcajada. Aura, que esperaba verse compadecida, se quedó atónita ante aquella alegría, segun ella tan estemporánea.

—Cómo! os reis, princesa....

—Pues no me he de reir!—dijo la princesa,—ja! ja! ja! si sois una niña.... ja! ja! ja!

—Princesa.

—Dispensadme, querida Aura, dispensadme mi hilaridad, pero no he podido contener la risa al ver lo grave y lo formal con que habeis pronunciado vuestras palabras.

—Pero que hallais de estraño en mis palabras?

—Hallo que sois muy niña, querida, cuando tomais tan á pecho lo que es en el marqués una cosa natural y sencilla.

—Natural y sencilla?

—Ni mas ni menos.

—Natural que le diga amores á otra muger que no sea yo?

—Pues es claro.

—Sencillo que me venda?

—Nada mas justo.

—Pues es una claridad y una justicia que yo no entiendo, señora.

—Querida mia,—esclamó entonces la princesa con un tonillo levemente irónico, de una ironía tan fina que era casi imperceptible,—en la corte se hace así y el marqués se pondria en ridículo como así no lo hiciera. Los amores únicos, absolutos, entusiastas, ardientes, se dejan para los cuentos de trovador ó para las farsas de los ingenios. El de Poza, aun cuando os ame á vos, debe amar, para no ser considerado como un ente estraño, á otra muger, á dos, á tres si es necesario. Sin embargo, esto no quita que se enlace con vos y que entonces vos seais la preferida. Esto es la corte, querida mia.

—Princesa—dijo Aura con lágrimas en los ojos y con el corazon traspasado,—pues si es esto la corte, yo os digo que es incomparablemente mejor la vida mas infeliz de la mas infeliz vasalla de una aldea.

Iba la princesa á contestar y á rebatir sin duda esta opinion, cuando entró en la estancia un criado suyo portador de un mensaje.

Era un pliego que entregó respetuosamente á la de Eboli.

—Veis?—dijo esta volviéndose hácia Aura que estaba conteniéndose todo lo posible para no romper á llorar—no os dije que hasta aquí me perseguirian los negocios? Decid ahora si hay tormento comparable con el mio. Me

permitís, amiga mia?—añadió la de Eboli haciendo ademan de romper el cordon de seda que sujetaba la carta.

Aura contestó, solo con una cortesía. No podia hablar, porque su voz hubiera estado impregnada de sollozos.

La princesa abrió el billete y un papel, escapándose, fué á caer en el suelo á los piés de Aura. Inclinóse esta para cojerle y se estremeció, se estremeció tanto, que su mano temblaba al dárselo á la princesa. Era que le habia parecido reconocer la letra del marqués.

La de Eboli recibió el papel con una política sonrisa de agradecimiento, leyó el billete, cuya lectura pareció inmutarla bastante, y en seguida devoró con la vista el papel que Aura le entregara. La jóven, por una estrañeza de que no acertaba á darse cuenta, seguia en el rostro de su protectora todas las peripecias de su semblante durante aquella lectura.

Luego que hubo concluido, la princesa hizo seña al criado para que se retirara y en seguida, saliendo al encuentro de los deseos de Aura,

—Estraño caso!—murmuró,—sabeis, Aura, lo que se me comunica?

—Qué?

La princesa miró á todos lados para asegurarse de que nadie podia oirla y acercó aun mas su asiento al de la jóven.

—Oid, Aura, voy á hacer entera confianza de vos; voy, ya que el cielo me ha traido aquí, á revelaros un secreto de la mayor importancia, pero secreto tal, amiga mia, que le costaria la vida al que lo divulgase. Inútil es pues, pediros la reserva.

—Tan terrible es?—dijo Aura con una curiosidad irresistible.

—Espantoso.

—Pues entonces, porqué me lo comunicais?

—Porque vos podreis quizá serme útil.

—Yo!

—Diciéndome la verdad, diciéndome todo cuanto sepais.

Aura sé sobresaltó.

—Pues de quién se trata?—preguntó.

—Se trata....

Y aquí la princesa bajó la voz de modo que apenas llegaban sus palabras á oidos de Aura.

—Se trata de la reina.

Aura respiró.

—De la reina!—dijo admirada.

—Veis este billete?—le preguntó la princesa mostrándoselo abierto.

Aura vió algunos renglones indescifrables, escritos no con letras sino con signos estraños y desconocidos.

—Es de uno de mis agentes secretos—continuó la princesa,—que me escribe en el lenguaje que solo nosotros dos nos sabemos.

—Y bien?

—Este agente me dice que la reina tiene un amante.

—Un amante! ella!—esclamó Aura con un tono de incredulidad difícil de esplicar.

—No lo creeis?—dijo la princesa.

—No lo creo,—contestó Aura.—La reina Isabel es jóven, pero rígida y severa en sus actos y costumbres. Es demasiado buena esposa para que pueda sospechársela de ilícitos amores. A mas, yo la veo á todas horas del dia, no me aparto apenas de su lado, estoy en la interioridad de todas sus menores acciones.... Creedlo, princesa. Han engañado á vuestro agente, le han hecho víctima de una infame calumnia.

—De una calumnia! Es demasiado astuto el servidor que me escribe para dejarse prender en un lazo. A mas, me da pruebas.

—Pruebas!

—Juzgad vos misma,—dijo la princesa recorriendo con los ojos los signos del billete á medida que iba hablando;—díceme primeramente que la mayor parte de las noches un hombre entra con todo sigilo por la puerta del jardin real con ausilio de una llave.

Aura al oir esto se inmutó de tal manera, palideció tan visiblemente, que no hubiera por cierto dejado de notarlo la princesa á no estar entregada completamente á la atencion que fijaba en ir descifrando la carta que tenia en las manos.

—Se cree—continuó la de Eboli sin levantar los ojos,—se cree que este hombre es.....

—Es?—balbuceó la jóven con una amistad mortal.

—Es uno de los principales señores de la corte, pero sin embargo no se ha podido rastrear su nombre por el cuidado y cautela que tiene en recatarse el rostro con el ferreruelo. Hay casi una seguridad positiva para creer que luego que este hombre ha penetrado en el jardin....

Aura estaba pendiente de los labios de la princesa. Estaba en uno de aquellos calenturientos instantes en que se daria la vida para empujar y oir todas de una vez las palabras que solo una á una se desprenden de los

labios. La de Eboli iba muy lentamente, como si le costára decifrar el contenido. Aura se moria de ansiedad.

—Se dirije á un pabellon que es el que suele ocupar la reina, llama con el puño á los cristales como para anunciar su llegada, y en seguida se encamina á la puerta del pabellon que se cierra tras él. Es la reina ó una camarista la que allí le recibe? Esto, continua mi agente, es lo que hubiera sido mas difícil de averiguar, si por una casualidad, pero casualidad que nos cuesta mucho dinero, no se hubiese dado con unos versos del desconocido que claramente manifiestan cual es el objeto que le hace penetrar furtivamente en el jardin. Esto es lo que me dice mi agente—añadió la princesa doblando el billete.

Aura llegó á vacilar. Entraria otro hombre á mas del marqués en el jardin? La equivocarian á ella con la reina? Tal era lo que habia que resolver. Quedó la jóven un momento pensativa y mucho mas tranquilizada ya, pues creía que no podia ser el marqués el desconocido en cuestion, si era verdad que un desconocido entrase furtivamente de noche en el jardin.

Al cabo de un corto instante de pensar, Aura se decidió á arrostrar la situacion de frente y á confesar que era ella y no la reina quien tenia citas nocturnas. La jóven, con su corazon leal á toda prueba, preferia perderse á perder á la reina por una miserable equivocacion.

— Princesa, voy á deciros....

—Y son unos versos bonitos los tales!—dijo la de Eboli interrumpiendo á la niña.—Quereis que os los lea?

Y sin aguardar contestacion, desdobló el papel mismo que del suelo habia Aura cojido, y leyó:

Por vos suspira un corazon amante
preso en las redes de mas puro amor;
es adicto y leal, fiel y constante.
Trataréisle, señora, con rigor?
No habrá, ay de mí! señora, en vuestros ojos
ni un destello siquier de compasion?
Al rigor de esos pérfidos enojos
matar querreis á un pobre corazon?
Miradle á vuestros piés; paz ni sosiego
hallar no puede ya mi pecho fiel,
si no enjugais mis lágrimas de fuego
con torrentes de amor, tierna Isabel!

Qué os parecen los versos, Aura?

— Me parecen muy lindos, princesa.

—Si por la letra de los versos— murmuró la de Eboli, —pudiésemos venir en conocimiento de quien es su autor. Oh! sí, yo conozco esta letra, pero me falta atinar en quién puede haberlo escrito. Conoceis vos por acaso esta escritura, querida mia?

Y la princesa, clavando entonces resueltamente los ojos en el semblante de la jóven, le puso el papel delante.

Una palidez mortal, una especie de velo lívido cubrió el rostro de Aura que se puso á temblar como la hoja que agita el viento.

Los versos eran todos de letra del marqués.

La princesa hizo como que no notaba aquella alteracion y, para dar á su amiga tiempo de recobrarse, volvió á leer la última cuarteta de la poesía.

—Qué fuego hay en estos versos!—dijo.

Miradle á vuestros piés; paz ni sosiego
encontrar puede ya mi pecho fiel
si no enjugais mis lágrimas de fuego
con torrentes de amor, tierna Isabel!

Se conoce que el que así ha escrito, está verdaderamente enamorado. Solo un alma entusiasta por el objeto á quién se dirije, puede pintar su pasion con tanto estremo. No os parece así, querida?

—En efecto,—murmuró Aura con una voz que á nada humano se parecia.

Y repitió entre dientes:

Si no enjugais mis lágrimas de fuego
con torrentes de amor, tierna Isabel!

—Esto sale del corazon, no es verdad?—preguntó con una sangre fria portentosa la princesa.

—Sí, sale del corazon!—balbuceó Aura.

—Y ahora, prosiguió la de Eboli,—lo creeis aun calumnia? Podeis ahora dudar que la reina tiene un amante?

—Un amante!—repitió estremeciéndose la jóven.

—Un amante bien feliz y bien sincero cuando sabe vaciar en tan sonoros versos todo el ardor de su calenturienta ternura.

El alma de la jóven iba á hacer una esplosion, iba á reventar como una granada demasiado llena.

—Me ocurre un medio,—dijo de pronto la de Eboli.

Aura miró á la princesa con ojos que saltaban de sus órbitas.

—Quereis que os deje los versos y acaso con ellos podreis averiguarme el nombre del desconocido? Puede que os sea fácil, y no dejareis de encontrar letra igual entre los papeles de la reina, si quereis observarlo.

—Espiar! — murmuró la joven.

—Yo no digo tal, —contestó la de Eboli. —Ya comprendereis, que es un secreto de importancia, de mucha importancia el que he fiado á vuestra amistad. Os pido solo que me ayudeis á descubrir el nombre del amante afortunado, del que dice tan tiernas cosas á una reina que deberá contestarle con otras iguales.

—Oh!

—Con qué, decidme: puedo contar con vos?

La jóven vaciló.

—Contad—dijo por fin con voz sumamente débil.

—Pues entonces, os dejo. Mi visita ha sido ya bastante larga y me reclaman mis negocios. Mañana ó el otro volveré y me dareis parte de vuestros descubrimientos. Adios, hija mia.

Y la princesa besó en la frente con toda amabilidad á la jóven, pero no pudo menos de esperimentar un lijero estremecimiento. Efectivamente, sintieron sus labios un contacto tan frio, que no parecia sino que hubiese besado una frente de mármol.

La princesa se apresuró á salir.

En cuanto hubo atravesado el umbral, Aura se llevó las manos á los ojos y un torrente de lágrimas brotó de ellos.

La jóven no podia mas; estaba al cabo de sus fuerzas; se ahogaba.

La de Eboli halló en el corredor á Antonio Perez que le ofreció el puño, como era costumbre entonces, para bajar la escalera.

—Y qué?—dijo en voz baja á la princesa.

—Todo va bien, —contestó esta chispeando sus ojos de júbilo.

—Los versos?

—Han producido su efecto.

—Entonces.....

—Hemos triunfado.

—Y Aura?

—Es nuestra.

VI.

DONDE SE TRATA YA DEL BRAZALETE.

—

—Desengañaos, princesa—decia Felipe II cruzando á grandes pasos su gabinete y dirigiendo la palabra sin mirarla á la de Eboli que se mantenia en pié apoyada en el respaldo de un sillon,—desengañaos; yo no puedo ni debo obrar. Necesito una prueba, una sola. Vos que sois tan astuta, princesa, no podeis facilitarme esta prueba?

—Le he dicho ya á V. M.....

—Que un hombre entra todos los dias en el jardin de la reina, corriente. Pero quién es ese hombre? El príncipe no es, porque no se le ha vuelto á ver salir de palacio desde aquella noche fatal en que tampoco pudimos asegurar que él fuese el rondeador; el marqués de Poza puedé entrar para verse con su prometida Aura de Villa Medina, con quien me han dicho estaba para casarse. Por consiguiente, aun no pasa nada del terreno de las suposiciones.

—Señor, V. M. lo encuentra hoy todo natural y fácil,—dijo la princesa picada.—Yo doy indicios vehementes.

—Yo necesito hechos.

—Pero.....

—Nada; yo necesito hechos. Un testigo; un solo testigo que haya visto hablar de noche á la reina con el de Poza y entonces lo creeré. Mientras no sea así, princesa, no castigaré á nadie.

En aquel momento oyóse un ruido estraño en la antesala del gabinete, un rumor de voces con las cuales se mezclaba la agitada y suplicante de una muger.

—Que es eso?—murmuró Felipe.—Qué pasa ahi fuera? Hacedme el gusto de informaros, princesa.

La de Eboli llamó á un criado.

—Qué hay?—le preguntó.

—Una dama de la reina que, habiéndole dicho en vuestra habitacion que os hallábais aquí, desea veros y entrar á toda fuerza.

—Una dama de la reina!

—Si, señora—contestó el criado.

—Y desea verme á mí?—dijo la princesa.

—Si, señora.

—Cómo se llama esta dama?

—Aura de Villa Medina.

—Aura!—esclamó sorprendida la princesa.

—Aura!—murmuró el rey que detuvo sus paseos.

El semblante de la de Eboli se iluminó como por una ráfaga. Era que una sospecha acababa de penetrar en su corazon.

Acercóse rápidamente al monarca.

—Señor no deseaba V. M. un testigo?

—Sí.

—Acaso el cielo nos lo envia.

—Cómo?

—Se digna V. M. permitirme que reciba aquí á Aura de Villa Medina mientras V. M. se retira á otra estancia?

—Porqué?

—Porque desearia que V. M. pudiera oir nuestra conversacion.

—Vendrá Aura para hablar de eso?

—Y para pedir justicia tal vez.

—Ola!

—Si señor.

—Teneis por espías á las jóvenes que rodean á la reina?

—Aura no es espía.

—Pues qué es?

—Una muger celosa.

—No entiendo.

—Otórgueme V. M. la gracia que le pido y lo entenderá.

—Con qué quereis que escuche vuestra conversacion?

—Si señor.

—Bien está.

Y el rey, levantando una tapicería, se introdujo en un gabinete contiguo.

La de Eboli dió órden para que Aura pasase adelante.

Esta se precipitó, mas bien que entró en la estancia. Su semblante estaba demudado, sus cabellos en desorden, sus manos nerviosas. Todo revelaba en ella una agitacion, un desasosiégo, una lucha terrible.

La misma princesa no pudo menos de hacerse atrás al ver el rostro lívido de la jóven.

—Qué teneis?—le preguntó alarmada.

—Oh! gracias á Dios que os encuentro, princesa!—dijo Aura con voz entrecortada por la fatiga.

—Pero que tèneis, Aura?

—Que tengo?—esclamó la jóven clavando en la cortesana sus ojos secos y enrojecidos—Y vos me lo preguntais? Tengo..... tengo que estoy loca!

—Aura!

—Loca, completamente loca, señora!

—Qué os ha sucedido?

—Le he visto.

—A quién?

—Al marqués.

—Y qué?

—Ha sido una noche horrible, princesa! Quereis que os lo cuente?

—Si, sí, contadme.

—La noche era negra y oscura. Los vientos silvaban con desatada furia tronchando los arbolillos en flor que estendian sus tiernas y delicadas ramas. Agrupados y espesos nubarrones balanceaban en el espacio sus preñados antros en cuyo seno rugía la tempestad. Ay! otra tempestad mas terrible habitaba en mi corazon cuando, sin temor á los elementos, me lanzé al jardin y me sumerjí en un mar de tinieblas encaminándome hácia el pabellon de la reina.

—Ah! de la reina?—interrumpió la princesa.

—Es claro. De la reina; no era allí donde debia ir el perjuro?

—Proseguid, proseguid—dijo vivamente la princesa volviendo los ojos

hácia la tapicería como interrogando sus pliegues para asegurarse de que estaba allí tras de ellos el monarca.

—Junto al pabellon hay un pequeño grupo de acacias. Entre ellas me coloqué y allí estuve aguardando, sin temor á la lluvia que empezaba á caer y al viento que rasgándose en los árboles, parecia murmurar á mis oidos lúgubres suspiros. A poco de estar allí oí pasos cercanos, pero dados con cierta precaucion. Un hombre se adelantaba pisando con cautela y, á pesar de la oscuridad de la noche, envuelto en su ferreruelo. Le ví acercarse al pabellon de la reina, golpear los cristales de la ventana y en seguida..... oh! princesa!.... princesa!

—En seguida?—dijo la de Eboli fijos sus ojos en la tapicería.

— En seguida desaparecer por la puerta entreabierta que guia al interior de las habitaciones regias.

La tapicería se movió entonces como agitada por una mano oculta. La princesa dejó dibujar en sus labios una sombra de sonrisa.

—Y que mas?—murmuró.

—Aquel hombre no podia ser otro que el marqués de Poza, princesa; su aire, su porte me lo habian dado á conocer, pero mejor que nada me lo decia mi corazon. Entonces, puesto, que Dios ó la fatalidad me habian lanzado allí, he querido averiguarlo todo, apurar la copa hasta el caliz. Yo no hacia caso ni de la lluvia que caía, ni del trueno que rujía, ni del viento que bramaba, ni del rayo que culebreaba en las nubes. No, princesa, la tempestad no estaba en el cielo, sino en mi corazon.

— Y qué?—dijo la de Eboli.

—No sabia como hacerlo. La puerta se habia cerrado tras del marqués y la ventana por la cual se veía brillar luz estaba demasiado alta para que yo pudiera alcanzarla. He hecho esfuerzos inútiles, me he desgarrado mis vestidos, y mis dedos, ensangrentados con la piedra, han buscado vanamente donde agarrarse para poder trepar á la ventana.

—Pobre Aura!

– Pobre Aura! sí, bien habeis dicho. Pobre Aura á la que se ha engañado vil é infamemente. Pero, oid. Entonces me he acordado de que el jardinero debia tener por allí una tosca escalera, la he buscado á tientas, la he hallado y aplicándola contra la pared, he podido subir hasta la ventana. Princesa, princesa, allí estaban la reina y el marqués de Poza, los dos en conversacion muy animada, pero en voz baja. De modo que no he podido oir nada.

—Nada?

—Nada por el momento. Poco despues de estar yo en mi sitio, he visto al marqués hacer ademan de marcharse. En aquel momento la reina ha corrido á su escritorio, ha sacado una caja, de ella un brazalete de perlas, el mismo que le he visto siempre usar en las grandes ceremonias, y se lo ha dado al marqués diciéndole en voz algo mas elevada estas palabras que perfectamente han llegado á mis oidos: «Que el hombre á quien amaré toda la vida lo guarde en memoria mia!» Estas palabras se han clavado como dardos en mi corazon, he sentido que el dolor me oprimia, un velo ha cegado mi vista y he tenido que cojerme á la escalera para no caer. No sé, princesa, como el corazon no se me ha roto á pedazos. Cuando pasado aquel largo ratode dolor he abierto los ojos, ya en el pabellon no habia nadie. La reina y el marqués habian desaparecido. Entonces he bajado de la escalera, he vagado como una loca por los jardines de palacio hasta apuntar el alba, y me he dirigido á vuestra habitacion para deciros, princesa: Ya lo veis, se me ha vendido infamemente. Cómo podré vengarme?

En aquel momento una voz fria y aguda sonó á espaldas de la jóven.

—Y de quién quereis vengaros?—dijo esta voz.

Aura se volvió y un estremecimiento recorrió sus venas, un frio sudor bañó su frente.

El rey, pálido, mirándola con ojos de una fijeza espantosa, estaba de pié en medio de la sala como una estátua.

Aura cayó de rodillas.

—Perdon! perdon, señor!—esclamó.

—Perdon y de qué, pobre niña? Oid; lo que acabais de contar es cierto, no es verdad? Vos lo habeis visto? La reina ha entregado al marqués su brazalete de perlas; lo habeis visto bien, verdad?

La jóven no contestó. Muda de terror, pensaba en los males sin fin que iba á reportar su imprudente y celosa indiscrecion.

—Decid, niña, lo habeis visto?

Tampoco contestó Aura. En cuanto á la princesa, cruzada de brazos y con una sonrisa triunfante, contemplaba toda aquella escena.

—Contestad, niña,—esclamó Felipe con imperio.—Vuestro rey os lo manda. Habeis visto á Isabel entregar el brazalate de perlas?

—Si señor,—murmuró la jóven, pálida y muerta de espanto, con una voz inenteligible casi.

—Está bien.

Felipe dió un golpe en el timbre.

Un servidor se presentó.

—Mi capitan de guardias,—dijo con severo laconismo.

—Oh! que va á hacer, Dios mio!—murmuró Aura entre dientes. Y en seguida, en voz alta: —Señor.....

—Tomad,—dijo Felipe escribiendo su firma sobre un papel blanco y alargándoselo en seguida á Aura.—Felipe no negará nada al portador de esta firma del monarca. Id y volved cuando me necesiteis.

Dijo esto con un tono que no admitia réplica. Aura al pronto habia comprendido mal, y no acertaba á tomar el papel, pero luego sobrecojida por un pensamiento secreto, lo tomó y se lanzó fuera de la estancia.

—Pobre niña!—murmuró Felipe viéndola marcharse.

Y sus ojos abandonaron á la jóven para clavarse en el semblante altamente significativo de la princesa.

Vino el capitan de guardias y le envió el monarca á informarse de quién se hallaba en aquel momento con el príncipe Cárlos.

—El marqués de Poza es el que está actualmente en conversaciones con S. A., señor,—dijo el capitan.

—Cuando haya salido,—esclamó entonces el monarca—pondreis centinelas en todas partes, rodeareis la habitacion del príncipe y no dejeis que salga ni entre nadie. Hasta el mismo Cárlos estará sometido á esta ley: nadie entrará ni saldrá de sus habitaciones como no os entreguen un pase firmado por mí. Id á cumplir estas órdenes, y acordaos que me respondeis con vuestra cabeza.

El capitan se inclinó y partió.

Sigamos ahora los pasos de la pobre Aura. En medio de la agitacion que la dominaba, de la calentura que la abrasaba, una idea habia surjido en su espíritu debilitado y fatigado por tan terribles emociones como la combatian.

Cruzó con paso firme y resuelto las estancias y galerías de palacio y bajó rápida la escalera marmorea que conducia al espacioso vestíbulo. Solo allí pudo respirar con alguna libertad. Estremecíase, horrorizábase la pobre niña al pensar en la cadena de males que arrastraría tras sí su imprudente revelacion, y parecíale increible que hubiese contemplado sin morirse de espanto la helada pero elocuente figura de Felipe II irguiéndose ante ella como la representacion de una futura y terrible venganza.

Aura tenia miedo, pero un miedo horroroso, un miedo invencible. Espantada de lo que habia avanzado, quiso retroceder..... retroceder si es que habia tiempo para hacerlo.

Llegóse á su habitacion, envolvióse con un manto en cuyos pliegues recató su rostro y fuese sin vacilar háoia el pabellon aislado que servia de morada al marqués de Poza. Este no se hallaba en casa, pero como Aura se decidió á esperarle, hízola el criado del marqués subir á la coqueta estancia donde hemos visto pasar la escena primera de esta historia.

Media hora despues llegó el marqués. Su ayuda de cámara le dijo que una misteriosa tapada estaba aguardándole en su gabinete. El de Poza hizo un signo de disgusto. Temia alguno de aquellos compromisos á que le arrastraban sin cesar sus galanterías.

Decidióse sin embargo á subir.

Al penetrar en la estancia tristemente iluminada por la luz nebulosa del dia que filtraba á través de las ricas cortinas de seda, vió en un ángulo, sentada en un sillon, inmovil, á una muger que al ruido de la puerta volvió el rostro.

Era su futura.

—Aura —esclamó el marqués. —Aura ! tú aquí !

La jóven reunió todas sus fuerzas para levantarse y dar algunos pasos con una dignidad, que no se hubiera creido poder encontrar en ella.

—La misma, señor marqués, —dijo. —Os estorba acaso mi presencia? esperabais á otra muger quizá ?

El de Poza se quedó sorprendido y estático, no tanto de hallarse allí con Aura, sino de su rostro demudado, de sus vestidos en desorden, de sus ojos enrojecidos, del acento destilando amarga hiel con que habia pronunciado sus palabras.

—En nombre de Dios, Aura, qué es eso? qué pasa? qué sucede?

—Sucede, —contestó la hermosa jóven con una altanera superioridad y echando fuego por los ojos, —sucede que yo, vuestra víctima, yo, tan infamemente vendida por vos, yo vengo á salvaros, marqués, y á deciros: Partid, ahí teneis la firma del rey que os sirve de salvo conducto, pero partid sin dilacion, en el acto, en seguida, porque si retardais solo una hora acaso ni esta firma bastará á libraros de la muerte que teneis merecida.

El marqués no sabia lo que le pasaba.

—Aura, no os comprendo, no sé que quereis decir, qué significa todo esto, Dios mio!

Y el de Poza miraba el papel al pié del cual estaba en blanco la augusta firma, papel que habia maquinalmente tomado de la mano trémula con que la jóven se lo habia alargado.

—Partid, partid, en nombre del cielo! —murmuró la jóven en un arrebato sublime, —partid sin demora. Yo os perdono.

—Qué yo parta? que me perdonais? Pero, Aura, yo os juro, y os lo juro por mi salvacion eterna, que no comprendo ni una palabra de lo que me estais diciendo. Tanto, que si no os viera á vos demudada y en ese estado de agitacion que me parece participar de la locura, creeria que es todo una burla de que me haceis objeto.

—Una burla! —murmuró la jóven cuyos labios se estremecieron á impulsos de una horrible contraccion nerviosa: —ah! decis que lo tomariais por una burla?

—Aura, en nombre de lo que haya mas santo para vos en este mundo, os suplico que me espliqueis este misterio, si no quereis volverme loco. Qué significa todo esto? qué son esas palabras en vuestra boca? qué indica esa palidez en vuestro rostro? qué quiere decir esta firma del monarca en mi mano? Aura! Aura! si sabeis lo que es sufrir, si sabeis lo que es piedad, sacadme de este horrible estado.

Aura se sintió algun tanto conmovida ante aquel acento de enérgica verdad que dominaba en las palabras del marqués.

—Si sé lo que es sufrir, me preguntais? —esclamó con una voz henchida de lágrimas; —pues qué es lo que he hecho ayer, qué es lo que he hecho esta noche sino sufrir amarga y horrorosamente como ningun corazon puede ya soportar mas?

—Vos! vos habeis sufrido, Aura? —esclamó el marqués con ternura.

—Y porqué?

—Porqué, decís? Porqué?

Y Aura levantó sus brazos al cielo y esclamó con impetuosidad:

—Señor! señor! compadeceos del hombre que blasfema!

—Aura!

La jóven inclinó la cabeza y rompió en llanto. Eran las primeras lágrimas que Dios le hacia la merced de enviar á sus ojos despues de una porcion de horas de amargo y desconsolador sufrimiento.

El marqués se acercó con tierna solicitud á su futura y trató en vano de consolarla. Cuando hubo pasado aquel primer momento de espansion, cuando Aura tuvo aliviada su alma del peso de aquellas lágrimas, levantó su cabeza. Sus ojos brillaban.

—Marqués, —le dijo con una espresion de asesina ironía, —marqués, qué os parecen estos versos?

Y Aura alargó otro papel al marqués.

Este lo desdobló y lanzó una esclamacion al ver su propia letra y lo que es mas, los versos que recordaba haberse llevado el secretario Antonio Perez sin que se los hubiese devuelto ni hubiese él pensado tampoco en recojerlos.

—Estos versos! quién os los ha dado, Aura?

—Ah! luego los conoceis?

—Sí, son mios.

—Y lo confiesa! —murmuró Aura con doloroso acento.

—Oh! —esclamó de pronto el marqués que recorria con la vista el papel al tropezar en el último verso; —esta línea no es mia, no es mi letra..... esto es una infame supercheria! Aura! me temo..... Dios mio! Dios mio! Estoy viendo aquí una espantosa complicacion..... Aura, os han tendido un lazo en el que vos, pobre jóven incauta, os habreis dejado prender.

—Un lazo! —dijo la hermosa con amarga sonrisa; —un lazo! Pues qué, no os he visto introduciros esta noche pasada en el jardin? no os he visto penetrar furtiva y sigilosamente en el pabellon de la reina? no os he visto yo, yo misma, con mis propios ojos, recibir un brazalete de perlas de manos de la reina que acompañaba el presente con palabras dulces y gratas al oido del amante?

El de Poza se admiró al escuchar estas palabras, pero cruzándose de brazos contestó solo:

—Y bien?

—Entonces, —continuó la exasperada jóven, —mi razon se ha turbado, mi corazon se ha despedazado, todo lo que hay sensible en mí, ha gritado: infamia! Sí, porque el hombre al que yo creia amante entre los amantes, leal entre los leales, me vendia con otra muger y no se habia servido de mí mas que para medio con que poder llegar á los brazos de su verdadera amada, de la reina.

—Justicia de Dios! qué estais diciendo? yo el amante de la reina!

—Y loca, fuera de mí, desesperada, ciega, —continuó la jóven sin hacer caso, —he ido á buscar á la princesa, al rey, á todo el mundo y me he arrojado á sus plantas y les he dicho: Mi amante me vende; justicia contra mi amante!

—Infeliz!

—Infeliz, teneis razon. Yo le he dicho al rey lo que habia visto, lo

que habia oido: le he dicho que os habian entregado el brazalete y en seguida..... yo no sé..... no recuerdo como, porque..... porque..... Dios mio! mi cabeza arde! en seguida me he visto con una firma del rey en la mano y he corrido..... he corrido para dárosla, para salvaros, para deciros que huyérais de su furia por..... por..... por amor hácia mí, pues que todavía os amo!

Y la jóven dando un grito supremo, cayó exánime, desfallecida, sollozando, á los piés del de Poza. El rostro de este se habia puesto severo, sombrío; no pestañeaba siquiera; su boca contraida y sus manos convulsas indicaban la agitacion ó quizá la lucha que se abrigaba en su interior. Reinó por breves instantes un silencio sepulcral en la estancia, interrumpido solo de cuando en cuando por los sollozos de la jóven que en vano procuraba ahogarlos. El marqués fué el primero en romper aquella situacion: inclinóse hácia la jóven, la levantó, la hizo sentar en un sillon y en seguida la empezó á hablar con voz resuelta y solemne, muy tranquila en apariencia.

—Aura, oidme y responded, responded como si le hablarais á vuestro confesor, porque acaso la vida de tres personas pende de vuestros labios. Aura, suspended el llanto por un momento, dad tregua á vuestro enojo y dadme luz con vuestras contestaciones para que pueda guiarme en medio de esas tinieblas, para que pueda asegurarme de que ambos á dos hemos sido víctimas de una trama infernal.

Aura suspendió en efecto sus sollozos y miró al marqués en cuyo rostro leyó toda la gravedad del momento.

—Decidme, quién os dió estos vérsos?

—La princesa de Eboli.

—Me lo he presumido.

—Ah!

—Y os habeis puesto en acecho creyéndome el amante de la reina?

—Sí.

—Y me habeis visto entrar en el pabellon?

—Sí.

—Y habeis visto como la reina me entregaba un brazalete!

—Sí.

—Y habeis ido á decírselo al rey?

—No. He ido á buscar á la princesa en la cámara real.

—Pero el rey estaba por allí cerca, os ha oido quizá?

—Sí, estaba escondido y se ha presentado de pronto.

—Todo lo comprendo perfectamente. Quereis ahora que os cuente toda la historia, toda esa horrible historia? —dijo el marqués con una calma imponente.

—Sí.

—Pues bien: yo estaba una noche en esta misma estancia donde nos hallamos ahora, y estaba precisamente componiendo estos mismos versos que á vos os han dado. Un hombre entró por la ventana; huía de unos embozados que le perseguian para conocerle ó para asesinarle quizá. Era el príncipe Cárlos. Apenas se halló en este cuarto, tuvo que buscar un refugio allí, tras de aquellas cortinas, porque Antonio Perez, su enemigo y el favorito de su padre, Antonio Perez, el amante de la princesa de Eboli, llamaba á mi puerta. Perez estuvo hablando conmigo de esos versos que para vos, Aura, estaba yo escribiendo y se los llevó prometiéndome devolverlos. Su visita habia sido un pretesto para asegurarse de quién era el que aquí se habia refugiado, pero se fué sin poder saberlo. Entonces el príncipe salió, se arrojó en mis brazos, me contó su historia, sus amores con la reina, me manifestó su deseo de partir á Flandes y acabó por decirme que necesitaba un hombre que pudiera, como fuese necesario, hacerse matar por él. Yo me ofrecí á ser este hombre. La vigilancia mas escrupulosa se estendió desde aquella noche sobre el príncipe y sobre mí mismo. S. A. no ha salido de su habitacion, pero yo he ido á la reina en su nombre: les he llevado mutuamente á uno y á otro sus cartas, sus recuerdos de despido, porque el príncipe debia partir mañana á Flandes donde le esperan los condes de Horn y de Egmont para proclamarle soberano. Ahora bien, la princesa de Eboli quiere perder á Cárlos, quiere perder á Isabel, ignoraria sin duda quién era el mensajero nocturno, sospecharia de mí, y, para asegurarse, ella y Antonio Perez han fraguado el plan de que vos habeis sido la primera víctima. Ella os ha dado estos versos arreglando el último, que era el que faltaba, á su modo y fingiendo mi letra; ella os ha hecho que me espiárais; ella os ha esperado sin duda en el gabinete del rey para que vuestra cólera, creyéndoos engañada, descubriera á la reina, al príncipe, á mí mismo y á los tres nos presentára como culpados. Ahora Felipe II sabe que yo he visto á la reina esta noche, que ella me ha dado un brazalete, supone que este brazalete está ya en poder del príncipe, como lo está en efecto, y cuando menos lo creamos, su justicia, siempre misteriosa y terrible, caerá como una cuchilla sobre nuestras tres cabezas á un tiempo. He ahí la historia, Aura, y he ahí lo que cuesta vuestra imprudente relacion. La princesa y Antonio Perez necesitaban que el rey escuchára de boca de cualquiera, que no fuese ninguno de ellos, para

que la acusacion tuviera mas valor, la noticia de que la reina tenia secretas y nocturnas entrevistas conmigo por ejemplo, pues ya habrian cuidado de presentarme en el ánimo del monarca como el amigo ó el mensajero de su hijo. La princesa y Antonio Perez habian conocido que el plan no podia fallar, que vos me veriais entrar en el pabellon, que me esperaríais, y que la fuerza de vuestro dolor os arrojaria en brazos de vuestra antigua protectora para decirla: el marqués es el amante de la reina! Y ya su trama estaria urdida de tal manera que el rey os pudiera oir y que la princesa ó Antonio Perez se pudieran volver hácia él y decirle: el marqués no es el amante, pero es si el mensajero del amante! Esto es exactamente lo que habrá pasado. Su intriga les ha salido bien. No solo el rey ha oido de vos lo que ellos querian que oyera, sino que hasta el brazalete que hallarán á faltar en el joyel de la reina, ó encontrarán sobre el príncipe, les servirá de prueba para que vibre el monarca el rayo de su justicia vengándola. Y ahora, decidme, comprendeis el lazo en que habeis caido, Aura?

Aura no contestó nada. Habia estado durante toda esta relacion inmovil, escuchando sin perder sílaba, oyéndolo todo sin pestañear. Cuando su futuro hubo concluido, la jóven se dejó caer á sus piés con las manos suplicantes, con los ojos en que se pintaba una fijeza aterradora, con un semblante mas pálido que el sudario con que se envuelve un espectro. Veíase en ella todo lo que puede hallarse de dolor y de sufrimiento en un rostro. El de Poza tuvo compasion de aquella niña que solo habia cedido á un arrebato de celos, esa locura de las almas sensibles, y, olvidando su propia situacion, la dirigió todas las palabras de amor y de consuelo que podian hacer efecto en aquel corazon combatido á un tiempo por cuantas tempestades interiores pueden desencadenarse sobre el alma de una muger.

—Marqués—dijo Aura al cabo de algunos instantes,—es preciso salvar á toda costa á la reina, aunque sea con nuestra sangre.

—Y cómo?

—Solo hay una cosa que pueda hacer prueba, que pueda deponer contra ella, es el brazalete de perlas.

—Y bien?

—Es fuerza que vuelva este brazalete á su poder.

—Es imposible.

—Porqué?

—Aun cuando yo pueda volvérselo á pedir al príncipe—dijo el de Poza,—cómo hacerlo para llegar á la reina y entregárselo?

—Se lo entregaré yo.

—Tú?

—Sí, corre á buscarlo; que el príncipe te lo dé. Lo demás es cuenta mia.

—Oh! tienes razon, Aura. Voy corriendo. Tengo esperanzas todavía..

—Dios mio! Dios mio! ya que yo he hecho el mal, permitidme remediarlo! —esclamó la jóven alzando los ojos y las manos al cielo.

El marqués salió, y Aura se quedó esperándole, presa de la mayor angustia. Cada momento que pasaba le parecia un siglo. Hubiera dado la mitad de su vida por apresurar los minutos, por tener ya el brazalete en su poder y por habérsele entregado á la reina.

El de Poza no tardó en volver.

—Lo traeis? Dádmelo! — esclamó Aura asi que le vió pisar el umbral de la estancia.

—Todo está perdido! — murmuró la voz sombría del marqués.

Aura aterrada miró á su amante. Sus ojos marchitos, su semblante triste en que no habia reparado primero, le probaron que su plan habia fracasado.

—Pues qué, qué hay?

—La habitacion del príncipe está rodeada de guardias que no permiten entrar á nadie. El príncipe está preso en su cuarto. Nadie puede llegar hasta él. Todo está perdido.

—Oh! —balbuceó la jóven con un grito terrible y ocultándose el rostro con las manos. —Perdon! perdon!

—Aura, —dijo el marqués, — tu imprudencia ha sido grande, pero tu dolor te absuelve.

—Marqués; esto es horrible! esto no puede pasar así. Es preciso salvar de un modo ó de otro á esa pobre reina, á ese infeliz príncipe.

—Podré hacerme matar mas pronto — dijo el marqués, —pero no conseguiré nada.

— Y no hay otra prueba que deponga contra sus amores mas que el brazalete?

—No hay otra.

—Pues es fuerza; es preciso que esa joya vuelva á manos de la reina.

—Pero cómo?

—Yo no sé. Dios nos inspirará un medio. Ah! — dijo de pronto Aura dando un grito. —Ya lo tengo.

—El medio?

—Sí.

—De qué modo?

Aura se dirijió á la mesa donde el de Poza habia dejado el papel que al principio de su conversacion le habia dado.

—La firma del rey, —dijo.

—Sí, pero.....

—Nada, nada. Escribidme encima de ella: «Nadie se oponga á que pase el portador.»

—Teneis razon, Aura.

Y el marqués escribió lo dictado por su amada.

—Nos hemos salvado, marqués. Dadme, iré yo misma. Vos pudierais comprometeros.

—Aura, Dios os tomará en cuenta este servicio.

—Confio en su misericordia para que me perdone mi falta.

—Corred, apresuraos!

—Oh! no temais. El brazalete volverá á poder de la reina. Yo les salvaré!

Y la jóven, envolviéndose en su manto, se precipitó fuera del pabellon.

VII.

EL CANASTILLO DE FLORES.

La reina Isabel estaba apoyada en la ventana, contemplando melancólica las nubes que se cernian en el horizonte y cuyos agrupados pelotones pugnaba el sol por atravesar, cuando abriéndose repentinamente las puertas de su cámara, un paje entró, dió algunos pasos y esclamó con voz vibrante:

—El rey!

Isabel se estremeció como una niña á la que coge en delito de desobediencia su rígido preceptor. Era en efecto tan inesperada aquella visita de su

real esposo, que tembló al pensar en lo que allí podria traerle. La conciencia de la pobre reina no estaba muy tranquila para poder recibir con toda serenidad al monarca.

Este se presentó en la cámara. Contra su costumbre, su semblante estaba risueño y esto dió nuevo motivo de temor á Isabel. Sin saber porqué, su corazon leal, que nunca la habia engañado en sus impulsos, la decia que aquella visita tenia un motivo y que aquel rostro risueño ocultaba una celada.

— Señor.... balbuceó Isabel.

— Qué teneis, querida mia? — preguntó el soberano con afable sonrisa. — Pareceis sobrecojida.

— No es nada. Vuestra visita....

— Os estraña?

— No señor, pero como hacia tanto tiempo que os habiais olvidado del camino que conduce á mi estancia!

— Qué quereis! Los negocios de estado son como una rueda que nunca para. Me quitan todo el tiempo que yo quisiera dedicar á vuestro amor. Estais bellísima, mi reina y señora!

— Señor...

— Esa palidez que brilla en vuestras mejillas os dá un realce melancólico que interesa y cautiva. Oh! cómo puedo yo pensar en negocios de estado, teniendo á mi lado en el trono á una compañera con quien pasar la vida rodeados de toda la felicidad del amor! Mil veces me he dicho, Isabel, que debierais aborrecerme.

— Aborreceros, señor, y porqué?

— Porque os he arrancado del suelo de Francia donde erais feliz y dichosa para traeros á una corte en que solo reina la fria etiqueta, de la que están casi proscritos los bailes y que no ofrece ninguna diversion á los sentidos. Y yo mismo que debiera haceros una existencia agradable, yo mismo contribuyo á hacérosla pesada y monótona, estando siempre ausente de vos, metido con mi despacho y mis devociones, teniéndoos encerrada en vuestras habitaciones como en un destierro. Pobre Isabel!

— Pues os aseguro al contrario, señor, que soy feliz y que esta es la vida que mas conviene á la disposicion de mi alma.

— No echais menos vuestra patria?

— Siento no tener junto á mí á mi hermana y nada mas.

— De aquí en adelante, querida mia — dijo el rey tomándole una mano,

— yo quiero que esto sea para vos otra cosa. Quiero que tengais diversiones, bailes, quiero que goceis y vivais como mas os plazca.

—Pero....

—No, no, yo sé mejor que vos lo que os conviene, Isabel, y por otra parte, ya que tengo en vos una joya de discrecion y hermosura, quiero que brille con todo el esplendor que se merece. Esta misma noche he mandado disponer un baile.

— Un baile!

— Para que podais presentaros á deslumbrar con vuestra belleza á las bellezas todas de la corte. Escojed, pues, vuestras mejores galas, poneos hermosa. Vuestro esposo os lo manda; vuestro soberano os lo ruega.

— Estais hoy muy lisongero, señor.

— Es que hoy aprecio en todo lo que vale la compañera que Dios me ha dado, —dijo el rey con un acento particular y que en el modo como fué pronunciado admitia dos sentidos.

— Haré lo que gusteis, —dijo la reina bajando los ojos.

—Os digo y repito que voy á cambiar de vida con respeto á vos—esclamó Felipe cada vez mas amable — y he de robarle muchas horas al estado para venir á pasarlas en vuestra intimidad. Harto tiempo os he tenido olvidada. Quiero que seais feliz, que tengais diversiones á porfía. El baile de esta noche será el prólogo de vuestra futura dicha.

—Señor, yo quisiera dispensarme de asistir á este baile.

—Cómo asi cuando yo quiero que seais en él reina por vuestra corona y por vuestra belleza? Deseo que esta noche os presenteis á los ojos de mi corte admirada, deslumbrante de galas y de hermosura. Lo hareis así, no es verdad, querida mia?

—Lo haré por complaceros.

—Y á propósito! —dijo Felipe con una naturalidad escesiva y como si solo manifestára una idea casualmente ocurrida, — no olvideis el poneros vuestro brazalete de perlas.

La reina se puso pálida como un difunto y un estremecimiento recorrió su cuerpo.

—Ya sabeis de qué brazalete os hablo, verdad, querida mia?

—Si señor, — murmuró Isabel en voz tan debil que apenas se pudo oir.

—De aquel que os dí el dia de nuestro enlace y en el que hay trazado con perlas vuestro nombre: Isabel.

La reina sufria horrorosamente.

—Es un brazalete—prosiguió el monarca clavando en ella una mirada escrutadora cuya severidad formaba contraste con sus palabras dulces y suaves,—que guarda bellos recuerdos para mí. Se remonta á los tiempos de las primicias de nuestra felicidad, y es, puede decirse, mas bien el regalo de un amante que el don de un esposo. Por otra parte, es una obra maestra en el arte y me la trabajó por particular encargo mio mi artífice genovés Montenelli. Dónde la teneis, señora?

—Guardada está en mi joyel—contestó la reina exánime.

—Hacedme el gusto de mandar que os la traigan. Quiero verla de nuevo, quiero besarla á vuestros ojos como se hace con un recuerdo de amor.

—Es que.....

—Qué?

La reina no podia mas. Era una especie de congoja mortal lo que se habia apoderado de ella. Sufria de una manera espantosa y su pecho ardia como si hubiese sido una brasa de fuego.

—Qué?—repitió con calma pero con suavidad Felipe.

—He perdido la llave de mi joyel,—murmuró la pobre muger.

—Habeis perdido la llave? cuándo?

—Esta mañana la he hecho buscar por todas partes inutilmente.

—Pues entonces no hay mas que romper la cerradura. Es un capricho que me ha dado y que me perdonareis, querida, pero deseo tener ese brazalete para estrecharlo contra mi corazon, ya que me representa una idea de dicha pasada.

—Pero, señor....

—Nada, nada, quiero ver el brazalete en el que hay escrito con perlas vuestro nombre adorado. Donde teneis vuestro joyel?—esclamó Felipe II sacando de su cintura una hermosa daga de labrada hoja y puño de piedras preciosas;—vereis como con la punta de esta daga os hago en un abrir y cerrar de ojos saltar la cerradura.

—Es quees el caso, señor.... balbuceó la reina sin saber loque se iba á decir.

—Pero, qué es eso, señora? á qué tantas dificultades por tan sencilla cosa?

La reina iba á contestar cuando la cortina de la puerta se levantó y uno de los caballeros del rey apareció en el umbral.

—Quién viene á interrumpirme?—preguntó airado el monarca.

—Señor, es una comision de damas de la reina que desea ofreceros un obsequio, aprovechando la ocasion de vuestra visita á su reina y señora.

—Oh! que entren!—se apresuró á decir Isabel que halló en aquello un

medio de salir del terrible compromiso, pero al ver la mirada que le dirijió el rey, añadió en seguida: —Digo, si S. M. lo permite.

Felipe dudó un momento, pero dirijiéndose á poco al caballero:

—Lo permito, —esclamó lacónicamente.

Un momento despues penetraban en el gabinete cuatro damas de la reina, entre ellas Aura de Villa Medina que llevaba un canastillo de flores.

—Señor—dijo una de las damas tomando un hermoso ramillete del canastillo y presentándoselo al rey ante el cual dobló la rodilla, —señor, la inesperada visita de V. M. no nos permite haceros mas obsequio que el de este ramillete que hemos improvisado y cuyas flores hemos escojido y cortado nosotras mismas. Las damas de vuestra augusta esposa recibirán á singular complacencia que os digneis admitirle como una prenda de su fidelidad y amor á sus soberanos.

—Lo admito gozoso, —dijo Felipe con sequedad. —Gracias, señoras.

Y se quedó parado como queriendo darlas á entender que ya su comision habia terminado.

Entonces Aura se adelantó y presentó el canastillo entero á la reina poniéndoselo en su falda.

—Estas otras flores para vos, mi reina y señora—dijo.

Y añadió en voz baja al inclinarse para besarla la mano:

—Buscad entre las flores el brazalete.

La reina se estremeció. Habia oido perfectamente las palabras de la jóven, pero no acababa de comprender qué misterio era aquel. Sin embargo, obedeciendo á un impulso de su corazon, mejor que al de su voluntad, dijo:

—Os agradezco el regalo, amigas mias.

Y sumerjió su mano en el canastillo como para escoger las flores. Sus dedos tropezaron al momento con la caja del brazalete y sus ojos chispearon. Aquella joya parecia haber sido traida allí por arte de encantamiento. Un recurso le acudió en seguida.

—Señor, —esclamó dirijiéndose al rey, —me permite V. M. que entre un momento en mi tocador para adornarme con estas flores?

Felipe II bajó la cabeza en señal afirmativa.

—Venid, venid, amigas mias; me ayudareis á ponerme hermosa para complacer á S. M. que así lo desea.

Y todas las damas entraron en el tocador tras la reina.

Felipe II permaneció inmóvil en su sitio. No esperó mucho tiempo. A los pocos instantes se le presentó Isabel enteramente transformada; sus me-

jillas lucian sus nubes de rosa, sus ojos brillaban de alegría, sus cabellos estaban adornados con flores, y su brazo—con asombro indescriptible del monarca—ostentaba el rico brazalete de perlas.

—Lo veis?—dijo Isabel á su esposo.—Ahí me teneis que empiezo á obedecer vuestros mandatos. Os parezco hermosa?

—Y ese brazalete?—dijo el monarca señalándole.—No me deciais que se habia perdido la llave del joyel?

—Era que no me acordaba que se la habia dado á guardar á una de mis damas.

—Ah!—murmuró el rey con voz sombría y arrugado ceño.—Con qué ese brazalete lo teniais vos guardado?

—Sí, señor.

—Y no habia salido de vuestras manos?

La reina palideció ligeramente.

—No señor,—murmuró con voz bastante firme.

—Está bien,—dijo el rey;—puesto que el brazalete ha estado siempre en vuestro poder, os felicito por ello.

Y sin decir mas, volvió la espalda y se salió de la estancia.

VIII.

LEAL EN VIDA Y LEAL EN MUERTE.

Durante todo aquel dia y el siguiente, Felipe II no salió de su gabinete y nadie entró en él escepto su ministro Perez y la princesa de Eboli.

La corte entera estaba en alarma. Se habia traslucido algo de cosas misteriosas y escenas terribles que nadie sabia á punto fijo, pero que por lo mismo todo el mundo las contaba. El retiro á que parecia haberse entregado el rey daba mucho que hablar. Todo eran murmullos, cuchicheos, indagaciones.

El capitan de guardias que tenia como arrestado al príncipe, recibió ór-

den de retirarse, y la cámara del jóven Carlos prosiguió lo mismo que anteriormente teniendo fácil acceso para todos sus amigos.

Uno de los que acudieron primero fué el marqués de Poza quien le enteró de todo lo que pasaba.

—Corre un viento de desgracia para mí, pobre amigo mio,—le dijo Cárlos.—Tu amistad para conmigo te perderá.

—Señor, si soy víctima de mi lealtad, me bastará para morir satisfecho el pensamiento de que consagrareis una lágrima á mi memoria.

—Marqués, marqués, eres un corazon noble.

—Hablemos de otra cosa, príncipe mio.

—Dí.

—Es preciso que llevemos á cabo el plan proyectado.

—Crees tú?

—Os lo he aconsejado, y cien veces que se me consulte os lo aconsejaré lo mismo.

—Es verdad, yo me ahogo en esa admósfera de plomo que pesa como una maldicion sobre esta corte. Yo aquí no vivo, no respiro; me falta aire, espacio, aliento. Sucumbo estenuado bajo una mano de hierro que me oprime. Soy muy infeliz, amigo mio!

—Por lo mismo, debeis partir, os espera un cielo puro, os aguarda un crecido número de amigos, os brinda una nacion con su trono.

—Oh! no, eso no, yo nunca iré á Flandes para levantar pendones contra mi padre.

—Y bien, aun cuando sea así, partid, señor, partid. Fugaos de esta carcel en que vivis aherrojado.

—Quien debe partir eres tú, marqués; acaso en este momento mismo se aguzan los puñales que deben ser asestados contra tu corazon.

—Señor, yo no partiré jamás como vos os quedeis aquí. Mi suerte será la vuestra. Os he consagrado mi brazo y mi vida. Si alzais pendones en Flandes, yo gritaré mas alto que nadie: Viva el rey Cárlos! Si aquí permaneceis, aquí permanezco; y, por fin, si me toca morir, si así está decretado por el cielo, moriré á vuestros piés, partiendo entre vos y mi amada mi último suspiro y mi último pensamiento.

—Marqués, está dicho, partiremos. Iremos lejos, muy lejos, donde no pueda alcanzarnos la cólera de mi padre, donde yo pueda vivir tranquilo, entregado todo entero al amor inestinguible que arderá constante en mi corazon, como constante ardia el fuego profano de Vesta en los idólatras

templos. Escribiré por última vez á esa muger, la diré todo el tesoro de recuerdos que llevo, todo el porvenir de agonia que me espera, y me iré á encerrar para siempre, con su imagen en mi corazon, en el fondo de un desierto.

—Escribidle pues, y fijemos á mañana nuestra marcha. Yo no veo seguridad para vos en la corte. Ayer os arrestaron, mañana pueden arrojaros en el fondo de un calabozo por mas príncipe que seais, y otro dia, otro dia quizá....

— Pueden asesinarme.

—Yo no queria decir tanto, señor.

— Pero lo digo yo.

El marqués se calló.

—Oye, marqués,—dijo tristemente Cárlos.—Quién se encargará de mi carta?

—Yo, señor.

—Tú! no puede ser.

— Porqué?

—Desgraciado! te siguen los pasos, no me cabe duda, te espian, y, créelo, te matarian antes de llegar á los piés de la reina. Se ha descorrido el velo, la imprudencia de tu amada ha puesto en evidencia tus nocturnas entrevistas con ella..... Es imposible, marqués, es imposible! Acaso no esperan otra cosa que verte acercar á la puerta del jardin para arrojar sobre tí sus pagados asesinos.

—Señor, el marqués de Poza tiene sangre de héroes en sus venas, lleva un nombre esclarecido en cien hazañas, y no puede sucumbir miserablemente como un cualquiera, bajo el puñal de un asesino. Nadie mas que yo será vuestro mensagero. Ni teneis á otro á quién fiar secreto de tal importancia, ni cabe en mí retroceder ahora que hay peligro. La carta llegará, señor, yo os lo fio.

—Marqués, reflexiona.....

—Todos los asesinos del mundo no me impedirian llegar hasta la reina. Podré llegar moribundo, pero llegaré, señor.

—Marqués, por Dios!

—Dadme la carta, príncipe!

—Amigo mio!

—Príncipe, os lo pido como el premio que puedan merecer mis servicios. Encargadme de vuestro mensaje.

El príncipe se calló y acercándose á su escritorio escribió cuatro líneas solas. En seguida, alargando la carta al marqués,

—Dios proteja, —dijo— al mensajero que camina á la muerte!

—La carta llegará, os lo he dicho, —repitió el de Poza con firme acento, guardando el papel en su cinturon.

Cárlos abrió sus brazos al caballero que se precipitó en ellos con la efusion y la ternura de un amigo

Aquella noche misma, cuando ya las sombras hacia rato que descansaban sobre el mundo, el de Poza se envolvió en su ferreruelo, empuñó la espada con la mano derecha y con la izquierda su daga, escondiendo entrambas armas bajo los pliegues del embozo, y tranquilamente, con paso firme, con sereno continente, se internó por las calles de árboles que dirijian á la cerca de que estaba rodeada como una fortaleza la habitacion y parque de la reina.

Cerca estaba ya de la puerta y se disponia á buscar la llave en su cinto, cuando le pareció observar un bulto que se movia junto á un olmo. Sin embargo, como la noche estaba oscura y no hacia luna, el de Poza no pudo asegurarse bien.

Detúvose no obstante y preguntó en voz alta:

—Quién va?

El silencio mas profundo le contestó. Ni el menor soplo de aire agitaba las cabelleras de los árboles. Todo parecia muerto, sumerjido todo en la profunda oscuridad que envolvia la tierra cual si fuera un vasto sudario; solo en frente de él y á sus lados veia vagamente el marqués delinearse los agigantados olmos que parecian espectros con sus brazos inmóviles elevados al cielo.

Viendo que no recibia contestacion, el de Poza se decidió á seguir adelante. Pocos pasos le faltaban para llegar á la puerta. Cojió la daga entre los dientes, pasó su espada á la mano izquierda y con la derecha tomó la llave que debia facilitarle la entrada.

Sin estorbo ninguno llegó á la puerta y ya empezaba á dar gracias á Dios, cuando le pareció oir un estraño ruido á su lado. Volvióse y en el acto mismo vió una mano armada de un puñal desprenderse sobre él, pero dispuesto y prevenido como estaba, pudo librarse recibiendo la puñalada en los pliegues de su ferreruelo. Inmediatamente empuñó su espada y describió un círculo tropezando en seguida con un cuerpo. Un ay ahogado y el golpe de una caida le probaron que no habia dado en vago.

Cinco ó seis bultos se irguieron entonces ante él apareciendo de pronto como vomitados por la tierra. El de Poza apoyó sus espaldas en la puerta y empezó el combate. Al propio tiempo que se defendia como un héroe, nues-

tro jóven caballero hacia violentos esfuerzos para con su mano izquierda dar vuelta á la llave que tenia ya en la cerradura.

Los asesinos atacaban con vigor y con energía; el dé Poza se defendia con valor, y varios ayes ahogados respondian del éxito de su espada. Los aceros se cruzaban, resbalaban, se ligaban, arrojaban chispas en medio de las sombras. Era un combate encarnizado, á todo trance, tanto mas horroroso cuanto que las tinieblas no permitian verse y calcular en unos ni otros el grado de resistencia que alcanzar podia cada cual.

De repente, el de Poza sintió el frio de un hierro penetrar en su pecho, pero de sus labios no se escapó ni el menor gemido. Era la suya un alma verdaderamente espartana. Aun recibió otra herida en el brazo y conoció por fin que, si aquello continuaba, las fuerzas no tardarian en agotársele. Cada vez luchaba con menos vigor, con mas flojedad, con menos ímpetu. Era que su herida del pecho iba vertiendo sangre, sangre en abundancia y apenas lo advertia en el calor del combate.

Su desfallecimiento se lo indicó pronto, y entonces fué cuando hizo un violento esfuerzo para abrir la puerta. Consiguiólo afortunadamente en el instante en que otra herida iba á unirse á las dos primeras. El marqués lanzó un grito entonces, pero ya la puertecita le abria paso y volvia á cerrarse en seguida interponiéndose entre la víctima y los asesinos. Luego que el de Poza hubo cerrado la puerta, vaciló y cayó con una rodilla en tierra escapándosele la espada de las manos. Las fuerzas le faltaban, no podia mas, habia perdido sangre en abundancia.

—Soy muerto, —murmuró—pero no importa, he dicho que llegaria, llegaré.

Desesperado fué el esfuerzo que hizo. Empezó á andar medio arrastrándose, regando con su sangre el camino, cayéndose á cada momento.

—Dios mio! Dios mio! —balbuceaba—cuatro minutos de vida! Solo cuatro!

Pudo por fin llegar á la puerta del pabellon entornada como siempre y empujándola, entró en el vestíbulo iluminado con una lámpara, llamando con voz ahogada á la reina. Esta salia en aquel momento, acudiendo al rumor de espadas que le habia parecido oir en el jardin.

Júzgese de su asombro y terror cuando vió medio tendido en el suelo á un hombre cubierto de sangre. Sus cabellos se erizaron, sus rodillas flaquearon, su rostro palideció.

—Reina, reina mia! —le gritó el moribundo marqués.

—Justicia de Dios! el marqués!

Y la reina se arrojó hácia él.

—Tomad, —balbuceó el de Poza dándole la carta —es del príncipe.... decidle á él y á mi Aura..... que..... que..... muero pensando.... en.... ellos.

Y el de Poza rodó exánime á los piés de Isabel.

Esta se levantó horrorizada, tanto, que la carta del príncipe se desprendió de su mano y fué á caer en el suelo á pocos pasos.

En aquel mismo momento, eternidad celeste! otro hombre penetraba en el vestíbulo como vomitado allí por la fatalidad, otro hombre se adelantó pausado y, sin hacer caso del cadáver ni tampoco de la reina, á los ojos atónitos y fijos de esta, que pareció sobrecojida de un pasmo, recojió del suelo la carta que se habia deslizado de la mano trémula de Isabel.

Este hombre era Felipe II.

La reina inmóvil, inerte casi, pasmada, le vió desdoblar el billete, recorrerlo con su fria mirada, no fruncir siquiera el gesto á su lectura y en seguida salir, llevándose el papel, mudo como habia entrado, solemne como una estátua que hubiese abandonado la tapa de un sepulcro y que se volviese á su lecho de piedra.

Por la mañana siguiente, cuando las damas entraron en el pabellon, vieron un cadáver en el suelo y á pocos pasos de él la reina, bañada en la sangre del marqués y respirando apenas.

La noche de dicho mismo dia, los grandes de España se presentaban vestidos de luto en la cámara de Felipe á dar el pésame al monarca por la repentina muerte de su primogénito.

El ataud de Don Cárlos fué depositado en una de las bóvedas del Escorial, el pensamiento de granito laboriosamente trabajado por toda la calenturienta imaginacion del mas poderoso soberano de su tiempo.

El primer féretro que entró en el regio panteon despues de aquel, tenia bordada en oro esta inscripcion sobre la tapa del terciopelo negro: *Isabel de Francia, reina de España.*

En cuanto á la pobre Aura de Villa Medina habia ido á pedir una celda y un tosco hábito á las hermanas benedictinas de la corte.

Tales son las leyendas que recogí en el Escorial.





La reina se precipitó hacia él

LA CARTUJA DE GRANADA.

(ANDALUCÍA.)

I.

EL ALCAIDE DE LOS DONCELES. (1)

HERMOSO es un dia que despierta!

Las sombras encubrian todavía los campos pero las estrellas empezaban á palidecer.

Una luz blanca apareció estendiéndose como una gasa sobre un paño mortuorio y las estrellas se escondieron bajo un manto de ópalo.

Todo empezó á tomar forma y las formas se destacaron de las sombras.

La aurora mojó con lágrimas de alegría las hojas de las flores que en sus blancos pétalos quedaron largo tiempo como crista-

(1) Para escribir lo que va á leerse hemos recurrido mas de una vez a distinguido escritor granadino Don J. Jimenez Serrano que ha dedicado varios curiosos y notables

lizadas gotas. Las flores al sentir humedecidos sus cálices con estas lágrimas, balancearon coquetamente su cabeza para saludar á la aurora.

Vióse entonces como numerosos grupos de nubes, de blanca y diáfana vestidura, de ondulantes gasas y flotantes cintas, se ruborizaban y teñian su faz del mas vivo encarnado corriendo á buscar un refugio en las montañas para ocultarse á las miradas del sol, precisamente como un grupo de púdicas ninfas sorprendidas por indiscreta mirada.

Desarrollando su cinturon de murallas prendido como con broches por sus mil treinta torres; posada, como la metrópoli cristiana, sobre siete colinas; bañados los piés por las corrientes de plata del Genil y del Darro; refrescada la frente por las brisas perfumadas que habian robado sus aromas á las rosas del Generalife y sus emanaciones á las estancias de la Alhambra; Granada, la Sion española, empezó á despertarse perezosamente al son de sus fuentes cayendo en sus conchas de mármol, al susurro de sus alamedas que agitaban sus sueltas cabelleras, á los trinos de sus parleros ruiseñores, que, ocultos en la enramada, saludaban con himnos de alegría los purpúreos rayos de un sol naciente.

Un caballero armado de todas armas asistia desde la cima del cerro de Dinadamar al despertar de la morisca Granada.

Vestia una riquísima y brillante armadura, coronando su morrion un airoso penacho de desmayadas plumas azules, á sus piés yacian una formidable lanza y un pesado escudo, y mas allá, insensible á los encantos de la naturaleza, entreteníase un soberbio bruto en lamer los bordes de las piedras y roer las yerbas que brotaban en sus junturas.

El caballero, de pié junto á una robustísima encina, estaba embelesado en contemplar el magnífico panorama que se desplegaba á sus ojos, y alzando la visera de su casco, paseaba dulcemente la mirada por las cuarenta mil casas que estendia á sus plantas la árabe villa que por la vez primera veía.

El corazon se le henchia de júbilo y de tristeza á un mismo tiempo y sus labios murmuraban:

—Salud, ciudad querida, salud! Cuándo será que al nacer el sol alum-

artículos á esta célebre Cartuja. En ellos como en todas las obras de este jóven, se ve madurez, riqueza de datos, imaginacion y elegancia. Por lo mismo, ya que era así, ya que nos habia precedido en la descripcion de los monumentos de su bella y envidiada patria, nosotros hemos creido que seria mejor calcar, si así puede decirse, nuestros artículos de la Cartuja sobre los suyos. De este modo lo hemos hecho, y creemos haberlo hecho bien, en obsequio de nuestros suscritores y del mismo Señor Jimenez Serrano.

bre, penacho de tus torres, el pendon cristiano dando á los aires sus orgullosos pliegues! cuándo será que abras tus puertas á los guerreros famosos que hoy te asedian! cuándo será que nuestras bellas castellanas paseen las alamedas de tus jardines, gozando la sombra, el reposo y la frescura con que hoy brindas á las favoritas de los infieles! Morisca Granada, yo te saludo, y hago voto en mi corazon y ante Dios que me oye que cuando trueques tu nombre en el de Granada cristiana, he de levantar en este mismo sitio un monasterio para que me recuerde el dia que desde aquí he estendido los brazos hácia tí, ciudad querida, y te he dicho: —Espérame, allá voy, Granada! nadie mas que yo te librará de los hierros que te oprimen y de las plantas infieles que te huellan y te manchan!

Y el caballero se calló continuando con sus ojos fijos en Granada, como fijos los tiene el amante en la muger adorada que divisa desde lejos pero á la cual no le es permitido acercarse para, loco de amor, estrecharla en sus brazos. Todo lo recorria su vista. Ya se detenia en las cuatro ciudadelas que entonces fortalecian la poblacion, ya se fijaba en la Alhambra, palacio portentoso que parecia construido al golpe junto de todas las májicas varitas de las hadas; ya era el Generalife con sus muros cincelados como abanicos de marfil, con sus miradores alumbrados por arcadas en ojiva, con sus verjeles sombríos y misteriosos convidando al amor, el que su atencion cautivaba; ya era el gigante llamado *Torre del sol,* ó la *Alcazaba bermeja*, nido de águilas, ó el Albaicin con sus cúpulas rubicundas, lo que atraia sus miradas. El caballero estaba absorto y como embelesado, y mas de una vez le sucedió, en el interior entusiasmo de su alma, estender sus brazos como si fuera aquella ciudad una hermosa á la que podia estrechar contra su corazon.

Distraido con sus pensamientos el caballero cristiano, no reparó que habia sido visto por un grupo de fieros Zenetes desde el sombrío barrio de estos, cuyas casas esparcidas por la falda de la colina donde se dibujaba la Alcazaba Cadima, parecian una bandada de osos rojos echados á los piés de un mónstruo.

Lo mismo fué ver los Zenetes al cristiano en cuya bruñida armadura se estrellaban en chispas de colores los rayos del sol naciente, que, armándose á toda prisa, empezaron á trepar como fieras alimañas por los costados del cerro en direccion á la encina.

No advirtió aquella maniobra el absorto caballero, que solo volvió en sí de su distraccion y notó los enemigos que se le acercaban, cuando tres

lanzas arrojadizas vinieron una á resbalar en su armadura y las otras dos á clavarse en el tronco de la encina, mientras que su caballo se levantaba de manos, daba dos ó tres vueltas sobre sí mismo é iba, arrojando un caño de sangre por el pecho, á caer ante su amo como si quisiera con su cuerpo protejerle. Habian arrojado contra el noble bruto un lanzon que, dándole en el pecho, produjo una muerte instantánea.

Violentamente arrancado á su contemplacion el caballero, volvió los ojos en torno suyo sin miedo, sin asombro, sin moverse, como si hubiese echado su armadura raices de hierro en aquel punto, y se enteró de todo lo que pasaba.

Un grupo de Zenetes subia por la parte mas escarpada del cerro, mientras que tres ó cuatro ginetes moros se adelantaban por la cuesta blandiendo sus alfanjes y lanzando sus gritos ó mejor sus rujidos de: *Alá acbhar! Alá acbhar!* Hízose bien cargo el caballero, con una rapidez de reflexion asombrosa, del peligro que corria, del ataque que podia sufrir, del número de sus contrarios, de su posicion altamente favorable para la defensa, y embrazando su escudo y su lanza, bajó su visera, atravesó delantero el cadáver de su fiel caballo y enclavó sus espaldas robustas en el tronco de la encina junto á la cual se hallaba. Hechos estos preparativos aguardó.

Los cuatro ginetes fueron los primeros en llegar á la cima y en arrojarse sobre él, pero no tardó el que iba delante en caer de caballo atravesado por la lanza que con inaudita furia le arrojó el caballero. Sus compañeros lanzaron un alarido de rabia y revolvieron sobre el cristiano, pero los tres, uno tras otro, rodaron por el suelo, muertos ó mal heridos sus caballos, á los tajos irresistibles del caballero que al soltar la lanza habia empuñado su pujante espada. Solo dos ginetes se levantarón; el otro quedaba tendido en el suelo, muerto ó aturdido por el golpe que recibiera en la caida.

Ya en esto habian llegado á la cumbre los otros Zenetes que, reuniéndose con los desmontados, se abalanzaron hácia el valiente, anhelosos de cebarse en su sangre. Este les recibió con serenidad y firmeza. Del primer revés de su espada le cortó á uno el brazo y de un tajo le hendió á otro la cabeza.

Acaso en todas sus escaramuzas, en todas sus talas, algaradas y combates, no habian topado jamás los infieles con un guerrero mas valiente y mas cumplido. No habia medio de entrarle. Todos le rodeaban con rugidos;

un bosque de picas, de hierros de lanzones, de filos de alfanges se movia ante él, y él, impasible y sereno, de todo se deshacia y todo lo echaba atrás á un solo tajo de su formidable espada que brillaba en su diestra como un rayo.

Los Zenetes estaban admirados ante aquel valor indomable y aquella resistencia sin ejemplo. Veinte y cinco eran contra un solo hombre, y ocho estaban ya en el suelo cadáveres ó fuera de combate. Parecia increible. Y mas aun cuando á pesar del vigor con que se le atacaba, del esfuerzo con que se defendia, el caballero no parecia ni siquiera fatigado, manejando con indecible soltura su espada que era tan pronto en su mano un dardo, como una pesada maza, como una fuerte lanza. Con todos estaba, todos los golpes paraba, á todos acudia y de todos se burlaba.

Sin embargo, el combate se hacia pesado y llevaba trazas de concluir solo en perjuicio del caballero, pues si bien este peleaba con una bravura sin ejemplo, sus contrarios le tenian acorralado y le ostigaban por todos lados con un furor sin igual. El cristiano se encomendó de todo corazon á la Vírgen á quien renovó la promesa de fundar en aquel sitio un templo si de tan inminente peligro le libertaba, y siguió combatiendo. Pero sus bríos habian cedido un poco y se hallaba desgraciadamente falto del escudo que le habian dividido de un poderoso tajo desguarneciéndole al mismo tiempo parte del hombro: empezaba pues el noble campeon á sentirse fatigado, y en vano era su destreza en las armas y su ánimo sereno, pues que su brazo se negaba ya á menudear los golpes como al principio.

Iba ya irremisiblemente á sucumbir vencido por el número; para mayor contratiempo no pudo evitar que se le diera un poderoso corte en el almete que deshizo su morrion, quedando con la cabeza desnuda. Apareció entonces á los africanos un rostro espresivo y encendido, sombreado por negros cabellos é iluminado por unos ojos ardientes. Uno de los enemigos, traidor renegado, le conoció:

—Gonzalo de Córdoba!—dijo.

Una especie de estremecimiento de terror recorrió como una chispa eléctrica el grupo de africanos.

—Sí, Gonzalo soy de Córdoba, alcaide de los Donceles, vil canalla!—esclamó el caballero con voz vibrante.—Venid á mí todos juntos que alma tengo para todos.

Y adelantando un paso, descargó una terrible cuchillada sobre el renegado que abrió los brazos y que cayó moribundo murmurando el nombre del mismo Dios de quien habia blasfemado.

—A él! — rugieron todos los demás.

Y se precipitaron sobre Gonzalo, que mal lo hubiera pasado sin duda, exhausto como se hallaba de fuerzas, si en aquel momento no se hubiese oido el paso de un caballo que á galope subia el cerro y la voz robusta de un cristiano que gritaba:

—Perro! veinte contra uno!.... A mí, á mí, que soy Pulgar!

Los moros se volvieron hácia el sitio de donde partiera la voz y vieron venir hácia ellos y al galope de su caballo, la visera en alto y blandiendo su pesada lanza, un caballero cristiano que conocieron en efecto por el temible y renombrado Pulgar el de las Hazañas. Un terror pánico se apoderó entonces de todos al hallarse frente á frente con Pulgar y con Gonzalo, los dos caballeros mas temidos del ejército sitiador, y por un movimiento tan natural como irresistible volvieron las espaldas y dieron á huir cerro abajo en direccion á Granada, aun antes que alcanzara á ninguno de ellos la lanza del recien llegado.

Siguió tras ellos Pulgar y aun el mismo Gonzalo, no obstante estar á pié, y dado el alcance hasta las puertas mismas de la ciudad, los dos guerreros se abrazaron con efusion, estrechando el nudo de amistad que ya desde muy antiguo les unia, y regresando al campo de Castilla con los laureles de la victoria.

II.

DESCRIPCION.

Hízose pública la aventura que en el anterior capítulo hemos referido, y el que debia despues ser llamado por los siglos Gran Capitan, título concedido únicamente por la antigüedad á Pompeyo, César y Carlo Magno, vióse colma-

do de felicitaciones, debidas á su valor sin tacha y á su heroismo sin rival. Gonzalo, en medio de los plácemes que le conquistó su bravura, en medio de los azares y contratiempos de la guerra, no olvidó la promesa que hiciera de fundar un monasterio en el sitio desde donde habia visto Granada por vez primera y donde se librara de tan inminente riesgo.

Así es que, entrada ya Granada, trató con el padre Juan de Padilla que allí habia ido desde la cartuja del Paular para fundar una casa y, en cumplimiento de su voto, donole, en noviembre de 1561 el sitio de la promesa que es lo que hoy se llama *Golilla de la Cartuja* y con él las huertas de la Alcudia.

Empezóse la obra. Tres monges vinieron de las Cuevas de Sevilla, pero fueron un dia degollados por los moriscos que se rebelaron y la fábrica quedó abandonada. Gonzalo de Córdoba escribió entonces al Paular para que fundase un poco mas abajo ya que habia peligro en aquella altura y en efecto así se hizo.

El Paular de Segovia comenzó de nuevo la fundacion en 1561 y construyó el monasterio en el sitio que hoy ocupa á la falda del cerro.

La Cartuja de Granada fué poco á poco enriqueciéndose, poco á poco engrandeciéndose. A fines del siglo XVII era ya un monasterio famoso y á principios del siglo XVIII veia completarse sus accesorios adornándose con el claustro, el coro, la sacristía y la fachada esterior.

Pocos puntos de vista célebres pueden igualarse á su sorprendente perspectiva. Es en efecto la suya una situacion encantadora. Cercada se halla de hermosos y corpulentos cipreses que convidan á la meditacion y al recogimiento, mientras que ve crecer y desarrollarse junto á ella muchos y espesos olivares, regados todos por la famosa acequia de Alfacar, que tanto ha dado que hablar á los eruditos. Hállanse no lejos de este monasterio los vestigios del albercon grande de los moros que tenia cuatrocientos pasos en circuito, sus paredes de argamasa que se han convertido ya en piedra con el tiempo, sus murallas de ocho piés de latitud y en cada esquina una torre que en el dia ostentan su bordada vestidura de yerba. Llenábase este albercon del agua de la referida acequia y en él celebraban los moros sus fiestas navales, sus tiros de canoas y esquifes.

Tambien no lejos, á muy pocos pasos, hay las ruinas de un modesto albergue; ruinas por delante de las cuales no debe pasar el viajero sin respetuosamente descubrirse, como el único obsequio que tributar pueda á la

memoria del ilustre Antonio de Nebrija que vivió un dia en aquella solitaria morada.

Por lo demás, el peregrino que á la Cartuja se acercaba, veia alzarse sobre una escalinata anchurosa y elegante la linda portada jónica de mármol ceniciento, trazada por Hermoso, y sobre la cual se veia lucir á larga distancia la estátua de San Bruno, de mármol de Macael, copia de la célebre de Pereira que llamaba un poeta *el monge petrificado* y de la cual se refiere que Felipe IV, para contemplarla á su sabor, tenia prevenido al cochero que llevase al paso los caballos siempre que pasase por delante de la hospedería del Paular — calle de Alcalá — sobre cuya puerta estaba colocada.

Es esta la misma estátua que, si el autor no está mal informado, se guarda hoy en la academia de nobles artes de Madrid.

El claustro grande tiene 76 arcos sostenidos por columnas toscanas, y allí, en aquel vasto espacio, iluminado por lúgubres ojivas, era donde cada monge tenia una habitacion ó celda que con mas propiedad debia llamarse casa, pues se componia de dos pisos, una chimenea, un cuarto con alcoba, otros mas reducidos para ciertos usos domésticos, una fuente y un jardin. El area del patio poblada de arrayanes, de palmeras, de sauces, y de cipreses, era el sagrado campo donde cada uno de los monges cavaba su fosa. Una cruz de hierro señalaba la del último que habia entregado su alma á Dios (1).

Este claustro vióse un dia lleno de pinturas del famoso Sanchez Cotan, lego que residió y murió en este monasterio y que, segun opinion general, dominó la perspectiva cuanto es posible dominarla. Suya era una cruz sencilla, de tan bien fingido artificio, que hasta los inteligentes se engañaban creyéndola de bulto, y en cuyos tres clavos salientes diz que los pájaros engañados iban á pararse, como en otro tiempo iban á picar las uvas del paraiso. De modo que puede decirse de esta cruz lo que de aquella estancia de la Alhambra en la cual se ven pintadas frutas tan naturales, que obligó á Góngora á decir:

Y su cuarto de las frutas
fresco, vistoso, notable,
injuria de los pinceles
de Apeles y de Timantes;
donde tan bien las fingidas
imitan las naturales.

(1) Jimenez Serrano.

que no hay hombre á quien no burlen
ni pájaro á quien no engañen.

Sanchez Cotan, el modesto lego de esta Cartuja, ha dejado un nombre envidiable. Sus mejores obras deben buscarse en la serie de cuadros que pintó de la vida del fundador é historia de su religion en los cuales manifestó dotes que, segun pública opinion, le colocan á la altura de los dos grandes artistas historiadores de la órden, Le-Sueur y Carducho.

Este último se prendó tanto de las obras de Cotan y tanto le dijeron de él, que hizo un viaje á Granada solo para conocer al lego cartujo cuyo maestro pincel le tenia enamorado. Llegado al monasterio, salió á recibir al gran pintor la comunidad entera y cuentan que al punto que entre los demás monjes divisó á Cotan, le conoció sin tener antecedente alguno de su persona; lo cual esplican ciertos biógrafos é historiadores por la relacion que observó Carducho entre el semblante y compostura del modesto lego con el tono y estilo de sus pinturas.

He ahí ahora como el entendido Jimenez Serrano describe la iglesia. Recurrimos á su pluma ésperta porque, testigo presencial, en mejor fuente no podíamos buscar los datos.

«La Iglesia, dice en su *Manual del artista en Granada,* tiene una sola nave y está llena de follajes y adornos churriguerescos; en la capilla mayor se conservan algunos restos de la antigua fábrica que era plateresca y gótica. Muchas obras del arte se encerraban en este recinto que destinaron á Museo los gobernantes cuando la invasion francesa; hoy muy pocas se han salvado de los huracanes de la revolucion, y solo podemos citar siete lienzos de á cuatro varas en el cuerpo alto de la iglesia, pintados por Atanasio Bocanegra y una graciosísima Vírgen del Rosario: dos cuadritos apaisados del Nacimiento de Conrado Giaquinto, cuatro de la Pasion, grandes, y dos en las capillas que están al pié del coro, de Sanchez Cotan. Las puertas del coro son de preciosísima ensambladura y embutidas de concha, nacar y marfil con molduras de ébano. Fueron trabajadas con las demás obras que hay de este género en la sacristía por un lego llamado Fray José Vazquez. La estatua de la Concepcion que hay en el tabèrnáculo de la capilla mayor es de José de Mora. Detrás de este retablo está el Sagrario ó *Sancta Sanctorum,* adornado por nuestro famoso Don Francisco Hurtado Izquierdo.—La cúpula y el grueso del muro del arco que sirve de entrada están pintados al fresco por Don Antonio Palomino ayudado de José Risueño, á quien tanto celebra en su *Museo pictórico:* es de lo me-

jor que hemos visto en este género en Granada. Los seis cuadros que adornan las decoraciones de las paredes son todos de una mano. Las estatuas del tamaño natural que ocupan los cuatro ángulos son de José de Mora y confirman su fundada reputacion. —La Sacristía es una pieza espaciosa y de las mas ricas que pueden verse; pero mas irregular en sus adornos que la iglesia misma. Las puertas menos labradas son como las ya descritas en el coro. Están muy prodigados en el pavimento y en el retablo los mármoles de Lanjaron, de Málaga, Loja y Macael. En el nicho principal del altar hay una estatua de San Bruno de José de Mora. Hace pocos meses (año 1846) que fueron robadas cuatro magníficas cabezas de santos de la órden y entre ellas una de Zurbaran, que eran la admiracion de todos; y solo quedan algunas preciosidades: una Concepcion en cobre de media vara sobre la primera cajonera de la derecha que segun algunos es de Bartolomé Esteban Murillo, aunque no lo sostendremos nosotros: y un Señor de la espiracion en frente y de igual tamaño tambien en cobre que pasa por de Cano, unos relieves góticos, santa Rosalina y la Beata Margarita de Dion sobre las alacenas colaterales á la puerta de buena mano; una Dolorosa y un Eccehomo que atribuyen sin fundamente al divino Morales y varios cuadros muy medianos que representan escenas de la vida de J. C. de Fray Francisco Morales. Las cajoneras y las puertas de las alacenas son de concha, nacar y ébano con primorosos embutidos figurando flores y lazos, los tiradores de plata.»

Hasta aquí Serrano.

Ahora solo nos falta que decir una cosa. Acaso crea el lector que en este magnífico edificio, gozando de una situacion bellísima é inmejorable y con abundantes raudales de agua, se ha establecido un hospital para convalecientes ó sirve para algun objeto de pública utilidad. Si tal ha creido, preciso es que se desengañe. Escepto la iglesia que es hoy parroquia rural, y una pequeña parte del monasterio llamada el claustrillo, todo lo demás ha sido derruido para — vergüenza causa el decirlo! — para aprovechar los materiales.

En efecto, en 1842 su propietario, poco amante por lo visto de las artes, demolió casi toda la parte gótica del edificio y hubiera continuado su obra de devastasion á no ser por un real decreto que espresamente lo prohibió. Por pronto sin embargo que este llegase, ya habian perecido muchos frescos del claustro, obra de Cotan, y con ellos la maravillosa cruz de que hemos hablado. Pérdida fué que eternamente tendrán que lamentar las artes.

III.

EL SACRISTAN DEL ALBAICIN.

Va anexa á la Cartuja de Granada, una tradicion que aquí hemos de contar por lo original y por lo rara, aun cuando ya sobre ella haya escrito el citado Jimenez Serrano con mayor estension y enlace diverso una curiosita novelita ó cuento que con el título de la *Virgen del clavel* publicó en un periódico literario.

Vamos pues al caso.

Era á principios del siglo XVI, cuando poco á poco los cristianos iban doblegando á su poderío el carácter rebelde de los moriscos granadinos, que mal se avenian á ser esclavos en la tierra en que un dia habian sido señores. Los palacios y las casas de Granada veían desaparecer sus bellos adornos orientales, las mezquitas se tornaban en templos al bendecirlas los sacerdotes de un Dios de paz y de justicia, la ciudad entera se rejuvenecia y cobraba nueva vida bajo el manto protector de nuevos príncipes y á la sombra bienhechora de nueva religion.

Existia por entonces ó se construyó en aquella misma época una parroquia llamada de San Cristobal y en ella habia un sacristan como pocos, un mozo que mejor habia nacido para el coleto de ante que para la sotana, y que pudiera acaso haber manejado mejor la espada que el hisopo.

Juan —así se llamaba el mancebo— era de una desenvoltura sin igual, travieso hasta dejárselo de sobra, pendenciero como él solo, buscaruidos como ninguno, charlatan como nadie. Tenia á mas otras circunstancias; re-

quebraba á las doncellas, adulaba á las viejas, cantaba coplas de alma al son de la guitarra, era bebedor por escelencia y jugador por costumbre. Su fama se estendia por todo el Albaicin; respetábanle los jaques, temíanle los humildes, gruñíanle los maridos, maldecianle las madres y sonreíanle las hijas.

Tal era el sacristan de San Cristóbal á quien profesaba el cura singular afecto por ser hijo de una su antigua criada, y de continuo le amonestaba para que dejase su carrera de perdicion, conteniendo no pocas veces sus arranques en bodas y bautizos, pero nada podia la seriedad del buen eclesiástico cuando Juan, sobrado de franqueza, contestaba á sus sermones con una chuscada ó con un cómico dicharacho. Todos los deseos de reprimenda en el cura hacian entonces lugar á la risa provocada por las habladurías del travieso sacristan.

Esto no obstante, nuestro jóven pagaba al ministro del Señor con igual afecto, atendia sus palabras y se hacia cargo de sus razones. He ahí porque siempre prometia la enmienda y siempre con firme propósito de cumplir su promesa se retiraba á sus obligaciones, pero cada vez que veia relucir unos ojos negros á través de una mantilla ó de un manto, ó pasaba por ante la puerta de una taberna, ó le invitaba un amigo á una partida, la tentacion era tan poderosa que el sacristan se dejaba prender, haciendo firme propósito de no volver á pecar. Y asi siempre.

El cura seguia pidiendo por él al Señor y el sacristan endureciéndose cada dia mas con el pecado. Así estaban las cosas cuando sucedió lo que á contar vamos.

Juan tenia observado que el cura, siempre comunicativo con él, se alejaba diariamente á cierta hora permaneciendo ausente buen rato, sin decir á donde iba y aun mas, teniendo prohibido al sacristan acompañarle. El travieso mozo encontró en esta circunstancia objeto para sus cavilaciones y estas fueron tales que le condujeron cierta mañana á seguir al cura de lejos y recatándose para no ser visto.

El eclesiástico entró en una casa de árabe apariencia que habia no lejos de la iglesia de San Cristóbal. Tomó informes, averiguó, indagó y supo por fin que era la casa aquella morada de una jóven morisca de estraordinaria hermosura, huérfana y puesta bajo el amparo del párroco, que iba cada dia á enseñarla los dogmas cristianos por mandato especial del arzobispo.

Fácil le fué comprender entonces el porque el cura huia de que á su

leccion cotidiana le acompañara el aturdido sacristan. Temia sin duda la travesura del mozo y no debian inspirarle mucha confianza los solos diez y seis abriles de la doncella.

—Ola! ola! —se dijo el taimado mozalvete. — Se huye de mí, se me teme, señal es que valgo. Yo veré á la morisca.

Este deseo de ver á la jóven fué arraigándose y creciendo en él á medida que á sus informes se iba contestando que era un portento de hermosura, que era un prodigio de belleza y que no tenia igual su gracejo para los cantos y danzas orientales. Todo esto hablaba muy alto en el corazon de nuestro mozo, así es que era de ver como espiaba de dia la casa buscando un medio para colocarse en ella, y como la rondaba de noche embozado hasta los ojos en su larga y ancha capa.

Una tarde, despues de haber salido el cura, el atrevido Juan, decidido á no esperar ya mas, finjió un pretesto, se presentó en la casa, engañó con socarrona hipocresía á la dueña y penetró en la estancia de la cándida jóven.

Como se las compuso no lo sabe la crónica, pero lo cierto es que el sacristan se salió de la casa muy satisfecho al cabo de buen rato, habiendo prometido á la morisca volver á visitarla y habiendo á ello accedido la incauta doncella.

Vírgen á las impresiones del amor, con sangre africana en sus venas y sola, huérfana, sin apoyo en el mundo, Amina, que así se llamaba, no habia nunca salido del recinto de su casa, no habia nunca pisado las tortuosas calles de la ciudad de sus mayores, ni habia jamás visto mas campo ni tierras que el jardin donde estaban sus hermosas flores y sus estanques llenos de pintados peces. Tierna, inocente, cándida, la pobre criatura no tuvo bien pronto mas pensamientos, ni mas deseos que los que supo inspirarle el travieso sacristan que de dia la tenia absorta hablándola de amores y de noche embelesada cantándola coplas bajo su ventana.

Juan, por su parte, habia modificado sus costumbres, con estrañeza del cura, con admiracion de las mugeres del barrio y con escándalo de todos sus antiguos amigos. Ya no les hacia arrumacos á las muchachas, ni terciaba con las casadas, ni jugaba, ni bebia, ni juraba apenas. Era la suya una verdadera conversion.

El amor de Amina habia obrado aquel milagro.

Entretanto, las relaciones de los jóvenes continuaban sin que el cura lo hubiese sospechado y —cosa verdaderamente singular! — sin que lo hubiesen oido las chismosas comadres del barrio.

Una tarde á eso del anochecer se encontró el sacristan de manos á boca, precisamente en la puerta de una taberna, teatro de sus antiguas locuras, con un muy amigote y camarada suyo de otro tiempo, hombre de pelo en pecho, mal carado y perdonavidas, á quien no habia visto en todo un año por haberse ausentado por esta temporada del pais.

Miráronse un breve instante los dos compañeros y no tardaron en reconocerse.

—Juan!—esclamó el primero el mal carado.

—Relámpago!—contestó el mozo aplicándole el mote con que era conocido entre la gente de vivir airado por la rapidez con que sabia tomar la del rey huyendo de la ronda, siempre que esta le perseguia por alguna fechoría.

—Dame esos brazos, Juanico de mi alma, y déjame apretar contra mi corazon á un antiguo camarada. Por vida de!—prosiguió ahogando casi el jóven entre sus nervudos brazos—Sabes que te has puesto guapo, Juan, y que eres todo un buen mozo! Todavía repicas las campanas? Aun no has colgado la sotana de la puerta de la iglesia y te has ido por ahí á vivir como Dios manda?

—Y tú,—contestóle el mozo—qué te has hecho por esos mundos?

—Historia es la mia larga de contar, pero si quieres, entrémonos en esta honrada casa á apurar un jarro de moscatel y héte de decir cosas que de risa te harán saltar lágrimas como puños.

Y el perdonavidas hizo ademan de entrarse en la taberna.

—Perdóname, Relámpago, pero estoy de prisa.

—Que si quieres! Cómo de prisa! Pues no faltaba mas que rehusases la invitacion de un amigo! No señor, entre voacé á apurar un vaso de lo bueno y deje la prisa para cuando esté mas despacio. Lo primero es lo primero.

—Pero, Relámpago....

—Nada, nada, ó acepta voacé mi convite ó reñimos.

Y cojiendo al jóven por el brazo le hizo entrar á viva fuerza en una sala baja y ahumada donde estaban reunidos hasta una docena y media de bravos bebiendo y hablando desaforadamente junto á unas mesas largas que sostenian algunos cacharros de grosero barro y unos vasos de laton y madera.

Esperaba al sacristan su amada Amina, pero no tuvo mas recurso que seguir á Relámpago y sentarse con él á una mesa para beber á su encuentro y renovar entre vaso y vaso su antiguo compañerismo. Trájoles el tabernero vino

superior é invitó Relámpago á Juan á que hiciera honor á su convite. De bien mala gana y con ceño apuró nuestro mozo el primer vaso oyendo las sandeces de su compañero que sus aventuras le contaba, pero poco á poco, á fuerza de libaciones y de risotadas que en él promovian las hazañas de Relámpago, empezó á ponerse de buen humor y mas comunicativo, hasta llegar, allá sobre el quinto vaso, al punto de ser lo que mucho tiempo hacia no era: un charlatan y un bebedor á todo trance.

Mas de hora y media duró la conversacion entre los dos camaradas. Juan se habia puesto algo alegrillo de cascos y juraba ya y echaba ternos como si jamás hubiese dejado de hacerlo. Sin embargo, habia todavía cierta reserva en él que llamó la atencion de su amigo.

—Pero, francamente, Juanico,—le decia de vez en cuando el mal carado.—Se me imagina que tú no eres el que antes. Tienes penas, lo conozco, y no me las comunicas cuando sabes que ahí tienes á un hombre y á un amigo. Dime, te ha ofendido alguien? Necesitas vengar algun agravio? Dímelo, sacristan, y aquí estoy yo para todo.

—Es una necedad tuya. Nunca he estado tan contento ni mas satisfecho.

—Apostaria á que te duele el corazon!—dijo con un guiño significativo y una estravagante sonrisa Relámpago.

—Algo hay de ello,—contestó Juan con socarronería.

—Eh! no decia yo! Y vamos á ver, cuenta, cuéntame! Quién es la que te roba la calma?

—Una niña como un sol.

—Esto por supuesto. Todas las amadas son soles para sus amantes.

Dado el primer paso, poco cuesta dar el segundo. El sacristan á quien el vino habia puesto de buen humor fué, de palabra en palabra, de frase en frase, de capítulo en capítulo, contándole la historia de sus amores, que su compañero oyó con calma y con seriedad. Cuando hubo terminado, Relámpago bebió un vaso de vino, pasóse la mano por los labios y clavando sus codos en la mesa y colocando su cabeza entre las manos, dijo, mirando de hito en hito al mozo:

—Amigo sacristan, eres un necio!

—Cómo?

—Lo dicho. Te desespera esa muger porque amándote no te recibe nunca á solas?

—Es natural.

—Te enfada porque siempre la has de ver acompañada de la vieja que allí tienen en clase de dueña el señor arzobispo y el cura de tu parroquia?

—Es claro.

—Te incomoda el que no puedas conseguir de ella una cita?

—Es justo.

—Pues bien, róbala.

—Cómo?

—Robándola.

—Pero cómo?

—Nada mas fácil. Aguardas hoy mismo á que esté la gente retirada, á que suenen las doce, tomas una escalera que te alquilará el tabernero, te ciñes una espada, la mia por ejemplo, que baste á protejerte, te vas á su casa, aplicas la escalera á su ventana, haces saltar la celosía, te introduces, la cojes en tus brazos, vuelves á salir con ella y buenas noches.

—Pero, y si grita?

—Que tonto eres! Una muger no grita nunca cuando la roba su amante.

El sacristan se quedó caviloso, y bebió tres ó cuatro vasos uno tras otro como para dar mayor lucidez á su mente.

—No me parece mal pensado!—dijo por fin.

Y siguió bebiendo.

Así se fué pasando la velada. Cuando hacia ya largo rato que habia dado media noche, Juan, que habia colmadamente bebido, ciñóse la espada de ganchos de su compañero, tiróse al hombro una larga escalera que le prestó el dueño de la taberna y despidióse cordialmente de Relámpago á quien dijò, tambaleándose y balbuceando:

—Voy á ser feliz!

—Buena suerte!—le contestó su camarada que aun se quedó en la taberna mano á mano con su cacharro de moscatel.

El sacristan salió dando traspiés y se dirijió á tientas y tropezando hácia la casa de la morisca.

La noche era oscura como boca de lobo, las tinieblas se hacian palpables, el viento silvaba sordamente sumerjiéndose por las tortuosas calles de Granada y aspirábase en sus ráfagas la proximidad de la tempestad. De cuando en cuando, rayos como serpientes de fuego cruzaban por entre las tinieblas y Juan los esperaba ansioso porque servian para alumbrarle en su camino, pero era tan grande la oscuridad y tan espeso el manto de tinieblas, que ni aun con el fulgor de los relámpagos podia dar el mancebo con su ruta.

Llegó por fin á la puerta de casa Amina, despues de haberse perdido cien veces y de haber tardado una hora en el camino que en otra ocasion hubiera empleado seis minutos.

Juan aplicó la escalera á la ventana que le indicó la luz de un relámpago. En seguida dispúsose á subir, pero en aquel momento sintió un fuerte dolor en su cabeza como si se la barrenáran con un hierro encendido, y cerrando sus párpados un instante para dejar pasar aquel agudo dolor, descansó su frente en uno de los peldaños de la escalera, mientras que una completa flojedad y decaimiento recorria todos sus miembros.....

Sintió al poco rato, sin acabar de darse cuenta de ello, que subia la escalera y llegaba hasta la ventana sobre la cual se corria la árabe celosía. Tiró el jóven de ella arrancándola con fuerte puño de sus goznes, y por en medio de las macetas de flores escojidas que despedian suaves emanaciones pudo contemplar una estancia tibiamente iluminada y puesta segun el gusto oriental.

El corazon del osado mancebo palpitó á impulsos de una emocion casi desconocida cuando vió á su jóven amada medio tendida sobre ricos almohadones y oprimiendo con el leve peso de su gracioso cuerpo la bordada seda de los árabes cojines. De un salto salvó la distancia que de ella la separaba. Púsose Amina en pié precipitadamente y al ver á un hombre á su lado, dió un chillido y corrió hácia la puerta. Pero Juan logró detenerla por el vestido, clamando:

—Amina, amor mio, soy yo, yo, tu amante, que vengo para morir de amor á tus piés.

Tranquilizada Amina con aquellas palabras para pronunciar las cuales habia el mancebo buscado su voz mas dulce y penetrante, volvió la cabeza y sonrió á su amante. Juan se acordó entonces de las reflexiones de Relámpago.

—Huyamos, alma mia, — díjole el jóven — huyamos á buscar un sitio donde eternamente podamos amarnos, eternamente gozando de las primicias del amor mas puro.

El sacristan dijo aun muchas mas palabras, con una verbosidad y una dulzura tal, que no comprendia en verdad como se le agolpaban á los labios en tan fluyente raudal. Acabó por fin ciñendo con el brazo el talle de Amina y arrastrándola hácia la ventana, dejándose la jóven llevar como fascinada, como si no pudiera resistirle.

El descenso por la escalera fué fácil. Los dos amantes se hallaron en la

calle bien pronto y empezaron á andar á la ventura. Nada habia previsto el galan, y era la hora tan avanzada, que no sabia en verdad donde ir á ocultarse con la morisca; siguió pues al acaso, y como empezaban á desprenderse del cielo gruesas gotas, el mancebo cubrió cuidadosamente á su amada con los anchos pliegues de su capa. Tomaron nuestros dos héroes por la primera calle que se les presentó al paso y fueron enredándose y perdiéndose en el laberinto de callejuelas y plazuelas de que se veia cruzada entonces Granada.

La lluvia empezó á caer nutrida y abundante, el viento silvaba con furia, el rayo sucedia al rayo y los truenos dejaban oir sin interrupcion sus roncos estampidos. Era una tempestad terrible la que descargaba sobre la ciudad. Amina tenia miedo y el sacristan se daba á todos los diablos.

La cólera de los elementos no manifestaba aplacarse. Cada vez llovia con mas furor, cada vez tronaba con mas ira. Parecia llegado el fin del mundo para Granada. Los piececitos de Amina se ensangrentaban en el camino, apenas podia andar de dolor y de cansancio, y el desaliento la rendia mas que la fatigaba. El sacristan sentia deslizarse por sus mejillas gotas de sudor mas gruesas que las que le arrojaba la lluvia calándole hasta los huesos; padecia por él y por su compañera, y su cérebro ardia como si se lo atenacearan con unas tenazas del infierno.

En esto, la luz de un relámpago le hizo ver que pasaba por delante de las puertas de San Cristóbal, su misma iglesia, de la cual creia estar á una inmensa distancia. Tras tantas vueltas y revueltas, volvia á encontrarse en su barrio y al pié de la torre de su parroquia. Tan estraño caso acabó de turbar y confundir al pobre mancebo.

Al relámpago siguióse un trueno horroroso; Juan se imaginó que el cielo se venia abajo rajándose por cien partes. Las campanas de la torre vibraron como heridas por una maza de hierro.

El raptor creyó ver una sombra que se destacaba de la pared y que le llamaba. Sus facciones se desencajaron, su cabello se erizó, sus piernas se doblaron. Un nuevo relámpago que iluminó los contornos con fatídico y breve resplandor, le hizo conocer la sombra.

Era el cura, que adelantándose y cojiéndole por un brazo le dijo:

—Desventurado, caminas á tu perdicion.

—Soltadme! — contestó el mozo con ademan resuelto.

—Deja á esa jóven, infeliz! Una fascinacion infernal te ofusca. Ven á orar conmigo en el templo, á pedirle á Dios que perdone tus iniquidades.

—Soltadme os digo, — insistió el jóven, — y dejad para otro rato vuestros sermones. Soltadme, ira de Dios!

—No, — esclamó el buen eclesiástico enérgicamente, — no te soltaré hasta que hayas dejado á esa jóven que arrastras contigo á la muerte, raptor infame! no te soltaré hasta que hayas dejado pura y salva á la paloma que estrechas en tus garras, devorador milano!

—Atrás, señor, y dejadme el paso libre! — dijo rujiendo de cólera el mozo.

—En nombre de Dios te impido que vayas adelante, en nombre de Dios te conjuro para que sueltes á esa jóven que quieres hacer presa del diablo!

—Con que no quereis abrirme paso?

—No.

—Pues me lo abriré á pesar vuestro.

Dijo el sacristan, y sacando la daga envió una puñalada derecha al corazon del cura que cayó dando un gemido.

La morisca se desmayó al ver esto escapándose de sus labios un grito agudo, y el cielo, como una maldicion arrojada sobre el asesino, dejó oir en aquel mismo instante el horrendo y profundo estampido de un rimbombante trueno.

El sacristan volvió á envainar su daga tinta en sangre y cojiendo á Amina entre sus nervudos brazos, la levantó como una paja y echó á correr con la velocidad de un ciervo á través de la tormenta que entonces se desencadenaba con mas indómita furia, y cruzando los arroyos de las calles que arrastraban agua á torrentes como si fueran caudalosos rios. De este modo llegó á la cuesta del Chapiz y entonces, guiado por la voz del torrente que gruñía en la hondanada, adelantóse cada vez mas veloz hasta la orilla del Darro que llevaba negras moles de agua como preñadas nubes.

Ofreciósele al paso un puente de troncos que servia de pasadera y entró sin vacilar por él, levantando en alto á la morisca como en señal de triunfo, pues que conocia ya el terreno que pisaba. Dió con firmeza los primeros pasos por el puente, pero á poco tropezó, fué rodando un breve espacio y su amante carga se escapó de sus brazos.

Una blasfemia salió de los labios del sacristan al ver á Amina que se despeñaba y él tras ella.

—Vírgen María! — murmuró la jóven, vuelta en sí de su desmayo.

En aquel momento iluminóse el espacio con súbita claridad y un ángel rasgando el viento sostuvo á la jóven en sus brazos, batiendo las alas y elevándose con ella hácia el cielo en medio de un luminoso y aromático vapor.

El sacristan, estático con aquella aparicion, asióse de la orla de la brillante vestidura del celeste mensajero y creyóse salvo, pero una figura negra que arrojaba llamas por los ojos y azufrado fetor por la boca, se presentó súbito tras de él, le cojió por los cabellos y le empujó al abismo de una hercúlea puñada que descargó en sus espaldas.

El sacristan se sentia caer, caer, ya tocaba las encrespadas ondas, ya iba á sumergirse. . . . .
. . . .

Despertó en esto el enamorado galan y se halló á la puerta de la casa de Amina, recostado sobre la escalera que habia aplicado á la ventana y por la que habia intentado subir.

Todo habia sido un sueño.

Juan se pasó la mano por la frente bañada de sudor y volvió los ojos en todas direcciones como un hombre que duda si está loco.

El alba asomaba riente sobre un cielo límpido y despejado, vistiendo con su luz galana las calles y las casas y una brisa fresca enviaba á todos lados, como saludos amistosos, sus matinales y perfumadas aspiraciones. Al mismo tiempo, oyóse ruido en la ventana, abrióse la celosía y un puñado de claveles cayó á los piés del jóven. Era el regalo que diariamente le hacia la morisca cuando, al despuntar del alba, pasaba siempre por delante de su mansion para ir á abrir el templo.

El sacristan para asegurarse de que no estaba loco dió algunos pasos y vió venir hácia él al cura que le reprendió mas amargamente que otras veces por haber pasado la noche fuera de casa. Juan oyó con la cabeza baja las observaciones de aquel á quien poco antes habia creido ver caer exánime á sus piés, de una puñalada aplicada en mitad del cora zon.

Siguió como alelado al eclesiástico, entró con él en la casa del Señor, encaramóse á la torre á dar los acompasados golpes que convocaban á los fieles, preparó el recado, ayudó al cura con una devocion como nunca en la celebracion del oficio divino, y, terminado, se postró á sus piés y con lágrimas en los ojos pidió al honrado eclesiástico que le oyera en confesion general, suplicándole despues que le concediera permiso para entrar



Un angel rasgando el viento la sostuvo en sus brazos.

en la órden cartujana del Paular que fundaba en Granada á espensas del gran capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba, alcaide de los Donceles.

En efecto, al dia siguiente el travieso sacristan se despedia del cura é iba á llamar á las puertas de la Cartuja que para siempre se cerraban tras él.

La jóven morisca, que supo el sueño de su amante, se bautizó á poco con el nombre de María y entraba tambien en el convento de monjas de Santa Isabel.

Los dos amantes se entregaron al Señor y no pensaron jamás en el mundo, pero en el barrio ha quedado noticia hasta el presente de su historia y del sueño portentoso, y para escitar los miedos de una vieja basta preguntarle por *el sacristan del Albaicin*.

Tal es la tradicion que ha desenterrado y hecho pública la pluma del jóven escritor citado al comienzo de estos artículos, tradicion que he contado apartándome en todo lo posible del giro que le ha dado el Señor Jimenez Serrano, pero que indudablemente no habré sabido referir con la riqueza de detalles con que él en su *Vírgen del Clavel* lo ha hecho.



SAN MILLAN DE LA COGULLA.

(RIOJA.)

I.

LA TEBAIDA ESPAÑOLA.

Es grande el espectáculo que ofrece la Iglesia en sus primeros años, cuando empezó á echar raíces en la arena del desierto el árbol colosal de la vida monástica que debia estender pobladas y fructíferas sus ramas, que debia desarrollarse prodigiosamente, que debia crecer cada dia con mas jugo, mas pompa y mas orgullo.

Una nueva civilizacion brillaba con májicos y deslumbrantes resplandores, ahogando entre los torrentes de su luz pura y vivísima los restos de otra vetusta civilizacion que se desmoronaba como el edificio herido por el rayo. La palabra de los apóstoles

infundía la fé; la cruz se cernia sobre los templos y las termas; los neófitos se agrupaban para recojer la palma del martirio.

El Olimpo se estremecia ante aquella revolucion empezada en un establo de la Judea, y todo ese fabuloso ejército de fantásticas divinidades, de que orgullosos y soberbios se hacian descender los emperadores, empezaba á replegarse y á desaparecer junto con los maravillosos cuentos forjados por los poetas, ante la desnudez del Niño tiritando de frio en el pesebre, ante el espíritu divino refujiado en las catacumbas y sembrando en las entrañas de la tierra la semilla del oro que debia al brotar producir tan maravillosos frutos.

Desde el siglo primero de la Iglesia cuenta la España sus mártires, pero no así sus conventos. No obstante esta prioridad en el campo de las creencias, no obstante la auréola de gloria con que se envolvia á los que se consagraban á la nueva Iglesia y á las nuevas doctrinas, no se conoció en el territorio hoy ocupado por la España monasterio alguno durante los cuatro primeros siglos de Jesucristo. Los hombres que, guiados por la fé, entraban en el camino de la vida contemplativa, las mugeres que hacian voto de castidad en manos del obispo, pasaban la vida en sus propias casas ó reunidos todo lo mas en las de los eclesiásticos ancianos.

Pero esta vida de contemplacion y de intimidad con los pensamientos sagrados que fecundaban el alma, se veia á menudo turbada por la agitacion con que parecia querer arrojar sus restos la espantosa corrupcion del imperio romano. Los neófitos y conversos, aunque fortalecidos por la influencia verdaderamente mágica del Evangelio, aunque henchidos de su entusiasta y primitivo fervor, sin embargo no podian soportar entre su contemplacion espiritual el mundo que les rodeaba y menos aun los espectáculos impuros y las profanas fiestas que patronizaba á sus ojos una religion impía.

Cada dia nuevos motivos les impelian á protestar contra la relajacion de costumbres que se habia apoderado de la sociedad. Ya eran los juegos sangrientos y repugnantes del Circo, ya las impúdicas representaciones de los coliseos, ya las obcenas danzas de las voluptuosas bailarinas de la Bética (hoy Andalucía), ya las orjías en que las bacantes sacerdotisas se presentaban medio desnudas, con pieles de tigre á manera de bandas, las sienes coronadas de yedra, los ojos delirantes, el tirso en la mano y lanzando las triunfantes aclamaciones de una embriaguez salvaje.

Estos escesos de un imperio moribundo y que caia ahogado entre el desórden de la crápula, motivaron la severidad de los concilios y fueron causa

de que tratasen de abandonar el mundo y pensasen en retirarse á los desiertos todos los que comprendian que sobre una sábana de arena, en el hueco de una roca, bajo el amparo de una cruz solitaria, estarian mas en contacto con el Dios de la verdad y la justicia y podrian, en frecuentes conversaciones del alma con el cielo, mejor recibirlo, mejor comprenderlo y mejor adorarlo. Sí, en el fondo de las grutas desiertas, en lo mas profundo de cavernas inaccesibles, en lo alto de piramidales rocas, es donde fueron á gozar muchos corazones inspirados las delicias inefables de los sublimes éxtasis y de los poéticos arrobamientos; labráronse una modesta vivienda donde pasar y terminar sus dias, y oraron sin cesar, de rodillas sobre el duro suelo, sobre el suelo del desierto vírgen y no contaminado por pecadores espectáculos.

Entonces la España cristiana tiene tambien su Tebaida. Los montes de la Rioja ofrecen un asilo seguro; puéblanse de penitentes anacoretas las ásperas é incultas sierras que sirven de límite á la ribera del Ebro; la fé funda una colonia entera en el desierto, y allí donde todo está mudo, donde no se oye mas que el silvido del viento rasgándose en los picos informes de las desnudas rocas, de aquí en adelante se verá poblado por el entusiasmo religioso, por una cohorte de ascéticos solitarios que labrarán sus humildes celdillas al compás de sus himnos místicos, y que con su oracion contínua, con su fé, con su resignacion, con su trabajo, con su ciencia, con su palma de mártires y su auréola de santos, darán principio, como los antiguos moradores de los desiertos egipcios, á la historia monástica de la Iglesia Española.

La España cuenta con orgullo una Tebaida en los anales primitivos de su crónica religiosa. Y si allí, sobre la abrasada arena del desierto lejano, alimentándose con raices, durmiendo en la ceniza y en la paja, mortificándose con el cilicio y triunfando con el martirio, aparecen las figuras esplendentes de los Pablos, de los Antonios, de los Pacomios y los Macarios; aquí, en nuestra propia Tebaida, santos y anacoretas, héroes y mártires, se presentan al estudio y á la meditacion las colosales figuras de los Feliz, de los Emilianos, de los Prudencios y los Fructuosos.

Acerquémonos á sus moradas, nosotros que somos creyentes y pensadores; busquemos las sendas que sus pasos han trillado en las rocas, y lleguémonos á los chozas de donde cada mañana y cada tarde parte el ruido de la campanilla que se une con la de otra celda, de otra gruta, ó de otra caverna, para juntas elevarse á Dios como el suspiro de la oracion, pa-

ra juntas entonar un himno en apacible coro y mística armonía, para juntas perderse en el espacio como un querubin se pierde entre las nubes, mientras que su eco, aquel eco llegado del desierto, va á sorprender como un incomprensible remordimiento á los profanos que se entregan á sus degradantes saturnales y á sus lúbricas danzas bajo los arcos corintios del templo de Isis ó al borde de la marmórea piscina dónde Venus invita con el baño á las sensuales bailarinas.

Acerquémonos pues y llamemos á la primera choza.

—Salud, anciano venerable! vuestro tranquilo rostro, vuestra mirada en la que luce todo el fuego del fervor cristiano, vuestra majestuosa barba blanca, todo indica que la bendicion de Dios ha caido sobre vuestra frente. Quien sois, anciano?

—Me llamo Felix, soy natural del castillo de Bilibio (1) del que he sido párroco y heme retirado á las crestas de estos empinados montes para amar á Dios en la soledad, que es donde Dios es mas grande.

—Y vivís solo, anciano?

—Solo con el espíritu divino que me acompaña, con el amor sagrado que me alienta y que hace brotar en torno mio tan sin número de inefables goces debidos á la oracion y á la penitencia, que tentado estoy á esclamar como el santo cenobita en lo mas crudo de sus mortificaciones: Dios mio, si no moderais mi alegría, voy á morir á fuerza de dulzuras.

—Sois grande, anciano! Porqué no teneis discípulos? porque no amamantais y nutrís con vuestras sanas ideas los corazones de los que jóvenes pueden verse estraviados un dia por el espíritu tentador?

—Lo hago ya así. Algunas veces suben hasta el umbral de mi gruta varias gentes piadosas que, pobre y humilde como soy, me han escojido para su director espiritual y piden á mis labios lecciones, cuando ay! no les puedo dar mas que consejos. Mis palabras son gratas á mis discípulos y entre ellos uno me escucha con fervor y entusiasmo siempre creciente, y muchas veces me ha pedido ya con lágrimas en los ojos partir mi morada y mi soledad. Es un pobre pastor llamado Millan. Si el cielo se digna conservarle en esta via, Millan será bendito y santo. Nadie como él comprende lo que encierra de dicha, de felicidad, de encantos el amor al Padre comun de todas las cosas. Muchas veces me sucede reunir á mis discípulos amados en semicírculo y puesto yo en el centro les refiero y narro todo lo que sufrieron y padecieron nuestros padres en el desierto egipcio, allá, en aque-

(1) Hoy villa de Haro.

llas llanuras quemadas por el sol y sin mas fresco que el de unos vientos que parecen llevar fuego en sus entrañas. Para hacerles fuertes y sufridos, para darles la serenidad que necesitan en la persecucion, les infundo el ejemplo con el mismo ejemplo, les hablo de los mártires, les cuento la crueldad de los suplicios. Les digo como á los unos les rasgaban la carne con uñas de hierro, como á los otros les quemaban vivos; como á los unos les cortaban sus miembros á hachazos, como á los otros les suspendian por los piés y les ahogaban aproximándoles un fuego lento; les esplico en fin de qué manera les truncaban á unos la cabeza, y de que modo eran otros atados por los piés á las ramas de árboles encorvados con anticipacion por medio de máquinas, para que fuesen desunidos y despedazados sus miembros así que los troncos volviesen á tomar su natural estado, libres de las ligaduras que les comprimieran. Al oirme, lloran, sollozan y ofrecen seguir el ejemplo de los mártires piadosos que han regado con sangre el camino que les insto á continuar. Les digo que si son en el mundo poderosos y magnates, abandonen cuanto posean para ir en el estrecho circuito de una roca á ejercitar la humildad, la resignacion y la paciencia; que si han sido ricos, olviden los goces de la opulencia y vivan del trabajo de sus manos y del sudor de su frente; que si han llevado ricas vestiduras, se cubran con toscos y penitentes sayales; que si han sido orgullosos, sean en adelante humildes; y en fin que si han sido sabios, lleguen á hacerse ignorantes para comprender mejor el espíritu verdadero de la gran imajen divina. Entonces, cuando les veo á todos pendientes de mi voz y de mis palabras, les cuento sencillamente el caso de San Macario, les digo como un dia muchos neófitos de Alejandría fueron á llamar á las puertas de Macario, queriendo ser sus discípulos, queriendo practicar con él todas las santas austeridades de la vida monástica. El anacoreta les miró uno á uno, les examinó á todos y en seguida: Voy á daros mi primera leccion,—les dijo. Salió con ellos y los llevó á un cementerio donde estaban unos cadáveres que á enterrar iban.—Injuriad á estos cadáveres, les dijo. Los cristianos le obedecieron y se pusieron á denostar á los muertos! —Dirijidles ahora alabanzas, les volvió á decir el solitario. Los cristianos se pusieron á elogiar á los muertos que injuriado habian.—Que os han contestado? preguntó San Macario á los neófitos.— Nada, no se dignan contestar ni á nuestras injurias ni á nuestras alabanzas, le respondieron. —Pues bien, replicó el inspirado cenobita, vosotros que vais á morir para el mundo á fin de resucitar en Jesucristo, no olvideis nunca que el pol-

vo no responde jamás ni á las alabanzas ni á los improperios. Por lo mismo, si la sed y el hambre os atormentan, permaneced muertos. Si los hombres os persiguen ú os halagan permaneced muertos. Si la fortuna os sonrie ó la ambicion os atormenta, muertos. Si la multitud os aplaude ú os injuria, muertos. Si os aflije la persecucion ú os corona el triunfo, muertos, siempre muertos!

Y cuando les he contado lo sucedido á Macario, me arrodillo y rezo, todos se arrodillan y rezan conmigo y juntos elevamos un coro de gracias y de alabanza al Dios y Señor de todo lo criado.

—Adios, anciano! Sois virtuoso y grande. Dios os reservará un lugar en el cielo que ocupa y os beatificarán los hombres para que con la auréola de santo pase vuestro nombre á las edades.

Y ha sido. Aun hoy el pueblo de Haro venera á San Feliz como patrono y se conserva en la cordillera de montañas que hay á poca distancia de esta poblacion al otro lado del rio Ebro el lugar donde se retiró para hacer cruda penitencia entre las asperezas. Aquí es donde hubo despues otra parroquia con su advocacion, la de San Felices de Abalos, que hoy se conserva sobre un alto á poco menos de un cuarto de hora de este último pueblo (1). Es un precioso monumento bizantino de que tan pocos se conservan en España, como no sea en Cataluña la cual guarda esparcidos algunos entre sus montañas, como perlas todavía engastadas en sus conchas.

San Feliz tuvo muchos discípulos, entre ellos Millan ó Emiliano el pastor de ganado que tan ardientemente oía sus lecciones y eficazmente se aprovechaba de sus consejos. Natural de la villa de Berceo, que jamás hubiera sonado en la historia á no ser cuna de tan humilde mancebo, llegó á ser andando el tiempo el célebre San Millan de la Cogulla por la escelencia de su vida eremitica, por la fundacion del monasterio —de que luego se hablará— y por la antigua tradicion de haber sido quien anduvo por los aires matando infieles en la batalla de Simancas en compañía del apostol Santiago (2).

Millan apacentó sus rebaños hásta la edad de 19 años en que no pudiendo resistir por mas tiempo al impulso de su corazon y atraido por las virtudes de San Feliz, fué á pasar algunos años en el yermo en compañía de su venerable maestro. Quiso luego volver á su pueblo de Berceo, pero la fama de su santidad se habia estendido demasiado y de todas partes acudia

(1) Rodriguez Ferrer.
(2) Idem.

gente para verle, para venerarle, para besar sus piés ó tocar su ropa creyéndose purificados con solo su contacto. Millan, humilde hasta el estremo, hubo de robarse al triunfo y á la admiracion que seguia sus pasos y tornóse al desierto para continuar su vida contemplativa, sepultándose al efecto entre los fragosos y elevados montes que hay sobre Berceo apellidados *Diztercios* por los antiguos y que separan la Rioja de Castilla la Vieja. Allí pensaba morir, en la gruta que se construyó en una de las cimas de la sierra de San Lorenzo, á solas con Dios y con la inmensidad, heredero del yermo de San Feliz, pero la fama de sus virtudes habia volado demasiado para que ni aun allí se le dejase tranquilo. Dídimo, obispo de Tarazona, le hizo salir de aquel retiro encargándole la cura de almas en la iglesia de Berga.

Millan obedeció; tomó su báculo, despidióse con lágrimas de la humilde vivienda en que habia creido pasar el resto de sus dias y partió á cumplir con su sagrado ministerio. Los curas sus compañeros viéronle llegar con disgusto. Era que, desobedeciendo la voz de Dios y de su conciencia, infieles á los preceptos jurados, indignos de vestir la consagrada túnica, aquellos malos eclesiásticos aplicaban en provecho suyo las rentas de la Iglesia. No tardaron en buscar ocasion de culpar á Millan y acusáronle de derrochar las rentas que con estremada caridad hacia repartir á los pobres del contorno. La acusacion fué creida, privósele del curato y alegre mas bien que triste por ello, Millan volvió á su querida soledad en los montes de la Rioja, donde murió ya muy anciano en olor de santidad y haciendo varios milagros que debian darle eterna fama.

Muerto Millan, el desierto se encuentra poblado. En efecto, muchos son los discípulos que han acudido fervorosos á ponerse bajo su direccion, muchos los que rodean su tumba deseando morir donde ha vivido el santo. La Tebaida española se llena de penitentes anacoretas, de piadosos cenobitas.

Entre los que han acudido primero se cuentan algunas mugeres, varias de ellas damas de familias ilustres, pobres corazones débiles pero que se han fortificado con las palabras que aun han tenido tiempo de recojer de los labios del santo, y que olvidan sus parientes, sus amigos, sus palacios, el esplendor de las cortes y la brillantez del mundo, para no tener ni ver delante de sí mas que el cielo y el desierto, para no murmurar mas que palabras de homenaje á Dios, no sentir otro amor en su corazon ni hallar otra dicha en su soledad.

Estos son los discípulos que fundan un convento cerca de la ermita del Santo, como para estar protejidos por su sombra, convento que se com-

pone de hombres y de mugeres, cosa muy comun en aquellos remotos tiempos.

He ahí pues como se halla completa la Tebaida española. Qué le puede envidiar á la de los Pablos y de los Pacomios? Como aquella tiene sus héroes, como aquella tiene sus anacoretas, como aquella tiene sus mártires, como aquella tambien tiene sus mugeres y sus santas.

No veis sino como destaca del cuadro la hermosa y espléndida figura de Benita, la Santa Benedicta que prefiere habitar el yermo inmediato á donde vive San Fructuoso, á vivir en el palacio con el noble godo que habia contraido con ella esponsales y que la brindaba con su amor inmenso como sus tesoros?

Admiradla todos á esa muger, admirad la firmeza con que desecha los ruegos y amenazas de su curador, las súplicas y las protestas de su amante. Todo lo abandona por el desierto, todo lo desprecia por la cruz de madera al pié de la cual se postra fervorosa en el rincon de la gruta solitaria, donde no se ve turbado su sueño como en su palacio por los ecos de la muelle serenata que suspira amores al pié de sus ventanas, sino por los rugidos de las fieras que huelen la carne fresca ante la piedra con que cierra de noche su morada.

La constancia, la firmeza, el amor divino la alientan y no la abandonarán jamás. Su suerte está echada, su camino trillado, su resolucion hecha. Si ha brillado en la corte, deslumbrante de galas y de belleza, vestirá el tosco y burdo sayal de la penitencia; si en los banquetes mas opulentos ha comido de los manjares mas esquisitos y bebido de los mas deliciosos vinos, sufrirá en el desierto el hambre mas espantosa y la sed mas devoradora; si ha arrastrado por el suelo de las grandes ciudades las mas lujosas telas y mas ricas vestiduras, ya no arrastrará mas que su desnuda carne entre la ceniza, las piedras y la paja con que mortificará sus miembros; si ha visto en fin á cien amantes postrarse cada dia y á cada momento á sus piés con el corazon lleno de esperanza, ella se postrará ahora cada dia y cada momento á los piés de la cruz con el alma abrasada de amor divino.

Oh! santa muger! poética, lujosa, y arrobadora figura de la española Tebaida!

Y aun no es esto todo. Todavía quedan otras cimas de los mismos montes, otros rincones del mismo desierto donde nos aguardan otros santos solitarios.

Veis á ese hombre que camina encorvado, no tanto por los años como

por la penitencia, y cuyos labios murmuran continuamente el rezo que continuamente brota como un perfume de la flor de su alma?.... Es otro eremita, es otro anacoreta, es otro morador del yermo, es San Fructuoso.

Numerosos peregrinos corren á postrarse á los piés de este ilustre solitario, precipítanse en tropel á su encuentro, hierven los discípulos á su lado, camina por entre riscos y se ve sitiado por la multitud. Esto disgusta al solitario que quiere estar solo consigo mismo, que quiere estar solo con Dios.

Fructuoso huye de la muchedumbre que le persigué, que acude de todas las provincias á la fama de su virtud, y se interna en la region montuosa, donde hubiera pasado sus dias en la meditacion y en el recojimiento, si no se le hubiese arrançado á su soledad querida para volverle al mundo, para ceñir una despues de otra, las mitras de Dumium y Braga (1).

Pero no nos apartemos de los montes, no abandonemos nuestra poética Tebaida. Aun nos toca escuchar el relato mas maravilloso, la leyenda que iguala á la de Antonio el cenobita que á su voz vió llegar mansos los leones para cavarle la tumba de su compañero Pablo.

Escuchadla.

Bajo los rayos de un sol de verano que parecen caer á plomo sobre su cabeza desnuda, un jóven camina sin descanso, con precipitacion, sin parecer fatigado á pesar de su paso vivo y de su edad casi infantil. En efecto, puede tener catorce años todo lo mas, sus cabellos rubios se ensortijan sobre su frente blanca y delicada, sus facciones puras demuestran en sus rasgos una firmeza superior á su edad, la mirada límpida y clara de sus ojos azules se clava en el horizonte como interrogándole.

Quién es ese jóven? Dónde camina? qué objeto le guia?

Ha salido de Alava su patria, al amanecer, abandonando la casa de sus padres. Se llama Prudencio. Se dirije al yermo ilustrado por tantos solitarios. Va en busca de un eremita llamado Saturio, un santo varon que vive retirado en el fondo de una cueva donde pasa penitente sus dias rodeado de una aureola de santidad. La fama de las virtudes de Saturio ha sonado á oidos del jóven que se ha sentido lleno de un ardor juvenil para ir á habitar el desierto en compañía del nombrado anacoreta. Quiere buscar su morada, quiere pedirle que parta con él su choza y sus raices, quiere demandarle que le deje apoyar su frente en la misma piedra que le sirve de almohada, y rezar al pié de la misma cruz que le sirve de altar.

(1) Rodriguez Ferrer.

El jóven atraviesa sin vacilar y no sin costosas marchas y sin penosos obstáculos, las ásperas é incultas sierras que lindan con las riberas del Ebro y llega junto al caudaloso rio que ofrece á su vista un verdadero brazo de mar. Prudencio se detiene ante aquel poderoso obstáculo, mira á todas partes y ve en la orilla opuesta, sentado al pié de su gruta formada entre un grupo de peñas, á Saturio el mismo ermitaño á quien anda buscando para imitarle en su vida penitente.

El jóven le hace señas y estiende hácia él sus brazos como para decirle: —Yo quisiera llegar hasta tí.

Saturio ve perfectamente las señas, comprende la intencion del muchacho, pero no teniendo allí ninguna navecilla ni otro medio cualquiera para pasar el rio, contesta tambien por señas como diciéndole: —Bien ves que no puedo ir á buscarte.

Entonces Prudencio se arrodilla devotamente sobre la húmeda arena, alza los ojos y los brazos al cielo y le dirije una fervorosa y corta oracion. En seguida se levanta y á los ojos del ermitaño que le mira hacer asombrado, pone un pié sobre el agua cual si fuera un terreno firme y, como en otro tiempo San Pedro sobre los mares de Judea, atraviesa resuelta y rápidamente el rio sin ni siquiera mojarse sus sandalias.

Imposible es describir la sorpresa de Saturio. Apenas ha llegado el mancebo á la orilla, cuando el ermitaño cae de rodillas á sus piés y saluda con efusion y gratitud al jóven favorito del Señor que se digna ir á pedirle la hospitalidad de su pobre pero cristiana morada.

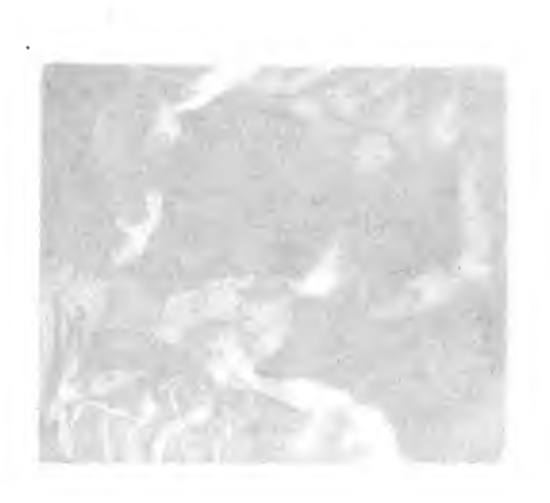
Así que le ha referido el mancebo sus proyectos, el anacoreta torna á postrarse reverente á sus plantas y le dice:

—Tuya es esta gruta. Yo no soy mas que tu siervo.

Siete años vive Prudencio con Saturio. Muerto este al cabo de dicho tiempo, el jóven manda tapiar la cueva y parte á Calahorra donde recibe las sagradas órdenes llegando á ser obispo de Tarazona, destino que santamente cumplió hasta su muerte acaecida en Osma.

Su fallecimiento causó un gran dolor á los habitantes de su ciudad, quienes reclamaron sus cenizas, queriendo al menos poseer el cuerpo de su pastor amado. Tratóse pues de transportarle de Osma á Tarazona.

Dispúsose el clero para acompañar los restos queridos, pero cuando se quiso levantar el féretro para llevarle á dicha ciudad, resistió á todos los esfuerzos humanos. El ataud parecia retenido en el suelo por manos de bronce. Renovaron varias veces la tentativa y siempre en vano, no pudieron le-



El ermitaño cae de rodillas á sus pies.

vantarles. Entonces viendo patente. el milagro, decidieron renunciar aguardando que el santo les indicára su voluntad. Esta no se hizo esperar. Apenas sus manos hubieron soltado la mortuoria caja, cuando esta se levantó por sí sola y como si tuviera piés, echó á correr desalada, subiendo y bajando las cuestas que hay de Osma á Logroño, atravesó la cadena de montañas, cruzó el arroyuelo de Liria y subiendo por fin á un collado, se detuvo ante la puerta de la gruta donde el santo obispo habia pasado, huesped de Saturio, los siete primeros años de su ascética vida.

Allí fué enterrado San Prudencio y allí mismo se labró despues un monasterio con la advocacion de San Vicente en honra de aquel santo prelado.

Tal es la tradicion piadosa.

He descrito como mejor he sabido el cuadro que ofrece nuestra Tebaida con los penitentes moradores que allí se han entregado á la vida ascética y contemplativa; he querido hacer notar que los atrevidos picachos de los montes de Rioja han servido de habitacion á ilustres solitarios que nada han tenido que envidiar por cierto á los tan renombrados de Oriente. Mi objeto pues está cumplido.

Ahora, debo ya entrar á decir algo del monasterio cuyo nombre famoso encabeza estas líneas.

II.

EL ESCORIAL DE LA RIOJA.

Nada diremos de la opinion de los historiadores que al hablar de este monasterio se dividen en dos bandos, asegurando unos ser San Pedro de

Cardeña y otros San Millan de la Cogulla el primer claustro que adoptó en España la regla de San Benito. Consideraremos pues tan debatida cuestion como estraña á nuestro objeto.

Subamos á las fuentes de su orijen.

Este lo sabemos ya, pues que lo hemos tocado de paso en el capítulo precedente. Es en efecto opinion vulgar y admitida que á mediados del siglo VI mucha gente piadosa, entre ella gran número de mugeres, fué á ponerse bajo la direccion espiritual de este santo, el patriarca de los ascetas venerados en la Iglesia española. Esta multitud que iba á beber en los labios de San Millan la ciencia que guia á la perfeccion, fué la que fundó la iglesia y monasterio actual llamado despues de *Suso* (ó de arriba) para diferenciarlo del otro edificado posteriormente y que tiene por nombre de *Yuso* (ó de abajo).

Aunque conformes con la primera parte de esta opinion, no admiten las de la segunda todos los historiadores. Muchos de estos niegan que el edificio de *Suso* se eleve á los tiempos mismos de San Millan, y he ahí porque leemos en el erudito Monge los párrafos siguientes:

«Afirman algunos escritores que la fábrica de *Suso* corresponde, tal como actualmente permanece, al tiempo en que su primer abad y fundador residió allí. Fuera nuestra opinion muy temeraria, si nos empeñásemos en demostrar que ningun vestigio subsiste en el punto de que hablamos anterior al siglo X, bien que reconozcamos la posibilidad de verificarse, aun tomando en cuenta las asoladoras invasiones de nuestra patria desde el año 574 hasta hoy: tenemos dificultad asimismo en admitir que la casa ó convento primitivo haya perdido hasta la raiz de sus paredes con los embates repetidos de las sublevaciones políticas; mas aseguramos bajo la garantía de nuestras nociones arqueológicas, que si algun fragmento hay en *Suso* de la época que vulgarmente se le asigna, estará desfigurado con restauraciones posteriores, é inaccesible por consiguiente á los deseos del anticuario que pretendiese deslindar los términos de la verdad, sujetándose al examen mas prolijo y á la mas escrupulosa detencion.»

De estas palabras y de otras opiniones que pudiéramos citar en el mismo sentido, se viene casi á deducir que la fábrica actual de *Suso* no remonta á mas allá del siglo X como presume la tradicion. Absteniéndonos pues de resolver la época en que fué construido, pasaremos á su descripcion que con gusto hariamos si á mano no tuviéramos la que exacta y fielmente hizo la pluma del historiador Sandoval. Dice este autor:

«Tiene dos naves con siete pilares de piedra muy antiguos que sustentan todo el edificio. Encima de estos pilares sube una pared como cuatro ó cinco varas al tejado; y en esta pared están cinco ventanas, que por ellas no entra luz, ni puede; que de esta manera tan tosca edeficaban en España en los tiempos muy antiguos. Tiene toda la iglesia de ancho 32 piés y de largo 62; están estas dos naves arrimadas á un peñasco que mira al mediodia, algo caido al septentrion. En la dicha peña están tres capillas metidas debajo de ella. En la primera que está junto al altar mayor al lado del Evangelio, está el altar de San Pedro y San Pablo; en la misma peña está un osario en un vacío de ella, á manera de sepulcro. Luego mas abajo está otra capilla de 18 piés de largo y 18 de ancho, con una reja de hierro bien labrada aunque á lo viejo. En esta capilla, está un altar á la cabecera, y en lo último de ella está el sepulcro de San Millan de esta manera. En medio de la dicha capilla, mas abajo del altar, está otra reja de hierro de dos varas, poco mas ó menos de alto, con una portezuela de la misma reja cerrada con llave, y dentro está el cuerpo del santo, cubierto con paños de seda. En la tapa de esta sepultura, que es una gran arca de piedra, está una figura grande relevada de un viejo muy venerable, vestido de sacerdote con una gran cruz en los pechos. Tiene nueve figuras al rededor de relieve, con libros en las manos como que están rezando: todas están gastadas: una hay que al parecer es el santo diciendo misa. El retablo mayor de este antiquísimo templo parece de la misma antigüedad.»

Hasta aquí Sandoval, que añade ser San Millan el mas antiguo solar de la órden de San Benito en España, con la particularidad de no haber sido violado jamás por los sarracenos á su invasion en la península.

Como todo el edificio, el pórtico se remonta á la mayor antigüedad y no pasa nunca por bajo su arco el viajero sin detenerse á contemplar ocho sepulcros que en él existen y donde yacen, segun pública voz y fama, los siete infantes de Lara y Mudarra su ayo. Demasiado sabida es la poética y dramática historia de los siete hermanos para detenernos á contarla. Cien leyendas la refieren, la cantan cien baladas. Solo nos fijaremos un momento en el origen que puede tener la noticia de que en aquellos sepulcros descansan verdaderamente los primos de Doña Lambra.

San Pedro de Arlanza, Salas y el mismo San Millan pretendian poseer los restos de dichos infantes. Determinóse pues de comun acuerdo descubrir los sarcófagos de la parroquia de Salas y en ellos solo vieron siete ca-

bezas. Esto pasaba en 1600. El abad de San Millan Don Francisco Plácido Alegría mandó tambien abrir los sepulcros existentes en Suso, á presencia de su comunidad, del alcalde de la villa inmediata llamado Felices de Ureta, del escribano y muchos testigos, apareciendo en cada uno de los túmulos un cuerpo decapitado, menos el último que se hallaba completo y no dudaron por lo mismo fuese el ayo de los infantes.

Mezclados entre sus huesos dicen estarlo ahora los de Doña Todda, muger de Don Sancho Abarca, y los de Doña Elvira y Doña Jimena, esposa de Don Garcia el *tembloso,* reinas de Navarra, opinion muy controvertible á la verdad y que no creo pueda tener gran fundamento.

La puerta mas inmediata á este sepulcro conduce á una iglesia de cortas dimensiones, la misma descrita por Sandoval, murada por el peñasco en el cual existen las tres citadas capillas. No se olvida sobre todo el guia que al viajero acompaña, de hacerle entrar en una gruta bastante capaz á donde se retiraba San Millan en las cuaresmas á estrechar los rigores de su vida penitente. Muchos milagros obrados por su mediacion alternan con otras pinturas referentes á nuestra Señora en lienzos del altar mayor, si bien no llaman tanto la atencion como una gran cueva ó sobrado de los departamentos que acabamos de mencionar, pues asegura la tradicion comun que el santo anacoreta luchó dentro de ella con el rebelde Satanás á brazo partido, precipitándole despues por un pozo, cuya embocadura señala el guia con supersticioso terror (1).

Además de las dependencias ya notadas, se encuentran en *Suso* algunas celdillas que ocupaban los monges exentos por su avanzada edad, de la rigidez con que se observaba la regla en el otro monasterio de *Yuso.*

Pasar debemos ya á este y ver como tuvo principio.

Corria el año de 1050 segun unos y el de 1067 segun otros cuando el rey Don García, apellidado el de Nájera, hijo primogénito de Don Sancho el Mayor, decidió bajar las reliquias de San Millan que existian en el templo de *Suso,* para trasladarlas al monasterio de Santa María de Nájera que allí edificara. Los encargados de transportar tan precioso depósito, hicieron su primera parada en el valle que está debajo de *Suso,* donde tenian los monges una casa llamada *enfermería,* por ser el lugar donde iban á curarse ó á descansar de sus tareas. A continuar disponíanse su camino, tomado ya algun reposo, pero de allí, dice la crónica, *no quisieron pasar las reliquias del santo, y viendo el rey Don Garcia que la voluntad de Dios era que se guardase allí, edificó un monasterio é iglesia, é hízole muchas mercedes.*

(1) Monje

Tal fué el principio de este edificio que dista del primero como un cuarto de legua, bajando hácia un valle tan delicioso como fertil, entre los muchos que amenizan la Rioja. Su situacion es pintoresca, á la orilla del rio Cárdena, cuyas aguas riegan una dilatada huerta rica de frutas y hortaliza, al pié del monte de San Lorenzo, catorce leguas S. E. de la ciudad de Burgos.

Llégase al convento por una anchurosa plaza, contigua á la primera calle de San Millan, pueblo reducido pero que no deja de contar algunos ilustres hijos, entre otros el literato Don Salvador de Manzanares y el obispo de Tuy y Leon Don Juan de San Millan.

Catorce años despues de haberse echado los cimientos á la obra que dominar debia majestuosamente aquella vega encantadora, trasladaron su residencia los monges que no cabian ya en las localidades de *Suso,* y únicamente continuaron allí los que se creyeron necesarios para la custodia de tan ilustre monumento. Viendo la estraordinaria devocion que San Millan inspiraba por todas partes, y el admirable concurso asociado á su instituto, dieron á todas las dependencias y señaladamente al templo las proporciones mas vastas que permitióel territorio concedido á este fin por la regia liberalidad (1).

Efectivamente, la iglesia de este monasterio es de las mas hermosas y magníficas de la provincia Riojana y grandioso el convento no obstante notarse en él el conjunto de diferentes obras, la mano de diferentes tiempos y el sello de diferentes gustos.

Entre otras cosas que llaman la atencion, se nota muy particularmente y se admira un claustro que corre al rededor del patio principal, tan sorprendente, que si lo demás le correspondiera, lo haria ser el monasterio mas hermoso de España (2). Por esto sin duda los habitantes del pais le llaman el *Escorial de la Rioja,* como para ponderar la suntuosidad del edificio y lo cuantioso de sus rentas.

Los viajeros que San Millan visitan, fijan largo tiempo sus ojos en las treinta y cuatro pinturas colocadas al rededor de la sacristía, trece de cuyos cuadros son obras escelentes del famoso Ricci. El que quiera ver un modelo intachable de nogal labrado á principios del siglo XVII, debe contemplar uno de los púlpitos sustentado por cariátides del órden pérsico; y no se olvide tampoco arrojar, aunque solo sea una curiosa mirada, á la valla y reja del coro y al tabernáculo con sus abundantes reliquias, preciosos frescos y entablamentos de negro y pulimentado jaspe.

(1) Monge.
(2) Rodriguez Ferrer.

Bellísimo es el ancho y espacioso refectorio y digno ornato suyo la cátedra en que durante la comida practicaban los monges su lectura espiritual. Su escabel figura un águila, decorando la circunferencia del antepecho un bajo relieve que representa á tres santos benedictinos.

De notar son asimismo un retrato ecuestre de Felipe V que existe en la escalera mejor, de las cuatro que tiene el monasterio, y los veinte y ocho medios puntos de lienzo, que descifran otros tantos sucesos de la vida del fundador y se hallan en una soberbia galeria que da paso á la cámara ó habitacion del abad.

Pero, en lo que sobrepujaba casi á todo este monasterio, en lo que probablemente no tenia rival, era en la antigüedad y riqueza de los documentos de su archivo. No es estraño mayormente del modo como un erudito escritor lo demuestra. El reino de Nájera (hoy Rioja) fué tan ambicionado, dice, en los pasados siglos por los navarros y castellanos, que sus respectivos reyes mantuvieron guerras continuas sobre la posesion de este territorio, y como no sabian hacerlo sino quemando y talando, eran muy grandes los deterioros que sufrian los archivos de estos dos paises, cosa perjudicialísima á los intereses de ambos. Y estos resultados debieron ser tan funestos, que, á sus consecuencias, no pudieron menos de estipular tácita ó espresamente el respetar este monasterio que tenia lugar en los confines del pais disputado. En su virtud, unos y otros trasladaron allí sus papeles y documentos, considerándolo como un asilo sagrado é inviolable; ejemplo que imitaron despues las ricas familias del pais que llegaron á ser con el tiempo condes de Nájera y señores de Cameros. No fué otra la causa de esa acumulacion de noticias y riqueza de datos históricos que atesoraba tan nombrado archivo.

Tambien la biblioteca de San Millan era de las mas ricas y escogidas. Ya en tiempo de Sandoval, dice este escritor, que se hallaban en ella *libros manuscritos de 1000 años y de mas autiguedad,* quejándose á continuacion de que por no saber apreciarlos los monges ó por complacer al rey, dejasen que algunos de ellos fuesen llevados al Escorial.

Entre los varones ilustres que este monasterio ha producido deben citarse al inmortal cardenal Aguirre, al célebre Salazar obispo de Barcelona y á otros muchos monges que no por dejar de citarlos son menos distinguidos, pues si en la antigua Atenas hubiesen florecido, duda no queda de que se les hubiera hallado dignos de ceñir las primeras coronas del Areopago.

Han salido además de entre sus hijos veinte y siete obispos, y han descan-

sado bajo las lápidas de sus sepulturas muchos personajes de nuestra pasada historia, muchos héroes de nuestras crónicas, muchas damas ilustres y prelados eminentes. Todavía al rasgarse el viento en las columnas de su claustro y al gemir melancólicamente introduciéndose bajo sus arcos, todavía azota las tumbas sobre las que se ostentan, páginas de piedra, los blasones intachables de los Moncadas catalanes, de los Haros y señores de Vizcaya, de los Frias y Bureba, de los Fortuñones y Dávalos, de los condes de Alava y de los fundadores de la casa de Ayala.

Tales son los recuerdos de San Millan de la Cogulla. Hoy el mismo monasterio es una tumba tan solitaria y abandonada, como las que arrinconadas vénse en los ángulos de su patio al triste zumbar del viento y al amarillento resplandor de la luna que las baña con su luz como vistiéndolas de un doble sudario.

Como la gruta memorable de los eremitas Voto y Feliz, como el monasterio guardador de las cenizas del Cid, San Millan de la Cogulla conserva recuerdos venerandos para los españoles, y es sin disputa una página de nuestra historia. A sus puertas vemos estrellarse los furores de la guerra; ante su mole sombría y magestuosa vemos á los partidos rendir sus armas como ante un arca santa; su nombre se encuentra á cada paso en nuestras crónicas y le oimos salir de los labios del guerrero, asociado al de Santiago, en lo mas crudo de la pelea y en lo mas fuerte del combate.

Hasta la misma mano de Dios parece de intento haberle colocado en un punto donde no es fácil esquivar los recuerdos que se agrupan á la memoria. Asentado está el monasterio ilustre cerca de los montes de Oca y á las faldas de los montes *Dixtercios*. Estos nos hablan en su mudo lenguaje del pueblo rey, de los hombres salidos un dia de Roma para estenderse como una bandada de águilas sobre el mundo; aquellos conservan en cada una de sus cimas la huella de los compañeros de Pelayo, de esos otros hombres que cayeron como un puñado de héroes sobre las huestes inumerables de los agarenos. San Millan de la Cogulla entre los picachos de Oca y las breñas de los Dixtercios, se nos aparece como un monstruoso anillo enlazando dos civilizaciones.

Los suspiros del órgano no suenan hoy quejumbrosos bajo sus bóvedas desiertas; los pasos de los religiosos y el roce del sayal cenobítico no interrumpen el silencio de la soledad.....

Quédate en paz á orillas del Cárdena, famoso monasterio! Adios, San Millan de la Cogulla! Quédate ahí, azotado por las brisas frescas del rio y las au-

ras perfumadas del valle; quédate ahí, durmiendo tu sueño de muerte como un atleta fatigado ó un coloso vencido. Adios, San Millan! Tu historia es ya un recuerdo como tú mismo eres ya un cadáver.



CONVENTO DE SAN FRANCISCO
DE ASIS.

(VALENCIA.)

I.

ANTES DEUDA QUE MERCED.



L amanecer de un dia claro y despejado de Octubre de 1228, la primera sonrisa de la aurora encontró agrupados en un recodo del camino real y en tierra de Aragon, no lejos de las fronteras de Castilla, á unos cincuenta hombres de armas que al parecer tranquilos reposaban junto á sus corceles de guerra.

Algunos vestian simples tabardos ó ropones, mostrando en su recojimiento y apostura ser no mas que humildes ballesteros, mientras que la mayor parte demostraban claramente su calidad y nobleza en su altivo continente y en las ricas armaduras que les cubrian y que llevaban con la misma soltura que la seda ó que

la grana. Todos sin embargo parecian llenos de atenciones y respetos para con un caballero que algun tanto retirado del grupo principal, se paseaba con la mayor calma y sin dar señales de impaciencia, no obstante hacer ya mas de una hora que no tenia otra distraccion que su paseo. Vestia el caballero este su camisote de hierro, cubria su cabeza el herrado capacete y colgaba á su lado un formidable mandoble, que otro quizá no hubiera podido manejar ni con las dos manos juntas.

En el acto mismo en que de tal manera sorprendemos á esta gente que, sin adelantar juicios temerarios, no parecia estar allí reunida para cosa buena, un bacinete (1) llegaba á todo correr bajando de un promontorio elevado junto al camino y acercándose al que parecia superior á todos en dignidad ó nobleza, le dijo algunas palabras en voz baja.

El gefe las oyó con toda calma y volviéndose con la misma á los grupos de caballeros y soldados, les dijo solo:

— A caballo!

Todo el mundo obedeció haciéndose como mandaba y en el mayor silencio posible. A los pocos instantes los hombres de armas se hallaban montados, pareciendo, ginetes y caballos, todos de una misma pieza. El mismo gefe, que se habia hecho traer su corcel y lo habia montado de un salto, recorrió la línea de su gente á la que dividió en dos alas á uno y á otro lado del camino. Cuando les tuvo colocados, situóse él en medio de la senda y aguardó.

Seis ó siete minutos podian todo lo mas haber transcurrido, cuando aparecieron, doblando el recodo, los primeros hombres de una escasa comitiva que lenta y pacíficamente se adelantaba compuesta de cinco escuderos, de varias damas montadas en soberbias mulas, de una lujosa litera en que al parecer iba una señora principal, y por fin de doce servidores armados que cerraban la escolta y tenian á su cuidado cinco ó seis mulas cargadas con pesados fardos.

En cuanto los escuderos observaron las dos líneas de hombres de guerra que se mantenian inmóviles á entrambos lados del camino, temieron hallar alguna dificultad en su paso y detuvieron sus caballos como para tomar prudente consejo de comun acuerdo, pero no les dió tiempo para reflexionar el gefe de los hombres de armas, pues que adelantándose seguido de su gente, que avanzó sin perder su posicion por las laderas del camino, les dijo con voz resuelta, atravesando delante de ellos su caballo y alzando la visera de su casco:

(1) Soldado.

—Paso á Don Blasco de Alagon y á los caballeros de su mesnada.

Al oir los escuderos el nombre famoso y respetado del mayordomo mayor del reino, inclinaron todos la cabeza é hiciéronse humildes á un lado, pudiendo por lo mismo Don Blasco atravesar por entre ellos y adelantarse, despues de haber saludado con toda cortesía á las damas que sorprendidas le miraban, hasta la misma portezuela de la litera donde descabalgó echando en manos de un ballestero la brida de su caballo.

Ya en esto, su gente habia avanzado por ambos lados uniéndose al llegar á la litera por los dos estremos y cerrando á la comitiva como con un cordon de hierro.

Una dama ricamente vestida si bien solo pasablemente hermosa, habia visto todo esto desde el fondo de la litera y, sorprendida por ello, lanzárase á la portezuela y tenia ya puesto en el estribo su lindo piececito aprisionado en un elegante borceguí de grana, cuando levantando sus ojos vió clavado en frente de ella y en ademan entre bravo y respetuoso á un caballero que conoció por Don Blasco de Alagon.

—Qué significa todo esto, Don Blasco?—esclamó fijando en él su límpida mirada;—qué quiere decir esa especie de aparato de guerra que os rodea? porqué se detiene mi comitiva y porqué la miro como cercada por vuestra gente? Es que se trata acaso de impedir por el que ha sido un dia mi señor que vaya yo á tierras de Castilla á llorar mis duelos y desventuras en brazos de mi hermana Berenguela? Me quiere aun vuestro rey mas humillada? Venís acaso en su nombre á dictarme algun mandato? Pues os advierto, Don Blasco, que mala embajada habreis, que no he de obedecer ninguna órden ni ceder á ninguna súplica. Vuestro rey hame echado de su trono y de su tálamo; no quiere de mí ni como reina ni como esposa; han el papa y sus auditores de la Rota disuelto nuestro matrimonio á instancias de la intrigante Vidaura, libre soy por lo mismo y me destierro á llorar mi infortunio en tierras de mi Castilla y de mi amada Berenguela. Si vuestro rey dispone otra cosa, cuidad que no le he de obedecer, que rotos están los lazos que nos unian. Dispénsoos pues del mensaje que traeis, Don Blasco, que ni saberlo quiero ni el oirlo me importa, y tornad en mal hora que no en buena á decirle á vuestro señor lo que de mi boca habeis oido.

El de Alagon aguardó con toda la mas tranquila calma á que hubiese terminado la reina Doña Leonor su airado razonamiento. Cuando así lo hubo hecho y se disponia ya á entrarse en su litera, adelantó un paso y alzó su voz clara y magestuosa, hablándola de este modo:

—Pésame, reina y señora, pésame que tan mal me hayais juzgado creyéndome mensagero de alguna iniquidad contra vos ó de algun ataque al libre derecho que os compete. No os he salido yo al encuentro como enviado de Don Jaime, sino de mi propia voluntad y con razon para ello.

—Y qué es lo que de mí deseais, que venís á pedírmelo con tanta gente de guerra como si de enemigos se tratara?

—Si he venido con hombres de armas, señora, —díjole Don Blasco, —es porque son todos caballeros de mi mesnada, y helos conmigo traido para que en caso de resistencia de vuestra escolta, supieran apoyar con sus armas y presencia mi razon y mi derecho.

—Qué hablais de derecho y de razon y de qué se trata, Don Blasco?

—Se trata, señora, y pídoos la venia y perdon por si en algo faltára al acatamiento que se os debe; se trata de que el rey mi señor me adeuda mas de treinta mil morabatines de pagas y sueldos del tiempo que con mis hombres y barones le he servido en Cataluña. Le he varias veces demandado que esta deuda me fuera satisfecha y hame siempre hecho pasar con demoras y dilaciones. Y esto á mí, señora, á su leal y mas fiel servidor, al que le ha ganado seis castillos y dos ciudades, mientras que á vos, señora, y dígooslo con todo respeto, mientras que á vos á quien solo debe disgustos y penas, os colma de regalos y presentes, de joyas y de preseas, no obstante salir desterrada de su lado. Vos, Doña Leonor, no trujisteis dote al rey cuando con él os casasteis, y así todos los cofres llenos de tesoros que os ha dado, merced es solo que el rey os ha hecho, y pues es merced, primero es pagar lo que debe el rey á sus servidores que no hacer mercedes á quien no debe nada. Permitidme por lo mismo, señora, que bajen mis sirvientes vuestros cofres y que de ellos tome lo que Don Jaime me adeuda: ya que mi señor y rey no me paga, me pagaré yo mismo. He ahí la causa de haberos salido al encuentro con mis caballeros y mi gente. Libre sereis, señora, de continuar vuestro camino en cuanto yo me haya pagado.

Asombrada quedó la reina con el lenguaje resuelto y la franca naturalidad con que le habló el caballero aragonés. Puso Don Blasco todo el comedimiento posible en sus palabras, pero dióle á conocer claramente su invariable resolucion, tanto mas invariable cuanto que en concluyendo de hablar y antes que Doña Leonor pudiera contestarle, hizo una seña á su gente que se acercó á los mulos y empezaron á descargarles de los cofres y maletas que sobre su lomo llevaban.

La reina sin decir nadá lo miraba hacer todo; la escolta permanecia quieta,

vigilada por los hombres de armas de Don Blasco. Este se acercó á los cofres que su gente habia depositado abiertos en el suelo, separó en joyas y preseas lo que podia alcanzar la cantidad que se le adeudaba, mandó que se cerraran los cofres y se volvieran á su sitio, y en seguida tornó sus sosegados pasos hácia la reina á quien dijo:

—Guárdeos Dios, señora, y el bienaventurado San Jorge, patron de la gente de guerra. Idos en paz y en buen hora á llorar vuestros duelos en tierra de Castilla, pero si jamás habeis menester un brazo leal, una buena lanza y un corazon á toda prueba, pensad en el aragonés Don Blasco de Alagon. Por lo demás, intacto queda vuestro tesoro, menos en lo preciso que se me adeudaba por el rey y que era justo que yo me cobrara, ya que son primero las deudas á los servidores que las mercedes á los estraños.

Dicho esto sin recibir mas contestacion ni tampoco esperar mas que un: Dios os guarde! pronunciado por la reina, Don Blasco montó á caballo y apretó espuelas, perdiéndose, seguido de toda su gente que llevaba las preseas, en direccion contraria á la que Doña Leonor seguia.

II.

LOS DOS MÁRTIRES.

—

Algunos datos históricos serán ahora necesarios, para que el lector se haga bien cargo de los hechos antes de seguir adelante.

Cuando el rey Don Jaime, llamado despues por la historia *el conquistador*, trató de casarse, mozo aun, para asegurar descendencia á su real linage, recelándose los ricos homes que tomara por muger á Doña Teresa Gil de Vidaura, dama principal de quien estaba enamorado y con quien sostenia desho-

nesto trato, aconsejáronle é instáronle á que se enlazara con Doña Leonor de Castilla hija de Don Alonso IX llamado comunmente el de las Navas. Cedió Don Jaime á sus consejos, pero no se pasaron muchos meses sin que fuera notorio en palacio y en todo el reino el desafecto, por no decir aborrecimiento, con que miraba el rey á su esposa, ya procediese de que ansiaba mayor libertad, ya de darse á otros amores, ya de no encontrarla suficientemente hermosa.

En el interin, Doña Teresa Gil de Vidaura, que tenia hijos del rey, se habia huido de Aragon al saber el enlace de Don Jaime con Doña Leonor de Castilla y habia corrido á Roma arrojándose á los piés del papa pidiéndole que *le hiciese justicia del rey Don Jaime,* dice la crónica, *que se habia prometido con ella y hubiera en ella dos hijos, y por consiguiente era su marido; y esto no obstante habia contratado matrimonio con Doña Elionor de Castilla que era parienta suya en grado prohibido y no podia haber matrimonio entre los dos.*

El papa atendió las razones de la de Vidaura y encomendó su causa á los auditores de la Rota.

El mismo Don Jaime determinó en esto separarse de su consorte, alegando tambien parentesco, como era cierto, en tercer grado de consaguinidad, y ello fué tal, que la sentencia de separacion fué pronunciada en Tarazona por un legado del papa, y que la reina Doña Leonor se partió á Castilla, en cuyo camino hemos visto á Don Blasco de Alagon salirle al paso para apoderarse con marcial y caballeresco desenfado de lo que juzgaba suyo, ya que Don Jaime diferia pagar sus deudas alegando falta de dinero y no obstante regalaba á la reina, queriendo acaso cohonestar en algun modo su feo procedimiento, un crecido caudal en oro, plata y pedrerías.

Irritóse sobre manera el jóven monarca de Aragon cuando supo él desafuero cometido por Don Blasco mayordomo mayor de su reino, y determinó vengar el agravio hecho á Doña Leonor de Castilla. Súpolo á tiempo el de Alagon y huyendo el enojo de su rey, á quien ni queria ni podia resistir, pasóse á tierras de Valencia con todos los que en el hecho le habian acompañado, poniéndose al servicio del moro Zey Abuzeit que á la sazon en Valencia reinaba. No pudiendo vengar Don Jaime el insulto en su persona, desterróle de todas sus tierras y prendióle las villas y fortalezas que tenia.

Avínole al moro Zeit perfectamente la llegada de Don Blasco y de los suyos para desembarazarse de los parciales de Zaen, señor de Denia, quien como hijo de Modofe y nieto de Lobo, reyes que habian sido de Valencia,

pretendia reivindicar su derecho puesto que Zeit no era mas que un intruso que abusando del cargo de virey que le confiara el califa Mahomad Miramamolin, se habia alzado con el reino. Don Blasco fué alojado dentro de la ciudad junto á la iglesia que habian conservado siempre los cristianos para su culto bajo la invocacion del Santo Sepulcro, hoy dia parroquial de San Bartolomé situada entonces junto al parage por donde corria el muro y separada casi enteramente de toda comunicacion con los moros (1).

Cerca de tres años pasó Don Blasco en Valencia sirviendo á Zeit, y tan amigo llegó á ser de este monarca y de tal manera se captó su voluntad y aprecio lo mismo que la de todos los moros en general, que puede decirse que Valencia solo se gobernaba por lo que aquel ilustre desterrado disponia. Nada hacia Zeit que no se lo consultara, pedíale consejo en todas ocasiones, dábale pruebas señaladas de amistad y cariño, y por él salvó no pocas veces de la muerte á muchos moros y cristianos. Mientras permaneció Don Blasco junto al rey de Valencia, sus moradores debiéronle inmensos beneficios y el mismo Zeit iba acaso á deberle el de su salvacion, pues que muy inclinado le tenia ya con sus razonamientos á ampararse bajo la égida salvadora de la religion de Cristo.

Sin embargo, ni el favor, ni las riquezas, ni las comodidades de que gozaba en la corte de Zeit, podian hacer olvidar á Don Blasco su rey, sus amigos y el pais que nacer le viera. Andaba siempre triste y caviloso, tornábase amargo en su boca el pan de proscripcion que acercaba á sus labios, huia de los goces y placeres, del fausto y de las distinciones y solo hallaba gusto en entretenerse con sus compañeros desterrados como él mismo y en hablar con ellos de su patria, de aquella patria tanto mas idolatrada, cuanto mas lejos veia el momento de pisar su suelo y de besar su tierra. No obstante este violento deseo de su alma, no se atrevia á impetrar el perdon de su rey, y gemia desconsolado en un pais que, por bello que fuera, no era el suyo, y entre hombres que, por atentos que fueran, no dejaban de ser sectarios de una religion impía y sus enemigos naturales.

Tal era el estado en que se hallaban las cosas, cuando Don Blasco tuvo que ausentarse de Valencia por una breve temporada. Durante su ausencia, tuvo lugar en la corte de Zeit un hecho que, por lo mismo que se da la mano con la fundacion del convento cuyo nombre va al principio de estos capítulos, merece ser tratado con toda detencion y nos precisa á separarnos momentáneamente del lugar de la escena y de los acontecimientos que íbamos refiriendo.

(1) J. M. Zacarés.

Por aquellos tiempos dos hombres, dos apóstoles que debian dejar larga herencia en lo futuro, recorrian el mundo con la antorcha de la fé en la mano haciéndose numerosos prosélitos é invitando á los hombres á formar parte de la milicia de Cristo. Uno de estos dos hombres, español y descendiente de la ilustre familia de los Guzmanes, es venerado en la Iglesia con el nombre de Santo Domingo; el otro era un ilustre mendigo, nacido en Asis en Umbría y al que todos conocen por San Francisco. Este último acababa de mandar al reino de Aragon cuatro de sus compañeros para, dice la crónica, *sembrar simiente de vida cristiana con resplandor de buenas costumbres.*

De estos cuatro religiosos dos vinieron á Cataluña y se quedaron en Lérida; los otros dos fueron á Teruel. Los de Lérida fueron recojidos por un ciudadano llamado Ramon de Barriach, que les edificó el monasterio de San Francisco fuera de muros. Los que fueron á Teruel consiguieron que sus devotos les edificaran tambien el monasterio de dicha ciudad perteneciente á su órden, y como allí recibiesen muchos el hábito de la religion, los dos dignos discípulos de San Francisco, encendidos con celo de caridad, impelidos por la santa mision que ejercian, inflamados por el ardor del apostolado, decidiéronse á partir á Valencia con objeto de convertir á cuantos moros pudiesen.

Llamábanse estos dos piadosos varones Juan de Perusia y Pedro de Saxoferrato. Llegaron á Valencia y recogiéronse en la iglesia del Santo Sepulcro donde trabaron conocimiento con los cristianos que allí se hallaban y eran los caballeros de Don Blasco. Este era el primero en hacer gran caso de aquellos monges, varones eminentísimos por sus virtudes y talentos.

Con una abnegacion sublime, con un fervor y entusiasmo que solo podian ser motivados por la fé inmensa que llenaba su corazon, con un deseo ardiente de alcanzar la palma del martirio y presentar este merecimiento á los ojos de Dios, entrambos empezaron sus predicaciones, escojiendo la hora en que los moros se agolpaban á las puertas de las mezquitas para cumplir con sus rezos.

Por aquel entonces fué cuando se vió obligado á partir Don Blasco, segun se ha dicho.

Los dos frailes prosiguieron con el mismo celo su santa mision, y si bien los alfaquies despreciaron en un principio sus predicaciones, empezaron á alarmarse al ver las simpatías que aquellos dos estranjeros se conquistaban y las voluntades que se atraian. Decidieron pues poner coto á su empresa y hacer con ellos un público escarmiento, ya que tanto tiempo se habia pasado sin presentar al pueblo un solo castigo de cristiano. Ninguna

ocasion se les podia presentar mejor ni hallar podian coyuntura mas favorable que la de hallarse ausente de la ciudad Don Blasco, quien no hubiera dejado de influir en el ánimo de Zeit para salvar á sus correligionarios.

Presentáronse pues los alfaquies al rey y delataron á los dos frailes, sabiendo pintarle sus hechos con tan subidos colores, que el indignado monarca prometióles una pronta justicia.

Aquel mismo dia los dos misioneros eran arrancados del templo en que orando estaban, cargados de cadenas y conducidos ante Zeit que se hallaba en un palacio de recreo extra-muros de Valencia.

El monarca mismo les interrogó y les dió á elejir entre abrazar la ley de Mahoma ó morir en el acto. Los dos dignos hijos de aquella órden religiosa que debia dar al mundo el sublime espectáculo de tantos valerosos mártires, contestaron con una firmeza invencible que nada podia serles mas agradable ni mas dulce que sufrir la muerte por Jesucristo. Insistió Zeit á pesar de esta respuesta y les brindó con honores y riquezas si abjuraban su religion, pero entonces avanzándose Fray Juan, esclamó con energía:

—Nosotros no abjuraremos jamás y preferimos mil veces los mas atroces martirios, á renunciar á la ley de Cristo, la única que labra la salvacion del hombre, mientras que la vuestra no es mas que una supersticion y un manantial de ruina. Musulmanes, —añadió volviéndose á los alfaquíes y cortesanos que rodeaban al rey—Jesucristo es el verdadero hijo de Dios y el Salvador del mundo, mientras que vuestro Mahoma no es otra cosa que un impostor y un falso profeta.

Estas palabras pronunciadas con tono firme promovieron un sordo murmullo entre los moros, que allí mismo hubieran acabado con ellos si Zeit no se hubiese adelantado á los deseos de todos dando órden para que fueran decapitados en seguida los dos atrevidos frailes.

—Morimos por la fé de Cristo, nuestro Señor, —esclamó Juan—que lo será tambien tuyo, Zeit, monarca orgulloso, pues en una revelacion que hemos tenido esta misma mañana orando en el templo, Dios se ha dignado comunicarnos que tú, convertido un dia á nuestra religion, adorarás como nosotros mismos en este instante, el leño salvador en que Cristo murió para redimirnos á todos.

Y pronunciada esta profecia que mas tarde debia cumplirse, los dos dignos religiosos siguieron con paso firme á los soldados que insultándoles groseramente y golpeándoles con sus alfanjes les condujeron á un ángulo del huerto del mismo palacio.

Fray Juan y Fray Pedro cayeron de rodillas al llegar allí, se abrazaron cordialmente, repitieron en voz alta que morian por la fé de su Señor Jesucristo y pusiéronse á balbucear una oracion, pero antes de que hubiesen podido concluirla sus cabezas, separadas de sus troncos, rodaban una tras otra por la arena.

Así murieron aquellos dos dignos franciscanos que hoy Valencia venera en sus altares.

Tres dias despues de este hecho llegó Don Blasco á la ciudad é irritóse sobre manera cuando se lo contaron, dirijiéndose en seguida al encuentro de Zeit sobre quien hizo caer toda la furia de su enojo.

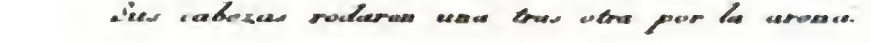
En vano fué que el arrepentido monarca se escusara con el caballero aragonés; éste, franco y resuelto como siempre, le dijo que desde aquel dia dejaba su servicio, que no podia pisar por mas tiempo aquella tierra rociada con la sangre preciosa de los mártires cristianos, y añadió al terminar su discurso:

—Zeit, un noble aragonés te lo dice. La sangre de esos dos ilustres mártires clama venganza, y si algun dia llegamos los cristianos á pisar con las armas en la mano tu territorio, si algun dia las murallas de tu ciudad caen destrozadas por nuestros fundívolos y almajanechs (1), y tu ejército desaparece bajo la lluvia de ballestas con que apagaremos la luz del sol, y tus mejores caudillos mueren hendido el cráneo por nuestras hachas de armas, entonces, Zeit, yo seré el primero que pediré al rey para que funde un monasterio de la órden misma de estos dos mártires en el sitio regado y glorificado con su sangre.

El moro no pudo aplacar la cólera del caballero, y este, cuyos deseos ya sabemos que eran volver á su pais querido, cuyo corazon ya sabemos que suspiraba sin cesar por tornar á su patria, sintió con este hecho aumentarse los propósitos que hechos tenia de demandarle perdon á don Jaime, y aquel mismo dia escribió con este objeto á los amigos que dejára en la corte del monarca aragonés.

La carta no pudo llegar en mejor ocasion ni mas á tiempo. Don Jaime sazon en Alcañíz de regreso de Mallorca cuya brillante conquista ha-vado á cabo, se quejaba de la gran falta que le hacian los muchos caballeros que habian quedado en la isla. Los ricos homes adictos -ado Don Blasco, aprovecharon esta circunstancia para hablar al

nas de guerra del tiempo de Don Jaime con las cuales se arrojaban piedras muy



Sus cabezas rodaron una tras otra por la arena.

rey en su favor, le dijeron que habia ya satisfecho suficientemente su desacierto con tan largo destierro, é hicieron sobre todo valer á la consideracion de S. A. los grandes servicios que podia prestar un hombre de su clase y valor personal.

Fué contento el rey de acceder á ello, y avisado el de Alagon, partióse de Valencia y vino con todos sus caballeros á arrojarse á los piés de su jóven soberano quien le levantó y abrazó perdonándole con muestras del mayor júbilo.

III.

LA CONQUISTA DE VALENCIA.

Poco tiempo hacia que estaba Don Blasco con el rey de Aragon, cuando este recibió la nueva de la conquista de Ibiza, nueva que mandó celebrar con un *Te Deum laudamus,* segun acostumbraba, en la iglesia de Nuestra Señora de Nazaret.

Tambien por aquel entonces sucedió en Valencia que envalentonados los partidarios de Zaen con la ida de Don Blasco y de sus caballeros á los que tanto temian, armaban á toda prisa un ejército y caian sobre Zeit Abaceit al que arrojaban del trono obligándole á refugiarse en Segorbe.

Una tarde en que se hallaba Don Jaime departiendo mano á mano en una azotea de su palacio con Don Blasco de Alagon y Don Hugo de Forcalquier maestre del Hospital, dijo este último al rey:

—Señor, ya que tanto os ha favorecido Dios en la empresa de Mallorca y de las demás islas, nada intentareis ahora contra ese reino de Valencia, que

ha hecho siempre fronteria á los de vuestro linage, quienes, aunque en vano, se esforzaron siempre por conquistarlo? Así Dios me ayude, creo que seria bueno que lo pensásemos, ya que estamos aquí reunidos; pues Don Blasco sabe mas que nadie en este negocio, y él podrá deciros qué tierra es aquella, y qué lugar le parece mas á propósito para que, ganándolo, podais vos entrar por él en aquel reino.

— Dispuesto estoy á manifestar al rey lo que sepa — dijo en esto el de Alagon — y cuanto pueda serle de provecho. Me esplicaré, ya que vos lo quereis maestre.

Apoyó el mismo rey lo que dijera Don Hugo y Don Blasco habló de esta manera:

—Señor, bien ha dicho el maestre del Hospital, que ya que Dios os ha dado conquistas allende el mar, justo fuera que conquistaseis tambien lo que está á las puertas de vuestro reino. Yo, señor, he vivido en Valencia todo el tiempo que desterrado he permanecido de vuestros reinos, y aseguraros puedo que no hay en toda la tierra mejor ni mas hermoso pais, y que de Dios abajo no hay tan ameno lugar como la ciudad de Valencia y todo su reino; de modo que si llega á favoreceros Dios en esa conquista: como os favorecerá, decir podreis que habeis ganado la mejor tierra del mundo, y que teneis en vuestro poder los mas amenos y fuertes castillos.

De este modo continuó su razonamiento Don Blasco acabando por proponerle que lo primero que se debia ganar era la villa y castillo de Burriana.

Inflamado el ánimo de Don Jaime con tan halagüeñas esperanzas, aplazó la jornada para despues de su casamiento con la infanta Doña Andrea de Hungría, y en el interin el de Alagon pidió permiso al rey para poder empezar á inquietar á los moros de Valencia, diciéndole que él no se hallaba sino combatiéndolos y que sus caballeros, á no ocuparles, confundirian la tierra con revueltas y cuchilladas que no se podria haber con ellos. Otorgóle Don Jaime este permiso con ventajosas condiciones, y no tardó Don Blasco en ganar el castillo de Morella, el cual le pidió el rey que se lo cediese para incorporarlo á la corona, accediendo á ello el de Alagon que recibió en cambio y recompensa á Sástago, Pina, María y otras poblaciones y castillos que hoy dia conservan bajo el título de condes de Sástago sus ilustres descendientes.

En esta jornada logró Don Blasco el placer de ver otra vez á Zeit, el rey su antiguo amigo, que vino á visitarle en su plaza de Morella donde fué recibido por el aragonés con grande halago. Don Jaime conocióle tambien allí por vez primera, y aquel monarca sin estados á quien las desgracias habian

instruido, recordando la profecía de San Juan de Perusia al tiempo de su martirio, pidió se le instruyese en los dogmas de nuestra religion, recibiendo el bautismo y tomando el nombre de Don Vicente añadiéndole el apellido de Belluis (bellos ojos) en razon á sus ojos que los tenia grandes y muy hermosos. De Zeit el monarca destronado, es pues de quien descienden los Belluises (1).

Ocurria todo esto á principios de 1236. Desde entonces, ganada Morella, no se levantó ya mano de la conquista, y Don Jaime vió coronados sus heróicos esfuerzos con la toma de Valencia el 28 de setiembre de 1238.

Al lucir la radiante aurora de este dia, desocupada ya Valencia de los moros que llorando se habian de ella partido, protegidos, segun capitulacion, por la señera del rey enarbolada en la torre de Alibafat, la bella poblacion que baña el Turia vió acercarse una lujosa comitiva á sus puertas.

Iban primero las escuadras de las ciudades, siguiendo una bandera que tenia pintado un Crucifijo en una parte y en la otra la imágen de Nuestra Señora. Llevaba esta bandera el confesor del rey acompañado de cien hombres de armas. Luego despues de la infantería, iban la mayor parte de los caballeros con trajes de guerra ó de corte, todos muy lucidos, ginetes en sus caballos encubertados, llevando la enseña de San Jorge. Tras de estos llegaban los grandes y ricos homes todos juntos enarbolando la señera real y precedidos por todas las trompetas y añafiles del campo. Iban en pos todos los obispos y prelados menores cantando el Te Deum. Despues venia el rey solo, caballero en un corcel encubertado con paramentos azules, puesta su sobre vesta real y almete en la cabeza, siguiéndole la reina en medio de los dos arzobispos de Tarragona y Narbona, y por fin las infantas y damas, yendo con las primeras Zeit Abaceit, el que fuera rey de Valencia y era entonces Don Vicente de Belluis. Cerraba el cortejo el resto de la caballería cristiana y los moros que iban en el campo sirviendo á Don Jaime.

Tal fué el órden con que entró en la ciudad la rejia cabalgata. Así que estuvieron dentro, el rey descabalgó de su caballo y vuelto hácia el oriente, cayó de rodillas, besó la tierra y dióle gracias á Dios por la merced que le hiciera de otorgar á sus armas aquel reino tan codiciado de todos sus antepasados.

Al dia siguiente, cuando empezó la reparticion de tierras, Don Jaime devolvió lo primero de todo á Zeit sus propiedades y entre ellas la casa de placer ó palacio situado fuera de los muros; donde habia tenido lugar el martirio de los dos santos franciscanos

(1) Beuter

Luego que de esto se tuvo noticia, Don Blasco se presentó á Zeit y este que no deseaba otra cosa que aplacar la cólera del cielo por la muerte dada á los dos santos, admitió gozoso la idea de su antiguo amigo que le propuso donar á los religiosos franciscos, para fundar un convento, el palacio y huerta en que habia acaecido el martirio con sus terrenos adyacentes.

En su consecuencia, dióse principio á la obra en enero del siguiente año 1239.

IV.

EL CONVENTO.

—

Pasemos ahora á ocuparnos de este edificio no tan importante por lo que es en sí, como por hallarse unidos sus fastos á la gloriosa conquista que su fundacion recuerda; y para poder detallarlo mejor y mas cumplidamente, dejaremos guien nuestra pluma los cronistas y literatos que sobre él han escrito, particularmente el aventajado escritor valenciano Don J. M. Zacarés, quien ha dado á luz acerca de él, y con riqueza de datos, unos interesantes y curiosísimos artículos.

Ya se ha dicho que se dió comienzo á la obra en 1239, construyéndose desde luego la misma iglesia principal existente en el dia, aunque con algunas pequeñas variaciones necesarias á un templo que ha atravesado en pié el espacio de cerca de seis siglos.

Consta la iglesia de una gran nave, de arquitectura medio gótica, muy elevada y sostenida por arcos de medio punto apoyados en los postes de las capillas laterales, en cuyas pilastras resaltadas habia altaritos que se quitaron en 1814, cuando se renovó, despojándola de la inmensa talla y

hojarasca con que se la habia revestido en el siglo XVI, conforme al gusto churrigueresco en aquel entonces dominante. El altar mayor, formado con cuatro columnas corintias en el primer cuerpo y de dos compuestas en el segundo, era de arquitectura de mejor tiempo, como tambien el tabernáculo en el que se admira un Salvador del famoso Juan de Juanes. En medio del altar estaba pintado el jubileo de Porciúncula por Gaspar de la Huerta, y en los pedestales, intercolumnios y por toda la iglesia veíanse pinturas de mérito debidas á los Conchillos, los Marchs, Don José Vergara, Don Luis Planes y el padre Villanueva, religioso del mismo convento que logró adquirir gran crédito en Valencia.

Ponz hace mencion de un Angel custodio que habia á los piés de la iglesia y se tenia por de Ribalta, y espresa asimismo lo mucho que le gustó un cuadrito de Espinosa en la capilla de los ángeles, que representaba la Traslacion de la santa casa de Loreto. Los cuadros colocados en las paredes de la capilla de la Concepcion eran del citado Huerta, y los de los altares de San José, San Pedro Regalado, San Benito de Palermo y otros, de Espinosa, los dos Vergaras y otros contemporáneos de quienes eran asimismo las obras de escultura hechas en ellos.

En la sacristía existieron hasta el año de 1812 catorce grandes cuadros del célebre canónigo de San Felipe, Don Vicente Victoria, pintor, anticuario y poeta, hombre de quien se hizo gran caso en su tiempo, pintor de Cosme III, gran duque de Toscana y al que Palomino, Ponz y otros escritores prodigan grandes elogios, poniendo el último su retrato en su *Viage de España* y en el tomo referente á Valencia. Los catorce cuadros citados representaban en figuras del tamaño natural diferentes historias pertenecientes á la orden de San Francisco y á la fundacion de la casa. En uno de los principales, dice Ponz, quien tuvo ocasion de examinarlos detenidamente, se hallaba retratado Don Vicente Belluis, antes Zeit Albaceit rey de Valencia, donador del terreno en que está ahora el convento y estaba antes su palacio de recreo. En frente de este cuadro habia otro que espresaba la restauracion de la iglesia hecha por Berenguer de Corinat, mayordomo de don Pedro IV de Aragon el *Ceremonioso,* á quien se dice lo encargó el mismo santo Patriarca apareciéndosele en traje de mendigo, y entonces se construyó el coro inferior que servia tambien de presbiterio y concluyó el alto, bajo cuya bóveda habia dos capillas muy devotas, particularmente la titulada de Nuestra Señora de los Angeles.

La iglesia tiene tres puertas, una á los piés, que por bajo del coro alto

sale al tránsito ó entrada por donde se comunica con la capilla llamada de la Tercera órden, otra que sale al pórtico de la plaza y otra junto á la sacristía que comunica con los claustros principales. Estos son grandísimos y se hallan cortados en su centro por una serie igual de pórticos que hace muy buen efecto, pero en cuanto á su arquitectura y ornatos valen poco: tenian pinturas en todos los lunetos, obra del citado Fray Antonio de Villanueva, que representaban la vida de San Francisco, reproducida en azulejos, de que se hallaba chapado todo el claustro hasta la altura de unos ocho palmos, con varias historias de un dibujo incorrecto pero de colores muy vivos y propios de esta clase de obras, produccion esclusiva del suelo valenciano, amenizados con inscripciones, algunas estravagantes y otras muy curiosas; en los intermedios de los lunetos habia tambien alusivas á los mismos, varias de las cuales inserta Zacarés en los mencionados artículos, para memoria y muestra del estilo de las demás.

Nos contentaremos con copiar aquí solo las tres siguientes:

Et in medio ignis non sum æstuatus.
ECC. CAP. 51.

Impura solicitó
á Francisco y diligente
desde el fuego la llamó:
y al ver cama tan ardiente
la turca se convirtió.

Et super nivem dealbabor.
PS. 50. V. 8.

Intacta el santo procura
su pureza conservar,
y en la nieve halló la cura,
pues con tanto refrescar
atajó la calentura.

Jussit particulatim avibus.
2. MAC. C. 15.

No fué al aire su oracion,
pues sus palabras suaves
trajeron con devocion
por el aire muchas aves
para escuchar su sermon.

A la izquierda de este claustro estaba la capilla capitular que era, segun Zacarés, muy elevada y de bóveda y arquitectura rigurosamente gótica. Los claustros interiores tenian tambien pinturas del P. Villanueva y en un ángulo

se conservaba en tiempo de Ponz, que dice haberlo visto, un altarito poco considerado con seis historias del nuevo testamento. Era obra de la edad de Cárlos V y, á su modo de ver, habia mas razon en su arquitectura que en muchos de los de entonces. Las figuras de las tablas dice que se veian vestidas con paños de oro y que tenian actitudes sin afectacion verdaderas.

Despues de este claustro seguia la obra que llamaban nueva con vistas y luces espaciosas al huerto y patios interiores, formando una serie de habitaciones y complicado laberinto de corredores, á propósito para una comunidad numerosa como era la que regularmente ocapaba el convento: las cocinas, refectorios y demás oficinas correspondientes estaban entre la obra antigua y la nueva, que sin embargo de esta circunstancia, dice el señor Zacarés, se ha destruido ya en nuestros dias.

Si se daba la vuelta por la izquierda del claustro principal, encontrábanse dentro del mismo monasterio algunas capillas á las que iba anexa singular devocion. La primera con que se tropezaba, era la del Buen Pastor, que apenas presentaba otra particularidad que la imágen del Salvador, pintura del valenciano Juan Conchillos.

Al salir del claustro se encontraba la de la Purísima Concepcion, que al contrario de la citada que era de bóveda achatada y mezquina arquitectura, era espaciosa, de muy buen gusto, siendo su cúpula y media naranja de muy buena arquitectura gótica. Contaba entre sus preciosos ornatos una porcion de cuadros de pintores que habian visto la luz en las amenas orillas del susurrante Turia. Un pequeño átrio cerrado con puerta de hierro de antiquisimo enverjado separaba esta capilla del pórtico y de la de San Antonio de Padua que tenia la entrada por la derecha del mismo átrio.

Esta última capilla, no obstante ser pequeña y de la época de la primitiva fundacion, manifestaba en sus cimbrados arcos toda la clásica solidez que lleva consigo la arquitectura gótica. Parece que el cuadro del retablo era pintura de gran mérito y muy apreciada por lo mismo.

La mayor parte del frontis que cae á la plaza lo ocupaba el mismo gran pórtico que subsiste en el dia y en él se veian varios cuadros del P. Villanueva. Al estremo izquierdo del pórtico formando frente al mismo, estaba una bella y preciosa capilla llamada de Nuestra Señora de los Ángeles, la misma donde hemos dicho que admiró el señor Ponz el cuadro de Espinosa. Sobre esta capilla se elevaba la torre ó campanario que subsiste ahora, formado de un cuerpo cuadrado de cantería que termina en pilastras de órden dórico, y sobre él otro de figura exágona trabajado de ladrillo con varias caprichosas labores.

A la derecha del covento habia otro trozo de edificio conocido generalmente con el título de los genoveses, acaso por haber pertenecido ó costeádolo los individuos de esta república en el tiempo de su apogeo, pero ya desde principio del siglo anterior lo ocupaban esclusivamente los religiosos pertenecientes á la comision de los santos lugares de Jerusalen en Valencia, que formaban un cuerpo separado de la comunidad de San Francisco. Hiciéronse en este local obras de mucha consideracion á primeros de este siglo, pero en la actualidad sirve, ó á lo menos servia cuando el autor estuvo en Valencia en 1846, de cuartel de caballería.

La plaza conocida hoy por de San Francisco era precisamente lo que ocupaba un huerto perteneciente á la comunidad, huerto que jardin un dia del palacio de Zeit, habia presenciado el martirio de los santos Juan de Perusia y Pedro de Saxoferrato. Estaba plantado, en tiempo de los frailes, de gigantescos cipreses, robustos y copados pinos, galanas palmeras y multitud de árboles frutales que formaban vistosas calles cerradas por setos de murta y otros varios arbustos.

En el centro de este huerto cuenta el citado escritor valenciano que habia una choza habitada por un ermitaño, cuya habilidad para trabajar varias clases de pastas que despachaba en el mismo sitio ha llegado á ser proverbial en Valencia: llamábase Fray Antonio.

En 1806 fué derribada la cerca del huerto, arrancados de raiz todos los árboles, quedando á disposicion del público la anchurosa plaza.

El convento fué poseido hasta el primer tercio del siglo XVI por religiosos llamados conventuales, pero en dicha época el célebre cardenal Don Fray Francisco Jimenez de Cisneros, regente de España, introdujo la regular observancia en que subsistió hasta su supresion en 7 de Agosto de 1835, pasando entonces el edificio á servir de cuartel de infantería, destino que han tenido la mayor parte de los conventos y destino al cual aun se debe afortunadamente la conservacion de algunos famosos monumentos que como el que hemos esplicado, participan del arte y de la historia, y cuya pérdida hubiera sido otra mancha para los hijos de esta época y de esta tierra.

V.

LOS FRANCISCANOS.

Con haber llegado á un convento de padres de San Francisco, hemos llegado tambien á uno de los puntos mas culminantes de esta obra, á uno de los capítulos mas importantes, á una de las páginas mas delicadas y, si se pudiera y nos atreviéramos á decir, mas resbaladizas.

Es que tenemos que entrar á escribir la historia de los Franciscanos, de esta robustísima rama del tronco de las órdenes religiosas, de esta rica familia de mendigos que ha regado con la sangre de sus mártires las regiones del Oriente, que ha conmovido los pueblos desde lo alto de los púlpitos con la poderosa palanca de su influyente palabra, que se ha sentado lo mismo en el poyo humilde de la cabaña del pobre pescador que en el muelle sofá del opulento gabinete del potentado, y que al mismo tiempo que ha aparecido marchando entre las filas compactas de los conquistadores soldados de la cruz, se ha presentado á ostentar su burdo sayal junto á los tronos de los reyes y á pisar con sus humildes sandalias las alfombras de los régios y encumbrados palacios.

Los hijos de San Francisco lo han hecho todo, lo han probado todo, lo han sido todo.

Han muerto como guerreros en el campo; han perecido como mártires en

la cruz y en la hoguera; han dejado de existir como sacerdotes junto al lecho del enfermo en las epidemias; han cruzado como mendigos el mundo; han recorrido como pordioseros los pueblos y las ciudades; han penetrado como misioneros en las comarcas mas vírgenes; han aparecido como predicadores en todos los púlpitos; han ocupado como profesores todas las cátedras; se han introducido como confesores en las alcobas reales; y en fin, con las sandalias atadas á sus piés descalzos, han subido como grandes de España (1) las primeras gradas del trono y se han sentado como papas en la silla del Vicario de Cristo (2).

Pesada es la carga que echamos sobre nuestros débiles hombros al ir á trazar la historia de esta órden, pero la sobrellevaremos como mejor podamos y cumpliremos nuestra mision como mejor comprenderemos.

Entremos pues en materia.

Pero antes permítasenos contar un hecho por via de brillante introduccion.

En tiempo del cuarto concilio de Letran, dos hombres habitaban Roma sin conocerse, sin que jámás el nombre del uno hubiese herido los oidos del otro: eran San Francisco y Santo Domingo. Una noche que Domingo estaba rezando segun su costumbre, vió á Jesucristo irritado contra el mundo y á su madre que le presentaba dos hombres para aplacarle (3). Conocióse él mismo como uno de ellos, pero no sabia quién era el otro y miróle atentamente para que se le quedaran grabadas sus facciones.

Al dia siguiente en una iglesia, se ignora cual, vió bajo un trage de mendigo el rostro que se le habia aparecido la noche anterior. Corrió á este pobre, le estrechó entre sus brazos con santa efusion y díjole conmovido:

—Vos sois mi compañero, marchareis conmigo; apoyémonos mútuamente en nuestra sènda y nadie podrá nada contra nosotros.

Aquel pobre era Francisco.

Desde entonces se vieron unidos con santa é inalterable amistad. Su celo se partió el mundo para regenerarle y salvarle (4).

Es una cosa admirable, dice un antiguo autor católico, ver á dos hombres pobres, mal vestidos, sin poder éntre los hombres, partirse entre ellos el mundo y tratar de vencerle. Y le han vencido por la ciencia y por el amor, le han vencido. Francisco y su órden, abrasados del ardor de los serafines, es-

(1) El general de los Franciscanos gozaba de la grandeza de España.

(2) Sixto V y Clemente XIV han pertenecido á esta órden.

(3) Wadding, *anales de los franciscanos*.

(4) Henrriou: *Historia de las misiones*.

parcieron á grandes oleadas el amor por el mundo; Domingo y sus hijos, revestidos del esplendor de los querubines, propagaron y defendieron la verdad. Nos quedan dos monumentos imperecederos de la union de estas dos órdenes; forman el primero esas simpáticas ceremonias celebradas en comun el dia de la fiesta de ambos patriarcas, esos cantos en su honor, esos perfumes quemados sobre sús tumbas; es el segundo una magnífica carta dirijida á todos los religiosos de ambas órdenes, en la cual Humbert, general de los hermanos Predicadores y San Buenaventura, general de los hermanos Menores, les exhortaban á mezclarse y ayudarse para servicio de la Iglesia. Esas dos grandes familias no se han apartado en nada de esas piadosas instancias: han rezado juntas, han trabajado juntas, han sufrido juntas y su sangre se ha mezclado mas de una vez en los mismos suplicios.

Por esto es que Sixto IV esclamaba tambien dejándose arrebatar por su admiracion: «Estas dos órdenes, como los dos primeros rios del paraiso de delicias, han fecundado la tierra de la Iglesia universal con su doctrina, sus virtudes y su mérito, y la hacen cada dia mas fértil. Son esos dos serafines, los que, elevándose en alas de una contemplacion sublime y de un amor angélico y superior á todas las cosas de la tierra, por el canto asiduo de las alabanzas divinas, por la manifestacion de los beneficios inmensos que Dios, supremo obrero, ha confiado al género humano, llevan sin cesar á los graneros de la Iglesia santa los trigos abundantes de la pura siega de las almas, rescatadas por la preciosa sangre de Jesucristo. Son las dos trompetas de que se sirve el Señor Dios para llamar los pueblos al banquete de su santo Evangelio.»

Retrocedamos ahora un poco y vamos á tomar la historia desde su origen.

Francisco nació en *Asis*, en Umbría, por los años de 1182, siendo su padre comerciante, cuya profesion no quiso seguir desechando su voluntad y haciendo propósito de no conocer otra, segun él mismo, que la de su padre celestial.

En efecto, despues de una larga y peligrosa enfermedad que le habia afligido, sintióse con una vocacion decidida por la soledad y el estado monástico; abandonó su familia, y fué á establecerse en un desierto llamado *la Porciuncula*, á poca distancia de su villa natal. Tenia entonces veinte y cinco años, un hábito basto cubria su desnudez, no queria dinero y vivia de limosna. A sus ideas cenobíticas unia una ardiente caridad, y la pureza de sus costumbres igualaba al fervor de su devocion.

Pronto tuvo once compañeros y decidió con ellos formar una religion. Pasaron á Italia, pero era tal su aspecto y sus rostros estaban

tan desfigurados, que al presentarse al papa Inocencio III para la aprobacion de su proyecto, los despidió sin querer darles apoyo ni inspirarles la mas leve confianza (1).

Sin embargo, un sueño que tuvo obligó á este pontífice á llamar á Francisco para aprobar su proyecto, y bien pronto pudo Francisco de Asis establecer las bases de una órden monástica que confirmó Honorio por la bula que principia *Solet annuere*.

En corto tiempo hizo esta religion tales progresos, que en el primer capítulo que celebró en la iglesia de la Porciuncula (2), que fué su primer convento, existiendo aun su fundador, se hallaron mas de cinco mil religiosos sin contar los que habian quedado en los conventos (3). Llamóse á este el capitulo de las *Esteras* porque todos los que asistieran fueron abrigados en cabañas formadas con esteras (4).

Hombres venerables y conocidos por sus eminentes virtudes se unieron á esta nueva religion, entre otros San Antonio de Padua, que para tomar el hábito de los Menores dejó el de los canónigos reglares de San Agustin cuyo instituto abrazara desde niño (5).

Despues de celebrado el primer capítulo, Francisco quiso realizar el sueño mas entusiasta de su vida, llevar á cabo su mayor y mas afanoso pensamiento. Quiso que acabára de ser una verdad completa la idea de que á la sombra de la cruz tutelar, plantada en el mundo como un signo de union y de paz, el género humano era llamado á la unidad de la familia.

Las cruzadas habian abierto las puertas del Oriente y allí faltaba savia que en aquellas remotas playas hicieron brotar tiernas, pero vigorosas ramas

(1) Rodriguez Ferrer.

(2) Refiere un autor que el dia 18 de Octubre de 1208 hizo San Francisco ante el obispo de Asis solemne renuncia de cuantos bienes le pertenecian: empezó su predicacion, y habiendo logrado reunir siete discípulos que lo fueron Bernardo de Quintava, ciudadano; Pedro Cataneo, canónigo de aquella catedral, Fray Gil, despues tan famoso por su docta sencillez; Fray Sabastiano, Fray Morisco pequeño, Fray Capela y Fray Felipe Longo, se retiró al despoblado, una milla distante de Asis, donde habia una choza, albergue de los pastores que guardaban el ganado del convento de San Benito á cuyo abad pidió el santo permiso para recogerse allí con sus compañeros, accedió aquel muy gustoso, dándoselo tambien para que dispusieran de él á su arbitrio; púsole el santo patriarca el nombre; de *Porcúncula*, que en la lengua del pais equivale á partecita ó parte pequeña aludiendo á los pequeños principios de la religion que se proponia fundar.

(3) Castro y Barresto.

(4) Baron Henrrion

(5) Mariana

al árbol del cristianismo bajo cuya sombra se agrupan los pueblos y cuyos frutos salutíferos comunican á las naciones la vida de la inteligencia y del alma.

Francisco comunicó pues su pensamiento á sus hijos y les dijo que debian ir allí como mendigos para volver como apóstoles ó morir como mártires. Su pensamiento fué acogido con el entusiasmo mismo que lo habia motivado. El santo Patriarca envió entonces misioneros á diversas comarcas, particularmente á Africa, reservándose él para sí la mision de Egipto y de Siria, donde esperaba hallar la corona del martirio.

Fray Gil y sus compañeros enviados á Tunez, nada pudieron alcanzar de la obstinacion de los musulmanes; elevóse contra ellos tal rumor, que los mercaderes cristianos, retrocediendo ante la persecucion, les condujeron á sus buques y les forzaron á regresar á Europa, escepto Fray Elias y algunos otros que habian ido á otro punto á predicar la salvadora doctrina (1).

San Francisco, que se embarcara en Ancona con once religiosos, llegaba por aquel entonces al puerto de Tolemaida en Palestina. Era cuando los cristianos que formaban la sexta cruzada sitiaban Damieta y cuando á su vez, el sultan de Egipto tenia sitiados á los cruzados en sus trincheras apoyado por un ejércitó numeroso que le enviara el sultan de Babilonia, ciudad situada frente á Menfis, cerca del Nilo, y cuyas ruinas han servido para formar el gran Cairo (2).

Francisco, qué habia llegado en esto al campo de los cruzados en compañía de un solo religioso, tuvo la revelacion de que la victoria no seria para los cristianos si se lanzaban al combate con los infieles (3), y esforzóse por lo mismo en disuadirles de su intento.

Fué en vano, no escucharon sus consejos, y salieron de sus trincheras para atacar al enemigo, pero, cumpliéndose la prediccion del santo, los guerreros de la cruz que pocos dias antes, el domingo de ramos, habian dejado á cinco mil musulmanes tendidos en el campo de batalla, de manera que *los cristianos no llevaron aquella mañana otras palmas que sus espadas desnudas y sus lanzas ensangrentadas* (4), fueron rechazados aquel dia con una pérdida de seis mil hombres.

Mientras que los ejércitos estaban frente á frente y nadie podia salir del campamento sin peligro, Francisco á quien nada intimidaba, abandonó

(1) Wadding y Henrrion.
(2) El conde de Estourme: *Viage á Oriente.*
(3) San Buenaventura: *Vit. S. F. c.* 9
(4) Historia contemporánea.

á los cruzados y se dirigió hácia los infieles con su solo compañero. En el camino hallaron por casualidad dos ovejas, al verlas volvióse el santo hácia su amigo.

—Valor, hermano mio, —le dijo, —valor y confiemos en las promesas del que nos envia como á ovejas entre lobos.

Al ser vistos por las centinelas avanzadas del campamento infiel, los musulmanes corrieron á su encuentro, les prendieron, y empezaron á golpearles y á llenarles de injurias.

—Somos cristianos, —les dijo sonriendo Francisco, —llevadnos ante vuestro señor.

Hiciéronles entonces entrar en la tienda del sultan que preguntó á los religiosos quien les enviaba.

—Dios me envia á tí —respondió con firmeza San Francisco, —para mostrarte á tí y á tu pueblo el camino de la salvacion, enseñándoos las verdades del Evangelio.

Esta firmeza, esta resolucion y serenidad asombraron al sultan que sintiéndose dominar por humanitarios impulsos y obedeciendo quizá á una voz desconocida, invitó á Francisco á residir en su campo y en su compañía.

—Consiento de buen grado —replicó el hombre de Dios, —si quereis, tú y tu pueblo escuchar la palabra divina. Pero, si balanceais entre Jesucristo y Mahoma, manda encender una hoguera en la que entraré con los doctores de tu ley, á fin de que el Dios criador de los elementos, manifieste á todos la fé que seguir se debe.

El sultan contestó que no creia que ningun doctor de su ley aceptara el desafío y se espusiera á los tormentos por su religion. En efecto, uno de los mas venerados imanes habia ya desaparecido temblando á la proposicion del santo.

—Pues bien, —dijo entonces Francisco —entraré solo en el fuego, si tú me prometes en tu nombre y el de tus súbditos, haceros cristianos en caso de que me veais salir sano y salvo de entre las llamas.

El sultan contestó á esta proposicion que temia una revuelta si así se comprometia su palabra; ofreció en seguida varios presentes al santo que, al rehusarlos, se hizo aun mas venerable á sus ojos y, en fin, le envió con una escolta al campo de los cruzados diciéndole:

—Ruega á Dios por mí, cristiano, para que me haga conocer la verdadera religion y me dé el valor de abrazarla.

Desde aquel dia Malek-Kamel se mostró mas favorable á los cristianos, y aun



Dios me envia á ti!

pretenden varios escritores que recibió el bautismo poco tiempo antes de su muerte.

Un célebre autor (1) en un panegírico de San Francisco de Asis habla así de la mision del santo, en quien ensalza *la generosa, la sábia y la triunfante locura del cristianismo.*

«Corre, dice, al martirio como un insensato; ni los rios, ni las montañas, ni los vastos espacios de los mares bastan á refrenar su ardor. Pasa á Asia, á África, á donde quiera que cree ser mas encarnizado el odio contra el nombre de Jesus. Predica públicamente á estos pueblos la gloria del Evangelio; descubre las imposturas de Mahoma, su falso profeta. ¿Y qué, aquellos sus tan vehementes reproches no animan á los bárbaros contra el generoso Francisco? Al contrario, admiran su celo infatigable; su firmeza invencible, ese prodigioso desprecio de todas las cosas del mundo; le hacen y tributan mil especies de honores. Francisco, indignado de verse así respetado por los enemigos de su Dios, comienza de nuevo sus invectivas contra su religion monstruosa; pero, estraña y maravillosa insensibilidad! mayor deferencia le demuestran entonces, y el bravo atleta de Jesucristo, viendo que no podia merecer que le diesen la muerte: «Salgamos de aquí, hermano mio, decia á su compañero; huyamos, huyamos lejos de esos bárbaros demasiado humanos para nosotros, puesto que no podemos ni obligarles á adorar á nuestro Señor, ni á perseguirnos á nosotros que somos sus servidores. Ó Dios! cuando será que mereceremos nosotros el triunfo del martirio, si hallamos honores aun entre los pueblos mas infieles? Puesto que Dios no nos juzga dignos de la gracia del martirio, ni de ser partícipes de sus gloriosos oprobios, vámonos, hermano mio, vámonos á acabar nuestra vida en el martirio de la penitencia, ó busquemos decididamente algun rincon de la tierra donde podamos beber á grandes tragos la ignominia de la cruz.»

San Francisco viajó por Palestina y por Siria. A su piedad en ir á buscar en Oriente los trabajos del apostolado y la corona del martirio, es á lo que deben los Franciscanos la santa guardia que se les ha confiado de los santos lugares. El Patriarca adquirió de este modo para su órden el privilejio de rezar y de morir entre la cuna y la sepultura de Cristo; y aun hoy dia esos buenos y dignos religiosos, cuyo traje respetan hasta los infieles y cuya hospitalidad es bendecida por millares de peregrinos, aun hoy dia tienen un techo y un altar en Jerusalen, en Belen, en Nazaret,

(1) Bossuet.

en Jaffa, en todas partes donde la historia de la redencion ha dejado un recuerdo (1).

Cuando San Francisco volvió á Italia, supo con regocijo el fin glorioso de cinco de sus hermanos á los que habia encargado ir á predicar el Evangelio á los mahometanos de Occidente. Habian los dignos religiosos principiado su mision por los moros de Sevilla y se habian despues embarcado para Marruecos, donde se les azotó tan cruelmente, que sus costillas quedaron descubiertas, arrojándoles en seguida en las heridas vinagre y aceite hirviendo; aun así no se pudo moderar su celo ni su ardor; el miramamolin entonces les llamó á su presencia, les ofreció oro, regalos, honores para que abjuraran su religion, les presentó las mugeres mas seductoras para tentarles, y viendo que nada conseguia, cediendo á un furioso arrebato, les hizo saltar él mismo la cabeza con su propia cimitarra.

Al año siguiente otros siete religiosos de la misma órden, se embarcaban en un puerto de Toscana para Marruecos, proponiéndose, como los cinco mártires predicar el Evangelio á los mahometanos. Poco tardaron tambien en alcanzar la palma que buscaban.

Siguiéronles otros y otros. Las comarcas de los infieles se poblaron de misioneros Franciscanos que morian cantando himnos al Señor en medio de los mas crudos dolores y tormentos. Los anales de esta órden son ricos en este punto y se necesitaria un volumen para transcribir solo los nombres de los hijos de San Francisco que murieron, en santa rivalidad, esparcidos en las tres partes del mundo entonces conocido.

Mientras tanto, Francisco de Asis moria en Occidente en 1226. Habia dado siempre á sus discípulos el ejemplo de la mas estricta austeridad. Su modestia igualaba á su desinterés, de modo que dos veces dimitió el generalato de su órden para revestir á otros que creia mas dignos que él, á Pedro Catanco primero, y á Elias despues.

Francisco fué canonizado en 1228 bajo el pontificado de Gregorio IX. Nadie era mas digno que él de este honor, que le tocaba de derecho sino á causa de sus milagros, al menos á causa de sus virtudes reales y de sus raros méritos.

A su paso por España habia fundado él mismo varios conventos, dejando con ellos la semilla que tantos frutos debia producir en nuestra tierra. Fueron de este número el de Santiago de Galicia y el de Madrid, llamado despues *San Francisco el grande.*

Los hijos del glorioso patriarca no permanecieron siempre fieles á la mi-

(1) Anales de la propagacion de la fé.

sion que les habia trazado su fundador. Desgraciadamente, las relajaciones y privilegios de los conventuales de la comun observancia, llamados claustrales, resfrió sobremanera el piadoso espíritu de esta órden, y ella mas que ninguna otra mostró hasta los últimos años de su existencia, tristes muestras de la poca severidad de su claustro (1).

La primera regla impuesta por San Francisco á su órden habia sido la pobreza y la obligacion de vivir solo de limosnas; la órden empezó á crecer prodigiosamente y los conventos se elevaron por centenares. La ambicion y tambien el deseo de la dominacion, es cosa innegable, penetraron en sus claustros donde solo debian reinar la pobreza y la humildad; los frailes *mendicantes* quisieron ser ricos; los que su fundador habia llamado menores, en signo de su inferioridad temporal, quisieron dominar y tocar con su sandalia calzada á su pié desnudo una á una las gradas por dó suben los poderes de la tierra. Para llegar á este resultado, era preciso saber, era fuerza, si, saber para luego enseñar y olvidando los preceptos de San Francisco, el estudio y las ciencias entraron en las celdas de donde salieron bien pronto célebres doctores tales como Buenaventura, Alejandro de Hales, Scott, Bacon etc. Los Franciscanos ocupando entonces las sillas de los profesorados, recibieron la confesion de los príncipes y de los reyes y llegaron á las mayores dignidades de la Iglesia.

Queriendo atajar la relajacion, formáronse las reformas con sus varias denominaciones, habiendo habido tantas con el tiempo, que sin contar con las que se llevaron á efecto en las casas Italianas, se introdujo en España la de la observancia regular por Fray Pedro de Villacreces, natural de Valladolid, fundando su primer convento en la Alcarria, y esta, volvióla á reformar Fray Juan de Guadalupe con la *descalza* y una observancia mas estrecha, llamándose sus individuos *recoletos*. En fin, multiplicándose al estremo, el papa Leon X espidió su bula llamada de la union que principia *Ite* etc. en 1517 por la que las redujo todas á un solo cuerpo con el nombre de *Observantes,* en lugar de *Menores,* y separado de los *Claustrales*. Sufrió esta bula sin embargo contradicciones y el general ó cabeza de la religion se nombraba de la órden de los *Menores Observantes*.

A fines del último siglo, la órden de los Franciscanos poseía siete mil conventos de hombres y nuevecientos de mugeres. Dividíase entonces en varias ramas: los *religiosos de la observancia*, descalzos, reformados y recoletos, formaban el primer órden; el segundo comprendia las congregaciones de

(1) Rodriguez Ferrer.

mugeres, conocidas con el nombre de *clarisas*, *urbanistas y capuchinas;* en fin el tercero, destinado á los seglares y llamado *órden terciaria*, encerraba sin embargo religiosos y religiosas de diversas congregaciones.

Todas estas ramas unidas formaban dos familias, denominada la una *Cismontana* (Italia, Alemania superior, Hungría, Polonia, Siria y Palestina) y la otra *Ultramontana* (Francia, España, Alemania inferior, islas del Mediterráneo, África, Asia é Indias). Todas estaban sometidas á un general comun, el que se nombraba por sexenios y el que, segun se ha dicho, por privilegio de nuestros reyes gozaba los honores de la grandeza de España.

La descalza, que era la observancia mas estrecha, floreció particularmente en España é Indias; la de los reformados en Italia y la de los recoletos en Francia. Cuantos conventos de esta órden en general hubo en España, todos se hicieron de la comun observancia, y tenian antes de su definitiva esclaustracion, ségun un escritor, el número de las provincias y conventos siguientes: 14 provincias que componian 426 conventos de religiosos, 300 de religiosas sujetas á la provincia, y 123 al ordinario, al general de la órden y á otros prelados; á saber: Provincia de Castilla, 31 conventos de religiosos, 42 de religiosas sujetas á la provincia, 5 al general de la órden y 2 al ordinario. Provincia de Aragon, 27 conventos de religiosos, 17 de religiosas sujetas á la provincia, y 5 al ordinario. Provincia de Santiago, 44 conventos de religiosos, 26 de religiosas sujetas á la provincia, 13 al ordinario y uno al Abad de los Benitos de *San Vicente de Salamanca*. Provincia de la Concepcion, 37 conventos de religiosos, 44 de religiosas sujetas á la provincia y uno al ordinario. Provincia de Andalucía, 37 conventos de religiosos, 22 de religiosas sujetas á la provincia, y 16 al ordinario. Provincia de Búrgos, 26 conventos de religiosos, 16 de religiosas sujetas á la provincia y 2 al ordinario. Provincia de los Ángeles, 21 conventos de religiosos, 9 de religiosas sujetas á la provincia, 4 al ordinario y 2 al prior de *San Márcos* de Leon, órden de *Santiago*. Provincia de Cartagena, 39 conventos de religiosos, 23 de religiosas sujetas á la provincia, 7 al ordinario y 2 al prior de *Santiago* de Uclés, órden de *Santiago*. Provincia de Mallorca, 12 conventos de religiosos, 3 de religiosas sujetas á la provincia y 3 al ordinario. Provincia de *San Miguel,* 27 conventos de religiosos, 25 de religiosas sujetas á la provincia, 21 al ordinario, 12 al prior de *San Márcos* de Leon, órden de *Santiago,* y 2 al prior de *Magacela,* órden de *Alcántara*. Provincia de Cantabria, 27 conventos de religiosos, 30 de religiosas sujetas á la provincia, y 2 al ordinario. Provincia de Valencia, 31 conventos de religiosos, 12 de religiosas sujetas á la provincia, y uno al ordi-

nario. Provincia de Cataluña 31 conventos de religiosos, 5 de religiosas sujetas á la provincia, y 7 al ordinario. Provincia de Granada, 36 conventos de religiosos, 26 de religiosas sujetas á la provincia, y 14 al ordinario.

Hoy la mayor parte de los miembros de esta órden — estinguida en Francia, en varias comarcas de la Alemania, en España y en Portugal — se encuentra en América y en las colonias europeas. Está, como hemos dicho, en posesion del Santo Sepulcro en Jerusalen, y conserva la direccion de la enseñanza en los cantones católicos de la Suiza.



SAN JUAN DE ALFARACHE.

(ANDALUCÍA.)

I.

LOS TERCEROS.



A que de los hijos de San Francisco acabamos de hablar, digamos algo de los *Terceros,* pertenecientes á la misma orden, si bien eran llamados tales por ser su instituto el tercero que estableció San Francisco.

Eran los Terceros los religiosos que con hábito negro y capucha redonda tenian varias casas en España, siendo una de ellas la que estaba establecida en Lebrija y la que aun se descubre sobre el alto y conocido nombre de San Juan de Alfarache, distante cosa de una legua del barrio de Triana, al poniente de la ciudad de Sevilla.

Este fué el primer convento de esta clase que se fundó en la provincia y reino de Andalucía el año 1398, en un sitio llamado la Hera de Santa María de las Cuevas, á orillas del famoso Guadalquivir. Mas despues, segun afirman los escritos, fué trasladado por el arzobispo de aquella capital Don Gonzalo de

Mena al castillo que hoy ocupa, distante dos mil pasos de la propia ciudad, en virtud de donacion irrevocable de aquel senado y promocion del referido señor de Mena; habiendo habido para esta traslacion particulares convenios entre los padres Cartujos y Terceros, con intervencion de ambos cabildos y del mismo señor Mena.

Tiene su situacion este convento sobre el alto monte donde, segun han escrito algunos autores, estuvo la colonia *Julia Constantia* llamada *Osset* en las Medallas, y que es tambien donde sucedia el milagro de llenarse repentinamente la pila bautismal de agua cada año el sábado santo, colmándose mucho sin derramarse, hasta que llegando á tocarla el primer bautizado, bajaba el agua quedándose al igual de la pila. Varios autores refieren este milagro en *Osset* y entre ellos San Gregorio Turonense, pero la duda está en si es este Osset ú otro. Lo cierto es que enseñaban en la iglesia una pila bautismal que decian ser la del milagro.

Antes de que se alzara sobre aquel cerro el convento y templo de que brevemente nos ocupamos, viose dominado por un señorial castillo de robustas torres y dentelladas murallas. Allí, al pié de aquellos muros se vieron un dia las tiendas de campaña que abrigaban á varios obispos y prelados y con ellos el rey aliado de Granada, cuando la toma de Sevilla; allí resonaron las trovas de amores del enamorado doncel que suspiraba ternezas bajo la ventana de la torre gótica dó estaba dormida su amada, allí en aquel patio de armas se reuniera un puñado de héroes al que vió el Guadalquivir marchar decididos á la conquista de un mundo.

Ahora ya no: ahora sobre aquella esplanada guerrera aparece una humilde portería religiosa, sobre su torre señorial abre sus brazos una melancólica cruz; la paz ha sustituido á la guerra, el Evangelio ha reemplazado la espada, al estrépito de las armas ha sucedido el roce de las vestiduras de los monjes.

Poco tenemos que decir de este convento. Su iglesia tiene una preciosidad, una joya de mérito y valía. Es un altar mayor desestimado por antigualla en la parroquia de San Juan de la Palma y recojido por los religiosos. Es de los mejores que pueden verse, sobre todo sus pinturas pertenecientes al santo precursor y á San Juan Evangelista, que se han tenido y se tienen por de Pedro Campaña; los cuadros son muy grandes y las figuras del tamaño del natural.

Este edificio está lleno de recuerdos de un hombre que, dedicado á las ciencias y á las musas, ha sabido hacer de su hombre un signo de respeto, de amor y de veneracion para los futuros siglos. Pretendemos hablar del célebre eclesiástico Don Manuel María del Marmol el cual, dice un escritor, con frecuen-

cia buscaba por temporadas la soledad y la hermosa naturaleza de aquel sitio, cuando se lo permitian las públicas atenciones de su propension benéfica, ó cuando buscaba en su retiro mayor reposo y calma para sus tareas literarias y la inspiracion de sus romances favoritos. Los religiosos de dicha comunidad le amaban por sus beneficios y le respetaban por su ciencia. Cedíanle para alojamiento la celda prioral que á su cuenta decorara y todavía sobre el frontis de la misma se encuentra una lápida que perpetua su memoria en esta forma:

Emmanuel Maria del Mármol Sacerdos Palatinus
Regiis Hispalensis Filosofiæ Antecesor
Primariam Fratrum Conventus Ossethani Cellam
Ipsum Cerebror Hospitantem
Parietes Pulchris Tabulis Ornans Ambitum Commodis Cellis Circumdans
Portas Gratos Colores Induens Emmanuelem Jurado Prelatus
A. E. C. Decorare Curavit
Et. AN. AC. N. CDDCCCXXX. RAC. E. N. *Septembris.*
Grati Ob Hospitium Animi M. P.

Amas de esta inscripcion, hay otras empotradas en los asientos del atrio del mismo convento cerrado con verjas, en las que se lee que fué este sabio el que costeó todas aquellas obras. Pero qué pais tan bello, esclama un escritor, no se admira desde su cumbre, cuando sentados sobre los miradores que este eclesiástico formara, y cuyos estribos son las antiguas torres de las murallas que rodeaban la altura, se presenta á la vista una inmensa esplanada de verdor y cielo, un grande rio que la serpentea, una vasta campiña que la enriquece, tantos caseríos y edificios como la pueblan; y allá en perdida lontananza, el panorama de la gran ciudad que alza su catedral y su giralda, sus torres y sus iglesias!

«La época de la semana santa con sus funciones religiosas nos alcanzó estando allí, y ciertamente que nada puede presentarse de mas religioso y mas patético, que la celebracion del culto y las particulares ceremonias de estos dias, durante la noche del jueves y del viernes santo, sobre aquella pintoresca eminencia, al resplandor de las multiplicadas luces de su iglesia, en medio de aquellos campos y entre la majestad de las sombras de la noche. Como este convento, aun en tiempo de las comunidades, sirvió siempre de parroquia á los habitantes del inmediato pueblo de su nombre; toda su poblacion sube la noche del viernes santo para oir la pasion del que redimió el mundo, y mas de una vez contemplamos cuanta es la ilusion de lo que allí se recuerda, cuando el predicador recita el paso de las olivas, no siendo sino sobre otro monte

todo cercado de ellas, desde donde dirije á los fieles sus religiosas palabras. Recordamos tambien la parte dramática con que entre tan sencillo auditorio se representan todos los años por aquel pais, de tanta imaginacion para todo, los hechos de la pasion; y no olvidaremos jamás la sorpresa que nos causó (ignorándolo con anterioridad) el estampido de los tiros que ahogaban la voz del predicador, para figurar mas á lo vivo (como decian) la conmocion de la tierra á la muerte de Jesucristo. Inspiran con todo cierto respeto en semejantes dias y á tales horas, aquella altura, su soledad, el aire misterioso de la iglesia y la voz de aquellos religiosos que, cantando bajo las bóvedas de su coro, hacen resonar sus ecos por la campiña entre el silencio de la noche y la estension de aquellos campos.

«Sublime es tambien el espectáculo que de otro orden ofreçe este mismo sitio, cuando se contempla desde la torre ó balcon de su celda prioral, en las altas horas de la noche de una estacion benigna, la diafanidad del inmenso cielo que la cobija y en cuya bóveda aparece enclavado el astro de la luna, desprendiendo hilos de plata sobre las tersas ondas del Guadalquivir, en las que deja retratar una prolongada columna de brillante lumbre. Ante aquella calma sepulcral de la naturaleza, ante aquel imponente silencio interrumpido solo por los gritos acompasados de los marineros al recojer sus redes (1), el alma se absorve, sin que otro objeto venga á distraer nuestras miradas errantes, que el murmullo de las hojas de los árboles blandamente agitadas por el viento que balencea á la par un erguido ciprés sobre el mismo torreon que hace ángulo al antiguo murallon del castillo.»

Tal es la situacion que ocupa este primer convento de la órden tercera y franciscana de los establecidos en la rica Andalucía.

En el dia sus religiosos esclaustrados siguen permaneciendo como eclesiásticos de aquel templo parroquia, vistiendo el hábito clerical.

Un amigo nos refirió un dia una tradicion que se supone referente á este convento y que no vacilamos en contar, haciendo todas las salvedades necesarias.

A qué año ó á que época se remonta? cual es el nombre verdadero de sus personajes? Esto es lo que no nos dijo nuestro amigo por ser cosa que la tradicion se calla.

(1) Por lo regular en frente de este mismo convento, de la otra parte del rio, vienen á situarse la compañía de pescadores del pescado propio de este rio llamado *Sabalo*, que la ciudad de Sevilla cuida de enviar todos los años á la mesa de los reyes de España para el dia de jueves santo.

II.

LA VOZ DEL ÓRGANO.

Dos jóvenes se presentaban cada dia invariablemente en la celda de un anciano benedictino el cual, aunque retirado en un convento de Sevilla, era conocido en toda la ciudad y acaso en todo el reino por sus vastos conocimientos músicos que, bondádoso y solícito, ponia a disposicion de todos los que querian utilizarse de ellos.

Tenia pues varios discípulos el buen anciano y contaba como á sus favoritos á los dos jóvenes citados que se llamaban Diego el uno y Salvador el otro, ambos hijos del pueblo que agrupaba sus casas como un rebaño tendido á la falda del cerro donde se alzaba majestuoso el convento de san Juan de Alfarache.

Diego y Salvador eran dos amigos íntimos, enlazados por un cariño tan verdadero que les hacia hermanos. Nada creian capaz de separarles, nada. Su maestro, el anciano religioso, se llenaba de alegría al ver aquella fraternal amistad y habíales compuesto para que tocaran y cantaran juntos una melodía cuya letra empezaba así:

Siempre unida nuestra suerte
á todas partes irá,
jamás adverso el destino
separarnos logrará.

Esta composicion en que el anciano habia vertido toda una verdadera riqueza de sentimiento y melancolía, arrebataba á los dos amigos cada vez

que la ejecutaban, y conocian que era como un nuevo lazo que les unia de una manera imposible de esplicarse. Sus años corrian felices sin que turbara la calma de su amistad la menor pena, como no turba en un dia tranquilo el menor soplo de viento la límpida superficie de un azulado lago.

Sin embargo, al cabo de tiempo, lo que no habia conseguido la rivalidad del arte en varios años de la misma carrera, estaba á punto de alcanzarlo el amor, que es tan á menudo el ángel malo de los corazones entusiastas.

Ambos jóvenes conocieron en un mismo dia á María, hija de un oscuro y nada rico hidalgo retirado en su pueblo, y ambos quedaron prendados de ella.

Diego frecuentó la casa de la hermosa doncella desde aquel dia lo propio que Salvador, el cual sentia irse poco á poco amontonando en su corazon toda la hiel espantosa de los celos.

Una tarde dijo Diego al padre de María.

— Amo á vuestra hija, mi arte es toda mi fortuna, pero puede ser bastante para dos corazones cuya única ambicion sea la de ser felices.

El hidalgo interrogó con una mirada á María que contestó ruborizándose y bajando los ojos:

— Amo á Diego. Bendecidnos, padre mio!

El hidalgo entonces tomó la mano del jóven y la estrechó afectuosamente entre las suyas diciéndole:

— Dentro cuatro meses sé que deja su empleo el organista de San Juan de Alfarache. Obtened la vacante y sereis mi hijo.

Por lo que toca á Salvador, se alejó de Diego, dejó de asistir á las lecciones de su maestro, apenas se le veía; en su corazon no habitaba ya mas que una pasion exajerada llevada al estremo y que por lo mismo le llevaba á él al frenesí: los celos.

La asiduidad de Diego consolaba al buen maestro de la ausencia de Salvador, pero apenas podia comprender la rapidez increible de los progresos de su discípulo. Era que Diego tenia un segundo maestro mas hábil, el amor, y que María era una inspiracion mas poderosa para alimentar el entusiasmo.

Transcurrieron los cuatro meses durante los cuales el alma de Salvador alcanzó el colmo de la pasion, de la desesperacion y de la ira.

Un anochecer se presentó de improviso, pálido y alterado en la celda de su maestro, al cual hacia todo aquel transcurso de cuatro meses que no visitaba.

— Donde está Diego ? — preguntó con breve y con imperioso acento.

— Diego! oh! Diego ha llegado á lo que tú nunca llegarás, hijo pródigo, — respondió el buen religioso contemplando con asombro las numerosas árrugas impresas durante tan poco tiempo en la frente de uno de sus dos discípulos favoritos. — Salvador, — prosiguió con un acento de dulce afabilidad, — mucho tiempo hace que no te habia visto y muy cambiado te vuelvo á ver!

— Oh! no os sucederá lo mismo con Diego. Él es feliz.

— Y porque no has de serlo tú tambien? Porque no habeis de llegar á ser vosotros dos, mis mas queridos discípulos, el orgullo de mi vejez? Mira, á él todo le va viento en popa porque estudia y trabaja; mañana toma posesion de su empleo como organista de san Juan de Alfarache, y dentro ocho dias se casa.

Las mejillas de Salvador se coloraron repentinamente con un vivo rubor, cuya verdadera causa estaba bien lejos de sospechar su pobre maestro.

— Donde está Diego? volvió á preguntar el jóven. — Es preciso que le vea en seguida.

— Lo encontrarás, hijo mio, en la iglesia de San Juan, donde ensaya en el órgano su misa de recepcion. Ojalá su ejemplo te inspire la idea de imitarle!

Una feroz alegría brilló en los ojos de Salvador que salió de Sevilla dirigiéndose hácia el cerro donde se elevaba el convento. Llegado allí, ocultando su rostro con el embozo de la capa, empuñó con su mano derecha una daga que asomaba por su bolsillo, y apoyándose en el pilar de la puerta, sin atreverse á entrar con su sacrílega intencion en el templo del Señor, aguardó el momento en que, luego de haber concluido, bajase Diego de la tribuna donde estaba el órgano.

Estaba ya muy adelantada la noche, eran cerca de las doce: el templo se hallaba desierto y reinaba en su recinto una silenciosa oscuridad que añadia mayor misterio á la santidad que infundia el sitio; solo entreveia á lo lejos la mirada la luz pálida y trémula de una lámpara colocada en mitad del coro: parecia un alma pronta á estinguirse en aquella vasta tumba.

Repentinamente un primer acorde hizo estremecer la bóveda y estremecer tambien al único oyente que abajo en la nave habia; en seguida comenzó el *Gloria in excelsis;* este trozo, tocado al principio con toda su sencillez, no tardó en ser repetido con variaciones, dando motivo é ins-

piracion á una fuga admirable. Nunca todavía el genio de Diego se habia elevado tanto, nunca su ejecucion habia sido tan conmovedora. Era todo lo que puede imajinarse de mas dulce y de mas grande al mismo tiempo en armonía, era la fuerza de la juventud unida al sentimiento puro, á la esencia esquisita de la música religiosa.

Salvador, inmovil como la columna en que se apoyaba, se sintió sobrecojido por una involuntaria turbacion; un sudor frio corrió por todo su cuerpo, lo mismo exactamente que si hubiese sido el angel rebelde obligado á escuchar el cántico de los serafines del Eterno.

Un momento de silencio habia sucedido á los últimos acordes de la fuga.

El órgano volvió á empezar, pero esta vez fueron notas dulces, dolientes, melancólicas. Apenas esta nueva melodía fué á herir el oido de Salvador, cuando su cabeza inclinada se irguió, estremecióse de nuevo todo su cuerpo; sus ojos se llenaron de abrasadoras lágrimas.

Un recuerdo acababa de atravesar como un rayo su imaginacion.

En efecto, aquella nueva armonía era la misma que su anciano y bondadoso maestro habia compuesto para ellos dos, cuando ellos dos estaban unidos por el cariño mas sincero y fraternal, era la misma que habia escrito para que juntos la cantaran y juntos la ejecutaran: era en fin la dulce y sentida trova que empezaba así:

Siempre unida nuestra suerte
á todas partes irá,
jamás adverso el destino
separarnos logrará.

Entonces recordó Salvador las veces que entonando juntos esta composicion, arrastrados por el encanto irresistible de aquella suave y doliente música, se habian arrojado conmovidos en brazos uno de otro jurándose amistad y fraternidad por toda la vida.

Por otra parte, Diego tocaba en aquel instante esta composicion con un sentimiento admirable. Escuchábale Salvador con una emocion siempre creciente, y aquel hombre cuyo corazon habia un momento antes sido obcecado por un pensamiento horrible, fuese abandonando por grados á las mas dulces emociones, vertió lágrimas de ternura que refrescaron el ardor de sus mejillas, sintió respirar su pecho con mas libertad, y soltó su mano el arma destinada á librarle á un tiempo del mas detestado rival y del mas querido amigo.

Arrastrado por sus inspiraciones siempre renacientes, y siempre mas grandes y mas bellas, Diego hubiera pasado toda la noche en el templo, si una voz bien conocida no hubiese ido, dominando los sones del órgano, á hacer resonar hasta el fondo de su corazon estas palabras:

— Diego, adios! sé feliz!

Diego bajó precipitadamente de la tribuna, pero en vano llamó, en vano buscó en la nave, entre los pilares: no vió á nadie.

Cuando iba á salir, meditando sobre este acontecimiento, que estaba pronto á creer un juego de su imaginacion, el pálido rayo de la lámpara hizo brillar á sus ojos un objeto al pié de una columna.

Se acercó.

Era un puñal.

El puñal caido de las manos de Salvador.

Al dia siguiente el dichoso Diego tomaba posesion de su empleo de organista de San Juan de Alfarache, y ocho dias despues acompañaba al altar á la hermosa María.

Desde aquel dia la comunidad de San Juan de Alfarache contó con un individuo mas; con Salvador.

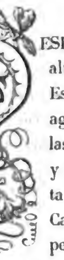


SAN SALVADOR DE OÑA.

(CASTILLA.)

I.

EL MONASTERIO.



ESPUES de marchar horas enteras por entre las altas y escrabrosas montañas que por los lados Este y Oeste le defienden, divisa el viajero, agrupadas como un puñado de desiguales rocas, las ciento ochenta casas que forman el tranquilo y escondido pueblo de Oña. Pobre vista presenta esta poblacion casi ignorada en el centro de Castilla, pero al aproximarse no puede menos el peregrino de hacerse cargo de la posicion pintoresca que ocupa á la falda del monte y le place contemplar aquella villa que parece, con sus casas todas de un solo piso, como arrodillada ante la mole sombría y de imponente aspecto de su majestuoso monasterio.

Triste y miserable es el pueblo, no cabe duda, sus calles son estrechas y pendientes y tiene todo él un sello tan *rancio*, si esta palabra se nos permite usar, que bastante seria por sí solo á alejar al caminante,

si allí no le detuviera un monton de recuerdos históricos que parecen salirle al encuentro como para saludar al que hasta allí ha llegado en su busca.

En efecto, la primera fundacion de Oña se pierde en la oscuridad de los tiempos, y demasiado patentiza su pobre caserío el oríjen de su remota antigüedad, y demasiado descubre cada casa el baño de los siglos que al pasar han impreso su huella en su franca fisonomía. Oña es un pueblo vírgen, un pueblo que se presenta con toda su desnudez y toda su naturalidad primitiva al estudio del literato y al exámen del arqueólogo.

Se sabe por tradicion que ya én los remotos tiempos fué habitado por los españoles que huyeron del ignominioso yugo de Cartago y de Roma, por los hombres libres que no quisieron servir de lujosa cuádriga al carro del orgulloso vencedor que necesitaba hombres y no caballos para tirar de sus doradas y brillantes carrozas.

Cuando la luz de la verdad hubo aparecido, cuando el símbolo triunfante de la cruz salvadora hubo anunciado una era de gloriosa regeneracion al mundo, la naciente Iglesia perseguida encontró tambien en este pueblo un altar ante el cual postrarse de rodillas y un asilo en el que poder abrigar á las cohortes de sus mártires-soldados.

Los mismos judíos en el desamparo y abatimiento en que para siempre les dejara el divino anatema fulminado sobre sus impías cabezas, hallaron en Oña un dulce puerto donde detenerse á descansar en el camino de su vida siempre aciaga y siempre errante, pues que allí fundaron con separacion de los cristianos un barrio que se denominó *Barrio-uso,* y cuyo nombre posteriormente ha conservado (1).

Por fin, en las turbulentas guerras de Castilla, cuando las hordas de los agarenos se desencadenaron como torrentes salidos de madre por las feraces vegas de nuestra patria, cuando lejiones inumerables de bárbaros vinieron á convertir nuestros cármenes en campamentos, nuestras ciudades en serrallos y nuestros templos en mezquitas, Oña se conservó sin mancilla, Oña vió entonces elevarse en su seno, fundado por Don Sancho, conde de Castilla, un monasterio que debia ser con el tiempo uno de los mas célebres y grandiosos de España.

Todos estos recuerdos son los que hablan de una manera muy alta al corazon del caminante que llega al pueblo casi ignorado cuyos mus-

(1) J. Guillen Buzaran

tíos verjeles de una mezquina vega bañan las aguas murmurantes del Omino.

El monasterio de Oña fué en un principio asilo donde corrieron á refugiarse como en su nido cándidas palomas, cristianas vírgenes què huyendo de las peligrosas escenas del mundo y del estruendo de los campos de batalla, buscaron la tranquila paz de un claustro solitario donde poder elevar sus fervientes preces por el triunfo de las armas de sus hermanos.

Fué su primera abadesa Doña Frigida, hija del conde fundador, venerada en la Iglesia como santa y cuyo cuerpo aun allí se conserva. Entonces las dimensiones del edificio eran muy reducidas y humilde su estructura. Andando el tiempo, es decir ochenta años despues, el monasterio tomó mayores proporciones y Don Sancho Ramirez de Navarra y Aragon, yerno del fundador y padre del infante D. Vela trasladó las piadosas vírgenes á Bailen, cediendo el edificio de Oña á monjes que hizo venir de Cluni y á los cuales allí instaló dándoles por abad á San Iñigo.

Muchos sabios y virtuosos prelados vió entonces este claustro reunidos bajo sus bóvedas y no es estraño, puesto que, respetado de los moros, pudo atravesar el borrascoso mar de las guerras de Castilla, de las vicisitudes desgraciadas de la madre-patria, como el arca de Noé atravesó, intacta y libre, las olas irritadas del diluvio.

Majestuoso, como hemos dicho, es el aspecto de este monasterio. Su arquitectura ofrece en sus líneas severas, en su sencilla forma el sello clásico de su remota antigüedad. Tan elegante como vistosa es la portada principal, que enseña, como una coqueta sus galas, su orden de arquitectura corintia y sus hermosas columnas, cornisas y blasones. El interior del edificio presenta en el dia un vacío asombroso, una soledad que espanta. El alma se llena de tristeza al recorrer aquellas habitaciones desiertas, aquellos corredores solitarios poblados un dia por los grupos de caballeros que paseaban departiendo mano á mano y guardando, vigilantes mesnadas, el sueño de sus condes soberanos que descansaban de los azares de la guerra en los apartamentos para ellos reservados en el religioso local dó piadosos sacerdotes conservaban el legado de sus mayores.

Nada queda apenas de aquellos tiempos, nada conserva el monasterio del lujo y esplendor con que todo induce á creer que fué rodeado. Solo

la moderna civilizacion. Sus escombros demostraban entonces de una manera patente el fruto aciago de nuestras discordias, y el viajero al llorar sobre las ruinas de tan ilustre y preciado monumento, lloraba tambien sobre los males de la patria que se sentia sin fuerzas para mantener intacta una pájina gloriosa, cuya conservacion debia mirarse como orgullo de la España y esplendor de sus hijos.

II.

LA VARONA CASTELLANA.

Una tarde, cuando aun los hijos de San Benito no habian sido todavía llamados para ocupar las retiradas celdas de Oña, cuando estas eran aun ocupadas por las vírgenes del Señor, la superioria recibió recado de que una dama principal á juzgar por su apostura, deseaba hablarla en secreto.

Dió permiso la superiora para que se la introdujera.

Pocos momentos despues, una muger entraba en la celda. Vestia un traje de rica pero sencilla tela y un manto como los que entonces usaban las damas de alcurnia la envolvia toda. En cuanto se halló ante la superiora, la desconocida se dejó caer de rodillas y dijo con voz conmovida.

—Madre, no me lo negueis, oh! no me lo negueis por Dios! quisiera acabar mis dias en el asilo de este santo monasterio.

—Hija mia, — contestó con voz afable la superiora, — la casa de las esposas del Señor no cierra sus puertas á nadie. Solas estamos; descubríos ahora y decidme quien sois.

La desconocida apartó el manto. Era una muger ya entrada en edad, pero en su rostro se leian los agraciados restos de una belleza nada comun al par que brillaban en su fisonomía los rasgos de un carácter enteramente varonil. La espresion de sus ojos sobre todo encerraba tal firmeza, tal superioridad, tal mezcla de energía y de dulzura, que quien la veia por vez primera, sentíase subyugado por aquella mirada propia mas bien de un hombre criado en el campo de batalla, que de una muger educada para brillar en los salones de palacio y en los andenes de las justas.

La superiora la contempló sin decir nada.

— Quien soy quereis saber ahora? — dijo la desconocida con un acento dulce pero en el que se traslucia cierto tinte de orgullo que acaso no pudo dominar. — Pues bien, soy la Varona castellana.

Al oir este nombre la superiora se puso en pié.

— La Varona! vos! oh! bienvenida seais, noble señora, y es este un bello dia para las vírgenes que se consagran al culto religioso, pues que venís á partir su morada y á demandar la hospitalidad de su pobre techo. La patria que os bendice por vuestro valor os admirará por vuestra piedad. El estado de viudez que os caracteriza, Doña María, no os permite vestir el hábito de castidad como hubierais quizá deseado, pero retirada podeis vivir en una de nuestras modestas celdillas, gozando las delicias inefables que guarda el Señor para sus penitentes protejidas.

Dijo la superiora, y Doña María la besó la mano derramando lágrimas de gozo y dándola las gracias.

Veamos ahora quien era la muger que fué á demandar humilde hospitalidad al monasterio de las esposas de Dios.

Gruesas gotas de lluvia empezando á caer en profusion de los preñados nubarrones que se cernian sobre los bosques de Villanañe, dispersaron una comitiva de caza que una mañana de octubre de 1064 se entregaba á todo el ardor de tan peregrina diversion.

Pero, cuando la próxima tempestad aconsejó una prudente retirada á los que dirijian los grupos de monteros, ya la batida habia empezado y una dama, vestida con varoniles arreos, se habia internado en el bosque montando un gallardo alazan y con toda la impetuosidad de una desatada carrera.

Era Doña María Perez de Villanañe. Habia visto cruzar por entre el follaje al jabalí y arrojárase veloz en su persecucion, con todo el placer y en-

tusiasmo que sentia la hermosa jóven por la caza, su pasatiempo favorito, en el cual sin cesar se ejercitaba manifestando un raro denuedo, ordenando con singular discrecion las batidas y no volviendo jamás al castillo de sus hermanos sin llevar consigo por trofeo la cabeza de un jabalí ó las cornamentas de un ciervo que colgar, como prenda de triunfo, en el pórtico de su señorial fortaleza. Así, entre el placer de la caza y las tareas domésticas, pasaba sus dias la jóven doncella sin conocer lo que era amor, sin haber sentido palpitar nunca su corazon á impulsos de una pasion devoradora. Ignorada é ignorante, creia que todos los goces del mundo se encerraban en la caza, para la cual sentia un entusiasmo verdaderamente varonil.

Sola vivia en el castillo de sus padres con sus hermanos Alvar y Gomez, y nunca soñó en salir de aquellos sitios ni creyó nunca que pudiera un dia abandonar á sus hermanos ó cambiarse en otra su existencia. Su presente era para ella todo su porvenir. Era dichosa, qué mas necesitaba?

El dia de que hablamos internose en el bosque en desalada carrera atravesando por entre el follaje, saltando torrenteras, venciendo cuantos obstáculos se presentaban al paso de su caballo que manejaba con singular maestría. Bien pronto dejó de percibir las voces de los cuernos qué tocaban retirada, y cuando empezó á notar que la lluvia caia en abundancia, cosa que hasta entonces no le permitiera reparar su ardor, hallóse en lo mas fragoso de la selva, perdido el camino y sin saber á donde se habia dirijido ó por donde se le habia desaparecido la fiera tras la cual corria. Revolvió en torno los ojos: era el sitio en que se encontraba de un aspecto el mas salvaje, el viento gemia de una manera siniestra al pasar silvador por entre el nutrido follaje, la lluvia caia con aquel estruendo con que cae en el corazon de los bosques, el poco cielo que veia sobre su cabeza se le presentaba negro y oscuro; la hermosa jóven se halló en un lugar desconocido y conoció que se habia estraviado.

No por esto se sobrecojió su corazon. Buscó el sitio donde era mas espeso el follage para ponerse al abrigo de la lluvia y aplicó el cuerno á sus labios para con él avisar la direccion que debian seguir sus compañeros para encontrarla. Sin embargo, al prolongado sonido del cuerno no contestó otra cosa que un no muy lejano relincho de caballo.

La jóven creyó que aquel relincho aislado indicaba no ser ella sola la que se habia estraviado, y determinó dirijirse hácia el sitio de donde habia partido, mayormente cuando á un segundo son del cuerno contestó de nuevo otro relincho, como si el noble bruto quisiera indicar á su modo la necesidad apremiante de ausilio.

La amazona dirigió pues su caballo por entre la maleza, abriéndose paso como mejor pudo, y no tardó en herir sus ojos un espectáculo que cautivó todo su interés.

Tendido bajo una nudosa encina, pálido como la muerte y vertiendo abundante sangre de una herida en las sienes, hallábase un jóven y apuesto caballero. A su lado descansaba el casco y á tres ó cuatro pasos veíase su alazan que, como si comprendiera la situacion de su ginete, parecia mirarle con ojos inteligentes. En un momento hubo María descabalgado y acercándose al desconocido, aplicole todos los socorros que su estado reclamaba. Vendó su herida, bañó su rostro con agua fresca, y á los pocos instantes tuvo el placer de verle ir volviendo en sí gradualmente.

Al abrir sus ojos, el caballero no pudo reprimir un movimiento de grata sorpresa al ver á su lado á una hermosa jóven que, con sus arreos de caza, no parecia sino la Diana de los bosques que habia acudido en su ausilio. Iba á dirijirla la palabra, á interrogarla, á saber si era fantástica vision ó terrenal belleza, cuando llegó hasta ellos, rasgando los aires, el claro sonido de un cuerno.

Eran las partidas de cazadores que recorrian el bosque buscando á la jóven. Esta contestó á la señal con otra y bien pronto, por un camino inmediato, desembocó en el sitio donde se hallaba María con el herido, una docena de cazadores llevando á sus dos hermanos Alvar y Gomez al frente. Estos quedáronse notablemente sorprendidos al aspecto de aquel galan caballero reclinado en el suelo y sostenido por su hermana, pero bien pronto Gomez, mirando atentamente las facciones del desconocido, arrojóse del caballo esclamando:

—Dios mio! el infante Don Vela!

— El infante! murmuró María haciéndose respetuosamente atrás.

— El infante! dijeron todos descubriéndose.

En efecto, era el hijo del soberano de Navarra.

Dirijíase Don Vela á Villanañe para cuyos hijosdalgo llevaba el ejecutivo mensaje de que era necesario se aprestasen á la lid, pues su tio el rey de Castilla les llamaba como nobles comprendidos en la leva general. Habíase por acaso separado de la escasa comitiva que le acompañaba y entrado en el bosque, donde al pasar por junto á un árbol con toda la rapidez del caballo, recibió en la sien el golpe que le obligó á dejarse caer del alazan, quedando á poco desfallecido bajo la encina en que desangrándose le halló la hermosa Doña María.

Inmediatamente los cazadores formaron una parihuela con troncos y ramas en la que depositaron al infante que sufria mucho de la cabeza, y la comitiva se dirijió hácia el castillo, siendo de notar que en todo el camino no apartó Don Vela la vista de su gallarda salvadora, cuya hermosura hiciera en su alma una profunda impresion.

El restablecimiento del infante no se hizo esperar, acabando de completarle el trato afable y delicado con que le obsequiaron los cumplidos dueños del castillo y las mil atenciones y cuidados de que supo rodearle Doña María. Grata fué para Don Vela la permanencia en Villanañe, tanto mas grata cuanto que en su corazon, que hasta entonces solo habia suspirado por la guerra y por la lucha, acababa de nacer el amor como nace repentinamente una flor en el yermo. Solo estaba tranquilo cuando veia á la jóven, solo se sentia alegre cuando la miraba á su lado, solo hallaba paz, calma y dicha cuando podia clavar sus ojos en sus ojos, y manifestarla en el mudo lenguaje de la pasion todo aquello que un alma enamorada sin oirlo comprende y sin que se lo digan adivina.

En tanto, la bella castellana de Villanañe sentia tambien su propio corazon embargado por un deseo desconocido y no acertaba á darse cuenta de como habian cedido ante goces mas tranquilos y, digámoslo así, mas domésticos las necesidades varoniles que antes esperimentaba de pasar los dias en la caza ó domando algun rebelde potro de las serranías ó entreteniéndose en tirar al blanco con los arqueros y ballesteros del castillo.

El amor, con todos sus dorados sueños de rico porvenir, revoloteaba sobre la cabeza de los dos jóvenes.

Despues de varios dias de permanencia en el castillo, Don Vela recordó que su deber le llamaba á otra parte, y para todo buen caballero ha sido siempre una voz tan imperiosa como irresistible la del deber. Quiso pues arrancarse á los sueños de amores que allí le tenian embargado, romper las cadenas de rosas que le aprisionaban, y una tarde notició su partida á sus huéspedes, en ocasion en que estaban todos reunidos en la gran sala del castillo.

Doña María, que se hallaba bordando junto á una ojiva, soltó al oir aquella nueva la tapiceria que tenia en su falda y sintió que la palidez como un

velo de gasa corria por su rostro. Si es que no lo habia conocido antes, entonces lo conoció, conoció que amaba á Don Vela.

Aquella misma noche el infante y la jóven se encontraban por casualidad en una de las calles perfumadas que cruzaban en varios sentidos la alameda del parque. Nadie supo lo que se dijeron aquellos corazones que hacia tiempo se entendian sin hablarse, nadie supo las palabras que trocaron aquellos labios amantes... Solo lo supieron las auras que murmuraban quejumbrosas agitando las cabelleras de los árboles, solo lo supieron las aguas del arroyo que se deslizaba rumoroso á los piés de los dos jóvenes, solo lo supo la luna, casta antorcha de la noche, que durante su misteriosa entrevista les envolvió como á dos almas escojidas con el mismo cendal de luz, con el mismo velo de transparente topacio.

Al amanecer del siguiente dia un caballero cruzaba al galope de su corcel el puente del castillo y bajaba la rápida cuesta que guiaba al valle. Ya en la llanura, volviose como para contemplar por última vez las torres que se dibujaban robustas en el horizonte á los albores matutinos, y vió á una dama que, de pié en un torreon, agitaba por entre las almenas un blanco pañuelo en señal de despido y de saludo.

El caballero era el infante; la dama Doña María.

Ha sido pregonada al son de la trompa guerrera la órden real en toda la comarca tributaria, y por dó quiera ha sonado el clarin que convoca á los valientes.

Don Vela lo ha dicho ya. La guerra es inminente para el rey de Castilla y se ha sabido que D. Alonso I de Aragon trata de forzar á todo trance las fronteras de la Rioja.

El entusiasmo guerrero brilla en todos los ojos, el deseo de la lid luce en todos los semblantes. Puéblanse las sendas que guian al castillo de generosos donceles que, sin blason para sus armas, ansian correr al campo de batalla donde ganar el escudo heráldico que ambicionan; llenas están las salas de antiguos paladines que no desprecian el nuevo laurel con que puede ceñir sus sienes el honor de una jornada; confúndense en los patios los soldados que anhelan para sus banderas la victoria y para su patria las hazañas. To-

do hierve, todo bulle en el castillo. Villanañe se ha convertido en un campamento.

Solo los dos hermanos Perez, solo Alvar y Gomez están descontentos, y no era en verdad por tener que partir allí donde les llaman su honor, su rey y su patria, sino por tener que dejar sola y abandonada á su hermana en el triste solar de sus antepasados.

Una mañana, — fuerza era ya decidirse, — revelan á la jóven el dolor que les causaba tan inopinada separacion, pero cuando creian que Maria iba á verter crudas lágrimas estrechándoles en sus brazos, venla por el contrario levantarse serena y resuelta, pintada la mas varonil enerjía en su semblante, despidiendo sus ojos el fuego del entusiasmo.

He ahí como les habla la noble doncella.

— Mal habeis juzgado de vuestra generosá sangre que es la misma que por mis venas corre, hermanos mios, si creido habeis por un momento siquiera que pudiera yo abandonaros á vuestra suerte. Nó, sea cual fuere, arrostrarla yo quiero con vosòtros. Yo he nacido para hombre y no para muger, y probároslo debe la intrepidez con que monto á caballo y la serenidad con que persigo á las fieras. Y pues sigo impávida las huellas del furioso javalí y manejo como vosotros la espada y la ballesta, porqué no he de vestir tambien las duras mallas, antes que permitir afeminarse mi cuerpo en esa delincuente ociosidad que odio y detesto? Nó, nó, dadme una espada, un corcel, una armadura, y á vuestro lado iré en los combates, y allí me hallareis siempre donde sea mas cruda y mas encarnizada la pelea.

Tan enérjico razonamiento es acojido con júbilo por sus dos hermanos que aplauden gozosos la resolucion de María y besan con respeto la mano de la digna heroina destinada acaso por el cielo á ser honra y prez de su linaje.

Actívanse desde aquel dia los preparativos de la partida, y llegado por fin el momento de marchar, colócanse á la cabeza de sus respectivos escuadrones los hidalgos paladines, marchando al lado de Gomez un apuesto caballero de talle gentil, una toca blanca sobre el yelmo y sin divisa ni color la adarga.

Rojizo y de siniestros resplandores es el sol que alumbra los campos de Atienza el 14 de Mayo de 1065. Diríase que su color es de sangre.

Dos ejércitos se hallan frente á frente, inmóviles, amenazándose uno á otro con su actitud formidable.

De pronto, ondulan los plumajes de los cascos como las espigas en el cam-

po á un soplo de viento, tremolan los escuadrones sus estandartes y llenan el espacio los broncos sones de las trompetas y de los atabales. Los dos ejércitos se han precipitado uno sobre otro encontrándose en medio de la llanura con el choque terrible con que hubieran podido tropezarse dos murallas de hierro.

Trábase reñidísima contienda, resuenan las espadas sobre los escudos, resbalan chispeando las dagas en las armaduras, pueblan el aire, mezclados y revueltos, gritos de guerra, aclamaciones de victoria, ayes y lamentos, crujen los arneses, galopan los caballos, todo es confusion, todo estrépito, todo gritería, y á todo esto el clarin no cesa en sus bélicos acentos y una nube de polvo envuelve á los lidiadores.

La noche les sorprende cuando aun no ha podido decidirse la victoria por ninguno de los dos bandos, y al ver la obscuridad que se aproxima y con ella la tempestad que anuncia el cielo, entrambos monarcas deciden retirar sus gentes y aguardar en sus campamentos la luz del nuevo dia. Cesa poco á poco el estruendo, vánse mitigando los clamores, llegando va gradualmente la calma. Los combatientes se han retirado á sus reales.

La oscuridad es completa, y tan agrupados y preñados corren los gigantescos ejércitos de nubes, que el cielo parece tocarse casi con la tierra.

En uno de los puntos mas avanzados del real de Castilla, vela sigiloso un caballero, inmóvil sobre su alazan, la lanza en el estribo, baja la celada. Parecia una columna de hierro. De pronto oye no muy lejos el paso mesurado de un bridon y permite la oscuridad dibujarse una figura militar ante los ojos del centinela castellano que, enristrando la lanza y moviendo la brida, grita, esforzando la voz al que parece llegar del real contrario:

—Quién va?

—Aragon.

— Ríndase Aragon!

—Nunca! Defiéndase el castellano, vive el cielo! que ya que aqui me ha traido la lobriguez de la noche haciéndome errar el camino, no he de volver á mi real sin llevar prisionero al centinela.

— Defendeos vos primero, el aragonés, y veamos quien lleva á quien prisionero.

Y diciendo esto, arremete contra el arrogante aragonés que le recibe á pié firme, volando hechas astillas las lanzas con el choque. Ambos caballeros requieren á un tiempo las espadas, y crúzanse los aceros arrojando chispas. Valor, destreza y fuerza compiten en la lucha, pero tarda en decidirse la victoria.

Por fin, la espada del aragonés al descargar un terrible tajo que bien mal parado hubiera dejado á su antagonista, encuéntrase al paso con el escudo del de Castilla, y rómpese como si fuera de frágil vidrio, quedándole en la mano solo el puño. La fatalidad ha puesto al aragonés á merced de su contrario que levanta su espada.

—Bajad el arma, soldado, y decidme si sois tan noble como vuestro valor indica.

—Tan noble soy, —contestó el castellano— que no cedo ni al rey en hidalga cuna. Mi sangre es limpia, godo mi linaje, y por encima del blason de mis abuelos sienta un yelmo de seis rejas que su calificada alcurnia y su antiguo solar acredita.

—Fio en vuestra palabra y ahí teneis mi manopla en prueba de victoria. Y guardarla podeis como un tesoro, castellano, que manopla es de monarca.

—De monarca decís? Pues quién sois vos?

—Don Alonso de Aragon.

Al oir este nombre, el castellano se apeó precipitadamente é hincando en tierra una rodilla,

—Perdon os pido, señor—esclamó;—si antes os hubiese conocido, primero que levantar sobre vos mi espada, como blanco me hubiera ofrecido á vuestra lanza. Guardad la manopla que generosamente me habeis dado, y partid en buen hora á vuestro campo olvidando al vigilante centinela que, solo cumpliendo con su consigna y sin conoceros, se ha atrevido á medir sus armas con las vuestras.

—Atento sois y galante, el castellano—dijo el monarca,—pero las leyes de la caballería me impiden aprovecharme de la generosidad de que haceis gala. Vuestro prisionero soy; llevadme á vuestro campo. Solo de vos deseo que me digais vuestro nombre.

Al llegar aquí el castellano vaciló. Decidiose por fin á hablar, conociendo que su silencio podia ser desfavorablemente interpretado por el monarca.

—Señor,—dijo,—yo no soy lo que parezco. Bajo la armadura que me encubre, late el corazon de una muger.

—De una mujer?—esclamó D. Alonso haciéndose atrás asombrado.—Vos una muger!

—Si señor. Soy doña María Perez de Villanañe.

El monarca no acertaba á volver en sí de su sorpresa y pasmo, al verse prisionero de una dama que habia lidiado como pocos hombres lo hubieran hecho.

Cuando llegaron á la tienda real, el soberano de Castilla recibió con los bra-

zos abiertos á D. Alonso que le presentó á su vencedor. Fué preciso que la heroina castellana se quitara el casco y descubriera el rostro, para que su rey se asegurara de lo que á creer no acertaba. Solo cuando estuvo convencido de que era en efecto una muger, la dirijió galantes palabras con que celebró su valor y esfuerzo, contestándole generosa doña María :

—Yo soy, señor, la afortunada vasalla vuestra, que ha obtenido la dicha de venir á vuestro real, sirviendo al soberano de Aragon. Buscó mi brazo otro brazo, hallé con quien medir mis fuerzas, choqué espada contra espada, y porque Dios así lo quiso, vencí á quien para honrarme quiso darse por vencido (1).

Prendado el monarca aragonés de esta respuesta y de la bizarría y gentileza de la doncella, sacó de su dedo un anillo en que estaban grabadas las armas de Aragon y dióselo con galantes espresiones, al propio tiempo que el de Castilla, no menos admirado, señalaba á la jóven las armas que le otorgaba de allí en adelante por divisa añadiéndole:

—A vos, porque en vuestros hechos mas que hembra varon sois, os llamaremos dé hoy mas la *Varona*. Varonas deberán apellidarse vuestros descendientes, y tambien, para fama perpetua del suceso, quiero que los campos de Atienza dejen este nombre para titularse de Varona.

De tal modo honraron los dos monarcas, amigos ya, á la ilustre heroina de Villanañe.

El acontecimiento que hemos referido grangeó á la noble doncella una fama y una popularidad inmensas y fué, bien puede decirse, el escabel que le sirvió para subir al pedestal de su gloria.

Toda una carrera de triunfos sé presentó á los ojos de la insigne Varona castellana, y apresurémonos á decir que empezaron los tercios de su pais á mirarla con tanto respeto que, habiendo ocurrido el prematuro fallecimiento de Don Alvar Perez, suplicáronla que entrara á gobernar los decididos batallones.

Poco hacia que se colocara al frente de las aguerridas tropas cuando, sabedora que el miramamolin de Galicia se iba apoderando de la provincia de Astorga con ánimo de atacar la de Leon, decidió ponerse en marcha contra los moros, sus enemigos naturales.

(1) Tales son las palabras que, segun el erudito escritor D. R. Monje, pronunció en tal acto doña María. El mismo autor refiere tambien de un modo parecido al con que lo hemos contado la escena del duelo entre la castellana heroina y el monarca de Aragon.

Entonces, así que hubo circulado la noticia de que era una muger el caudillo del ejército nacional, vióse salir de todas las poblaciones un gentío inmenso que corria al camino á vitorearla y rendirla homenaje; y fué tal el patriotismo que escitar supo en cuantos lugares hizo alto, que muchas doncellas se alistaron en sus filas con ánimo de correr los peligros que ella, formándola una especie de escuadron de honór.

Brillantes hechos de armas llevó á cabo el ejército que tenia al frente á Doña María. El estandarte musulman tremolaba en el castillo de Altura (hoy Dueñas), y juró la heroina no desembarazarse de la coraza hasta que pudiera verlo hecho pedazos á sus piés. Tan noble juramento no tardó en cumplirse. Un corto asedio y un enérgico asalto, en que las mugeres fueron las primeras en escalar los muros, entregaron el castillo á los cristianos.

Pero, apenas hacia dos dias que las castellanas fuerzas se habian apoderado de Altura, cuando una madrugada, el centinela cristiano que velaba en la muralla del norte cayó de pronto mortalmente derribado por una morisca saeta, sin tener mas tiempo que el de dar un solo, pero terrible grito de: Al arma!

Por fortuna, su voz fué oida y en un momento se repitió por bajo las bóvedas del castillo haciendo que todos, cojiendo precipitadamente sus armas, se lanzaran resueltos á la muralla.

Eran los sarracenos, que conociendo la parte débil del castillo, habian intentado apoderarse de él por medio de una sorpresa. Varios estaban ya en el muro cuando llegó la Varona con los primeros soldados. Trabose reñida pelea y los moros fueron rechazados, pero ya entonces el asalto habia comenzado con un encarnizamiento y un valor increibles.

Los castellanos se resistieron como héroes que eran y su ardor se inflamaba y avivábase su entusiasmo, cada vez que veian á la heroina, á la ilustre Varona que allí estaba donde era mayor el peligro y que, espada en mano, suelta al aire la cabellera, era terror y asombro de los enemigos al frente de su valiente grupo de doncellas.

Despues de algunas horas de terrible asalto, los moros tuvieron que retirarse dejando gran número de muertos.

Aquella hazaña acabó de sentar la reputacion de la doncella, que emprendió en seguida nuevos triunfos, viendo coronar el éxito todas sus empresas. El castillo de Magaz, situado entre Altura y Porta Augusta (ó Torquemada) franqueó sus puertas á la heroina que no tardó en salir de él para arrojarse de pronto y caer como un rayo sobre el citado de Porta Augusta, el cual tuvo á su



La Varona Española.

vez que humillarse tambien ante la pericia militar y el decidido entusiasmo de nuestra Varona.

Enriqueciéronse los estados de doña María con esta importante villa en la que dejó un alcaide que la representase, partiéndose ella á la Rioja en busca de nuevas victorias y nuevos lauros con que ceñir sus sienes.

Acampada se hallaba en una villa que habia tomado á fuerza de armas, cuando la noticiaron la pérdida de su hermano mayor Don Gomez, víctima de su arrojo y valentía en una accion contra moros.

— Murió Gomez Perez? — esclamó la doncella.

— Ay! sí.

— Pero vencimos?

— Sí.

— Pues habiendo vencido, — continuó la resuelta heroina — no era necesario que viviese un capitan que no tenia enemigos que vencer.

Razonamiento sublime que bien vale lo que la respuesta inmortal del padre de los Horacios.

Mientras estos heroicos hechos de armas, mientras estas empresas, que debian hacer vivir eternamente el nombre de la Varona española, el corazon de la antigua castellana de Villanañe no estuvo dormido á los recuerdos amorosos que habia dejado en él grabados la noche feliz en que escuchó las dulces palabras de un enamorado príncipe bajo la susurrante alameda de su parque. Solo que el amor patrio habia llenado por el momento su alma y, buena y noble hija, todo creyó deber sacrificarlo á su madre patria.

Así es que plantado el árbol de la paz en las vegas del Ebro y del Pisuerga, desnudaron las corazas cuantas doncellas habian acompañado en sus triunfantes correrías á la nobilísima Varona, y esta entonces colgando su espada en la sala de armas de su castillo, dejó caer su mano entre las del infante Don Vela que ardientemente desde hacia mucho tiempo la solicitaba.

Felices y tranquilos vivieron los dos esposos, naciendo de su union el esforzado Rodrigo, el que debia mas tarde enlazar con la primojénita de la casa de Vilella.

En el año 1075 dejó de existir don Vela y entonces fué cuando la desconsolada viuda, afligida sin cesar por el pensamiento de que habia vivido matando sin descanso, resolviose á consagrar á Dios los últimos dias de su inquieta jornada. Volvió con esta intencion los ojos al monasterio de Oña, y ya la hemos visto al principio de este capítulo presentarse á la superiora del mismo, tem-

blando á la idea de que acaso no le seria permitido acabar allí penitente el resto de sus dias.

Su esperanza no salió defraudada y la paz del claustro sucedió para ella al estruendo de los campos de batalla y á los goces íntimos de la dicha conyugal.

Murió al fin de todos amada y de todos bendecida la heroina de Villanañe, y fué sepultada en el citado claustro del monasterio en una modesta tumba, cuya piedra ostentaba esta inscripcion :

Aquí yace en paz la muy ilustre y valerosa capitana
María Perez, conquistadora de reinos y provincias; las guerras por la
espada la granjearon el nombre de Varon,
que adquirió femenil Varona.
Vivit coelo illa quæ tot mauros et judeos in Hispania occidit.



EL MONASTERIO DE RIPOLL.

(CATALUÑA.)

I.

LOS ARRIANOS.

PUESTO que se nos presenta ocasion, y nos es por otra parte indispensable para seguir el curso de nuestras ideas, digamos algo, si bien sea conciso, tocante á los arrianos. Ello nos conducirá naturalmente al punto donde queremos ir á parar.

Entre las pruebas mas terribles por que ha tenido que pasar la religion del Crucificado, ha sido sin disputa una de las mas crudas el arrianismo, pero, apresurémonos á decirlo, ha salido de ella triunfante y victorioso, como triunfante y victorioso sale el sol de entre las nubes que se agrupan junto á su disco y que intentan en vano ahogar los rayos de su luminoso faro.

Vencedor el cristianismo de su lucha con los sectarios impíos de paganas divinidades, tuvo que revestirse como de una armadura para resistir á los tiros dañosos siempre aunque nunca certeros de la invasora barbarie.

Nos esplicaremos.

El cristianismo debió en un principio todos sus triunfos mas que á otra cosa alguna, á la fuerza irresistible de su bondad, pero el cristianismo entonces apenas tolerado tuvo que ser por necesidad tolerante. No tenia aun un punto de que partir, le faltaba un centro, necesitaba una unidad, esa unidad sobre que se basa el principio de la vida humana, esa unidad que da al mundo su órden y á la naturaleza su poder. Faltos de este indispensable elemento, los doctores luchaban con las armas, muchas veces envenenadas, de la dialéctica, de la metafísica y de la interpretacion; los filósofos griegos, partidarios desde el segundo siglo de la religion naciente, pugnaban para hacer brotar un sistema metafísico de los textos evanjélicos; unos hallaban proposiciones heréticas en los padres de la Iglesia mirados y tenidos como ortodoxos puros; otros creian que para tranquilizar su espíritu se debia contestar satisfactoriamente á sus eternas cuestiones sobre los sagrados misterios; y en fin, los incorregibles paganos se sonreian recordando con ironía los tiempos de los sofistas contemporáneos de Sócrates.

Cada dia pues se hacia sentir mas la necesidad de dar una forma estabil y definitiva al dogma cristiano. De las orillas del Jordan á las costas del Océano el nombre de Cristo habia cruzado como una bandera, como una centella, como un rayo que habia rasgado las tinieblas que pesaban opresoras sobre el mundo. Para tantas almas que llenas de fe y de esperanza se habian presentado á llamar á las puertas de un nuevo templo, se necesitaba una doctrina formulada que, siendo la misma en todos los puntos, perpetuara la unidad de la Iglesia.

La ocasion no podia ser mas brillante ni propicia; derrumbábanse con estruendo los altares del paganismo, rasgaban desanimados sus vestiduras los idólatras, poblábanse los yermos del Oriente, cruzaban el mundo ejércitos de mártires, y Constantino trazaba la simbólica cruz sobre el triunfante lábaro. Era pues el momento de acabar con aquella guerra encarnizada de sofismas y de interpretaciones, era el instante de formar un cuerpo en que se embotaran los tiros de los bárbaros que acampados se hallaban á las puertas del imperio, era fuerza seguir, y apresurarse á seguir, el movimiento regenerador comenzado por el cristianismo, era por último de todo punto indispensable formular

el símbolo que reuniera á los pueblos en un imperio espiritual mil veces mas vasto que el de los Césares.

Todo esto podia y debia ser obra de un concilio.

Uno se tuvo, el de Nicea, el primero y acaso el mas importante, pero desgraciadamente tuvo que ser provocado por una herejía.

Por la herejía de Arrio.

Este osado sacerdote de Alejandría, de la ciudad que en aquel entonces parecia un crisol dispuesto á fundir todas las sectas y todas las doctrinas puesto que se habia convertido en un palenque de las luchas metafísicas, este audaz sacerdote, decimos, quiso hacerse funestamente célebre colocándose á la cabeza de los que con él negaron la esencia una é indivisible de la santísima Trinidad.

Constantino tembló ante la importancia de las disensiones que dividiendo la Iglesia podian turbar su Estado, y quiso poner la paz entre los contendientes. Todos sus buenos deseos fueron inútiles.

Al lado del hereje de Alejandría, acababa de erguirse como una columna poderosa dispuesta á servirle de pedestal el famoso Eusebio, obispo de Nicomedia, que dió con su proteccion á Arrio nombre á un partido que siendo enano lo convirtió en gigante.

Constantino que queria la paz á todo precio, que necesitaba el triunfo de una de las dos opiniones, resolvió reunir á todos los obispos del imperio para que decidiesen cual de las dos debia seguirse, reservándose inmediatamente el derecho de ejecutar la sentencia.

Nicea fué el sitio escogido para la asamblea; Nicea que veia reunirse por vez primera un concilio universal, despertó un dia teniendo en su recinto á trescientos diez y ocho obispos llegados de todos los puntos del globo.

En el seno de este concilio fué donde comenzó Atanasio, el entonces humilde sacerdote, su larga y gloriosa lucha contra el arrianismo.

No referiremos todo lo que tuvo allí lugar ni nos internaremos en el laberinto de discusiones que se promovieron y agitaron en aquella reunion célebre que ponia por desgracia el sello de la celebridad á una secta demasiado importante, pues que provocaba un concilio. Solo cumple á nuestro propósito hablar de la decision que se tomó.

Los discípulos de Arrio fueron condenados, sus obras fueron quemadas, y Constantino sentenció á la pena capital á cualquiera que fuese convencido de guardar una sola. Sin embargo, la causa de los arrianos no fué irrevocablemente juzgada, y no se tardó en ver á Constantino, al mismo Constantino,

por una de aquellas debilidades que culpa la historia, usar de clemencia con ellos y levantarles el destierro.

Así que se vieron tolerados, se hicieron intolerantes; y descaradamente hicieron la guerra al símbolo de Nicea, persiguiendo por medio de bajas intrigas á todos los obispos que lo habian firmado. Escudados por la debilidad, por la apatía ó acaso por la indiferencia de Constantino, llegaron hasta el estremo de atacar frente á frente al mismo ya entonces famoso Atanasio, la gran columna de la ortodoxia, como le llama un escritor reputado.

Atanasio sin saber como, sin comprender como, vió de pronto elevarse contra él terribles y monstruosos cargos; vióse acusado de haber roto un caliz entre las manos de un sacerdote, de haber asesinado á un obispo para utilizar sus brazos en operaciones de majia, de haber en fin hecho volver atrás los convoyes de trigo que venian del Egipto. Era todo esto consecuente y nada mas natural en la secta que le acusaba: despues de la herejía, la intriga, despues de la intriga, la infamia.

Llamado ante el tribunal de sus enemigos, Atanasio se disculpó de todos sus crímenes y hasta hizo comparecer al obispo que se le acusaba de haber asesinado, pero esta prueba que era la que mas debia deponer en su favor, fué la que mas sirvió para condenarle. Acusósele mas fuertemente de mágia, depúsole el concilio de Tiro, y Constantino, que parecia haberse convertido en el ciego y triste ejecutor de las sentencias de todos los concilios, envió el campeon del símbolo de Nicea al destierro en que habia gemido Arrio.

La reaccion marchaba á pasos de gigante, el arrianismo amenazaba llegar á ser la religion del imperio. Murió en esto Constantino y con su hijo subieron completamente al poder los herejes. Los destierros, las prisiones, los motines, señalaron este segundo período en que el arrianismo triunfó, mientras que Atanasio, firme pilar de la Iglesia, recorria la Europa y el Asia, anatematizado en un lugar, echado de otro, acusado en aquel, desterrado en este, unas veces héroe y santo, otras mártir y profeta, y siempre el verdadero ideal de esos primeres padres de la Iglesia, campeon infatigable por la palabra y la pluma, escribiendo sin cesar en la ruta del destierro, dejando oir su palabra poderosa en los concilios, cien veces arrojado de su patria y cien veces de regreso, nunca sucumbiendo y no dejando jamás de defender su santa causa fórmula á fórmula, punto á punto, palmo á palmo.

En el interin seguia el arrianismo su carrera de efímeros triunfos, pero era para caer un dia de pronto, nueva Babel, y sepultar entre sus escombros á sus mas ardientes partidarios.

Faltos de la fuerza moral que constituye todo poder, sin tener el gérmen de bondad que afirma las creencias, no sintiendo en ellos la esencia divina que nutre y fortalece como sávia jugosa el robusto tronco, los arrianos hicieron como todo poder transitorio y condenado á perecer por la inseguridad de sus bases: no pudiendo reinar por la conviccion, quisieron reinar por el terror. Lanzáronse abiertamente por la senda de los crímenes.

Viéronse los católicos perseguidos como bestias salvajes y si, como sucedió en Alejandría, intentaron protestar y levantarse contra el látigo de sus opresores, no faltaron autoridades, hechura de los arrianos, que, como los de la misma ciudad tambien, recurrieron al populacho pagano, á los judíos, á las gentes de mal vivir, á los vagos de las plazas públicas para someter al pueblo reunido y congregado en las iglesias. Todas las espantosas escenas de un saqueo tuvieron lugar: los monjes fueron pisoteados, los santuarios profanados, violadas las vírgenes, azotadas las matronas, entregados los hombres de condicion á la cuchilla del verdugo. Llegose á ver hasta á los judíos y á los paganos bañarse en los baptisterios y cometer toda clase de infamias.

Y mientras que esto pasaba en Alejandría, en otras partes se celebraban concilios donde los obispos circundados de tropas se veian obligados á firmar el destierro de los católicos. Despues de la decision, tribunos ya preparados se presentaban en los templos, arrancaban los sacerdotes del pié de los altares para arrojarlos unos al destierro y otros al tormento, en tanto que impudentes arrianos se paseaban por la ciudad en carrozas triunfales de las que hacian tirar á los obispos católicos, como antiguamente los esclavos llevaban hasta el capitolio al romano triunfador.

Dios quiso poner un término á todos estos desórdenes, á todas estas verdaderas escenas de crápula y pillaje.

Los obispos de Occidente, presididos por el papa Dámaso, confirmaron la fé de Nicea, y escomulgaron á todos los obispos que asistian á los concilios arrianos. En el interin, moria el hijo imprudente de Constantino, moria tambien Atanasio combatiendo como combatiendo habia vivido, y despues de tantas tempestades, de tanta polvareda, de tanta polémica de concilios y de plaza pública, Teodosio reunia el gran concilio de Constantinopla, el segundo ecuménico que reconoce la Iglesia y á él se veian llamadas y en él condenadas resueltamente todas las sectas.

La triste historia del arrianismo, tocante á la cuestion de principio, concluye con Teodosio. La lucha prosiguió aun, pero sin fuerza, sin vigor, desorientada, desnaturalizada y desacreditada. Era vieja de cuatro siglos y el arria-

nismo tuvo que eclipsarse ante la triple auréola del Dios único. Los católicos habian cerrado la puerta á toda contienda haciendo de la Trinidad un misterio y diciendo con san Atanasio: «La santísima Trinidad solo es una misma divinidad, no es toda ella mas que un solò Dios; esto basta á los fieles; el conocimiento humano no va mas lejos; los querubines cubren lo restante con sus alas.»

Sin embargo, el arrianismo antes de estinguirse del todo, intentó levantarse mas poderoso que nunca. Habia querido la fatalidad que encontrara unos misioneros en los bárbaros que cayeron como un torrente sobre el imperio á principios del siglo quinto. Los vàndalos, los alanos, los visogodos, los ostrogodos, todos eran arrianos, però como en las poblaciones en que se asentaron las hallaron gobernadas por obispos católicos, fueron poco á poco cediendo en sus opiniones hasta que la secta de Arrio, que dos veces habia estado á pique de conquistar el mundo, desapareció del todo.

Aun sin embargo no habia muerto en España cuando empezamos nuestra narracion; antes por el contrario, tenia uno de sus mas firmes partidarios en Leovigildo que es el primer personaje de nuestra historia con el cual tropezaremos al comenzar el siguiente capítulo.

II.

RECAPOLIS.

Allá, sobre la mitad del siglo sexto, exhaló su último suspiro el buen rey Atanagildo que se habia hecho bautizar como católico, pero en secreto, pues no se atrevió á romper abiertamente con la doctrina de Arrio que aparentó seguir por el contrario.

Muerto Atanagildo sin hijo varon, los magnates del reino montaron á caballo y seguidos de sus bucelarios y rodeados de fastuoso aparato se presentaron en la corte, esperando ser cada uno el elejido y prontos para ello á alegar sus derechos, sus títulos ó sus méritos.

Hubo grandes debates y contrariedades entre ellos para ver quién habia de ser el favorecido, y como no les fuese posible convenirse tan pronto, hubo de quedar vacante el cetro por algun tiempo. Acordaron por fin quién habia de ser la persona y un dia resonó por toda España el grito de: Viva Liuva!

Liuva era el rey de la Galia Narbonense y á su capital partieron los principales dignatarios precedidos de cuatro mensajeros especiales que llevaban la corona que Liuva debia ceñir. Acogió afable el que iba á ser rey de España á los embajadores, pero no ocultándosele los obstáculos y dificultades del trono que se le llamaba á ocupar, habló de esta manera á los magnates :

— Acepto la corona, pero debeis en cambio aceptar una idea, la cual, aunque contraría en cierto modo las costumbres godas, redundará en mayor beneficio vuestro y de la patria. Permitidme partir mi trono y poderío con Leovigildo mi hermano, que es guerrero ilustre y habil legislador. Yo reinaré en la Galia gótica, y él reinará en España.

Aceptaron los embajadores, y los dos hermanos subieron al trono, pero habíanse pasado apenas tres años cuando Liuva bajó al sepulcro dejando señor de todo á Leovigildo.

Este cumplió como buen y fiel monarca. Desde el principio de su reinado la guerra pareció ser su elemento y llevó sucesivamente sus legiones á Andalucía, Granada y Córdoba que ganó, conquistando parte de la Galicia, Vizcaya y reino de Leon, con lo cual pacificó casi sus reinos dejando á los romanos con poquísimo terreno. No contento con esto, alzó pendones contra Aspidio, señor de Ajer que se habia rebelado, y persiguióle hasta el corazon de sus montañas llevándosele cautivo con su mujer y sus hijos.

Mientras tenia Leovigildo tan altas ideas respecto al aumento de su corona y no cesaba de llevar do quiera triunfantes sus armas, abrigaba las mismas tocante á la grandeza de su honor y á la reputacion de la majestad real. En efecto, de él se cuenta que fué el primero que vistió ropas preciosas é insignias reales de majestad y el primero que se sentó solo á la mesa, desdeñando la costumbre de sus antecesores de comer en particular compañía.

Todo ello contribuyó en gran manera á darle crédito y fama y á conquistarle sobre todo el aprecio de sus vasallos.

Cuando comenzó á reinar Leovigildo, estaba ya casado con Teodora, la hija

del duque de Cartagena, de la cual habia tenido dos hijos: Hermenegildo y Recaredo.

Viéndose seguro del afecto de sus vasallos, creyó que no seria difícil arraigar como costumbre entre los godos la particion del reino entre dos personas y por lo mismo reunió un dia á sus magnates, y les propuso elejir en vida suya á sus hijos para que juntos ocupasen el trono de España, así como juntos lo habian ocupado él y su hermano.

Accedieron á ello los grandes de su reino por ser él quien lo proponia y por el pronto repartióse la España en la forma siguiente: Hermenegildo recibió el reino de Sevilla y otros señoríos de aquella parte; á Recaredo le fué dada la Celtiberia y con ella todo lo que es hoy Cataluña y lo que los godos poseian en la Galia gótica; por último el padre se quedó con el reino de Toledo.

El dia que el reino quedó definitivamente constituido, Hermenegildo se presentó á su padre y le anunció su deseo de casarse con Yocunda, la hija de los reyes de Francia.

Leovigildo frunció visiblemente el gesto, y como si bien no hubiera oido, preguntó:

—Con Yocunda has dicho, hijo mio?

—Si señor.

—Pero si no me engaño Yocunda es católica?

—Tambien era católica mi madre.

—Es verdad, Teodora lo era y hartos fueron los disgustos que con serlo me ocasionó. No quieras pues ser tan desgraciado como tu padre, hijo mio, y escoje por lo mismo para esposa una princesa de tu religion.

—Por esto he elejido á Yocunda, — contestó firmemente el jóven.

Leovigildo se quedó atónito mirando á su hijo. No acababa de comprender y temia adivinar.

—Pues no es católica Yocunda?—murmuró despues de un instante de contemplar á su hijo.

—Es que yo soy tambien católico (1), padre mio, — dijo Hermenegildo con cierto orgullo pero con respeto.

Un rayo no hubiera hecho en su padre el efecto que aquella palabra.

—Tú! católico tú! católico mi hijo Hermenegildo!

Y el rey sintió que sus sienes latian con fuerza, que la sangre se agolpaba á su rostro, que su cabeza ardia, que su pecho se desgarraba. Cegose hasta un estremo increible, un velo sanguíneo se estendió ante su vista y llevó su mano al *scrama* que medio sacó de su cincelada vaina.

A todo esto Hermenegildo no hizo el menor movimiento. Permaneció tranquilo, sosegado, resignado y sumiso.

Pasado el primer momento de ira, que es en el hombre como un soplo de borrasca sobre un cielo sereno, Leovigildo se tranquilizó en apariencia y tomó su habla cierto tinte de ironía. La confesion que se le acaba de hacer le impelia casi á mirar á su hijo como á un estraño.

—Católico!—murmuró,— mal camino sigues para tu felicidad. Allá recibirás el premio. Yo te he dado una corona: guay que los católicos no te den otra, la de mártir!

— Oh! gustoso la recibiria, señor, y con ella moriria contento.

Y al decir esto Hermenegildo, no sabia cuan acertado hablaba; lo propio que al decírselo su padre ignoraba que no serian los católicos, sino él mismo el que á su hijo prepararia esta corona.

— Ya no tengo mas que un hijo, — esclamó el rey como hablando consigo mismo. — Solo me queda Recaredo, solo en él cifraré mi cariño y mi esperanza. Yo aborrezco de muerte á los católicos, yo haré que de ellos sean purgados mis estados, yo... yo soy capaz de arrojarlos todos á las fieras en esos anfiteatros que nos han dejado los romanos.

— No hableis así, padre mio! — atrevióse á decir Hermenegildo; — puede que un dia llegue en que abrais los ojos á la luz, y os hagais tambien católico.

— Yo! jamás! jamás! Vete en mal hora de mi palacio y mis estados, Hermenegildo, serpiente que he abrigado en mi seno! Vete hijo impío que has renegado de tu padre abrazando el catolicismo. Yo soy arriano; vete antes que mi furor estalle, y húndete en tu reino de Sevilla que en mal hora te he dado. Me tarda el verte fuera de mi presencia; los católicos hacen horror á los arrianos. Olvídate de mi nombre. De aquí en adelante, yo no he de vivir mas que pòr Recaredo y he de fundarle una ciudad tan famosa, que pase á los siglos futuros con su nombre, siendo corte y esplendor de nuestra religion.

— Ya me voy, padre mio, — contestó el jóven Hermenegildo, — puesto que de vuestro palacio me arrojais y vuestro reino. Edificad en buen hora ciudades; feliz sea la que fundeis en honra y con el nombre de Recaredo, pero, tenedlo presente, el còrazon me lo dice y á mí jamás el corazon me engaña, la misma ciudad que levantareis para que sea arriana, será la mas constante defensora de la fé y los sacerdotes católicos arrojarán un dia de su recinto á todos los sectarios de Arrio. No puede menos de suceder; la heregía camina al sepulcro.

Al oir esto, el rey se puso lívido de cólera y sus puños se crisparon horriblemente. Hermenegildo conoció que manifiesta temeridad seria el irritar mas

á su padre y por lo mismo, inclinándose respetuoso salió de la estancia y del palacio con lágrimas en los ojos.

Al dia siguiente partia para Sevilla donde no tardó en enlazar su suerte con la de la hermosa, de la cándida Yocunda.

Interin, su padre, que habia marchado á Cataluña, echó los cimientos de una ciudad á la cual, cumpliendo con su promesa, puso por nombre *Recopolis* ó *Recapolis*, palabra compuesta de *pollis* ciudad, y *Reca* sincopa y radical del nombre Recard. Mas tarde, abandonó este nombre para llamarse Ripoll, que no fué mas que la contraccion de Recapolis, acabando por pronunciarse de aquel modo á medida que con el latin se vino á crear el romano vulgar á que pertenece la lengua de nuestro suelo.

Dios quiso que el presagio de Hermenegildo se cumpliera. Para hacerlo ver nos contentaremos con narrar simplemente los hechos.

Leovigildo recibió con ira la nueva del casamiento de su hijo con la católica Yocunda, y tanto se exasperó y tanto fué lo que le cegó la cólera, que envió un embajador á Sevilla para decir á los dos nuevos esposos que les haria matar como no dejasen la fé católica (1). No cedieron á esta amenaza los dos esposos, antes bien continuaron firmes en su digno camino. Mas como su padre repetia con frecuencia el mandato y aumentaba las amenazas, decidieron defenderse con las armas, para cuyo fin Hermenegildo se hizo fuerte en la ciudad de Sevilla, haciendo alianza con los romanos.

Enfurecido mas y mas con esto su padre Leovigildo, envió un poderoso ejército contra él y le sitió en Sevilla desde donde, preso á traicion, fué llevado á poder de su bárbaro padre y encerrado en una estrecha cárcel de Tarragona. Allí le hizo tener con grillos y en el cepo, y allí, viendo que resueltamente no queria abandonar la fé católica que habia abrazado, hízole un dia matar infamemente por un emisario llamado Gisberto.

Hermenegildo murió bendiciendo á su padre que le daba la corona del martirio interin la Iglesia le adjudicaba mas tarde la de santo.

La sangre de Hermenegildo, derramada en testimonio de la fé católica, fué como un arroyo que fecunda un campo. Su muerte produjo un efecto contrario al que su padre esperaba. Los católicos abundaron desde entonces y á tal estremo llegó el sentimiento de la muerte del santo rey de Sevilla, que poblaciones enteras se convirtieron y hasta el rey Leovigildo se hizo católico, siguiéndole en pos todos los visogodos y el mismo Recaredo, que tan firme columna debia ser de los católicos altares.

(1) Pujades

Tambien se cumplió el presagio de Hermenegildo tocante á la ciudad levantada en honor de Recaredo y de los arrianos. Si bien por el pronto quedó olvidada, con todo, al renacer el catolicismo fué en su suelo donde se vió levantarse soberbio uno de los mas firmes baluartes de la fé, una de las casas de oracion mas célebres y conocidas, y desde entonces hasta el dia no ha habido en el orbe quien haya ignorado la existencia y grandeza del famoso monasterio de Santa María de Ripoll de que vamos á ocuparnos.

III.

LA GRANJA DE CARLO MAGNO.

Cuando Mahomet, el rey de Gerona, supo que Carlos el grande se acercaba, subió con su privado, el francés renegado Vifrio, á una de las mas altas torres de la ciudad.

Vieron desde allí una estension inmensa, y por entre los árboles y las plantas unas estrañas máquinas de guerra que movian sus brazos.

Mahomet, el cobarde rey moro, se puso á llorar amargamente.

—Porque lloras, rey? — preguntó Vifrio.

— Ay! ay de mí! Carlos, el terrible gigante de los cristianos viene con estas máquinas.

—No, respondió Vifrio, todavía no viene.

Al cabo de unos momentos de silencio, Mahomet vió llegar una tropa inmensa de soldados que parecia una nube de langostas caida sobre los campos.

— Ay! ay de mí! ahora sí que llega Carlos el grande. Viene triunfante entre esos soldados.

— No, todavía no viene, — murmuró Vifrio con voz un poco sombría.

— No? — preguntó entonces inquieto Mahomet, — pues que podremos hacer si se presenta con un número mayor de guerreros?

— Defendernos, — dijo Vifrio.

— Y qué haremos con la defensa?

— Morir.

El rey moro se calló y bajó la cabeza.

Pasados otros instantes de silencio, vióse llegar el cuerpo de guardias y de ballesteros reales.

— Ay! ay de mí! ahora sí que es Carlos el grande.

— Todavía no viene.

— Qué será de nosotros, Vifrio?

— Lo que él quiera, rey Mahomet.

Tras de los batallones iban los obispos, los abades, los sacerdotes de la casa real y los condes.

Mahomet vió decididamente venir con ellos á Carlos y esclamó en un parasismo de terror:

— Oh! Vifrio, bajemos y escondámonos en las entrañas de la tierra lejos de la vista y del furor de un tan terrible enemigo.

Pero Vifrio, aunque temblando porque sabia por esperiencia lo que eran la fuerza y el poder de Carlos, le detuvo, seguro de que no estaba aun entre aquella tropa y le dijo:

— O rey! cuando veas las mieses agitarse en los campos y encorvar sus espigas como ante el soplo de una tempestad, cuando veas los dos rios que aquí cerca se cruzan, inundar los muros de nuestra ciudad con sus aguas teñidas de sangre, cuando oigas resonar un rumor lejano que irá acercándose terrible como el trueno, entonces podrás creer que Carlos el grande se adelanta.

Aun no habia acabado de pronunciar estas palabras cuando se empezó á reparar en direccion del camino de Francia, una nube tenebrosa. En seguida, el dia que era puro y claro, se cubrió de sombra. Luego, de en medio de esa nube el brillo de las armas hizo lucir para los sitiados un dia mas oscuro que toda la noche. Entonces apareció Carlo Magno, el mismo Cárlo Magno, ese hombre de hierro, cubierta la cabeza con un casco de hierro, metidas las manos en sus guantes de hierro, su pecho anchísimo y sus robustas espaldas defendidas por una coraza de hierro, su mano izquierda armada de una lanza de hierro,

— porque la derecha la tenia siempre apoyada en el puño de su espada — las piernas cubiertas de hierro, sus botines... qué diremos de sus botines? todo el ejército estaba acostumbrado á llevarles de hierro; en su broquel no se veia mas que hierro, su caballo mismo era de color de hierro, todos los que precedian al monarca, todos los que marchaban á su lado, todos los que le seguian, todo el grueso de su ejército, tenian armaduras de hierro; el hierro cubria los campos, el hierro los caminos; las puntas de hierro reflejaban los rayos del sol, y todo este hierro tan duro, era llevado por un pueblo de corazon tan duro como el hierro. El brillo del hierro esparcia el terror por las calles de la ciudad, y todos se pusieron á huir espantados gritando: Cuanto hierro! ay! ay! cuanto hierro! (1).

Como dijera Vifrio, el ejército formaba un ruido que se iba aproximando como el trueno lejano que majestuoso rueda por la bóveda celeste.

— Ahora sí, ahi le tienes, ó rey, ahi tienes á Carlos el grande, — dijo el privado.

Y Mahomet cayó de rodillas murmurando:

— Perdido soy.

Y perdido fué.

Susurrante como un enjambre, el ejército de Carlo Magno envolvió las murallas de Gerona; la ciudad se engulló toda aquella nube de hombres de hierro que se lanzaron por sus calles hiriendo y matando, apoderándose de todo, destruyéndolo todo.

Ya Mahomet no era rey de Gerona.

Como una sacudida de viento se lleva un árbol al que arranca al pasar de sus raices, una nube se habia llevado su trono.

Concluida estaba la historia del reinado de Mahomet. La espada de hierro de Carlo Magno habia hecho la cruz en la última pájina.

Ganada Gerona, Carlos el grande montó á caballo y con él sus hombres de armas. Puso en la ciudad un conde feudatario y pensó en nuevas conquistas.

Por esto se dirijió, seguido de sus magnates, por las orillas del Ter y al paso iba estendiendo la espada por las campiñas diciendo solo:

— Esto es mio.

Y los moros que habitaban los pueblos caian de rodillas pálidos y trémulos, murmurando:

— Esto es tuyo!

(1) Este párrafo es traduccion del monje de Saint Gall, cuyo estilo se ha procurado imitar en algunas partes del capítulo.

Al paso del ejército, asomaban las cabezas por entre los bosques y por las bocas de las cuevas, unos hombres de rostros macilentos, de cabellos lacios, medio desnudos, desfallecidos, especie de hombres salvajes. Al ver cascos en vez de turbantes, espadas en vez de cimitarras, al ver grabada la cruz en los pendones, todos aquellos hombres se estremecian de júbilo, se abrazaban llorando, caian de rodillas, besaban la tierra, alzaban al cielo las manos, se entregaban en fin á todos los estremos del placer mas frenético y delirante.

Eran los cristianos, los que huyendo un dia de las moriscas huestes habian ido á buscar un asilo en las grutas y en los riscos, donde rogaban á Dios para que llegara cuanto antes el dia de la ansiada libertad.

Carlos el grande vióse de pronto detenido en su camino por las ruinas de la que con el tiempo juzgó debia haber sido una gran ciudad. Detúvose y preguntó qué escombros eran aquellos.

— Los de Recopolis — le contestaron.

Entonces Carlos el grande se apeó de caballo y quiso detenerse un momento para honrar las ruinas de la ciudad donde habia morado el primer rey católico de España. Aquellos amontonados escombros hablaban al corazon de Carlo Magno, el firme propagador de la fé de Jesucristo; le hablaban sobre todo por cada resto de edificio, por cada trozo de columna, de Recaredo, el rey santo, hermano de santo, hijo de santa y sobrino de santos.

Sus guerreros se mantenian apartados, respetando sus meditaciones. De pronto, viéronle levantarse de la piedra en que estaba sentado, dar inquieto un paseo por entre las ruinas, y aun hubo quien entonces le oyó decir:

— Un rey católico no debe pasar por aquí de largo si antes no ha levantado á la ley de Cristo un monumento.

Al revolver de un monton de piedras, Carlos siguiendo su visita por las ruinas, se encontró con un hombre, un anciano de talar ropaje atado á su cintura por una grosera cuerda, de barba blanca que le caia hasta el pecho, de frente calva y de encorvado talle.

Ambos se detuvieron sorprendidos y asombrados. El eremita miró con espanto á Carlos el grande; Carlos el grande miró con respeto al eremita.

— Quien sois y que venís á buscar en la mansion de las ruinas? — preguntó por fin el anciano.

— Soy un guerrero de la fé, — contestó modestamente Carlos, — que recorre la tierra llevando la cruz en triunfo.

— Santa mision y santa carga! — contestó el anciano. — Y la recorreis solo?

— Mirad por encima de esas piedras, — dijo Carlos. — Qué veis?

—Jesus nuestro Salvador me valga!—murmuró el solitario habitante de Recopolis,—si mi vista fatigada no me engaña, veo lucir un mar de cascos y de lanzas á los rayos del sol.

—Son de los compañeros que recorren conmigo el mundo.

—Pero entonces quien sois vos que llevais tan grande comitiva?

—Soy un monarca que acaso no habeis oido nombrar nunca. Me llamo Carlos.

—Bienvenido seais al suelo de Recopolis! Aquí tambien hubo algun dia un rey que tenia grandes ejércitos y que tremolaba la cruz en sus estandartes.

—Y á vuestra vez, anciano, decidme ahora: quién sois?

—Un pobre eremita.

—Vivis solo?

—Con cuatro compañeros.

—Y qué haceis aquí?

—De dia labramos unos campos vecinos, de noche nos refugiamos en unas modestas viviendas que nos hemos edificado con las piedras de las ruinas. Dios es todo nuestro consuelo y, aparte de nuestras labores, ciframos todo nuestro conato y pasatiempo en alabar al Señor, en celebrar los divinos oficios en el hueco de una roca como mejor podemos, y en cumplir con los deberes que nos imponen nuestro voto de castidad y de religion y nuestros deseos de sacrificarnos á Dios.

—Y jamás os han hallado los moros?

—Nunca.

—Ni nada sabeis de lo que pasa en el mundo?

—Nada. Para que necesitamos saber? Nosotros solo queremos adorar á Dios en el silencio y la soledad.

—Decidme, digno anciano, quereis presentarme á vuestros compañeros?

—Porque no? Seguid mis pasos.

Y Carlo Magno siguiendo al eremita atravesó las ruinas que abandonaron al llegar al estremo opuesto. Cruzaron una poblada alameda, y viéronse en un campo donde trabajaban los cuatro compañeros del anciano.

Los cuatro dejaron su tarea para contemplar con asombro al estranjero que les fué presentado por su hermano.

Cárlos el grande comenzó una conversacion con aquellos cinco varones, ancianos todos, todos de barba blanca, y bien pronto hubo trabado estrecha amistad con ellos.

Ninguno conocia á Cárlos ni habia oido hablar jamás de su nombre y sus

hazañas, tal era la soledad en que vivian, el aislamiento completo en que se hallaban. Carlo Magno les contó su reciente triunfo sobre Mahomet el rey moro de Gerona, les dijo como en los baluartes de esta ciudad tremolaba ya su enseña de la cruz y como allí habia dejado el encargo de fabricar templos suntuosos y vastos monasterios, y entónces los cinco solitarios de Recopolis se arrodillaron para alzar un himno de gracias al Señor, para alabar á Dios que habia enviado á sus hijos un salvador y un vengador en Carlo Magno.

Este se arrodilló y oró con ellos.

Terminado su rezo, los eremitas enseñáronle sus útiles é instrumentos de labranza, le contaron como pasaban el dia partiéndolo entre el rezo y el trabajo, le acompañaron á sus humildes chozas donde quiso participar de su frugal comida, habláronle con una sencillez verdaderamente encantadora de sus costumbres modestas, y por fin hiciéronle entrar en una retirada gruta en la que, sobre varias piedras unidas en forma de altar, vió alzarse una imájen de la Virgen soberana.

Carlo Magno dobló la rodilla ante aquel sencillísimo altar y oró con todo su fervor cristiano, llamando la bendicion del cielo sobre aquellos cinco solitarios moradores de las ruinas que allí, sacerdotes y agricultores, se entregaban á la vida tranquila y sosegada de la contemplacion mas pura, de la fé mas cándida.

Cuando hubieron salido de la gruta, que era el templo de los eremitas, el monarca se volvió á ellos, y les dijo:

— Me encanta vuestra humildad, me seduce vuestra vida. En cambio de la hospitalidad que me habeis tan franca y cordialmente dado, permitidme, ancianos, que haga algo por vosotros. Cinco sois los solitarios que guardais las ruinas de la santa Recopolis, cinco solos los que os postrais cada mañana y cada tarde á los piés de la imágen de la Virgen á la que alzais vuestros matinales y vuestros vespertinos cánticos; pues bien, yo haré que vuestro número crezca, yo haré que vuestra gruta se transforme por el pronto en una granja para que convertirse pueda luego en un famoso monasterio, y haré en fin, todo ayudado del favor de Dios, que vuestra excelsa patrona sea una de las mas veneradas en el orbe cristiano.

Y al oir estas palabras, los eremitas besaron con lágrimas de júbilo los piés del monarca y murmuraron.

— Así lo quiera Dios!

Cárlo Magno, á quien le precisaba partir, dejó á los eremitas varias sumas de dinero con que pudieran proveerse de lo mas necesario, é hizo que allí se quedára parte de su gente para levantar la granja, interin él daba la vuelta y

comenzaba la obra del monasterio. Cuando lo tuvo dispuesto y hubo visto empezar los trabajos, se despidió llorando de los cinco ancianos con quienes habia pasado tan dulces instantes, y encomendándoles que rogaran por el triunfo de sus armas, partió no sin haber anteriormente solicitado de ellos que seguirian, cuando estuviesen reunidos en comunidad, la regla de San Benito, del famoso y virtuoso anacoreta de Sublac.

No olvidó jamás el monarca las horas deliciosas que habia visto transcurrir en las ruinas de la ciudad de Recaredo, y si bien no dió la vuelta como esperaba, fué porque nuevos ó importantes acontecimientos hubieron de impedírselo.

El valle de Amer presenció una de las mas grandes victorias de Carlo Magno, Gerona se rindió á su presencia, los moros de los pueblos y de las montañas cayeron de rodillas á su aspecto, y los régulos de Barcelona, de Huesca y Zaragoza, temblando al ver que se les acercaba aquel hombre de hierro con su ejército de hierro, se apresuraron á enviarle embajadores rogándole se dignase recibirles por sus vasallos.

Todo pues se humillaba ante el vencedor. Valles y montañas, pueblos y ciudades, reyes y soldados, todo celebraba y todos repetian el nombre de Carlo Magno.

En lo mejor de sus triunfos, el monarca tuvo noticia de que se le habian rebelado ciertos vasallos de Austria, Hungría, Sajonia y Lombardía, y esto le obligó á marchar de España para ir á arredrar con su presencia á los rebeldes y hacerles doblar la frente ante su cetro de hierro.

He ahí porque no volvió por el pronto como habia prometido á las ruinas de Recopolis, pero envió un mensajero á los eremitas para atender á todo lo que necesitasen y darles en su nombre el ósculo de salud y bienandanza.

El mensagero halló ya construida la granja ó casa de labranza de la que tomaron posesion los ancianos, quienes, conforme á los deseos de Carlo Magno, siguieron la regla de San Benito, si bien no vivian en perfecta comunidad ni en completa clausura, pues que esperando que les cambiase el monarca su granja en monasterio, eran en el entretanto mas bien agricultores que sacerdotes.

Nobles y dignos varones! toda la comarca les bendecia y les admiraba por sus virtudes, y ellos cada dia se postraban á los piés de la imágen de la Vírgen para pedirle en coro triunfos y mercedes para Cárlos, el fundador de la granja de Recopolis.

Pero, ay! apenas Zato, Baluch y Aza, los tres reyes moros que prometieron fidelidad al hombre de hierro, le vieron pasar de regreso á Francia los Pirineos,

faltaron á su palabra, rebeláronse como traidores infames, pusieron numerosos ejércitos en campaña, y Gerona volvió á poder de los moros, y en sus manos cayeron los demás pueblos, y los condes gobernadores tuvieron que retirarse con sus ejércitos hasta Aquitania, y á los pobres é indefensos cristianos no les quedó otro recurso que morir segado el cuello por la corva cimitarra para resucitar mas tarde con la triunfante palma, coronados mártires.

Todas las esperanzas cayeron entonces como caen los árboles en un dia de huracan; los templos fueron destruidos, taladas las campiñas, las casas de los cristianos incendiadas, las familias degolladas y las imágenes.... las imágenes solas se salvaron, pero era porque habian desaparecido. Hubiérase dicho que antes de verlas profanadas, Dios habia querido que se las tragára la tierra.

Con la ausencia de Carlo Magno, la morisma triunfaba.

La granja de Recopolis sufrió el mismo destino que los templos. A la luz de las llamas que la devoraban, los moros degollaron á los cinco venerables eremitas que en ella moraban. Nada se salvó allí, nada fué allí respetado..... solo tambien la imágen sagrada de la Vírgen se libertó de la destruccion, del incendio y del saqueo; era que como las de otras iglesias habia desaparecido.

Triunfante en todo su imperio, Carlo Magno se apresuró á regresar; su ejército de hierro volvió á hacer temblar el suelo, los pueblos se le entregaron, las ciudades le abrieron sus puertas, Gerona se le humilló por segunda vez.

Llevadas á cabo sus primeras conquistas y sus primeros triunfos, Cárlo Magno corrió á la granja de Recopolis.

Era un monton de ruinas.

En seguida mandó empezar la construccion del monasterio prometido.

Y he ahí como vemos ahora que se llevaban á cabo todos los presagios del santo hijo de Leovigildo.

Mandó Cárlos el grande hacer las mayores diligencias para encontrar la imágen de la Vírgen desaparecida, pero fueron inútiles. No pudo encontrarse: solo los cinco solitarios sabian el punto donde la escondieron y los cinco solitarios habian pasado á ser mártires.

El glorioso monarca tuvo pues el disgusto de comenzar la entonces pequeña fábrica del monasterio, sin poder colocar en respetuosa capilla la patrona de los eremitas á la que habia elevado fervientes preces y á la que confesaba deber parte de las victorias alcanzadas desde entónces.

Así es que cuando regresó segunda vez á Francia, encargó tan caros objetos á sus condes gobernadores, y reiteróles en particular la necesidad de no

retroceder jamás y la memoria que debian hacer de sus promesas, para cumplirlas cuando la ocasion se presentase.

No burlaron en verdad tal esperanza los condes gobernadores, pues su constancia se fué trasmitiendo de padre á hijo y hubo de llegar en fin el dia en que pudo quedar satisfecha la voluntad del santo emperador.

IV.

LA VISION DE WIFREDO EL VELLOSO.

Veamos como.

Carlos el grande habia muerto. Como nada prescribiera sobre su sepultura, se vaciló sobre el lugar en que debia enterrársele, y por último se escogió para eterno y último palacio del hombre de hierro, del gigante de las batallas, del rey de las leyendas, la magnífica capilla que hiciera construir en Aix con invocacion de la Vírgen; fué bajado al panteon revestido del cilicio que habitualmente llevaba y por encima de este cilicio de su traje imperial, ciñéndole al lado su formidable espada, aquella espada con que partia en dos un caballero, todo vestido de hierro. Sentósele en un trono de mármol, su corona en la cabeza, su libro del evangelio abierto sobre las rodillas, y sus dos piés sobre el cetro y el broquel de oro bendecidos por el papa Leon; colgose de su cuello una preciosa cadena que sostenia una esmeralda hueca donde se encerraba un fragmento de la vera cruz, se arrojó sobre sus hombros su manto real y se suspendió á su cinto el gran bolson de peregrino que acostumbraba llevar en sus viajes á Roma. En fin, luego que se hubo perfumado el sepulcro, luego que lo hubieron empedrado de piezas de oro, cerrose la puerta de bronce, que se tapió, y elevose sobre la tumba un arco triunfal en el que se grabó su nombre.

A Carlos habia sucedido Ludovico Pio, cuyas manos débiles pudieron á duras penas sostener el cetro de hierro de su padre.

A Ludovico, Carlos llamado el Calvo.

Viéndose este precisado á sostener guerra con los normandos, volvió en torno los ojos para ver á qué guerrero de prez y de valor podia confiar su causa, y llamó por lo mismo en su ayuda al mejor de sus caballeros, á Wifredo *el velloso* conde de Barcelona, descendiente de aquel primer gobernador á quien habia nombrado Carlo Magno confiándole el cuidado de buscar la Vírgen desaparecida de la granja de Ripoll.

Ya sabemos como sirvió Wifredo á Carlos, ya sabemos como le hizo señor independiente de Cataluña y como le dió el blason ganado con su sangre (1).

Wifredo tornó á su pais, cuyos estados durante su ausencia habian intentado ocupar los moros, y resuelto á dar la libertad á su patria, desenvainó su espada y empezó esa serie de homéricas hazañas que no concluyeron ni aun cuando vió ondear su sangriento pendon de las barras en los picos mas elevados del venerado Monserrate.

Siguiendo el curso de sus conquistas, llegó un dia á Ripoll, cuya ciudad comenzaba á reedificarse, y allí le detuvo cierto estraño y singular acontecimiento.

Una mañana que Godmaro, el obispo de Vich que seguia las huestes vencedoras del conde, se paseaba solo á la sombra de una deliciosa alameda, vió venir hácia él á Wifredo, algo pálido el rostro y algo inquieto, los ojos centellantes, andando á pasos apresurados.

— Que teneis, conde y señor, que así pasais por mi lado sin decirme nada? — preguntole el obispo.

En efecto, en su preocupacion el *Velloso*, sin reparar en el prelado, seguia distraido su camino. Volvió empero el rostro á las palabras de Godmaro y esclamó entónces:

— Oh! sois vos? El cielo os envia.

— Qué ocurre?

— Vais á saberlo. Decidme primero, sabreis esplicarme una vision ó descifrarme un sueño?

— Puede.

— Oid entonces.

Ambos se sentaron en unas piedras á la fresca sombra de los árboles y el conde empezó así su relato.

(1) Véanse las notas del tomo primero.

—No sé cuanto tiempo hacia que estaba entregado al sueño ni sé que hora seria de la noche, cuando me ha parecido despertar al rumor de una armonía angélica que heria mis oidos. Mis ojos no podian acabar de distinguir, en medio de las sombras que me rodeaban, ciertos personajes de flotantes vestiduras que creia ver pasar por el espacio, y hacia cuanto en mí estaba para incorporarme y para distinguir mejor, cuando ha sonado una voz dulce que me decia al oido: —Wifredo, conde de Barcelona, levántate y sígueme! He obedecido, me he levantado y he seguido, sin tocar con los piés en el suelo, como si me llevaran suavemente por los aires, á una vision de blanca túnica que se cernia ante mí y que parecia guiarme. A medida que avanzaba, la armonía angélica se iba oyendo cada vez mas cercana y cada vez mas grata. De pronto, un esplendor como el del mas brillante sol á mediodia ha rasgado las nubes que se han retirado apresuradamente en tropel y amontonadas, y heme hallado á la puerta de una gruta presenciando un espectáculo divino. En el fondo se alzaba un altar de piedras y sobre él la imágen mas encantadora de la Virgen que haya visto en mi vida: tenia trigueño el color de su rostro, era su faz mas larga que redonda y su vista tan penetrante que clavaba el corazon. A su lado, recostados en nubes de oro, se mecian los ángeles cantándole sacros himnos, llenaban la cueva olorosos perfumes y al pié del altar, de rodillas, depositada en el suelo la espada, se veia á un guerrero de atlética estatura, todo cubierto de hierro. Todo lo contemplaba yo sorprendido, y creo que clavados tenia mis piés en el suelo, cuando he visto al guerrero ponerse majestuosamente en pié, volverse hácia mí y mirarme de una manera risueña. Al fijar mis ojos en su semblante, he dado un grito. Acababa de conocer á aquel guerrero, y sin embargo no lo habia visto en mi vida. He dado un paso hácia él, pero me ha salido al encuentro, y entre nosotros se ha trabado esta conversacion que perfectamente recuerdo: —Me conoces? me ha dicho el guerrero. —Sí, le he contestado, eres Carlo Magno. —El mismo soy, y aquí he venido abandonando mi sepulcro, para orar á los piés de la sagrada imágen que me hizo ganar mi victoria de Amer y mi segunda batalla sobre Gerona. Esa imágen tú debes adorarla como yo; la prometí en vida un monasterio famoso, y al partirme de España dejé encomendada esta obra á tus antecesores. Ninguno de ellos ha encontrado la imágen, y por consiguiente ninguno se ha acordado de engrandecer el pequeño edificio que dejé yo fabricado junto á las ruinas de Recopolis y en el sitio donde estuvo la granja que me incendiaron los moros. Wifredo, el Señor te ha elegido á tí para llevar á cabo mi obra. Yo vengo á tí en nombre del Señor y te digo: Mañana al despertar póstrate á los piés de esa imágen, fúndala

el mejor monasterio que pueda haber en Cataluña y dedícala y conságrala la mejor y mas querida prenda que llevas contigo. Adios.» Y á esta palabra Cárlo Magno ha desaparecido y con él la imágen, la cueva, las luces y los ángeles. Me he vuelto á encontrar en mi lecho y he despertado viendo entrar en mi estancia los primeros rayos del sol.

Wifredo calló y hubo un momento de silencio que rompió Godmaro, diciéndole:

—Y bien?

—Y bien, yo no comprendo ese sueño, esa vision que me trae confundido desde que me he levantado. Las palabras que he oido durmiendo de la boca de Carlo Magno son confusas para mí, y respecto á algunas hállolas de sentido indescifrable. Y sino, decidme, vos que por vuestro sagrado ministerio podeis quizá comprenderlas mejor que yo: ¿Qué imágen es esa ante la cual debo postrarme esta mañana, qué monasterio el que debo engrandecer y, sobre todo, qué prenda de mi afeccion y cariño es la que á consagrar se me impele?

Godmaro permaneció unos breves instantes meditabundo. Wifredo le miraba esperando.

Por fin habló el obispo.

—Arduo es en verdad el asunto y no acierto á atinar el misterio que encierra vuestra vision. Vuestro padre no os habló jamás del legado hecho á los condes gobernadores por Carlo Magno?

—Jamás.

—No me atrevo yo por mí solo, conde Wifredo, á decir todo lo que pienso de vuestro sueño, pues se me oculta como á vos mismo el sentido de las palabras de Carlo Magno. Creo pues que lo que podríamos hacer, seria consultar con el abad Diginio, el virtuoso monge que con cinco religiosos vive retirado en el modesto monasterio que mandó labrar el mismo emperador cuando estuvo en estos lugares. Os parece?

—Que me place. Consultémosle en buen hora.

Y levantándose el primero el conde, echó á andar en compañía del prelado, dirigiéndose hácia el monasterio que ocupaba el lugar que antes la granja. Allí, seis sacerdotes perpetuaban la tradicion de Carlo Magno entregándose á su vida cenobítica bajo la regla de San Benito.

Al llegar los dos ilustres personages al edificio, cuya humilde y pequeña fábrica ninguna notable particularidad ofrecia, vieron agrupado un tropel de pueblo, cuya curiosidad satisfacia sin duda un monge que desde el umbral parecia esplicarles algo, teniéndoles á todos suspensos de sus labios.

Movidos de estrañeza, el conde y el obispo apretaron el paso no tardando en llegar donde estaba aglomerada la muchedumbre.

Al ver esta á los dos personages, apartóse en seguida respetuosamente, doblando algunos la rodilla, descubriéndose todos y lanzando algunos entusiastas vítores como sucedia siempre que el pueblo catalan veia á su conde Wifredo.

— Qué sucede? — preguntó el obispo al monge que se hallaba en el umbral así que hasta él llegaron.

— Oh! venís á visitarla tambien? — esclamó el benedictino lleno de júbilo, sin contestar á las preguntas del prelado. — Venid, venid, ilustre señor; venid, soberano conde, vereis su rostro agraciado que brilla como un puñado de estrellas, adorareis su faz divina, y vuestro noble pecho latirá de júbilo al juzgar la bendicion que ha caido sobre el monasterio.

— Pero qué es lo que hablais y porqué es ese júbilo? Ni el conde ni yo comprendemos en ello una palabra.

— Cómo! no habeis venido para visitarla? — dijo el admirado monge.

— Para visitar á quién? — preguntó Wifredo.

— A la imágen de la Vírgen á cuyas plantas están en este momento de rodillas el abad Diginio y mis hermanos, entonando sagrados cánticos de alabanza por su maravillosa invencion.

El conde y el obispo se miraron con sorpresa.

— Esplicadnos, si gustais...

— Oh! sí, ha sido hallada esta mañana en el fondo de una gruta tapiada y cuya puerta por casualidad ha sido descubierta. Es la misma santa imágen que veneró un dia en este sitio Carlo Magno, la misma que era dulcísima patrona de los cinco mártires eremitas de la granja que se alzaba donde hoy asienta este monasterio. Cuando los moros vinieron otra vez á Cataluña, despues de haberse partido á Francia el grande Carlos, los solitarios, augurando para ellos la palma del martirio, escondieron en una gruta de las entrañas de la tierra la venerada imágen de divino rostro que adoraban. Todo lo dice un pergamino hallado á los piés de la santa Vírgen. Venid, venid á visitarla y á postraros ante ella de rodillas.

El conde no sabia lo que le pasaba al encontrarse cuando menos creia con la realizacion de su sueño, y sorprendido miraba á Godmaro en cuyos ojos leia tambien la admiracion y el pasmo.

— Descifrado está mi sueño, — dijo al obispo mientras seguian al monje que para mostrarles el camino les precedia, — si es esa, como creo, la imágen her-

mosa que he visto dormido y á cuyos piés se hallaba respetuoso el emperador Carlos, ya todo lo comprendo, ya todo lo adivino.

El religioso que les guiaba hízoles cruzar varios corredores, un claustro pequeño y sombrío á la sombra de cuyas haces de airosas columnas crecia trepadora la yedra, y en seguida bajando algunos escalones y atravesando una galería subterránea, llegaron á la puerta de una gruta.

Bello espectáculo se presentó á sus ojos.

Caprichosas estalácticas formaban en parte las paredes de la gruta, y de ella arrancaba brilladoras y trémulas chispas, lucientes como menudas perlas, de torrente de luz que inundaba la tosca pero celestial estancia. Sobre un monton de mal unidas piedras, en forma de rudo altar y aun mas bien de mal tallado pedestal, estaba la hallada imagen de la Vírgen soberana con su rostro de amores y sus ojos de delicias. A sus piés, tocando casi con sus rostros al suelo, veíase á los monjes cantando con voz trémula y conmovida los himnos de alabanza. Y por fin, un grato resplandor inundaba la cueva en cuyo umbral acababan de caer respetuosos de hinojos el conde Wifredo y el obispo Godmaro.

—Oh! —esclamó el conde así que el pasmo que le embargaba pudo dejarle hablar, —ella es, es la imágen de esta noche, la que se ha grabado eternamente en mi corazon, la misma á cuyos piés oraba humilde Carlo Magno. La reconozco, sí; rostro trigueño, faz larga y vista penetrante. Bien hallada seas, pura y santa imágen! Bien hallada, dulcísima Vírgen! Todo lo comprendo y todo lo cumpliré, te lo juro. Si, tú eres la imágen ante la cual debia postrarme esta mañana, este es el monasterio que debo engrandecer para que sea uno de los mas famosos de la cristiandad... pero... me falta, sí, una cosa. Una prenda se me ha dicho que debia consagrarte, santa imágen, la prenda mejor y mas querida que conmigo llevo. Esto es lo que no entiendo ni á comprender acierto... Ilumíname, dulce y divina Señora. Qué prenda á la que yo tenga afecto y cariño puede serte grata? Dímelo, y juro al instante consagrártela! Qué prenda me ha querido dar á entender la voz de Carlo Magno?

Mientras así se esclamaba Wifredo y volvia en torno los ojos como si quisiese hallar junto á él lo que sin saber buscaba, vió penetrar de pronto en la gruta, atravesando su umbral, á su hijo mayor, á su primojénito Rodulfo que atraido por la nueva del santo hallazgo llegaba.

—Cielos! — esclamó al verle Wifredo cuya mente acababa de iluminar una idea acudida como un rayo, — he ahí la prenda mejor y mas cara que tengo: mi hijo Rodulfo. Vírgen, soberana Virgen mia, yo te la consagro, yo te doy á

mi hijo, santa Reina. Sea él tu siervo en el templo como su padre será tambien tu siervo y tu campeon en los campos de batalla.

Y el conde, pronunciadas estas palabras, se dejó caer á los piés de la imágen con su hijo Rodulfo, mientras mas fervorosos y mas entusiastas, si cabe, resonaban los cánticos de alabanzas de los monjes á cuyas voces habia unido la suya el pio obispo Godmaro.

V.

ESCELENCIAS DEL MONASTERIO.

Tranquilo podia descansar en su tumba el grande Carlos.

Sus deseos quedaban satisfechos y con quedar ellos satisfechos cumplido quedaba tambien el presagio de san Hermenegildo.

Wifredo, el primer conde soberano, fué quien todo se encargó de llevarlo á cabo.

Magnífica promesa habia hecho Carlo Magno, pero espléndido cumplimiento supo darla Wifredo.

Fué Santa María de Ripoll uno de los mas famosos y nombrados monasterios de la cristiandad, una de las mas célebres casas de oracion del orbe, uno de los mas afortunados asilos religiosos. Y, cómo no habia de ser así, tratándose de un convento augurado por un santo, regado su suelo con la sangre de unos mártires, fundado por el mas grande monarca de la antigüedad y consagrado por el primero de los condes catalanes?...

Poco tiempo despues de la escena referida al final de nuestro anterior capítulo, corriendo el año 888 de la venida de Cristo, la humilde morada del

abad Diginio y sus compañeros quedaba convertida en un bello, grande y magnífico edificio, que hizo levantar el conde Wifredo.

Terminada ya la suntuosa fábrica, eligióse dia para la consagracion y fué transportada á su nuevo y espléndido templo la imágen venerada de la Vírgen. Consagró la fábrica el obispo de Vich Godmaro en presencia de toda la familia del conde, de sus allegados, de sus señores, de sus hombres de armas, ante una multitud de prelados y religiosos de todas clases, y en seguida vistió el hábito de monje el primogénito del conde, Rodulfo, que por su padre habia sido ofrecido á la Reina de los cielos. Concluida la ceremonia, Wifredo llamó al abad Diginio, y entrególe largas dotes y patrimonio para vivienda de los religiosos que allí servian á Dios y á su benditísima Madre.

Dióle en el condado de Cerdeña la villa de Lori con su iglesia, y en el mismo condado la villa de Gobarrer con su templo; en tierras de Bregada las iglesias de san Vicente y san Juan con sus términos; en el condado de Urgel la villa de Ecseduci con dos iglesias, alódios y términos; en la marca cerca de Tarragona el pueblo de Centellas con cuatro millas de territorio en torno; en otro lugar de la marca todo lo que se llama Monserrate, y por fin otros pueblos y alódios que les dió mas adelante.

Rico se halló el monasterio de Ripoll y su riqueza fué aumentando con su fama. En efecto, empezó desde el dia de su consagracion á brillar y á ser ensalzado de tal manera, á ser en tan alto grado la devocion de los fieles, que á muchos atrajo á la vida monacal, y muchos andando el tiempo se preciaron de ser sus bienhechores y de tener en él su sepultura.

Las rentas fueron acrecentándose tambien á medida que la devocion aumentaba, y son innumerables las donaciones y ofrendas que muchos principes le hicieron, entre ellos los reyes de Francia. Los condes de Barcelona en particular no dejaron jamás de ser sus primeros y mas constantes favorecedores, así es que, un siglo mas allá de su fundacion, las crónicas nos presentan el monasterio, á mas de ser dueño de lo citado y dado por el conde Wifredo, como poseedor de todo lo que era villa y alódio de Mollo y Malanera en el condado de Besalú, como señor de la villa de Olot, de la misma de Ripoll, de la de San Cristóval de Fons y la de Presas. En una palabra, eran tantas las dotes, rentas joyas y riquezas que poseia el monasterio de Ripoll, que gozaba opinion de ser la mas rica órden de san Benito en la provincia Tarraconense. Solo la mesa abacial tenia de renta tres mil escudós.

Ilustres y famosos abades tuvo y los cronistas se detienen en referirlos mi-

nuciosamente. Nosotros solo apuntarémos algunos, cuyos nombres bien por Dios merecen salir del olvido.

A Diginio que era abad en tiempo de Wifredo, sucedió Rodulfo, el hijo que dicho conde ofreció á la Vírgen.

A Rodulfo sucedió Enego, y en su tiempo, que fué el año 835, se dió mayor estension á la fábrica é iglesia del monasterio, corriendo todo de cuenta del conde Suñer, y consagrando el nuevo templo el obispo George de Vich.

Arnulfo sucedió algunos años mas adelante y fué uno de los mas privilegiados abades de Ripoll. El fué quien alcanzó, segun el cronista catalan Pujades, una confirmacion de todos los dotes de su convento junto con esencion de la jurisdiccion diocesana, quedando inmediatamente sugeto á la santa sede Apostólica; él quien introdujo la reforma cluniacense; él quien, habiendo dejado de ser abad y siendo obispo de Gerona, hizo ensanchar y levantar el claustro fabricando de nuevo la iglesia con mayores ámbitos y espacios de lo que la segunda fábrica en tiempo de su predecesor Enego habia sido renovada. La muerte le sorprendió sin poder acabar su obra.

Acabóla su sucesor Guidiselo é hízola consagrar en el año 977. En tiempo de este abad trajeron de Francia al monasterio el cuerpo de san Eudaldo, martir de la época de los godos, que era fama hacia grandes milagros.

A este sucedió Seniofredo y á Seniofredo el infante Oliva, hijo de Oliva Cabrera conde de Besalú, de Berga y de Cerdaña. En su época, se derribó la iglesia y por cuarta vez se volvió á levantar con mayores espacios y diferente arquitectura y labor, dejándola tal como llegó hasta el dia despues de consagrada nuevamente en 1032.

Siguieron á Oliva otros y otros abades con cuyos nombres no pretendemos cansar al lector, bastándole saber que se encuentran muchos hijos de tituladas familias, entre otros Federico infante de Portugal que fué abad comendatario, siendo arzobispo de Zaragoza y virey en Cataluña.

El abad tenia jurisdiccion casi episcopal y usaba mitra, báculo pastoral, guantes y anillo como los obispos, hallándose al frente de una comunidad ilustre, pues que no podian ser monjes de Ripoll mas que los hijos de nobles padres y familias militares.

Poco mas — y lo dicho es bien poco — podemos decir tocante á escelencias del monasterio de Ripoll, pero mucho mas hubiéramos podido añadir si últimamente no hubiesen desaparecido en el incendio que abrasó el convento, cuando la guerra civil, los papeles y libros de su famoso archivo, y si ya en el siglo XVII un desdichado hidalgo (monje de la misma casa) no se hubiese

llevado y vendido á algunos tenderos de aceite y jabon algunas cargas de papeles tambien del archivo y particularmente el libro titulado *Anales de Ripoll,* que tantas veces cita el analista de Aragon Gerónimo Zurita.

Pujades, que es quien nos da esta última noticia, no nombra al desdichado monje para que, dice, no se perpetue su nombre con indigna infamia, antes bien perezca.

Hizo bien el cronista catalan. La posteridad debe agradecerle esta sabia prudencia porque esta prudencia ha evitado á aquella la maldicion que hubiérase visto precisada á arrojar sobre el nombre del descreido y mal aconsejado religioso.

Ripoll era panteon de ilustres familias.

En sus claustros, en su iglesia, en sus capillas, veianse ya modestas y sencillas, ya labradas y fastuosas sepulturas, todas ellas decoradas con nombres de esos que encierran cada uno todo un tesoro de recuerdos ó toda una historia de hazañas.

Tampoco nos detendremos en enumerar esas tumbas. Ni podriamos, habiendo perecido entre los escombros del edificio la mayor parte y quedando solo tradicion de algunas.

Allí yacian tendidos sobre sus lechos de piedra la mayor parte de los condes de Barcelona que tanto han dado que hablar á la historia y á la fama, que tan buenos y leales recuerdos han dejado en su patria. A un lado estaba el conde gobernador Wifredo asesinado por Salomon; cerca de él el segundo Wifredo su hijo, primer conde soberano de Barcelona, el mismo que juró no comer á manteles ni cortarse el cabello ni la barba hasta haber vengado la muerte de su padre que vengó atravesando con su espada al impío Salomon; en un ángulo se alzaban los mausoleos de Mir y de Seniofredo, en otro los de Ramon Borrel, Ramon Berenguer tercero y Ramon Berenguer cuarto, el que unió la Cataluña al Aragon con su enlace: todos nombres dignos, nombres inclitos y nombres venerados.

Y no eran ellos solos, no dormian solos su eterno sueño. A sus piés á sus lados, leales vasallos en vida y en muerte, estaban cien guerreros de pujante espada y allí podian hallarse las estatuas fúnebres de los condes de Besalú, de Oliva Cabreta el desgraciado príncipe que dejó la espada por el cilicio, que trocó la malla por la cogulla, y Bernardo su hijo, el que mereció ser llamado *Tallaferro (Cortahierro)* porque, como Carlo Magno, partia en dos con su espada á un caballero armado de todas armas.

Sorprendida debió quedar en verdad toda esa corte de renombrados muer-

tos, ellos que con tantas victorias han enriquecido á su patria, cuando sintieron un dia crujir las robustas bóvedas del monasterio rajadas por el incendio, cuando vieron las llamas penetrar en el templo y lamer con sus lenguas de fuego los bordes de sus tumbas. Oh! cómo no se levantaron entonces tonantes de ira para arrojar á los sacrílegos que iban, á la luz del incendio, á revolver sus cenizas para buscar en vano escondidos tesoros?....

Sin embargo de que casi todo pereció en Ripoll, algunos libros viejos y curiosos hay en los estantes de nuestras bibliotecas donde el que paciencia tenga para hojearlos encontrar debe abundantes datos.

Es que Ripoll ha dado mucho que hablar á los cronistas.

No son empero datos históricos, no son datos que puedan añadir gran cosa á lo que ya dicho dejamos. Casi todo son hechos milagrosos, sucesos acaecidos, desgracias remediadas por la intercesion de la sagrada Vírgen. Entre ellos no obstante se halla una tradicion que nos ha proporcionado objeto para escribir un nuevo capítulo, antes de que nos detengamos un momento, pobres peregrinos, á oir el viento que llora al engolfarse rápido en las actuales ruinas del un dia opulento monasterio.

VI.

LA ENCINA DEL DIABLO.

Para que bien y del todo se pueda comprender la narracion que va á seguir, y que procuraremos relatar con toda la cándida sencillez de la verdadera tradicion, es preciso no olvidar dos cosas esenciales.

Primeramente que la accion pasa en el siglo XIV.

Y luego, que antes de haber leyes espresas que consignaran la propiedad y justicia tambien espresa que se encargara de hacer cumplir estas leyes, los medios por los cuales se hacia constar la propiedad eran mas dudosos, y mas fáciles por consiguiente las usurpaciones. No siempre sucedia que se tuvieran títulos que probaran la legitimidad de una posesion; de manera que en ciertas propiedades el poseedor solo sabia que le pertenecian por tradicion, por buena fé.

Algunas veces, — y esto databa de antigüedad mas remota, — se apelaba á signos esteriores y aparentes que pudieran hacer constar perpetuamente los derechos de cada uno. Una piedra, un árbol centenario, un poste solo eran uno de estos signos, y servian para indicar los límites respectivos de las heredades que se lindaban.

Comprendiendo instintivamente los pueblos la futilidad de este medio y lo fácil que era su destruccion ó el separarlo de su verdadero lugar para colocarlo en otro, habian dado cierto sello de santidad á los signos que servian de límite y declaraban marcado con el sello de infamia á cualquiera que osara tocarlos.

Esto dicho, pasemos á nuestra historia.

La empezaremos haciendo que nuestros lectores fijen la atencion en un hombre ya de edad avanzada que, en pleno dia, y sin al parecer reparar en el sol abrasador que caia, estaba inmóvil y cruzado de brazos al estremo de un campo, no lejos de una secular encina que robusta estendia sus ramas cubiertas de millares de hojas.

Qué hacia allí aquel hombre? qué era lo que miraba con tanta atencion?

Aquel hombre se llamaba Norberto, era dueño del campo que pisaba como tambien de muchos otros, y miraba con ojos de la mas escesiva codicia un campo mucho mas pequeño que el suyo perteneciente á su vecino Ponce.

Por lo demás la encina secular que allí se elevaba era la que servia de límite á su propiedad, indicando que allí empezaba la pobre hacienda de su vecino.

Norberto codiciaba hacia ya mucho tiempo aquel poco de tierra labrada que tenia Ponce con producto tan escaso, que apenas le daba para mantener á su muger y á sus tres hijos. Porque es preciso saber que Norberto era tan avaro como ambicioso, tan ruin como miserable.

Sus arcas estaban llenas mientras las de Ponce exhaustas, su familia nadaba en la opulencia mientras que la de su vecino se moria de hambre, tenia

veinte campos de labor que le daban grandes productos y su vecino no contaba mas que con aquel pobre pedazo de tierra que solo le producia una poquedad ą fuerza de trabajos y sudores. Sin embargo el rico codiciaba el bien del pobre.

Háse visto nunca cosa mas estraña? El pobre se contentaba con su hacienda y el rico se la envidiaba. Si hubiese sido al revés, si el pobre se la hubiese por el contrario envidiado al rico, todos hubieran dicho: La miseria le tiene fuera de sí!

He ahí lo que son los hombres!

Norberto dejó por fin de guardar su inmovilidad y se retiró paso á paso murmurando:

—Ese campo debe ser mio! Lo he resuelto y es preciso que lo sea!

En todo aquel dia no pudo sosegar buscando un medio fácil y espedito de apoderarse de la hacienda del próximo. Pensó primero en quejarse de Ponce ante la justicia del conde y entrar luego por este medio á disputarle la propiedad, pero, cómo hacerlo si Ponce era un hombre completamente de paz, que nunca se habia metido con los otros y que pasaba los dias enteros entregado á su trabajo y á cuidar de su infeliz muger que estaba muy enferma? Renunció pues á este medio y buscó otro, pero le fué imposible hallarlo.

No habia modo bueno de levantarse con la hacienda de Ponce.

Y tal fué la ojeriza que empezó á tomar á su vecino, que era cosa de desesperarse. No podia comprender como él, hombre rico y opulento, estaba siempre triste, cabizbajo, receloso, sospechando de todo y de todos y como por el contrario Ponce mientras labraba el campo con su yunta, estaba siempre cantando villancicos, siempre con el rostro tranquilo y sereno, indicio de la calma de la conciencia.

Para Norberto no habia ya medio. Era preciso que su vecino desapareciera de aquellos sitios y quedara suyo el campo. Era ya una exijencia, una necesidad, una tenacidad. Norberto conocia que iba á morirse de ira como no saliera con la suya.

Fácil le hubiera sido si hubiese querido dar al pobre Ponce una cantidad respetable para indemnizarle de la pérdida de su tierra, pero ya hemos dicho que Norberto era avaro, avaro en demasía y antes que recurrir á sus arcas, queria apelar primero á todos los medios posibles é imposibles. Tomábalo con tanto calor y empeño, que no parecia sino que la salvacion de su alma dependia de la posesion de aquel terreno.

En el interin, Ponce no sabia nada, y aun cuando varias veces se habia

encontrado á su vecino en el dintel de su campo mirándole trabajar con ojos hechos ascuas como si le guardara rencor, no habia comprendido lo que aquello podia significar y no habia parado siquiera la atencion, tan descuidado vivia acerca la envidia que sus pocos palmos de tierra habian despertado en quien tenia oro para alfombrar con él aquellos mismos palmos de tierra.

Una noche en que Norberto no pudo entregarse al sueño, agitado por la idea que ya en él era fija, dejó por fin de volverse y revolverse por su lecho y saltando de él y vistiéndose á medias, fué á sentarse ante la chimenea de su estancia, cuyos carbones atizó reanimando el fuego próximo á apagarse.

En seguida dióse una palmada en la frente murmurando:

—De esta noche no paso. He de hallar medio para que el campo sea mio.

Y cruzó una pierna sobre otra y púsose seriamente á meditar.

Ay! cuanto afán en el rico para apoderarse del bien del pobre!

Eran poco mas de las doce de la noche. Norberto meditaba, esprimia todo el jugo de su cérebro... En vano, todo en vano. Por fin, cansado ya, esclamó:

—Pues señor, como no me ayude el diablo, no veo recurso. Capaz seria de venderle mi alma, si se comprometia á hacerme salir con la mia.

Dichas estas palabras, levantó por acaso sus ojos y, júzguese de su sorpresa y de su pasmo, al ver sentado á un estraño personage en el sitial que estaba en frente del suyo, del otro lado de la chimenea. Por donde habia venido? por donde habia entrado? cómo habia llegado hasta allí sin hacer ruido? quién era aquel hombre? á qué venia?

Todas estas preguntas se hizo Norberto interin le examinaba con cierto terror mezclado de curiosidad.

Era el desconocido un hombre que sin ser jóven no llegaba de fijo á la edad viril. Su rostro era agraciado y traducia una especie de sarcástica malicia. Llevaba una gorra parecida á las de los trovadores sobre la cual ondeaba una roja pluma; su capita era roja tambien, rojo su jubon y rojos hasta los zapatos.

Tan estraño personage tuvo el poder de clavar á Norberto en su sitial como una estátua, y el propietario se sentia grado por grado palidecer ante la maliciosa mirada del desconocido fija en él con una tenacidad incomprensible.

Norberto se creyó por un momento preso de un sueño y se restregó los ojos. Cuando volvió á abrirlos se encontró con el mismo personage cuyo rostro estaba entonces iluminado por una risita que llegaba hasta su oido, haciéndole el efecto de un rumor de huesos triturados por una fiera.

Sobrecojióse, tuvo miedo, y empezó á temblar de todos sus miembros.

A medida que mas temblaba, mas el desconocido reia y mas su risa se hacia perceptible.

Era una situacion tan estraña como angustiosa.

Por fin, el hombre rojo fué el que se decidió á romper el silencio, diciendo con una voz aguda y metálica como un timbre.

—Pardiez! que si hubiese sabido que habiais de recibirme temblando no hubiera yo venido por cierto, cediendo á vuestra invitacion.

—Á mi invitacion! murmuró Norberto.

—Toma! pues es claro.

—Caballero, yo.... yo no recuerdo haber invitado á nadie.

—Vamos, que si haceis memoria....

—No en verdad.

—Pues entonces que rayos estabais murmurando hace poco?

—Hace poco?

—Sí, cuando habeis dicho: como no me ayude el diablo no veo recurso.

—Cielos!—balbuceó Norberto poniéndose horrorosamente pálido—seriais.....

A la palabra Cielos! el diablo se estremeció, y hasta dió un salto en su silla como si le hubiesen pinchado con un grueso alfiler el corazon. Recobróse sin embargo y dijo saludando:

—Hacedme el gusto si quereis que esté en vuestra compañía, de no volver á pronunciar semejante palabra. Me daña los nervios.

—Con qué sois el diablo?—balbuceó Norberto.

—Vuestro servidor.

—Dios mio!

—Os he dicho—esclamó el diablo estremeciéndose—que os sirvierais evitar toda palabra mal sonante para mis oidos. Si no haceis caso de mis advertencias, me voy.

Norberto empezó á recobrar la serenidad que parecia haberle abandonado y dominando en seguida en él su idea fija esclamó:

—Bien mirado, qué mas dá? Lo mismo teneis vos que otro cualquiera. Con tal que me ayudeis, soy vuestro.

—Oh! oh!—murmuró el diablo al ver aquella resolucion.—Mucho os interesa la cosa.

—Terriblemente.

—Vamos á ver, esplicaos. Presentadme vuestra peticion.

—Quiero añadir al mio el campo de mi vecino Ponce.

— Nada mas.

— Nada mas.

— Y qué me dareis por ello?

— Mi alma si la quereis.

—Por el pronto me basta con vuestra firma.

Y el diablo sacó de su bolsillo un pergamino donde se veian escritas varias líneas en caracteres rojos. Púsolo sobre su rodilla como encima de una tabla y alargó al propietario un maderito rematando en punta en torno á la cual se agolpaba un espumoso licor rojizo.

— Y que es eso? — preguntó Norberto.

— El pacto conmigo.

El propietario vaciló. Su ángel bueno no le habia abandonado aun y en el corazon del avaro se habia promovido una verdadera lucha.

—A qué me comprometo por medio de este pacto?

—A entregarme el alma el dia en que yo, lo mas tarde posible, me presente á pedírosla.

— Y á qué os comprometeis vos?

—A daros el campo que codiciais.

— Cuando?

— Esta misma noche.

— Esta noche?

— Ahora mismo. Luego de haber firmado.

— Confio en vuestra buena fé, —dijo Norberto al diablo.

—Jamás he faltado á ella.

El propietario firmó, y tan encarnadas quedaron las letras trazadas con el palito que le diera el diablo, que parecian escritas con sangre.

—Perfectamente, — dijo Satanás arrollando el pergamino y guardándoselo en el bolsillo.— Ahora me toca cumplir á mí. Levántate y sígueme!

Norberto se levantó y siguió. A la aproximacion del hombre rojo, todas las puertas se abrian como por encanto. No tardaron en hallarse fuera de la casa, en el campo, respirando el aire fresco de la noche. Satanás caminaba con estraña celeridad y seguíale el propietario admirado de hallar tanta lijereza en sus propias piernas.

No tardaron en llegar junto al terreno de Ponce y detúvose el diablo ante la encina que servia de límite.

—Oye, Norberto —dijo Satanás, — arranca esta encina y vela á plantar

en el umbral del bosque, nadie lo reparará, solo cuando llegue el dia de la siega y Ponce se presente con su hoz, despídele diciendo que el trigo todo te pertenece. Lo demás corre á mi cargo.

—Pero, cómo arrancaré esta encina secular cuyas raices clavadas en el suelo hacen tantos años la retienen como con lazos de hierro?

El diablo dejó aparecer en su rostro aquella misma risita que ya le habia visto Norberto, y acercándose á la encina la tocó con la punta de su dedo. El corpulento árbol se removió como un hombre que se hubiese estremecido al contacto de un hierro ardiendo y doblándose con suavidad cayó lánguidamente con toda su robusta mole á los piés del diablo.

—Prueba á levantarle— dijo este— y vé á plantarle donde te he dicho.

Norberto levantó el árbol entre sus brazos con la facilidad misma que le hubiera ofrecido el objeto mas insignificante, y atravesando con su carga el campo del vecino, plantó la encina con la misma facilidad en el dintel del bosque.

Hecho esto, se volvió para buscar al diablo, pero habia ya desaparecido.

Cuando llegó el tiempo y Ponce se presentó á segar, Norberto se opuso pretendiendo que aquel campo le pertenecia.

Júzguese de la sorpresa de Ponce. Las gentes del conde fueron llamadas para decidir y apelaron al signo que servia de límite á las tierras de labor. Buscóse la encina centenaria que debia hacer fé y hallósela en la ladera del bosque. En su consecuencia, Ponce fué declarado culpable y diéronsele de término ocho dias para abandonar aquellos lugares.

Quién es capaz de pintar su desesperacion? Arrojado por una fatalidad que no podia comprender del sitio donde habian muerto sus padres, donde habian nacido sus hijos, se veia, de ahí en adelante, destinado á andar errante por el mundo buscando el pan que solo podria conseguirlo mendigando, que solo podia ya esperar de la caridad pública.

Su muger enferma no pudo resistir á este golpe y espiró en brazos de su marido. Este la enterró, derramó amargas lágrimas sobre su tumba, y cojiendo á sus hijos se alejó con el corazon lleno de amargura y rebosando el mas amargo dolor.

Norberto entró pues á disfrutar de la herencia, pero no la disfrutó tranquilo por mucho tiempo. No tardaron en apoderarse de él terribles y atroces remordimientos, y el campo de Ponce que tanto le habia atormentado cuando no le pertenecia, le atormentaba mucho mas desde que era su poseedor. Segun la crónica, hallaba un gusto de muerte en el pan recojido en aquellos

surcos. Parecíale cuando pasaba por junto la encina que esta se movia como si fuera á hablar y acusarle.

Así vivió bajo el peso de su remordimiento y esperando con terror el juicio de Dios, hasta que un dia murió repentinamente y sin confesion.

Un hijo tenia Norberto el cual dejó por único heredero. Se llamaba Arnaldo y nunca jamás se ha visto ni conocido á un hijo de carácter tan diametralmente opuesto al de su padre. Todo lo que tenia Norberto de avaro, tenia de liberal su hijo. Era tan espléndido y dadivoso como tacaño y miserable su padre, era tan generoso y tan buen cristiano como malicioso y pecador endurecido su padre.

Arnaldo pasaba los dias recorriendo los pueblos y cabañas, aliviando la miseria do quier que la encontraba, haciendo beneficios inmensos y recojiendo las bendiciones de toda la comarca.

Tan universalmente aborrecido como era el padre, tan generalmente amado era el hijo.

Arnaldo, á mas del impulso natural de su alma; tenia otra razon para hacer bien. Sospechaba que su padre habia cometido algunas acciones indignas y trataba de salvar su alma por el bien que á intencion suya cumplia.

Una tarde que llegaba de sus piadosas correrías y de cumplir con sus buenas obras, asaltóle la noche en medio del camino. Era una noche tranquila y plácida. La brisa hacia gemir rumorosos los árboles y la luna alfombraba con torrentes de plateada luz los campos.

Arnaldo, satisfecho con el empleo de su jornada, seguia poco á poco su camino habiendo dejado caer la brida sobre el cuello de su caballo.

Llegó en esto hasta una cruz de piedra que habia á bastante distancia del pueblo de Ripoll, é iba á atravesar por delante de ella sin pararse, haciendo solo el signo de respeto que deben á toda cruz los cristianos, cuando notó que en las gradas se dibujaba un bulto.

Llamóle la atencion, se acercó y no le quedó duda. Era un hombre, un mendigo, muerto tal vez de hambre ó de frio, que acaso á duras penas se habia podido arrastrar hasta allí para al menos poder exhalar su último suspiro al pié de la reverenciada cruz. Apeóse en seguida Arnaldo con el corazon oprimido y se acercó.

El hombre no estaba muerto, pero se escapaba de su pecho un aliento fatigado y ronco como si agonizando se hallara.

—Qué haceis ahí, buen hombre? — le preguntó tocándole con la mano.

El moribundo volvió hácia Arnaldo unos ojos casi vidriosos, pero no con-

testó. Entonces el jóven cojió entre las suyas las manos del mendigo que estaban frias y heladas, procuró sentarle en una de las gradas en que le encontró tendido, lo que solo consiguió despues de notables esfuerzos, y por fin desprendiendo de su pecho una calabaza de peregrino que llevaba siempre consigo llena de un espirituoso licor, acercósela á los labios y le hizo tragar algunos sorbos.

El mendigo se reanimó y movió sus labios como si quisiera hacer esfuerzos para hablar.

—Tendreis hambre quizá?— le preguntó Arnaldo.

El mendigo hizo que sí con la cabeza, pero en el acto la dejó caer acudiendo á sus ojos un torrente de lágrimas. Como si estas le hubiesen desahogado de un peso, devolviéndole al propio tiempo el habla, el infeliz pordiosero empezó á quejarse con amargura murmurando:

—Ay! mis hijos! mis hijos! mis pobres hijos.

—Teneis hijos, buen hombre?—preguntóle enternecido Arnaldo.

—Sí, sí..... ay! sí!

—Y dondé están.

—Allí abajo, en el pueblo..... en un pajar, muriéndose de hambre y de frio como su padre que ha salido á buscar para ellos un pedazo de pan sin encontrar un alma cristiana que de él y de sus hijos se compadeciera!

Arnaldo sentia su corazon henchido de amargura.

—Buen hombre,—le dijo,—bebed otro sorbo de este licor, animaos un poco y bien pronto estareis con vuestros hijos donde no os falte pan ni abrigo.

El infeliz clavó sus ojos en Arnaldo.

—Sí, animaos,—continuó este,—vendreis conmigo á mi casa, y allí estareis con vuestros hijos sin que en la vida os vuelva á faltar lo necesario.

El pordiosero meneó tristemente la cabeza como dudando.

—Oh! no dudeis de la misericordia de Dios!

Dijo Arnaldo, y en seguida le ayudó á montar á caballo, cabalgando tambien él detrás del mendigo para sostenerle, pues tan débil y exánime estaba el infeliz, que á ir solo á caballo no hubiera este podido dar dos pasos con su ginete.

Así se pusieron en camino. El pobre habia dejado caer su cabeza sobre el pecho y cerrado los ojos como si fuera á espirar. Arnaldo apretaba cuanto podia el paso de la cabalgadura.

Hacia ya un buen rato que marchaban en silencio, cuando distinguiendo

el jóven sus posesiones, hizo que el caballo atravesara los campos para llegar mas pronto á su casa.

De pronto se oyó un gemido, la montura se detuvo dando un relincho de espanto y Arnaldo, volviendo los ojos á su alrededor, vió á la pálida claridad de la luna un espectáculo que le hizo erizar los cabellos.

Junto á la encina centenaria que servia de límite á sus posesiones, una especie de fantasma cubierto con un blanco sudario de flotantes pliegues, parecia pugnar por arrancar del suelo el árbol gigantesco que allí clavara hondas raices á favor de los siglos. El fantasma se debatia en vanos esfuerzos, pues que probaban sus continuos gemidos la inutilidad de su empeño.

Al mismo tiempo, cosa estraña! el aparecido mantenia una especie de diálogo con un personaje invisible, pues que le contestaba una voz salida de allí mismo, junto á él, en un sitio donde sin embargo no se veia á nadie.

— Oh! oh! — decia el fantasma como si sollozara, — quiero volver la encina donde estaba antes, allí de donde la arranqué.

— Es inútil que te canses, — respondia la voz.

— Solo por este medio puedo salvarme.

— Es que no te salvarás nunca.

— Y he de arder eternamente? — decia el fantasma con una voz que helaba el corazon de Arnaldo.

— Eternamente! — respondia el invisible.

— Oh! no, no!

Y el fantasma entonces torciéndose las manos se puso á gritar:

— Ponce! Ponce! ven á recobrar tu hacienda.

Al oir esto el mendigo que estaba delante de Arnaldo se irguió sobre el caballo y esclamó con una voz firme:

— Devuélveme lo que me robaste, Norberto, restitúyeme el campo y la choza donde nació mi madre, donde mi muger ha muerto y rogaré tanto por tí al Señor, que el Señor se ablandará á mis ruegos y te devolverá su gracia.

Acababa apenas de pronunciar estas palabras, cuando dos gritos horrorosos, dos gritos que nada de humano tenian rasgaron los aires y resonaron en el silencio de la noche.

El uno lo habia dado el espectro al volverse y ver á Ponce. El otro lo diera Arnaldo cuando, al volverse el fantasma, reconoció en él á su padre.

Dos dias despues de esta escena, un notario de Ripoll redactaba una es-



De pronto se oyó un gemido.

critura por medio de la cual Arnaldo dejaba todos sus bienes al mendigo, Ponce y á sus hijos.

Aquel mismo dia el monasterio de Carlomagno y de Wifredo, Santa María de Ripoll, admitia en su comunidad al jóven Arnaldo que, abandonando el mundo, se consagraba para siempre al retiro y á la penitencia.

VII.

RUINAS.

—

Como dos esposos que se ven despues de una ausencia dilatada y cariñosamente se abrazan, el Ter y el Frezer mezclan tranquilamente sus aguas al pié de la villa de Ripoll, poblacion de tortuosas calles que tiene el doloroso privilegio de llenar de tristeza el alma del viajero que penetra en su recinto.

Amargas reflexiones acudian á nuestra mente y el corazon parecia querérsenos partir de dolor, cuando pisábamos, hace pocos años, los umbrales de esta villa.

He ahí lo que nos decíamos volviendo á un lado y otro los ojos y viendo allí una casa arruinada, allí un edificio ahumado por haber recibido el beso devorador de las llamas, acá una pobre choza reedificada con los escombros de una quinta, acullá el esqueleto de una mansion señorial.

Ripoll, pobre villa que un dia alzabas tu frente orgullosa y te mirabas en el doble espejo de tus rios, como una coqueta que teme que le engañe tanta belleza como le refleja un cristal y busca otro para cerciorarse de que no ha mentido ni le ha sido engañoso el primero!

Ripoll, pobre villa un dia reina de tu comarca, que te dormias cada noche al rumor de los árboles que cerca de tí formaban sus misteriosas y plácidas enramadas, á los besos de la luna que dorando con su luz tus arrabales parecia darte una blonda cabellera, á los suspiros del aura que traia hasta tí y envueltos en sus pliegues los perfumes y los aromas del valle, y que te despertabas cada mañana á los cantos de los artesanos mezclados con el piar de las aves, al estruendo de tus talleres unido al rumor con que las aguas, esclavas en sus inmensas esclusas, se precipitaban espumosas y mujidoras para poner en movimiento tus atrevidas máquinas!...

Ripoll, pobre villa, porqué ha desaparecido la animacion de tu recinto? porqué hoy te elevas casi abandonada, sombría como un remordimiento? porqué están desiertas las orillas del Ter y no pululan como antes las cabalgaduras avanzando fatigadas bajo el peso de tus productos fabriles? porqué tus labradores se dirijen silenciosos al campo sin entonar como antes con franca y alegre voz la balada montañesa? qué son esas ruinas? qué significan esos escombros?

Ay! ya lo sé, ya lo recuerdo! La guerra civil ha estado aquí, la guerra civil ha venido á visitarte y ha tendido sobre tí tus alas y te ha borrado casi de la lista de los pueblos con su hálito!

Ripoll, tu nombre es una de las pájinas mas sangrientas de nuestra historia de los siete años! Tú has sido una de las víctimas mas infelices y mas perseguidas de esa guerra fratricida! El laurel puede ceñir tus sienes pero, ay! nunca se ha visto laurel mas ensangrentado. Mejor que la corona de laurel te convendria una corona de ciprés!

Y en efecto, no era estraño que así nos habláramos porque Ripoll, cuando la visitamos, mas parecia una vasta tumba que una villa. Nada habia respetado el furor de los partidos. Habia la poblacion pasado por todos los trámites: la lucha, el saqueo, el incendio, la ruina.

Era la caida de la tarde cuando llegamos al monasterio.

Triste y melancólico aspecto!

Los postreros rayos del sol parecian entretenerse en jugar con sus escombros y el viento silvaba lúgubremente por entre los bordados de espesa yerba que se habian apoderado de las piedras.

Mas aun que la villa, parecia el antiguo edificio, la morada que elijieran para dormir su sueño eterno nuestros condes, haber sufrido los horrores de la devastacion, del saqueo, del incendio. Hubiérase dicho que el furor de sus destructores se habia cebado hasta en las piedras, hubiérase dicho que

una bandada de tigres bajando de las montañas habia allí efectuado una monstruosa orjía.

Al divisar la puerta y la fachada, nos descubrimos involuntariamente. Comprendíamos que acaso en toda la historia del arte no habia otra pájina mas ilustre, así como tampoco mas rara ni mas caprichosa. El arquitecto habia allí jugado con las piedras como el músico con sus combinaciones mas originales, como el poeta con sus pensamientos mas atrevidos y mas bellos.

La vista se perdia mirando aquel caos de piedra, aquella especie de Babel de labores. Y es así. Un lujo de adornos increíble, una estraña aglomeracion de esculturas, un completo torbellino de brillantes ideas.

Como aquellos esclavos árabes que al bajar á las encantadas grutas de los palacios de sus dueños removian con palas los diamantes y esmeraldas en ellas hacinadas, así el artista al hacer la fachada debió de remover los tesoros inmensos de su imaginacion para poder arrojar á raudales las joyas en aquella obra maestra del arte.

Es una hermosa soberanía la del genio!

Su reinado no es efímero como el de tantos otros, y las revoluciones, esas tempestades de los pueblos que socavan los cimientos de un trono y devoran en solo un instante una dinastía, pasan sin siquiera empañar con su hálito envenenado la brillantez de la corona del artista.

La fachada de Ripoll vivirá siempre.

Es preciso verla para poder juzgar de su efecto.

Es una rara mezcla de hombres y de fieras, de ángeles y de mónstruos, de seres reales y seres fantásticos, de símbolos cristianos y combinaciones paganas. Ya son dos aves imaginarias sosteniendo las estátuas de San Pedro y de San Pablo ricas en detalles y en pliegues, ya son relieves maravillosos que representan las principales escenas de la historia de los apóstoles. A un lado se ven haces de airosas columnas trabajadas con primorosas labores, al otro asoman sus estrañas cabezas reptiles, peces ó mónstruos; ya son nuevos relieves en que con toda la poesía de la alegoría se han simbólicamente descrito los doce meses del año, ya son cornisas en que se ve á una larga comitiva de reyes, ó una serie de príncipes ir á depositar sus ofrendas á los piés del trono donde esplendente sienta el Dios Padre; aquí se representa una batalla, allí el asalto de una ciudad, acá un centauro pelea con un leon, acullá un caballero alancea una fiera. Y todo admirablemente trabajado, todo perfectamente dejado, todo con un gusto que sorprende.

Por esto al mirar esta estraña fachada no pueden menos de acudirle á uno

á la memoria, aquellas hermosas líneas con que el malogrado Piferrer procura darse cuenta de la impresion que sintió la vez primera que se detuvo, como nosotros, ante la puerta del monasterio de Carlomagno.

«Qué significan esas luchas entre caballeros y leones? — se pregunta el catalan cronista. — Cómo pudo tener cabida en esa página tan altamente religiosa un centauro, monstruo creado por la mitología griega? Qué puede espresar, por fin, el conjunto de esa fachada del siglo XI, quizá la mas completa de cuantas existen en España? El alfabeto en que están esas grandes creaciones poéticas es ya tan desconocido como los símbolos de la India y los geroglíficos de Egipto: y el dia en que una observacion constante y profunda descubra lo que significan, quizá leeremos mejor la historia en las paredes de los monumentos que en las crónicas y en los manuscritos.»

La bella fachada ante la cual nos detuvimos largo rato, nos condujo al interior del templo en que á través de las ruinas que lo alfombraban, pudimos ver todas las formas y todos los estilos, como obra de varias generaciones. Allí la columna greco romana se presenta junto al bizantino mosaico y el gótico bajo relieve. Por lo demás, apenas pudimos juzgar en medio de los escombros, de la magestad y grandeza con que debia un dia presentarse á los ojos del peregrino, ese rico santuario cuyas gradas de los altares habia gastado el roce de tantas rodillas de condes, de reyes y de príncipes!

Puesto que hemos citado á Piferrer, no le abandonemos tan pronto. Es un guia seguro y fiel y debemos oirle respetuosamente cuando nos dice:

«Comunica la iglesia por siete ú ocho gradas con un claustro, cuyos ciento doce arcos semicirculares, distribuidos desigualmente en cuatro lados y en dos pisos, descansan sobre elegantes columnas pareadas, de bases regulares y de capiteles bizantinos. Esta es sin duda la parte del monasterio que presenta mas unidad, belleza y armonía. Ningun pilar ni ninguna clase de estribo interrumpe las largas series de sus arcos, las líneas generales de la ornamentacion son constantemente las mismas. Dos filetes en los estremos del intrados, semicírculos concéntricos en los paramentos y una muy pequeña columna en el punto de interseccion de los semicírculos colaterales constituyen la decoracion de todas las plenas cimbras; abacos ceñidos de molduras y terminados por dos líneas salientes, capiteles de iguales dimensiones, un collarino y una base compuesta de un plinto y un toro, la de todas las columnas; una sencilla línea corrida, la division entre las dos galerias. Toda la variedad de este claustro está sola y esclusivamente en los abacos y en los capiteles, poblados por el génio del escultor de follages y entrelazados ra-

ros, de animales fantásticos y de un escaso número de figuras de personages religiosos. Solo por ellos, por la ejecucion mas delicada que en algunos se observa, por el adelanto que en los trages presentan otros, puede conocerse que fué construido el claustro en dos épocas distintas; sin estas diferencias, cómo no habíamos de atribuir á un mismo siglo y aun á un mismo autor esa doble y soberbia galería, cuyo conjunto comprendemos de una sola mirada, cuyo efecto es en nosotros tan simple y tan completo?»

Esta es la bella descripcion que hace del claustro Piferrer.

Nada mas vimos nosotros en el monasterio que pueda ahora merecer una descripcion. Todo eran ruinas, pero qué ruinas!

De entre montones de abacos, de capiteles, de columnas y de pedestales todo cubierto por la yerba que crecia vigorosa, vimos elevarse el campanario del monasterio como si hubiese permanecido en pié para protestar contra tanta desolacion. Entre las sombras que empezaban á bajar lentas para envolver las ruinas, se nos figuró como un dedo de un gigante señalando inmóvil el cielo.

Atravesamos la destrozada puerta bizantina del claustro, pasamos por bajo ruinosos arcos de dovelas bellamente cinceladas, pisamos las arrasadas paredes que fueran casas de los monges, y salimos con el corazon traspasado al ver que nada quedaba de tanta grandeza, tanta riqueza, tanto esplendor y tanta gloria!

Otra idea triste, muy triste torturaba nuestra alma.

Bajo aquel monton de escombros estaban los sepulcros de nuestros antiguos reyes, los restos de nuestros venerados condes.

Ay! nos dijimos, nada serán para nuestro pais los recuerdos de gloria mientras allí dejemos abandonadas las cenizas de nuestros héroes!





Convento de la Rabida.

LA RABIDA.

(ANDALUCÍA.)

I.

PRELIMINARES.

ES una de las mas curiosas historias y una tambien de las mas dramáticas—si así se nos permite llamarla —la del convento de la Rabida.

Puede que no haya en toda España otro monasterio que lleve mejor marcado el sello de las diversas razas que han pasado por nuestro suelo, tratándonos de imprimir una tras otra su civilizacion de hierro.

Por lo mismo, merece que nos detengamos algo en él y que, abandonando por un momento el bordon de peregrino, invoquemos la tradicion, la crónica, la poesía, y empezemos por bajar hasta el

fondo de los misterios paganos para ir allí á buscar el rayo divino que surgió de la cruz del glorioso mártir del Gólgota.

Pondremos primero á nuestros lectores en antecedentes.

Mucho antes de que naciera en un miserable pesebre de la Judea el niño Dios, habia en el sitio llamado en el dia Palos, una ciudad que pretenden algunos debia ser la famosa *Olontigi* de los romanos. No seremos nosotros de los que combatiremos esta opinion, ni tampoco nos declararemos en su apoyo, faltos por el pronto de razones para uno ú otro caso, pero sí diremos que nos sobran datos para creer que existia allí una gran poblacion, siendo en esto de parecer contrario á los que aseguran que en lo antiguo no hubo allí mas que una laguna.

Es indudable que existia una ciudad — que llamaremos Palos por lo mismo que ignoramos su nombre, — y que en esta ciudad habia á los pocos años del nacimiento de Cristo, un gobernador llamado Terreum, hombre cruel entre todos los crueles y gran valido del emperador Trajano.

No habia allí mas autoridad que la suya, ni mas ley que la suya se reconocia. Gobernaba como déspota y mandaba como tirano. Sus órdenes eran escuchadas de rodillas y, ¡ay del que desobedeciera al menor de sus decretos!

Acertó, durante el tiempo de su mando, á morir una hija de Trajano, y Terreum, queriendo aprovechar esta ocasion para dar una pública muestra de gratitud al César, mandó levantar un templo en su honor dedicándoselo á Proserpina cuyo nombre llevaba.

Hizo mas aun.

Al cabo de tres años, que fueron los que tardó en concluirse enteramente el edificio, mandó poner la estátua de la diosa sobre una peana de oro, plata y bronce, señalando el 2 de Febrero de cada año, dia de la inauguracion, para celebrar una solemne fiesta de aniversario, fiesta á la que habian de concurrir todas las doncellas de los contornos, dos de las cuales debian invariablemente ser sacrificadas en las aras de la implacable diosa con el fin de que los aurúspices leyeran en sus entrañas palpitantes el porvenir del imperio.

Tan bárbara costumbre fué siguiéndose por miedo primero, por tradicion despues, y la hallamos aun en todo su vigor allá por los años 160 que es cuando empezamos nuestra historia.

II.

EL 1 DE FEBRERO DE 150.

Roma designaba bajo el nombre de lupercal una cueva ó caverna del monte Palatino, donde el pueblo creia que los dos hermanos Rómulo y Remo habian sido amamantados por una loba á la sombra de una higuera : siguiendo esta tradicion, y al ejemplo de los pueblos de la Arcadia, que sacrificaban una cabra al dios Pan, guardian de los rebaños, la juventud romana fué á celebrar en dicho sitio una fiesta á la misma divinidad, bajo el título de *lupercal*, porque se invocaba al Dios de los piés de cabra, y se le pedia proteccion contra los lobos, de que largo tiempo se vió el pais infestado.

Los adoradores de Pan en estas fiestas, creian complacer y agradar mas á su divinidad tomando su traje, es decir quedándose durante la solemnidad poco menos que desnudos.

Asegúrase que la palabra *febrero*, dada al segundo mes del año, proviene de esta fiesta que se celebraba en dicho mes, *á die februato quod tum februatur populus*, dia durante el cual hacia el pueblo sacrificios ; pero mal que les pese á los sábios, nosotros casi creemos que debe originarse esta palabra de *febrile*, tener *fiebre*, porque era en verdad preciso que todo el pueblo se viera bajo el dominio de la fiebre para correr como lo hacia, desde el rayar el alba, por valles y montañas mostrando su desnudez y golpeando con unas correas á todas las mugeres que á su paso se hallaban.

Los sacerdotes del paganismo, que sabian sacar partido de todo, quisieron presidir esta fiesta y se consagraron en seguida al dios Pan para tener el derecho de ponerse al frente de esta orgia matinal y admitida por su religion.

Debia ser, no hay duda, un singular espectáculo el de una multitud de jóvenes sacerdotes que, despues de haber sacrificado varias cabras, abandonaban sus trajes para vestir las pieles todavía sangrientas de los animales inmolados, haciéndose con ellas una especie de cinturon que les caia por sobre las caderas.

Fuese su caracter de rara originalidad, fuese la facilidad con que podian convertirse en verdaderas orjías, lo cierto es que estas fiestas fueron tan célebres y adquirieron tal boga, que no habia apenas pueblo alguno sugeto á la conquistadora Roma, que no admitiese las lupercales y que no las celebrase con toda su pompa y aparato.

En Palos, que era en uno de los puntos donde mas se habian arraigado, se efectuaban el primero de Febrero, habiendo con el tiempo llegado á confundirse con el aniversario de la fiesta instituida por Terreum para celebrar la inauguracion del templo de Proserpina.

En 159 ya las dos fiestas no hacian mas que una, y por esto el 1 de Febrero de dicho año los primeros rayos del sol vieron reunidos en el umbral del bosque sagrado á todos, hombres y mugeres, á todos los que debian asistir á las solemnidades del dios Pan y á los misterios del aniversario.

Si en su principio las lupercales no habian sido otra cosa mas que unas fiestas pastoriles, ya entonces, habiéndose mezclado la supersticion y el desórden, se habian trocado casi en unas continuadas orjías.

Cuando, segun hemos dicho, los primeros rayos del sol fueron á sorprender á toda aquella muchedumbre que pululaba junto al bosque sagrado, las fiestas acababan de empezar, puesque era ley que comenzasen al reir el alba.

Era un cuadro casi imposible de describir el que presentaba aquel dia el pueblo de Palos.

Trataremos sin embargo de pintarlo, aunque no con todos aquellos colores de que para ello pudiera echar mano nuestra paleta.

Sobre un monton de piedras figurando el pedestal de una columna, se habia colocado la estátua del Dios, y á su pié sobre el trípode dorado se veia arder el fuego al cual de cuando en cuando arrojaban los sacerdotes algunas gotas de la sangre que manaban los inocentes animales degollados.

Mientras unos se entregaban á sus deberes del sacrificio, otro ceremonial bastante singular tambien tenia lugar á derecha de la pagana está-

tua. Un sacerdote cubierto solo con la piel de cabra, coronada la frente de una rama de encina, mojaba la punta de una espada en la sangre de las víctimas y en seguida hacia una señal en la frente de un jóven, al cual no tardaba en acercarse otro sacerdote que le lavaba con leche su ensangrentada mancha. Concluida esta ceremonia, con la cual se pretendia hacer conocer á la juventud que el oficio de las armas no escluia las apacibles virtudes, el jóven, recibido lupercal, corria á mezclarse con sus compañeros que veia cruzar en todas direcciones el bosque, entregándose á los delirios de la fiesta.

La animacion no podia ser mayor. Multitud de hombres casi desnudos iban en desatada carrera como locos, dando vuelta al rededor del bosque, penetrando en él, volviendo á salir, gritando, cantando, bailando, gesticulando, acercándose, alejándose, moviéndose en todas direcciones, sentándose en el suelo para enjugar el sudor que goteaba su rostro, volviendo luego á entregarse á su carrera, saludando á la estátua del dios que les presidia, dando por fin clamores que unas veces parecian rugidos, otras chillidos de terror ó de alegría.

Entretanto las jóvenes recien casadas se colocaban en sitios donde tuviera que pasar alguno de aquellos hombres medio ebrios de delirio, y descubrian su seno para recibir los golpes que les aplicaban los lupercales. Creian con esto las recien esposas que, golpeadas por los lupercales, serian mas pronto fecundas, y he ahí porque los hombres que tomaban parte en estas fiestas armaban su mano de la piel de cabra en forma de férula con la que aplicaban leves golpes sobre los brazos y desnudas gargantas de las mas lindas matronas.

Mientras todo esto tenia lugar en los alrededores del bosque sagrado, una jóven pareja, como si reprobara aquella torpe y lúbrica fiesta, á la cual sin embargo las leyes obligaban á asistir á todos, permanecia bastante retirada de la multitud y paseábase entregada á los placeres de la conversacion íntima, por bajo el frondoso ramaje de una alameda que se agitaba rumorosa cual si saludar pretendiera la venida del sol.

Entrambos debian pertenecer á una clase elevada á juzgar por sus trajes.

Vestia ella una *toga* larga de finísima lana cuya blancura podia envidiar la mas alba paloma de los bosques; encima de la toga, de modo que solo le llegara hasta poco mas arriba de las rodillas, llevaba la túnica *pretexta* bordada de púrpura, con lo cual indicaba ser una doncella; las mangas de esta túnica formando miles de pliegues y cubriendo solo poco mas de la raiz de los

brazos, dejaban que estos se escaparan deslumbrantes de blancura; una *stola* de color amarillo con ribetes encarnados le hacia veces de cintura y permitia dibujar toda la esbeltez de su talle, y un manto de un azul claro se desprendia desde su cabeza á sus piés, mientras que sus cabellos divididos en trenzas, se enroscaban unas al rededor de la frente en tanto que las otras caían sobre su garganta púdicamente velada con la túnica.

Era esta doncella la hermosa Sextilia, hija del cuestor de Palos, jóven conocida por su belleza, amada por sus dotés, celebrada por sus virtudes.

Vestia él una túnica flotante y que le caia hasta los piés con estrema gracia, llevando por único adorno el *pallium* ó manto cuya elegancia hacia resaltar un bordado que recorria serpenteando toda la orilla del mismo.

Era este jóven un caballero llamado Cornelio.

Ahora bien, Cornelio y Sextilia sé amaban y se amaban con toda la riqueza y la virginidad de dos almas nobles y de un primer amor.

Mientras veian á los demás entregados á los fanáticos delirios de la fiesta religiosa, ellos buscaban la sombra de los árboles, y mientras piaban las aves, y mientras susurraban balanceadoras las ramas y murmuraban flébiles las fuentes que iban á engrosar los arroyos, ellos se decian esas ternezas que no se comprenden mas que en un instante dado, y se entregaban con entusiasmó á todas esas puerilidades del amor que hacen pasar tan rápidos los instantes y hacen tan felices á los hombres.

Nunca se les acababan las palabras, y si bien algunas veces marchaban por largo rato en silencio uno al lado del otro, no era que interrumpiesen su conversacion los gritos y chillidos de los adoradores de Pan, no era que faltasen voces á sus labios, era que hallaban un secreto goce en permanecer por un momento entregados al placer incalificable del silencio para hablarse solo con el magnético lenguaje del pensamiento, con la muda elocuencia de los ojos.

Tiempo hacia que aquellos dos jóvenes se amaban, tiempo hacia que se habian jurado un amor eterno y tiempo hacia tambien que anhelaban el suspirado momento de romper la paja ante los altares de Juno, dándole él y recibiendo ella el anillo con la llavecita de oro, que debia hacerles para siempre el uno del otro, consagrando sus votos y uniendo su existencia.

Su enlace sin embargo se habia retrasado por la ausencia del padre de Sextilia á quien intereses del estado habian llamado á Roma, y solo aguardaban su vuelta para entregarse muellemente en brazos del amor conyugal y seguir felices la senda de flores con que lès brindaba un brillante porvenir.

Hacia ya cuando les encontramos un momento que paseaban entregados á

uno de sus nuevos y espresivos silencios, y habia ya en el interin ido adelantándose la mañana, cuando el acorde y vibrador sonido de cuatro ó cinco flautas rasgó de pronto los aires.

Eran los *tibicinii* que con sus instrumentos perfumados anunciaban haberse concluido las fiestas del dios Pan para empezar las del aniversario de la fundacion del templo.

A este sonido los gritos cesaron como por encanto, los hombres corrieron en busca de sus túnicas, las mujeres ocultaron sus senos bajo sus togas y Cornelio se detuvo estremeciéndose.

Su estremecimiento tenia una causa.

Iba á empezar la fiesta en que, segun su fundador Terreum, debian elejirse dos doncellas para ser sacrificadas ante el ara de Proserpina en holocausto de la diosa.

Sextilia comprendió lo que decir queria la palidez mortal que habia repentinamente cubierto el rostro de su amante, y por lo mismo arrojóle una dulce mirada que se desprendió como un rayo de amor de sus ojos medio velados por la sombra de sus largas y aterciopeladas pestañas.

—Oh! Sextilia, —murmuró Cornelio con voz estrañamente sombría, — va á comenzar la fiesta de Proserpina.

—Y bien? — contestó la jóven haciendo esfuerzos para que asomara en sus labios una pálida sonrisa.

— Es una fiesta bien cruel, y muy bárbaro debia ser el gobernador que la instituyó.... Sextilia, —dijo de pronto el jóven no pudiendo resistir á la impetuosidad de su pensamiento que arrojó las palabras á sus labios, — Sextilia, y si tú fueras una de las elejidas?

— Oh! —murmuró la hermosa, — no puede ser. Los dioses, Cornelio — y al decir esto la jóven temblaba y sus labios se ponian cárdenos, — tendrán piedad de nuestra dicha y nos dejarán gozar tranquilos de nuestro porvenir.

—Los dioses! oh! los dioses!

Y Cornelio se detuvo porque temió que brotase una blasfemia de su boca.

La jóven le miró aterrada.

—Vamos, Sextilia, — continuó el jóven tratando de serenarse, — vamos donde te esperan las demas doncellas. Júpiter no querrá que blasfeme de la religion de mis padres, y permitirá que tú te conserves para mi. Oh! yo no podria ver, Sextilia, te lo juro, no podria ver que te arrancasen de mi lado, que te arrastrasen al altar y que allí un sacerdote rodeado de una turba cruel rasgase tu seno para consultar en tus entrañas palpitantes á los dioses. Oh!

nó, — balbuceó el jóven acrecentándose por grados y girando con furor los ojos en torno suyo, — si tal viera, si tal sucediera, si la suerte te designara á tí por víctima, créelo, yo me arrojaria por entre todos hasta el ara, derribaria la estatua de la impía diosa y con el mismo cuchillo dispuesto para desgarrar tu carne, atravesaria yo el corazon del aurúspice que está en las gradas del templo esperando como fiera hambrienta que le conduzcan las víctimas.

— Oh! calla! calla! por los dioses! — murmuró la jóven pálida de terror no tanto del suplicio que le pintaba su amante como de la imprudencia de sus palabras, — si te hubiesen oido, desgraciado! Blasfemar así de nuestros sacrificios, de nuestros templos, de nuestros dioses! Oh! calla! me horroriza el pensar que pueden haber sido oidas tus palabras.

— Pero si te eligiese á tí la suerte, Sextilia.... dí, qué harias?

La jóven vaciló.

— Dí, — prosiguió el jóven.

— Moriria.

— Moririas! tú! tan pura! tan hermosa! tan amada!.... Moririas sin gritar, sin llorar, sin llamar á voces á tu Cornelio para que acudiera á arrancarte de las garras...

— No blasfemes, Cornelio. Moriria contenta, créelo.

— Contenta!

— Los dioses lo exijirian.

— Oh! — murmuró el jóven — religion impía! religion que necesita regar con sangre las piedras de sus aras!

— Cornelio! estas delirando!

— Oye, Sextilia, la otra noche en casa de uno de mis amigos ví á un hombre venerable, á un anciano de larga barba y despejada frente en que lucia un rayo de intelijencia estrema, y cuyos ojos tenian una dulzura que cautivaba y seducia. Yo no sé como fué que hablé con ese anciano á quien jamás habia visto. Su voz tenia una elocuencia irresistible, sus palabras eran suaves y gratas al corazon como al paladar el vino de Siracusa. Yo no recuerdo bien lo que me habló, lo que me dijo, pero sé que me contó no sé qué de una religion, espiritu del porvenir, símbolo de la igualdad, ley de la fraternidad y libertad de todos los hombres, ante la cual debian caer un dia todas las divinidades que solo son símbolos de las pasiones humanas. Yo le escuché sin atreverme á contestarle, Sextilia, le escuché decir cosas que no comprendí, pero que deben necesariamente ser buenas, pues que mi corazon que es bueno no se rebeló contra ellas, puesto que habló de nuestros dioses como

de falsos dioses, y sin embargo ni mi amigo ni yo nos atrevimos á contradecirle. Oh! te he de hacer conocer á ese anciano, Sextilia!....

Iba la jóven á contestar, cuando segunda vez dejaron oir los *tibicinii* su armonía. Era el último toque, la postrera señal de aviso para las doncellas retardadas.

La jóven miró amorosamente á Cornelio y le dijo:

— Ya ves, me están llamando. Las leyes castigan á la doncella que no se apresura á obedecer las órdenes de los dioses. Luego nos volveremos á ver, Cornelio.

Y envolviéndose coquetamente en su manto, la hermosa partió veloz á reunirse con el grupo de doncellas que estaban en el valle, al estremo del bosque sagrado donde acababan de celebrarse los misterios del dios Pan.

En cuanto al jóven, fué tambien á reunirse á los caballeros que esperaban cerca las gradas del templo el comienzo de la ceremonia. Mezclóse con sus grupos, quiso tomar parte en sus conversaciones, pero aun cuando hizo cuanto le fué dable para serenarse, no consiguió ni alejar de su alma una especie de torcedor presentimiento, ni dar á su rostro aquella calma habitual al hombre que no se doblega bajo la carga de un pensar.

Mientras sus amigos los patricios hablaban unos de los juegos del anfiteatro, otros de los placeres que les aguardaban por la noche en sus *diversoriola* ó casas de recreo y de reposo, otros en fin del premio que pensaban alcanzar en el circo con sus *rhedae* ó carruajes de lujo, Cornelio, indiferente á todo, á todo distraido, para todos desdeñoso, arrojaba sin cesar miradas ardientes al bosque sacro tras del cual se habian retirado las doncellas para echar suertes y conocer á cuales de entre ellas habian de antemano elejido los dioses para ser sacrificadas ante el ara de Proserpina.

Cornelio sentia un desasosiego que no podia esplicarse, una angustia de que á punto fijo no acertaba á darse cuenta, y miraba con ojos estraviados el pueblo que rodeaba el templo, los patricios que hacian gala de su lujo en las gradas, los sacerdotes *flamines* que de pié ante los altares esperaban á las víctimas, los *auruspices* que algo retirados y con la cabeza baja se disponian para interrogar el porvenir en las entrañas de la inmolada doncella, y por fin el ara donde iban á tender á la infeliz que debia teñir con su sangre la pulida blancura de la piedra. Cuando todo lo habia mirado, cuando todo lo habia abrazado con su devorante vista, volvia los ojos hácia el bosque y le impacientaba aquella cortina de árboles que impedia avanzar á su mirada, y hubiera querido tener el poder de rasgarla de un solo golpe para saber cuanto

antes á quien habia deparado la suerte el papel principal en el sangriento drama que iba á ejecutarse en aquellos lugares.

Su pecho oprimido solo dejaba que una lenta y cortada respiracion subiera á sus labios, su cuerpo todo temblaba por intérvalos, obedeciendo á nerviosos sacudimientos, como si le aquejase la fiebre, su frente se inclinaba como bajo un peso y sentia en ella un dolor agudo cual si se la acabaran de sellar con el hierro rojo con que marcaban á los esclavos fugitivos. Era una inquietud continua, una zozobra mortal, una angustia indescifrable.

Y mientras tanto, todos los que estaban á su alrededor se ocupaban apenas de la ceremonia que iba á tener lugar, como si ello fuera la cosa menos estraña y mas vulgar del mundo. En efecto, si alguno pensaba en las víctimas que iban á ser sacrificadas, era solo por envidiar su suerte. Era comun opinion entre el pueblo que las doncellas á quienes tocase ser degolladas, iban á gozar de la felicidad de los campos Eliseos, mimadas y queridas por los dioses. He ahí porque no se acordaban ni del dolor que pudieran sentir, ni del llanto que podia derramar una madre, ni de la desesperacion que podia abrigar el alma de un amante; creían buenamente que se debia envidiar á la doncella elegida por la suerte en lugar de compadecerla.

Y no solo esto. El pueblo en general, bien lejos de sentir que se acercara el momento del sacrificio, lo esperaba por el contrario con impaciencia, con impaciencia, sí, pues se reputaba feliz aquel que podia recojer algun poco de la sangre de las dos doncellas para despues mezclarla con agua y beberla. Era vulgar creencia que esta bebida curaba las enfermedades y preservaba de los males venideros.

Oh! pueblo refinadamente idólatra! pueblo criminalmente necio!

La mente se rebela casi á creerlo; el corazon se llena de amargura al pensar en toda la impiedad, pero sobre todo en la criminalidad de los profanos misterios de aquellos hombres, cuya planta se habia posado vencedora en lo alto de todos los montes del mundo y cuyas águilas asomaban en los torreones de todas las ciudades. Ahí estaba aquella poblacion casi nómada, allí estaba rodeando gozosa el atrio del templo, esperando á las dos elejidas con su cortejo de doncellas, de victimarios y de sacerdotes, y esperándolas para ver con rostro risueño, con ojos de envidia como las tendian sobre el ara santa, como hundian el cuchillo en su seno de alabastro, como contaban los *aurúspices* las palpitaciones de su corazon para luego contar las líneas de sus entrañas, para verlas en fin ser cobardemente asesinadas, teniendo ellas que morir con la serenidad en la frente, con la resignacion en la mirada, con la sonrisa en

los labios, pues de otra manera no eran buenos sacrificios, de otra manera no eran ofertas dignas de Proserpina. Nó, los dioses solo aceptaban los homenajes, las ofrendas, los crímenes voluntarios.

He ahí lo que era aquel pueblo. Primero se habia reunido junto al bosque para la orjía de la mañana; entonces se agrupaba al rededor del templo para el crímen del mediodia.

Inicua superstícion! Supersticioso desenfreno!

Por fin, todas las conversaciones se suspendieron, toda impaciencia cesó y todas las cabezas se volvieron al oir el ronco, duro y espantoso son de la *bucine*. Este sonido que pudo oirse á larga distancia, anunció que la suerte habia ya designado las dos doncellas y que el cortejo iba á ponerse en marcha dirijiéndose al templo.

Hubo entonces un movimiento ondulatorio en aquella multitud, una especie de flujo y reflujo en aquel mar de cabezas. La gente se apiñó, abriendo una especie de serpenteadora calle en medio de dos paredes humanas, para que libremente pudiese pasar la comitiva. Cornelio consiguió colocarse en primera línea mostrando á la luz del sol su rostro no pálido, sino lívido.

La comitiva emprendió su camino, saliendo ya en órden del bosque sagrado.

Iban primero los lictores con sus haces de ramas de olmo fuertemente atadas y coronadas de un hacha. Seis eran como si marcharan delante de un proconsul ó de un general de ejército. No caminaban dos ó tres de fondo, sino uno tras otro, y el primero iba diciendo á cada siete ú ocho pasos, con voz mesurada y á la cual trataba de dar cierto sello de religiosa solemnidad:

—Ciudadanos, abrid paso si gustais.

Era la fórmula. Fórmula política y cortés, no cabe duda.

Detrás de ellos, una á una tambien, iban varias mugeres con flotantes y blancas túnicas tocando los instrumentos favoritos del pueblo romano y los que este usaba para las fiestas y grandes solemnidades. Una tocaba el sonoro *plectrum*, otra la doble flauta, otra los címbalos, otra en fin los chillones crótalos.

En pos, y sin guardar órden, venian los victimarios ó personas destinadas á cumplir el sacrificio degollando las víctimas.

Seguian luego los sacerdotes y por fin, una trás otra las doncellas todas de la poblacion con túnicas blancas, desnudos los brazos y cruzada en forma de banda la *stola*, mientras que el manto flotaba suelto sobre sus hombros y espaldas prendido solo á la cabeza por alfileres de oro.

Cornelio vió pasar á todas las doncellas examinándolas todas una á una,

buscando en su larga fila, con ansiedad que iba en aumento á medida que iba recibiendo desengaños, á la amada de su corazon, á aquella de quien habia recibido los primeros juramentos de amor y de ternura.

Ay! la larga procesion desfiló por delante de él sin que pasara su amada.

Desde aquel instante sus ojos dejaron de vagar para cobrar una especie de fijeza vidriosa; su corazon dejó de dar los latidos fuertes y estraordinarios que hasta entonces habia sentido, para darlos solo débiles y ténues como si su sangre toda se hubiese retirado; su cabeza empezó á arder de una manera devoradora.....

Últimamente, llegó, conducida por el *cultarius*, la vaca negra que era costumbre sacrificar á Proserpina antes que las dos jóvenes, y detrás de este grupo, entre varias matronas, todos los circunstantes pudieron ver marchar las dos doncellas elejidas por la suerte, vestidas con una toga blanca y puesto el *flammeum* ó largo velo de color de fuego, ceñido á su frente por una corona de laurel en forma de diadema.

Un grito, un grito horroroso que acababa de dar uno de los espectadores hizo volver á todos la cabeza.

Era Cornelio que habia reconocido á Sextilia en una de las dos víctimas destinadas al sacrificio.

Los patricios amigos del jóven que, sabedores de sus amores, conocieron al momento la causa de aquella desesperacion súbita, quisieron arrancarle de allí arrancándole al mismo tiempo del borde del abismo á donde iba tal vez á colocarle su delirio, pero en vano le cojieron y le arrastraron fuera del grupo: Cornelio que habia resistido con todas sus fuerzas, pudo por fin librarse, y penetrando por entre las filas de curiosos, logró alcanzar á su amada que dulce y resignada subia ya las gradas del templo.

Al llegar á ella, cojiola fuertemente del brazo y por un movimiento repentino la puso trás de si como si tratara de ocultarla á las miradas todas.

—Cornelio! Cornelio! —esclamó con voz suave la hermosa hija del cuestor de Palos, —te pierdes sin salvarme. Retirate Cornelio!

El romano en lugar de responder, empezó á rechinar los dientes y á pasear su mirada por toda aquella multitud, asombrada de su audacia, como desafiando á cualquiera que se acercase para robarle su querida. La posicion del jóven era orgullosa y altanera, su rostro estaba salvage de ira, sus puños crispados prontos á caer como dos martillos de hierro sobre el imprudente que tuviera el primero la temeridad de aproximársele.

—Cornelio! Cornelio! volvió á repetir la voz de Sextilia ya entonces im-

pregnada de sollozos. — Te pierdes! Abandóname á mi suerte. Los dioses lo quieren y yo muero contenta puesto que mi sacrificio les es grato.

— Oh! no, no, — dijo entonces el jóven suavizando para hablarla y contemplarla su voz y su mirada, — tú no irás ó iremos entrambos. Juntos hemos soñado en un porvenir de amores, juntos hemos de alcanzarlo ó morir debemos juntos.

Y en esto, el pueblo que sorprendido como un solo hombre de aquella osadía inaudita, como un solo hombre habíase quedado un momento petrificado, ya en esto, decimos, el pueblo vuelto en sí empezaba á dejar oir un acusador murmullo que iba aumentándose por grados, que iba tal vez á trocarse pronto en gritos contra el sacrílego que osaba interrumpir la sagrada ceremonia atreviéndose á poner la mano sobre una doncella que, desde el momento en que habia sido elejida, pertenecia irrevocablemente al ara de Proserpina.

Al notar el murmullo del pueblo, el romano que tenia fija su vista en Sextilia, volvió repentinamente la cabeza, y tal ferocidad ó tal espresion de odio salvaje hubo de pintarse en su rostro, que los que estaban mas cerca de él retrocediron aterrados.

— Ciudadanos, — gritó Cornelio con voz ronca, — antes de pertenecer á los dioses esta jóven me pertenecia á mí, es mi desposada; yo la arranco es verdad del pié de los altares á donde bárbaramente se la quiere conducir, pero en cambio, puesto que robo una víctima á Proserpina, la ofrezco y prometo selemnemente cien vacas negras como la noche que podrán ser sacrificadas mañana mismo, y esta tarde mi intendente repartirá entre el pueblo seis mil sestercios para que pueda alegremente disfrutar las fiestas. Así lo prometo ciudadanos, yo, Cornelio, caballero de Palos, y asi cumplir lo juro por Júpiter padre de los dioses y los hombres!

Un murmullo que tenia parte de aprobacion y de reprobacion acojió estas palabras, y los patricios amigos de Cornelio, aprovechando aquel instante de suspension que en el pueblo motivaron sus palabras, trataban ya de abrir un paso entre aquel mar humano por donde pudiera escapar el jóven con su amada, cuando se presentó repentinamente un aurúspice en la puerta del templo empuñando su mano el sagrado *lituus* ó baston encorvado.

— Qué es eso? — dijo el sacerdote con voz altiva y orgulloso continente — quién á interrumpir se atreve la santa ceremonia? quién osa dirijir su voz al pueblo desde las gradas del templo de Proserpina? Qué quiere ese hombre y porqué pone una mano audaz sobre una doncella consagrada al sacrificio?..

Cornelio miró cara á cara al sacerdote, y sus ojos se inyectaron de sangre, un torbellino de cólera cruzó su frente y tuvo por un momento la idea de arrojarse sobre él y despedazarle como una fiera. Contúvole sin embargo por una parte el respeto innato que sentia su corazon hácia los ministros de su religiosa creencia, por otra el temor de perder con la violencia el terreno que pudieran hacerle adelantar sus ofertas. Sosegó pues su espíritu irritado, tranquilizó en cuanto pudo su ánimo y moderó todo lo que le fué posible su voz para decirle:

—Sacerdote, soy yo, Cayo Cornelio, caballero de Palos. Pésame en verdad haber interrumpido la ceremonia sagrada — y diciendo esto el jóven se esforzaba en dar á su voz y tono una humildad que no tenia su continente, — pero es que veia conducir al pié de las aras á mi desposada, y mi alma se ha rebelado contra ello. Perdóname, sacerdote, y en cambio de mi Sextilia que me llevo, yo te enviaré esta tarde cien vacas negras sin mancha de ninguna clase, como quiere Proserpina que sean las que le sacrifiquen en sus altares.

El aurúspice se puso encarnado de cólera, sus ojos giraron espantosamente en sus órbitas como si quisieran saltar de su sitio, su boca dejó escapar una especie de sordo gruñido como si la ira no le permitiera romper el habla. Al mismo tiempo dió un paso y levantó al cielo sus brazos con los puños apretados, enarbolando con la mano derecha el reverenciado *lituus*. En aquel momento los *flamines* se taparon el rostro con su *galerus* ó toca blanca, al mismo instante que los demas sacerdotes lo ocultaban con su velo color de llama, y que el pueblo bajaba la cabeza y se cubria los ojos con las manos, porque al ver la actitud del aurúspice y al verle sobre todo tremolar en alto el *lituus*, todos conocieron que iba á lanzar una imprecacion contra el impío.

Sextilia cayó entonces de rodillas murmurando:

—Ay! perdido! perdido!

Y rompió en sollozos que dominaron el imponente silencio que de pronto reinó en toda la multitud.

En medio de todo aquel silencio de muerte sucedido como por encanto á los murmullos, el aurúspice dió otro paso hácia Cornelio que, aterrado él mismo, miró al ministro del porvenir y quiso murmurar:

—Óyeme, sacerdote.....

La voz de este vibrando sonora le impidió proseguir.

—Atrás, atrás el impío! — gritó el aurúspice; — atrás el sacrílego que osa convertir el templo en un mercado y quiere llevarse á una víctima destinada al ara, ofreciendo mentidamente en cambio cien vacas negras como no las hay

en toda la comarca! En nombre de Júpiter padre de los dioses y los hombres, yo condeno al profano, yo invito al pueblo á que le trate como enemigo, á que rasgue sus vestiduras, á que le arroje de sus casas, á que le despedaze como á un tigre rabioso para que, despues de su muerte, puedan las furias recibirle y torturarle como marcado con el sello de la reprobacion de los dioses y los hombres!

Dijo, y bajó su *lituus*.

Entonces el pueblo lanzó una especie de rugido y se movió como una gruesa serpiente que desenrosca sus monstruosos anillos. La maldicion del sacerdote sobre Cornelio parecia habér tenido el don de trocar en fieras á todos los hombres, porque todos los rostros se volvieron hácia él espantosos de cólera y todos los puños crispados le amenazaron. Algunos mas atrevidos hicieron ademan de arrojarse sobre el hombre que entregaban á su saña los dioses por la voz del sacerdote, y á este movimiento, Sextilia, la infeliz Sextilia, causa involuntaria de todo, se arrastró arrodillada como se hallaba hasta ponerse delanté de su amado, y estendiendo los brazos y dirigiendo á todos miradas suplicantes á través de las lágrimas que brotaban de sus ojos, esclamó:

— Perdon! perdon!

No dijo nada mas, pero su voz era tan dulce al pronunciar estas palabras, su desesperacion tan elocuente, sus lágrimas tan conmovedoras, su actitud tan desolada, que los que mas cerca se hallaban de las gradas detuviéronse como vacilando ante aquella vírgen que á tan sublime y al mismo tiempo desgarrador desconsuelo se habia entregado.

En el interin, al primer movimiento de las masas populares, todos los patricios decididos por su amistad á Cornelio, que era de todos querido y amado, corrieron por un impulso natural á ponerse á su lado y, arrostrando la maldicion del sacerdote que podia envolverles, se manifestaron dispuestos á defender á su amigo y á rechazar el ataque del pueblo.

En cuanto al jóven caballero, si bien habia inclinado la cabeza ante la maldicion del sacerdote que le heria como un rayo, la levantó imponente y orgullosa desde el momento en que el rugido del pueblo le indicó la proximidad del peligro como se la revela al viagero estraviado el gruñido cercano de una fiera. Cruzárase pues de brazos, y en una altanera posicion, que descubria todo el valor y toda la superioridad de su alma, esperó tranquilo é indomable á que se le acercaran los mas audaces.

Las palabras del sacerdote iban á promover un conflicto general, iban á motivar que aquellos hombres se arrojaran unos contra otros, allí mismo, al

pié del templo cuyas gradas iban tal vez á ser ensangrentadas con docenas de víctimas.

Los mas decididos del pueblo, los que habian dado la señal de arrojarse contra Cornelio, empezaron á mirarse unos á otros como avergonzados de que fuera bastante á detenerles el dolor de una débil muger, el llanto de una infeliz doncella, y volviendo en sí de su admiracion y de su pasmo buscaron en los ojos unos de otros la fiereza que les habia abandonado, y decidieron como de comun acuerdo precipitarse venciendo todos los obstáculos.

Iban á hacerlo..... Un momento mas y la lucha se trababa.

Entonces, en aquel instante supremo, en aquel breve instante de combate para todos los corazones y de fiebre para todo un pueblo, un hombre se adelantó apartando los grupos sin esfuerzo como corta la quilla de un buque las moles de agua de una mar irritada, y fué á colocarse en el espacio que mediaba entre Cornelio y el populacho, es decir entre la víctima y los verdugos.

La súbita aparicion de aquel hombre dejó suspensos á todos.

Era un anciano ; su barba blanca le caia hasta la cintura, sus ojos despedian tibios y dulces rayos, su calva venerable infundia cierto irresistible respeto, vestia una especie de saco atado á su cintura por una cuerda, y apoyaba sus débiles pasos y su talla encorvada con un cayado.

Si los ojos de todos pintaron la estrañeza, los de Cornelio solo la sorpresa.

Era que le habia reconocido, y por esto murmuró dando un paso atrás como admirado :

— Es el anciano, Sextilia, es el anciano!

El recien llegado se paró como hemos dicho en el espacio vacío y empezó á pasear la mirada por todos lados. Cuando vió á todos aquellos hombres que le miraban como sorprendidos, entonces alzó su voz.

Era una voz dulce y simpática como sus facciones, como su aspecto todo.

— El reinado de la paz y de la libertad se acerca, — murmuró ; — deponed vuestros odios, despojaos de vuestros deseos de venganza como arrojais el traje manchado con que habeis asistido á una orjía. Hombres, hombres, miserables gusanos de la tierra, pobres orugas del mundo, no eleveis tan alto la voz de vuestras discordias por miedo de despertar la cólera del cielo. Hombres, hombres, sois todos enemigos y debierais ser todos hermanos.

El viejo se detuvo como para tomar aliento. Su voz habia conmovido al pueblo, su acento inspirado habia parecido despertar ciertas fibras en el corazon de todos. Nadie le entendia pero todos le escuchaban. Hubiérase dicho que

llevaba consigo algun encanto oculto que infundia contra voluntad el respeto y obligaba á sentirse á cada uno lleno de admiracion ante aquel hombre.

Sin embargo, el aurúspice, el sacerdote mismo que habia arrojado su poderosa maldicion sobre la frente de Cornelio, se adelantó y le dijo:

—Quién eres tú, viejo? á qué vienes á mezclarte en nuestros actos?

El anciano le miró y contestóle sin abandonar su acento suave y persuasivo.

—Soy un discípulo de aquel que ha espirado sobre la cruz muriendo por salvar al género húmano; soy un siervo del que ha dicho: «Los dioses que adorais son falsos dioses, no hay mas que un Dios único y todopoderoso que ha creado el mundo, y este Dios es mi Padre porque yo soy el Mesías que os ha sido prometido por las Escrituras.»

La voz del viejo vibraba dulce y solemne al pronunciar estas palabras.

—Un cristiano! —murmuró el sacerdote de Júpiter retrocediendo.

—Sí, un cristiano, un cristiano que viene á sorprenderos en el seno de vuestras criminales ceremonias y que os dice á todos: Desgarrad la venda que ciega vuestros ojos, ved el abismo que se abre ante vuestras plantas, dejad de adorar á vuestros dioses de barro y de bañar sus aras con arroyos de sangre inocente; prosternaos solo ante el Dios único y grande, ante el ser infinitamente poderoso que reprueba vuestros groseros misterios, vuestros inicuos asesinatos, vuestras degradantes orjías. Mirad sino; Dios, el verdadero Dios ha tendido las nubes sobre ese cielo por la mañana puro y transparente, como arrojando un velo entre sus ojos y vuestros delitos. Mirad sinó; Dios, el verdadero Dios, es el que guia con su dedo aquella nube negra que asoma en el horizonte y que avanza preñada del rayo y del trueno que lanzará sobre vuestras cabezas para haceros comprender su poderío.

En efecto, el cielo se habia ido poco á poco encapotando, poco á poco cubriendo de espantosas y negras nubes. El sol habia desaparecido escondiendo sus rayos de oro; las aves, llenas de tristeza, no cantaban posadas en los árboles de la vecina selva; el viento silvaba lúgubremente en el espacio; una luz de tempestad iluminábalo todo con sus siniestros resplandores.

El pueblo parecia aterrado y sin saber porque, no acertaba á levantar la voz contra aquel anciano que en presencia de todos maldecia á sus dioses; la hermosa Sextilia, de rodillas, detenidas las lágrimas como un hilo de perlas al borde de sus ojos, miraba al anciano y le oia y su voz le era dulce y grata; Cornelio y los patricios escuchaban todos con admiracion; los sacerdotes, como sobrecojidos de un vago estupor, se miraban unos á otros sin atreverse á man-

dar castigar al atrevido, y por fin, los lictores, inclinadas sus haces, parecian cambiados en figuras de piedra.

Aquello era incomprensible.

Quién detenia á aquellos hombres prontos hacia un momento á desencadenarse como un tropel de lobos sobre un cordero? quién les habia hecho cambiar sus amenazas en respeto? quién hacia enmudecer á aquellos sacerdotes? quién tenia suspenso á todo aquel pueblo?

Un anciano solo habia obrado aquel prodigio.

Pero quién era aquel anciano, qué poder de encantos le rodeaba, qué fuerzas misteriosas le prestaban socorro y secreto ausilio para ligar con una invisible cadena todos los brazos, para tapar con una invisible mordaza todas las bocas?

Ay! ningun encanto, ningun poder mágico, ninguna misteriosa fuerza.

Era solo un cristiano y hablaba de Dios.

Esta era toda su hechiceria, toda su mágia.

Luego que hubo pronunciado sus últimas palabras, el anciano cayó de rodillas esclamando:

—Señor, Señor Dios de los cielos y la tierra, Señor Dios de los ejércitos, Señor de todo lo criado, tú que has permitido que tú Hijo divino muriese en cruz ignominiosa para redimir á los hombres, tú que tienes á tu disposicion el trueno y el rayo, mira con ojos compasivos á toda esa multitud de incrédulos, abre sus ojos á la fé, tú que abres paso á los torrentes por entre las montañas para que precipiten sus espumosas cataratas, rasga las vendas que cubren su vista como rasga las nubes el rayo, y haz que nazcan á la luz para que nazca al mismo tiempo su corazon á la paz, á la libertad y á la misericordia. Un prodigio, Señor Dios, tu siervo te lo pide! Un prodigio que les muestre tu divino poder, la inmensidad de tu grandeza! Un prodigio, Señor, como el que hiciste por Moisés en el desierto, como el que tu Hijo magnánimo hizo por Pedro en el lago, un prodigio por tu siervo que pueda probar tu omnipotencia á toda esa muchedumbre de incrédulos aqui reunidos para sus torpes y sangrientas ceremonias, y tu humilde siervo, Señor, acabará sus dias en la penitencia mas austera para ganar la gloria de tu supremo cielo!

A todo esto, el pueblo miraba con asombro cada vez mas creciente á aquel hombre que, hundida la frente en el polvo, imploraba con sentidas palabras la omnipotencia de su Dios.

En aquel instante la nube que el anciano designara se habia ido acercando y se paró sobre el templo estendiéndose como una gran mancha negra sobre

el cielo y haciendo mas sombrío aun el color triste y melancólico que habia tomado el espacio.

Mucha parte del pueblo empezó instintivamente á temblar. Les parecia que allí iba á suceder algo, algo terrible, misterioso, nefasto.

Y es que estaba verdaderamente imponente el cielo con su color aplomado y su nube negra, el viento con sus silvidos lúgubres como los de la sierpe hambrienta, los sacerdotes con su silencio sepulcral que ellos mismos no comprendian, los soldados inmóviles con sus armas, la multitud con sus rostros en que se pintaba el estupor y el pasmo y por fin, allí, en medio de todos, de rodillas sobre el duro suelo, aquel anciano que lloraba, que gemia y que se golpeaba el pecho con los puños!

Cuadro verdaderamente grande, sublime, portentoso!

Millares de hombres sin voz, sin aliento, sin deseos ante un viejo encorvado y débil. Una manada de tigres detenida por un cordero!....

No pedia el anciano un prodigio al Señor?

Pues, qué mejor prodigio?....

De pronto un trueno se dejó oir, un trueno horroroso, terrible, prolongado. Otro trueno retumbó mas próximo, mas cercano, que hizo estremecer la tierra en sus cimientos, y en seguida.....

En seguida la nube abrió sus flancos negros como la noche, púdose ver en sus entrañas algo como una fragua provocando torrentes de llama, una serpiente de fuego cruzó describiendo surcos y rasgando los aires, resonó un bronco estampido, y el rayo bajó veloz de las nubes, hundióse en el templo derribando muertos al paso dos sacerdotes, destrozó el ara y la estátua de Proserpina, recorrió el idólatra santuario lamiendo con su lengua de fuego las paredes, y por fin se abrió paso por la bóveda destruyéndola en parte.

Todo ello fué obra de un momento.

Un clamor general se siguió, un grito de terror, de miedo, de asombro.

Toda la masa del pueblo se dispersó como si por entre ella hubiera cruzado el rayo. Los unos huian hácia el bosque, los otros hácia la villa, los otros corrian desalados por el valle, todos gritando: Prodigio! todos huyendo del fuego del cielo, evocado, no les quedaba duda, por el rezo del anciano.

Mientras tanto, mientras todos desaparecian, mientras el templo quedaba desierto de doncellas, de sacerdotes, de soldados, permaneciendo solo en él los dos cadáveres, un gran número de gente se arrojaba de rodillas junto al viejo que habia hundido su frente en el polvo llorando de gozo y balbuceando alabanzas al Señor.

Sextilia fué la primera que se arrastró de rodillas hasta donde estaba el venerable siervo de Cristo y le decia plegadas las manos :

—Cómo te llamas, anciano? Dime tu nombre para que lo bendiga!

—Siriaco, —contestó el viejo.

—Oh! Siriaco! no se me olvidará. Y dime, anciano, dime el nombre de tu Dios para que sea el mio.

—Cristo, —dijo lacónicamente el anciano.

—Cristo! Cristo! Yo quiero ser su sierva de aquí en adelante; quiero como tú conocer su omnipotencia, hacerme digna de su amor y de su cielo!

En aquel instante, Cornelio prosternándose humilde ante Siriaco, le dijo con voz dulce :

—Bendíceme, Siriaco! yo quiero ser cristiano!

Y los hombres que se habian postrado de hinojos, plegaron sus manos y alzando sus miradas al cielo esclamaron todos :

—Nosotros queremos ser cristianos!

Pocos momentos despues, la nube negra habia desaparecido y la niebla iba adelgazándose gradualmente hasta quedar como una gasa á través de la cual se veia el azur del cielo resplandeciente de luz; el templo habia quedado desierto; la multitud habíase fugado...

Solo quedaban en el valle un grupo de hombres que rezaban repitiendo las palabras del anciano.

La nueva del prodigio se estendió por toda la poblacion con la misma velocidad con que el rayo desprendido de las nubes habia derribado la estatua de Proserpina.

Muchos se presentaron en tropel á Siriaco que era un sacerdote de Sevilla demandando ser iniciados en los misterios cristianos. A todos les acojió el humilde sacerdote de Cristo, á todos les impuso en los sublimes y grandes misterios de la religion que contaba al Hijo de su Dios entre sus primeros mártires.

Siriaco pidió permiso del gobernador romano para bendecir el templo de Proserpina y consagrarlo á Jesus y á su divina Madre. Facilmente lo obtuvo. Ninguno de los idólatras sacerdotes se atrevió á influir para que se negara á los cristianos el templo del cual un rayo del cielo habia arrojado la estatua de la indigna diosa.

Siriaco, pues, consagró el templo y en él fueron celebrados los oficios divinos, en él fué conocida por vez primera en Palos la religion del sublime Crucificado.

Poco despues de habérse bendecido el templo, dos jóvenes se arrodillaban ante la cruz salvadora y pedian al Señor que protejiera su enlace.

Eran Cornelio y Sextilia que habian mudado sus nombres en Pablo y María.

Siriaco unió sus manos como ya estaban unidas sus voluntades, Siriaco imploró para ellos la bendicion del eterno, y la bendicion bajó sobre ellos envuelta en la dicha y felicidad que nunca de gozar cesaron.

III.

RESÚMEN HISTÓRICO.

Los romanos, que se habian impuesto al mundo por el hierro, por el hierro desaparecieron del mundo.

Los cartagineses habian sido su capitolio, los bárbaros debian ser su roca Tarpeya.

Corria el tercer siglo cuando Roma, cara á cara con los bárbaros, tuvo que empezar esa lucha gigantesca que debia serle tan fatal, y presentar á los siglos venideros el espectáculo de un leon acorralado defendiéndose á un tiempo de todos sus enemigos, y á un tiempo arrojando el último suspiro por las abiertas bocas de cien heridas.

Los francos, los sajones, los alemanes, los godos y otros pueblos mas salvajes aun, los vándalos, los lombardos, los herulos, los hunnôs, se agrupan como una muchedumbre furiosa á las fronteras del imperio. Roma se encuentra frente á frente de los godos á orillas del Danubio.

Por espacio de dos siglos el mundo resuena con el choque de sus armas.

Llega un dia en que los godos proclaman por su rey á Alarico, y Alarico empieza su reinado jurando la guerra á Roma.

Nunca juramento alguno ha sido observado con mas tenacidad, con mas insistencia, con mas decision.

A la cabeza de los suyos, Alarico se precipita como un torrente sobre la Italia, pero junto á los muros de Polentia encuentra una derrota al encontrar á Stilicon, y sus tropas se le desbandan vencidas bajo las murallas de Verona. Replega el monarca bárbaro los restos de su ejército y se retira á Grecia.

Dos años despues, vuelve á empuñar las armas y cuatrocientos mil hombres atraviesan en pos suya los Alpes, pero tropiezan con la misma muralla de hierro, con Stilicon que les dispersa con un puñado de gente. La Italia se ve segunda vez salvada, pero las otras provincias quedan de todo punto invadidas.

El Imperio se desmorona pieza á pieza.

Muerto Stilicon, el único enemigo á quien Alarico teme, el godo se arroja por tercera vez sobre Italia y esta vez llega hasta Roma y fija ante sus muros las estacas de sus tiendas.

La ciudad de los Césares tiene que entrar en pactos con él y Alarico se aleja, pero no siendo despues obedecidos sus tratados, se enciende en furor como brota repentinamente la llama de un tizon medio apagado, y marcha de nuevo contra Roma.

El gran cuadrante de los siglos ha dejado oir la hora fatal; el 24 de agosto de 410, Roma ha sido ganada ó vendida; unos estandartes estraños que flotan desde el primer sonrís del alba en la cúpula del capitolio, anuncian al mundo y al porvenir que la ciudad de los Césares ha cambiado de señores.

Seis dias de saqueo entregan Roma, la orgullosa y triunfante Roma á los bárbaros que pisotean sus glorias mientras se entregan á su orjía de sangre y de desenfreno.

Muerto Alarico, Ataulfo recoje su herencia y pasa á España donde combate y vence á los Suevos, á los Alanos y á los Vándalos.

La historia de los godos empieza entonces á confundirse con la de España.

Cediendo á la dulzura del clima, los reyes godos orgullosos con su prosperidad y sus riquezas, contraen vicios que no tenian cuando eran bárbaros. Rodrigo, el último de ellos, va de orjía en orjía así como iban sus antecesores de victoria en victoria.

Enamorado perdidamente de Florinda, la obliga á ceder á sus torpes deseos,

y la violada jóven se arroja á los piés de su padre el conde Don Julian para que vengue el ultraje hecho á su honra por el monarca.

Don Julian, irritado, ciego de cólera, sediento de sangre y venganza por el ultraje recibido en el honor de su familia, vuelve en torno los ojos para ver á quien puede encargar su venganza y ve á los moros al otro lado del estrecho.

Hace pactos con ellos, y la historia tiene entonces que escribir otra nueva invasion: la de los árabes.

España sucumbe orillas del Guadalete.

En el interin — y volvamos ahora á la historia de nuestro convento, — la iglesia consagrada por Siriaco no dejó de celebrar jamás sus divinos oficios. En aquel templo, perdido en un rincon de Andalucía, ardia pura y constante la antorcha de la fé mientras que los bárbaros se disputaron el mundo, y si bien llegó á resonar no pocas veces en sus bóvedas el eco de los clamores de guerra y si bien hasta sus mismas puertas llegaron los horrores de la batalla, sin embargo todos, suevos, alanos, ó godos, todos respetaron el humilde santuario del cual habia el rayo de los cielos arrojado la imagen de un falso dios como á un huesped indigno.

La santa religion del mártir del Moria halló siempre en aquel templo un altar, los cristianos siempre un refugio, los desgraciados siempre un consuelo..

Pero si esto habia sucedido hasta entonces, no le esperaba lo mismo en adelante.

En pocos meses los árabes se apoderaron de España y al llegar sus hordas á este punto de Andalucía, admiraron la belleza del sitio en que estaba edificado el templo y convirtiéndole en mezquita diéronle el nombre de *Rabida* que conserva aun y que equivale á *Eremitorio* ó sitio solitario y sagrado.

Poco tiempo sin embargo, apresurémonos á decirlo, estuvo este templo consagrado á mezquita.

Dos mozárabes que llaman las crónicas Ptolomeo y Teodoro y que dicen las mismas haber adquirido por sus virtudes el aprecio de los moros, trataron de restituirlo al culto del cristianismo y al efecto se presentaron al gobernador de Palos, cuya tolerancia era de todos conocida. Dijéronle que si intercedia con el rey para que les cediese el templo mencionado, se obligarian ellos á pagar en tributo cinco monedas de plata por cada uno de los cristianos que á él concurriesen, cuatro para el monarca y una para el gobernador por via de gaje y de remuneracion del valimiento que invocaban.

Pareciole bien el trato al gefe árabe é interpuso por lo mismo su influjo pa-

ra que se accediese á la propuesta, otorgándose finalmente á los dos mozárabes lo que pedian.

El templo entonces volvió á manos de los sacerdotes de Cristo, no habiendo conservado de los moros como recuerdo mas que el nombre, así como conservaba de los godos parte del edificio y de los romanos la tradicion.

Desde entonces, la Rabida desaparece, arrastrando una vida oscura en su mision de templo cristiano, hasta que la volvemos á encontrar á fines del siglo XIII en manos de unos ilustres y célebres huéspedes.

Los Templarios.

Los Templarios! Hé ahí un nombre que conserva gratos recuerdos, un nombre que brilla esplendente en la historia de la guerra, en la de la civilizacion de los pueblos, en la de nuestra época caballeresca y tambien en la de las comunidades religiosas.

Ya que es así, ya que hemos tropezado con ellos, ya que cumple asimismo al objeto de esta obra, digamos algo de los Templarios.

Con decirlo llenaremos un vacio que á no ser así se encontraria en estas páginas: cumpliremos con un deber respecto á la tarea que nos hemos impuesto y satisfaremos un deseo del corazon.

IV.

LOS TEMPLARIOS.

CUANDO mas en su fuerza y vigor estaba el sistema feudal, cuando mas fieros estaban los nobles en el interior de sus castillos cuyas puertas guardaban

constantemente sus soldados y su verdugo, empezó á correr como rumor valido entre el pueblo que llegados eran los mil años mencionados en el capítulo veinte de las revelaciones, y que de un momento á otro deberia aparecer para juzgar al mundo el Cristo en la Palestina.

Esto hizo que se emprendieran innumerables peregrinaciones á los lugares santos, donde habia ido hasta entonces solo de cuando en cuando algun pobre romero lleno de fé ó algun poderoso noble á qüien, por algun grave pecado, le ordenara una peregrinacion al oriente el representante de Cristo en la tierra.

A la vuelta de su largo viaje, quejábanse amargamente los peregrinos de los malos tratamientos de los infieles y de la profanacion de los lugares en que cumplido se habian los misterios del cristianismo.

Sucedió entonces que un pobre monje que vivia solitario, lejos del mundo y de su vana pompa, vistió el sayal de peregrino, empuñó el bordon y quiso ir á orar sobre el sepulcro de Cristo.

Mucho tiempo permaneció ausente, y cuando volvió, el espíritu de Dios le habia iluminado.

Fué de pueblo en pueblo, de castillo en castillo, de casa en casa, de reino en reino, y todos escuchaban con transporte sus palabras, y todos empezaron á mirarle como un enviado de la Providencia. Predicaba una cruzada á la tierra santa, y el papa, los soberanos, los señores, los pueblos se sentian arrastrados por su palabra.

Díjoles que se levantaran y se levantaron, que se armaran y se armaron, que partieran y partieron.

Fijo su pensamiento en la redencion de los lugares santos, huestes enteras partieron guiadas por el eremita en pos del triunfo ó del martirio, en busca del sepulcro donde yaciera el Salvador del mundo.

Este hombre que así ponia cara á cara una civilizacion con otra, que arrojaba el Oriente sobre el Occidente, era Pedro el ermitaño.

Mientras los primeros cruzados atravesaban la Alemania, el imperio griego é iban á dispersarse y á morir en el Asia menor, la nobleza feudal partia á las órdenes de Godofredo de Bouillon llevando en su valor, en su ardimiento y en su decision el gérmen de la victoria.

Esta sonrió á todo aquel puñado de héroes y coronó sus estandartes que victoriosos tremolaron en la santa Jerusalen.

Fué una gran epopeya que ha tenido ya su gran cantor en el infeliz amante de la duquesa de Ferrara.

Veinte años se habian pasado apenas desde el dia en que el decidido Godofredo clavó el pendon de la cruz sobre los torreones de la ciudad santa, veinte años y sin embargo el fruto de sus victorias se habia perdido en cierto modo, porque los cruzados podian apenas salir del circuito de la ciudad por cuyos alrededores vagaban dia y noche bandadas de sectarios del Alcoran, olfateando la presa y arrojándose como manadas de hambrientos tigres sobre el descuidado guerrero ó sobre el pobre peregrino que encaminaba sus pasos al teatro de la gloria sublime del Salvador de los hombres.

Entonces fué cuando lo que no habian podido alcanzar grandes soberanos teniendo en su mano toda clase de medios y de recursos, llegó á realizarlo un solo hombre sin mas riquezas que su espada. Este hombre fué Hugo de Paganis, ayudado por Godofredo de Sante-Omer y otros siete compañeros.

Presentáronse al Patriarca haciendo en sus manos voto de religion y consagrándose al servicio de Dios en forma de canónigos seglares. Hicieron tambien voto de guardar el santo Sepulcro y las avenidas de Jerusalen, y dióles Balduino II una casa cerca del templo de Salomon, por cuyo motivo se llamaron desde entonces *hermanos de la milicia del temple*, *caballeros del templo y templarios*. Adoptaron una regla comun y vistieron un largo hábito blanco con una cruz encarnada, su estandarte era negro y blanco, emblema de la muerte y de la vida, la muerte de los infieles y la salud de los cristianos.

Los nuevos frailes soldados, llenos de ardor y celo, comenzaron prestando grandes y notables servicios á la causa de la cristiandad; la fama de sus multiplicadas hazañas llegó á noticia de todos los estados, y muchos fueron los caballeros que corrieron á alistarse bajo unas banderas que siempre coronaba la victoria.

Pedro el venerable escribia en aquel tiempo con motivo de la nueva orden:

«Viven en agradable sociedad pero frugal, sin mugeres, sin hijos, sin tener nada propio, ni aun la voluntad. Jamás están ociosos ni diseminados por fuera de la casa; cuando no marchan contra los infieles, reparan sus armas y los arneses de sus caballos, ó se ocupan en ejercicios piadosos por orden de su gefe. Una palabra insolente, una conducta desarreglada, la menor murmuracion, sufre siempre una correccion severa; detestan los juegos de azar, no se permiten la caza ni las visitas inútiles, miran con horror los espectáculos, los bufones, los discursos y chanzas demasiado libres; rara vez se bañan, son por lo regular descuidados y tienen el rostro abrasado por el calor del sol y una mirada fiera: próximos al combate, se arman de fe por dentro y de hierro por fuera.»

Grande loor se les debe. Por ellos se vió asegurada la independencia de Jerusalen, abrieron el hospital del santo Sepulcro á los enfermos, á los pobres y á los peregrinos, y por fin, gracias á esa infatigable y denodada milicia monástica, la táctica y armamento militar fueron por fortuna modificados, la guerra llegó á ser menos inhumana, y el derecho de gentes cesó de parecerse, en la tierra de los infieles, al derecho del mas fuerte interpretado por la fé púnica.

Terminadas las cruzadas, los Templarios regresaron á Europa donde fué confirmada su orden por el concilio de Troyes, dándoles Honorio II una regla redactada por san Bernardo y la siguiente fórmula de juramento:

« — Juro consagrar mis palabras, mis armas, mis fuerzas y mi vida, á la defensa de los misterios de la fe y de la unidad de Dios, y obedecer al gran maestre, y cuando sea preciso, pasaré los mares para ir á combatir los reyes y príncipes infieles; no huiré nunca delante de tres enemigos, y solo contra los tres, los batiré si son herejes. »

Su estandarte contenia esa bella y poética súplica: *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam!* Y su sello llevaba esta inscripcion: *Sigillum militam Christi.*

Al hallarse en Europa, la órden del Temple, que habia hecho voto de pobreza, instituyó ricas encomiendas en Francia, Alemania, Inglaterra, Italia y Sicilia; y poseyó muy luego diez mil casas, de modo que esos *pobres hermanos* de Jerusalen, dice un contemporáneo, no tardaron en olvidar el tiempo en que les era necesario montar dos en un caballo.

El primer capítulo de la órden de los Templarios tuvo lugar en París el 27 de Abril de 1147, en el reinado de Luis el Jóven, cuya solemne asamblea, en que figuraban ciento treinta caballeros, fué presidida por el papa Eugenio III, asistiendo tambien el rey de Francia.

Dejemos por un momento á los Templarios de los demás puntos, dejémosles crecer como la espuma, y concretándonos á los de nuestro pais, sigamos los progresos de la cristiana milicia en España.

Entre los caballeros que en Jerusalen habian corrido á agruparse bajo las banderas del Temple, los habia españoles, y como en su nacion se sosteni igual guerra contra los enemigos del cristianismo, no bien hubieron tenido ingreso en la órden, tornaron á la península en busca de combates donde sustentar el juramento que habian hecho, y sea que el nuevo hábito y las hazañas de sus compañeros les infundiesen valor, ejecutaron tales proezas que admirados los reyes todos que en aquel entonces se dividian la España cristiana, no

pudieron menos de concederles varios de los lugares que ellos arrancaban al poder de los árabes. Véase si fué grande el agradecimiento que les conservó Don Alonso el batallador rey de Aragon, que estando poniendo cerco á Bayona el año 1119, ordenó su testamento dejando la sucesion de sus reinos á los caballeros Templarios, juntamente con otras dos órdenes religiosas.

A la muerte de Don Alonso en la tan famosa como desgraciada batalla de Fraga, negáronse los aragoneses á dar cumplimiento á una disposicion que echaba por tierra los celebrados fueros de Sobrarve, adquiridos á costa de tanta sangre, y ofrecieron la corona á Don Pedro de Atarés, señor de Borja que la rehusó, viniendo por fin á ornar las sienes de Ramiro el monge.

Los Templarios renunciaron de su derecho recibiendo en cambio algunos pueblos y castillos y un tributo.

Hermoso es seguir la historia de esta órden en Aragon. El conde Don Ramon Berenguer de Barcelona sucesor de Ramiro en el trono de Aragon, viste el hábito del Temple profesando solemnemente y haciéndoles donacion del castillo de Monzon y de otros castillos y pueblos. Vemos luego á esta milicia acompañar á Don Alonso II *el casto* en las conquistas de Algas, Mataraña, Guadalalob, Calanda, Martin Alambra, Caspe y otros pueblos, en las campañas de 1168, dándoles en premio á sus servicios la tercera parte de la ciudad de Tortosa y la quinta de la de Lérida, las villas y castillos de Alambra, Orrios y la Peña de Ruy Diaz en presencia de los maestres provinciales de Francia y Provenza, Fray Gilberto Haral y Arnaldo de Claramonte.

En 1198 el Aragon era presa de guerra civil y los caballeros del Temple, condolidos de las calamidades que aquello reportaba, mediaban entre los dos bandos y felizmente terminaban las disensiones en Daroca.

En 1210 les vemos ganar tres castillos á los moros de Valencia, Aldamar, Castelfavib y Sertella.

Mas tarde dejan momentáneamente de presentársenos como guerreros y se nos ofrecen como dignos y sabios institutores, pues vemos crecer á un niño rey, cuya vida no podia salvarse mas que á costa de su libertad, bajo el cuidado y tutela de D. Guillen de Monredon, maestre provincial del Temple en Aragon. Y cuenta que ese niño que debió su primera instruccion á los Templarios, que ese rey que se crió en los apartamentos del castillo de Monzon, era nada menos que Don Jaime I, el que merecer debia despues el nombre de *conquistador*. Apenas jurado en Lérida á la edad de seis años, se fió su persona al ilustre maestre del Temple y á la seguridad de su castillo para ponerle en salvo de sus ambiciosos tios que hacian estremecer el reino con los clamores

de sus bandos. Luego que Don Jaime se salió del castillo como se lanza un agilucho del nido, luego que dió principio á sus famosas é incansables campañas, los Templarios fueron los que primero se agruparon bajo los pliegues del pendon real y prestaron servicios de cuantía en las conquistas de Mallorca y de Valencia regando con su sangre los campos de batalla.

Mientras esto hacian los de Aragon, no les iban en zaga los de Castilla. Así que vieron estos establecida su órden, empezaron sin descanso la guerra contra los infieles acompañando á Don Alonso VIII en la toma de Cuenca, y decidiendo la famosa batalla de las Navas el valor del maestre Don Gomez Ramirez. El santo rey Don Fernando queriendo premiar sus señalados servicios en la toma de Sevilla, les donó la villa de Frexenal y varios pueblos sobre cuya posesion tuvieron que sostenerse grandes pleitos. Tambien en Castilla sirvieron de intermediarios para arreglar las diferencias que tenian Don Jaime de Aragon y Don Alonso el sabio, promovidas por haber este puesto sitio á Játiva, y lograron terminarlas felizmente.

Cuando la ciudad de Niebla con todo su condado cayó en poder del mismo Don Alonso, tomaron los caballeros Templarios posesion de algunos castillos y ciudades en el territorio conquistado de los sarracenos, y se apoderaron entonces de la Rabida, cuya situacion era sumamente favorable al género de guerra conocida en aquella época. Con los nuevos dominadores, como dice un escritor, adquirió otro aspecto el *lugar solitario y sagrado* de los musulmanes y el sosegado templo de los cristianos. Agregáronsele nuevos departamentos, que llevaron desde luego el carácter de una casa fuerte, cuyas almenas manifestaban que era morada de guerreros, y al pacífico culto de la religion vinieron á mezclarse el estruendo de las armas y el relincho de los caballos.

Por aquella época se habia levantado en Badajoz una gran contienda entre los portugueses que allí habia y el linaje de los bejorranos, contienda que tenia en alarma á todo el pais y que se propuso terminar y terminó el maestre del Temple derrotando á los rebeldes.

Mientras tanto el Portugal, que habia tambien dado espléndida hospitalidad á los caballeros Templarios, les veia ser los primeros en las contiendas y batallas ganando buenamente con sus servicios y con la punta de su espada las villas y castillos que entraban á poseer.

En el interin, los Templarios de Francia llegaban á un grado de poder estraordinario. Protejidos los de París por fortalezas, murallas almenadas, puentes levadizos, torres y fosos, ejercieron por espacio de mas de cien años, dentro la cerca del Temple, una verdadera soberanía. Tenian el derecho de

horca y cuchillo. Su cadalso se levantaba en el patio de su castillo, solo dependian del gran maestre, y oponian á los reyes de Francia las prerogativas y abusos de su jurisdiccion soberana. Asistian á todas las guerras, tenian parte en todas las negociaciones y empresas políticas, poseian las mejores fincas del reino, sin esceptuar los dominios del rey, y esplotaban el comercio de granos. Los tesoros y privilegios de Luis IX, Felipe el Atrevidó y aun Felipe el Hermoso, se confiaron muchas veces á las armas de los caballeros del Temple, y tal era el esplendor de la casa de los Templarios, que un rey de Inglaterra, durante su permanencia en París, prefirió aquella magnífica morada al palacio real (1).

Gozaban los caballeros del Temple todas sus prerogativas y disfrutaban pacíficamente de sus riquezas, cuando comenzó en Francia á elevarse un rumor general. Grandes y pequeños se unieron para imputar á los Templarios la insolencia, el orgullo, la gula, la lujuria, toda especie de vicios y de crímenes. Felipe el Hermoso, que se habia irritado por atreverse á disputarle los Templarios la autoridad suprema, recojió cuidadosamente todas esas imputaciones, acusaciones y preocupaciones populares, á fin de que le sirviesen de pretexto para un procedimiento religioso y político contra el poder de la orden del Temple. Así es que en 1305 propuso Felipe al Papa Clemente V la abolicion de la orden del Temple.

Clemente reunió un concilio, y todos los delitos que se imputaba á los Templarios salieron á relucir en él. Decian de ellos, —es el historiador Mariana quien habla, — que lo primero que hacian cuando entraban en aquella religion, era renegar de Cristo y de la Vírgen su madre y de todos los santos y santas del cielo: negaban que por Cristo habian de ser salvos, y que fuese Dios; decian que en la cruz pagó las penas de sus pecados mediante la muerte; ensuciaban la señal de la cruz y la imajen de Cristo con saliva, con orina y con los piés, en especial, porque fuese mayor el vituperio y afrenta, en aquel sagrado tiempo de la semana santa cuando el pueblo cristiano con tanta veneracion celebra la memoria de la pasion y muerte de Cristo; que en la santísima Eucaristía no está el cuerpo de Cristo, el cual y los demás sacramentos de la santa madre Iglesia los negaban y repudiaban; los sacerdotes de aquella religion no proferian las sagradas palabras de la consagracion cuando parecia que decian misa, porque decian que eran cosas ficticias é invenciones de los hombres, y que no eran de provécho alguno; que el maestre general de su religion y todos los demás comendadores que presidian en cualquiera casa ó con-

(1) Alfonso Brot.

vento suyo, aunque no fuesen sacerdotes, tenian potestad de perdonar todos los pecados. Solia venir un gato á sus juntas; á este acostumbraban arrodillarse y hacerle gran veneracion como cosa venida del cielo y llena de divinidad; ultra desto tenian un ídolo, unas veces de tres cabezas, otras de una sola, algunas tambien con una calavera, y cubierta de una piel de un hombre muerto; deste reconocian las riquezas, la salud y todos los demás bienes, y le daban gracias por ellos. Tocaban unos cordones á este ídolo, y como cosa sagrada los traian revueltos al cuerpo por devocion, y buen agüero. Desenfrenados en la torpeza del pecado nefando, hacian y padecian indiferentemente; besábanse los unos á los otros las partes mas sucias y pudendas de sus cuerpos; seguian sus apetitos sin diferencia, y esto con color de honestidad, como cosa concedida por derecho y conforme á razon.

Tales fueron — y espanta en verdad leerlos — los monstruosos cargos que se hicieron á los nobles caballeros.

Felipe el Hermoso les dió... ó quiso darles crédito.

Clemente V cerró... ó quiso cerrar los ojos.

Entonces...

Pero aquí reclamaremos otra autoridad y dejaremos que hable por nosotros M. Raynouard:

«El 13 de octubre de 1307 prenden en París en el palacio del Temple, al gran maestre y á ciento treinta y nueve caballeros.

«Apodéranse de sus bienes y riquezas.

«El rey ocupa su palacio.

«El mismo dia prenden á los demás caballeros que habia en Francia.

«El rey publica un acto de acusacion calificándolos de *lobos rapaces*, *de sociedad pérfida*, *idólatra*, *cuyas obras y palabras solamente bastan para manchar la tierra é infestar el aire...*

«Los frailes, comisionados al efecto, predican al pueblo contra esos proscritos.

«Cárganlos de cadenas. El inquisidor Guillermo de París les toma declaracion, los pone incomunicados y priva hasta de lo necesario á aquellos guerreros que por sus privilejios y su fortuna se igualaban poco antes con los príncipes.

«Se les niegan los ausilios espirituales, bajo pretesto de que siendo herejes, se han hecho indignos de participar de ellos.

«Veinte y seis príncipes ó grandes de la corte de Felipe el Hermoso se declaran sus acusadores.

«Los arzobispos, abades, capítulos, municipalidades, villas y castillos se adhieren.

«El rey y el papa consiguen de varios príncipes hacer sufrir á los Templarios en los demás estados de Europa la misma suerte que en Francia.

«El papa lanza una bula de escomunion contra todas las personas que ausilien, socorran, oculten ó aconsejen á aquellos desgraciados.

«Se promete la vida, la libertad y fortuna á los caballeros que confiesen los crímenes imputados á la órden.

«Para obligarlos á ello, les presentan cartas supuestas del gran maestre en que son invitados á hacer esta confesion.

«Cuando resisten á todo género de seducciones, se les pone en el tormento para arrancarles la confesion; y si se retractan, despues que ha pasado el dolor se les juzga herejes y relapsos y se les condena á muerte, no por haber cometido los crímenes de que los acusan, sino por haber revocado sus confesiones.

«El odio y animosidad son tales, que desentierran y queman los huesos de los Templarios que murieron antes de la acusacion.»

Así se espresa el autor citado y con él todos los que la historia de los Templarios han escrito.

Pobres sacerdotes soldados!

Habian nacido como cristianos, habian combatido como héroes, se les queria hacer desaparecer del mundo como mártires.

El proceso de la órden empezado á fines de 1307 no concluyó hasta seis años despues.

No podemos resistir el deseo de poner aquí una escena de este proceso.

El gran maestre Jacobo de Molay habia sido hundido como un miserable en el fondo de un calabozo, se le habia cargado de cadenas como á un criminal, se le habia puesto una mordaza como á un asesino.

Una noche el inquisidor general de París penetró en su prision y le dijo que le siguiera. Se le quitó la mordaza, se le quitaron los hierros de los piés, pero le dejaron las cadenas de las manos.

Jacobo de Molay fué siguiendo al inquisidor quien le condujo á presencia del rey y del legado del papa.

El ilustre desgraciado, al verse en su presencia, se quedó en pié y removió solo sus cadenas para que su ruido siniestro protestara mejor de lo que podia hacer su voz contra la iniquidad de que él y los suyos eran víctimas.

Felipe empezó á hacerle preguntas sobre los cargos que se les imputaban, á todas contestó el gran maestre firme, enérjica y dignamente. En seguida,

cuando ya se concluia el interrogatorio, Jacobo de Molay con una serenidad de que no abundan por cierto los ejemplos, reasumió toda su defensa espresándose en estos términos:

—Os habeis portado indignamente, señor rey, indignamente contra unos caballeros cuya orden salió del sepulcro del Salvador, contra unos caballeros que monjes y soldados á la vez han dado hartas muestras á la cristiandad de su caridad como sacerdotes, de su valor como guerreros. Señor, habeis violado en contra nuestra todas las formas legales y establecidas, nos habeis juzgado y sentenciado sin previo juicio; nos habeis hecho prender como ovejas que llevan al matadero; nos habeis robado nuestros bienes y nuestros palacios para hundirnos en cárceles horribles y darnos á comer el pan de los desterrados; nos habeis hecho sufrir toda clase de torturas; á fuerza de martirizarles habeis obligado á muchos Templarios á prestar contra sí mismos falsos juramentos que no son válidos por lo mismo que son arrancados por el dolor... Todo esto es indigno, es inhumano, es injusto! Estamos prontos á sostener y probar nuestra completa inocencia, de palabra y de hecho, y por todos los medios posibles. Pedimos por lo mismo comparecer ante un concilio general. Todo lo que se nos imputa es falso, falso de toda falsedad é indigno de toda indignidad. Nuestra órden está pura y sin mancha, jamás ha sido culpable de los crimenes que se le imputan, y los que han dicho ó dicen lo contrario, son falsos cristianos ó herejes. Nuestra creencia es la de toda la Iglesia; hacemos voto de pobreza, de obediencia, de castidad y de servicio militar para la defensa de la religion contra los infieles. He dicho (1).

Así se espresó el digno y valiente sacerdote.

Verdad es que Jacobo de Molay no tardó en retractarse de ello en el tormento cuyos dolores y sufrimientos no pudo resistir haciéndole deponer falsamente contra su orden en medio de los ayes que le hacian arrojar las clavijas penetrando sañudas en su carne, pero tambien es cierto que al marchar pocos dias mas tarde á la hoguera, repitió ante el pueblo la solemne justificacion que habia dirijido al monarca.

El 11 de marzo de 1314 la hoguera estaba dispuesta esperando á Jacobo de Molay y á sus compañeros. A ella marcharon resueltos, decididos, impávidos. En ella murieron como cristianos, como héroes, como mártires.

En el instante de ir á ser envuelto por las llamas, y en el momento en que le decian que seria perdonado como públicamente demandara perdon, Jacobo de Molay dirijió la pablabra al pueblo en estos términos:

(1) Proceso de los Templarios.

—Como quiera que al fin de la vida no sea tiempo de mentir sin provecho, yo niego y juro por todo lo que puedo jurar, que es falso lo que antes de ahora se ha acriminado contra los Templarios; no creais nunca que tantos caballeros entre los cuales se han contado príncipes, venerables todos por su edad y servicios, sean culpables de las absurdas é inútiles bajezas de que se les acusa; no creais nunca que toda una orden de religiosos renunció en Europa á la religion cristiana, por la cual combatiera en Asia y Africa, por la cual viera padecer en los campos de batalla y gemir en las mazmorras árabes á muchos de sus hijos que prefirieron morir antes que renegar de la ley sublime del Crucificado. Declaro solemnemente, á la faz del cielo y de la tierra, que solo hay un Templario que haya cometido un crimen, que solo hay un Templario que merezca la muerte, y este soy yo, yo que he levantado falso testimonio á mi orden imputándola delitos y maldades por huir los dolores del tormento. Merezco pues la muerte y la muerte obtendré, que la vida no la quiero mayormente amancillada con tan grande maldad como me invitan á que cometa de nuevo.

Dijo, y murió rogando al cielo y emplazando á Felipe el hermoso y al papa Clemente ante el tribunal de Dios.

Al tenerse noticia en nuestra nacion del proceso intentado en Francia, y al saberse que D. Jaime II de Aragon al recibir las cartas del rey de aquel pais habia dado la orden de prender á los Templarios, las murallas de Monzon erizáronse de armas y Fray Bartolomé de Belvis se dispuso á la defensa. El castillo fué cercado por las tropas reales y combatido con máquinas de guerra; en vano fué que los desventurados guerreros del Temple opusieran una resistencia digna de mejor suerte; el pendon de la cruz encarnada tuvo que caer para siempre abatiéndose con él los de Mirabete, Castellote y Cantavieja.

Fray Bartolomé de Belvis, que fué con los suyos reducido á prision, reclamó la intervencion de un concilio y habiéndose este celebrado, declaró: «que todos y «cada uno de ellos fuesen absueltos de todos los delitos enormes é imposturas «de que eran acusados, y se mandó que nadie se atreviese á infamarlos, por «cuanto en la averiguacion hecha por el concilio fueron hallados libres de to- «da mala sospecha.»

En tanto que el concilio aragonés proporcionaba esa brillante justificacion á los Templarios de dicho reino, los de Castilla, de Leon y de Portugal eran tambien unánimemente declarados libres.

Al propio tiempo se veian absueltos en Italia por los concilios de Bolonia y Ravena.

En Alemania por el de Maguncia.



Suplicio de los templarios.

En Chipre por la justicia y por el pueblo.

En Inglaterra por el rey y por los grandes del reino.

Solo la Francia quiso manchar las páginas de su historia con una especie de auto de fé y honrar los fastos de los Templarios con un martirio.

Hecha la solemne declaracion de su inocencia en todas partes, aguardáronse las decisiones del concilio general que se celebraba en Viena, concilio al cual, segun dicen los autores, habian sido convocadas las dignidades todas de la Iglesia y los reyes en cuyos estados hubiese Templarios.

Tras acaloradas discusiones, el concilio decretó la estincion de la órden.

Espidiéronse bulas para su cumplimiento.

En Aragon se les dejaron sus bienes pues que pidieron y obtuvieron licencia para formar de sus restos una órden militante bajo el nombre de Santa María de Montesa.

En Portugal hicieron lo mismo creando la de N. S. Jesucristo.

En Castilla el rey se apoderó de todos sus bienes, que aplicó unos á la corona y otros á varias órdenes militares, entre ellas la de San Juan á la que se dieron todos los que habia en Navarra.

De tal modo concluyó una órden á la que la historia de los pueblos debe tan brillantes páginas.

Pudieron los Templarios, no seremos nosotros quien lo contradigamos, tener grandes defectos, pero sí diremos que sobre su tumba no se deben mas que laureles.

Juzgamos á propósito terminar este artículo con una lista de los maestres provinciales que hubo en Aragon y Castilla.

Es un dato curioso que pedimos prestado á las columnas de un periódico literario.

ARAGON.

1143. Pedro Ravera.—1149. Berenguer.—1149. Pedro Rueyra.—1174. Arnaldo Tarroja.—1176. Hugo Jofre.—1196. Arnaldo Claramonte.—1196. Ramon Gurb.—1210. Pedro Montagudo.—1214. Guillen Monredon.—1216. Adelmaro Clareto.—1218. Ponce Mariscal.—1221. Guillen Allair.—1127. Francisco Monpesar.—1230. Bernardo Champans.—1233. Ramon Pastor.—1236. Hugo de Monlauro.—1238. Astur de Claramonte.—1239. Ramon Berenguer.—1250. Guillen de Cardona.—1265. Guillen de Pontos.—1272. Antonio de Castenou.—1276. Pedro de Moncada.—

1276. Pedro Queralt. — 1291. Berenguer de Cardona. — 1309. Bartolomé de Belvis.

CASTILLA.

1152. Pedro Robeyra. — 1178. Guido de Gardas. — 1183. Juan Fernandez I. — 1212. Gomez Ramirez I. — 1221. Pedro Alvarez Aluito. — 1243, Gomez Ramirez II. — 1248. Martin Martinez. — 1248. Pedro Gomez. — 1263. Martin Nuñez. — 1266. Lope Sanchez. — 1269. Guillen. — 1271. García Fernandez. — 1286. Gomez García. — 1295. Sancho Ibañez. — 1296. Ruy Diaz. — 1297. Gonzalo Yañez. — 1299. Pedro Yañez. — 1306. Rodrigo Yañez.

V.

EL HUÉSPED MISTERIOSO

Veinte y cuatro años solo poseyeron los Templarios el edificio de la Rabida. Proscritos por la bula de Clemente V, los monges soldados del Temple abandonaron el convento del que pasaron á encargarse los religiosos *conventuales* para á su vez cederlo á mediados del siglo XV, por bula de Eugenio VI, á los *observantes*. Estos hijos de San Francisco fueron pues quienes allí permanecieron hasta la total estincion de todos los regulares en 1835.

Despues de esta época, la Rabida habia quedado abandonada y, sin consideracion á sus gloriosos recuerdos, se la dejaba desmoronar poco á poco olvidada en aquel rincon de la bella Andalucía.

Y sin embargo, aun tiene la Rabida un recuerdo que debemos apuntar, re-

cuerdo de un hombre que la llena toda como Cárlos V el monasterio de Yuste, como el Cid el de San Pedro de Cardeña.

Un dia se acercó un estrangero á llamar á las puertas del convento. Llegaba á pié y fatigado. Vestia un pobre pero aseado justillo rojo, y descansaba sobre sus hombros un capote de lana parda, cubria su cabeza un birrete de velludo, calzaba unas botas portuguesas y traia á su espalda un zurron cuyo poco volúmen no daba á decir verdad altas ideas de su contenido.

Era su frente despejada, su vista penetrante, aguileña su nariz, y, esparcidos por toda la fisonomía algunos rasgos de inteligencia, revelaban un cierto esplendor de fortaleza y de génio tan robusto y pronunciado, que cualquiera se sentia lleno de admiracion ante él. No iba solo. Acompañábale un niño de corta edad, cuyos piés estaban hinchados de fatiga, cuya boca dejaba escapar una espiracion jadeante, y de cuyos ojos brotaba una lágrima debida á la desesperacion ó tal vez al hambre.

—Qué se os ofrece, buen hombre? preguntó al recien llegado el monge portero asomando su cabeza.

El estrangero miró al fraile y contestó con una voz triste y doliente:

—Un pedazo de pan para mi pobre hijo.....

Las lágrimas no le dejaron proseguir.

Apresuróse el fraile á abrir la puerta con un celo que bien y cumplidamente revelaba su caridad cristiana, é introdujo á sus dos huéspedes en el convento.

Inmediatamente él mismo puso sobre una mesa varias frutas y un pan del que se lanzó á comer con avidez el niño. En cuanto á su padre, despues de haber dado las gracias al fraile, se habia puesto á recorrer á grandes pasos la estancia, entregado y ensimismado en sus reflexiones. El monge portero le examinaba con cierta compasion mezclada de curiosidad, y, como fascinado por aquella nobleza de facciones, por aquella mirada de águila, no podia apartar la vista del huésped.

—Y vos, no comeis, hidalgo?—se atrevió por fin á decirle.

—No tengo apetito.

—Habreis hecho mucho camino segun lo fatigado que está vuestro hijo?

—Mucho.

—Venís de muy lejos?

—Oh! sí, de muy lejos.

—Y vais tambien lejos?

—Ay! sí, muy lejos.

Lacónicas eran las contestaciones, pero habia en este laconismo cierta espresion de dulzura, que muy al contrario de repeler al fraile le impelía á simpatizar todavía mas con el huésped.

En aquel instante acertó á llegar un monge del convento, Fray Juan Perez Marchena, hombre instruido y de recto entendimiento. Detúvose á hablar con el portero sobre asuntos de la casa y este le comunicó sus observaciones acerca el estrangero que acababa de llegar. Examinóle despacio con afable rostro y aire escudriñador el buen fraile, y acabó por no quedarle duda de que aquel hombre era mas de lo que parecia. Por otra parte, todo se le volvia al huésped pasearse arriba y abajo de la estancia, detenerse de pronto, volver á andar, balbucear sus labios ciertas frases inconexas y darse palmadas en la frente, olvidado completamente de que le estuviesen mirando.

Fray Juan Perez se decidió por fin á acercársele y le invitó á descansar algunos dias en el convento. El desconocido le dió afablemente las gracias y se escusó por no poder aceptar la generosa oferta.

— Tan de prisa vais? — le preguntó el fraile.

— Muy de prisa, padre.

— Os interesa llegar cuanto antes á algun punto?

— Ni yo mismo sé si me interesa.

— Pues donde vais?

— No lo sé.

— No os comprendo.

— Ah! — murmuró entonces el desconocido con una amargura y un sentimiento que llegaron al corazon del fraile, — hay tantos, padre, que me dicen lo mismo: No os comprendo!

Fray Juan Perez miró con asombro al desconocido que continuó tristemente:

— No os comprendo!. He ahí la frase con que me reciben todos, he ahí la frase con que todos me despiden. No me comprenden! Todos dicen lo mismo. No me comprenden! Señor, hasta cuando estaré condenado á encontrar gentes que no me comprendan?......

Y el huesped dijo esto alzando las manos al cielo y dirigiéndole unos ojos preñados de amargas lágrimas.

Fray Juan Perez pasmado hasta un estremo increible, no se cansaba de mirar al desconocido como si tratara de leer en su fisonomía la solucion de las preguntas que intimamente se hacia.

— Padre, — díjole en esto el lego que se le acercó, — ese hombre debe ser un loco.

El buen fraile se volvió de repente con un estremecimiento, como si hubiese oido una herejía. Por única contestacion se encojió de hombros y, no desistiendo de averiguar el proceder del desconocido, pero queriendo abrir nuevo camino á sus inspecciones, le dijo contemplando el zurron:

— Poco provisto me parece que andais, hidalgo, siendo larga vuestra caminata.

— Porque lo decís, padre? — contestó preguntando el huesped á quien ya se le habia calmado la especie de febril impaciencia que le agitara.

— Digolo por vuestro zurron cuyo contenido debe ser bien pobre á juzgar por el volumen.

— Traigo sin embargo en él todo lo necesario. Una brújula marina, un astrolabio y varios pergaminos en donde he trazado mis cartas de navegacion.

— Ola! con qué sois navegante?

— Soy... yo no sé lo que soy en el dia, padre. Si les preguntais á unos, os dirán que soy un loco, si á otros que soy un mendigo, si á otros en fin que soy un visionario.

— Y porque eso, hijo mio? preguntó el fraile cuya curiosidad aumentaba por grados.

— Porque dicen que tengo ambicion.

— Y la teneis?

— Oh! sí!

— Y esa ambicion es leal y noble?

— Leal y noble, como nacida de aquí y de aquí — dijo esto tocándose el pecho y la frente: — es decir, nacida del conocimiento de la ciencia, de la fé del corazon.

— Y porque entonces desprecian vuestra ambicion?

— Porque dicen que pido mucho y prometo tambien mucho.

— Qué es pues lo que pedís?

— Un buque.

— Y qué es lo que prometeis?

— Un mundo.

El pasmo del religioso habia llegado á su colmo.

— Como os llamais, hijo mio?

— Cristobal Colon.

— Pues bien, Cristobal Colon, hay en vos algo que no comprendo y que sin embargo deseo comprender. Servíos pues venir á mi celda, aceptareis mi frugal almuerzo, y despues me direis todo lo que necesito que me digais para que

al marchar de aquí no os veais precisado á murmurar como de los otros: No me comprenden.

Colon meneó la cabeza.

—Ay! tambien me tendreis por loco como los demás.

—Hijo mio, ninguna locura hay hasta ahora en vos para hacerme pensar así. Por de pronto, os lo digo, no os comprendo, pero, creedlo, os admiro. Decid pues; aceptais mi invitacion?

—Acepto, padre.

El religioso se puso á andar y siguióle á su celda el náuta genovés.

Lo que allí, en aquella celda humilde de un humilde convento tuvo lugar, lo refiere en demasiados bellos versos el señor duque de Rivas para que nosotros dejemos de anteponerlo á nuestra pobre prosa.

Citaremos solo el pasaje que creemos oportuno.

Dice así:

Fué bastante haber tocado
con sagacidad la tecla;
la facilidad verbosa
del genovés se desplega.
Y con aquellas razones
de convencimiento llenas,
con que se siente y sostiene
lo que se sabe de veras,
sus inspiraciones pinta,
sus observaciones cuenta,
su sistema desenvuelve,
sus proyectos manifiesta.
Recurre á sus pergaminos,
los desarrolla, y enseña
cartas que él mismo ha trazado
de navegar, mas tan nuevas,
y segun él las esplica,
en cosmográfica ciencia
demostrándose eminente,
tan seguras y tan ciertas,
que el pasmo del religioso
y su decision aumentan.
De aquel ente estraordinario
crece la sabia elocuencia,
notando que es comprendido,
y de entusiasmo se llena.
Se agrandan, brillan sus ojos
cual rutilantes estrellas,
brotan sus labios un rio

de científicas ideas:
no es ya un mortal, es un ángel,
de Dios un nuncio en la tierra,
un refulgente destello
de la sabia Omnipotencia.

En efecto, Fray Juan Perez quedó convencido; creyó como Colon, desde aquel momento, en la existencia de un nuevo mundo, le instó, le apoyó, le aplaudió, le comprometió á no cejar en su empresa, en sus proyectos y en sus planes. El ánimo decaido del genovés cobró con ello nuevo brio y valentía, mayormente viéndose comprendido y celebrado por el venerable monge y por varios amigos que este llamó á su celda y cuyos nombres no ha olvidado la posteridad. El pensamiento del atrevido náuta volvió á remontarse en alas de la fantasía. Por fin habia hallado quien le comprendiese aquel pobre estrangero que se habia acercado á las puertas del convento á pedir un bocado de pan para su hijo muerto de sed y de hambre, por fin tenia un auditorio al que poder decir sin que se le tomara por loco, desde lo alto de un mirador del convento y mostrándoles la pulida lámina del Adlántico que se estendia á sus piés:

—Oh! una carabela con que rasgar esas olas, y vuelvo con el regalo de un mundo que hacer á quién me la haya proporcionado.

Digno Marchena! El nombre de este buen religioso vivirá eternamente con el de Colon, pues que la historia no olvidará jamás la hospitalidad que dió al descubridor del nuevo mundo.

Desde el almuerzo en su celda, es decir desde el momento en que Colon hubo desarrollado ante el monje toda la vasta y brillante estension de sus planes, Marchena los cobijó, los apoyó con sus relaciones en la corte de Isabel y de Fernando, y el 30 de abril de 1492 pudo el buen religioso bendecir las dos carabelas espedicionarias, viéndolas partir el 3 de agosto del propio año, del mismo puerto de Palos.

Colon cumplió lo que al monje habia dicho. Ofreciéronle una carabela y él dió en cambio un mundo.

He ahí por lo que hemos dicho que lleno estaba el convento todo de recuerdos de un gran hombre. Solo por esto en cualquiera otra nacion recibiria la Rabida el culto de la admiracion y de la veneracion mas profundas.

Y sin embargo, en España no es así desgraciadamente.

Un año hace apenas que un amigo nuestro visitó aquel sitio, poco despues de haber estado en él el Sr. Amador de los Rios que le consagró unos bellos ar

tículos, y la Rabida presentaba el aspecto mas desolador y mas triste. Todo era abandono, todo eran ruinas.

La iglesia constaba de una sola nave de mas reducidas dimensiones que las señaladas al templo antiguo, y podíase ver todavía un modesto retablo, única ornamentacion que quedaba de los altares de los cuales manos impías arrojaran las estatuas de los santos que tranquilos moraban en sus nichos. El suelo estaba lleno de escombros por entre los que aparecia de vez en cuando algun libro de coro, viudo de las viñetas de miniatura que en algun tiempo le adornaran.

Era imposible visitar aquellas ruinas sin sentir oprimido el corazon y desgarrada la mente por punzantes pensamientos.

La celda que un dia sirviera de morada á Fray Juan Perez de Marchena, esta celda que debia ser conservada como un tesoro, estaba próxima á desaparecer entre los escombros, sepultando con ella, para borron nuestro, uno de los mas preciosos recuerdos de nuestra historia. Tenia esta celda balcones de donde se disfrutaba la mas bella vista y de donde se veia á la villa de Huelva tendida en la playa del océano como una blanca ninfa que hubiesen escupido las espumas de sus aguas.

Las paredes estaban llenas de inscripciones, allí trazadas por los viajeros, y todas dirijidas á ensalzar y bendecir al digno religioso que tan franca y sincera hospitalidad dió al náuta genovés.

En un ángulo se lee:

Un pensamiento colosal abriga
el gran Marchena, y de entusiasmo lleno
con dulce ruego al genovés obliga
á que del gran Fernando el cetro siga.

En otro:

La antorcha de la fé brilló luciente
por Marchena en las playas de Occidente.

En otro firmados por *una pobre peregrina,* estos versos:

Marchena ilustre, tu nombre
el mundo no olvidará,
que un mundo valióle á España
tu digna hospitalidad.

Al abandonar la celda de Marchena y sus gratos recuerdos; puédese subir al mirador desde el cual se abraza la vasta estension del Adlántico que borda con vistosa franja de plata la arenosa playa. Tambien en aquel sitio cuenta la

tradicion que estuvo el intrépidó genovés entregado á sus meditaciones y suspirando por el dia y el momento en que, lleno de júbilo, rasgaria para ir al encuentro de un nuevo emisferio, las turbulentas olas. Por lo mismo sus paredes se ven, como las de la celda, llenas de inscripciones, de las cuales plácenos trasladar las mas notables.

Dice una:

Duerme, Rabida arruinada,
con tus peñascos grandiosos,
con tus recuerdos gloriosos
en mi patria desgraciada.

Otra hay tambien firmada por la misma *pobre peregrina* y dice así:

Colon, tu genio profundo
bien se debe celebrar,
pues no cabiendo en un mundo
otro fuistes á buscar.

Las iniciales J. G. J. firman este pareado:

Al náuta genovés honor y gloria!
Bendecid, españoles, su memoria.

Inmediato al ángulo de la derecha léese este otro:

Mi pasmo admirador, Colon, recibe
y glorioso en la *Gloria* eterno vive.

Por lo demás, admíranse én la Rabida algunos vestigios de su fundacion primitiva y de las diferentes épocas que marcado han querido dejarla su sello. Consérvanse algunas almenas que revelan la dominacion de los Templarios, vénse en sus claustros arcos indudablemente mas modérnos, y llama la atencion una media naranja de construccion fortísima y ruda arquitectura que remonta sin disputa al primitivo templo de Proserpina.

Pero todo se halla en un estado de ruina y de abandono que llena de tristeza el alma del pensador y de hiel la pluma del escritor.

Últimamente parecia que la diputacion provincial trataba de destinar la Rabida á lazareto ó en *casa de refugio* de marinos inutilizados en campaña.

Es un noble pensamiento que merecerá el aplauso de la prensa y la bendicion de las familias.



LA CARTUJA DE JEREZ.

(ANDALUCÍA.)

En mal punto te goces
injusto forzador, que ya el sonido
oyo ya, y las voces
las armas y el bramido
de Marte, de furor y ardor ceñido
. . . .
Ya desde Cádiz llama
el injuriado conde, á la venganza
atento, y no á la fama,
la bárbara pujanza
en quien para tu daño no hay tardanza.
Oye, que al cielo toca
con temeroso son la trompa fiera,
que en Africa convoca
el moro á la bandera,
que al aire desplegada va ligera.

FRAY LUIS DE LEON. — *Profecía del Tajo.*

I.

EL PALACIO ENCANTADO.

EN tiempo de los godos habia en Toledo una cueva, cuya tapiada boca se enseña aun hoy dia, de la que se contaban maravillas.

Esta cueva se llamaba de Hércules y segun ciertas crónicas ha servido para diversos usos y tenido particular significacion en las varias épocas que se han sucedido.

En primer lugar, es de saber que la fundó Hércules, cuyo nombre le quedó, y en ella diz que se daba á la mágia, cuyo arte estudiaba de noche para de dia leer sus observaciones á los discípulos que se le presentaban á oirle, quienes le argumentaban y á quienes contestaba el coloso preceptos con mas ó menos sólidas razones.

Vinieron despues los romanos y convirtiéronla en templo dedicado al mismo Hércules.

Mas tarde, ya no eran los romanos sino los cristianos quienes bajaban á ella protejidos por las sombras de la noche, y celebraban allí sus divinos misterios, mientras rugia sobre su cabeza la ira de los emperadores que desenfrenados se entregaban á la persecucion contra la naciente Iglesia.

Luego, ya no fueron tampoco los cristianos quienes se utilizaron de ella, sino los judíos que allí, rodeados de sombra y de misterio, celebraban sus ceremonias.

Mas adelante sirvió durante una horrorosa peste de panteon ó depósito de cadáveres.

Y por fin, no faltaron unos bandidos que la hicieron su morada burlando por largo tiempo las leyes y la justicia.

Tal es en resumen la historia de esta cueva, segun el parecer de doctos escritores.

De modo que la vemos, siguiendo las crónicas, pasar por diferentes transformaciones, y ser ya gimnasio de la nigrománcia, ya templo de gentílicas divinidades, ya cripta de los cristianos, ya sinagoga, ya sepulcro, ya madriguera de ladrones.

Estraño y caprichoso destino el suyo!

Sin embargo, en tiempo de los reyes godos, cuando aun en todo caso no habia pasado de su tercera transformacion, contábanse acerca de ella raras cosas y referíanse singulares consejas.

El vulgo, que siempre da en hablar de sobra, decia que era la cueva por debajo de tierra tan dilatada y larga, que cojia no solo el espacio de toda la ciudad, sino que salia de ella por término de seis leguas. A mas, contábase que en su interior existia un palacio encantado de magnífica, notable y primorosa fábrica, con muchos arcos, pilares y columnas todo de plata y oro; que en el fondo de este palacio habia arcas de hierro con grandes tesoros, y que por esto en fin, Hércules el fundador habia encargado que cada rey que sucediese en la corona, añadiese al tal palacio una nueva cerradura, guardándose las llaves para cuando se decidiese á abrirle y penetrar en él aquel monarca que peor estuviese con su hacienda y tambien con su vida, pues tales cosas habia de ver que debia morir allí ahogado sino tenia valor para vencer los encantos y conjurar las artes mágicas.

Cuando subió al trono el rey D. Rodrigo, allá á principios del siglo VIII, habia la cueva cobrado gran fama y era cuando las hablillas del vulgo estaban

mas en su sazon, merced á unos ruidos subterraneos que decian haberse oido, y á una vision horrorosa que despidiendo fuego por los ojos, la boca y las narices, se habia presentado en la puerta á un pastor que por junto á la torre pasaba á deshora de la noche.

Rodrigo veíase por aquel entonces asaz apurado, sus larguezas, su disipacion, sus orjías le habian dejado poco menos que exhaustas sus arcas, y buscando andaba el remedio que debia salvarle, cuando recordó todo lo que se contaba de la famosa cueva situada en la torre de Hércules.

Al momento surjióle una idea, la de apurar el misterio y por sí mismo conocer la verdad de lo que aseguraba la tradicion y repetia el vulgo.

Unos por descuido, otros por temor, los reyes sus antepasados no habian querido penetrar en el palacio májico y arrostrar los encantos. Verdad es que decia la fama que al rey que allí bajara, descubriria grandes bienes y tambien grandes males, pero esta última parte le pareció á Rodrigo que no debia tenerla en cuenta, y dispúsose á arrostrarlo todo, llevado de su caracter aventurero y fiado en su valor indomable.

Movido por esa especie de fiebre de embriaguez que se apodera de todos los que meditan una grande ó arriesgada empresa, el monarca godo deseó cumplir cuanto antes su proyecto y cumplirle sujetándose á todo lo que el decir del vulgo exijia para el que á tanto se atreviera.

En efecto, era preciso que el rey bajase de noche á la cueva, solo, sin armas, y vestido con su traje mas ordinario. De otra manera no se cumplia con el destino.

Lo único que al monarca le faltaba, eran las llaves que abrir debian los candados de la puerta de hierro de la cueva, pero este fué poco inconveniente para Rodrigo, pues que decidió buena y sencillamente derribarla.

Por la tarde del dia que se habia señalado y á hora del anochecer, salió de la ciudad y dirijióse con su gente á la torre situada en una florida vega inmediata. Entró resueltamente é introdújose por un boqueron que se abria en el suelo y que penetraba en las entrañas de la tierra por una suave cuesta. Bajola con los suyos, y no tardó en hallarse ante una puerta clavada en la peña viva y cerrada con una tapa de hierro llená de candados. Ya allí tropezó Rodrigo con el primer prodigio, pues encima la puerta vio un rótulo que en letras griegas y en cifra decia:

EL REY QUE ABRIERE ESTA CUEVA, Y PUDIERE DESCUBRIR LAS MARAVILLAS QUE TIENE DENTRO, DESCUBRIRÁ BIENES Y MALES.

Tres ó cuatro veces distintas leyó el monarca godo aquella inscripcion, y

sintió que su ánimo empezaba á vacilar y que desfallecia su aliento. Cara á cara con la realidad, comenzaba á sentir cierto vago y natural temor, pero haciéndose por un esfuerzo de voluntad superior á todo, volvióse y dió órden para quitar la tapa de hierro y los candados, abriéndole franco paso.

Pocos momentos bastáronles á sus servidores para dejar su orden obedecida.

Cumplido su mandato, Rodrigo les dijo que se retirasen á palacio y allí le aguardasen, pero entonces uno de sus privados se arrojó á sus piés conjurándole en nombre de todo lo que amaba para que se volviese atrás de su propósito y no quisiese arrostrar la ira del cielo, dando cabida á preocupaciones y supercherías y bajando sobre todo á unos sitios desconocidos donde podian esperarle misteriosos y terribles peligros.

El monarca se hizo sordo á todo, despreció las instancias de su privado y las súplicas de sus servidores, no quiso que nadie le acompañara en su tentativa por temor de faltar á lo que mandaba la comun tradicion, y de nuevo repitió con imperio la órden de que se le dejara solo.

Obedeciósele, aunque con disgusto, y entonces Rodrigo, tomando en una mano una tea encendida y en la otra un hacha de dos cortes como las que usaban los godos, penetró con paso firme y resuelto en la oscura y misteriosa caverna.

Valor se necesitaba para arrostrar aquella empresa, pero era hombre Rodrigo que nada temia y que todo lo desafiaba. Llevaba siempre en sí como un talisman la imperturbabilidad del orgullo que no cree pueda ser vencido, y por lo mismo, idéntico caso hacia de los espectros que de los mortales.

Empezó á seguir su camino y á bajar, á bajar, á bajar por una suave pendiente hasta que conoció que se hallaba á una profundidad inmensa de la tierra. En todo su camino no habia observado cosa alguna que le llamase su atencion, pero al hallarse ya muy adentro de la caverna, parecióle oir una especie de golpes sordos y acompasados con cierto retintin metálico como si fuera el hierro dando contra el hierro.

A medida que iba adelantando, estos golpes se hacian cada vez mas claros y mas distintos; de manera á llenar de pavor á cualquier otro pecho que no fuera el del osado monarca aventurero.

No tardó la especie do corredor que seguia entre las peñas en conducirle á una estancia perfectamente circular que era de donde partian los golpes y donde pudo Rodrigo enterarse de qué provenian.

Frente á la puerta por la cual se introdujo vió á luz de su antorcha una gigantesca estátua de bronce que ostentaba su espantosa y formidable estatura sobre un pilar ó pedestal de solo tres codos de alto. Esta estátua, que al pare-

cer vestia un traje de guerrero, tenia una gruesa maza de armas que empuñaba con ambas manos y con ella daba sobre un arca de hierro que se veia á sus plantas, produciendo un ruido tan fragoroso que hacia temblar de una manera siniestra las bóvedas como si fueran á desmoronarse sobre la cabeza del que imprudente allí guiara sus pasos.

Por lo demás, la estancia era de una arquitectura bárbara pero vistosa por lo rara y estraña. Todo al rededor de la sala corrian haces de delgadas columnas sosteniendo á manera de capitel un cordon de entrelazadas serpientes de piedra en tan revuelta mezcla con dragones, lagartos y otros animales, que por todas partes asomaban cabezas monstruosas y fieras abriendo su irritada boca y mostrando sus dobles filas de erizados dientes.

Rodrigo, la tea en la mano, se quedó en el umbral un poco aturdido, pero examinando despacio toda aquella fantástica decoracion que se desplegaba ante su vista.

Como no habia mas puerta que la por la cual habia entrado, juzgó que no podia tener la estancia comunicacion con otra pieza, y que era por consiguiente aquel el lugar de los encantos y el en que se hallaba el tesoro.

La antorcha arrojaba sobre todo una especie de sanguinolenta luz, disipando á medias las sombras.

El arca de hierro aparecia clara á los ojos de Rodrigo, el cual pensó que podia ser muy bien que fuese allí donde estaba encerrado el tesoro.

Determinó adelantarse y abrirla.

Pero, como hacerlo si la masa de armas de la estatua, cayendo á raros intérvalos sobre la tapa, impedia que nadie se acercara á ella con intento de abrirla?...

Rodrigo empezó á pensar en el medio y creyó que pues aquella estatua movimiento tenia para dar golpes, vida tendria tambien quizá para oirle.

En su consecuencia, agitó la tea de la que se desprendió como una cabellera de chispas, y dirijiéndose al caballero de bronce, le dijo en alta y sonora voz:

—O tú quien quier que seas el solitario huesped de esta caverna, yo soy el rey Rodrigo que aquí he llegado fiado en mi valor y en el destino que promete maravillas al monarca que penetre en esta cueva. Si el poder májico al cual obedeces te lo permite, dime tú, el caballero de la maza, lo que me toca hacer para apurar el destino y el misterio; pronto estoy á todo, que ante nada retrocedo.

Al concluir de decir el rey estas palabras, sonó un ruido misterioso por todos los ángulos de la estancia semejante al son arjentino y armónico que hubiera lanzado un monstruoso timbre de varios metales heridos por un martillo de

bronce. En el acto, la estatua se quedó inmóvil con la maza en el aire y tambien en el acto unas letras rojas y como de fuego aparecieron en la tapa del arca que decian, colocadas en esta estraña forma:

QUIEN ESTA ARCA

ABRIERE,

MARAVILLAS HALLARÁ.

El rey, que habia ya prevenido su ánimo contra toda admiracion, leyó sin estrañeza el rótulo, y merced al gigante que le dejaba obrar libremente, se acercó al arca y abriola sin resistencia alguna. En seguida fijó en su interior la ávida mirada y acercó la antorcha.....

Estaba vacía.

Vacía casi, pues solo notó en el fondo un lienzo arrollado.

Sintió Rodrigo llenarse su alma de despecho al ver que no aparecia el tesoro que pensaba y con mano trémula de ira mas bien que de miedo, se apoderó del lienzo y desplególe, despues de haber tenido la precaucion de fijar en el suelo su antorcha.

Lo que entonces apareció á los ojos de Rodrigo hízole dar un grito de horror, obligándole al mismo tiempo á dar dos pasos atrás, mientras que llevaba á su frente las manos de las cuales se habia escapado el arma que retenian. Sus cabellos se erizaron, sus ojos se fijaron en el lienzo, sus dientes dieron unos con otros; el terror, el pasmo, la admiracion, acaso tambien el remordimiento se pintaron todos á un tiempo en su rostro.

He ahi lo que habia visto.

El lienzo no era mas que una especie de cuadro. En él estaban pintadas varias tropas de árabes unos á pié y otros á caballo, ceñidas de turbantes las cabezas, envueltos los cuerpos en sus blancos albornoces, y abroquelados con sus adargas y lanzas: debajo decian unas letras escritas como con sangre:

QUIEN AQUÍ LLEGASE

Y ESTA ARCA ABRIERE,

PERDERÁ Á ESPAÑA

Y SERÁ VENCIDO DE ESTAS GENTES.

Rodrigo, pasado su primer movimiento de sorpresa, volvió á arrollar el lienzo y meterle en el arca cuya tapa dejó caer. En seguida, trató de distraerse y revolvió al rededor los ojos para buscar alguna imajen consoladora, pero su vista se clavó en un letrero de fuego que apareció en la pared, al lado izquierdo de la estatua y que decia :

REY TRISTE, POR TU MAL HAS ENTRADO AQUI.

Volvió el infeliz Rodrigo la cabeza, huyendo aquellas fatales palabras, y se encontró con estas otras en la pared de en frente :

POR ESTRAÑAS NACIONES SERÁS DESPOSEIDO, Y TUS GENTES MALAMENTE CASTIGADAS.

Fuera de sí el monarca godo, apartó tambien los ojos pero, perseguido por la fatalidad, se encontró con este rótulo que salió de la boca de la estatua como si escupiera una lengua de fuego :

ÁRABES INVOCO,

al mismo tiempo que estas otras letras se pintaban en la pulida lámina de su coraza en el mismo sitio del pecho :

MI OFICIO HAGO.

El desdichado Rodrigo sintió como la nube de un vértigo pasar por su mente, parecióle como que retorcian su cerebro con unas tenazas ardientes, volvió á todas partes unos ojos vidriosos, creyó ver danzar mil fantásticas visiones en torno suyo mezcladas con las cabezas de los monstruos y reptiles de la cornisa, dió vacilante algunos pasos, batió el aire con las manos como el hombre que se ahoga, y cayó desplomado en el suelo sin voz y sin movimiento.

Cuando volvió en sí, la antorcha consumida á medias le indicó el mucho tiempo que habia permanecido desmayado, se incorporó, se pasó la mano por la frente, se frotó los ojos, miró á todas partes y nada vió de los estraños fantasmas que habian herido su imaginacion. El arca habia desaparecido, tambien la estátua, tambien las haces de groseras columnas sosteniendo el cordon de cabezas de monstruos.

Se hallaba en una estancia muy vasta formada por la peña; y á su lado yacia un monton de escombros como de un templo ó de un edificio arruinado.

Acaso, durante su mortal parasismo, todo se habia venido abajo sepultando entre las ruinas el arca y la estátua.

Sea como fuere, Rodrigo cojió la tea y lanzóse con precipitacion fuera de

aquel recinto, trepando con toda la velocidad posible por la pendiente que hasta allí le condujera.

Al cabo de un buen rato de camino, el aire libre azotó su rostro pálido y oyó el monarca á las aves que piaban escondidas entre los árboles. Entonces no tardó en hallarse fuera de la cueva.

Las primeras luces de la mañana iluminaban los campos.

Rodrigo soltó la tea y cayendo de hinojos junto á la misma cueva, dió fervorosamente gracias al cielo que de aquella sima de horrores y de nigromancia le habia sacado, para volverle á la luz del dia y al aire de los bosques.

II.

FLORINDA.

—

Es solo una fábula lo que de contar acabamos?

Puede ser.

Lo cierto es que graves y sesudos historiadores la refieren; que reputadas crónicas la afirman.

Dejémosles á unos y á otras toda la responsabilidad y prosigamos nosotros la narracion empezada.

Terminado su rezo, Rodrigo se levantó y aspiró el aire á grandes sorbos como si de él quisiera llenar sus pulmones fatigados. En seguida se puso á recorrer el campo á la ventura, pensando en lo que le habia acaecido y en la importancia que podia dar á todos aquellos agueros y fantasmas.

La oracion, es verdad, habia tranquilizado mucho la inquietud de su alma,

pero el pronóstico fatal no se apartaba de su imaginacion y leia con los ojos del alma uno á uno todos los fatídicos rótulos como si con un buril de fuego una á una le hubiesen escrito las letras en su mente.

Se entró en el bosque, buscó la frescura de los árboles, bañó su cabeza ardorosa en el agua fria de un murmurante arroyo, quiso escuchar los susurros de los árboles, trató de deleitarse con el canto de las aves, nada bastó á calmarle, nada pudo estinguir la voz sorda de los agüeros.

Daba por cierto lástima Rodrigo.

Sus cabellos pendian lacios al rededor de su cabeza, su rostro estaba escesivamente pálido, apagada su mirada, mudos los rasgos de su fisonomía, ausentes de ella el orgullo y la altivez, caidos sus brazos, flojas y vacilantes sus piernas.

Mucho tiempo hacia ya que discurria por el bosque y á fuerza de pensar habia llegado por cierto á no pensar nada, á dejar rodar su fria idea por un espacio vacío como hoja seca que arrebata el aire, cuando un éspectáculo inesperado cautivó repentinamente toda su atencion.

Dos hayas como dos hermanas cariñosas habian entrelazado sus ramajes en un púdico abrazo. Una al lado de otra, juntas habian nacido, juntas crecido, juntas vivian. Sus robustos troncos apenas se apartaban uno de otro, y tendian entre ellos como un lazo una alfombra aterciopelada de menuda yerba, sobre la cual, en descuidada postura, lánguidamente descansaba una muger en aquel instante.

Parecia una ninfa de los bosques sorprendida bajo el dosel de ramas por los rayos matinales.

Nada quizá mas hermoso que aquella muger ante la cual se detuvo sorprendido Rodrigo, como Acteon al descubrir por entre el bordado follaje á la encantadora Diana.

Iba sencilla pero graciosamente vestida. El *estrinjio,* es decir, una túnica de blanca y finísima lana le caia en abundantes pliegues hasta los piés que asomaban su diminuta forma; su talle, flexible como el de la tierna caña que crece á orillas de los rios, veíase perfectamente delineado merced á una especie de cinturon formado de cordones de oro y plata; habíase envuelto, quizá para resguardarse del aire fresco de la mañana, con el *amiculo,* esa airosa capa de lino heredada de las mas coquetas damas romanas, su cabeza reposaba pensativa en su brazo desnudo y cuya blancura escedia á la nieve de la montaña; su semblante era todo un fascinador tesoro de detalles. En primer lugar, sus cabellos rubios bajaban en olas de oro á perderse entre los pliegues

que le formaba la túnica en el seno; una corona que ella misma se habia tejido con pudorosas violetas y con la púrpura flor de los granados, ceñia su frente como una diadema; sus ojos eran negros y parecian nadar en todo un vacío de voluptuosidad que magnética filtraba á través de la sedosa franja de largas pestañas; sus labios eran del coral mas puro y habian quedado aun entreabiertos por su última fugitiva sonrisa, como entreabierta queda la corola de la flor así que en ella ha penetrado el beso cálido de la brisa; su rostro, en fin, del óvalo mas perfecto bajo cuyo fino cutis se transparentaba el rosado oleaje de la sangre, era el rostro de una Niobe á quien hubiese acertado á dar vida el buril de un Pigmalion.

Rodrigo permaneció suspenso ante aquella seductora criatura que un romano hubiera tomado por la ninfa Ejeria, y fuese poco á poco acercando á ella como para contemplarla mejor en su olvidado abandono, pero por cauteloso que fuese su paso, llegó sin duda á oidos de la hermosa, pues que se puso de un salto en pié volviéndose estremecida como la corza sorprendida en su morada de juncos por el sigiloso cazador.

Al movimiento de la jóven, el rey se detuvo.

En cuanto á la bella soñadora, al ver al rey lanzó un grito, y murmuró:

— Don Rodrigo!

Este se adelantó sorprendido.

— Bella desconocida, es mi nombre el que ha salido de tus labios?

La jóven estaba en pié, bajos los ojos, pudorosa, casi nos atreveríamos á decir replegada en sí misma como una cándida sensitiva.

El monarca se acercó y tomóla una mano que la hermosa solo dió con resistencia. Rodrigo, no haciendo en ello mas que cumplir con la inconstancia y versatilidad de su caracter, lo habia ya olvidado todo. No recordaba ni por asomo sus aventuras de la cueva, la fatídica profecía, ni los tristes pensamientos que hasta aquel instante mismo cobijara. Todo habia desaparecido ante la imájen de aquella muger. El rey desaparecia tras el hombre, el monarca audaz retador de sombras y fantasmas volvia á ser el galanteador caballero de las damas, el primer vasallo de la belleza. Rodrigo se sentia fascinado, vencido.

— Qué hermosa es la corona que ciñe tu frente, bella jóven! — murmuró con dulzura, — pero, qué bien sentaria en ella una diadema de oro!

La jóven alzó los ojos, y tan lúbrico rayo vió sin duda brillar en los del monarca, pues que volvió á bajarlos diciendo:

— No hay frente que mejor la ciña que la de Egilona, mi reina y señora.

Al oir el nombre de su esposa, evocado quizá por la jóven como un escudo salvador entre ella y la concupiscencia del monarca, Rodrigo soltó la mano que tenia cojida y pareció fijar aun con mas atencion la vista en la desconocida.

—Conoces tú á mi esposa?

—Soy una de sus damas, señor.

—Es verdad; debiera habérmelo dicho tu traje.

Hubo un momento de silencio. La dama de Egilona con los ojos bajos sentia la devoradora mirada del rey recorrer todo su cuerpo y encender su rostro. La pobre jóven, sola en el bosque con el monarca cuyas ruidosas orjías se habian hecho célebres en todos los dominios godos, temblaba como la pobre garza cuando aturdida palpita bajo la garra del fiero gavilan.

Rodrigo rompió de nuevo el silencio.

—Quien te colocó al lado de la reina?—preguntó.

—Mi padre.

—Y quien es tu padre?

—El conde Don Julian.

—He oido este nombre como el de uno de mis mas aguerridos y nobles caballeros. Como te llamas?

—Florinda.

—Florinda, eres la mas hermosa de las mugeres.

—Señor...

—Te lo juro, Florinda, eres bella entre las bellas, y por Dios que ignorante vivia de que hubiese en mi corte una muger á quien todas las mugeres hubiesen de adorar como esclavas.

—Oh! señor! la reina Egilona es mucho mas bella.

—Diez reinas Egilonas no valen lo que tú, Florinda!—esclamó Rodrigo con arrebato.

Habia tal desenfreno de pasion en aquellas palabras, que la jóven se hizo atrás asustada.

—Me huyes, Florinda?—balbuceó el rey arrojándola una mirada de fuego y alargando el brazo para cojerla por un pliegue de su capa.—No te gustaria á tí el amor de un rey? No sabes tú lo que es amor, Florinda?

—Sé lo que es amor, Don Rodrigo,—contestó la jóven con trémulo acento, —sé lo que es, oh! sí. Una vez he amado á un hombre que es mi desposado y que junto á mi padre combate, esperando el dia en que pueda llamarse mi esposo.

—Y donde está ese hombre?

—En Ceuta, de cuya ciudad es vuestro gobernador mi padre.

—Y tú le amas?

—Sí señor.

—Pues bien, —dijo el rey mordiéndose ligeramente los labios— me dirás su nombre para que le mande todavía mas lejos.

—Mas lejos, y porqué?

—Porque tú no puedes amarle ya, Florinda.

—Señor...

—No puedes amarle te digo.

—Pero porqué?

—Porque yo te amo!

Y al pronunciar esta palabra, el rey quiso rodear con su brazo el talle de la jóven. Esta dió un salto y se colocó á cuatro ó cinco pasos de distancia.

—Atrás, señor, — murmuró con un acento que tenia algo de varonil y clavando en el monarca unos ojos que lanzaban rayos, —atrás! no os acerqueis! Si vos olvidais tan facilmente á la reina Egilona, yo no olvido, nó, á mi desposado. Retirad la palabra que habeis dicho, esta palabra solo puede oirla vuestra meretriz ó vuestra esposa... Meretriz aun cuando quisiera no puedo, que soy noble: vuestra esposa aun cuando pudiera no querria, que soy desposada.

Al oir este lenguaje enérjico, Don Rodrigo se detuvo temblando de ira y de coraje. El audaz monarca no podia permitir que se le desobedeciera jamás en el mas leve de sus caprichos, y por lo mismo, ciego de pasion, se abalanzó hácia la jóven, que de fijo hubiera huido lijera como una cierva, á no ver aparecer entre los árboles á un grupo de palaciegos.

Por lo mismo, se mantuvo quieta y clavó al rey en su sitio diciéndole:

—Reportaos, señor; he ahí á los vuestros.

Y en seguida de haber dicho esto, se adelantó y pasó por junto al rey serena, altiva, impasible, arrojándole una especie de mirada desdeñosa y con ella estas palabras:

—Entendido debeis tenerlo para siempre, Don Rodrigo. Florinda no os quiere para esposo y os desprecia para amante.

Y pasando de largo, se dirijió á los que llegaban:

—Ahí está el rey á quien sin duda buscais, señores.

Los favoritos del monarca, á quien el cuidado que tenian por su suerte, les hacia divagar por los alrededores de la cueva donde habian visto hundirse al rey la noche anterior, lanzaron una esclamacion de gozo y precipitáronse hácia Rodrigo junto al cual se agruparon con gritos de alegría y de contento.

En cuanto al rey, inmóvil, ceñudo, tenia clavada la vista en la hermosa jóven que se alejaba pausadamente y con orgullo. Sus ojos no la abandonaron hasta haberla perdido entre el follaje.

Así que hubo desaparecido, pareció Rodrigo haber recobrado el habla, y volviéndose hácia el *guardingo* de su palacio, que era el que mas cerca acertaba á estar de su persona, le dijo en voz baja:

—Has visto á esa joven que se alejaba?

—Sí, señor.

—La has conocido?

—Es Florinda, la hija de Don Julian.

—Pues bien, esta noche ha de ser mia. Yo amo á esa joven.

—Señor, es la virtud mas salvaje de nuestra corte.

—No me importa.

— Es casi un imposible lo que pedís, — continuó el guardingo.

Don Rodrigo miró á su privado con unos ojos brillantes de fiereza.

— Es que yo amo á esa jóven, te he dicho.

—Señor...

— Y ha de ser mia te repito.

El guardingo titubeó, pero bajando por fin la cabeza, se le oyó murmurar:

—Será vuestra!

III.

VENGANZA.

—

Al dia siguiente, un mensajero partia de Toledo para Ceuta.

Era enviado por la bella Florinda.

Iba en busca de su padre el conde Don Julian y llevaba un pergamino en el que la trémula mano de la hermosa jóven habia escrito estas punzantes y doloridas palabras:

«Ojalá, padre y señor, ojalá la tierra se me abriera antes que me viera puesta en condicion de escribiros estos renglones, y con tan triste nueva poneros en ocasion de un dolor y quebranto perpetuo. Con cuantas lágrimas escriba esto, estas manchas y borrones lo declaran; pero si no lo hago luego, daré sospecha que no solo el cuerpo ha sido ensuciado, sino tambien amancillado con mancha y infamia perpetua.

«Qué salida tendrán nuestros males? quién sin vos pondrá reparo á nuestra cuita? Esperaremos hasta tanto que el tiempo saque á luz lo que ahora está secreto, y de nuestra afrenta haga infamia mas pesada que la misma muerte?....

«Avergüénzome de escribir lo que no me es lícito callar. O triste y miserable suerte! En una palabra, vuestra hija, vuestra sangre, y de la alcurnia real de los godos, por el rey Don Rodrigo al que estaba (mal pecado) encomendada como la oveja al lobo, con una maldad increible ha sido afrentada. Vos, si sois varon, hareis que el gusto que tomó de nuestro daño, se le vuelva en ponzoña, y no pase sin castigo la burla y befa que hizo á nuestro linage y casa.» (1)

Esta carta encendió en ira á Julian. El tigre al llegar á su caverna y al encontrarse sin sus hijuelos, no estalla en menos gritos de furor, en menos rugidos de rabia que los que salieron del oprimido pecho del noble godo.

Decidió vengarse, pero no podia ser una venganza vulgar y futil, era preciso una venganza espantosa, bárbara, sangrienta.

Partió el conde arrebatadamente á Toledo, arrancó su hija de manos del rey y tornando en seguida á la ciudad que gobernaba, inflamado en cólera, martirizado por el punzante aguijon de la perdida honra, acudió inmediatamente á la ejecucion de su desagravio.

Escribió pues al árabe Muza ben Noseir y le incitó á una conquista de la España, representándole aquella empresa como fácil y segura y ofreciéndole ayudarle con todas sus fuerzas. Hízole una bella descripcion de la España. Hablóle de su delicioso temperamento, de su claro y sereno cielo, de sus muchas riquezas, de la calidad y virtud maravillosa de sus plantas y frutos, de la escesiva bondad del tiempo en todas las estaciones, sus oportunas lluvias,

(1) Inserta esta carta el historiador Mariana de quien la copiamos.

sus rios y copiosas fuentes, los magníficos restos de sus antiguos monumentos, sus vastas provincias y muchas y ricas ciudades.

Dependia sin embargo Muza del califa de Damasco Walid, y como buen musulman, nada podia emprender sin la anuencia del caudillo de los creyentes. Escribióle pues para conseguirla, no olvidando el decirle que era España superior á la Siria por la hermosura del cielo y fertilidad del terreno, al Yemen ó feliz Arabia por la suavidad del clima, à la India por sus flores y aromas, al Hejiaz por sus frutos, al Catay ó China por sus metales preciosos y opulentas minas.

La espedicion quedó decretada.

Julian el apóstata abrió la puerta de España á los sarracenos que se precipitaron como un desbordado torrente.

El atentado mismo que un dia derribó el trono romano, iba tambien á precipitar del solio á la dinastía goda, pero la muger de Colatino no atrajo la venganza mas que sobre los culpables, mientras que el padre de la Lucrecia española hermanó con el castigo del criminal la matanza de todo un pueblo, la esclavitud de todo un pais y los males inseparables de la conquista.

Y sin embargo, hoy, hoy mismo que todavía maldecimos su memoria, hoy qüe todavía renovamos los epitetos de apóstata y de infiel con que tan justamente le ha tachado la historia, hoy, decimos, si la estatua del conde Don Julian se pusiera en una de nuestras plazas públicas, como algun dia en París la de Perrinet Leclerc, para ser apedreada, qué padre seria el que le arrojase la primera piedra?... (1)

IV.

LA BATALLA DE GUADALETE.

Así que el caudillo Tarec hubo desembarcado y pisado el territorio español

(1) Lo que cuenta la fábula sucedido en la cueva de Hércules, el ultraje hecho á Florinda y la venganza de D. Julian, han dado pié para muchos dramas y leyendas. El distinguido poeta D. Miguel Agustin Príncipe ha basado sobre ello el argumento de su drama *El conde D. Julian*.

en el que fué recibido por el conde Don Julian, mandó quemar sus naves, como mas tarde debia hacer Hernan Cortés para desesperanzar á sus tropas de toda retirada.

Teodomiro, un caudillo godo, quiso oponerse á aquella violacion de territorio, pero sus soldados fueron vencidos y puestos en fuga por Tarec, y tras de algunas escaramuzas sangrientas ya no se atrevieron á hacer frente á los musulmanes.

Entonces fué cuando cuentan que Teodomiro escribió á su rey en estos términos:

«Señor, aquí han llegado gentes enemigas de la parte de África, yo no sé si del cielo ó de la tierra, yo me hallé acometido de ellos de improviso: resistí con todas mis fuerzas para defender la entrada, pero me fué forzoso ceder á la muchedumbre y al ímpetu suyo: ahora á mi pesar acampan en nuestra tierra; ruégoos, señor, pues tanto os cumple, que vengais á socorrernos con la mayor diligencia y con cuanta gente se os pueda allegar; venid vos, señor, en persona que será lo mejor.» (2)

Estremeció á Rodrigo una noticia que tan espantosamente se hermanaba con los sucesos y prodigios de la famosa cueva, sucesos y prodigios olvidados por su naciente impetuosa pasion á la desdichada hija del conde.

Convocó á sus consejeros y adalides y envió contra los enemigos la flor de la caballería goda, marchando apresuradamente esta tropa á incorporarse con la que estaba ya mandando el general Teodomiro. Adelantáronse juntas contra los árabes y mediaron algunas parciales refriegas, pero en todas llevaron los godos la peor parte.

Llegó en esto Rodrigo á los campos de Sidonia con la nobleza toda de su reino y seguido de un ejército de noventa mil hombres, pero compuesto de elementos eterogéneos de gente bisoña y nada guerrera. Iban los cristianos armados de lorigas y de perpuntes en la primera y postrera gente, y los otros sin estas defensas, pero armados de lanzas, escudos y espadas, y la otra gente lijera con arcos, saetas, hondas y otras armas, segun su costumbre, hachas y mazas y guadañas cortantes.

No intimidó á Tarec esta numerosa hueste que parecia, segun espresion de un historiador, un mar agitado. Los caudillos árabes reunieron sus banderas y se congregaron las tropas de caballeria que corrian la tierra.

Avistáronse ambos ejércitos á orillas del Guadalete un domingo, dos dias por andar de la luna del ramazan, segun Conde. Acometiéronse con nunca vis-

(2) Inserta esta carta el historiador Conde del cual la copiamos.

la furia, con el ardor los godos de aquellos que pelean por sus hogares, su fe y su patria; con el arrebato y entusiasmo los árabes de los que combaten por la tierra prometida en herencia por Mahoma.

Cabalgaban los musulmanes en alazanes briosos, ceñida la sien de turbantes blancos, el arco en la mano, el sable terciado al cuello, la lanza al costado, tremolando banderolas blancas, rojas y negras de las tribus de Zenetah, de Gomerah y de Masmudah, compañeros fieles de Tarec, para quienes la pelea era un juguete, y que embestian á los batallones mas nutridos con un brio, una rapidez y un empuje irresistibles.

Temblaba estremecida la tierra bajo sus piés y resonaba el aire con el estruendo de los atambores y añafiles al que se mezclaban el sordo rugido de las guerreras trompas y los alaridos de ambas huestes.

La batalla principió al rayar el dia y se terminó al cerrar la noche sin ventaja alguna. Las sombras pusieron treguas á los sangrientos horrores y aquella noche acamparon los ejércitos en el mismo campo, durmiendo los soldados confundidos y revueltos con los cadáveres.

Comenzó de nuevo la batalla al rasguear el alba, y la fragua de la pelea, segun feliz y figurada espresion de un cronista árabe, siguió tambien ardiendo hasta la noche sin tampoco patentizar ventaja alguna por uno ú otro bando.

Al tercer dia iban ya desmayando los sarracenos y cejaban por todas partes, cuando Tarec se alzó sobre los estribos y dando, dice Conde, aliento á su caballo, les gritó:

— A donde vais, muslimes, vencedores de Almagreb, á donde vais? El furioso mar teneis á las espaldas y el enemigo en frente. No hay mas recurso que el valor. Haced como yo, Gualah! (1) Voy á embestir á su rey y si no le quito la vida, moriré á sus manos.

Y diciendo esto arremetió con su feroz caballo sin cuidarse de si le seguian, y atropellando á derecha é izquierda cuantos se le ponian delante, llegó á las banderas de los cristianos, y conociendo á Rodrigo por sus insignias reales, le acometió y pasó de una lanzada.

Desde aquel momento, la victoria fué segura por parte de los árabes. Desordenáronse los godos y huyeron llenos de terror, siguiéndoles los árabes el alcance con su caballería y matando tantos, que Romey dice saber solo cuantos Dios que los crió:

Los historiadores, debemos decirlo, se presentan muy discordes al dar cuenta de esta batalla. Varios son los que aseguran que este sangriento combate hu-

(1) *Gualah* ó *Walah*, esclamacion que corresponde á nuestro *por Jesus*.

biera concluido con la derrota de los infieles, sin la traicion de D. Oppas que se pasó á los árabes con numerosos vasallos y tambien con los hijos del destronado rey Witiza.

Dicen algunos, y entre ellos Romey y Conde;—dos nombres ilustres como todo el mundo sabe—que Tarec mató á Rodrigo, le cortó la cabeza y se la envió á Muza, quien á su vez la remitió á Walid con el pormenor de la batalla del Guadalete.

Otros dicen que, al contrario, Rodrigo fué arrastrado por los fugitivos y su suerte fué un misterio. Añaden que á orillas del Guadalete se encontró á su yegua Orelia, tan famosa en los romances, hundida en un pantano, y junto á ella la corona y el manto real de su dueño, lo que hizo admitir la version de que se habia ahogado.

La crónica de un obispo de Toledo del siglo II adelanta mas, le hace sobrevivir á su derrota para conducirlo al fondo de un desierto de Portugal, donde dice que acabó sus dias en la penitencia.

En esta fábula, ingeniosa no hay duda, pero tachada de apócrifa por los escritores, se ha fundado el estranjero Roberto Sontkey para escribir su hermoso poema heróico, y nuestro Zorrilla su poético dramita: *El puñal del godo.*

En cuanto á Julian, *Cava's traitor sire*, como le llama Byron, no solo se pasaron de él los árabes desde que no hubieron necesidad de sus servicios, sino que, habiéndose indispuesto con los sarracenos, le encerraron en una fortaleza, donde entregado á sus remordimientos, acabó miserablemente sus dias.

Su hija, la triste hermosura causa de tantos desastres, la bella Florinda que bien injustamente por cierto la historia ha llamado la *Cava* (ramera), se precipitó desde lo alto de una torre en un acceso de delirio.



La cartuja de Jerez.



V.

LA CARTUJA.

Ahora bien, todo lo que acabamos de contar se agolpa á la memoria del viajero que llega á las puertas de la célebre Cartuja de Jerez.

Su simple vista evoca todos estos recuerdos.

Es que se halla precisamente construida sobre el verdadero campo de batalla tan fatal al último monarca de los godos.

Es un edificio que data de 1475 y debe su fundacion al genovés Alvaro Overtos de Valeto bajo los planos del arquitecto Andrés Rivera.

Su situacion es magnífica. Coloso de granito tendido sobre la llanura, siente refrescada su frente por el hálito del Guadalete que serpenteando pasa por su lado, y cada mañana con el reir del alba y cada tarde con las últimas pálidas luces del crepúsculo, recibe como en tributo los perfumes y aromas que le envian los naranjos, los limoneros, las acacias y todos los árboles y flores del valle.

No ha llegado jamás un viajero, no ha descansado nunca allí un peregrino que, olvidando su patria y el universo, no haya deseado terminar su vida en aquel sitio embelesador.

Los alrededores de la Cartuja ejercen una especie de fascinacion. Si, siguiendo las leyendas populares, creyéramos en las buenas hadas que habitan se ignora donde un paraiso terrenal, creeríamos que es aquel su palacio,

y que es allí tambien, á la luz melancólica y tibia de una transparente luna, donde de noche se entregan descuidadas á sus danzas, mientras susurra domado el Guadalete, mientras blanda orea la brisa las copas de los árboles, mientras alzan las flores su cáliz preñado de perfumes misteriosos, mientras en fin los naranjos balancean sus orbes de oro y las acacias dejan llover, en torrente de aromas, sus puñados de simbólicas florecillas.

Muestra la Cartuja una portada de bella y elegante construccion dórica, sobre pedestales con metopas y triglifos en el cornisamento y contiene el escudo de las armas reales y las estátuas de Nuestra Señora, San Juan y San Bruno. Algunos años despues de su fundacion fué reedificada desde la cornisa para abajo, con lo cual quedó bastante desfigurada la arquitectura gótico-germánica.

Es el todo un magnífico edificiò que pocos tomarian por un convento, casi nadie por un retiro, todos por un palacio.

En efecto, mas bien que refugio de pobres anacoretas era un verdadero alcázar regio.

Su interior responde profusamente á su apariencia, y la capilla sobre todo es notable y muy estimada.

Una parte de los vastos edificios de esta Cartuja fué en algun tiempo el lugar de una industria que acrecentaba y sostenia con todas sus inmensas rentas, industria, permítasenos decirlo, bastante rara y singular para religiosos, pues que multiplicaba un emblema de guerra y de placer junto á un asilo de paz y penitencia. Hablamos de su soberbia yeguería y de su coleccion de caballos padres para la propagacion de la magnífica raza de caballos andaluces.

Llegaron á ser muy famosos y muy nombrados los potros de la Cartuja de Jerez.

Era tambien célebre este monasterio por las magníficas pinturas que poseia. Antes de la guerra de la independencia hallábanse en su iglesia, entre otros cuadros principales, las principales obras maestras de Zurbaran que, como todos saben, reunia la correccion del dibujo al brillo del colorido, y numerosos testimonios del fértil y fecundo génio de Lucas Giordano, que fué llamado *Fapresto* por la rapidez con que trabajaba.

Cuando la estincion de los frailes, desaparecieron todas las preciosidades que habia respetado la guerra de la independencia, y sus inmensos bienes pasaron al estado.

Los hijos de la Cartuja, forzoso aunque triste es decirlo, habian olvidado las reglas de pobreza dadas por el austero y severo Bruno.

Cuéntase una anécdota curiosa á propósito de este monasterio.

Hallándose en Jerez la reina Cristina, madre de nuestra actual Soberana, antes de ser regenta de España, anunció su deseo de visitar la célebre Cartuja. La casta comunidad se alarmó de una manera indecible al tener noticia de este proyecto, pues que, segun su regla, no podia el convento ser profanado con la presencia de una muger.

Sin embargo, Cristina era reina y á una reina no se la puede cerrar la puerta como á otra muger cualquiera.

Doloroso era, pero fué preciso resignarse á aquella abominacion.

Entonces uno de los monjes ideó un medio y trató de comunicarlo á su superior que, en razon á la gravedad de las circunstancias, le permitió el uso de la palabra, encargándole empero el laconismo.

El cándido religioso desarrolló su medio en pocas palabras.

Así que se hubo enterado, el superior le abrazó enternecido. Era el medio una casi inspiracion del cielo.

La comunidad estaba salvada.

S. M. fué admitida y recorrió á su placer el monasterio, pero todos pudieron observar que detrás de la reina iban dos solícitos y vigilantes monjes que marcaban con yeso todos los ladrillos ó piedras en que la soberana ponia el pié.

Todos se preguntaban que era aquello, pero nadie se acertaba á dar contestacion satisfactoria.

En seguida de haber salido la reina, todos los ladrillos que ella habia pisado fueron arrancados, sustituidos por otros y arrojados al Guadalete.

Era el medio que habia dado el monje para salvar á la comunidad.

En el dia esta famosa Cartuja, monumento del arte, va desapareciendo casi insensiblemente por el estado de abandono é incuria en que vergonzosamente se la tiene.



SAN FRANCISCO DE ASIS.

(BARCELONA.)

Un ancho espacio de terreno sembrado de escombros marca hoy el lugar que ocupó el espacioso templo de San Francisco, obra del siglo XIII, y que fué consagrado en 1297 y dedicado á San Nicolás de Bari. Desapareció para siempre el claustro, rival del de Santa Catalina en elegancia y riqueza; y aquella produccion de fines del siglo XIII y principios del XIV ya no embelesará á los amantes de lo mas bello y puro del arte gótico. Las antiguas losas sepulcrales todaron empujadas y holladas por la ignorancia; manos irreverentes revolvieron las cenizas de un descendiente de los Entenza, de aquella ilustre casa que tantos héroes y tanta gloria dió á Cataluña; y la reina de Chipre, Doña Leonor de Aragon, vió violada su tumba.

PIFERRER. — *Cataluña*.

I.

LA PROFECÍA.

LAS líneas que hemos puesto nosotros por epígrafe, son las mismas con que ha encabezado Piferrer el pequeño capítulo que en su obra consagra á recordar el convento de San Francisco de Asis de Barcelona.

Poco ó casi nada es lo que dice. Nosotros, al contrario, procuraremos ser estensos, y puesto que se trata de un edificio que ya no existe, del que no queda mas que el terreno el cual pronto acaso será convertido en jardin, seremos hasta minuciosos en su crónica, ayudados de todos los datos que nos hemos podido procurar.

Tomaremos por guia principal la historia de la órden Seráfica en Cataluña.

Un dia del año 1211 difundióse repentinamente la voz en Barcelona de que habia llegado al heremitorio de San Cipriano, cerca de Horta, Francisco de Asis, el pobre monge que gozaba de una fama universal interin aguardaba su muerte para alcanzar una santidad eterna.

A esta noticia, el pueblo salió en tropel de la ciudad, ansiosos todos de ver y admirar al Santo que atravesaba la península para llegar hasta el sepulcro de Santiago.

Inmediatamente el consejo de Barcelona le envió diputados para invitarle á entrar en la ciudad honrándola con su presencia. Accedió el digno varon y pasó con sus compañeros á la corte de los Condes, pero no permitiéndole su escesiva humildad admitir los favores y honras que le hacian los nobles ciudadanos, se dirijió en línea recta al hospital de San Nicolás obispo, situado en aquel entonces extra muros, orillas mismas de la mar.

Al saber el consejo que el huesped esperado se hallaba en el hospital, fué inmediatamente en corporacion á rendirle su homenaje y á pedirle que les predicase un breve sermon, pues deseaban, dice una crónica, oir en la tierra á un hombre que miraban como venido del cielo.

Accedió tambien á ello Francisco y diz que concluyó su discurso con estas palabras, cuya responsabilidad dejamos entera á un cronista de la orden, Fray Jaime Coll, que así nos las refiere:

— Amigos mios, tened especial devocion á la gloriosa Vírgen que Dios os ha dado acá, mi señora Santa Eulalia, que en verdad os digo que Dios por sus méritos tiene en guarda esta ciudad, cuyos muros, aunque tan abajo y distantes, vendrán á encerrar dentro de sí esta capilla. Sabed que en este lugar habrá un notable monasterio de frailes de mi órden. Os lo encargo y recomiendo por amor de Jesucristo.

Tambien se leian estas palabras en lengua catalana, como aseguran que las dijo el santo, en un grande y antiquísimo cuadro que estaba en la portería del convento. Representaba el lienzo á San Francisco en un púlpito como predicando y á los magistrados de la ciudad oyendo atentos, en forma consular, al rededor del púlpito.

Terminado el sermon, es fama que el consejo, cristianamente agradecido, correspondió á Francisco ofreciéndole aquel hospital para que en él edificase convento de su orden. Aceptó el huesped oferta que se le hacía de tan buen grado, é inmediatamente puso manos á la obra.

Todos los libros y manuscritos que hemos consultado nos dicen que Francisco mandó formar un pequeño claustrillo con celdas tan cortas, por correspon-

dientes á la estrechez del lugar y su ejemplar pobreza, que mas parecian sepulturas para cuerpos muertos que habitaciones para vivos. Sobre la puerta de una de las celdillas parece que se leia esta inscripcion:

Cella fratris Francisci de Assissio.

Esta celda lo propio que las otras fué derribada mas adelante para formar dos hermosas capillas, y sólo se conservó, llegando hasta nuestros dias el claustrillo tal como le hizo edificar el mismo patriarca.

En breve quedó concluida la fábrica del convento para cuyo cuidado como tambien para que se concediese el hábito á los muchos que lo pedian, dejó el santo á dos de sus compañeros llamados fray Iluminato y fray Pedro de Cede.

La profecía de Francisco iba pues á cumplirse.

No tardó el edificio en ser un opulento monasterio, como vamos á ver.

No tardó tampoco en quedar dentro el muro de la ciudad, pues que al ser mas adelante virey de Cataluña el duque de Gandia, el que hoy venera la Iglesia como San Francisco de Borja, mandó correr una muralla toda la orilla del mar, dejando con esta disposicion encerrado el hospital ó convento.

En 1232, consta segun auto real, que Don Jaime I concedió al síndico apostólico, guardian y religiosos del hospital y convento de San Nicolás, todo el terreno *per francum alodium* hasta la orilla del mar, contribuyendo al mismo tiempo con grandes sumas para la nueva fábrica. Contribuyeron asimismo el común de la ciudad y muchos caballeros de la primera nobleza, como lo testificaban los escudos y armas que de unos y otros veíanse grabadas, para perpetua memoria, en diversas partes de la iglesia y convento.

Cuando en el nuevo edificio hubo habitacion capaz y mas acómodada, se pasaron los religiosos del pequeño á habitar en el grande, pero conservando el primero en la misma clausura, como se conservó siempre en lo tocante al claustrillo y las dos capillas, en memoria de ser obra del santo patriarca y haber honrado aquel lugar con hacerlo su morada.

Nuestras crónicas catalanas ignoran el dia y año en que efectuaron los religiosos el tránsito del convento pequeño al grande y nuevo. Lo que empero se sabe por un letrero que habia puesto en azulejos por el rededor de una de las dos capillas del claustrillo es, que habiendo quedado aquel pequeño convento del todo derruido por una salida furiosa del mar, acaecida en noviembre de 1500, volvió á reedificar la capilla el año de 1600 fabricando otra pieza al lado de esta y el claustrillo como estaba antes, el ilustre señor D. Fray Adrian Maimó de la orden de San Juan de Jerusalen y gran prior que era de Cataluña por la mucha devocion que al santo patriarca tenia.

Segun hallamos en una crónica, este esclarecido señor no solo no se contentó con reedificar, sino que mejoró la capilla haciendo labrar un hermoso retablo que mandó dorar para poner en el centro una pintura de mérito de la escuela romana representando á San Francisco en la forma que está en su sepulcro de Asis.

Todo el rededor de esta capilla veíase adornada de azulejos en los que estaban pintadas varias escenas y milagros de la vida del seráfico patriarca. De idéntica manera hallábase adornada otra pieza ó capilla que inmediata mandó edificar el citado personaje, y era comun creencia ser este el lugar del pequeño dormitorio y celdas que quedó derribado. A un lado, junto á la puerta de esta capilla, veíase una lápida y esculpida en ella un personaje armado. Una inscripcion latina recordaba que era allí donde se habia mandado enterrar el devoto bienhechor del convento, D. Fray Adrian Maimó.

Los pocos párrafos dedicados á esta capilla, nos han apartado un tanto del curso natural de nuestra relacion.

Retrocedamos pues para seguir mejor el hilo.

Aseguran las crónicas que en el año de 1297 á quince del mes de julio, fué consagrada la iglesia del convento junto con el altar y capilla de San Francisco que estaba en ella, por el obispo de Tolosa, religioso de la órden franciscana, San Luis hijo primogénito del rey de Nápoles Cárlos segundo. Asistiole en la consagracion de la iglesia y capilla, el ilustrísimo señor Don Fray Bernardo Pelegrí obispo entonces de Barcelona y religioso menor.

Quiso tal vez este santo obispo de Tolosa hacer por sí mismo la consagracion agradecido á lo mucho que debió en enseñanza religiosa á sus frailes, particularmente al venerable fray Poncio Carbonell en los siete años que estuvo en Barcelona prisionero y en rehenes por su padre. Ya en aquella época, el jóven Luis, desengañado de las vanidades del mundo, habia demandado el hábito al guardian del convento de Barcelona, y no habiéndole querido conceder por el temor de sus padres, hizo voto solemne en la misma iglesia de entrar en la religion seráfica.

Guardábase en el templo en un relicario grande la misma capa pluvial con que el santo hizo la consagracion y tambien en otro relicario uno de sus dedos.

El infante Don Juan, hijo tercero del rey Don Jaime II, sobrino de San Luis, siendo arzobispo de Tarragona y patriarca de Alejandría en 1326, hizo fabricar una capilla en la iglesia del convento de que hablamos, á honor y gloria de su tio San Luis obispo, á quien habia ya canonizado y escrito en el catálogo de los santos el papa Juan XXII.

Era la capilla que estaba al lado de la puerta de la iglesia llamada la puerta de San Antonio. Con el tiempo parece que un devoto de Santa Rosa de Viterbo mandó fabricar un hermoso retablo de la santa que en dicha capilla se puso, en lo alto de cuyo retablo se veia á San Luis obispo de Tolosa y tambien al otro San Luis rey de Francia.

II.

HONORES Y PRIVILEGIOS.

Son altamente curiosos y algunos demasiado notables los privilegios y favores hechos al convento de San Francisco para que dejemos de consagrarles un capítulo, sacándo del olvido en que acaso caerian si á recojerlos no nos apresuráramos de los roidos pergaminos.

Ya hemos dicho lo que debió en su fundacion á Don Jaime el conquistador; pues bien, su hijo Don Pedro III heredó la devocion de su padre concediendo real privilegio en 27 de junio de 1277 en que se ofreció á tener bajo su real amparo y soberana proteccion al convento de San Francisco de Barcelona; recomendando hacer lo mismo á todos los reyes sus descendientes y sucesores en la corona.

El rey Don Jaime II de Aragon, hijo de Don Pedro III, hallándose en Barcelona, despachó real privilegio á favor del convento — y curioso privilegio á la verdad — pues mandó que en ninguna casa vecina á dicho monasterio se pudiesen abrir ventanas de las cuales fuese posible registrar la clausura del convento y ser vistos en ella los religiosos. Así fué que en el año de 1396, Felipe de Otino ciudadano de Barcelona pretendió abrir una ventana en su casa

que correspondia á la plaza del convento; opusiéronse los religiosos; formáronle pleito fundados en el privilegio de Don Jaime, y llegando á noticia del monarca entonces reinante Don Martin, despachó en Barcelona un real decreto en que mandó suspender la causa, *con perpetuo silencio y prohibicion bajo de graves penas que no se abriese la ventana, ni otro en adelante intentase hacer cosa semejante, declarando ser la plaza de su convento de San Francisco privilegiada, y que nadie en las casas sitas en ella pudiese abrir ventanas con perjuicio de poder ser vistos en su clausura los religiosos.*

Don Pedro IV de Aragon concedió asimismo un singular privilegio pues que en 1340 y á 10 de diciembre, hallándose en Barcelona, mandó á su baile general que en todo el distrito, desde sus reales Atarazanas hasta la plaza del convento de San Francisco inclusive; desde las dichas Atarazanas hasta la puerta de Escudellers y desde esta hasta la esquina de la calle, vulgarmente llamada de los *Codols* incluyendo toda la calle, cuidase que los ministros de sú justicia no permitiesen que en todo el sobredicho distrito y lugar habitasen mugeres de mala fama. Renovó este privilegio el rey Felipe III de España en 13 de Julio de 1599.

Tambien hallamos en un manuscrito que á instancia de los frailes Franciscanos de Barcelona, dió el rey de Aragon Don Martin aquel su famoso decreto mandando que todos los confesores de la casa real fuesen religiosos de la órden de San Francisco y naturales de alguna de las provincias de la corona de Aragon.

La esposa del rey de Aragon Don Alonso el grande fundó en la iglesia de este convento la cofradía de San Nicolás obispo de Bari, titular de la indicada iglesia. Esta cofradía llegó á ser una de las mas célebres de Barcelona donde se conservó hasta hace pocos años.

Eran tambien especiales y de la mayor honra las sanciones que establecieron por real pragmática los monarcas de Aragon y observaron siempre en todo ó en parte los sucesores en la corona. Una era que los reyes de Aragon debian hacer el juramento solemne de observar las leyes y fueros de Cataluña, Sicilia, Nápoles, Jerusalen, Cerdeña, Córcega y Mallorca, en manos del guardian de San Francisco de Barcelona el dia de su entrada pública en dicha ciudad.

Otra que las cortes generales del principado con asistencia de los reyes hubiesen de ser precisamente en el mismo convento. Así lo hizo Felipe V en 1701 cuando en el principio de su reinado, vino á celebrar cortes generales en Barcelona con la presencia de los tres estados eclesiástico, militar y real.

Establecieron tambien los reyes de Aragon, y se observó hasta el año de 1715, que el guardian de San Francisco de Barcelona fuese procurador de los presos en las reales cárceles con el cargo de asistir por sí ó por otro religioso en su nombre todos los sábados á la visita que hacia la réal Audiencia á los dichos encarcelados. Tambien en las visitas generales que tres veces al año hacian los reyes por sí mismos, y en su ausencia los capitanes generales, con toda la audiencia, asistia el guardian, predicando con este objeto al congreso sobre la misericordia que se debia usar con los míseros encarcelados y acabando el discurso por pedir la libertad de algunos, que se le concedia.

En 1342 hallamos que el convento sirvió de morada á los reyes de Mallorca Don Jaime III y Doña Constanza hermana de Don Pedro IV de Aragon. Formose un grande y vasto puente de madera que desde el convento y aposento que estaba prevenido para dichos reyes, entrase buen trecho en el mar, cubierto por todas partes de curiosas y ricas tablas, con sus ventanas á uno y otro lado, para que desde la galera en que venian embarcados los reyes, pudiesen introducirse por dicho puente en el edificio. En él estuvieron dos dias, hasta que se volvió el rey á Mallorca, quedándose Doña Constanza con su hermano Don Pedro en el palacio de Barcelona.

Dos capítulos generales de la orden nos citan las crónicas como celebrados en el convento de que se trata. El primero se tuvo en 1313 siendo sumo pontífice Clemente V y rey de Aragon Don Jaime II él *justo*. Quedó en él elegido general de toda la orden seráfica Fray Alejandro de Alejandría, ministro provincial que era de la provincia de Génova.

El segundo capítulo general que se celebró fué en 1357 siendo pontífice Inocencio VI y rey de Aragon Don Pedro IV, el cual costeó todo el gasto á los capitulares con regia munificencia. Fué este uno de los mas célebres capítulos en atencion á haber asistido á él el mismo rey en persona, no saliendo del convento á ninguna hora del dia hasta que hubieron terminado todos los actos capitulares, que quiso presenciar y en los que tomó parte como un simple religioso. Salió electo en este capítulo ministro general de la órden el reverendo padre Fray Juan de Buchio de la provincia de Aquitania.

Tambien en el año 1344 el mismo rey Don Pedro, al formar una junta de los sujetos mas sabios de su reino para disputar y justificar sus operaciones contra el rey Don Jaime III de Mallorca, habia dispuesto que se celebrara en este mismo convento, como se celebró en efecto, nombrando para presidente del congreso al reverendo padre Fray Arnaldo de Descallar, sujeto, al

decir de las crónicas, de gran veneracion por sus muchas letras, virtud y nobleza y religioso del mismo claustro.

III.

LUCHAS ESCOLÁSTICAS.

Si de cumplir tratamos con la idea que nos hemos propuesto, y si deseamos que nos quede la satisfaccion de haber sido buenos y veraces cronistas, preciso es que hablemos de dos tan célebres como ruidosas cuestiones con las que se honran los anales del convento de San Francisco.

Y honrarse pueden, pues que en batalla campal de palenque escolástico por dos distintas veces vencieron á la inquisicion los Franciscanos.

Quédeles esta gloria y quédeles por completo.

Otros la han disputado en vano.

Vamos pues al caso.

El 17 del mes de Abril de 1351, dia de viernes santo, el reverendo padre Fray Francisco Batlle, guardian del convento de San Francisco, al parecer teólogo muy célebre y de grande fama, predicó en la iglesia de dicho convento:

«Que la sangre de Cristo nuestro Redentor derramada en su pasion, mientras estuvo separada del cuerpo difunto en los tres dias de su muerte, no permaneció unida á la divinidad; y por consecuencia, no debia adorarse con culto de latria.»

Llegó la noticia de lo que el guardian de San Francisco habia predicado al padre Fray Nicolás Rossell, de la religion de Santo Domingo, inquisidor general entonces en los reinos de Aragon y principado de Cataluña, y pare-

ciéndole que aquella proposicion era errónea, pretendió con la autoridad de inquisidor obligar á dicho guardian á que se desdijese.

Pero, como el guardian era teólogo consumado y estaba muy versado en los escritos del doctor de la Iglesia San Buenaventura, de Fray Francisco Mayrons y Ricardo de Mediavilla que opinan lo mismo, no quiso desdecirse sino permanecer constante en defender su proposicion.

Disputose la materia.

Salieron los Menores en defensa de su guardian: atacaron los Dominicos á los Menores.

La lucha quedó abierta y fué encarnizada; despidiéronse unos á otros gruesos *in folio*.

El papa se enteró, pues que la cuestion se hizo general en el mundo cristiano, y espidió un breve para que una y otra opinion, la de los Menores, que era que la sangre de Cristo derramada en el tiempo de su pasion no estuvo en el triduo de su muerte unida á la divinidad; y la de los Dominicos, que afirmaban que estuvo aquellos tres dias á la divinidad unida, se pudiesen defender y disputar libremente en las escuelas.

Largos años duró la contienda y en el interin murió el causante de toda aquella lucha, el padre guardian del convento de Barcelona.

Apenas hubo cerrado los ojos, cuando corrió la voz, y lo que es mas, se afirmó por escrito, que el guardian habia sido condenado como hereje por el papa Clemente VI, difunto tambien, y que le habia obligado el inquisidor general Fray Nicolás Rossell en la curia y en presencia del Obispo de Barcelona á desdecirse y abjurar de su error.

Quien así lo aseguraba era un inquisidor, un Dominico.

Esclamáronse los Franciscanos contra esta calumnia.

La cuestion se ensañó y casi llegó á rayar en escándalo.

Continuó existiendo la lucha por otro largo espacio, y acaso se la iba á dar ya como terminada por los herederos de aquellos que la empezaran, cuando viose meterse de lleno en ella, apoyando á los Menores, al que despues debia ser San Jacome de la Marca.

Tambien encontró este como el guardian del convento de Barcelona, un inquisidor general que le quiso hacer abjurar la dicha proposicion.

San Jacome de la Marca se mantuvo firme y consiguió un permiso del papa para tener en Roma públicas controversias sobre el asunto.

Tuviéronse y fueron reñidísimas.

Entretanto la calumnia continuaba pesando sobre el difunto Fray Francisco

Batlle del cual continuaban diciendo en sus obras los Dominicos que por hereje habia sido condenado.

San Jacome de la Marca se encargó de su vindicacion y de rehabilitarle ante la pública opinion.

En la curia romana estaba registrado el proceso que se decia haberse formado secretamente en Barcelona contra el guardian de San Francisco; averiguóse, comprobáronse todos los autos, vióse que faltaba la firma del notario, que carecia de otras circunstancias legales, y, bien pensado y meditado todo, manifestó el santo su parecer al papa, quien por medio de un solemne breve declaró falso el tal proceso y calumnia todo lo que hasta entonces sobre el asunto se habia dicho.

En seguida, á consecuencia de las controversias tenidas delante del consistorio de los cardenales y de los primeros hombres que de toda Italia fueron llamados, presididos por Pio II, este impuso perpetuo silencio á los Dominicos sobre la cuestion.

Los Menores quedaron pues triunfantes, y libres salieron de manos de los inquisidores, que no fué en verdad poca suerte.

No fué menos célebre ni menos gloriosa tampoco la otra contienda.

El 3 de diciembre de 1407 un religioso franciscano, cuyo nombre no hemos podido hallar, famoso teólogo y orador de gran nombre, predicó sobre el misterio de la concepcion de la Vírgen.

Probó, dicen los anales, en el discurso del sermon, la gracia original con que fué concebida la divina Reina, con textos de la sagrada Escritura, autoridades de santos Padres, y con tan eficaces razones teologales, que no dejó lugar para la duda en orden á la verdad de este gran misterio. Como en aquellos tiempos habia muchos que seguian con grande conato el partido de la opinion menos pia, añaden los anales citados, y menos segura en este punto de la gracia original de Maria, no faltó quien se diese por ofendido de las luces claras de la verdad con que el religioso habia manifestado el candor de la original gracia con que el omnipotente Dios previno aquel instante primero de su concepcion, para que no quedase manchada con el feo borron de la culpa original la que desde la eternidad habia elegido por madre suya. Ofendidos pues algunos como del mayor agravio, acudieron con las quejas á la Inquisicion, haciendo cargos al orador de sospechoso en la fé y escandaloso sobre el punto que habia tocado.

Ahora bien, puesta en tal estado la cuestion, la noticia llegó pronto á oidos del rey Don Martin de Aragon que en Barcelona se hallaba, y mediando en el

asunto y avocándose la causa, impidió por él pronto al inquisidor general que procediese contra dicho religioso por lo que á su tribunal se habia deducido, y en seguida mandó tener un acto público en que el fraile actuase y defendiese la conclusion de que María Madre y Señora nuestra habia sido concebida en gracia original.

Fué elegido por el mismo rey para teatro de la palestra el templo de San Francisco y mandó convocar á todos los teólogos, y hombres mas doctos y sabios de Barcelona, así de las religiones como de otros estados, para que prevenidos, cada uno propusiese las razones que se le ofreciesen contra el punto de la concepcion purísima de la Vírgen y que el religioso respondiese á ellas.

Llegó el dia señalado, que fué el 20 de Abril de 1408.

Llenóse el templo de un tan docto como grave cóncurso, asistiendo tambien el rey con toda su corte, y llegada la hora del escolástico combate, puesto el religioso en medio de aquel majestuoso teatro, comenzaron por su orden, los que eran de contrario sentir á la opinion piadosa, á proponer cada uno con la mayor eficacia sus razones, á los cuales satisfizo con grande ingenio, sutileza y dialéctica el hijo de San Francisco, alcanzando el éxito mas ruidoso y mas merecido por su talento.

Grande fué el júbilo del monarca, tanto, que para manifestar lo mucho que le complacia aquella victoria, mandó el dia siguiente que se hiciese una corona de flores, y que puesta en la cabeza del religioso, acompañado de lo principal de su corte y de los primeros hombres doctos que el dia antes habian asistido á la contienda, precediendo á todos muchos músicos con variedad de sonoros instrumentos, fuesen por las principales calles de Barcelona, llevando en medio como á vencedor al religioso y publicando la victoria que conseguido habia.

Hízose como el rey mandó.

El triunfo fué completo para el hijo de San Francisco.

Dichosos, ay! dichosos aquellos tiempos en que las luchas escolásticas conducian al capitolio! Hoy los combates periodísticos, que han sucedido á los escolásticos, conducen solo á la roca Tarpeya!

Lo que va de ayer á hoy! como dijo el poeta.

IV.

EL PEREGRINO JUNTO Á LOS SEPULCROS.

Entornada está la puerta.

Entremos.

Hemos atravesado el claustro quë muestra toda la pureza y esplendor del género gótico; hemos detenido un momento nuestra mirada en los veinte y cinco famosos cuadros del célebre Viladomat que adornan sus paredes.

Ya estamos en el templo.

Qué majestad! que grandeza! pero sobre todo, que silencio!

Es de noche, es la hora del recojimiento y de la soledad, de la meditacion y del misterio.

Los frailes se han ido deslizando uno á uno á lo largo del presbiterio despues de haber dejado oir sus monótonos cantos; el órgano no late ya á impulsos de la jadeante respiracion de sus metálicos tubos; las lámparas de plata penden melancólicas en las capillas dejando vagar el aire su oscilante lenguecita de fuego; los muertos descansan en paz en sus sepulcros.

Los muertos! vamos á visitar sus postreras moradas, vamos á rogar, á llorar, á recordar sobre cada una de las tumbas.

Sí, pero, quién nos acompañará? quién nos servirá de guia? quién puede decirnos, acerca los que duermen bajo el frio marmol, la eternidad de su sueño, el nombre que han dejado en el mundo, la página que han ilustrado en la historia, la tradicion que han legado á sus familias?...

En el claustro ha pasado por junto á nosotros un peregrino: tambien le hemos visto aquí en el templo perderse entre las sombras que se agrupan bajo la nave. Huésped asiduo de estos sitios, él debe estar enterado.

Busquémosle.

Donde se habrá ido? Estará rezando en alguna solitaria capilla....

Ah! Allí está! Miradle allí, de rodillas ante el cristal que encierra una santa espina de la corona de Cristo, regalo de la ciudad de Barcelona al convento.

Acerquémonos.

—Buen peregrino, deseariamos visitar uno á uno los sepulcros, pero nos falta un guia. Si de ellos estas enterado, quieres serlo nuestro?

—De ellos estoy enterado. Seré vuestro guia.

—Gracias, buen peregrino. Por donde empezaremos?

—Seguidme. Piadosa es la visita hecha á las tumbas. Justo es que por nuestros hermanos roguemos, ya que por nosotros ruegan ellos al Eterno.

—Que sepulcro es ese con que tropezamos el primero, peregrino?

—Cual?

—Ese de mármol que está junto á la sacristía, fijado á la pared, y mantenido por dos cabezas de animales con el èscudo de armas de los condes de Barcelona y reyes de Aragon?

—Es de un ilustre misionero, el de un infante que tomó el hábito en este mismo convento. Mirad el epitafio, *Aqui descansa Fray Juan de Aragon, arzobispo de Caller*. La Bosna y la Croacia estuvieron llenas un dia de su gloria; los pueblos salian á recibirle con palmas; los herejes se convertian á la elocuencia de sus palabras; las familias le bendecian por sus virtudes; los reyes por sus consejos; los pueblos por sus limosnas. Cuentan de él que, como su padre en religion San Francisco, viendo que no alcanzaba á convertir á unos herejes, mandó encender una hoguera y predicó entre las llamas un sermon. Fué despues por sus virtudes nombrado arzobispo de Caller y su sobrino Don Pedro IV de Aragon le hizo su confesor al regresar á su pais. Muerto el rey, y siendo ya de avanzada edad el infante, retiróse á este convento donde murió con la calma de una conciencia tranquila y con la esperanza de los justos.

—Loada sea su memoria!

—Entremos en esta capilla. Es la de san Nicolás. Veis ese sencillo mausoleo?....

—Sí, quién duerme en él?

—Un rey de Aragon, Don Alonso III que falleció el 17 de Junio de 1291. Fué hijo de Don Pedro el Grande y de Doña Constanza, y nieto del famoso

monarca que mereció ser llamado *el Conquistador*. Hallábase en Barcelona preparando su desposorio con la infanta Doña Leonor, hija de Eduardo rey de Inglaterra, cuando se sintió herido de la enfermedad mortal que le llevó al sepulcro. Pobre monarca! tenia solo veinte y cuatro años cuando tuvo que renunciar á sus sueños de amor, de ambicion y de gloria!

—Debe ser bien triste, morir en tal momento, peregrino!

—Triste debe ser. Su lecho nupcial fué una tumba. Una lágrima y pasemos.

Seguimos adelante.

El peregrino nos señaló una lápida.

—Esta fué una reina. La historia debe haberos enseñado á apreciar sus virtudes. Se llamó en el mundo Constanza y fué esposa de Pedro el Grande, siendo hija de Manfredo de Sicilia el destronado y prima de Coradino el degollado. Madre de tres reyes y de dos reinas, soportó con valor, con serenidad, con magestad todos los dolores que Dios le envió cuando era, en nombre de su marido, gobernadora de Sicilia, luego que este se hubo apoderado de aquel pais que le pertenecia de derecho así que cesó el toque fúnebre que habia llamado á las sangrientas vísperas. Ella fué quien dió una escuadra al hijo del valor y de la dicha Rojer de Lauria: ella quien, contra un pueblo amotinado que defendia su cabeza, concedió la libertad al príncipe de Salerno; ella, en fin, quien, perdonando magnánima y generosamente á los que mataron á su padre, degollaron á su primo, y ahorcaron á sus mas fieles partidarios, se hizo admirar de amigos y enemigos. Cuando hubo muerto su marido, cuando proscrita tuvo que salir del mismo reino en que triunfante habia entrado un dia, Constanza se vino á Barcelona donde profesó en el convento de Santa Clara, siendo enterrada á 17 de Junio de 1301 en este convento, no lejos del sepulcro á que habia bajado pocos años antes su hijo primogénito. Fué una gran muger y una gran reina!

Nos dispusimos á salir de la capilla.

—Aguardad, dijo el peregrino. Veis este suntuoso sepulcro junto al altar? Aquí estuvo por espacio de treinta y tres años, Alonso IV el *benigno*, hasta que segun su postrera voluntad, fué trasladado á la iglesia de frailes Menores de Lérida. Sin embargo no está vacía esta tumba. En ella fué sepultada casi un siglo despues, la cuarta muger de Don Pedro el Ceremonioso.

—Doña Sibila de Forciá la catalana, la hija de un simple caballero del Ampurdan?

—Sí. Aquí está la que con toda la majestad y toda la altivez de su caracter

luchó con Domingo Cerdan, el famoso justicia de Aragon; aquí la mal aconsejada esposa que tuvo la debilidad de influir en el ánimo del rey para que privara al hijo de su tercera muger, el verdadero heredero de la corona, del derecho que por su primogenitura le pertenecia. Dios la haya perdonado sus consejos. Era madre del conde de Morella; qué mucho que obrase como madrastra con Don Juan?

—Olvidemos esto; no la recordemos como esposa sino como viuda.

—Oh! dijo el peregrino; bien y cumplidamente pagó su culpa la pobre reina! bien y cumplidamente se la hizo apurar hasta las heces el caliz! A sus instancias, Don Pedro, enojado por el casamiento de su hijo con Violante hija de los duques de Bar, privó á su heredero de la administracion de los negocios y con público pregon mandó que ninguno le obedeciese ni le tuviese por su primogénito. He ahí lo que hizo como esposa, veamos lo que fué como viuda.

Moribundo estaba el rey en Barcelona, afectado de esa enfermedad que los partidarios de Don Juan propalaban ser debida á las brujerías de la reina. Ya antes habian atentado á su honestidad con voces las mas ofensivas. Habíanla primero proclamado adúltera, despues hechicera, despues homicida. Contra la voluntad de su padre, Juan iba á ser nombrado rey así que cerrase sus ojos el *ceremonioso*.

Era el sábado 29 de Diciembre de 1386. Por consejo del moribundo Don Pedro, Sibila, que todo lo debia temer de las iras de Don Juan, salió fugitiva del palacio en compañía de su hermano Don Bernardo de Forciá, el conde de Pallars y algunos fieles caballeros. El rey quedóse agonizando.

Cruda era la noche y fria; lloviznaba; rugia el viento. A pié y envuelta en su manto, Sibila atravesó las calles y salióse al campo.

Cundió en breve por Barcelona la nueva de esta fuga; la gravedad de las circunstancias aumentó con ello; túvose casi al mismo tiempo noticia de la muerte del rey, y, propalándose el rumor de boca á boca, pasando por el tamiz de la malicia del bando contrario, llegóse á decir que la reina, al abandonar á Don Pedro en su agonía, habia robado su palacio llevándose lo de mas valía.

Nobles, conselleres, prelados, guerreros, palaciegos, todos se reunieron aceleradamente, y allí, junto á la misma cámara donde estaba, sin haber aun tenido tiempo de enfriarse, el cuerpo del esposo, declararon que debia perseguirse como un malhechor á la esposa.

Dióse la orden, la campana lanzó al aire la señal, y el toque de *somaten* retumbó de pueblo en pueblo. Perseguidos los fugitivos como unos miserables

bandidos, oyendo sonar á sus espaldas las voces de sus perseguidores y pasar por sobre sus cabezas el eco de las campanas, encerráronse en el castillo de San Martin de Zarroca, pero cercados por las tropas que tras ellos se despacharon, tuvieron que darse á cuartel y fueron traidos á Barcelona.

Enfermo estaba Don Juan en Gerona, pero tanto pudo en él la fuerza de su ira que, sin consultar el peligro que corria, púsose en camino para la ciudad deseoso de vengarse de la reina. Al llegar se aumentó su enfermedad á consecuencia de las fatigas del viage y natural agitacion de su ánimo: algunos de sus médicos opinaron que estaba hechizado, opinion debida al soborno, á la adulacion ó acaso mejor á la ignorancia. Todas las voces estallaron entonces en maldiciones contra la infeliz Sibila, y agregándose á ello las declaraciones de dos judíos que dijeron habian tomado parte en los hechizos, sin consideracion á su sexo, á su posicion, á su nobleza, á su nombre, la desgraciada reina fué condenada al tormento.

Sufriólo con resignacion, con valor, con entereza, pero temerosa de ser sentenciada á muerte, hizo entrega á Don Juan de todos sus estados y bienes. Este los recibió y donó á su muger Doña Violante, y aplacada su cólera algun tanto con esta cesion, y mediando la autoridad de un venerable prelado, perdonó la vida de Sibila, de su hermano y del conde de Pallars, pero hizo degollar á todos los que la habian acompañado y seguido.

Una miserable pension que se le señaló bastó á la pobre reina para pasar tranquila en el retiro los últimos años de su vida hasta que á su muerte acaecida en 24 de noviembre de 1406 dióse descanso eterno á sus restos en este sepulcro.

Tal es la historia.

— Historia bien triste por cierto y ejemplo claro para probar que los desengaños y grandezas de este mundo pueden ser destruidos en un instante como pluma que arrebata entre sus alas el impetuoso viento.

Seguimos al peregrino.

— Porqué pasamos de largo por delante de esta capilla?

— Es la capilla de Santa Isabel. Solo hay dos tumbas que parecen gemelas. Las veis por entre los hierros? Son las de dos hijos de reyes. En la una yace Federico, hijo del primer Alonso que murió en 1320, en la otra Pedro, hijo del rey Don Pedro que falleció en 1370. Llegaos á esa otra capilla. Es la de San Estéban y debemos detenernos en ella.

— De quién es ese hermoso sepulcro de mármol?

— De la reina de Aragon Doña María, hija de Lusiñan el rey de Jerusalen

y Chipre y muger segunda de Don Jaime el justo. Junto á ella estuvo depositado el cadáver de su marido, el que sujetó la Cerdeña y llevó sus armas hasta la frontera del reino de Granada, pero no estuvo mucho tiempo en este convento pues que fué trasladado al monasterio de Santas Creus donde se le labró un magnífico panteon, honra del arte.

—Y esa lápida?

—Es la que recuerda á la memoria de los catalanes el nombre del ante-penúltimo conde de Urgel. En efecto, aquí yace Don Jaimé, que fué hijo de los reyes Don Alonso IV de Aragon y de Doña Teresa de Entenza, y hermano del *ceremonioso* Don Pedro. Tambien es su historia todo un drama.

—Nos lo contareis?

—En pocas palabras. Ya sabeis la famosa *Union* que en Aragon se habia formado no queriendo admitir por sucesora á la corona la infanta, hija única del rey. Don Jaime se hizo partidario de la *Union*, la capitaneó y se declaró aspirante á la corona.

Desde aquel momento Pedro le cobró un odio á muerte.

Celebraba cortes en Barcelona el *ceremonioso* cuando tuvo noticia de la llegada de Don Jaime. Salióle á recibir y dispuso festejos para solemnizar su entrada. El conde de Urgel llegó débil, enfermizo, sintiéndose herido de una estraña dolencia. Cuando vió al rey que al frente de su corte fué á su encuentro tendiéndole los brazos, le miró fijamente y le dijo con una voz sombría: —Hermano, creo que estoy envenenado.

El ceremonioso se puso pálido; sin embargo, procuró sonreirse. Comenzaron en seguida los festejos, pero tuvieron que suspenderse porque se agravó la dolencia de Don Jaime. Fué transportado á su posada y al dia siguiente habia muerto.

—Oh! la ambicion á la corona, que parecieron heredar todos los condes de Urgel, fué bien fatal á esa casa!

—Ahí teneis el ejemplo. Veis esa otra tumba? Pues bien, en ella yace la infanta Doña Isabel condesa de Urgel, hija del mismo rey Don Pedro IV y de la desgraciada Sibila, y hermana de Don Martin por cuya muerte debia suceder á la corona. Casó con Don Jaime, nieto del otro Don Jaime de Urgel; su esposo aspiró á la corona cuando la muerte sin hijos de Don Martin. Le acudia el derecho, le apoyaba la razon, le queria el pueblo. Sin embargo, los manejos de San Vicente Ferrer consiguieron aquella tan estraña decision del parlamento de Caspe, y Don Fernando *el de Antequera* fué llamado al trono. Incitado por su madre Doña Margarita de Monserrat, que en el decurso de

aquellos acontecimientos dió muestra sobrada de su ánimo varonil y ambicioso, opúsose Don Jaime á quien la historia ha llamado *el desdichado conde*, al nombramiento del nuevo monarca y apeló á las armas. Fué perdiendo sus villas una á una, y reducido por fin á la ciudad de Balaguer, su último baluarte, tuvo que entregarse despues de una obstinada resistencia. Con él acabaron los condes de Urgel. Aquí teneis la mortuoria lápida que cubre á la última condesa.

Ahora, venid, seguidme. Atravesemos el coro y consagremos de paso una mirada á las tumbas que guardan los restos del infante D. Ramon Berenguer, hermano de Alfonso IV, de la infanta de Sicilia Doña Blanca, de la infanta doña Juana condesa de Prades, de la condesa de Módica muger del famoso Don Bernardo de Cabrera, del ilustre obispo de Segorbe Juan, y del obispo de Barcelona Fray Bernardo Pelegrí. Sí, veámoslas todas de paso, y detengámonos solo ante este sepulcro que está junto al presbiterio.

— Precioso sepulcro! Una gran piedra de jaspe en qué está esculpida la efigie de una monja con el báculo de abadesa en la mano y alrededor un nombre...

— El nombre de los Moncadas; que aqui duerme su último sueño Doña Violante de Moncada, abadesa del real monasterio de señoras de Pedralves. Mostró esta dama varonil aliento y tuvo ocasion de desplegar todo el caracter orgulloso y resuelto de su estirpe. Desde la fundacion del monasterio de Pedralves, habian sido siempre en él las abadesas de vida. Éralo por los años de 1500 doña Violante, cuando queriendo D. Fernando y el cardenal Cisneros introducir una reforma, trataron de que las monjas eligiesen otra abadesa deponiendo á la que tenian. Al efecto, se les señaló para elegir en su lugar á Doña Teresa Enriquez, religiosa de un cónvento de Andalucía. Opusiéronse las monjas, opúsose sobre todo Doña Violante, fundándose esta en la injusticia que se le hacia queriéndola deponer sin justa causa fundándose aquellas en la novedad que imponerse les queria de que fuesen trienales las abadesas.

Ofendido el rey Don Fernando de la oposicion que se hizo á la noble Doña Teresa Enriquez á quien se negaron á admitir, envió una hija natural que tenia monja en un convento de Castilla llamada Doña María de Aragon, con varias de otros monasterios y una del convento de Ntra. Sra. de Jerusalen de Barcelona, prima del mismo rey Don Fernando, y llamada Doña Teresa de Cardona, con orden espresa de que su hija fuese elegida por superiora.

Protestó de la violencia la descendiente de los Moncadas y apeló de la injusticia al sumo pontífice. Hizo mas, salióse de la clausura y acompañada de una sola monja, partió para Roma donde consiguió del santo padre sentencia para

volver á Pedralves, y continuar mientras durase su vida en el puesto de abadesa.

Apeló el rey, y el pleito se hizo ruidoso, pero desgraciadamente Doña Violante que estaba en Barcelona en el palacio de su hermano el marqués de Aitona, murió repentinamente, declarando al morir que deseaba ser enterrada en el convento de San Francisco de Asis.

Cumplida quedó, como veis, su postrera voluntad.

Acerquémonos ahora al altar mayor, y contemplad ese riquísimo sepulcro de mármol. Toda esa pompa, todo ese lujo de labores y detalles, os indicará que aquí yace una persona que ha dejado un gran nombre. Y es verdad, guárdanse aquí los restos de Doña Leonor reina de Chipre. Leed su epitafio latino (1) que así dice traducido:

«*A Dios óptimo, máximo.*

Aquí yace Leonor, reina de Chipre, rama del árbol real de Aragon. No hubo en su siglo muger que en costumbres, mansedumbre, bondad, honestidad, discrecion y arreglada vida la aventajase. Mereció en la débil condicion de su femenil sexo los elogios y alabanzas de los varones mas esclarecidos, pues castigada y vengada la aleve y tirana muerte de su marido, redimió el reino de Chipre para su hijo de la vejacion injusta con que su tio le afligia con guerras crueles. Llorad pues, ó castas doncellas, la muerte de vuestro mejor blason. Llorad matronas y honestas viudas, y vosotros, hombres, favoreced con vuestro llanto á la difunta. Fué Leonor nueva virago porque fué muger de ánimo el mas varonil. Fué terror y castigo para los malos, única esperanza para los buenos, escudo para los fuertes, asilo para los caidos, gozoso consuelo para los desconsolados, socorro dulcísimo para los pobres, y la que por esta escelsa caridad y compasion se movia á dotar á las pobres doncellas y dar crecidas limosnas para redimir á los cautivos. De ahí era impelida á librar de los engaños que los huérfanos podian padecer, y reparar los templos y casas de Dios, manteniendo con estos heróicos actos de virtud inviolable su devocion y piedad. Es pues de creer que su alma está en el cielo, como su cadáver dentro este mármol. Murió en fin, desatando la muerte el lazo de su vida, en el segundo dia de la pascua del nacimiento del Eterno rey el año 1417.

Y ahora que el epitafio habeis leido, oid su historia que es todo una interesante y dramática relacion.

(1) Este epitafio lo compuso en muy correctos versos latinos Don Juan Ripoll doctor en leyes y ciudadano de Barcelona.

—Pero antes, decid, buen peregrino, no tuvo esa reina por padre á un varon ilustre, al esposo esclarecido de esa misma Juana de Foix cuyo nombre hemos visto grabado al pasar en una lápida?

—Sí, al mismo que despues de haber enviudado tomó el hábito en este convento, al venerable Fray Pedro de Aragon.

—Contadnos su historia.

—Como gusteis. Conoceremos primero al padre.

—Sí, será una brillante introduccion para la historia de la hija.....

—De todos modos es justo que le tributemos un recuerdo. Cómo fuera posible, estando en el convento de San Francisco, olvidar al que señalan las crónicas como á uno de sus hijos mas esclarecidos?

—Empezad pues.

—Sentaos en las gradas de esta capilla. La relacion es larga.

Y así empezó el peregrino.

V.

GUERRERO, POETA Y FRAILE.

HISTORIA DEL INFANTE DON PEDRO DE ARAGON.

Curiosa vida es por cierto la suya.

Nació en las gradas de un trono, habitó los salones de un palacio, murió entre las austeridades de un claustro.

La nobleza le halla hijo de los reyes Don Jaime II el justo y Doña Blanca, el valor lo mira general de las armadas de Cataluña, el reino procurador general de Aragon y Cataluña, el poder conde de Ribagorza, de Ampurias y de Pra—

des, la erudicion poeta elegantísimo, la ciencia teólogo famoso, la caballería buen justador y airoso galan, la religion fraile.

Tales son las diversas y variadas faces que su vida ofrece.

Nacido en Barcelona, la ciudad que se mira coqueta en el espejo que á sus piés tiende el Mediterráneo, la historia le sigue paso á paso y lé encuentra que desde que tenia doce años hasta que tomó el hábito de menor, no hubo empresa militar dentro y fuera de su reino, ya contra moros, ya con los reyes de Mallorca y de Castilla, á que él no asistiese y en que no tomase activa parte.

Era por lo demas el mozo mas gentil que habia en los dos paises unidos, el mas galan y una de las mejores lanzas de la caballería.

La *Gaya ciencia* le contaba entre sus privilegiados adeptos.

Las crónicas nos han conservado el recuerdo de la ocasion en que se dió á conocer como poeta.

Fué cuando la coronacion de su hermano Don Alonso III.

Tenia entonces veinte y cuatro años y con ochocientos caballos que mandaba pasó de Barcelona á Zaragoza.

En el régio banquete, él fué quien quiso servir las viandas á su hermano haciendo el oficio de mayordomo, y llevando á tal grado la bizarría y galantería, que todas las diez veces que sirvió el plato á la mesa, sacó diferente traje. El vestido que se quitaba, que era de tela de oro forrado de armiños y lleno de perlas, se lo daba á uno de los servidores.

Acabada que fué la comida, quitáronse las mesas y se dispuso un rico tablado en medio del cual se sentó el rey en su trono con su corona de oro en la cabeza y cetro en la mano. Junto á él, aunque algo apartados los arzobispos, y á los piés los ricoshomes, caballeros y ciudadanos.

En tal disposicion el concurso, presentóse un jóven cantor de muy linda voz, llamado Romaset, y pidió permiso al rey para cantarle una *villanesca* compuesta por el infante Don Pedro.

Accedió el monarca, y Romaset cantó una bella cancion hecha á propósito para aquel momento por el infante, pues que contenia la declaracion de lo que significaban las insignias reales que habia recibido el rey.

La *corona*, decia, en ser redonda y no tener principio ni fin, denotaba á Dios todo-poderoso que era sin principio ni fin, en el cual habia de tener siempre el rey puesto su entendimiento, memoria y voluntad, y que por esto se la habian puesto en la cabeza donde estas tres potencias tienen su asiento.

El *cetro* en ser vara derecha, denotaba la justicia que sobre todas las cósas

le estaba encomendada, justicia que habia de ejecutar con todos igualmente, castigando los delitos y premiando las virtudes.

El *pomo* en tenerlo el rey dentro su mano, denotaba que de la misma manera podia, como quisiera, tener en su mano todos los corazones de los subditos que Dios le habia encomendado, y así habia de procurar hacerlo, manteniéndoles en paz y justicia, no permitiendo se les hiciese ningun agravio.

Concluido, el mismo Romaset cantó otra trova compuesta toda por el dicho infante en alabanza del rey; y en seguida entró otro juglar, llamado Novevellet, el cual recitó mas de setecientos versos que tambien Don Pedro habia compuesto, y contenian el orden y modo que el rey habia de guardar en el gobierno y disposicion de su casa, y en la provision de todos sus oficiales y ministros.

La nombradía del infante se aumentó con ello y creció de todo punto cuando, en la justa del siguiente dia, se le vió ser el vencedor y recibir el premio del triunfo.

Si buen poeta tenia la gaya ciencia, con buena lanza podia contar el rey.

Pero aun tenia este último otra cosa mejor, tenia en él un leal y decidido hermano, un fiel y pundonoroso vasallo.

He ahí sino el caso.

Antes de ser coronado rey Don Alonso, en vida de su padre Don Jaime II, fué enviado á la isla de Cerdeña con una poderosa armada, dejando en Zaragoza á su muger Teresa de Entenza, y á sus dos hijos Pedro y Jaime de los que el primero tenia apenas cinco años.

Viejo y achacoso estaba el rey Don Jaime, y mientras Don Alonso partia á Cerdeña en busca de aventuras y peligrosas batallas, movióse gran disputa en los reinos sobre si el infante Don Pedro, hermano de Don Alonso, debia heredar la corona en caso de morir este último en Cerdeña.

El rey Don Jaime que queria mucho á su hijo, fué de este parecer, y entonces el famoso caballero Don Jimen de Cornel hizo que casi todos los ricos homes y caballeros de la corte se declarasen por el infante, en preferencia al hijo de Don Alonso, el niño Pedro.

Súpolo á tiempo Doña Teresa de Entenza y vistiéndose de luto se presentó en las habitaciones del infante Don Pedro.

—Qué es eso, señora?—dijo este al ver en tal traje á su cuñada.—Porqué esas enlutadas ropas? Dios mio! será que mi hermano....

—Vuestro hermano y mi marido, gracias á Dios, pelea sano y bueno contra los enemigos. No es por él por quien visto luto.

—Pues por quién?

— Por mi hijo de cinco años, por mi Pedro.

— Ha muerto, señora?

—Tampoco es esto. Vive, pero le han arrojado del trono.

— No entiendo...

— Oidme, — dijo Doña Teresa con ánimo varonil, — oidme y respondedme por vuestra fé de caballero. Si Don Jaime muere, á quién pertenece el trono?

— A vuestro marido y mi hermano.

— Y si este muriese tambien?

— Claro está que á vuestro hijo Pedro.

La de Entenza respiró.

— Oh! gracias! gracias! vos reconoceis su derecho, quitarme puedo mi luto.

— Pero me esplicareis...

— Os lo diré brevemente. Vuestro padre, los ricoshomes todos, os han señalado á vos para ocupar el trono, en caso de que muera en Cerdeña mi señor y esposo.

— A mi!

— A vos.

Don Pedro se sonrió.

—No temais por el derecho de vuestro hijo, señora. Don Pedro os lo asegura y os da su palabra de caballero. Si mi hermano muere, el hijo de mi hermano es el que reinar debe, y si me ofrecen la corona, creedlo, la reusaré.

— Y si os obligan á aceptarla?

— No pueden obligarme.

— Pero en fin, si os obligasen?

—Entonces..... me retiraria á un claustro.

Tal era Don Pedro.

Aquel mismo dia, luego de haber despedido y acabado de tranquilizar á Doña Teresa, fué en busca de su padre, fué en busca de los ricoshomes y de él y de ellos consiguió que la corona fuese señalada á quien pertenecia de derecho. Sus súplicas con unos, con otros sus instancias y sus amenazas, alcanzaron que todos cediesen en su empeño, y tuvo el gusto de ver reunirse cortes en Zaragoza para hacerse la proclamacion. Él fué de los primeros en jurar á su sobrino; y luego de pronunciadas las sacras palabras, como un adulador cortesano le dijese al oido:

— Este juramento os cuesta una corona,

Él contestó con una dignidad heroica:

— Y qué importa, si asegura la paz de todo un reino?

Felizmente, regresó de su espedicion D. Alonso, y ya está dicho lo que acaeció cuando su coronacion.

Quiso Don Alonso al sentarse en el trono casar á su hermano con Doña Juana de Foix, hermana del conde de Foix, en quien se hallaban á competencia los méritos del alma con las dotes del cuerpo.

Ajustáronse los tratados, y en 1331 efectuose el enlace.

Don Alonso tuvo en su hermano el mejor guerrero de su reino y en cien gloriosas empresas debió la victoria á su consejo y á su brazo.

En el interin, diole sucesivamente cuatro hijos su muger, la bella y virtuosa Doña Juana: el primero se llamó Don Alonso y fué conde de Ribagorza, el segundo Don Juan y fué conde de las montañas de Prades, el tercero Don Jaime y fué obispo de Tortosa y arzobispo de Valencia; fué su cuarta hija Leonor, con el tiempo reina de Chipre.

Retirado se hallaba en su baronía de Entenza, cuando perdió el infante á su esposa. Grande fué el dolor que sintió con esta pérdida, tan grande que sus deudos, sus amigos, sus servidores temieron perderle á él en pos de ella.

Desde aquel momento la melancolía empezó á roer aquella noble alma, la tristeza no le abandonaba un momento, la amargura le acompañaba siempre.

Los negocios públicos le reclamaron en vano.

Solo una vez, una vez sola, se le vió volver á presentarse en el teatro político.

Era el caso que se hallaba alborotada Cataluña con los sangrientos bandos entre el infante Don Ramon Berenguer, hermano de Don Pedro y el vizconde de Rocaberti; la lucha amenazaba prolongarse; Cataluña iba á sumirse en un lago de sangre y de horrores.

Aquel fué el momento que Don Pedro pareció escojer para presentarse por última vez en la arena de los combates, y no fué como guerrero, fué como mediador.

Lo que no habia podido contener el rey, lo que no habian logrado remediar las cortes, pudo apaciguarlo Don Pedro que, como un iris de paz y de bonanza, se presentó entre los dos bandos y á uno y á otro exijió cuenta en nombre de Dios de la sangre que impiamente derramaban.

Su mediacion y su gran autoridad bastaron. A su voz los combatientes depusieron sus armas.

Poco tiempo despues, la corte, el reino, el pueblo, todos oyeron con asombro circular la nueva de que el infante ya no pertenecia al mundo.

En efecto, acababa de trocar la espada por el cilicio, por el sayal la cota de malla, por el retiro de una celda el bullicio de un palacio.

Qué es lo que pudo motivar en él tan súbita determinacion?

Se ignora.

Las crónicas del convento de San Francisco han creido hallar sin embargo la verdad en un sueño que dicen haber tenido el infante y que no dudan en apellidar milagro.

He ahí lo que dice una de las mas autorizadas:

«Entre las muchas noches, una le tuvo al infante tan lloroso que derramaba muchas lágrimas y ofrecia á Dios sus votos y sus ruegos. Hallábase en el oratorio, y se sintió asaltado de un dulcísimo y profundo sueño. Habiéndose dormido, le pareció que se llenaba de luces celestiales el oratorio, y que entraba por la puerta el padre fray Bernardo Bruno ó Brú, de nacion catalan, ministro provincial de la provincia, á quien el infante conocia mucho, y entonces se hallaba en su convento de San Francisco de Barcelona. Parecíale que llegándose á él el provincial le decia apresurado:—Levantaos infante, y salid á recibir á vuestro tio fray Luis, que con otros santos religiosos de nuestra órden viene á visitaros.

«En las mismas quietudes del misterioso sueño, le pareció al infante que salió á la sala, que vió á su tio San Luis vestido de obispo, con la numerosa comitiva de religiosos santos, y que hincado de rodillas, le fué á besar los piés, y el santo le dió los brazos, y un ósculo en la mejilla, que le bañó en celestiales dulzuras el corazon.

«Entraron en el oratorio, y habiéndole declarado el santo obispo quién eran aquellos que le acompañaban, le dijo: — Sobrino carísimo mio, yo vengo de parte de Dios á confirmarte en tus buenos deseos y pensamientos de salir del mundo, para que logres con acierto tus desengaños. A estos de mi comitiva y á mí, nos puso su misericordia en la posesion de la felicidad, que miras escrita con rayos de luz eterna por el generoso desprecio que hicimos de las vanidades del mundo, por la pobreza evangélica que profesa la órden de San Francisco. Este es el camino que Dios te señala para el cielo.

«Dicho esto, y dándole segunda vez los brazos con el ósculo de paz, desapareció esta celestial vision, dejando lleno de glorias el espíritu del religioso infante.»

Así refieren el suceso los cándidos cronistas, añadiendo que al siguiente dia mandó á llamar el infante á Fray Bernardo Brú, y que llegado este á su castillo, le contó el sueño. Fray Bernardo le dijo que en ello estaba claramente

manifiesta la voluntad de Dios, y en seguida pasando á repartir sus bienes entre sus hijos, el infante tomó con gran secreto el hábito en el convento de Barcelona.

Sea la del sueño, que no merece por cierto todas las probabilidades, sea otra cualquiera la causa, lo cierto es que en 1358 el infante Don Pedro entraba á formar parte de la comunidad de San Francisco de Asis de Barcelona.

Si elogios mereció en el mundo, no menores los mereció en el claustro.

Digno y santo religioso, empezó su vida en obras piadosas, y bajo el púlpito en el que muy á menudo se presentaba, veia agruparse solícita la gente, deseosa de oir resbalar de sus labios las dulces reglas de las santas verdades.

Los reyes hicieron gran caso de él, le consultaban, le pedian el apoyo de sus luces y consejos, y el pobre Franciscano pisó mas de una vez, para llevar la paz y la calma á las agitadas cortes, las alfombras de los palacios mismos qué cubierto le vieran un dia de hierro ó de galas y que entonces le contemplaban con su modesto sayal y sus humildes sandalias.

El ~~Monge~~ del convento de Barcelona vióse llamado á las mas altas dignidades de la Iglesia, todo lo rehusó, todo lo dimitió. Un sayal y una celda le bastaban. En vano los reyes quisieron obsequiarle, en vano el papa trató de enaltecerle con eclesiásticos títulos.

—Un título solo me basta, —decia el antiguo infante.

— Y ese título? — le preguntaron un dia.

—Es el de siervo de Dios —contestó modestamente.

Cuando murió Gregorio XI, todos saben el cisma que se declaró en la Iglesia. Urbano y Clemente se disputaban la tiara.

Alemania, Inglaterra, Ungría é Italia, menos Doña Juana de Nápoles, se declararon por Urbano. Clemente tuvo en su favor á España, Francia y Escocia.

Los Franciscanos todos se alinearon junto al primero, y Fray Pedro de Aragon escribió una carta á Cárlos V de Francia y á otros príncipes, para que obedeciesen al verdadero pontífice y sucesor legítimo de San Pedro. Deciales en esta carta como le habia sido revelado por celeste vision, que el papa Urbano VI habia sido canónicamente electo en el conclave de Roma, y que caeria la ira del cielo sobre aquellos que no quisiesen respetarle como vicario de Cristo.

Aquí es donde los crédulos cronistas se unen todos en coro para ensalzar á Fray Pedro de Aragon, haciendo notar la verdad de su revelacion, pues que todos los reyes, reinas y príncipes que no hicieron caso de su carta, murieron, dicen, de mala muerte ó con señales terribles les mostró el cielo sus iras.

Uno de los mas autorizados cronistas se espresa así:

« La reina Juana de Nápoles, que fué la primera protectora del cisma, hizo una muerte tan desastrada que se horroriza la pluma al contarla. Cárlos rey de Nápoles, torpemente ingrato y bárbaramente enemigo del papa Urbano, murió violentamente en una conspiracion en Ungría. El rey Cárlos V de Francia murió á quince dias despues que recibió y no obedeció la carta de su tio Fray Pedro. El rey Don Juan I de Castilla murió en Alcalá de Henares precipitado de un caballo. Su hijo y sucesor Don Enrique III vivió enfermizo dejando nombre de *el doliente* y murió á 26 años. El rey Don Juan I de Aragon murió violentamente en la caza. Cumplióse con los reyes la amenaza, porque no admitieron el aviso y amonestaciones del santo Fray Pedro.»

Así habla un historiador de la órden, creyendo ciegamente provenidos todos estos daños de no haber seguido los consejos del religioso infante.

Llególe á Fray Pedro la hora de su muerte hallándose en Gandía. Conoció que sus últimos momentos se acercaban y por lo mismo se hizo transportar á Valencia donde tuvo la muerte del justo.

Tenia entonces setenta y seis años y veinte y dos de fraile. Murió en 1380 y fué enterrado en el convento de San Francisco de Valencia. Sus restos estaban con veneracion y en magnífico sepulcro, en la capilla de la noble casa de Cardona, marqueses de Guadaleste y almirantes de Aragon.

Digna de respeto es su memoria como dignas fueron de veneracion sus virtudes.

Vivió en la religion tan pobre como si nada hubiera poseido en el mundo; y tan humilde como si no hubiera nacido tan noble. Olvidóse enteramente de lo que habia sido, acordándose solo que era religioso de San Francisco para la observancia de la regla, para la desnudez, para la penitencia, para el buen ejemplo y para la mortificacion; pacificó los reyes y los reinos; predicó en Chipre, en Francia y en Italia; no tuvo en la órden ningun empleo y veinte y dos años permaneció en ella obedeciendo.

Tal fué Fray Pedro de Aragon.

VI.

ESPOSA, MADRE Y SANTA.

HISTORIA DE DOÑA LEONOR DE ARAGON, REINA DE CHIPRE.

Dos años hacia apenas que habia entrado en la religion el infante Don Pedro dejando encomendada su hija Leonor á su primo hermano el rey Don Pedro IV, cuando la jóven se vió solicitada por el rey de Chipre que pidió su mano para el heredero de aquel trono.

Concluidos los oficios de las embajadas, y ajustadas todas las cosas con la conclusion de los tratados, partió Leonor de Barcelona con gran comitiva éntre la cual se contaba un jóven paje descendiente de la casa de Entenza, paje favorito de la hermosa doncella y al que habia prometido amparar en su horfandad.

Llamábase Hugo de Entenza y en su tierna edad revelaba ya todas las virtudes hereditarias en su estirpe. Era osado, valiente, galan, de ánimo resuelto, de corazon franco. Se hacia amar de todos los que le rodeaban y Doña Leonor en particular le profesaba gran cariño, pero una especie de cariño maternal.

Llegó la doncella á Chipre y en su capital Nicosia dió la mano al jóven Pedro, heredero de la corona de Chipre y Jerusalen.

Hermosa era Doña Leonor, hermosa y de un alma que encerraba como un santuario todas las virtudes. Cautivose por completo el amor del príncipe su marido, y logró con su influencia refrenar los ímpetus furiosos de su valiente espíritu de mozo, haciéndole de genio afable, de honestas costumbres, de ge-

nerosos pensamientos, amado de su padre, unido con sus hermanos y querido de todos.

Tan satisfecho quedó el rey de Chipre al ver contenidas las travesuras á que antes sin discrecion se entregara el príncipe, y de tal modo quedó contento del juicio y prudencia que mostraba, que hallándose cargado de años y fatigas, pasó voluntariamente á sus sienes la corona de Chipre y Jerusalen.

Desde aquel momento, un odio á muerte quedó jurado á la reina Doña Leonor por Don Juan su cuñado.

Era que este abrigaba esperanzas de ceñir la corona, vistos los desórdenes á que de contínuo se entregaba Don Pedro y creido que llegaria á hacerse aborrecible á su padre, pero al cambiar el afecto y las virtudes de su esposa tan completamente su caracter, al ver ya efectuada la ceremonia de la coronacion, Don Juan juró un odio mortal á la muger que tan inocentemente habia conspirado para desvanecer sus ambiciosos castillos en el aire.

Al coronarse rey Don Pedro, juró aplicar todas sus fuerzas y solicitar los ausilios del papa y de los príncipes cristianos, para sacar de la tierra santa á los turcos y judíos y restituir al gremio católico y posesion de los fieles aquellos santos lugares que tanto tiempo habian estado en poder de los enemigos.

En seguida de este juramento, el rey armó caballeros á sus dos hermanos y dió á Don Juan el principado de Galilea y á Don Jacobo el de senescal de Chipre, sin conocer, ay! que fué lo mismo que tenerles mas favorecidos para hacerles mas ingratos.

Durante los primeros años de su reinado, los dos esposos vivieron felices cifrando toda su dicha en el hijo que Dios acababa de darles y al que llamaron Pedro como á su padre. Impelido luego por los consejos de su esposa, empezó á idear el rey altas empresas: armó cincuenta galeras y doce fustas, con algunas catalanas y otras de Rodas, y se echó de improviso sobre la fuerte ciudad de Sertalia y haciéndose dueño de ella, prosiguió las conquistas por las ciudades de Caramania, de Mónaguti, de Escandeloro, asombrando al Egipto con la toma de Alejandría donde se hizo fuerte.

Aunque todos sus capitanes le persuadian que no cortase el hilo de sus victorias, sino que siguiese en sus empresas, pareciole á Don Pedro mas conveniente para sus altos designios ir á Aviñon, ganar al rey de Francia, asegurarse con su pariente el rey de Aragon, conocer al de Inglaterra y proponer despues al papa la conquista de la tierra santa, que era el empeño primero de su valor, de su obligacion y de su cristiandad.

Dejemos al valeroso rey en estas empresas y echemos una ojeada sobre su

corte, cuyo gobierno habia quedado á cargo de Doña Leonor, reina la mas querida y amada de sus pueblos por sus virtudes, su justicia y su clemencia.

Entre los caballeros que mas fama tenian en Nicosia como valientes y como galanes, era sin disputa uno de ellos el paje de la reina, Hugo de Entenza que á medida que habia ido creciendo en edad, habia crecido en gallardía, en bravura, en entereza de corazon.

Las damas le sonreian, los caballeros le envidiaban; en todo acto de nobleza era el primero, en toda escena de valor el mas osado.

Tenia á la sazon veinte años y siempre se le hallaba pronto á cantar una trova bajo las ventanas de una bella ó á desnudar la espada por la honra de una dama.

Sin embargo, por travieso, por loco, por aturdido que fuera, no habia olvidado lo que debia á la reina Doña Leonor que amparara su horfandad en Cataluña. Guardábala una gratitud mezclada con un respeto profundo. Se hubiera hecho matar á sus piés por defenderla.

Ahora bien, vivia en la corte al mismo tiempo, una muger de noble origen pero de equívocas costumbres. Doña Juana, viuda del señor de Guálveri, era una dama hermosa todavía, no obstante haber perdido su belleza esa frescura y espontaneidad, si así puede decirse, de la primera juventud. Sin embargo, muger esperta y hábil, se habia empeñado en conservar el cetro de la hermosura á fuerza de recursos femeniles y conseguíalo por completo ayudada del poder del arte y de la astucia de su sexo.

Nadie como ella sabia vestir con tanta elegancia ni escojer con tanto gusto los colores que mejor sentaban á su traje, nadie como ella sabia verter en una sonrisa todo un mundo de hechizos y derramar en una postura todo un tesoro de atractivos; nadie como ella sabia con una palabra hacer brotar un torrente de ilusiones de un alma entusiasta, y con una mirada contar uno á uno los pliegues de un corazon.

La mitad de los caballeros de la corte habia caido á sus piés. Los jóvenes mas nobles, mas ricos, mas galantes visitaban su casa donde la mayor parte de las noches ofrecia espléndidas fiestas que tenian casi el caracter de una orjia.

El poco recato, la poca honestidad de aquella dama llegó á noticia de la reina que tuvo intenciones de reprimir sus licenciosas costumbres con un destierro. Impidióselo sin embargo su bondad natural y el temor de no disgustar á su cuñado el infante Don Juan, que se decia ser uno de los amantes mas rendidos de la de Guálveri.

En esto el triunfante carro de Doña Juana arrastró un dia tras si al joven

Hugo de Entenza. El noble doncel habia resistido hasta entonces á todos los ataques de la coquetería de aquella muger, á todas las miradas lánguidas que sus ojos habian lanzado, á todas las sonrisas diabólicas con que habia querido seducirle. Por fin, le fué imposible resistir por mas tiempo y cayó como otros tantos á sus piés, proporcionándola uno de sus mas bellos y halagadores triunfos.

Desde aquel momento, como si la sirena le hubiese hechizado, Hugo fué uno de los mas asiduos huéspedes de sus salones y de sus orjías. Olvidó por ella sus deberes, y no tardó en notar la reina el cambio que empezaba á introducirse en el corazon del jóven. Temió por él, temió que se disipara al hálito envenenado de aquella muger toda la haz de virtudes del corazon de Hugo, como se disipan los perfumes de un ramillete puesto al aire fresco de la noche, y decidió entonces lo que en vano habia querido decidir antes.

Envió un mensajero á Doña Juana de Guálveri y le dijo que si no corregia la deshonestidad de sus costumbres, se veria en el sensible caso de castigarla con ponerla en el convento de Santa Clara de Nicosia.

Cuando el mensajero de la reina cumplió con esta mision cerca de Doña Juana, esta dió un salto como si la hubiese mordido un áspid.

Pálida de furor, rujiendo de cólera, se dirijió al palacio del infante Don Juan, su predilecto amante, á quien entre lloros y sollozos, entre ayes y lamentos, dió cuenta de la embajada que habia recibido.

El príncipe de Galilea la dejó tranquilamente acabar.

—Y bien?—la dijo cuando hubo concluido.

—Y bien?—preguntó Doña Juana.

—La reina Doña Leonor—dijo el príncipe con cierta espresion de sarcasmo que se traslucia en el mismo respeto que parecian tener sus palabras—es de ánimo esforzado. Cumplirá lo prometido, y creedlo, sino ve en vos una pronta enmienda, no tardará en haceros sentir el peso de su castigo.

Doña Juana levantó sus ojos admirada de aquellas palabras y los fijó en el príncipe. Algo debió leer en él que estaba en contradiccion con lo que de hablar acababa, pues que se lanzó á responder:

—Castigarme á mí!.. á mí!... ella! una intrigante!

—Es la reina,—dijo don Juan con irónica gravedad.

—Una reina hipócrita,—prosiguió la de Guálveri con rencorosa furia,—una gazmoña envidiosa y nada mas.

Don Juan se sonrió.

—Oh!—continuó la cortesana pasando de la furia á una calma aparente,—yo me vengaré!

Don Juan volvió á sonreirse.

—Me vengaré, os lo repito. Me ha herido con su embajada en mitad del corazon. Ha querido pisarme esa orgullosa muger como á un reptil miserable. Y bien, los reptiles muerden.

Don Juan se encogió de hombros.

La de Guálveri se arrojó en un sitial tomando una de sus mas estudiadas y seductoras posturas. Permaneció breves instantes en silencio. Don Juan la cubria con su mirada, mientras ella, entregada á un pensamiento enmarañado cuyos hilos pugnaba por cojer, movia su cabeza con aire el mas impregnado de coquetería, como balancea una flor su capullo al soplo de una tibia y perfumada brisa.

Repentinamente una especie de sonrisa de triunfo se dibujó en los labios de la cortesana, sonrisa que hacia el mas bello contraste con las lágrimas pasadas que aun temblaban como menudas perlas en sus ojos, y volviéndose hácia Don Juan,

—Príncipe mio,—le dijo con dulce voz,— quereis que os cuente una historia?

Miróla el príncipe sorprendido.

—Una historia! —murmuró.

—Interesante, y corta sobre todo.

—Como gusteis.

—Oid pues. Habia en un reino lejos, muy lejos de aqui,—y decia esto Doña Juana con su voz mas dulce y con una especie de mimo en el tono,— un rey cuyo nombre se me ha olvidado. Este rey habia tenido que ausentarse por asuntos de estado y habia dejado el gobierno en manos de su esposa, que era una verdadera intrigante, una gazmoña completa, en una palabra una hipócrita.

—Seria como esa otra reina de quien hablabais hace poco, — interrumpió Don Juan sonriéndose.

—Precisamente.

—Continuad. Tiene la historia un principio interesante.

—Oh! ahora vereis. El rey tenia un hermano, un hombre de valor, de corazon, de energía, un hombre que reunia mejor que él todas las cualidades que necesita y debe tener el que se sienta en un trono. Este hermano vió que los asuntos del reino se empeoraban, que el gobierno de una muger no hacia mas que descontentos, que la ausencia del rey destruia la felicidad de sus súbditos, y decidió remediar todo el cúmulo de males que iban á caer sobre el es-

tado poco antes tan floreciente. En su consecuencia, empezó por quitar la más cara á la reina. Hizo ver al monarca que su esposa era una adúltera, y que el hijo que le habia dado era el hijo de un antiguo amante. El rey tuvo que convencerse ante las pruebas.

—Ah!—dijo Don Juan interrumpiéndola,—el hermano le presentó pruebas?

—Sí, le presentó pruebas.

—Y que hizo el rey?

—El rey repudió á la esposa, arrojó de su lado al hijo, y vivió feliz, dichoso y envidiado hasta su muerte.

—Ah! el rey murió?

—Y á su fallecimiento el hermano...

—El hermano?

—Ocupó como legítimo heredero el trono.

—Y no dice mas vuestra historia?—preguntó el príncipe con fina sonrisa.

—No dice mas.

—Pues si yo no me engaño,—continuó Don Juan,—en mi juventud me parece haber oido contar esta misma historia, pero tenia, salvo error, ciertos detalles que creo habeis vos olvidado.

—Tenia ciertos detalles, decís?—preguntó la cortesana fijando en el príncipe una mirada limpia y clara.

—Sí. Por ejemplo: habia en la corte de aquella reina hipócrita de quien habeis hablado, una muger, una gran dama hermosa, encantadora, seductora, como vos en este momento, Doña Juana...

La de Guálveri se sonrió picarescamente.

—Y esta dama que amaba con pasion al hermano del rey, que le pagaba con igual ternura, fué la que proporcionó al dicho hermano las pruebas con que este desmostró al monarca la hipocresía é infidelidad de su esposa.

—Ah! dijo con cariñoso acento Doña Juana,—vos creeis que fué la dama de la corte quien dió las pruebas al hermano?

—Estoy seguro. Y aun mas, recuerdo que, segun la historia, al ocupar el trono el hermano, dió á esa dama una ciudad entera del reino con obligacion á todos sus habitantes de prestarla vasallaje y rendirla tributos como á su soberana.

—Bien podria ser,—dijo sonriendo la cortesana,—y acaso haya yo olvidado esta circunstancia.

—Oh! sí, no os quede duda, la habeis olvidado.

—Será así, y os pido perdon por el olvido.

— Perdonada estais.

Doña Juana se levantó y se dispuso á marcharse.

— Adios, príncipe mio, — le dijo, — y si por acaso sabeis algun hermano como el de mi cuento, decidle que no le han de falta pruebas á la dama cuando vaya á pedir su gracia.

El príncipe besó la mano de Doña Juana sin decir nada y la acompañó hasta la puerta.

Todo aquel dia la de Guálveri lo pasó entregado á meditaciones continuas, como si cobijara un pensamiento que se le escapaba, como si urdiera un plan difícil de combinar por ser de tejido enmarañado. Por la noche, sus doncellas, mientras la vestian para la fiesta que daba en su palacio, no pudieron menos de notar la frente pensativa de su ama y de estrañar en ella la ausencia de su natural alegría.

Sin embargo, risueña como siempre se presentó Doña Juana á sus huéspedes y sentose con ellos á la mesa en que habia profusion de vinos y manjares.

Reinó como todas las noches el bullicio mas franco y mas aturdidor; los vinos pasaron de mano en mano; las copas se vieron tan pronto henchidas como vacías; los labios dieron paso á sonoras carcajadas.

No se sabe como fué, pero es el caso que en un momento en que la conversacion se habia hecho general, ocurriósele á un joven caballero de Nicosia, descendiente de una de las mas ilustres familias, á Leoncio de Rocas, decir con el vaso en la mano:

— Nobles caballeros, vamos á brindar por las damas mas virtuosas de la corte, por las bellezas mas salvajes de Chipre.

La proposicion fué acojida con entusiasmo.

— Sí, sí! — gritaron de todas partes levantándose veinte vasos para contestar á aquel sarcástico brindis.

— Vamos por partes, — prosiguió Leoncio, — iremos citándolas una á una, y aquel que tenga algo que oponer contra la virtud de la nombrada, dígalo antes de que el vaso se acerque á nuestros labios y prometemos guardarle el secreto.

Las mas estrepitosas carcajadas contestaron.

— Sí, le guardaremos el secreto entre todos.

— Pues entonces, allá va la primera, — gritó Leoncio, — A la reina!

Y levantó el vaso.

Algunos, no todos, le contestaron.

— Retirad el brindis si quereis creerme, señor Leoncio de Rocas — gritó

una voz. — En una orjía es un sacrilegio arrojar para que ruede entre las burlas el nombre de la reina.

—Quién dice que retire el brindis? —preguntó Leoncio con cierta altanería.

—Yo, Hugo de Entenza, —dijo el jóven paje levantándose.

—Y porqué, si os place, caballero?

—Porque á ese brindis va unida una mofa y yo no permito que en mi presencia nadie se mofe impunemente de la reina.

— Ola! esclamó entonces la voz de Juana de Guálveri, — el caballero Hugo de Entenza se proclama el defensor de la soberana.

— Lo he sido siempre, señora, —dijo Hugo resueltamente.

—Pues tiene un defensor bien jóven y bien gallardo! —dijo con ironía y con una intelijente sonrisa Doña Juana.

—Señora! —murmuró el de Entenza conociendo que la sangre que afluia á su corazon le iba á poner fuera de sí como continuase bajo aquel pié la conversacion.»

—Permitidme, Juana —dijo entonces Leoncio de Rocas con todo aquel sangriento sarcasmo de un alma gastada, —puede que el caballero de Entenza, mirando á lo pactado, tenga algo que oponer á la virtud de la reina. Manifiéstelo, cite un amante, y entonces retiraremos el brindis.

Hugo de Entenza se volvió como un leon al oir aquellas melífluas palabras en que iba envuelta tan amarga ironía, y murmuró por única contestacion:

— Miserable!

Al mismo tiempo su guante lanzado por una mano furiosa iba á dar de lleno en el rostro de Leoncio de Rocas.

Tan terrible insulto le hizo á este dar un salto y poner mano á la espada, accion que imitó el joven de Entenza.

Inmediatamente los convidados se apresuraron á interponerse, procurando calmarlos.

Sin embargo, las cosas habian adelantado demasiado para que se pudiera retroceder buenamente.

Leoncio de Rocas se dirijió hácia la puerta, tras él se fué el de Entenza y tras del de Entenza la mayor parte de los convidados, mientras qué en la sala del festin quedábanse algunos hablando con Doña Juana, haciendo estraños comentarios sobre la ocurrencia y contestando con medias palabras á las observaciones de la de Guálveri que maliciosamente les hacia notar el calor con que habia tomado el joven Hugo la defensa de la reina.

En el interin los otros convidados se habian dirijido á la calle, arrancando algunos, al atravesar el vestíbulo, las antorchas de manos de los tres criados que estaban al pié de la escalera alumbrando.

Dieron todos juntos algunos pasos por la calle, y al llegar junto á la tapia del jardin de Doña Juana, Leoncio de Rocas, parándose el primero, se volvió y dijo:

—Aquí!

En seguida desnudó la espada. No habia acabado aun de abandonar la vaina, cuando ya Entenza mostraba la suya en su mano.

Los demas compañeros de orjía, conociendo que ya toda reflexion seria inútil, se contentaron con el papel de simples espectadores.

Acercaron las antorchas que siniestramente brillaban y el combate empezó.

Fué corto. Los aceros se encontraron, resbalaron, dejaron oir su metálico choque. Un momento despues, Leoncio de Rocas caia atravesado el corazon de una estocada.

Aquella misma noche, á hora ya muy adelantada, un mensajero de toda confianza depositaba en manos del príncipe de Galilea esta carta.

«Príncipe mio:

«Os acordais de la historia de esta mañana?

«Pues bien, he ahí lo sucedido esta noche.

«Cenando tranquilamente nos hallábamos en mi casa, cuando al noble jóven Leoncio de Rocas se le ha ocurrido proponer un brindis á la reina. Hugo de Entenza, cuya intimidad con la reina, como sabeis, es conocida de toda la corte, se ha figurado ver en este brindis un insulto, y, sin que viniera al caso, ha llenado de denuestos al de Rocas.

«Este, naturalmente irritado, ha respondido con espresiones entre las cuales se ha oido claramente la de *amante de la reina*, señalando á Entenza. Hugo, como si temiera que sus revelaciones fueran mas lejos, ha arrojado su guante al rostro de Leoncio, guante que ha sido recojido en el acto. Todos los amigos se han entonces interpuesto; el de Rocas, exasperado y con el calor natural al hombre que tiene razon, ha hablado de la amistad de Hugo con la reina aun antes de casarse esta, ha hecho notar ciertas circunstancias que habian pasado desapercibidas, y decia no se qué á punto fijo sobre el nacimiento del hijo del rey, cuando Entenza cojiéndole de una mano le ha arrastrado fuera de la sala y de la casa, llevándoselo ante las tapias de mi jardin donde, despues de un rápido combate, le ha muerto de una estocada diciéndole al verle caer —Ya te callarás ahora.

«Tal es, príncipe mio, la relacion de lo que ha pasado en presencia de muchos nobles que como yo os lo referirán.

«Vuestra amantísima

JUANA.»

No mentia en verdad la de Guálveri cuando decia que muchos nobles referirian la relacion como ella. En efecto, tal era el giro que la intrigante cortesana habia sabido dar á la ocurrencia, y con tal ingenio y astucia habia ido haciendo las observaciones, con tal maña fué imponiendo las palabras que decia haber oido salir de los labios de Leoncio de Rocas, que muchos juraban con ella haberlas oido tambien, y que dos horas despues del lance, todos estaban persuadidos de que la causa habia sido la reina, cuyo amante era Hugo y cuyo secreto amor habia descubierto Leoncio.

Al siguiente dia, no se hablaba de otra cosa en la corte, y el honor de la reina iba á mal traer de boca en boca.

La reina era sin embargo la única que nada sabia de lo ocurrido.

Diéronse tan buena maña el príncipe Don Juan y la de Guálveri en propalar lo del lance, en contar, aumentándolos, todos los detalles, que no faltó un cortesano, vil adulador del príncipe, que escribió al rey Don Pedro, mostrándose celoso de su honor, y refiriéndole cuanto corria en Nicosia tocante á la reina su muger.

Recibió el rey esta carta como un dardo en mitad del corazon. Abandonó sus empresas, sacrificó sus esperanzas, y dió inmediatamente la vuelta para Chipre, presentándose inopinadamente en la corte.

Recibióle Leonor con lágrimas de ternura y tuvo Don Pedro que disimular recibiendo sus abrazos sin dejar traslucir todo el abismo de congojas, todo el caos de confusiones que llevaba en su pecho. En seguida, llamando á los ministros de su corona, prudentes y sabios varones á cuya custodia habia confiado la reina, dióles á leer la carta que recibiera, y les encargó que brevemente se informaran de cuanto pasaba, dejando á su arbitrio lo que con la reina se habia de ejecutar.

Los ministros buscaron, interrogaron, rastrearon y se convencieron de la falsedad de la carta. Resolvieron pues serenar el ánimo del rey con razones, de modo que ni rastro de sospechas pudiese quedar en su imaginacion de tan feo delito, protestar de la honestidad de la reina con su misma virtud, y condenar á infame muerte al acusador.

Todo se hizo así. Don Pedro quedó satisfecho, y el noble que tan vilmente

habia osado al honor de la reina, fué llevado al castillo de Cerines donde se le dejó morir de hambre y de sed en una oscura prision. En cuanto á Doña Juana de Guálveri fué desterrada de la corte.

Al quedar convencido el rey de la inocencia de su amante esposa, todo le parecia poco para lavar la sospecha que momentáneamente le habia hecho concebir la duda, y á fuerza de cariño, hízose tirano.

Tirano, sí, cruel tirano.

Los tormentos que su corazon habia sufrido, los celos rabiosos que habia esperimentado, las dudas horribles que habia cobijado, todo quiso hacerlo pagar con creces á los que de ello habian tenido la culpa, y su espíritu se bañó voluptuosamente en los deseos de la mas terrible venganza.

—Los nobles de Chipre, —decia rechinando los dientes,—han osado contra el limpio honor de mi esposa. Oh! yo quisiera que esos nobles tuvieran una sola garganta, como dé los romanos lo deseaba Calígula, para cortar todas las cabezas de un solo tajo.

A todo esto, la reina, la noble y virtuosa reina, ignorante de todo, permanecia en el interior de su palacio ocupada en la educacion de su hijo Pedro, al que desde niño guiaba ya por el sendero de la virtud por donde mas tarde queria encaminar sus pasos.

Un rabioso espíritu de venganza parecia haberse apoderado del monarca; era un vértigo. De todos los nobles que habian atentado contra la honra de su esposa, á los unos los desterraba, á los otros los encerraba en un castillo, á algunos los mandaba decapitar en secreto.

Con esto, empezó á circular la voz de que el rey Don Pedro atropellaba con la vida y la honra de los nobles; que no estaban seguras de su antojo sus hijas y sus mugeres; que fuera de estar dominado por el dictamen de la reina su esposa, le habia revestido sus crueles venganzas y atrocidades; y que era conveniente al bien comun que el rey muriese porque de otra manera no podian vivir ellos.

Todas estas ideas ya se comprenderá quien trataba de injerirlas.

Era en efecto Don Juan. De su palacio, como un santo y seña, salian todas las noticias que propalarse debian por la ciudad de boca en boca.

Corrió en este tiempo otro rumor, reconociendo el mismo orijen que los otros, y fué que el rey disponia un espléndido y majestuoso banquete en el castillo de la ciudad, donde habian de concurrir todos los grandes y poderosos del reino, y que en él se trataba de degollar á los postres á todos los convidados.

Nadie dudó de esta crueldad, acaso porque eran muchos los que debian temer.

Así pues, todos los principales se reunieron en el silencio de la noche en el palacio del príncipe de Galilea, y alli decidióse dar muerte al soberano. Trazose el plan, escojiose el momento, y quedó todo arreglado.

Pocos dias despues, los conspiradores penetraban armados en palacio á la hora de corte, y al abrirse la puerta del gabinete del rey para que el paje le anunciara á todos los nobles reunidos, estos se precipitaron en tropel en la real cámara y cayendo juntos sobre el indefenso Don Pedro, diéronle tres estocadas dejándole sin vida.

Tan pronto como se supo la infausta y alevosa muerte del rey, conmovióse contra los nobles la ciudad toda, pero el príncipe Don Juan, que ganado tenia el ejército, se hizo titular en el acto gobernador del reino, y desplegando un imponente aparato militar hizo que forzosamente se calmaran los ánimos.

Don Juan, cuando hubo á duras penas calmado el tumulto que hervia, intentó, pero no se atrevió á coronarse. Temió la cólera del pueblo si alargaba su mano para robar de las sienes de un niño la corona que le pertenecia de derecho.

Guardó pues para mejor ocasion su deseo y no quiso desplegar en todo su vuelo la ambicion que le roia.

Contentóse con el título de gobernador por el pronto.

Quién, durante su gobierno, puede atreverse á describir el cuadro de desolacion y de amargura que presentó la historia de la reina?

Pobre muger! pobre santa muger! Rodeada de algunos fieles servidores, que se partian las horas para no abandonarla ni un solo instante, estaba entregada á una congoja tan mortal como continua, temiendo por su hijo, por el pedazo de su corazon al que podian asesinar como habian hecho con su padre.

Las horas pasaban para ella preñadas de zozóbra. Retirada en el fondo de su palacio, sin perder de vista ni un instante á su hijo, creyendo á cada zumbido del viento, á cada puerta que se abria, á cada paso que se acercaba, que eran los verdugos que venian para apoderarse del heredero del trono, la infeliz muger, la desgraciada reina contaba por las lágrimas que vertia los momentos de vida que pasaba.

Era un atroz, un horrible, un insoportable martirio. Vivia penando, moria viviendo.

Mientras tanto, todo en la corte era lujo, gala, bullicio, animacion, escándalo. Doña Juana de Guálveri, llamada á su lado por el príncipe, era heroina en todas las fiestas, y la cortesana era la verdadera reina de Chipre.

Apenas, sí, entre tanta danza, tanto sarao y tanta orjía, se acordaba nadie de la reina.

Esta, que todo lo temia, que todo debia temerlo por su hijo; ella, á quien la sombra ensangrentada de su marido podia presentarse á demandarle cuenta del porvenir del jóven heredero de la corona, llamó un dia á su mas leal y mas constante defensor, á Hugo de Entenza, el mismo que se habia escojido como medio en una noche de orjía para motivar las calumnias contra la reina.

—Hugo, —le dijo Doña Leonor derramando crueles lágrimas, —Hugo, eres mi constante amigo, no es verdad?

—Y me lo preguntais, señora? Dia y noche no velo yo á vuestro lado? No me veis por la noche dormir en el duro suelo atravesado ante la puerta de vuestra cámara, para que nadie pueda entrar sin pisarme? No me teneis de dia, siempre á cuatro pasos de vos, dispuesto á lanzarme contra cualquiera que se os atreva de obra ó de palabra?

—Sí, y te doy las gracias, Hugo, te las doy por mí y por mi hijo, ese pobre huérfano al que acaso arrebaten el trono de sus abuelos los asesinos de su padre. Te las doy con tanto mas ahinco, cuanto que te necesito ahora.

—Disponed de mí.

La reina se quedó un instante meditabunda.

—Hugo, amigo mio, es mucho lo que voy á pedirte.

—Señora, disponed de mí, os repito.

—Es que es acaso el.....

Y Doña Leonor se interrumpió. Miróla el jóven.

—El sacrificio de tu vida, —continuó.

—Cuándo habeis visto, señora, á un Entenza retroceder en el camino de la lealtad? El dar por vos la vida, reina mia, no es un sacrificio, es un deber.

—Gracias de nuevo, Hugo! Oye pues. He escrito unos pliegos para el sumo pontífice Gregorio XI, para mi padre el infante Fray Pedro, y para mi primo el rey Don Pedro de Aragon. A todos manifiesto la situacion congojosa y apurada en que me encuentro, á todos pido proteccion, no para mí, sino para mi hijo cuya tierna vida peligra mientras esté su tio apoderado de las riendas del estado y sometido á los consejos de los infames que le rodean. Necesito un hombre de confianza, de valor, un hombre dispuesto á todo que se encargue de llevar secretamente estos pliegos á su destino. Quieres ser tú ese hombre?

—Señora, demasiada honra me haceis en elejirme. Dadme los pliegos, que, ó yo moriré ó ellos llegarán.

La reina estrechó con efusion la mano de Hugo.

— Y si te prenden? — dijo.

— No me encontrarán los papeles.

— Qué harás pues de éllos?

— Me los comeré.

La reina entró en su gabinete y le dió los pliegos.

Al dia siguiente partia el valeroso de Entenza.

Como llegó á noticia del príncipe Don Juan? no se sabe, pero es el caso que supo la partida de Hugo, que no le quedó duda de que era el jóven portador de unas cartas que le habia entregado la reina.

Dió pues órdenes en su consecuencia, y el jóven caballero catalan fué preso en el mismo instante en que se iba á embarcar en Famagusta para Aviñon.

Conoció al momento que estaba vendido, y aprovechando un momento de distraccion en sus guardias, rompió con los dientes los pliegos y se los tragó, fiel á la promesa que á Doña Leonor hiciera.

Se le trasladó á Nicosia.

Encerrósele allí en una oscura prision, á la cual se dignó bajar al dia siguiente el mismo príncipe de Galilea en persona.

— Hugo de Entenza, — dijo Don Juan adelantándose fija su torva mirada en el preso, — voy á interrogarte; no mientas.

— Un Entenza jamás ha mentido, — contestó el prisionero con desprecio.

— Cuando se te ha puesto preso en Famagusta, á donde ibas?

— A Aviñon.

— A qué?

— A ver al papa.

— Con que objeto?

— Con el de entregarle un pliego.

— Quien te habia dado este pliego?

— Esto es lo que no os diré.

— Hugo!

— No os lo diré, repito.

— Bien, no riñamos por esto. Te lo habia dado la reina, ya lo sé. Donde tienes ese pliego?

— Me lo he comido.

Don Juan miró al prisionero. En seguida, dirijiéndose á él con cariñoso acento:

— Hugo, — le dijo, — dame ese pliego y pídeme lo que quieras.

— Repito que me lo he comido.

— Dime al menos lo que en él decia la reina.

— No lo sé.

— Dímelo, Hugo, te daré en cambio riquezas, honores...

— No lo sé. Y no os empeñeis, que todo será en vano. Ni una palabra mas me arrancareis. He dicho todo lo que sabia y podia. Hacedme matar, pero no diré nada mas.

Don Juan crispó sus puños de cólera.

— Te lo hará decir el tormento, — esclamó.

— Le desafío, — dijo el noble jóven.

Aquella misma noche Hugo de Entenza era puesto en el tormento. En vano le torturaron, en vano le destrozaron y martirizaron. Ni un ay! salió de sus labios.

Tres dias despues, volvia el jóven á sufrir el tormento, y lo volvia á sufrir con el mismo valor, con la misma decision, con la misma entereza, con el mismo silencio.

Furioso el príncipe Don Juan, le condenó á muerte.

Hugo de Entenza subió al cadalso sin desplegar los labios, y murió arrojando una mirada á las ventanas de la reina, ante las cuales, para mayor escarnio de ella, se habia levantado el tablado.

Murió como héroe, murió como mártir!

Sin su leal y constante defensor, la situacion de la reina se hizo mas crítica, mas comprometida; la situacion de la madre se hizo mas triste, mas dolorosa.

No obstante, sin que la pobre Doña Leonor diese de ello noticia, en toda Europa se supo al momento su angustiosa posicion, y al saberla, el primero que pasó á Chipre, fué el humilde franciscano fray Pedro de Aragon.

Al hallarse en brazos de su padre, la reina se creyó salva. Tanto habia rogado al cielo que el cielo la habia atendido.

Contóle sus pasados sufrimientos, sus horas de insomnio y de amargura, sus momentos de llanto y desesperacion, díjole todo el siglo de torturas que habia sufrido en tan corto tiempo.

Fray Pedro admiró su valor heroico, su resignacion constante, su abnegacion sublime; fortalecióla, dióla consejos, dióla esperanzas.

En efecto el partido de Don Juan iba debilitándose entre los nobles y robusteciase el de la reina.

La tiranía del príncipe les era á todos insoportable, la resignacion angélica con que Doña Leonor soportaba sus sufrimientos les era á todos simpática.

En esto, los reyes de varias naciones enviaron embajadores é interpusieron su autoridad en los asuntos de Chipre.

El niño Pedro, hijo del asesinado monarca, habia cumplido catorce años, y el momento era llegado de que ciñera sus sienes la diadema.

Don Juan no pudo oponerse, tuvo que ceder.

Celebrose la coronacion del jóven rey en Nicosia y en 1371, con gran aplauso y con majestuosa pompa.

Pocos dias despues, el príncipe Don Juan, que acababa de recibir la orden de destierro, moria á manos de una turba que se precipitó en su palacio y le dió de estocadas á los gritos repetidos de:

—Muera el traidor, el desleal, el fratricida!

Cuando todas las cosas de Chipre estuvieron arregladas, cuando pudo ver Doña Leonor sentado en el trono de sus abuelos al hijo querido por quien habia pasado tantos años de desgarradoras angustias, cuando le hubo enlazado á la hermosa Valentina, hija del duque de Milan, llamole un dia á su cámara y le manifestó que habia llegado el momento de separarse.

—Separarnos! —dijo el joven Pedro; pues qué, madre mia, os ausentais?

—Ay! sí.

— Porque, madre?

—Mi sitio no es ya junto al trono. Mañana parto.

—Y donde vais?

—A Barcelona, á mi querida patria.

—Y que vais á hacer allí?

—Quiero entrar en un claustro. Retirada del mundo, en el fondo de una celda como mi padre, rogaré á Dios por tí, por mí, por la memoria de tu padre!

Nada pudo disuadirla de esta opinion.

Tuvo Pedro que dejarla partir.

Llegada á Barcelona, perseverando la reina de Chipre en su resolucion, tomó el hábito y pasó los postreros años de su vida rezando, ayunando, mortificándose, deseando ganar el camino del cielo por la escala de la contemplacion, del ascetismo y de la penitencia.

Cuando murió, fué, ya lo sabemos, enterrada en el convento de San Francisco, donde el vulgo decia que su tumba obraba milagros (1).

(1) Tenemos noticia de que el cadaver de esta reina, el de Doña Sibila de Forciá, el de Alfonso III *el liberal* y algunos otros, fueron salvados de la destruccion general, y pronto Barcelona deberá al celo de su Academia de buenas letras verles colocados respetuosamente en la catedral y en honrosas sepulturas.

VII.

OTROS RECUERDOS.

Hemos ya hablado de las tumbas.

Otros recuerdos, de que debemos consignar memoria, tenia tambien el convento de San Francisco de Asis.

Tuvo sus apóstoles, sus escritores, sus mártires, sus prelados y personajes ilustres.

Ya hemos citado á Fray Juan de Aragon, arzobispo de Caller. En los mismos puntos que él y en otros distintos, predicó tambien las santas verdades Fray Berenguer de Aragon y asimismo su pariente Fray Guillermo de Aragon, príncipes entrambos que tomaron el hábito en este convento.

Entre los prelados é ilustres personages que como sus hijos citan los anales de San Francisco de Barcelona, mencionar debemos el primero á Fray Bernardo Pelegrí, obispo que llegó á ser de Barcelona, y el mismo que asistió á San Luis obispo de Tolosa en la ceremonia de la consagracion de la iglesia.

Encontramos despues á Fray Donato de Castelló, obispo de Saona; á Fray Juan Tolon obispo de Andreavilla en el Peloponeso, el mismo que ungió rey de Sicilia al infante Don Luis hijo de Don Pedro II, cuando nadie se atrevia á hacerlo por temor al papa Clemente VI; á Fray Nicolás Bonet obispo de Malta, hijo de la noble familia catalana de los Bonet; á Fray Juan de Castelló, obispo maronense en Córcega; á Fray Guillermo de Prats, apóstol entre los tártaros y arzobispo de Cambala; á Fray Francisco Basteró, obispo de Huesca, Jaca

y Barbastro; á Fray Miguel de Latrás, obispo de Malta; á Fray Guillermo Albó obispo de la ciudad Niseriense; á Fray Jaime de Vilanova, obispo de Ossoli en Cerdeña; á Fray Bernardo Rubió, conocido con el nombre de *Leonardo* obispo del mismo punto que el anterior; á Fray Francisco Fuster, obispo de Nazareth en Palestina, á Fray Gonzalvo de Vallbona, obispo de Granada; á Fray Fernando de Entenza, de la noble familia de los Entenza, obispo gaudicense de Granada; á Fray Juan Jimenez, confesor del conde de Urgel Don Jaime *el desdichado* y su embajador y abogado en el parlamento de Caspe, obispo de Malta; á Fray Francisco Jimenez, obispo de Elna y patriarca de Jerusalen; á Fray Juan de Mon-Negra, obispo de Famagusta en Chipre; y á Fray Francisco Vidal de Noya, obispo Cephaludense en Sicilia.

Entre los escritores cuéntanse como hijos de este convento á Fray Poncio Carbonell, maestro en Barcelona de San Luis obispo de Tolosa, varon insigne que floreció por los años 1288; á Fray Juan Bassols por los años de 1318, llamado por escelencia el *doctor ordenadísimo;* á Fray Antonio Andreu por los de 1320, que tuvo por renombre el *doctor dulcísimo;* á Fray Juan Marbres por los de 1329 que fué llamado el *canónico* por tan gran canonista como fué; á Fray Guillermo Rubió, por los de 1333, discípulo del doctor Escoto; á Fray Juan Quintana, prior de la Sorbona, por los mismos años; en seguida á otros escritores de menos fama cuyos nombres, por no molestar la atencion de nuestros lectores, pasaremos en silencio.

Entre los mártires, hijos de este convento, se colocan los primeros á Fray Pedro Arcañano y á Fray Catalan. Predicando estaban contra los herejes en Lombardía y fueron víctimas de su celo apostólico. Habiendo caido en un lazo que los herejes les tendieron, no quisieron abjurar como se les pedia, mantuviéronse firmes en sus principios cristianos, y recibieron una cruelísima muerte, despues de haber soportado con resignacion sublime todos los tormentos. Murieron el año 1284.

Por los años de 1321 el castillo de Monsilio en Francia presenciaba el asesinato de dos varones eminentes, Fray Pedro Pascual y Fray Catalan Fabra, que habian sido enviados á buscar al convento de Barcelona por Fray Jaime Bernardo inquisidor general en los territorios de Arles, Aix y Ambrun. Los dos franciscanos, cumpliendo con una mision, acababan de llegar al castillo de Monsilio, y la misma noche de su llegada eran no solo bárbaramente asesinados, sino cortados sus cuerpos en pedazos, que hasta tal estremo llegó el furioso encono de sus encarnizados perseguidores.

En Tartaria moria tambien en 1372, mártir de su fé y de su celo, fray Fran-

cisco Puig, y en Egipto, en esas llanuras ardientes regadas con la copiosa sangre de tantos misioneros franciscanos, veian terminar sus dias Fray Martin Catalan y Fray Gerardo de Linares, guardian el primero en 1375 del convento de Belen en la tierra Santa.

Otro mártir nos citan los anales de este convento y justo es que nos detengamos en consagrarle un recuerdo.

Tanto mas lo merece, cuanto que son poquísimos los cronistas que lo citan y no hay entre ellos ninguno que entre á particularizar los detalles de su muerte.

Nosotros creemos ser los primeros que lo haremos, pues que la casualidad nos ha proporcionado ocasion de ver y examinar algunos antiguos manuscritos que de ello tratan, estrayendo datos y noticias que hemos unido á los que dan de sí los anales.

En 1260 poco mas ó menos, habia en el convento de Barcelona un fraile catalan llamado Fray Jaime Puig, varon insigne y entusiasta que, deseoso de visitar los santos lugares de Jerusalen y deseoso tambien de servir á la causa de la religion y de la humanidad, pidió permiso á los prelados de la orden para pasar á Palestina.

Concediósele y partió.

Una vez allí, hizo tanto por la religion, espuso tantas veces su vida predicando á los infieles como su padre de religion San Francisco, y llegó á gozar tanta fama de virtud y santidad entre los religiosos que vivian en los lugares de Jerusalen, que la noticia pasó luego á los prelados de la órden y le elijieron custodio de la tierra santa.

Por aquel tiempo un esclavo comprado en las márgenes del Oxus, un hombre decidido y resuelto, un soldado de brazo de hierro y corazon de tigre, se rebeló en el Egipto contra su rey é hizo de su cadáver un escalon para subir y usurpar su trono. Este hombre fué Bibars.

Habia aprendido en los campamentos y en las facciones lo necesario para saber gobernar á un pueblo bárbaro como él; fué proclamado sultan y en seguida, haciendo renacer el formidable poder de Saladino tan fatal para los cruzados, empleó todas las fuerzas del nuevo imperio en hacer la guerra mas terrible y mas encarnizada á los francos.

Fray Jaime Puig, comprendiendo sus deberes, sus santos deberes de sacerdote, corrió el primero con Fray Jeremías de Licio á los campos de batalla, á los sitios de mas peligro para los cristianos, exortando á los unos, dando valor á los otros, inflamando en todos los corazones el sacro fuego del entusiasmo religioso.



Se agruparon junto á los dos confesores de Cristo

[illegible]

En el interin, Bibars penetraba á sangre y fuego en Nazareth, dejábase caer en seguida sobre Cesarea cuya poblacion pasaba á deguello, y se acampaba en Arsouf convertido por sus soldados en un monton de ruinas.

Terminadas estas campañas, Bibars hizo una peregrinacion á Jerusalen para invocar el ausilio de Mahoma y volvió con objeto de poner sitio á Sephet, fortaleza edificada en la montaña mas alta de la Galilea, y defendida por los caballeros templarios. Allí se encontraba Fray Jaime Puig cuando llegó á sitiar la plaza el gefe de los bárbaros con numerosa hueste.

Despues de una resistencia desesperada, los templarios tuvieron que capitular en 25 de junio de 1266.

Faltando á todos los pactos y leyes, así que Bibars se vió dueño de la plaza y desarmados los cristianos, les mandó asegurar en prisiones y por medio de uno de sus capitanes envióles á decir que en aquella noche deliberasen y elijiesen entre morir al arbitrio de la desatada furia de sus soldados, ó recibir la dulce libertad adoptando el islamismo.

Tan bárbara como infame proposicion aturdió á los pobres indefensos, y advirtiendo el primero Fray Jaime Puig que los ánimos vacilaban y que el temor conducia á la indecision, se lanzó entre los cautivos con un crucifijo en la mano, les predicó con tanto fervor y les persuadió con tanto fuego á la perseverancia en la fé y al sacrificio de la vida, que unánimes todos estendieron la mano sobre el Cristo que el religioso catalan les presentaba, y juraron derramar la sangre de sus venas antes que dejar la fé de Jesucristo.

Bibars, que todo precisamente lo estaba escuchando, al ver que Fray Jaime Puig y su compañero Fray Jeremías de Licio salian triunfantes de sus exhortaciones y lograban de los cristianos que prefiriesen el martirio á la apostasía, abrió de repente la puerta y se precipitó furioso con sus satélites, cimitarra en mano, sobre los infelices prisioneros.

Al verle, los cristianos se agruparon junto á los dos confesores de Cristo y cayeron todos de rodillas pidiendo á Fray Jaime la bendicion. Este de pié, radiante, sublime, levantó en alto sus manos, una de las cuales empuñaba el santo crucifijo, y despues de bendecirles á todos en nombre del Señor, empezó á recitar con voz clara y sonora un salmo que fueron repitiendo los cautivos interin les quedó un soplo de vida, una gota de sangre.

Sin que aquel grupo santo les conmoviese, sin que aquella sublime actitud que habian tomado los cristianos junto á los dos venerables sacerdotes les hiciese mella, los bárbaros fueron repartiendo cuchilladas á diestra y siniestra mientras quedó un solo cautivo con vida.

Todos perecieron á los filos de las cimitarras, todos..... menos dos.

En efecto, por órden de Bibars se respetó á Fray Jaime Puig y á Fray Jeremías de Licio.

Era que les guardaba para mayor y mas atroz suplicio en gracia de haber sido ellos quienes habian inducido á los otros á perseverar en la fé de Cristo.

Cuando todo hubo concluido, los dos santos religiosos cayeron de rodillas sobre charcos de sangre y entre los cuerpos mutilados de sus compañeros. Rogaron por los difuntos y dieron gracias á Dios de haber permitido que se les reservase los últimos para ser mas doloroso su martirio.

Bibars se adelantó y les dijo que les perdonaria como apostatasen.

Fray Jaime le contestó con una mirada de piedad y una sonrisa de compasion.

Entonces el sultan dió la terrible órden de que se les desollase vivos, inhumana atrocidad que á su satisfaccion ejecutaron los verdugos. Tan atroz martirio, tan agudo dolor no bastaron á hacer que enmudecieran los dos nobles religiosos, pues que á los mismos que les destrozaban predicaban la fé del Crucificado esforzándose para persuadirles que dejaran la ley de Mahoma.

Viendo Bibars que ni aun de esta manera apagaba en ellos su celo, mandó que se les apalease, espantosa órden que los verdugos cumplieron arrancándoles pedazos de carne por no encontrar piel los palos.

En este suplicio murió Fray Jeremías pronunciando el nombre de Jesús por última palabra.

En cuanto á Fray Jaime Puig, el valeroso Franciscano de Cataluña, lo resistió con admirable grandeza de alma, y aun tuvo Bibars el homicida que dar nueva órden para que se acabara con él decapitándole.

Así se hizo, sobre los amontonados cadáveres de sus compañeros.

Tal fué la muerte gloriosa y sublime de Fray Jaime Puig, el pobre fraile que hemos visto salir del convento de Barcelona.

No terminaremos este capítulo sin dedicar tambien un recuerdo á otro santo y digno religioso salido un dia del mismo convento de esta ciudad para ir, como el mártir Puig, á predicar en lejanas tierras las preciosas máximas del Evangelio.

Fray Francisco de Barcelona, llamado así por razon de su patria, caminaba á pié y descalzo en 1450 por aquellas abrasadas llanuras que guian á los santos lugares testigos de la sublime pasion del Hombre-Dios.

Acababa de detenerse junto á un árbol de macilentas y enfermizas hojas para que le protejiera de los rayos abrasadores del sol de agosto, cuando vió

que se le acercaba otro religioso, vistiendo como él el hábito de la caridad y la pobreza.

— Donde vais, hermano? — dijo á Fray Francisco el recien llegado así que estuvieron juntos y pasados los primeres y mútuos saludos.

— A Jerusalen, — contestó el franciscano catalan.

— Como yo, — contestó el otro religioso. — Será vuestro deseo visitar los santos lugares?

— Sí, para luego, fortificada mi fé, — contestó Fray Francisco, — ir por todas partes predicando la doctrina del Redentor del mundo, puesto que Dios nos ha dicho: Id á predicar el Evangelio á todas las criaturas y si sois perseguidos pensad que yo tambien he sido perseguido.

— Me guia el mismo deseo, hermano. Si quereis pues, ya que es uno el objeto, juntos caminaremos, juntos rezaremos, juntos predicaremos y juntos si conviene moriremos.

— Que me place! — contestó Fray Francisco. — Vuestro nombre, hermano

— Fray Griffon de Flandes.

Desde aquel momento los dos franciscanos ya no se separaron mas.

Despues de haber rezado junto al sepulcro del Salvador, partieron continuando en su santo propósito, predicaron en varios puntos la doctrina regeneradora de Cristo, y no pocos infieles debieron á sus palabras elocuentes que se les cayese la venda que cegaba sus ojos impidiéndoles ver la resplandeciente luz de la verdad.

Tuvieron entonces noticia de que allá, en las parte occidental de las montañas del Líbano desde los alrededores de Beyrouth hasta los de Trípoli, se estendia una nacion que se llamaba de los Maronitas. Estos habitantes conservaban su nombre del famoso Maron, el que vivió hácia los años 400 y que sobrepujó á todos los solitarios de su siglo en la asiduidad por el rezo y por la penitencia. Maron habia consagrado un templo al verdadero Dios, no lejos del Nahr-Gadiska ó *rio santo* que atraviesa por entre cordilleras de montañas, en lo alto de cuyas puntiagudas rocas se labraron un dia sus penitentes celdas muchos solitarios.

Los Maronitas nutridos en algun tiempo con los preceptos y sanas máximas del que puede considerarse como su fundador, pues que les legó su nombre, habian sentido entibiarse su fé y habian visto perpetuarse en su seno los abusos con el roce y frecuente trato de las naciones vecinas.

A aquella comarca se creyeron llamados Fray Francisco de Barcelona y Fray Griffon de Flandes; aquel fué el pais que elijieron en preferencia para volver á

elevar en medio de sus un dia santas rocas el glorioso estandarte de la cruz.

Los abusos introducidos en el uso de los sacramentos y en las ceremonias de las iglesias, fijaron la atencion de los dos religiosos. Sus predicaciones tuvieron el resultado que podian esperanzar de la rectitud de sus intenciones y la generosidad de su sacrificio: corrijieron muchos errores, reformaron los ritos, hicieron reparar las iglesias, dieron en una palabra nueva faz á aquella cristiandad.

La reforma no la llevaron empero á cabo sin obstáculo. Fuese que contrariara los sentimientos, fuese que dañara á los intereses del patriarca de los Maronitas, opúsose á ella con vigor y solo cedió á la evidencia de un milagro.

El dia de la Asuncion, en ocasion en que Griffon asistido de Francisco predicaba por la tarde en presencia del patriarca, obtuvo, dicen, que Dios confirmara la verdad de su doctrina de una manera manifiesta, haciendo cambiar de sitio á la luz del sol; de modo que los rayos que penetraban por la ventana de Occidente se introdujeron de pronto por la de Oriente.

Este prodigio, que tuvo lugar á la vista de una inmensa muchedumbre, conmovió de tal modo á los Maronitas, que desde aquel instante creyeron con toda sumision lo que los religiosos les decian y enseñaban.

Fray Francisco de Barcelona y Fray Griffon vivieron veinte y cinco años entre los Maronitas, gozando de una gran reputacion de santidad y siendo bendecidos y amados de todos.

Mucho les debe á esos dos intrépidos misioneros el catolicismo.

Tal es el recuerdo que hemos dicho debíamos consagrar al hijo de Barcelona y de su convento de San Francisco.

Otras cosas podríamos decir que arrojan los anales franciscanos, pero lo juzgamos de menor importancia á lo hasta aquí dicho y creémoslo por lo tanto inútil.

Teniendo pues ya completa noticia del convento, de su grandeza, de su fama, de su importancia, de sus recuerdos, pasemos á su destruccion.

Aquí fuerza es que nos detengamos.

Hemos llegado á uno de los puntos mas culminantes de esta obra.

Para decir lo que fué de toda aquella riqueza de arte gótico, de todo aquel precioso estuche de religiosas joyas, de todo aquel panteon de recuerdos ilustres, preciso nos es contar toda la historia, y la historia completa, de una sola pero terrible y espantosa y sangrienta noche.

La noche del 25 de julio de 1835.

El autor de estas líneas era entonces muy niño, pero jamás mientras viva ha de olvidar los horrores de aquella noche. Es un recuerdo que está escrito con caracteres de fuego en su mente; es una noche que la inmortaliza en pájinas de sangre la historia.

VIII.

LA NOCHE DEL 25 DE JULIO DE 1835. (1)

TRISTE es escribir esta escena de la historia contemporánea, pero es forzoso. Exíjelo la marcha de la obra que damos á luz.

Para mayor comprension, nos elevaremos al punto donde creemos deber ir á buscar el origen de los hechos.

A los generales gobernadores en Cataluña, Castaños y CampoSagrado, que habian gobernado sin efusion de sangre dejando en el pais los mas gratos recuerdos, sucedió en 1828 el tristemente célebre conde de España.

Su nombre es un nombre que horroriza á todo español, que hace aun palidecer á todo catalan.

No fué el conde un general para Cataluña, fué un tigre, un tigre sediento de sangre.

Bajo su ominoso gobierno, cada dia la ciudadela, como monstruo que jamás

(1) Para escribir este capítulo con toda la conciencia, tino y verdad posibles, el autor ha acudido á sus propios recuerdos, como testigo presencial de las mas importantes escenas de aquel dia, á los de personas de mayor edad que tienen muy presente todo aquel drama, á los de varios personajes que entonces figuraron, á los diarios de la época, á las pocas obras lijeras que tratan el asunto de paso, y sobre todo á la relacion que de aquellos sucesos escribió y publicó en un cuaderno, con hábil pluma y exactitud notoria, el entendido abogado y literato Don Francisco Ragull.

logra verse sacio, se engullia las víctimas que le enviaba el capricho del conde, y las familias diezmadas inhumanamente en vano pedian al cielo que las librase de aquel azote sangriento que en el conde de España habia caido como una maldicion sobre la infausta Barcelona.

La Providencia, cansada sin duda de tantos desastres como llovian sobre la infeliz Cataluña, debidos al capricho loco y déspota de un solo hombre, apresuró el instante de la ansiada libertad.

Al enfermar el rey Fernando, Don Manuel Llauder se presentó á sustituir en Barcelona al conde de España.

La llegada de Llauder con el caracter de capitan general del ejército de Cataluña, fué un acontecimiento que marca época en la historia de Barcelona. Ningun recibimiento de pueblo ha sido mas entusiasta que el que se le hizo; ningun general de provincia obtuvo jamás mayor aura popular; ningun gefe fué mas francamente obedecido; ningun ciudadano puede gloriarse de haber tenido como él en su mano los destinos de la patria.

A la entrada del nuevo general en Barcelona, Cárlos de España se retiró silvado, apedreado, maldecido, pero vivo. Parece increible que el pueblo le dejara partir sin hacerle añicos.

Y sin embargo, nosotros lo comprendemos bien.

Era que la Providencia, justa y acertada en todo, quiso reservar al tigre de Barcelona para una muerte mas terrible, mas espantosa de la que entonces le hubiera dado el pueblo.

Al dar el último suspiro Fernando VII, la nacion toda se conmovió. Habia llegado el momento de la crisis.

La sedicion del engañado Bessieres y la sublevacion de los realistas de Cataluña en 1827, probaban á las claras que el partido antiliberal no queria que la prole de Fernando sucediese en el trono, y cuando la postrera enfermedad del monarca, ó debia permitirse que empuñara el cetro el infante Don Cárlos, ó llamar en apoyo del solio de la tierna Isabel á los que habian recibido el bautismo regenerador de las ideas proclamadas por el héroe-mártir de las Cabezas de San Juan.

Nadie ignora el entusiasmo con que abrazaron los liberales la causa de la inocente y augusta niña á quien daba el derecho divino la corona, pero nadie ignora tampoco el efecto desgarrador que produjo el ministerio Zea Bermudez con el manifiesto en que osaba anunciar, á la faz del siglo XIX que le miraba sorprendido, que la viuda de Fernando, la Gobernadora del reino no cambiaria de sistema.

Un ahogado grito de estupor, recuérdese bien, contestó á este manifiesto. La España tembló, la consternacion fué general, y todos los que se habian visto perseguidos durante los últimos aciagos diez años y los que de nuevo se acababan de comprometer decidiéndose por la reina, creyeron ver ya suspendida sobre su cuello la sangrienta cuchilla de otros tantos tiranos como el asolador de Cataluña.

El general Llauder fué el primero que, con el ardor de un buen patricio, se atrevió á alzar la voz desde el seno de la ciudad misma donde tambien algun dia la habian alzado en favor de los derechos del pueblo, los Fivaller, los Tamarit y tantos otros héroes ciudadanos.

Efectivamente, Llauder en 25 de diciembre de 1833 dirijia una esposicion á la reina gobernadora en que hacia patentes los males que sufria la nacion, sus necesidades y sus deseos, declaraba que el ministerio Zea se habia hecho tan impopular que comprometia la tranquilidad y minaba el trono de Isabel en el único estribo que le sostenia; manifestaba que la nacion no podia olvidar que el rey difunto, para anular lo hecho por ella y conseguir que se sometiese á su cetro, prometiera solemnemente en su decreto de 4 de mayo de 1814, una constitucion análoga á las luces y exijencias del siglo, á cuya promesa habia faltado; decia que Cataluña no aspiraba á privilegios particulares, siempre odiosos y contrarios al sistema de unidad que debe hacer la fuerza del estado; y concluia pidiendo que la reina tuviese á bien elejir un ministerio que inspirase notoriamente confianza, y al mismo tiempo decretase la mas pronta reunion de cortes con arreglo á las leyes y con la latitud que exigia el estado de las poblaciones.

El ministerio devolvió á Llauder su pliego sin abrirlo, pero el general tenia tomadas sus medidas. Habia desarmado á los voluntarios realistas y armado los de Isabel, y se habia procurado el apoyo de los patriotas catalanes.

Fueron nombrados por el ministerio, dice Ragull en su obrita sobre la conmocion de Barcelona, para tres de las cuatro provincias de Cataluña, los gobernadores civiles que debian prestar juramento en manos del general Llauder, antes de tomar posesion de sus destinos. Prescindiendo de las personas nombradas, correspondia á sus atribuciones encargarse de la direccion de la policía y de otros ramos de la administracion pública, que, políticamente hablando, convenia retuviese en aquel momento Llauder porque aun no se habia decidido sobre su reclamacion, que, como hemos visto, consistia en la destitucion del ministerio y en una verdadera revolucion, pues pidió se cam-

biase la forma de gobierno contra lo espresamente anunciado á los españoles por el manifiesto del ministerio Zea en que abiertamente se negaba toda innovacion.

Para impedir que el gefe de la revolucion se viese privado de algunos resortes que le quitaba, en un momento crítico, la astucia de Zea Bermudez, muchos habitantes de Barcelona se reunieron todos sin armas en la plaza de Palacio á las doce del diez de Enero de 1834. A lo que parece, no tenia mas objeto aquella reunion que pedir al general Llauder no diese posesion á los gobernadores civiles electos hasta que hubiese decidido la corte acerca de su esposicion.

Empero, quedó frustrada esta idea, pues que — no nos atreveremos á decir que fuese con malicia — el general habia salido la noche anterior para Esparraguera haciendo anunciar su marcha en los periódicos.

Desde aquel dia comenzó para Llauder una nueva época.

Lejos de nosotros la idea de querer prejuzgar la opinion que formulará la historia sobre los actos del sucesor del conde de España en el gobierno militar de Cataluña, pero es lo cierto que entonces empezó á recorrer el general del principado una senda de continuas vacilaciones y principiaron sus actos á ser incomprensibles por no decir misteriosos (1).

Llauder dió en aquellas circunstancias una prueba manifiesta ó de su poca sagacidad política ó de una notoria irresolucion de caracter, pues que, no solamente no apreció la accion de los que le secundaban por puro patriotismo, sino que dió posesion de sus destinos á los gobernadores.

En el interin la corte, que debia suponer en Llauder mejor firmeza de caracter, sabedora de la reunion del 10, se decidió á cambiar el ministerio y á variar de sistema, renunciando, segun se dijo, al gobierno absoluto.

Martinez de la Rosa reemplazó á Zea y presentó su Estatuto, aquel estatuto que envejeció tan pronto y que no obstante estar destinado, segun el discurso de la reina gobernadora en la apertura de las sesiones, «á ser el *cimiento* sobre el que debia elevarse magestuosamente el edificio social» fué solo una verdadera y rápida transicion á otro mas necesario y mas radical sistema.

Pródiga se mostró la nacion á las demandas del ministerio. El amor á la li-

(1) Un sujeto respetable bajo todos conceptos, que figuró en los acontecimientos de aquella época, nos aseguraba no hace muchos dias, que Llauder estaba sometido al influjo de una sociedad secreta la cual le dictaba órdenes que el general se veia precisado á acatar. Repetimos esto sin ánimo de herir la memoria de aquel caudillo, y solo porque, esplicada de esta manera, acaso se comprenderia la conducta del gobernador del principado en las indicadas y sucesivas circunstancias.

bertad se presentó la caida del gabinete Zea Bermudez en un grado de sublime entusiasmo; el pais depositó su confianza absoluta en un ministerio que desgraciadamente no correspondió á ella.

Al ocupar las sillas los que componian el consejo de que fué nombrado presidente Martinez de la Rosa, apenas habia en España un faccioso declarado, y sin embargo, durante su administracion, aumentó con tanta rapidez el partido carlista, que á lo mejor, sin saber como, sin comprenderlo bien á punto fijo, se encontró España con un ejército formidable en su seno que sitiaba y rendia ciudades, que se burlaba de los conocimientos y esperiencia de los generales de la reina, y que obligaba al ministerio á entrar en tratos con él.

Las banderas de Cárlos desplegáronse ufanas al viento, y vieron que de todas partes corrian soldados para agruparse á la sombra de sus pliegues.

El ministerio Martinez de la Rosa no supo conocer el peligro y no pudo por lo mismo evitarle. Como si se hubiese sentido herido de estupor ó como si lo creyese todo un simple juego, permaneció en una inaccion completa, sordo á las voces de algunos próceres, sordo á las reclamaciones de una prensa que estaba en su infancia, sordo hasta al eco tremendo de la campana que tocaba á rebato en varios pueblos y predecia, con su agorero timbre, las asonadas de Málaga, de Zaragoza y de la misma corte española.

Mucho habia esperado la nacion de Martinez de la Rosa. Sus triunfos en la tribuna, sus declamaciones en la prensa, sus primeros pasos en la senda de la emancipacion nacional, las persecuciones que debia al despotismo, todo habia hecho creer que era la persona necesaria para la felicidad de España y fué por lo mismo elevado al apogeo de la popularidad.

Pronto llegó el desengaño.

Las lentas y tardías medidas de su espíritu de contemporizacion comprometieron gravemente el porvenir del pais. El primer ministro vió síntomas de anarquía allí donde no debia ver mas que la lealtad del patriotismo, vió asomos de revolucion allí donde no habia mas que entusiasmo constitucional, y temiendo una parodia de la revolucion francesa, no se atrevió á conceder todo lo que la necesidad reclamaba en nombre de las exijencias del siglo, y quiso hacer prevalecer su absurdo justo medio por conducto de una fusion del antiguo y del nuevo régimen.

España no queria esto, pedia reformas, reformas radicales y completas, tales como se las habia hecho esperar la rehabilitacion de 1812 y 1820 en la persona de Martinez de la Rosa.

El ministerio tuvo entonces que alegar, para sostener sus erróneas doctrinas

que la nacion no se hallaba todavía en estado de gozar de sus derechos, palabras aventuradas é imprudentès que fundidas en el crisol de la opinion pública, cayeron como gotas dè plomo hirviente sobre la cabeza del primer ministro.

A todo esto, Llauder fué nombrado ministro de la guerra en Diciembre de 1834, pero hacia pocos dias que estaba en el ministerio, cuando tuvo que retirarse ante el motin del 18 de Enero que costó la vida al capitan general Canterac, y volviose á su mando de Cataluña que se habia reservado.

Conforme con su equivocada, política de fusion esforzóse el ministerio en retardar la restitucion de los bienes nacionales á sus compradores durante la segunda época constitucional. Intentaba retrasar la discusion hasta que se realizase la reforma del clero, pero no pocas consideraciones decidieron á los estamentos en pro de dicha ley. Es que era acaso el único recurso ofrecido á la nacion para libertar de una total ruina su sistema de hacienda.

Cerráronse las cortes, hubo en Madrid algunos desórdenes dirijidos contra la persona del primer ministro y este, en el colmo de la impopularidad, cedió su silla al conde Toreno.

Era ir de Scyla en Caribdis.

Mientras tanto, las fuerzas del pretendiente habian ido engrosando, él mismo se hallaba entre sus partidarios, y la jornada y victoria de las Amezcuas habia acabado de rasgar el velo presentándoles á los ojos de la nacion en toda su verdadera importancia.

Llauder en Cataluña parecia querer seguir un sistema parecido al del gobierno, y el hombre que á fines de 1833 se habia puesto al frente de la revolucion y arrojado el guante á la corte de España, volvió á recordar con sus medidas al hombre que en épocas aciagas habia reprimido las tentativas para restablecer la constitucion; primeramente contra el desventurado Lacy en Cataluña y despues en 1830 contra el caballeroso Mina al pié de los Pirineos.

Mientras Llauder con su policía se empeñaba en descubrir anarquistas y revolucionarios, conspiraban los carlistas en sus mismas barbas con toda seguridad, é iban engrosándose las filas de los facciosos que maltrataban y robaban á los viajeros, arrastraban hasta profundas guaridas en medio de los bosques á pacíficos ciudadanos para arrancarles cantidades que las mas veces no podian pagar, atacaban á los pueblos, asesinaban á cuantos urbanos conseguian sorprender y tenian por fin aterradas las comarcas...

Cataluña presentaba un cuadro desolador y los honrados patricios veian un porvenir bien triste, un bien oscuro y encapotado horizonte.

Era llegada la hora de llorar por la pobre patria.

La guerra civil se ofrecia en primer término, y do quiera que los ojos se tendiesen solo hallaban incendios, muertes, alevosías, horrores y calamidades. La discordia, armado su brazo con la flamíjera tea, suelta al aire su cabellera de serpientes, recorria las filas de los españoles é incitaba al padre contra el hijo, al amigo contra el amigo, al hermano contra el hermano.

Á tan desconsolador espectáculo, que afligidos tenia los corazones todos, se juntó la indignacion que hizo nacer un rumor que comenzó á correr en voz baja por todas partes. Asegurábase que, faltando á las santas leyes del sacerdocio, cada convento era un foco de rebelion, y que en el silencio y misterio de los claustros se tramaban sordas maquinaciones contra el trono de la inocente Isabel.

Veíase en efecto á los frailes — no á todos, pero á muchos de ellos, —inclinados abiertamente á favorecer los deseos ilegales del pretendiente; decíase,— y esto era por desgracia una gran verdad — que algunos habian abandonado los conventos para ir á alentar con su presencia las hordas carlistas ó á ponerse á su frente, soñando en otra guerra de la independencia; dábanse detalles minuciosos de las conspiraciones y reuniones misteriosas celebradas en el fondo de los monasterios; citábanse y señalábanse con el dedo los religiosos que en voz alta y con toda la valentía indigna de un sacerdote osaban negar el derecho hereditario á la augusta niña..... enumerábanse por fin no pocas monstruosidades que se atribuian á los frailes, y que nosotros creemos de nuestro deber callarlas por absurdas, hasta llegar á decir que habian envenenado las aguas para acabar de una vez con todos los liberales.

Todo parecia unirse para convertir á las comunidades religiosas en blanco de la ira de los pueblos.

Las cabezas fermentaban, los corazones hervian, los brazos se agitaban convulsos... La opinion pública estaba unida y compacta en acusar á los frailes. Sin embargo, debemos decirlo con la verdadera imparcialidad de cronistas, muchos de sus enemigos eran no mas que simples visionarios que creian hallar en cada fraile un carlista, como Llauder en cada hombre un revolucionario.

Nosotros creemos de buena fé, como pretenden muchos, que no habia ningun plan, ninguna conjuracion, ninguna trama, pero sí diremos al menos que todos los ánimos estaban preparados para el combate.

Instintivamente todos esperaban una señal que nadie les dijera que hubiese de darse, pero que todos sin embargo sabian que se daria.

Zaragoza fué la primera en lanzar su rugido de esterminio.

La noticia de las sangrientas escenas de su monstruosa orjía, cundió con la rapidez de un rayo agitando y conmoviendo los ánimos.

Ay! porqué permitió Dios que fuese esa ciudad tan noble, tan heroica, tan digna, la primera que hubo de arrojar una mancha indeleble sobre las páginas de oro del rico libro de su rica historia?...

La consternacion de todos los buenos patricios, la exaltacion y efervescencia de los espíritus habian llegado á su colmo, cuando se supo en Reus la nueva de que un destacamento de sus urbanos, regresando de Gandesa, habia sido sorprendido por los facciosos que bárbaramente habian asesinado á su capitan Monserrat y á seis voluntarios, á uno de los cuales padre de ocho hijos, se dijo que lo habia mandado crucificar y sacar los ojos un fraile de los varios que iban con los rebeldes.

Ignoramos todo el grado de certeza que pudo tener la noticia, noticia que hallamos confirmada en todos los impresos de la época, noticia por otra parte que nos ha sido garantida por personas de la misma villa de Reus, en aquel entonces allí residentes. Aun admitiendo, como admitir se debe, exajeracion en la noticia, queda casi fuera de toda duda que un fraile fué quien incitó á los rebeldes á cometer el bárbaro homicidio con los ya rendidos é indefensos urbanos, y esta noticia, que cundió con toda la rapidez con que cunden las malas noticias, hizo estallar á la poblacion en gritos de venganza.

La mecha acababa de prender en la pólvora.

El pueblo de Reus, inspirado acaso por el reciente ejemplo de Zaragoza, rompió todos los diques con su desbordada cólera, holló todos los respetos humanos, saltó la valla de las leyes divinas y humanas, y aquella misma noche veia la villa arder en su recinto dos de sus tres conventos, al propio tiempo que eran impiamente asesinados cuantos frailes caian en poder del desenfrenado populacho.

Llauder, al recibir la comunicacion que le daba parte de este atentado, envió á Colubi, gobernador de Tarragona, amplios poderes para obrar conforme lo exijiesen las circunstancias, pero el pueblo de Reus cerró las puertas y negó la entrada al gobernador al que, como dijera que se presentaba para restablecer el órden, se le contestó con un laconismo verdaderamente espartano que el órden estaba ya restablecido, contestacion sublime si los hechos no hubiesen desmentido las palabras y sino hubiese ido acompañada de un acto de desobediencia á la autoridad.

La asonada de Reus produjo desgraciadamente su efecto, y lo produjo tanto mas, cuanto que se divulgó la noticia de que en uno de los conventos se ha-

bian hallado armas con unos gorros de cuartel nuevos, y en otro una pieza de percal pintada con unas escarapelas del ruedo de un peso duro con el retrato del pretendiente.

Esto acabó de poner fuera de sí á muchas cabezas acaloradas, que no faltaban en aquel tiempo. Justamente alarmados los religiosos de Barcelona al ver la tempestad que les amenazaba y que iba á caer sobre ellos con terrible furia, se acojieron á Llauder y pidiéronle su proteccion manifestándoles sus deseos de abandonar secretamente sus moradas, pero el general se empeñó en no consentirlo fiado en su prevision y en la fuerza de las bayonetas que mandaba.

— Duerman tranquilos, buenos padres, — les dijo. — Aquí estoy yo.

Ay! nó, allí no estaba él! Lo que allí estaba era.... la revolucion.

Si Llauder hubiese meditado un poco, si su amor propio hubiese hecho lugar á su cordura, si hubiese querido estudiar la situacion, la época, el momento, hubiera conocido que lo mas cuerdo y político en aquellos críticos instantes era separar de sus conventos á los religiosos que habitaban en las grandes poblaciones.

Esto era lo que debia hacer, esto fué lo que no hizo (1).

(1) Un digno y reputado literato de esta capital, particular amigo nuestro y que lo fué tambien por muchos años del general Llauder, nos contaba hace pocos dias el siguiente caso.

«Hallábame en París, nos decia, punto donde por largos años fijé mi residencia, cuando una tarde se presentó en mi gabinete el general Llauder, á la sazon tambien en París. Entró, radiante el rostro, con un grueso manuscrito bajo el brazo.

—Qué es eso, amigo mio? le dije.

—Acabo en este instante de dar la última plumada á mis memorias y te las traigo para que me las corrijas.

—Tus memorias?

—Sí; se me culpa y debo sincerarme. Por esto las he escrito. Me interesa que vean la luz cuanto antes.

— Bien, le dije yo entonces, mañana hablaremos; duerme bien esta noche.

Al dia siguiente le volví á ver.

—Has dormido ya? le pregunté.

— Porqué me lo dices?

—Ayer, cuando me entregaste tus memorias, las concluias en aquel momento; te duraba aun el fuego de la inspiracion, del entusiasmo. Hoy has dormido ya, has puesto toda una noche en medio.... debes por consiguiente hallarte mas tranquilo, mas dispuesto á raciocinar.

—Pero, qué significa?...

—Dime, lo has pensado bien?... estás verdaderamente decidido á dar á luz tus memorias? No las he leido, pero en ellas debes irremisiblemente herir la susceptibilidad de alguno, descubrir la mala fé de otro, quitar la máscara á ciertos sujetos, culpar la credulidad de

Teniendo ciega confianza en el gefe del Principado, los religiosos prosiguieron habitando sus moradas.

Llegó el 25 de julio.

Desde algun tiempo hacia dábanse en Barcelona funciones de toros, y con motivo de la celebridad de los dias de la reina Cristina, los periódicos habian anunciado la séptima funcion para la tarde del 25, dia festivo por ser Santiago patron de España.

Los toros lidiados en la anterior corrida habian sido escelentes: la plaza por lo mismo estaba henchida de gente.

Quiso la casualidad que en la tarde del 25 fuesen por el contrario malísimos, reacios á la capa, miedosos á la vara.

El público, con aquella natural libertad que se le concede, y de que algunas veces abusa, en una corrida de toros, empezó á mostrar á gritos su descontento y embriagándose con las voces, el estruendo, el barullo y la confusion, arrojó los abanicos á la plaza, tras los abanicos las sillas, tras las sillas los bancos, tras los bancos las columnas de los palcos.

Bien pronto el circo presentó una escena de desórden difícil cuanto no imposible de describir. Las señoras unas se desmayaban, otras chillaban; los hombres, unos corrian presurosos buscando la salida, otros vociferaban como los demás, otros en fin se arrojaban ellos mismos á la plaza para acabar de matar á palos el último toro y tambien el peor de todos los de la lidia.

En esto, algunos muchachos rompieron la maroma que formaba la contrabarrera y atando un pedazo de ella á la cornamenta del vicho, empezaron á gritar que debia ser arrastrado, para escarnio, por las calles de Barcelona. El pensamiento encontró eco, hallaron prosélitos sus autores, y bien pronto una turba numerosa, con una terrible algazara y con desaforados gritos, penetró en la ciudad, arrastrando la res por las calles.

otros, en una palabra, debes poner en juego situaciones y personajes. Y bien, no temes que la aparicion de tus memorias produzca la de otras ciento?... No temes que se te impugne, que se te maltrate, que se te calumnie? Y por otra parte, está nuestra desgraciada patria en posicion de que todavía se arrojen sobre ella mas odios, mas rencores, mas venganzas? No publiques tu obra, créeme; están demasiado recientes los acontecimientos; está aun abierta la llaga; déjala que se cicatrice; aguarda mejores tiempos; es un sacrificio a la madre patria el que te pido.... otros le tienes hechos ya, colma la medida.

El digno general me creyó, y no publicó sus memorias que guardó para mejor ocasion. Estas memorias, continuó nuestro amigo, deben haber ido á parar cuando su muerte en poder de alguien. Quizá con el tiempo se publiquen y el dia que salgan á luz sabremos muchas cosas que ahora son para todos un misterio.»

Apenas la gente sensata empezaba á dar su ordinario paseo por la rambla á eso de las siete y media, cuando principió ya la alarma y viéronse arrojar algunas piedras á las ventanas del convento de Agustinos descalzos. La guardia del fuerte de Atarazanas cerró el rastrillo, y se puso sobre las armas, porque veia irse formando un grupo numeroso junto al convento de Franciscanos, que estaba muy inmediato á la fortaleza.

Preludio parecia ser todo esto de una asonada. Sin embargo nadie creia en tumulto; la gente se iba retirando á sus casas; los curiosos asomaban sus rostros; la turba de chiquillos continuaba arrastrando el toro al son de gritos descompasados é incomprensibles, con los que se empezaron á mezclar algunos de *Mueran los frailes!* al pasar por delante del convento de los Franciscanos.

Frente la puerta principal de este convento se hallaba la turba, cuando se le ocurrió á uno de los chiquillos decir como una donosa ocurrencia y acaso sin mas segunda mira que la de pronunciar lo que él creeria un chiste, que deberian pegar fuego á las puertas del edificio para poder asar el toro. Un coro de aclamaciones celebró esta infernal agudeza, y en efecto, se intentaron incendiar las puertas del convento y habian ya conseguido prender fuego en ellas, cuando se presentaron los vecinos y, huyendo los chiquillos, les dejaron libres para contener los progresos que hacer hubiera podido el incendio.

Ya á todo esto habia llegado la noche, una hermosa y dulce noche de verano.

Ay! quién no se acuerda de aquella noche?

Entre ocho y media y nueve fuéronse formando algunos grupos en la plaza del teatro y en la de la Boquería, grupos que engrosaban por momentos, y que en vano intentaron separar la guardia del teatro y algunos soldados de caballería destacados de Atarazanas.

Lograban solo que se separasen de un punto para reunirse en otro; vióse entonces que la opinion era decidida, y fué fácil prever la tempestad que amenazaba avanzando con sordos y lejanos rugidos.

Vociferando estaba el populacho en diversas calles de la ciudad y ante las puertas de varios conventos, y como el capitan general y el gobernador de la plaza se hallaban ausentes, el infatigable teniente de rey, Señor de Ayerve, recorria todos los puntos y en vano procuraba calmar el peligro.

Los gritos de *Mueran los frailes!* empezaron á menudear; las voces que los daban eran cada vez mas roncas, cada vez mas oscuras, cada vez mas sombrías. Vióse de pronto brillar entre las masas algunos brazos armados, mien-

tras que los otros blandian en el aire las flamíjeras teas que reflejaban su sanguinolenta luz en rostros pálidos de furor, de rabia, de venganza.

Las turbas se precipitaron en torrentes por las calles, incitadas por algunas mugeres que corrian por entre los grupos, como resueltas furias, suelta al aire la desgreñada cabellera, rodando sus ojos sangrientos, mostrando su brazo desnudo armado del puñal ó de la tea, dando iracundos gritos que eran ahogados por los rugidos de la desatada y frenética muchedumbre.

Terrible cosa es un pueblo en cólera! Nada le disuade, nada le arredra, nada respeta, á todo se atreve! Qué vale el trueno que rueda sonoro, présago del rayo, por las cóncavas bóvedas del espacio? qué vale el terremoto que invisible arroja su ahullido de monstruo sumerjido en las entrañas de la tierra? Qué vale la voz mujidora del torrente desbordado que espumoso se precipita arrastrándolo todo á su paso? Qué vale la furia embravecida del revuelto mar cuando desesperado se rebela contra el látigo de la tempestad?... Ay! si, qué vale todo esto comparado con el pueblo en cólera?...

O noche infausta! noche de ruina, de destruccion, de incendio, de sangre!

Cómo no conocian las turbas, aquellas turbas que agitaban en el aire la antorcha incendiaria, cómo no conocian que de unos reos,—si es verdad que fuesen reos,—iban á hacer unos mártires?... Cómo no comprendian los hombres, aquellos hombres que blandian el puñal y murmuraban palabras de odio, cómo no comprendian que es mala la causa, ay! la causa que se mancha con sangre y se revuelca en el lodo de la venganza?

Noche terrible! noche infausta!....

Ardió el primero el convento de Carmelitas descalzos llamado de San José (1) y al ver los amotinados las llamas que con sus serpenteadoras lenguas lamian las rojizas piedras allí colocadas por el siglo décimo sexto, parecieron cobrar nuevo ánimo para seguir en su idea destructora. Habia subido de punto su audacia ante su primer triunfo. Triste triunfo!

La tea incendiaria corria por las calles iluminando los rostros siniestros de todos los que tomaban parte en aquella orjía.

La turba se precipitó por la calle del Cármen y se detuvo ante la puerta del convento de Carmelitas calzados (2), que, señalado tambien para servir de

(1) Este convento que databa del año 1593 sufrió mucho con el incendio y fué mas tarde demolido para formar en su terreno la plaza mercado que aun no se halla del todo concluida y que conserva el mismo nombre de San José. Habia en este convento una fundicion de caracteres de imprenta que mereció de Carlos IV el título de fábrica real en 1800.

(2) Este edificio, cuyo templo sufrió gran quebranto con el incendio, sirve en el dia de Universidad literaria para la cual ha sido espresamente habilitado

pasto á la cólera de la muchedumbre, no tardó ver lanzarse al aire su humeante penacho de llamas.

Ya en esto, una nube negra como un monstruo de desplegadas alas se cernia en el espacio sobre el bello y grandioso edificio de Santa Catalina que era presa de voraz incendio y que veia su claustro, joya del arte gótico, invadido por un desalmado tropel de populacho que corria sediento de sangre tras los fugitivos y despavoridos religiosos (1).

Los moradores del convento de Trinitarios descalzos (2) y del de Agustinos calzados (3), veian tambien al mismo tiempo turbada su habitual soledad por el incendio, ese huésped inesperado que recorria los edificios al son de los aplausos y carcajadas de la muchedumbre.

De terribles escenas era teatro la capital del principado.

Mientras que en una parte resonaban los golpes del martillo que abria los enrejados de los monasterios, en otra se oia el estrépito de una bóveda que se desplomaba; mientras que por un lado zumbaba el clamoreo que predecia el esterminio, por otro los desventurados religiosos huyendo del hierro y del fuego se esparcian en todas direcciones buscando la salvacion en la casualidad.

El furor no parecia menguarse, ni aun con el incendio de los cinco conventos convertidos en otras tantas ardientes fraguas. Las turbas continuaban volviendo y revolviendo por todas partes, profiriendo sus gritos de esterminio á la luz de las teas que les guiaban.

Dónde estaba pues el hombre que habia dicho á los religiosos: — Dormid tranquilos, yo velo?... Sí, dónde estaba el que debia velar mientras que los otros debian dormir?

Iba la multitud á pegar fuego al convento de Capuchinos y al de Trinitarios calzados, pero se desistió del intento al ver que las llamas hubieran inevitablemente hecho presa en las casas inmediatas.

Tampoco fué incendiado el de Servitas por la voz que cundió de que el cuerpo de artillería tenia muy inmediato su almacen de pertrechos.

A las repetidas instancias y súplicas de los vecinos fué tambien respetado el

(1) En otro lugar de esta obra se hablará de este convento que merece por cierto un particular recuerdo. Ha sido demolido y es hoy plaza-mercado.

(2) Terminado este edificio en 1639, vió pasar la época de la dominacion francesa sirviendo de almacen de víveres; durante el sistema constitucional desde 1820 á 1823, fué su iglesia salon de la tertulia patriótica. El incendio de 1835 le dejó muy maltratado, pero sin embargo se destinó á varios usos, siendo cuartel de milicia, circo de caballos, teatro, etc. hasta 1845 en que fué demolido para que ocupase su lugar el grandioso Liceo de Isabel II.

(3) Este bello y espacioso convento es hoy fundicion y fábrica de hierro.

de la Merced. Los incendiarios pasaron pues, y el convento no recibió otro daño que el de algunas piedras arrojadas á sus puertas y ventanas.

—Al Seminario! —habia gritado una voz ronca y sombría.

—Al Seminario! —repitió en tropel la turba.

Y todos se lanzaron en direccion al nuevo punto señalado á los furores del populacho.

Era el Seminario un majestuoso edificio aun no terminado (1) y que se elevaba en un estremo de la ciudad. Servia de morada á los sacerdotes seculares de la congregacion de la mision.

Dando gritos repetidos desembocaba la desordenada multitud en la calle donde se elevaba la majestuosa fachada, cuando los primeros que habian avanzado con la tea en la mano para consumar su obra de destruccion, cayeron muertos ó heridos á la descarga de varios tiros de fusil.

Ante aquel inopinado accidente, la turba, cuya marcha hasta entonces nada habia detenido, levantó con asombro la cabeza y vió...

Vió las ventanas del Seminario coronadas de religiosos que, fusil en mano, aguardaban el ataque. De entre ellos habian salido los tiros que acababan de hacer caer víctimas á los mas atrevidos del pueblo.

Detúvose la multitud sorprendida ante aquellos hombres dispuestos á defender á todo trance su morada, ante aquellos hombres que olvidaban su sagrado carácter y mas sagrado ministerio para acudir á las armas en defensa propia.

No fué en verdad la mas acertada la conducta de los moradores del Seminario. Prescindamos aun de como estaban allí aquellas armas, de porqué las tenian, de para qué las guardaban. Concretémonos solo al hecho. Eran sacerdotes, eran ministros del altar, eran confesores de Cristo. Si tenian miedo podian fugarse, pero si á arrostrar estaban decididos la ira del pueblo, arrostrarla debian no en una ventana, con los ojos centellantes, el alma resuelta, el fusil en la mano, sino al pié de los altares, inermes, indefensos, el rezo en los labios, como buenos, como sacerdotes, como mártires.

Algunos nuevos tiros sonaron, algunos otros hombres del pueblo cayeron.

La multitud volvió apresuradamente las espaldas.

El Seminario quedó libre.

Una bien distinta escena tenia al mismo tiempo lugar en el convento de Agustinos calzados.

(1) Sirve actualmente de carcel del estado.

Nosotros presenciamos de ella la parte mas trájica desde la galería de nuestra casa y con todo el horror que nos inspiró vamos á referirla.

Es preciso decir primero que el convento de San Agustin ocupaba una vasta estension de terreno entre la calle de San Pablo y la del Hospital, en la que estaba — y aun está, — la fachada.

A los clamores del pueblo que rugia ante sus puertas incendiadas, los infelices frailes, despavoridos y asustados, decidieron apelar á la fuga, fuga difícil y peligrosa atendida la situacion del edificio, cercado de casas cuyos vecinos podian ser adictos al movimiento.

Reuniéronse todos los religiosos en el refectorio para deliberar, y espusiéronse de prisa y atropelladamente algunos pareceres. La cosa urjía. Oian los gritos y sentian el calor de las llamas.

De pronto sonaron terribles golpes que fueron á despertar todos los ecos del convento. Era que algunos hombres echaban abajo una puerta lateral con objeto sin duda de penetrar en el edificio y asesinar á sus moradores.

Los frailes, de pálidos se volvieron lívidos y, sin entretenerse á deliberar por mas tiempo, presa del terror mas invencible, desbandáronse por el convento buscando do huir ó do esconderse.

La mayor parte se precipitó en la biblioteca. Las ventanas de esta caian á un patio, al otro lado del cual se elevaba una casa particular. Una de las ventanas de la biblioteca estaba frente á otra que daba luz á la escalera de la casa.

Con la rápida lucidez de pensamiento que dan á ciertos hombres las situaciones apuradas, un religioso vió en aquello un medio de salvacion, y se lo propuso á sus compañeros.

Tratábase de poner una viga ó tabla entre las dos ventanas apoyándola en sus antepechos y pasar del convento á la casa.

Aventurado era el medio, pero la ocasion no permitia la duda.

Uno tras otro, diez y ocho frailes, á caballo sobre la viga, atravesaron el patio á una altura inmensa del suelo, pasando con ausilio de una frajil tabla por encima de un verdadero abismo.

Llegaron de este modo á la escalera, pero, y allí? qué hacer? dónde huir? dónde refugiarse?

Un vecino de la casa, á quien le habia parecido oir rumor en la escalera, abrió la puerta de su habitacion para cerciorarse. Júzguese de su asombro al ver á diez y ocho frailes que cayeron á sus piés, pálidos, medio muertos, plegadas las manos. Nada le dijeron, pero todo lo comprendió.

Era un hombre honrado. Hízoles subir á la azotea en silencio y abriólcs la

puerta de una especie de palomar donde todos se precipitaron bendiciendo á su salvador.

Allí pasaron la noche aquellos infelices en mortal angustia, en terrible congoja, esperando á cada momento ver abrirse la puerta y precipitarse sobre ellos una bandada de asesinos.

Afortunadamente no sucedió asi y pudieron salvarse al dia siguiente.

En el interin, aquellos de sus compañeros que habian buscado la salud por otro lado, se veian aun en mas inminente peligro.

A espaldas del convento corria una especie de callejuela reservada solo para uso de los fràiles, y una simple pared separaba esta callejuela de los jardines y huertos de las casas inmediatas.

Al abandonar los religiosos el refectorio en completa fuga, algunos intentaron huir por este lado, pero como el incendio les impedia atravesar el claustro para alcanzar la callejuela, decidieron bajar á ella desde una de las ventanas del primer piso con ausilio de una cuerda.

Hiciéronlo así en efecto.

Siete ú ocho se dejaron deslizar por la cuerda.

La puerta que á hachazos estaban derribando los incendiarios, habia ya caido á sus repetidos golpes, y un grupo de hombres armados acababa de invadir el convento.

Los desgraciados monjes, que oian cerca los pasos y voces de sus asesinos, se daban prisa á huir. La cuerda cortaba las manos de los religiosos y estaba por lo mismo llena de sangre.

Mientras que el último fraile bajaba, la cuerda se rompió. El infeliz, cayendo desde bastante altura se dislocó un brazo y un pié. No obstante ni un ay salió de sus labios.

Unos fuertes aldabonazos y clamores sonaron entonces.

Eran los incendiarios que, temiendo que los religiosos se escaparan, llamaban á las casas para asegurarse de la verdad de sus sospechas.

Los frailes que se hallaban en la callejuela reunidos en un grupo junto á su herido compañero, á la proximidad de aquel nuevo peligro se desbandaron en todas direcciones.

Solo un lego se quedó junto al caidó y ayudóle á ponerse en pié y á saltar una tapia para llegar á un huerto público que se estendia junto al edificio.

En el momento en que los dos fugitivos acababan de saltar la tapia, la puerta del huerto se abria para dar paso á una porcion de hombres armados que iban á apostarse allí con objeto de que no pudiera escaparse ningun religioso.

Los infelices viéronse perdidos.

— Huye, huye y abandóname! —dijo el herido al lego.

—Silencio! — contestó este.

Hallábanse junto á una especie de cobertizo bajo el cual habia un vasto lavadero público. El lego hizo acurrucar al herido cerca de uno de los poyos que sostenian el cobertizo, inmediato á un monton de piedras que podia robarle á las miradas, encargóle que reprimiese sus dolores, que suspendiese hasta el aliento, y en seguida de haber allí dejado al fraile, se precipitó él con todo el tiento posible en el lavadero sumerjiéndose en el agua.

Por mucho cuidado que pusiese, algun ruido se oyó sin embargo, pues que uno de los asesinos volviendo el rostro,

—Ola!—dijo, — parece que hay ranas en aquel lavadero.

—Porqué lo dices? —le preguntó otro.

—No sé, pero se me ha figurado oir ruido y juraria que hay ranas..... y ranas con hábito, que es mas.

—Estaremos á la mira, —contestó el segundo que habia hablado.

—Con el fusil preparado.

Y en efecto, dispuso el arma homicida.

Al cabo de algunos minutos salió el tiro.

—Qué es eso?— le dijeron sus compañeros.

—No decia yo? He visto asomar una cabeza por entre el agua del lavadero

—Vamos á registrarle, —esclamaron algunos.

—No, mejor será esperar. Si hay en efecto alguna rana con hábito, como dice el amigo, y este primer tiro ha sido inútil, no tardará en volver á sacar la cabeza para respirar, y entonces fuego en ella todos juntos. Será mas entretenido y mas curioso.

La idea fué aprobada.

Todos prepararon sus fusiles y fijaron su ávida vista en el lavadero.

A los pocos instantes, el lego volvió á sacar la cabeza fuera del agua para llenar de aire sus pulmones.

Tres ó cuatro silvadoras balas fueron á morir en el agua.

Siguióse un momento de silencio.

El lego volvió á sacar la cabeza al poco rato.

Las balas silvaron de nuevo, pero esta vez ya con distinto resultado, pues que sonó un gemido profundo, el agua se agitó y una esclamacion de triunfo salió de boca de los asesinos.

—Hemos dado en el blanco! — gritó uno.

—No volverá á sacar la cabeza,—añadió otro.

En efecto, los bárbaros habian asesinado al pobre lego.

—Qué vais á hacer ahí?— esclamó uno viendo á otro que paso á paso como un reptil se iba acercando al lavadero introduciéndose bajo el cobertizo.

—Me ha parecido que algo se removia por aquí cerca á nuestros tiros,— contestó el interpelado.—Soy hombre que tengo buen olfato y apostaria mi cabeza á que anda por ahí algun otro fraile.

Reuniéronsele sus camaradas, registraron juntos y no tardaron en hallar al pobre Agustino herido que, viéndose perdido, habia hecho un esfuerzo para ponerse de rodillas. Ya que no podia evitar á los asesinos, habia al menos querido que le hallasen de rodillas y rezando.

— Ya le tengo!—gritó el primero que se habia adelantado cojiendo al fraile por el cuello.

Diferentes voces sonaron entonces.

—Hiérele!

—Mátale!

—Arrojémosle al agua.

—Quemémosle vivo.

—No, mejor será fusilarle.

—Y aun mejor, matarle á palos.

—Que nos diga primero donde están los fanáticos sus compañeros?

— Sí, que lo diga.

—Dí, fraile, donde se han refugiado los otros?

El infeliz no contestó. De rodillas entre aquel grupo de hombres frenéticos, el religioso, pálido pero sereno, continuaba rezando en voz baja.

—No quieres hablar, fraile?—dijo una voz.

Tampoco contestó el Agustino.

Entonces uno de aquellos infames—infames ante el cielo y ante la tierra— se adelantó y le dió con la culata del fusil un terrible golpe en la cabeza.

—Jesus Dios mio!—murmuró cayendo en el suelo el religioso.

—Con que no quieres hablar, tunante?—gritó otro de aquellos hombres con voz enronquecida,—Oh! pues yo he de hacerte hablar mal que te pese. Donde están los otros, dí?

Y le dió un bayonetazo en el vientre acompañando su accion con una blasfemia.

—Jesus Dios mio!—repitió el mártir dirijiendo los ojos al cielo con subli-

me espresion.— Jesus Dios mio! — esclamó de nuevo con voz débil al sentir la punta de un sable que rasgaba sus carnes.

Entonces aquella turba de caribes se cebó en la víctima que ya espirante veian á sus piés.

Todos quisieron darle un golpe, todos una puñalada.

Acabáronle á culatazos, á sablazos, á bayonetazos, en medio de las mas viles carcajadas, de las mas horrendas imprecaciones.

Aquellos no eran hombres, eran hienas.

Oh! fué una escena espantosa, horrible!

Como no tragó la tierra á los asesinos? Cómo el cielo no fulminó un rayo contra los miserables?.....

Referiremos ahora otro episodio de los varios que tuvieron lugar durante aquella malhadada noche.

Hemos olvidado el nombre del convento en que tuvo lugar y no lo citaremos por lo mismo. Solo recordamos que nos fué contado entonces tal como vamos á relatarlo.

Acababan las llamas de prender á uno de los cinco conventos que se han citado.

Aturdidos los pobres religiosos y huyendo de la matanza con que los amenazaban los gritos furiosos que partian de la calle, lanzáronse todos juntos por un corredor para buscar salida por un estremo del huerto á espaldas de su morada.

Solo uno, tomando direccion contraria, disponíase á bajar por la escalera que conducia al claustro.

— Donde vais, padre? — le gritaron los demás. — Por aquí os perdeis.

— No, por aquí me salvo, — dijo el religioso siguiendo su camino.

— No veis el resplandor del incendio? No oís los gritos de los asesinos? Por aquí vais á la muerte.

— Por aquí voy al templo. Huid vosotros si quereis, mi puesto está señalado al pié de los altares. Mi deber me llama allí, allí me voy!

Y prosiguió su camino mientras sus hermanos buscaban la salvacion en la fuga.

Al entrar en la iglesia le deslumbró el vivo resplandor del incendio. Parte del templo se habia convertido en una hoguera.

El buen religioso, el digno sacerdote que voluntario se ofrecia al martirio, atravesó por entre escombros y llegó al pié del altar donde se prosternó, olvidándose de todo para no pensar mas que en Dios al que ferviente rogaba por

él, por sus hermanos, por los mismos sacrílegos que osaban profanar la santa morada.

Orando se hallaba, cuando una indisciplinada horda se precipitó en la iglesia dando alaridos, haciendo resonar con impías imprecaciones aquellas bóvedas que tantas veces habian repetido los cantos religiosos y se habian impregnado con los perfumes llegados hasta ellas en alas de las nubes de incienso brotando de los altares.

El religioso se volvió al sentir cerca la turba, é irguiéndose ante ella cuan alto era y alzando manos y brazos al cielo como si fuera á fulminar un anatema,

— Donde vais, asesinos? — esclamó. — Donde dirijis los pasos, incendiarios? Aquí está Dios! Abajo las armas! abajo las teas! atrás los réprobos!

Sublime de espresion y admirable de heroismo estaba el sacerdote, pero se le contestó con blasfemias, con insultos y carcajadas.

— Muera el hipócrita! — gritó uno.

Y el martir cayó herido de un balazo en el pecho, tiñendo con su sangre el marmol del altar.

La multitud pasó por encima su cadáver.

Otras varias escenas podríamos referir sucedidas aquella noche, pero bastarán, nos parece, las citadas.

El convento de San Francisco nos espera.

Nos hemos apartado mucho de él y debemos volver puesto que, para completar su historia, es preciso que digamos lo que sus moradores se hicieron.

Al llegar á oidos de los Franciscanos los primeros alaridos populares, al ver los primeros resplandores del incendio que abrasaba sus puertas, los frailes que iban á sentarse á la mesa para cenar, arremolináronse junto al superior en tropel, pálidos, cadavéricos de terror y miedo.

— No temais, — dijo el superior á la comunidad. — Orden! seguidme, pero silencio sobre todo!

Todos bajaron la cabeza y nadie despegó los labios.

El superior empezó á andar.

Siguióle la comunidad en hilera, muda, silenciosa, como si fuera una procesion de fantasmas.

Atravesaron el corredor, el patio, el claustro, varios apartamentos.

Llegaron á un sitio oscuro, á una especie de subterráneo.

El superior mandó desembarazar la entrada de una cueva y un camino oscuro, misterioso, estraño, se presentó á los ojos de la comunidad sorprendida.

El superior fué el primero en penetrar por él.

Todos le siguieron.

Era una cloaca que conducia por bajo la muralla—á la cual estaba pegado el convento—hasta las rocas que bordan la orilla del mar.

Caminaron unos momentos entre tinieblas, pero no tardaron en volver á hallar la dulce y tenue claridad de la estrellada noche.

Al salir de la cloaca, se encontraron pisando rocas. Las mansas aguas venian á besar sus piés gimiendo con melancólico arrullo como si llorasen su infortunio. De cuando en cuando el viento llevaba hasta ellos los sordos alaridos que hacian resonar las calles de la capital.

Los proscritos siguieron su camino por sobre rocas, rozando la muralla y en direccion al fuerte de Atarazanas que se veia no lejos avanzando en el mar su punta como la proa de un navío.

El centinela encargado de la vigilancia en la muralla se sorprendió al ver aquella hilera de sombras que se acercaba.

Inclinóse y gritó.

—Quién vive?

—Los frailes de San Francisco,—contestó el superior con voz débil.

El centinela llamó al cabo de guardia, que no se sorprendió menos al ver á orillas del mar y al pié de las murallas todos aquellos misteriosos bultos.

—Dicen que son los frailes de San Francisco,—esclamó el centinela.

—Pero de dónde diablos vienen?—murmuró el cabo.

—Pasad aviso al gobernador—dijo en esto desde abajo el guardian,—y decidle que nos haga arrimar escaleras para que subamos.

El cabo fué efectivamente á dar conocimiento al gobernador quien en seguida, presentándose en la muralla, mandó arrimar escalas de mano por donde todos los Franciscanos subieron á la fortaleza.

Una vez allí, una vez en salvo, una vez disipados todos sus temores, los pobres proscritos se acordaron que habian abandonado su morada en el momento en que iban á sentarse á la mesa y olvidáronse de su apurada y crítica situacion para dar disposiciones y pedir algo que comer.

Poca provision habia en la cantina y por lo mismo despacharonse dos soldados que no tardaron en volver á la fortaleza cargados de comestibles.

Preparóse, arreglóse una larga mesa en la cantina y los Franciscanos se sentaron á ella.

En el instante en que llevaban su primer bocado á los labios, oyóse un grito agudo muy cercano seguido de una serie de gemidos que iban debilitándose, al mismo tiempo que resonaba el golpe de un cuerpo cayendo en tierra.

Palidecieron los frailes.

El guardian mandó un lego para enterarse.

Este volvió y dijo que era un fraile dominico que herido habia traido una patrulla y que acababa de caer muerto á la puerta de la cantina.

Al ver que no tenian nada que temer, los frailes sin contestar llevaron á los labios el bocado que habian suspendido y continuaron comiendo con la mayor tranquilidad y calma, como si tal cosa hubiese sucedido.

Pasmosa sangre fria! Imperturbable egoismo!

Sus hermanos agonizando y ellos comiendo! (1).

No hemos adelantado tanto para quedarnos en mitad del camino. Ya que hemos descrito la horrible noche del 25, y aun no con todos los detalles y colores de que era susceptible, debemos decir algo mas, debemos completar nuestro trabajo y acabar de contar la historia.

Toda la noche continuaron las turbas corriendo por las calles y recorriendo los claustros y corredores de los conventos asaltados, á la luz del incendio, mientras crujian las vigas, mientras se desplomaban las bóvedas y mientras que columnas de humo y torbellinos de llamas se lanzaban á los cielos.

Nueve ó diez frailes fuéron los únicos que en diferentes puntos perecieron á manos de los incendiarios; todos los demas pudieron salvarse hallando generosa acojida en las casas que se presentaron y cuyos vecinos arrostraron la cólera del populacho para ponerles en seguridad.

Muchos fueron los habitantes de Barcelona, es preciso decirlo en su obsequio, que rivalizaron aquella noche en generosidad é hidalguía y dieron á los infortunados fugitivos una hospitalidad que podia costarles bien cara por cierto.

Justo es observar asimismo, la rectitud y la imparcialidad nos obligan á decirlo, que no animaba en manera alguna á la generalidad de los incendiarios la esperanza del pillaje, porque casi todo lo que no devoraron las llamas se encontró intacto en las iglesias y en las celdas.

Por lo demas, ningun convento de monjas sufrió el menor ataque; ningun clérigo un insulto, ni tampoco ninguna de esas feas maldades, que ordinariamente acompañan á semejantes conmociones nocturnas, se cometió en aquella noche; antes por el contrario, muchas casas estaban abiertas sin que nadie recelara ni temiera los insultos ni el saqueo.

Y á fe que todo lo hubieran podido pues Barcelona estuvo, durante toda la noche, á completa merced de las turbas que libres y sin ningun obstáculo recorrian las calles.

(1) El autor sabe esto por un testigo de vista.

Con la primera sonrisa del alba cesó el tumulto.

Hubiérase dicho que, espantados de su propia obra, habian corrido á esconderse los que tomaron parte en el desórden. Alevosos murciélagos, la luz del dia, la luz clara del sol, de aquel sol que se presentaba á iluminar tantos horrores, les hundia en el fondo de sus miserables guaridas de donde solo habian salido para, con reprobacion eterna de los siglos, consumar su obra de sangre, de fuego y de sacrilejio.

Desde el amanecer las calles se poblaron de gente que iba á visitar los estragos, y numerosos piquetes de tropa y milicia cruzaban por todas partes enviados por la autoridad á recojer los frailes que habian logrado encontrar un asilo en las casas de los ciudadanos ó en sus propios conventos, trasladándoles, para su seguridad personal, á los fuertes de la plaza, no sin recibir por el camino groseros insultos del pueblo, que con admirable teson sabia contener á raya, impidiéndole los desmanes, la milicia ciudadana á la que la causa del órden debió mucho en aquellos momentos.

El teniente de Rey Don Joaquin Ayerve estuvo sobre todo admirable. Iba á recojer en persona á los frailes y haciéndoles subir en su coche, él mismo los llevaba á Monjuich ó Atarazanas, arrostrando con serena frente las iras de la muchedumbre.

El nombre de esta celosa autoridad debe haber quedado impreso como un monumento de gratitud en el corazon de casi todos aquellos desgraciados.

Seria faltar á la imparcialidad y rectitud de la historia si no se hiciera nótar el silencio mas que estraño que guardó la única autoridad popular, el ayuntamiento de Barcelona, en medio de todas aquellas azarosas circunstancias. Los descendientes de Fivaller, los que se sentaban en aquellas veneradas sillas en que un dia los miembros del famoso *consejo de ciento,* no se presentaron en el momento del peligro, no hicieron oir su voz, ni ensayaron los tan necesarios buenos oficios de una mediacion paternal.

Cerráronse las puertas de la ciudad sin permitir la entrada á la gente del campo, y por aquel dia limitose la autoridad civil á mandar que todos los dueños de fábricas y talleres no los cerrasen por ningun pretesto, bajo la mas severa responsabilidad.

Las monjas, previo el consentimiento de la autoridad eclasiástica, fueron invitadas á retirarse del claustro, con facultad para alojarse en casa de sus parientes ó amigos, y pusiéronse fuertes guardias en todos los conventos.

Al otro dia, 27, el comandante general de las armas y el gobernador civil, que en la azarosa noche del incendio se habian mantenido bastante pasivos,

si debemos deducirlo de las providencias tomadas, dieron una proclama en la que pintaban la gravedad de los desórdenes y concluia en estos términos:

«Disposiciones fuertes, enérjicas, sin contemplacion ni miramiento á clases ni personas, se seguirán en breve, y la terrible espada de la justicia caerá rápidamente sobre las cabezas de los conspiradores y sus satélites... Los malvados sucumbirán del mismo modo por el peso de la ley en un juicio ejecutivo, que fallará la comision militar, con arreglo á las órdenes vigentes. Al recordaros la existencia de aquel tribunal de escepcion, es justo advertiros que incurrireis en delito sujeto á su conocimiento, si á las insinuaciones de la autoridad competente no se despeja cualquier grupo que infunda recelo á la misma. El arresto seguirá á la infraccion, el fallo á la culpa, y las lágrimas del arrepentimiento serán una tardía espiacion del crímen.»

Fué esta proclama el anuncio de la llegada de Llauder.

La consternacion se hizo general entonces.

Los términos violentos en que estaba redactada la proclama y las intenciones que se suponian en Llauder aterraron á todos.

Parecia que se trataba de castigar á Barcelona, y Barcelona no era culpada.

No lo era, nó.

Los hombres frenéticos que la noche del 25 habian recorrido las calles blandiendo el puñal asesino y la tea incendiaria, no eran habitantes de Barcelona. Muy pocos fueron los que se hicieron notar en las filas del populacho.

Barcelona que era la primera en deplorar la desgracia de los frailes, al verse herida en su amor propio, en su dignidad, en sus nobles sentimientos, se estremeció y lanzó un grito unánime.

El grito de *muera Llauder, muera el tirano!*

El general entró el 27, pero viendo la alarma de los ánimos, se encerró la misma noche, con parte de la tropa con que habia entrado, en la ciudadela de la plaza, de donde salió al amanecer del 28 para Mataró desalojando despues el palacio del que sacó todo su equipaje.

Mientras que estas escenas tenian lugar en Barcelona, hijas todas de la noche del 25, en otros puntos del principado se seguia el movimiento.

Ardian á un tiempo el convento de Recoletos de Riudoms, el precioso monasterio de Benedictinos de San Cucufate del Vallés, y el general Llauder y su comitiva hacian alto en Mongat para contemplar el torrente de llamas que se escapaba del de los Gerónimos de la Murtra. Mas tarde, como si implacable se hubiese dado por todas partes la señal de esterminio, devoraba el incendio el convento de Capuchinos de Mataró, el de la misma orden de Areyns,

otro de Igualada, el monasterio de *Scala Dei* que era el primero y mas rico monasterio de Cartujos en España, y otro de la misma orden, el de Monte-alegre, colocado como un águila en la cima de una pintoresca montaña.

En el interin la agitacion y la alarma reinaban en Barcelona y el desorden osaba volver á presentar á la luz del dia su monstruosa cabeza.

Diose una orden justísima y acertada por la que quedaba prohibido á toda persona, fuese de la clase que fuere, penetrar en el recinto de convento alguno de la capital, sin espreso permiso de la autoridad competente, añadiendo que el que contraviniere, aun cuando no estrajera efecto alguno de dichos lugares, seria tratado como merece todo el que atenta contra propiedad ajena.

Terrible cadena de sucesos se siguió á la noche del 25.

Barcelona estaba sobre un volcan.

Inquietos, agitados y calenturientos fueron los dias que mediaron hasta el 5 de agosto.

A las diez de la mañana de este dia difundióse la voz de que habia entrado el general Basa con su columna portador de severas órdenes de Llauder para reprimir el movimiento, para con dura mano escarmentar á los que se atreviesen á levantar la frente.

Al esparcirse esta voz, enciéndense los ánimos, óyense en la Rambla gritos de vivas y mueras, parten algunos á la plaza de palacio donde estaba el general, recorren otros los cuarteles, huyen despavoridas las mugeres que van á sus faenas, ciérranse precipitadamente las puertas de las casas y tiendas, y por fin, á las doce del dia, Atarazanas da la señal de alarma con un cañonazo al que responde con su ronco estampido el cañon de la Ciudadela.

Lejos esta señal de atemorizar al pueblo, inflama por el contrario los ánimos. Óyese por todas partes el grito de: *A las armas!* y el movimiento es general. Diríjese la milicia urbana á la plaza de palacio, tambor batiente y banderas desplegadas; avanza la tropa que Basa habia dejado á las puertas de la ciudad, ocupa el edificio de la Lonja, y no hostiliza al pueblo; comisiones del ayuntamiento, de la diputacion provincial, de la milicia, personas respetables suben á palacio para suplicar al general Basa que haga dimision de su cargo, que no anegue en llanto la segunda capital de España, el general resiste, lucha por largo tiempo entre sus deseos como ciudadano y sus deberes como militar, y triunfando por fin la voz de estos últimos, esclama decididamente: *O yo ó el pueblo!*

Palabras fatales, palabras temerarias, y, sin embargo, palabras dignas en su posicion.

La respuesta de Basa espárcese con rapidez y con la misma acomete una turba la iglesia de Santa María, escala una tribuna que comunicaba con el palacio del general, precipítase en las habitaciones de este, penetra en el gabinete donde se hallaba, y un pistoletazo tiende sin vida al caballeroso Basa á los piés de sus inicuos asesinos.

El cadáver es arrojado por el balcon á la plaza, arrastrado por las calles y, como si Barcelona se hubiese convertido en un pueblo de salvages, quemado y consumido en una pira que se formó con los efectos y papeles de la Delegacion de policía.

Todo esto antes que el ejército pudiera volver en sí de su estupor, antes que la milicia pudiera con su buena mediacion reprimir aquel indigno y bárbaro atentado.

Los hombres honrados de todos los partidos lamentaron aquel funesto acontecimiento. Y cómo no lamentarlo? Mártir de su deber, los militares acababan de perder á un gefe bizarro, los ciudadanos á un hombre de bien.

Entretanto, el populacho se desbanda por las calles y plazas, son acometidas á un tiempo las oficinas de los comisarios de policía, se echa mano de todo lo que se presenta, llueven á la calle legajos y muebles, y se hacen hogueras con todo ello, mientras que otros en la plaza de palacio derriban la estátua de Fernando VII que en actitud humillante para Cataluña hiciera allí colocar Cárlos de España.

Desbordado el pueblo, ya no conoce límites, y aprovechándose los malvados de la situacion, reducen por la noche á cenizas la fábrica de vapor llamada de Bonaplata.

No referiremos todo lo que entonces pasó, no es de nuestra incumbencia, pues que solo hemos tratado de manifestar rápidamente la cadena de acontecimientos cuyo primer eslabon fué la noche del 25.

Diremos solo en conclusion que la milicia y los buenos ciudadanos supieron unirse para hacer huir á los que tenian consternada á Barcelona, que se trató de organizar el movimiento, que se le dió un carácter político, que se nombró una junta ausiliar y consultiva que reasumiera todos los poderes, que esta junta cuidó de poner en seguridad á los frailes, dió todas las disposiciones urjentes que requerian las circunstancias y se puso en contacto con Aragon y Valencia para formar una *confederacion liberal* que tuviese por égida y símbolo el trono de Isabel.

La situacion de Barcelona fué entonces imponente y marca época en su historia aquel período, que hubiera sido mucho mas brillante á no tener que

deplorar los feos delitos por cuyo cenagoso lodo tuvo que arrastrarse una noble causa.

La crisis toda concluyó con el nombramiento del ministerio Mendizabal, y con la llegada de Mina como capitan general del Principado.



SANTA CATALINA.

(BARCELONA.)

El fuego respetara el templo de Santa Catalina, y los hombres mas feroces que las llamas, decretaron la demolicion de uno de nuestros mas preciosos monumentos.

PABLO PIFERRER.

I.

LOS DOMINICOS.

HE ahí otro monasterio que ya *fué*, otro monumento del cual, como del que de hablar acabamos, ya solo existe el nombre para memoria.

Barcelona, despues de la funesta noche del 25, ha contemplado por largo tiempo sus ruinas que á su vez han desaparecido para hacer lugar á una plaza-mercado.

Y esto que Barcelona lo encerraba con orgullo; y esto que no era Santa Catalina un edificio como cualquier otro.

De los conventos de la provincia, dice Diago, uno es ilustre y de fama por la antigüedad, otro por el fundador que tuvo de valor y prendas, otro por el estudio que en él florece, otro por los religiosos que tiene señalados en santidad, letras y dignidades, y este de Barcelona lo es por todos los cuatro títulos juntos.

Sobrada razon tenia Diago al hablar así, y pronto nos convenceremos de ello.

Antes sin embargo narremos la historia de la orden de los Dominicos, llamada tambien de los *predicadores*, fundada por Santo Domingo de la ilustre familia de los Guzmanes de nuestra patria.

Hijo fué nuestro santo de Don Feliz de Guzman y de Doña Juana de Aza, la cual, segun cuentan, estando embarazada tuvo un sueño misterioso en el que se imaginó dar á luz un perrito que con una antorcha encendida que llevaba en la boca iluminaba todo el mundo, sueño que no vacilan los biógrafos del santo en admitir como presagio evidente de lo que sucedió con el tiempo, cuando por el ardor de su celo y el fuego de su caridad, iluminó Domingo á un gran número de herejes sacándolos de las tinieblas del error para hacerles conocer las luces de la verdad.

Nació Domingo en 1170 en un pueblo de la diócesis de Osma y desde su edad mas tierna empezó á dar relevantes pruebas de su aficion á la Iglesia, como una de sus mas firmes columnas que habia de ser con el tiempo.

Despues de haber pasado siete años en el estudio de las letras, bajo la direccion de un tio suyo Arcipreste, enviáronle sus padres á Palencia donde habia entonces la universidad trasladada mas tarde por el rey Fernando á Salamanca. Seis años empleó en el estudio de la filosofía y de la teología, juntando siempre al estudio la oracion y el rezo.

Dice uno de sus biógrafos que ayunaba entonces frecuentemente, dormia poco y acostumbraba solo á descansar tendiéndose sobre el duro suelo de su habitacion. Demostraba tambien un cariño particular por el retiro, y no salia mas que para ir á la iglesia ó á las escuelas públicas. Era el padre de los huérfanos, el protector de las viudas, el refugio de los pobres, para alivio de los cuales, en una gran época de carestía que hubo entonces, vendió todos sus libros y muebles, llevando á tal estremo su amor por la caridad que en otra ocasion le vemos tambien ofrecerse para rescate de un joven que cautivaran los moros.

Su caridad no se limitó á aliviar á su próximo en las necesidades del cuerpo, quiso procurarle los bienes del alma, y el celo que mostraba por la salud de sus hermanos, hízole emprender crudas penitencias para la conversion de aquellos que se mostraban endurecidos y pertinaces en el pecado. Pronto siempre á dar su vida por impedir que Dios fuese ofendido, sentia en su interior un tan vivo pesar de los pecados de otro, que les lloraba amargamente como si hubiesen sido los propios suyos.

Este celo fué el que le decidió á trabajar en la conversion de los pecadores

con sus discursos, y entonces fué tambien cuando comenzó á demostrar los grandes talentos que Dios le habia dado.

Tan santos ejercicios, tan repetidos ejemplos de virtud, dieron gran reputacion á Domingo que tenia apenas veinte y cuatro años y sin embargo era ya consultado como el mas esperto director en asuntos de salud eterna.

El obispo de Osma, queriendo por aquel entonces reformar los canónigos de su iglesia, y hacerles abrazar la vida regular bajo la regla de San Agustin, quiso que Domingo entrara en su capítulo mirándole como el mas capaz de sostener por su ejemplo el establecimiento de la reforma que proyectaba. Propúsoselo y el joven aceptó.

Luego que el obispo hubo conocido á fondo su talento, dióle permiso para ir á llevar la palabra de Dios á las naciones y predicar á los pecadores. Vióse entonces al joven recorrer varias provincias, trabajando todo lo posible para destruir los vicios y los errores de que moros y herejes las infestaran. La primera conversion que hizo, y tambien la mas notable, fué la de Reinier, que habiendo renunciado á la herejía de la cual era el autor, fué empleado mas tarde por el papa Inocencio III contra otros herejes.

Algun tiempo despues, Domingo fué ordenado sacerdote por el obispo de Osma que le hizo subprior de su capítulo y que, viéndole luego con vocacion decidida para instruir y convertir á los pueblos le envió á varias provincias, recorriendo Castilla, Aragon y Galicia como predicador evangélico.

En 1204 el obispo de Osma fué nombrado embajador en Francia por Alfonso rey de Castilla, para negociar el matrimonio de su hijo Fernando, que fué su sucesor, con la princesa de Lusiñan hija de Hugo, conde de la Marche. Quiso el prelado en esta mision llevarse consigo á Domingo.

Pasaron por el Languedoc y fueron testigos de las desolaciones que allí cometian los albijenses, cuyos errores bien hubieran querido detenerse en combatir, pero tuvo el obispo que volver á España para dar cuenta al rey Alfonso de su embajada.

Volvióle el monarca á enviar á Francia con magnífica y lujosa comitiva para acompañar su prometida al príncipe Fernando, pero al llegar el prelado y Domingo al castillo de Gace, residencia del conde de la Marche, hallaron afligidísima la corte con la muerte de aquella princesa que de espirar acababa. Conmovidos con este incidente que tan viva idea les dió de la fragilidad y de la inconstancia de las cosas terrenas, resolvieron no regresar á su pais, y, enviando equipaje y comitiva, tomaron el camino de Roma y obtuvieron permi-

so del papa Inocencio III para permanecer en el Languedoc y trabajar en la conversion de los albijenses.

Regresaron pues á Francia con esta autorizacion, convertidos ya en apostólicos misioneros.

Hallaron á los legados del papa que, aburridos con los pocos progresos que hacian entre los herejes, estaban ya á punto de volverse y de sacudir el polvo de sus sandalias, como dice el evangelio. Sin embargo, el obispo de Osma y Domingo les detuvieron diciéndoles que sacarian indudablemente mas fruto, si abandonando el fausto y el lujo que habian creido necesarios para representar su dignidad, abrazaban la vida verdaderamente apostólica.

Y así fué en efecto. Habiendo dejado su tren, su fausto y opulencia, y marchando sin dinero, sin lacayos, sin provisiones, á fin de predicar mejor con su ejemplo que con sus discursos, hiciéronse respetables por su nuevo género de vida, así como antes se habian hecho despreciables por sus riquezas.

El obispo de Osma y Domingo fueron los primeros en poner en práctica su consejo. El primero habia sido nombrado gefe de la mision, cuyos individuos se aumentaron con la llegada del abad del Cister y otros doce monges de su órden, pero habiendo estos religiosos regresado á sus monasterios algun tiempo despues, lo propio que el obispo de Osma á su diócesis donde murió cuando trataba de regresar al Languedoc, Domingo se encontró solo, cargado con todo el peso de la mision.

Lejos de dejarse intimidar á la vista de las fatigas, de los tormentos y de los peligros que le acompañaban, sentíase mas animado y mas dispuesto que nunca á continuar su cristiana empresa.

Un refuerzo de siete ú ocho obreros que recibió redobló su valor, y distribuyóles en seguida por aquellos sitios donde creyó que mas necesidad de ausilio esperimentaban.

El número fué multiplicándose con el tiempo, pero como disminuia tambien por intérvalos, puesto que la mayor parte solo se unian á él por épocas dadas, y muchos no vacilaban en abandonarle en medio de los mayores apuros, trató Domingo de llevar á cabo la resolucion que habia ya formado antes de la muerte del obispo de Osma, tocante á la institucion de una órden religiosa que tuviera por objeto la predicacion del Evangelio, la conversion de los herejes, la defensa de la fé y la propagacion del cristianismo.

Trató pues de que participaran de sus ideas las personas que se le iban uniendo, y no tardó en hallarse esta órden naciente fuerte de diez y seis indi-

viduos, entre los que se contaban ocho franceses, seis españoles, un inglés y un portugués.

Pudiendo ya contar con este número en 1215, resolvió, para asegurar los fundamentos de su instituto, ir á pedir la confirmacion á Roma donde el papa Inocencio III debia presidir la apertura del concilio general de Letran. Partió pues con Fray Juan de Navarra y acompañó á Foulques, obispo de Tolosa, un encomiador de su proyecto, que iba al concilio.

Precisamente este concilio acababa de ordenar que se trabajaria en la reforma de las órdenes ya establecidas, mejor que en su multiplicacion, así es que el papa no quiso aprobar el plan de Santo Domingo, no obstante hablarle en su favor el obispo de Tolosa y muchos otros prelados. Sin embargo, dícese que la noche despues de la negativa, Inocencio III vió en sueños que Domingo detenia la fábrica de la iglesia lateranense ya inclinada á caer, y esta vision, haciéndole variar de conducta, le obligó á llamar á Domingo y aprobar de viva voz su instituto, prometiéndole dar la confirmacion por medio de una bula tan pronto como, de acuerdo con sus compañeros, escojiese una de las reglas ya aprobadas por la Iglesia y le presentase las constituciones de su instituto.

Domingo regresó con esta promesa al Languedoc donde reunió sus hermanos y, oido su parecer, escojió la regla de San Agustin, á la que añadió estatutos y constituciones, de uso en la órden de los Cartujos.

Los principales artículos ordenaban el silencio perpetuo, no siendo permitido hablar juntos á los individuos sin permiso del superior; los ayunos casi continuos, al menos desde el catorce de setiembre hasta Pascua; la abstinencia en todos tiempos de la vianda, escepto en las grandes enfermedades; el uso de la lana en lugar de la tela; una pobreza rigurosa; la renuncia á las rentas, y varias otras austeridades.

Tomadas estas resoluciones sobre su género de vida, Domingo partió de regreso á Roma á fin de obtener la confirmacion de la Santa Sede interin en Tolosa se echaban los cimientos de la primera casa de la orden. Supo por el camino la muerte del papa Inocencio III y la exaltacion de Honorio III.

Aun cuando previó las dificultades que los asuntos del nuevo pontífice reportarian á sus designios, no dejó por ello de proseguir su viaje á Roma, donde fué escuchado del papa, obteniendo, con una prontitud que no esperaba, el 22 de diciembre de 1216, una bula que aprobaba y confirmaba su instituto bajo el título de *orden de los hermanos predicadores*.

Regresó en seguida á Tolosa donde vió concluirse el primer convento de su

órden, gracias á las liberalidades del obispo de dicha ciudad y de Simon conde de Monfort.

Estableció en seguida la economía, la disciplina, y recibió con las solemnidades prescritas los votos de sus religiosos, cuyo número se habia aumentado durante su ausencia. El hábito que vistió fué el de los canónigos regulares, tal como lo habia llevado hasta entonces, tal como lo habia recibido de manos del obispo de Osma, es decir, una sotana negra y un roquete por encima, segun se le representa en las antiguas pinturas.

Envió en seguida religiosos á diversos sitios, para trabajar en la salvacion de las almas por la predicacion, que era el punto esencial de su instituto.

Estos religiosos predicando las verdades evangélicas, aceptando voluntariamente las penas y trabajos de la mision, y muriendo la mayor parte como mártires, prestaron grandes servicios, servicios incalculables, á la causa de la religion, á la de la humanidad.

Luego que Santo Domingo hubo así dispersado sus discípulos, como un puñado de trabajadoras abejas que arrojaba al aire para que fuesen á depositar en cada pais la purísima miel de sus palabras, abandonó Tolosa para ir á Italia, cuyo pais se habia reservado para él.

Al pasar por Metz edificó un convento de su órden, otro fundó despues en Venecia, y en seguida partió á Roma para tratar de fijar el centro de su orden, que desde allí podia mas facilmente estenderse por las otras ciudades hasta los confines del mundo.

Dióle el papa Honorio la iglesia de Santa Sabina con una parte de su propio palacio, para servir de morada á sus religiosos que eran ya en gran número. En este monasterio fué donde dejó é hizo dejar á sus hermanos el hábito que hasta entonces habian usado de canónigos regulares para tomar el que se pretende que la santa Vírgen mostró á Renato de Orleans, que consistia en una túnica blanca, un escapulario del mismo color al cual iba cojida la capucha, y la capa y la muceta negras.

Finalmente, despues de haber hecho varios viajes y de haber trabajado con gran utilidad para el bien de la Iglesia y el establecimiento de su orden, dió en Bolonia el último suspiro á 6 de agosto de 1221, encargando á los religiosos que siguiesen sus huellas, suplicándoles que no se apartasen jamás de la pobreza, y legando su maldicion, segun dice el padre Heliot, á los que introdujeran en la orden las rentas y las posesiones.

Antes de morir, Domingo dejó dividida la orden, que tenia ya sesenta conventos, en ocho provincias que fueron las de España, de Tolosa, de Francia,

de Lombardía, de Roma, de Provenza, de Alemania y de Inglaterra. Tambien, concluida esta division, habia enviado religiosos misioneros á Escocia, á Irlanda, á los paises del norte hasta la Noruega, al polo, y á Levante hasta Palestina.

Gregorio IX canonizó á Domingo el 13 de julio de 1234.

Despues de su muerte, reuniéronse los religiosos de su órden en París y en capítulo general para darle un sucesor, eligiendo como tal á Jordan de Sajonia que, quince años despues de estar gobernando la órden, declaró su resolucion de pasar á Tierra Santa y, embarcándose, naufragó y pereció con sus compañeros á la vista del puerto de Acre.

Durante su gobierno, se fundaron cinco conventos de predicadores en Palestina, y fuese aumentando de tal manera el número de dia en dia, que se vió tambien precisado á erijir cuatro nuevas provincias, á saber, la de Grecia, de Polonia, de Dinamarca y de Tierra Santa.

Sucediόle en el gobierno San Raimundo de Peñafort el que, habiendo sido elegido en el capítulo general que se celebró en Paris en 1237, redactó por escrito las constituciones, dióles una forma mejor y las dividió en dos partes. En seguida, en el primer capítulo general que celebró, hizo admitir una ordenanza en la que se prescribia que pudieran los generales dimitir su empleo siempre que les pareciese, viéndose obligada la órden á admitir esta dimision: por esto luego, aprovechándose de esta ordenanza, renunció al generalato en otro capítulo que celebró el año siguiente.

Diósele por sucesor á Juan de Waldefusen en Vesfalia, bajo el gobierno del cual la órden hizo nuevos progresos, habiendo fundado treinta y cuatro conventos. Hubo cincuenta y cuatro establecimientos bajo el generalato del beato Humberto, ciento veinte y cinco bajo el del beato Juan de Verceil, y el número de conventos se fué de tal modo multiplicando bajo los otros generales, que la órden llegó á dividirse en cuarenta y cinco provincias.

Uno de los empleos que en varias naciones ejercia un religioso de esta órden y que le daba mucha importancia, era el de inquisidor. No es este lugar á propósito para recordar de que modo, particularmente en España, cumplieron los dominicos con el triste y fatal privilegio de encargarse de la formacion de aquel tribunal que se llamaba *el santo tribunal de la fé.*

Pasemos pues todo lo concerniente á este punto. Nuestros lectores sabrán apreciar nuestra reserva.

San Pio V concedió tambien á esta órden la distincion de su presidencia á todos los religiosos mendicantes por su bula *divina dispositione* en 1568, y su

general obtenia en nuestra patria el título y honores de grande de España.

Aquí contaban tres provincias que comprendian 88 conventos de religiosos y 50 de religiosas sujetas á la provincia, con 7 á los ordinarios. De estas, la de Aragon contaba con 69 de religiosos y 16 de religiosas sujetas á la provincia y 4 á los ordinarios. Andalucía comprendia 56 de religiosos y 50 de religiosas de los que 10 estaban sujetos á los ordinarios y uno al prior de San Marcos de Leon de la órden de Santiago.

Hemos hablado ya del traje de estos religiosos. Preciso es sin embargo advertir que los hermanos legos se distinguian de los sacerdotes en que llevaban un escapulario y una capucha negras, mientras que los sacerdotes usaban el escapulario blanco no llevando la capucha negra por encima la capa mas que cuando salian ó estaban en el coro.

Los religiosos de España y Portugal habian siempre llevado capas pardas hasta en tiempo del general Auribelle que, luego de su eleccion en 1453, les obligó á usar las capas negras.

Las armas de la orden son chapé de plata y negro con un lirio fustado y una palma de oro puestos en aspa y atravesando de parte á parte; una estrella de oro y un libro sobre el cual hay un perro, puesta su pata sobre un mundo, y llevando en la boca una antorcha encendida, el escudo está decorado con una corona ducal, teniendo por cimera una tiara, una mitra, un capelo de cardenal, un báculo y una cruz patriarcal.

En Francia los dominicos eran llamados *jacobinos* porque su primera casa en París estuvo situada en la calle de *Saint Jacques*.

La orden de Santo Domingo lo propio que casi todas las órdenes no pudo evitar el cancer roedor de la relajacion. Algunos conventos se alejaron en diversas épocas de la observancia regular, faltando completamente al espíritu de su santo y piadoso fundador.

De aquí provinieron las reformas.

El primer reformador fué el general dominico Conrado de Prusia en 1389.

Una de las mas considerables reformas fué la de la congregacion de Lombardía, que empezó en 1418 el padre Matías Bonaparti de Navarra, el mismo que por la santidad de su vida escojió el papa para llenar la sede episcopal de Mantua.

Otra reforma habíase comenzado en Holanda en 1500 y otra tambien en Nápoles á fines del mismo siglo, así como una en Francia á mediados del siguiente.

Todas estas reformas sin embargo no consistian casi en nada mas que en abstenerse de la vianda, pero no de la renuncia á las rentas y posesiones, como dice el citado padre Heliot, que con escándalo de los fieles acumulaban ciertos conventos.

Por esto se formó á mediados del siglo XVII por el venerable padre Antonio la congregacion del Santo Sacramento que admitia en todo su rigorismo la regla dada por Santo Domingo.

II.

FUNDACION, GLORIA Y RUINA.

Para todo el que haya hojeado la crónica de Cataluña, será simpático y grande el nombre del obispo de Barcelona Don Berenguer de Palou.

Fué un dignísimo y preclaro varon.

Nombrado obispo en 1212, demostró en varias ocasiones su noble sangre, hízose digno de su alcurnia, correspondió al nombre ilustre que le legaran sus ascendientes.

Sacerdote y soldado á un mismo tiempo, los pueblos no tenian mas dulce ni mas benéfico pastor, los moros no tenian mas terrible ni mas decidido enemigo.

No solo favoreció con dinero contra estos últimos á los reyes de Aragon, sino que en persona y con muchos soldados compartió la gloria de las jornadas.

Hallóse el año de su eleccion en la de Ubeda con cuarenta de á caballo y mil peones favoreciendo con ellos al rey Pedro II; para la de Damiata dió al rey Don Jaime el conquistador cuarenta ginetes y ochenta infantes; en la de Bur–

riana se presentó con sesenta de á caballo y setecientos de á pié, y á la del castillo de Peñíscola fué con cuarenta caballeros y ochocientos peones. Tambien estuvo en la célebre espedicion de Mallorca con una galera, ciento treinta ginetes y mil infantes, y contribuyó á la de Valencia con gran número de tropa.

Y mientras la patria le debia estos servicios, no pocas familias elevaban por él contínuas bendiciones á los cielos. Solo diremos, tocante á su beneficencia, que mientras vivió dió de comer en su palacio diariamente, durante cada cuaresma, á ciento veinte y dos pobres, y que al morir dejó renta para dar de comer cada dia tambien á doce pordioseros.

Tal fué el hombre que á su paso por Bolonia, de regreso de la corte pontificia á donde le habian llamado importantes asuntos, prendose del celo apostólico de los hermanos predicadores y, simpatizando con la noble idea de Santo Domingo, quiso que su patria fuese una de las primeras en adoptarla. Así pues, consiguió que algunos religiosos le siguieran y, llegados á Barcelona, el prelado les proporcionó para establecer su convento cierta estension de terreno propio de Pedro Gruny y unas ócho ó diez casitas, junto al *call* de los judíos, en la que es hoy calle de Santo Domingo.

Sucedió todo esto en 1219.

Es tradicion que en la misma calle y en las mismas casas estuvo Santo Domingo á su paso por Barcelona de regréso á Italia.

Tres años hacia apenas que se habian establecido los padres Dominicos en la corte de los condes, cuando San Raymundo de Peñafort, natural del castillo de este nombre en Cataluña cerca de Villafranca, canónigo y arcediano hasta entonces de la catedral, tomó el hábito de la religion de Santo Domingo en la indicada residencia junto al *call*, el dia de viernes santo de 1222.

Poco despues de la toma de hábito de este ilustre catalan, honra y prez de la religion Dominica, los monjes viéndose muy reducidos en su monasterio y bastando apenas su estrechez para los individuos de la orden, impidiéndoles admitir á otros miembros, consiguieron que la municipalidad les cediese unas casas para construir nuevo convento en el lugar dó se elevaba una capilla consagrada á Santa Catalina vírgen y mártir.

En 1252 el templo estaba ya casi concluido, pero, faltos los religiosos de dinero para terminar la obra con tanta suntuosidad empezada, recurrieron al rey Don Jaime el conquistador que se obligó á darla fin en lo tocante á las paredes, techo, ventanas, vidrieras y demás que faltaba, obligándose á dar lo necesario del primer dinero que le llegaria de Tunez ó de Sicilia ó de otra cualquier parte. A mas, concedió para remate de la fábrica, un derecho impuesto

sobre las mercancías que se descargaban en el puerto de Barcelona. Ya tambien en 1223 el mismo rey habia otorgado á la órden el privilegio de estraer de la acequia condal toda el agua necesaria para el consumo de la casa y el riego de la huerta vecina, y por fin, para demostrar el cariño con que miraba á la órden, dió prematuramente el título de *real* al convento que se levantaba y que ser debia el primero de Dominicos de la provincia.

La obra estaba ya concluida en 1262.

Y si tanto debió el convento de Santa Catalina al obispo Palou y al rey Don Jaime, no debió menos á Don Berenguer de Moncada, ciudadano de Barcelona, el cual por la grande aficion que tenia á los religiosos les labró el dormitorio y las celdas, y cuando murió, dejó para dar fin á la fábrica tan gran cantidad de dinero, que con ella se hizo el claustro, refectorio, enfermería, hospicio y cocina. Mas aun, mandó que á su costa se hiciese en la iglesia del convento la capilla de Santa María Magdalena y en ella un sepulcro donde se le trasladó desde Sevilla, punto en que murió el 13 de noviembre de 1268.

Descansaba en la iglesia de Santa Catalina junto con su esposa Doña Blanca de Moncada.

En honra y memoria suya, los religiosos decian una misa todos los viernes del año.

Varones célebres cuenta en sus anales este convento. Los iremos citando por el órden que lo hace Diago, uno de sus cronistas.

En primer lugar el bienaventurado Fray Pedro Cendra, consejero de Don Jaime el conquistador y prior de Santa Catalina. Cuéntanse varios milagros que se suponen haber hecho este siervo de Dios. Habiendo en 1598 abierto su tumba y sacado sus huesos, acudieron á adorarlos en la iglesia del convento el rey de España Don Felipe III, su esposa Doña Margarita de Austria, su hermana la infanta Doña Isabel Clara Eugenia de Austria y el Archiduque de Austria Alberto, todos á la sazon en Barcelona.

Figura entre los religiosos notables de este convento Fray Pedro de Centellas, quien tomó el hábito de Santo Domingo siendo obispo de Barcelona por los años de 1244.

Digno es tambien de honrosa memoria Fray Berenguer de Castellbisbal prior un dia del mismo convento y que pasó á la isla de Mallorca cuando el rey Don Jaime partió con su ejército á conquistarla. Al regreso de la isla fué electo obispo de Gerona y fundó en esta ciudad el convento de Dominicos.

Hijo fué tambien de Santa Catalina, pues que en este convento tomó el há-

bito, Fray Bernardo de Muro obispo de Vich. A su muerte fué enterrado en la iglesia y en la capilla de Santa Ana. Murió en 1264.

Por este tiempo vivia aun Fray Arnaldo de Sagarra natural del territorio de Barcelona, varon notable, esclarecido en opinion y fama, que habia aprendido teología de quien la aprendiera Santo Tomás de Aquino, es decir de Alberto Magno. Era Fray Arnaldo provincial de toda España y confesor de Don Jaime primero, que se lo llevó consigo á la conquista del reino de Murcia, que se habia rebelado al rey de Castilla.

Un caso refieren las crónicas, al que hemos de dar lugar en este sitio por lo curioso, dejándolas á ellas mismas que nos lo relaten con su caracteristica sencillez.

«Estando ya el rey en Orihuela, llegaron dos almogávares de Lorca á media noche y diéronle aviso que los moros enviaban socorro á la ciudad de Murcia, y que iban ochocientos ginetes que llevaban dos mil acémilas cargadas, y dos mil peones bien armados que las seguian y que habian pasado por Lorca á puesta de sol. Partió desde luego el rèy y pasado ya el rio Segura llegó al amanecer á una alquería que está en el camino por donde los moros habian de pasar, entre la ciudad de Murcia y la montaña en el camino de Cartagena junto á un cerro, donde solian enterrar los reyes moros de Murcia. En este puesto mandó ordenar sus haces de manera que los infantes sus hijos estuviesen en la vanguardia y él en la retaguardia, con ánimo que aquel dia no solo se habia de pelear con los ginetes y gente que iba al socorro, pero aun con los que estaban en defensa de la ciudad, que era mucha y muy escogida gente.

«Advertir eso y el riesgo que en todo eso se ofrecia fué parte para que el rey saliese de la retaguardia para animar á los infantes y decirles que se acordasen cuyos hijos eran, y que como tales hiciesen lo que debian. Porque al que allí no lo mostrase con esfuerzo y valentía, jamás lo tendria por tal. Esta propia consideracion del riesgo de la batalla hizo tambien que antes de presentarla llamase á Fray Arnaldo para confesarse con él.

« Andaba entonces el rey mal herido de los amores tan sabidos de Doña Berenguela Alfonso, que era hija del infante Don Alfonso señor de Molina y Mesa, tio del rèy de Castilla. Puesto pues de rodillas á los piés de Fray Arnaldo, dijole las siguientes palabras, segun el mismo rey las reveló despues á algunos.

«— Ninguno está limpio de pecado. Téngolo yo tambien, y es el del hecho de Doña Berenguela, aunque confio que por él no daré en la venganza del Omnipotente ni pereceré en la batalla, pues desde agora propongo de estar

con ella sin pecado como el marido habita con su muger. El misericordioso Dios sabe que mi propósito en la conquista de este reino de Murcia es reducirlo á Cristo y hacer que aquí sea conocido y reverenciado, y que el riesgo en que me pongo es por engrandecer su santo nombre. Y así por esta vez levantará la mano de tomar venganza de mi pecado.

«Pidió dicho esto la absolucion. Y no queriéndosela dar el prudente confesor sin que tuviese propósito de apartarse de la dama, dijo el rey:

«— Yo entro en la batalla con propósito de vivir sin pecado mortal y de servir á Dios por un camino ó por otro.

«No quiso Fray Arnaldo absolverlo por parecerle que no tenia lo que se requeria. Aflijiose el rey por ello y aflijido le dijo:

«— Dadme á lo menos vuestra bendicion, ya que no me absolveis.

«Diósela Fray Arnaldo rompiéndosele las entrañas de compasion, y rogando á voz en grito por él al Señor que en tan varios encuentros de guerra lo guardase. Y Dios fué servido que mandando luego el rey sonar las trompetas, y desplegar las banderas, y salir ordenadas las haces, y acometer á los enemigos, se pusieron ellos en huida al primer encuentro, desandando lo andado y volviéndose al puesto de donde habian salido.»

Hemos querido contar este caso para hacer ver el influjo y la superioridad de que gozaban los frailes con respeto á los reyes y soberanos de la tierra.

Fray Arnaldo murió en 2 de noviembre de 1269.

Uno de los mas preclaros hijos de este convento, y acaso el mejor, fué sin disputa el justamente famoso Raymundo de Peñafort. Descendiente de una noble familia catalana, fué catedrático de lógica en Barcelona á los veinte años y pasó en seguida á Bolonia con objeto de dedicarse al estudio de la teología. Allí le encontró el obispo Don Berenguer de Palou y le instó para que volviese á Barcelona donde se le nombró inmediatamente canónigo y pavorde de la catedral, cuyas funciones llenó hasta el dia de tomar el hábito de Santo Domingo, segun hemos ya visto.

No referiremos todos los acontecimientos de su vida, rica en virtudes y en milagros: solo citaremos de paso algunos hechos que nos servirán para delinear la fisonomía de este santo varon, una de las glorias y celebridades catalanas.

En 1 de agosto de 1223 se le aparecia la Vírgen y le decia como era la voluntad de Dios que se instituyese una orden para redencion de cautivos. La misma vision tenian Don Jaime I y San Pedro Nolasco. Junto entonces con ellos San Raymundo, apresuró la formacion de la célebre orden de la Merced y él mismo vistió el hábito á Pedro Nolasco.

Por los años 1233 renunciaba San Raymundo el arzobispado de Tarragona y tambien el de Braga que con empeño queria que aceptase el papa Gregorio nono. No deseaba nuestro santo empleos ni distinciones. Bastábale su vida tranquila y retirada en el claustro de su convento de Barcelona.

Ya hemos visto en el capítulo anterior como fué tambien nombrado general de la orden, empleo que tuvo que admitir á pesar de sus reiteradas negativas, pero que no tardó en dimitirlo para volver á su retiro y soledad.

Reyes y papas se esmeraron en favorecer á Raymundo, en pedir sus consejos al santo catalan, cuya fama de saber y de virtud llenaba todo el mundo. Sabida cosa es tambien el celo que demostró durante toda su vida por la conversion de los infieles á la fé de Cristo y de como procuró que hubiese estudios de hebreo y árabe en Tunez y en Murcia, para que, aprendiendo estas lenguas las misiones, pudiesen mas facilmente los religiosos predicar á los infieles. A él se debe asimismo que Santo Tomás de Aquino compusiese su libro contra gentiles refutando y destruyendo sus principales errores.

Dejamos de contar por sabido de todos el caso aquel de su viaje de Mallorca á Barcelona sobre la capa negra de la orden que estendida sobre el agua le sirvió de buque, y pasamos tambien otros milagros que se refieren y se le achacan, todo para probar la santidad de su vida bajo todos puntos ejemplar.

Murió por fin en 1275 á una edad muy avanzada y fué canonizado por Clemente VIII en 1601.

Su túmulo estaba en la capilla de su nombre en la iglesia del convento de Barcelona y eran inumerables los milagros que se contaban crédulamente acaecidos por intercesion de San Raymundo despues de muerto. La tierra que habia junto al sepulcro creia el vulgo que tenia particular virtud para obrar milagros, curar enfermedades, remediar males y alcanzar beneficios, así es que muchos llevaban de ella continuamente consigo, otros la comian, otros se la bebian mezclada con agua. Un autor religioso dice que en trescientos años se habia sacado de aquel pequeño lugar tan gran cantidad de tierra ó polvo para curar distintas enfermedades, que si se juntaba no cabria en grandes profundidades y abismos.

De esta tierra maravillosa y en cuya virtud ciegamente se creia, dijo Leonardo:

Hay en esta peña fuerte
otra virtud escondida,
que al polvo esteril convierte
en instrumento de vida
de despojos de la muerte.

Venid á ver una mina,
cuya espantosa virtud
de lo que á la muerte inclina
produce vida y salud
con general medicina.
Todo lo trueca y convierte
sin que le instruya esa suerte
ninguna de las estrellas;
que mas virtud que hay en ellas
hay en esta *peña fuerte.* (1)

Sigue á San Raimundo de Peñafort en la lista de los varones ilustres del convento, Fray Pedro de San Ponce que floreció por los mismos años que el santo y que no es otro que aquel de quien cuentan las tradiciones que estando una noche en la iglesia de Santa Catalina de Barcelona, en compañía de algunos religiosos ancianos, vió los cielos abiertos y una luz muy clara que de ellos bajaba, no queriendo significar la luz otra cosa, segun sus propios comentarios, que la inquisicion que venia á alumbrar las tinieblas de la herejía con sus brillantes fulgores.

Citaremos tambien entre los hijos famosos del monasterio, á Fray Arnaldo Lul llamado el padre de los pobres, que es un bien honroso título; á Fray Ferrer de Abella, obispo de Barcelona; á Fray Jofre, descendiente de la ilustre familia de Blanes, discípulo de San Vicente Ferrer, que mereció por su elocuencia que los reyes y papas concediesen favores é indulgencias á los que á oir fuesen sus sermones; á Fray Juan de Casanova, natural de Barcelona y creado cardenal por premio á sus virtudes; á Fray Felix Fajadelli, confesor del rey de Aragon; á Fray Gabriel Cassasages que fué el que sostuvo la disputa pública contra los Franciscanos en Roma sobre la sangre de Cristo, de cuyo asunto hemos ya tratado; y por fin á Fray Arnaldo de Belvis, gran escritor y consumado teólogo.

Los anales de Santa Catalina nos dicen que se han celebrado en este convento cinco capítulos generales de la órden, diez y nueve provinciales y cuatro congregaciones.

Poseia el templo varias imágenes y pinturas de mérito, entre las cuales sobresalian una de Nuestra Señora del Rosario labrada en mármol blanco por Tomás Orsolino, que parece habia regalado San Pio V y hoy se venera en la iglesia del hospital de Santa Marta; un cuadro que representaba la venida del Espíritu Santo, pintura del catalan Don Antonio Viladomat; dos grandes

(1) *Rimas* de Leonardo pág. 402.

cuadros á los lados del presbiterio, uno de Santo Domingo de Guzman fundador de la órden, y otro de Santa Catalina vírgen y mártir titular del convento é iglesia; y finalmente otro cuadro en la sacristía que representaba á la divina Madre teniendo al niño Jesus en el regazo y que era reputado como una de las mejores obras del Ticiano.

Precioso era el templo con su arquitectura de estilo gótico, con su sola nave y con su grandiosidad que corria parejas con las mejores y mas renombradas fábricas de su género!

Precioso era tambien su claustro, elegante muestra del gusto y pureza del arte gótico, concluido á principios del siglo XIV y sin rival en Barcelona. Su pavimento estaba lleno de tumbas, lo mismo que de urnas sepulcrales las paredes. Moraban en ellas los restos de personas distinguidas, de personages y nobles ciudadanos respetados un dia por sus virtudes, valor, ilustracion ó nobleza.

Notábanse en particular tres sepulcros góticos en que yacian los despojos de otras tantas personas reales. En uno de ellos, adornado con prodigalidad de labores, descansaba el cuerpo del primogénito de un conde de Ampurias, infante de Aragon que moriria de tierna edad, segun las dimensiones de la urna y la estatua con traje infantil que se veia tendida sobre la tapa. Las otras dos urnas mostraban una bien labrada figura de tamaño natural cada una representando dos damas con corona en la cabeza. Descansaban allí Doña María Alvarez esposa del conde de Ampurias, y Doña Blanca, hijas naturales las dos del rey Don Jaime II de Aragon.

Sobre la segunda capilla inmediata á la sacristía lanzábase á los airés el esbelto y donoso campanario. Era sencillo pero del mas vistoso efecto. Remataba en figura piramidal y en sus aristas veíanse colocados unos tarugos de piedra en forma de conejos que, ademas de su bello aspecto, podian muy bien hacer veces de peldaños para subir á la cúspide. Cuan profundamente, esclama Piferrer, debió de resonar en las entrañas del edificio el primer golpe que echó abajo la piedra de la punta del agudo, lijero y sonoro campanario!

El convento de Santa Catalina fué uno de los que las turbas entregaron á las llamas durante la noche fatal que hemos descrito.

El fuego se habia detenido á mitad de su tarea como si se negara á concluir con la joya artística respetada por una serie de siglos. Los hombres mas decididos que el voraz elemento, decidieron llevar á cabo su ruina.

Aquel monumento, tesoro del arte, desapareció bajo la azada del jornalero.

Hoy el sitio que ocupaba es una vasta y pintoresca plaza mercado.



El 25 de Julio de 1835 las llamas devoran el convento de S.ta Catalina

MONTEARAGON.

(ARAGON.)

> Desde su lejana eminencia la belicosa mole de Montearagon nos convida á contemplar de cerca sus incendiadas ruinas. Conforme nos aproximamos á ella, atravesando la interpuesta llanura, el árido cerro sobre el cual se asienta, tapizado de menudas yerbas, se asemeja á una piel de tigre tendida á los piés de un monjer armado de punta en blanco, que tal parece el grandioso monasterio con su cintura de altísimos y rojizos muros y de imponentes torreones
>
> J. M. QUADRADO. -- *Aragon.*

I.

EL PUEYO DE DON SANCHO.



UERTO el rey Ramiro junto á los muros de Graus en la batalla que por los años de 1063 le presentara su deudo el rey de Castilla, sucedióle en el trono de Aragon y de Sobrarve su hijo Don Sancho I, que grande fama debia dejar en las crónicas é historias de incansable guerrero y cristiano capitan.

Estenso era ya el catálogo de sus victorias contra los sarracenos, cuando dispuso la conquista de Huesca, la *Osca* la ilerjete, la *villa vencedora* de los romanos, la cuna de los ambiciosos sueños de Sertorio, la ciudad que el amigo de Mario hubiera dado sin duda por rival á Roma á no cortar la carrera de sus colosales proyectos el puñal del traidor Perpenna en medio de la algazara de un festin.

Pesaba en aquel entonces sobre la ilustre Huesca el yugo del rey moro Abderramen, y bien comprendió Don Sancho que gran hazaña conseguiria si arrancaba á las huestes del profeta aquel baluarte, nido desde donde se lanzaban los moros como aves de rapiña sobre los cristianos de las vecinas comarcas.

Llamó pues el monarca de Aragon á todos sus caballeros y vasallos, comunicóles la empresa que con ayuda de Dios habia proyectado llevar á cabo, y vistiéndose la armadura de que apenas se desnudó en toda su vida, — tan seguidas y continuas fueron sus campañas, — empezó la bella y brillante serie de jornadas que debia dar larga honra é imperecedera prez á su nombre y fama.

Fué adelantando terreno de batalla en batalla, de conquista en conquista. A su órden, tres fortalezas ganadas levantaron su frente erizada de almenas para defensa de los cristianos que hacian la guerra en la comarca.

Fueron estas fortalezas Marcuello, Loarre y Alquezar, y las tres al erguirse sañudas, al presentarse como primera línea de circumvalacion, y al vomitar cada dia por sus herradas puertas torrentes de cristianos guerreros, auguraron al rey Abderramen la próxima pérdida de su disputada Huesca.

Era Alquezar por su fortaleza y sitio la llave y defensa de la entrada de Sobrarbe, colocada como se hallaba en un alto monte de donde se divide la sierra de Arbe por la ribera del rio Vero que atraviesa aquella montaña. Desde este lugar y de su fuerte castillo se hacia crudelísima guerra á los moros, corriendo y talando sus campos y huertas; desde allí fué ganando el rey Don Sancho toda la tierra que está á las faldas de la sierra hasta llegar al collado de Montearagon y dominar á Huesca, pudiendo plantar sus tiendas al pié de sus mismos muros.

Al verse dueño Don Sancho de aquella cúspide, al ver que habia completamente arrojado á los moros de las montañas siendo él el primer príncipe que les redujera á la tierra llana, al verse allí mismo llamado por los navarros para legítimo sucesor de aquel reino por muerte de su primo Don Sancho el noble, al ver que fortuna y victoria todo le sonreia, dejó que le sonriera tambien una idea y fué la de fabricar allí mismo, sobre aquella eminencia, un edificio que pudiese llevar impreso el sello de su doble pensamiento guerrero y religioso, un edificio que pudiese ser á un mismo tiempo castillo y monasterio, fortaléza y templo.

En efecto, el 13 de junio de 1085 empezaba á elevarse sobre Montearagon, corona de su cima, un edificio que del collado mismo en que nacia debia tomar su nombre.

Oigamos lo que dice una crónica.

«Hízose esta fábrica por dos fines, el uno para que sirviese de sagrado y refugio para los cristianos que cada dia peleaban contra los moros de Huesca, y el otro para que estuviesen allí religiosos que los animasen, confesasen, consolasen y ayudasen con consejo, oraciones y armas espirituales, como en San Juan de la Peña, en los principios de la recuperacion del reino, y en muchos años despues se habia hecho. Hízose á manera de fuerza, y tal que en aquellos tiempos era inespugnable, por estar sobre lo alto de un monte, fundado mucha parte dél sobre peña y piedra, y con muy gran coste y dificultad por el trabajo que se ofrecia en subir el agua y otros materiales á aquel puesto. Mayormente andando siempre con las armas en las manos, con rebatos continuos, escaramuzas, y peleas cuotidianas. Que cosa cierta es que así como los cristianos daban calor y priesa á la obra y castillo, de donde pensaban con toda seguridad conquistar á Huesca, habian de estorbarla los infieles con todas sus fuerzas; sospechando que habia de ser su total ruina una fortaleza tan grande á las puertas de su ciudad y de sus muros, llena de gente tan esforzada y animosa, y que peleaba por la fé de Cristo, por la patria, por la libertad, por la venganza de mil oprobios recibidos, por la recupèracion de sus antiguas posesiones y bienes.

«Acabose el castillo, prosigue la crónica, con sus muros y antemurales de á doce palmos de grueso, de ciento y veinte en alto, con once torres fuertes, puestas á trechos. Tenia una sola entrada y puerta con sus puentes levadizos, cadenas y otros ingenios que para la seguridad de semejantes castillos se suelen hacer. Habia plaza de armas, casa para los reyes, aposentos para capitanes y soldados, y habitacion muy buena para el abad y sus canónigos. Una de las torres estaba llena de armas. Teníale nuestro rey muy proveido de municiones y vituallas, y de todas las cosas que para tan grandes empresas, que desde aquel punto pensaba hacer, eran necesarias.»

Luego que la vió concluida, enamorado parece que quedó el rey Don Sancho de su obra. Así debe pensarse al ver, segun hallamos apuntados en las crónicas, los inmensos beneficios de que la dotó con liberal y pródiga mano.

Quiso en primer lugar que habitaran aquella nueva morada canónigos regulares de San Agustin, cuyo instituto movia entonces gran ruido en Francia y á los cuales era muy particularmente aficionado Don Sancho.

Dió tambien al templo el título de *Jesus Nazareno*, palabras que tenia siempre en su boca y que se hallan en casi todos sus privilejios una y mil veces repetidas.

Hízole pôr fin tantos y tan grandes bienes, segun otra crónica, y donaciones tan insignes y tantas, que no parecerá posible al poder que los reyes de Aragon tenian en aquellos tiempos. Dióle las décimas de infinitos lugares y tierras, muchas posesiones, las rentas de muchas iglesias; sujetole muchos monasterios con sus rentas, tierras, heredades y derechos. Es muy averiguado, dice un cronista, que á mas del edificio suntuoso que así en la casa como en la iglesia hizo, le situó renta en mas de ciento y diez y ocho lugares, iglesias tierras y monasterios, con todos los derechos que les pertenecian, y tuvo jurisdiccion espiritual y temporal en mas de noventa pueblos con poco menos de cuarenta mil ducados de renta.

Quiso en una palabra aventajar tanto el rey á Montearagon, que luego de tener allí canónigos regulares, prometió á su abad que entrada la ciudad que sitiaba, asentaria en aquel monasterio la silla catedral de Huesca, si bien esto no se cumplió, aun cuando intentó llevarlo á cabo su hijo Don Pedro, por el pleito que puso y ganó el obispo de Jaca. En cambio, Don Pedro dió al monasterio de Montearagon la capellania de la Azuda, que era el palacio real, y mandó hacer al abad de Montearagon capellan mayor y superior ordinario de aquella capilla.

Orando estaba Don Sancho una mañana en el templo obra suya, cuando vió en la puerta á un su camarero á quien habia mandado llamar para ir á recorrer todos los puntos avanzados y calcular el sitio que mejor pareceria para atacar á Huesca.

Acabó pues su oracion, y dejando á los canónigos que continuasen rezando para el triunfo de sus armas sobre las de Abderramen, salió con sus principales guerreros á visitar las avanzadas.

Recorriendo la línea, llegó á un cerro muy inmediato á la ciudad de donde eran los moros muy ofendidos, y reconociendo el muro, vió cierta parte de él mas endeble donde le pareció que se podria mas facilmente combatir.

En seguida empezó á dar disposiciones y levantó el brazo para señalar aquel sitio. Precisamente entonces una saeta enemiga disparada desde uno de los torreones que aun permanecen en frente del cerro, vino á clavársele bajo el brazo pues que su accion dejara descubierta la escotadura de la loriga.

Sintiose herido de muerte Don Sancho, pero desimuló con varonil ánimo y con reiterada fuerza de voluntad.

Arremolináronse todos los nobles á su alrededor para arrancarle la saeta, pero él se lo impidió. Demasiado conocia que la vida se saldria por la herida.

Dió orden para que en seguida y allí mismo se reunieran los caballeros y ri-

coshomes junto con sus hijos Don Pedro y Don Alfonso, y cuando á todos les tuvo convocados, hízoles con ademan sereno un discurso sobre los riesgos de la guerra y la oportunidad de nombrar un sucesor para cualquier evento. Acto continuo, tomoles el juramento de fidelidad al príncipe Don Pedro, obligóle á este á hacer en sus manos el voto de que no abandonaria el cerco hasta que la ciudad fuese ganada, y consolando á sus hijos y á los que allí estaban con singular esfuerzo y cristiana conformidad, arrancóse la saeta de debajo el brazo y rodó muerto sobre el cerro.

Desde aquel dia el cerro quedó llamado *el pueyo de Don Sancho.*

Fué su cadaver llevado á Montearagon y allí estuvo en el templo sin ser sepultado durante todo el tiempo del sitio, hasta que, ganada Huesca, se le trasladó á San Juan de la Peña.

Aun no tenia tiempo de haberse enfriado su cuerpo, cuando retumbaron las bóvedas del castillo-monasterio con los alaridos de las huestes que combatian en Alcoraz.

Brillante jornada fué!

Montearagon vió arremolinarse á sus piés cristianos y sarracenos, y, mudo espectador, esperó con ansiedad el grito de victoria de las huestes de su fundador, para lanzar por vez primera al viento sus campanas y entonar con sus voces de bronce, que despertaban los ecos de la montaña, el primer canto de gloria sobre el cadaver real amortajado en su seno.

Cantemos esta jornada.

II.

EL PALADIN DE LA CRUZ ROJA.

(BALADA.)

Apareced sobre los picos que como un collar de almenas bordan los Pirineos, bardos! Dibujad en el horizonte la silueta de vuestro cuerpo envuelto en su ta-

lar ropaje de anchos y clásicos pliegues, ceñid vuestras sienes con la rama del laurel, dejad que se desprenda sobre vuestros hombros la blanca cabellera, empuñad el harpa que canta á la alondra que saluda el dia, al ruiseñor que modula á la noche un himno misterioso, á la bella pensativa que sueña en amores junto á las márgenes del bullente arroyo, al guerrero proscrito que ve brillar en el zenit una pálida estrella y piensa en su patria esclava!

La patria es esclava, bardos! Pero no importa! Apareced, apareced en los picos de los Pirineos y preparad el harpa, el harpa de los amores y de las hazañas. Hoy es un gran dia, bardos!

Hoy es un gran dia. Pronto vereis una linea de rojo fuego como el que indica la cercanía de una inmensa fragua aparecer en el horizonte. Es el sol que rasgará todas esas montañas de niebla que ondulan misteriosas á vuestros piés posadas sobre el valle como un velo de gasa para proteger el himeneo de las flores. Cuando el velo se rasgue, se os aparecerá el valle como un boton de rosa que se abre para lanzar al aire sus aromas; los grupos de nieblas irán á coronar los mas próximos picachos; los enjambres de abejas volarán á sorber y libar las trémulas gotas de rocío olvidadas en los pétalos de las flores; el sol sacudirá su cabellera y ahogará la tierra con la lluvia de su polvo de oro. Mirad entonces, bardos!

Mirad entonces, bardos! Mirad y estremeceos! El guantelete de hierro ha herido el broquel y el broquel ha contestado con un gemido lúgubre. Su férrea voz ha ido retumbando sonora como el trueno que rueda por los espacios, despertando á su paso todos los ecos perezosos del valle, todos los ecos dormidos de la montaña. La patria ha llamado á sus hijos. Todos han abandonado sus moradas y corren á alinearse en falanges en la llanura. Para vigilar sus hogares han dejado sus madres y sus novias. La victoria es la madre del soldado, la espada es la novia del guerrero. Buenos amantes son, son buenos hijos!

Buenos amantes son, son buenos hijos! Ya está dicho. Miradlos sino, oidlos

sino! Han jurado ante todos los que viven, han jurado ante todos los que duermen en la tumba, no soltar las espadas que sus manos elevan al cielo, mientras estas mismas manos no caigan cortadas por el alfanje sarraceno. Salud, nobles de Aragon! Los bardos os saludan!

Os saludan y os cantan. Llanura de Alcoraz, tú te has estremecido al paso de los guerreros, tú les has sostenido en el combate, los frutos de tu tierra han sido fecundados con sangre mezclada de moros y cristianos. Llanura de Alcoraz tú has visto nacer á cien guerreros, tú has visto nacer á cien familias. Sepulcro y cuna has sido á un tiempo, llanura de Alcoraz!

Sí, sepulcro y cuna has sido! Pues qué, no murieron en tu jornada los valientes entre los valientes?... Pues qué, no datan de tu dia las glorias de Aragon? no se enorgullecen sus mas preclaras estirpes de haber brotado fecundadas con la sangre de Alcoraz?... Digna, heróica jornada!

Digna, heróica jornada! En el fondo de la montaña el torrente nace de una peña con un rugido y se precipita y salta y rueda espumoso y empieza su carrera salvage: así se lanza repentinamente el ejército moro por la puerta de Huesca á la llanura. Quiénes son aquellos ginetes envueltos en sus blancos alquiceles que corren á su encuentro?... Mas inumerables son que las estrellas del cielo, que las arenas del mar. Son los moros que mandados por tres reyes acuden en ausilio de la sitiada Huesca. Y aquellos otros hombres que van mezclados con ellos y pertenecen sin embargo á distinta raza?... Cristianos son que les apoyan, cristianos aliados que manda un conde de Castilla....

Un conde de Castilla!... Un conde de Castilla con los moros contra sus hermanos!... Ay! Sí!... Lloradlo, bardos!... La llanura de Alcoraz se ha convertido en un revuelto mar de turbantes; dispersos por aquel mar se ven grupos de cristianos como puntos négros, como si fueran rocas resistiendo el embate de las olas pero próximas á ser sepultadas por las aguas. Ay! muchos, muchos son los moros! Y sin embargo, para todos es hombre Don Pedro.

Para todos es hombre Don Pedro, el que ha jurado á su padre moribundo no abandonar el cerco sino vencedor ó cadáver, el que ha jurado sobre el cuerpo de Don Sancho y ante el altar de Montearagon hacer correr rios de sangre sarracena en venganza de la muerte que ha dado al rey mas noble la mas traidora saeta disparada de un adarve. Noble y valiente es Don Pedro!

Noble y valiente es, pero no lo son menos los que combaten á su lado dos contra ciento, uno contra veinte. Aquel que pelea en la vanguardia y se hace un muro de cadáveres enemigos, es Don Alonso el hermano del rey, el que debe un dia ocupar el trono. Aquel otro es Gaston de Biel de quien descendieron los Corneles, el otro Barbatuerta que dió origen á los Corellas. Mas allá, aquellos dos combatientes que se divisan por su estrangera armadura y se hacen notar por su invencible espada, son dos hijos de un emperador de Alemania, atraidos entrambos por la piedad como peregrinos al sepulcro de Santiago y de allí como aventureros al cerco de Huesca. Llámanle al uno Conrado y al otro Maximiliano....

Maximiliano, aquel del que desciende la noble prosapia de los Jimenez de Urrea. Corto es el número de los hombres de Don Pedro. Es solo un puñado, pero un puñado de héroes. Allí Ferriz de Lizana, allí, Briocalla, y Ladron, y García de Trujillo, y Lope y Gomez de Luna, y Jimeno Aznares de Oteyza, y Sancho de la Peña, y otros y otros, todos haciendo prodijios de valor, todos peleando como leones acorralados... Y aquellos?... Ay! mirad aquellos? quiénes son aquellos?

Aquellos son trescientos hombres cubiertos de salvajes pieles, armados de herradas mazas erizadas de puas que destrozan los cráneos sarracenos mal protejidos por los débiles turbantes, y que hienden las huestes como una muralla de bronce gritando ó mejor rujiendo á todos los que caen á sus piés, triturados por sus terribles mazas: Huid, huid! somos los hijos de las montañas!

Los hijos son de las montañas en efecto. Trescientos montañeses al mando

de Fortun de Lizana que redime á fuerza de hazañas la culpa que le valió un destierro en el anterior reinado y que desde la jornada de Alcoraz unirá á su nombre el de *Maza de Lizana*. Pero silencio! silencio! que es eso?.. Bardos, no veis?...

No veis á un caballero de refulgentes armas con cruz roja en el pecho y en el escudo que de pronto ha aparecido entre los cristianos montado en un caballo blanco como la nieve?... Quién es? Todos le miran y nadie le conoce. Cómo ha llegado allí? de dónde viene? Y aquel otro caballero que le sigue á pié con cruz roja tambien en el pecho y en el escudo? Nadie le conoce tampoco. Los dos hacen prodijios, pero el ginete, el ginete sobre todo!

Sí, el ginete sobre todo. Penetra y se desliza por entre los mas apiñados escuadrones como si fuera una sombra; todos los que toca con la espada á diestra y siniestra caen muertos á sus piés; su armadura repele todas las saetas y los alfanjes que caen sobre su casco ó escudo se rompen como cañas. Diríase que un poder misterioso le proteje. Marca su paso una larga hilera de muertos. Oh! cuántos muertos!

Cuántos muertos! Treinta mil entre todos duermen, para no mas despertar, en tu ensangrentada superficie, llanura de Alcoraz. Cuatro reyes yacen entre los cadáveres, cuatro reyes cuyas ensangrentadas cabezas han de ser el pendon que guie de hoy mas á la victoria á los valientes aragoneses. Cuántos muertos y cuánta sangre, bardos! Don Pedro es el vencedor. Viva Don Pedro!

Viva Don Pedro! Huesca es suya, la ha ganado con la sangre de sus valientes vertida á arroyos en la llanura de Alcoraz. Gritad, clarines y atabales; gloria á Don Pedro! Cantad, campanas de Montearagon: Gloria á Don Pedro! Repetid todos los ecos del valle y de la montaña: Gloria á Don Pedro!... Va á empezar el repartimiento del botin, la distribucion de mercedes..

Va á empezar la distribucion de mercedes y todos los ricoshombres se pre—

sentan. — Y el caballero de la cruz roja? el que ha hecho prodijios en la batalla? el que ha matado él solo mas sarracenos que todos los ricoshombres juntos? Oh! dónde está ese guerrero misterioso, el que en todas partes ha sido visto con su caballo blanco y su cruz colorada? Buscadme al guerrero de la cruz; por vuestra vida que me lo busqueis, señores!... Y los nobles, obedeciendo solícitos el mandato de su rey, le buscan, le buscan...

Le buscan y no le encuentran. Solo han hallado á su compañero el que iba á pié tras su caballo, quién, atónito, admirado, suspenso, vuelve á todas partes los ojos y pregunta por Antioquía, pregunta por los cruzados, pregunta por el campeon misterioso que aquella mañana al ir á empezar en la Tierra Santa el asalto contra Antioquía, le invitó á montar en la grupa de su caballo blanco para entrar en la batalla.... Milagro! Milagro!

Milagro! milagro! Esta palabra es la que corre de boca en boca, es la que llega á oidos del rey. El caballero de la cruz roja era San Jorge, el mismo San Jorge que en un momento y por los aires habia trasladado á un cruzado catalan, á un Moncada, de los campos de la Tierra Santa á la llanura de Alcoraz, del cerco de Antioquía al de Huesca. El rey cae de rodillas con su ejército y da gracias al campeon San Jorge.

Al campeon San Jorge cuyo nombre fué desde entonces el grito de guerra de los cristianos aragoneses, y cuya cruz colorada con las cuatro cabezas de jeques moros recojidas en el campo de batalla, sirvieron de blason á la monarquía hasta que lo trocó por las sangrientas barras catalanas. Tal fué la jornada de Alcoraz.

Jornada de Alcoraz, hermosa epopeya de nuestra historia, cántente los bardos que se alzan envueltos en las nieblas sobre los picos de los altos Pirineos, lóente los peregrinos que, de rodillas sobre el pavimento de Jesus Nazareno, al alzar los ojos al cielo, ven colgadas las banderas de los moros en las bóvedas de Montearagon!

Montearagon!... Ay! Ya no existen las banderas.... ya no existe Montearagon. Solo quedan en pié algunas humeantes paredes para recuerdo de su nombre y de su gloria.

III.

OTRA JORNADA.

Apenas las puertas de Montearagon se abrieron para dar paso al cadáver de Don Sancho que hubo el templo en depósito hasta mucho despues de la entrada de los aragoneses en Huesca, tuvieron á no tardar que volver á abrirse para recibir otro cadáver real que allí se enviaba á dormir su eterno sueño.

Los que tan triste ofrenda hacian á Montearagon, los que allí condujeron los restos de un rey ilustre, encargaban al abad que los hiciese enterrar en secreto y que guardase el mayor silencio por el pronto sobre aquel enterramiento.

Prometiólo el abad, y los que habian acompañado el cadáver se retiraron satisfechos.

Mientras no quitaron el sello del juramento que ligaba los labios del abad, nadie supo que allí durmiese su postrer sueño el rey Don Alfonso *el batallador*.

Ignoróse pues por algun tiempo, pero era que importaba á los intereses de toda una nacion que se ignorase.

Veamos como.

Por muerte de Don Pedro, sucedido habia en el trono de Aragon Don Alfonso su hermano, que, digno rey y digno guerrero, no pensó mas que en engrandecer los límites de su reino conquistando pueblos y castillos á los moros.

Largo era ya el catálogo de sus hazañas cuando, infatigable por añadir nuevas glorias á las de sus célebres hechos de armas, intentó Alfonso llevar la

guerra á los moros que aclimatados en la parte de poniente, ni ponian coto á sus correrías ni perdonaban medio para hacer daño á los pueblos comarcanos.

El Ebro vió entonces bajar por su corriente una numerosa flota compuesta de buzas y galeras en las cuales iban acompañando al rey el obispo de Zaragoza Don García Guerra, el de Pamplona Don Sancho, el de Huesca Don Arnaldó, el de Tarragona Don Miguel y el de Calahorra Don Sancho. No faltaban tampoco junto á los hombres de iglesia los hombres de guerra, y Alfonso contaba entre los que en su compañía iban á emprender nueva campaña y nuevos peligros, al conde de Alperiche, señor de Tudela, al vizconde Centullo de Bigorra, á Garci Ramirez señor de Monzon, á Lope Garces, Pelegrin de Alagon, Sancho Juan señor de Huesca, Casal, Pedro Tizon, Gaston de Biel y Juan Gahindez.

Entrose el Batallador por las riberas del Cinca y del Segre y declaró guerra á los reyes de Lérida y Fraga.

Varias escaramuzas tuvieron lugar y el Dios de las batallas protejió siempre á los fieles.

No tardaron mucho los soldados de Alfonso en presentarse ante las murallas de Mequinenza — la *Octogesa* de Cesar — y en sentar allí sus reales poniéndola estrecho cerco. Largo tiempo transcurrió en inútiles tentativas, y empezaban ya á desalentarse los cristianos viendo que cada dia los moros les fatigaban con peligrosas salidas.

Una mañana el obispo de Calahorra se presentó al rey.

— Señor, — le dijo, — esta noche se me ha aparecido en sueños la Vírgen Santísima y me ha dicho que intentásemos el asalto como buenos que venceríamos como cristianos. La proteccion del cielo nos es favorable, que aguardamos pues, señor?

La nueva se difunde, el celo religioso mueve á los guerreros, ármanse apresuradamente, la esperanza y la animacion reinan en el campo. Alfonso es el primero en blandir su vencedora espada y jura solemnemente no volverla á envainar hasta que sean sus tropas dueñas de Mequinenza, hasta que la bandera de la fé tremole en los baluartes en que ondea la enseña de Mahoma.

Avanza el ejército en buen orden, se da la señal de ataque y entonces se conmueven como si un estremecimiento eléctrico corriese por todos los cuerpos y brillan á la luz del sol millares de armas.

Haciendo proezas y sucumbiendo al crecido número de sus heridas, muere al pié de la muralla el bravo Garci Casal.

Si el ejército entonces hubiese por un momento suspendido su encarnizado combate, si los ojos de sitiados y sitiadores se hubiesen fijado en el guerrero que como bravo y como bueno acababa de perecer, hubieran visto á tres caballeros aragoneses precipitarse sobre el cadáver, abrazarle con entusiasmo y estender sobre los sangrientos despojos las puntas de tres espadas—vírgenes aun en aquel combate—y jurar á la faz del cielo vengarle ó morir en la demanda.

Eran estos el adalid del rey Pedro de Biota y sus amigos Iñigo Fortuñon y Jimeno Garces, tres hermanos de armas que acababan de ver morir á sus ojos á otro hermano, el primero de ellos que como héroe sucumbia.

Entonces, pasada esta triste cuanto breve escena, los tres se lanzaron con ardor á las murallas, los tres fueron los primeros en pisar el enemigo territorio, y mientras Garces y Fortuñon describian anchos círculos con sus espadas postrando á sus piés á los mas atrevidos, el adalid del rey, el valiente Pedro de Biota clavaba en el lienzo de la derruida muralla la victoriosa enseña del Batallador.

Garci Casal fué vengado y Mequinenza cayó en poder de los cristianos.

Aquella misma tarde el rey saliéndose del campo se dirijió á Mequinenza para hacer allí su solemne entrada; á la puerta de la ciudad encontró á los tres guerreros que tanto se habian distinguido en el asalto, que tan intrépidamente se habian portado, que tantos enemigos habian muerto.

—Como buenos habeis guerreado—díjoles el monarca,—y en premio y recuerdo de tal hazaña, daros hé el castillo de Nonaspe en la ribera de Matarraña. Alfonso admira á los valientes y premia á los héroes.

Ufano con su conquista, el rey tomó el camino de Fraga diciendo que con ayuda de Cristo habia de entrar en aquel pueblo lo mismo que en Mequinenza.

Sentáronse sobre Fraga los reales de Alfonso en el mes de agosto de 1133. Pronto sin embargo empezaron las lluvias y el invierno se presentó sañudo y crudo; el rey entonces mandó levantar el sitio y envió á invernar sus tropas.

Tenaz era el Batallador en sus propósitos; volvióse á poner al frente de sus soldados á principios del siguiente febrero y de nuevo se dirijió á Fraga pasándose en escaramuzas los meses de marzo y abril.

Nada tímidos los moros pues no les faltaban hombres, ni valor, ni aprestos para la guerra, cada vez eran mas atrevidos, cada vez hacian mas alarde de su fuerza, cada vez, mas terribles en su odio, se dirijian al campo cristiano y trabábanse sangrientas escaramuzas.

El rey de Lérida Abengamia juntó grandes huestes y se dirijió al socorro

del rey de Fraga: entonces se trabó la batalla ante los muros mismos de la ciudad. Reñida fué y sangrienta; perecieron en ella muchos cristianos, pero no fué menor la pérdida de los infieles; el cerco sin embargo no se levantó.

Partióse Alfonso á la raya de Castilla llegándose hasta Soria para juntar nuevas gentes, y aprovechando los moros aquella tregua, volvieron á sus correrías talando la comarca de Monzon. Sabedor de ello el rey Alfonso y confiando siempre con su buena estrella, no esperó á que de nuevo se hubiesen juntado tropas con que presentarles reñida batalla, sino que con solo el escaso número de cuatrocientos caballeros, nuevamente se dirijió sobre Fraga.

Ansiaba dar una nueva leccion á los moros, y no creia en verdad que la estrella que siempre pura y luciente habia brillado en todos sus hechos de armas menguase entonces su luz.

Supieron los moros que contra ellos se dirijia el Batallador con mucha menos gente de la que se creyó en un principio, y confiados en el imponente número de sus fuerzas, determinaron no esperar al cristiano, sino que resolvieron salirle al encuentro.

Hiciéronlo así en efecto.

La víspera de la batalla, el adalid del rey encontró á un cuervo posado sobre el capacete del monarca y afligido y tembloroso acercóse al Batallador y le comunicó la nueva, pero no era hombre Alfonso que hiciese caso de agüeros.

A la mañana siguiente un numeroso ejército se presentó ante el peloton de valientes que seguian á Alfonso. Este, conociendo el peligro, volvióse á los suyos y les habló en estos términos:

—Acordaos, caballeros, que sois cristianos y acometed al enemigo con vuestra nunca desmentida valentía; acordaos que el atrevimiento os servirá de reparo y que en el miedo está vuestra perdicion. Saldreis de este aprieto con el hierro y con la fortaleza, y si á vuestra valentía no ayudare la fortuna ni Dios que todo lo puede y que nunca deja á los suyos en semejante aprieto, procurad á lo menos vender caras vuestras vidas y no hagais con rendiros afrenta á vuestro valor y fama; morid antes como buenos con las armas en la mano y con el esfuerzo que conviene.

Alfonso fué el primero, dicho esto, en acometer á los enemigos. Vinieron todos á las manos y el combate fué el mas sangriento de que ha quedado memoria. Siempre era la espada del Batallador la que primero se levantaba para herir; en todas partes estaba valiente é infatigable, y como su rica sobreves-

ta y sus lucidas armas le hacian distinguir de los demás caballeros, á él asestaban con preferencia sus golpes y tiros los enemigos.

Indecisa estuvo largo tiempo la victoria, pero la suerte de las armas empezó á favorecer señaladamente á los moros que si menos valientes, eran mayores en número.

Peleaban los fieles como héroes; en lo mas recio del combate y cuando ya casi estaba declarada la batalla, Don Gomez de Luna, el mas aguerrido de los caballeros, se encontró con el rey, el mas valiente de los héroes.

—Qué hacemos ahora, señor? —le preguntó.

—Morir! —contestó Alfonso hendiendo en dos mitades la cabeza de un enemigo.

Al poco rato el de Luna habia ya muerto.

Por fin, ya el estrago no podia ser mayor ni la batalla podia por mas tiempo prolongarse. Centullo de Bearne, Lope Casal y Aymeriche de Narbona cayeron casi á un tiempo sirviendo de escudos á Alfonso, y aflijido este de ver morir á sus mas bravos soldados y sintiendo correr por sus mejillas lágrimas de encono al verse por primera vez vencido, juró que no sobreviviria á su derrota y arrojándose entre las filas enemigas hizo lo que á Don Gomez de Luna dijera momentos antes..: morir!

Casi todos los caballeros que acompañaban á Alfonso murieron con él, salvándose muy pocos y entre ellos el senescal de Cataluña Don Guillen Ramon de Moncada que habia tendido á sus piés á mas de un enemigo y que no poca parte tomara en aquella funesta jornada.

Algunos de los que sobrevivieron, recorrieron la misma noche el campo de batalla hasta que, encontrando el cadáver del rey, lo trasladaron al monasterio de Montearagon á cuyo abad, segun hemos visto, encargaron el mayor secreto sobre la muerte.

Era que sabian haber hecho el rey un raro y estraño testamento, pues á mas de legar algunas poblaciones á varias iglesias y monasterios, dejaba y declaraba por herederos y sucesores de sus reinos y señorios al santo Sepulcro de Jerusalen y á los que tenian cargo de su guarda y custodia, y al hospital de los pobres y caballeros del Temple que allí residian.

Los buenos nobles que su cadáver recogieron, sabedores de su última disposicion, quisieron guardar secreta su muerte hasta que, consultando con los principales del reino, pudiesen tomar sus medidas, pero sin embargo la noticia del fallecimiento de Alfonso se esparció con la de la pérdida de la batalla, y el reino se alborotó y hubo gran division entre los ricos hombres.

Todo el mundo sabe como se recurrió despues de grandes debates al hermano de Alfonso que era monje en el monasterio de San Pedro de Tomeras.

Ramiro llamado *el monje* sucedió pues en el trono á Alfonso *el batallador*.

IV.

EN EL DIA.

Un elevado sitio ocupa Montearagon en el catálogo de las fundaciones monásticas, pues que ricos recuerdos de gloria van unidos á su nombre.

De allí salian los monarcas para la victoria y volvian siempre con ella; sangre real circulaba por las venas de muchos de sus abades y era obligacion suya visitar personalmente cada dos años al sumo pontífice que confirmaba su eleccion; y á últimos del siglo XVI, cuando fueron desmembradas las pingües rentas de Montearagon, bastaron casi para la creacion de dos obispados, los de Barbastro y Jaca, sin desaparecer por esto la espléndida abadía.

Tenia este santuario muy buenas capillas, sacristia, coro, claustros y una iglesia que llamaban Nuestra Señora debajo de tierra. En medio de esta iglesia hácia la parte del evangelio, habia algunas sepulturas de príncipes entre las que descollaba la de Don Alfonso el batallador (1).

Tuvo, segun hemos dicho, famosos abades y de familias reales.

Fué el primero Don Berenguer, hijo de Don Ramon Berenguer y hermano de Don Alfonso II, el que se vió sucesivamente nombrado obispo de Zaragoza, de Lérida y de Huesca.

(1) El cadáver de este príncipe fué, cuando la estincion de las órdenes monásticas, trasladado á Huesca donde se trataba de fabricarle una sepultura de mármol en el claustro de S. Pedro.

Don Fernando de Aragon, hijo tercero del rey Don Alfonso II, fué abad de Montearagon hasta 1242; estaba enterrado en la iglesia del monasterio. Dió este abad mucho que hablar al mundo y á la historia. Tio de Don Jaime llamado despues *el conquistador*, quiso disputarle el trono cuando era el rey de menor edad, y, logrando que varios ricoshombres de Aragon se interesasen por su causa, promovió grandes disturbios en el reino. Su ambicion no conocia límites. Vivia como caballero mas bien que como eclesiástico y era aficionado á aventuras y galanteos.

Figura asimismo entre los abades Don Juan de Aragon, hijo del rey Don Jaime II, despues arzobispo de Toledo y últimamente de Tarragona con título de patriarca alejandrino. Fué este un varon preclaro é insigne, gran predicador y teólogo, y atribúyensele no pocos milagros. En Cataluña fundó el célebre monasterio de Cartujos de *Scala Dei*.

Abad de Montearagon hallamos tambien á otro Don Juan de Aragon hijo del rey Don Juan el II desde el año 1464 hasta el de 1473 que permutó por la encomienda mayor de Alcañiz con Don Juan de Rebolledo.

Fuelo asimismo Don Alonso de Aragon hijo del rey Don Fernando el Católico y arzobispo de Zaragoza. En su tiempo acaeció un incendio en la iglesia, quemándose el altar mayor y mucha parte de ella y salvándose como por milagro un magnífico cuadro representando á Jesus Nazareno. En seguida mandó Don Alonso qué se hiciese á sus costas un retablo mayor de alabastro. Desconocida mano de artista lo labró y fué en verdad un magnífico trabajo. En el primer cuerpo ó pedestal veíanse esculpidos en cinco pasajes, la predicacion de San Victorian en medio de sus monjes, la soledad de la Vírgen con su Hijo difunto en los brazos, la adoracion de los reyes, la degollacion de los inocentes y la resurreccion. En el centro del cuerpo principal figuraba la escena del juicio universal y á los lados la transfiguracion y la asuncion; preciosos doseletes sombreaban estos cuadros, afiligranadas pirámides daban á la obra gracioso remate y ceñianla elegantes pulseras con los blasones del infante (1).

Finalmente, fué el último abad de Montearagon de la casa real Don Alonso de Aragon hermano del arzobispo Don Fernando y nieto del rey Católico. Murió hallándose en las cortes de Monzon de 1552 y fué trasladado su cuerpo á la iglesia de su monasterio.

Segun los anales, han salido de esta casa muchos obispos y tres arzobispos de Zaragoza, Don Pedro Lopez de Luna, Don Juan de Aragon y Don Alonso de Aragon; dos cardenales, el uno Don Juan Martin de Murillo, que primero fué

(1) Sabemos que este precioso retablo se halla actualmente en Huesca.

prior y canónigo de Nuestra Señora del Pilar, despues abad de Montearagon y últimamente cardenal de la iglesia romana, y el otro Don Cárlos de Urries y no pocos hombres doctos é ilustres en virtudes, en santidad y en letras.

Mientras que tanto ha figurado este monasterio en el pasado, favorecido por nuestros reyes que, como si les fuese legado por herencia, iban uno tras otro á deponer allí su ofrenda, en el dia yace mudo y solitario encima de su aislado peñon convertido en un monton de ahumadas ruinas.

El viajero que lo visita con el alma oprimida de dolor, atraviesa solitarias estancias, claustros reducidos á un monton de escombros entre cuyas ruinas aun pueden leerse antiquisimas inscripciones, y si llega al panteon no ve mas que amontonadas piedras donde ni restos descubre de las regias y principales tumbas que contenia.

Cómo llegó Montearagon á este punto? qué mano atrevida osó romper sus cicopleas paredes, destruir aquel castillo y casa de oracion levantada durante los ocios de un asedio por un rey cuya memoria respeta la historia? quién se atrevió á derruir tanto recuerdo, tanta gloria?

Quién?... El incendio.

Despues que 1835 hubo herido de muerte á las órdenes monásticas, Montearagon fué arrendado ó vendido á un particular que convirtió el histórico edificio en un almacen ó depósito de paja y heno. Un descuido hizo que se prendiera fuego á la paja, y los muros fabricados por los conquistadores de Huesca crujieron de indignacion una noche al ver asomar las llamas, rojo plumero de sus torres.

La fundacion del rey Don Sancho, castillo ilustre un dia, monasterio célebre despues, casa de armas y de oracion á un tiempo, tesoro de recuerdos, morada de soberanos, panteon de reyes, ha sido en nuestros dias un almacen de paja y, devorado por las llamas, es hoy un monton de ruinas.

Que dirian nuestros antepasados?... qué dirán nuestros descendientes?.....







Incendio del Monasterio de Montearagon.

NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED.

(BARCELONA.)

San Raimundo.

El regio alcázar que lejano visteis
junto á ciudad antigua y populosa,
la proteccion revela que María
dispensara á la escelsa Barcelona.
¿Veis cual en ella un edificio se alza,
modelo en lujo y elegantes formas,
de caridad y de pureza asilo
donde á la Virgen el devoto invoca?
En él varones santos se dedican
á rogar por la raza pecadora;
allí Nolasco al frente de esos justos
ordenará falanje religiosa,
que donde gima un mísero cautivo
la caridad del prójimo socorra.
Ya de esclavos cristianos desprovistos
los morunos mercados y mazmorras
miro.... ¡oh placer! al padre y al consorte
vuelven á ver el huérfano y la esposa,
la madre abraza al hijo envejecido,
la triste patria defensores cobra.

. . . .

. . . .

El rey.

Mi escudo ennoblezca la nueva milicia
que el cielo propicio nos manda formar,
la doy privilegios, perenne franquicia,
la nombro órden sacra, real, militar.

JOSEFA MASSANÉS DE GONZALEZ.—*La vision del rey Don Jaime.*

I.

LOS MERCENARIOS



ARCELONA se vanagloriará eternamente de haber visto nacer, crecer y robustecerse en su seno la real y militar órden de Nuestra Señora de la Merced para redencion de cautivos.

Es uno de los mas bellos y mas honrosos timbres que posee la heróica capital del Principado.

Nada mas hermoso, nada mas sublime, nada mas santo que el objeto de la milicia mercenaria.

Caballeros unidos por un lazo de fraternidad anudado por la religion, solo piensan en romper las cadenas á los desventurados cristianos que gimen

en húmedas mazmorras; ellos son los que acuden solícitos para ocupar el sitio de los pobres cautivos, ellos los que tienen por divisa *Vincula me manent,* las cadenas de los cautivos me pertenecen, la servidumbre es mi herencia; ellos — como brillantemente ha dicho la trovadora catalana Doña Josefa Massanés de Gonzalez en un precioso poemita sobre la institucion de la órden, —

ellos al pobre, al triste peregrino,
al apestado, al náufrago infelice,
al cautivo en su mísero destino,
consuelos prestan, que el Señor bendice.
Y parten en galeras remadoras
que á los rescates solo dedicadas,
oro llevando á los ciudades moras
vuelven de fieles libres recargadas.
Ellos equipan flotas y bajeles,
y con las bravas huestes que levanta
el joven rey D. Jaime, en contra infieles
parten tambien á la cruzada santa.
Y el buen Nolasco, crea, apresta, enciende,
la caridad cristiana amortiguada;
vese el poder celeste en cuanto emprende
y la gracia de Dios en su mirada.
Y por su fé y su amor, desde la gloria
la Reina de los ángeles, propicia
el laurel perenal de la victoria
prepara para el rey y su milicia.

Contemos la historia de la orden, pero contemos al mismo tiempo la de su fundador, que sin la una no puede ir la otra.

Pedro Nolasco, descendiente de una ilustre familia del Languedoc, nació el año 1189 en el país de Lauraguais y en un lugar llamado *le Mas de saintes Puelles*, á una legua de Castelnaudary.

«No fué sin misterio, dice la *Historia de la orden de la Merced,* que Nolasco nació el primer dia de agosto, consagrado á las cadenas del apostol San Pedro, y que se le llamó Pedro en el santo bautismo que recibió en una parroquia dedicada á San Pablo. Dios quiso marcar por todas estas circunstancias que Nolasco seria un dia cargado de cadenas por los turcos, como San Pedro su patron lo fué por Herodes, y que seria la piedra fundamental del edificio espiritual de una nueva orden en la cual, á ejemplo de San Pablo, seria el cautivo de Jesucristo por la grandeza y esceso de su caridad.»

No faltan autores, y entre ellos Bernabe Monsalvo, que suponen á Nolasco nacido en Barcelona, pero es opinion equivocada y probado está suficientemente que fué el santo oriundo de donde hemos dejado dicho.

Desde niño fué educado como noble, y dedicado á la carrera de las armas y habiendo perdido á su padre á la edad de quince años, quedó bajo la tutela de su madre que hubiera querido casarle de una manera conveniente á su linaje, pero encontró un invencible obstáculo en los sentimientos del joven que mas pensaba en las cosas del cielo que en las efímeras de la tierra.

Sin embargo, su celo contra los albijenses le impelió á seguir las banderas de Simon conde de Monfort, general de la cruzada contra los albijenses. Militó algun tiempo bajo las banderas de este conde, precisamente cuando Pedro II de Aragon murió en la batalla de Muret dejando prisionero de Monfort á su tierno hijo Jaime, el que mas tarde debia asombrar al mundo con sus conquistas.

Compadecido el de Monfort de la desgracia y poca edad de Don Jaime, quiso darle un ayo ó preceptor y fijó por ello su atencion en Pedro Nolasco, cuya rigidez y severidad de costumbres habia tenido ocasion de admirar.

Otros historiadores dicen que Don Jaime estaba ya en poder del conde de Monfort antes de la batalla de Muret y por consiguiente quieren suponer que fué durante mas tiempo que Nolasco le sirvió de ayo. Sea lo que fuere, lo cierto es que Pedro Nolasco supo captarse por sus prendas la estimacion y confianza del joven monarca, al cual siguió á Barcelona así que el conde Monfort le hubo dado la libertad.

Estando ya en esta ciudad, Nolasco inspirado por una idea noble, movido por los dignos sentimientos de su corazon altamente compasivo, pensó los medios de que podia valerse para redimir á los cautivos presos en poder de los moros y persuadió á muchos ricos y pios caballeros á que se uniesen con él para formar una congregacion ó cofradía llamada de la Misericordia. Consiguió su objeto y la naciente corporacion mereció ser protejida por el rey y consiguió el apoyo de los mas nobles caballeros de la corte.

En tal estado se hallaban las cosas cuando, dice la crónica, un viernes santo vió Nolasco en sueños en el atrio de un magnífico palacio una oliva verde y frondosa cargada de frutos, y estando divertido mirándola salieron del palacio dos varones ancianos y venerables que le dijeron venian enviados de su rey á encomendarle que cuidase de aquel arbol sin permitir que alguno lo destrozase ó maltratase.

«Luego vió salir dos hombres fieros y bárbaros, que empezaron despiadadamente á desgarrar sus ramas y arrojar y pisar sus frutos, pretendiendo arrancar la oliva. Opúsose Nolasco á su barbaridad batallando con ellos para defender la oliva, y reparó que cuantas mas ramas le quitaban, mas hermosa y

frondosa reverdecia, saliendo de sus raices hermosos pimpollos que creciendo imperceptiblemente, llenaban todo aquel espacioso atrio.

«Desde que tuvo San Pedro Nolasco esta vision, andaba ansioso de entenderla, pidiendo á Dios que se la declarase poniendo como siempre á María Santísima por medianera, hasta que llegó el primer dia del mes de agosto, en que se celebran las cadenas de San Pedro y cumplia años San Pedro Nolasco; y estando aquella noche el santo en fervorosa oracion, pidiendo á Dios que librase á los cautivos de las cadenas de los moros, como habia librado á su apostol de las de Herodes, vió de repente á la Reina de los ángeles con grande majestad y gloria vestida de un hábito blanco, acompañada de San Pedro, Santiago patron de España y los santos patronos de Barcelona, y le declaró como era la voluntad de su Hijo y la suya que fundase una religion para redimir cautivos con obligacion de quedarse en prisiones si fuese necesario, porque quedasen libres los que estuvieren á peligro de faltar á la fé.»

En tales términos se espresa la crónica.

Ahora bien, Pedro Nolasco, gozosamente sorprendido, quiso consultar la vision con San Raimundo de Peñafort su confesor. Aumentóse naturalmente su sorpresa cuando supo por boca de este santo que habia tenido la misma vision y que la Vírgen le habia encargado fortalecerle en su designio. No dudando pues que tal fuese la voluntad de Dios, dióle gracias por haberle escojido para ser el instrumento de este gran designio y suplicole que apartara todos los obstáculos que pudieran impedir la ejecucion.

Desde aquel dia, entrambos santos no pensaron mas que en el medio de conseguir su realizacion, pero como era preciso el consentimiento del rey y del obispo, fueron primero á encontrar á Don Jaime que les oyó con alegría, y no pudiendo contener el gozo que sentia de verse esplicada la vision que el mismo habia como ellos tenido la misma noche, ofrecioles contribuir á esta santa empresa por su autoridad y liberalidades, encargándose de hablar á Don Berenguer de Palou, obispo en aquel entonces de Barcelona.

El obispo encontró alguna dificultad en la fundacion de esta órden, por haber como ya sabemos, prohibido por aquel tiempo el concilio de Letran que se estableciera ninguna nueva órden religiosa sin la aprobacion y consentimiento de la santa sede; pero preveyendo no obstante la grande utilidad que de ello reportaria la Iglesia, consintió y creyó que en tal ocasion se podria echar mano de un indulto que los papas Gregorio VII y Urbano II habian acordado al rey Don Sancho para él y para sus sucesores, en consideracion á los grandes servicios que este príncipe hiciera á la Iglesia, en virtud de cuyo in-

dulto, podian erigir en toda la estencion de sus estados parroquias, cofradías, monasterios y hasta órdenes religiosas, sin necesidad de consultar á la santa sede.

Quedó pues decidido y fijado al próximo dia de San Lorenzo, 10 de agosto de 1218, para instalacion de la órden.

La institucion tuvo lugar en la catedral de Barcelona, concurriendo el obispo Don Berenguer con su cabildo, los conselleres de la ciudad, gran número de abades, obispos, príncipes, condes, nobles, caballeros y todo el pueblo barcelonés.

Estando pues reunido tan ilustre concurso, sentado Don Jaime en su real y majestuoso trono delante del altar mayor, y prevenido cuanto debia hacerse, celebró de Pontifical el obispo Don Berenguer de Palou y predicó San Raimundo de Peñafort exaltando la misericordia de María santísima en órden á todo el linaje humano y particularmente á los pobres cautivos cristianos que gemian bajo la tiránica mahometana esclavitud para cuyo remedio mandó que se erigiese un nuevo redemptor. Concluido la panejírica moral y piadosa oracion bajó del púlpito y tomando el escapulario ó militar toca blanca que estaba prevenida sobre una rica mesa, la entregó con reverencia á su Majestad, el cual y el obispo la tomaron, vistiéndola á San Pedro Nolasco, esto es, el rey y obispo por la parte anterior, y San Raimundo por la posterior, concurriendo los tres á tan insigne investidura, á fin de que fuesen partícipes en ella los estados pontifical, clerical, regio y secular.

Don Jaime dió luego el hábito á Nolasco y á otras varias personas, pues quiso que fuese órden militar para que entraran en ella muchos caballeros que eran de la congregacion de la Misericordia y habian servido con gran valor en las guerras pasadas. Concedióles el obispo por insignia la cruz blanca del cabildo al pecho, por haberse fundado la órden en la santa iglesia, y el soberano colocó debajo de ella el escudo de sus armas. A los tres votos solemnes y sustanciales que tienen todas las religiones, añadió Pedro Nolasco el cuarto de redimir cautivos y quedar por ellos en rehenes, si la necesidad espiritual lo pidiese: y por este voto que dejó á la órden, obligábanse sus hijos á perder la libertad y esponer la vida, porque conservasen la fé los cautivos cristianos que corriesen riesgo de perderla.

Catorce fueron los caballeros, todos de militar estirpe, que aquel dia vistieron el santo hábito.

San Pedro Nolasco el primero.

Guillen de Bas, descendiente de los antiquísimos vizcondes de Bas en Cataluña.

Bernardo dé Corbera, oriundo de la noble familia de este nombre.

Arnaldo de Carcasona, de una distinguida familia de nobles catalanes.

Ramon de Montoliu, señor del castillo de Vespella.

Ramon de Moncada, rama de estos mismo catalanes Moncadas de los cuales descendian los reyes de Francia.

Pedro Guillen de Cervelló, cuyo apellido es computado entre los de los magnates de Cataluña.

Domingo de Osso, cuya familia habia figurado en la guerra contra los moros.

Ramon de Villestret, hijo de los señores del castillo de Villestret, del cual tomaron el apellido.

Guillen de San Julian, de linaje antiquísimo en Cataluña.

Hugo de Mataplana, descendiente de otro Hugo de Mataplana, uno de los nueve barones de la fama en el tiempo de la conquista de Cataluña.

Bernardo de Scorna, de noble prosapia.

Ponce de Solanes, de ilustre cuna.

Y por fin, Ramon de Blanes, protomartir de la religion mercenaria.

Los que tomaron el hábito inmediatamente despues de los citados, fueron no menos ilustres en nobleza y títulos. De militar estirpe eran en efecto, Pedro Pascual, Juan de Lercio, Bernardo y Pedro de Caldes, Bernardo de Casoles, Raimundo de Cassá, Arnaldo de Prats, Bernardo de Tona, Pedro de Castelló, Ferrario de Gerona y Pedro de Osca.

II.

LOS MERCENARIOS.

Bien ha dicho un sabio escritor hablando de esta órden: San Pedro Nolasco fué el fundador, el rey de Aragon el apoyo y San Raimudo de Peñafort el alma.

Así fué en efecto.

Otro escritor dice y afirma que algunos sacerdotes solicitaron de San Pedro Nolasco que les recibiera, lo que hizo por consejo de San Raimundo de Peñafort el cual le manifestó que la perfeccion del estado religioso consistia en la union inseparable de los ejercicios de la vida activa y contemplativa, mirando una al servicio de Dios, y la otra al del prójimo. Por esto añade el mismo historiador que fueron seis sacerdotes y siete caballeros los que tomaron el hábito de manos del rey Don Jaime.

Tambien vienen á suponer lo mismo los analistas de la órden.

Sin embargo, es preciso hacer notar que no fué enteramente así.

Al principio, los individuos de la órden de la Merced fueron laicos, pues por espreso estatuto debian profesar el ejercicio de las armas. Posteriormente solo San Pedro Nolasco quiso que tuviese sacerdotes para el coro que enfervorizasen á los legos en la contemplacion.

Gobernábanse por un maestre ó prior general militar con jurisdiccion sobre lo temporal, y por un prior general religioso con jurisdiccion sobre lo espiritual. Pero en el año 1317, á consecuencia de cierto debate, fué suprimida la dignidad de maestre ó prior general militar, y los caballeros laicos quedaron escluidos perpetuamente del gobierno; de suerte que disgustados los mas, se salieron de la órden y pasáronse á la de Montesa que acababa de ser aprobada y confirmada por la santa Sede. Desde entonces la religion Mercenaria se gobernó siempre por un maestre ó vicario general sacerdote, al que en 25 de Febrero de 1699 Don Cárlos II honró con el título de grande de España de primera clase.

Pero, no adelantemos hechos y vamos por partes.

El citado dia 10 de Agosto y en el mismo acto iniciativo de la religion, Don Jaime, segun pretenden los escritores de la órden, dotó á esta de la privativa de redencion en toda su corona de Aragon, como tambien del primer suelo ó fundo en su real palacio donde tuvo la órden su primer hospedaje.

Los Mercenarios se ocuparon primero en rescatar algunos cautivos sin salir por ello de las tierras sujetas á los príncipes cristianos, pero San Pedro Nolasco les manifestó que para la perfeccion de su órden, era preciso ir á los paises de infieles y librar á sus hermanos de la cruel servidumbre de sus enemigos á pique de permanecer en cambio en su lugar, siguiendo el voto que habian hecho al pié de los altares. No se trataba de ir todos á la vez, sino de deputar uno de entre ellos para esas santas y heróicas empresas. Él mismo fué escogido con otro para abrir á los demás el camino de un tan peligroso viaje.

Nolasco partió pues al reino de Valencia, ocupado á la sazon por los sarracenos, donde lejos de hallar los desprecios y las cadenas que ansiosamente buscaba, solo encontró estimacion y respeto. Libró de las mazmorras á todos los cautivos cristianos, y habiendo hecho tambien un viaje á Granada, redimió en las dos espediciones á cuatrocientos esclavos.

Tan felices principios dieron gran reputacion á la órden de la Merced. Aun cuando el papa Honorio III la hubiese aprobado de viva voz, San Pedro Nolasco juzgó á propósito instar la confirmacion, y para obtenerla empleó el crédito de San Raimundo que iba á Roma llamado por el papa Gregorio IX. Este santo aceptó de buen grado la comision, y encontrando al papa en Perusa el 1 de Diciembre de 1229, le presentó los hermanos Arnaldo de Aymeric y Bernardo de Corbera que San Pedro Nolasco habia enviado para solicitar la confirmacion; el primero representaba á los caballeros y el segundo á los sacerdotes de la órden. Obtuvieron lo que deseaban del soberano pontífice en 1230 y volvieron con tan fausta nueva á Cataluña.

Aumentándose la orden de dia en dia y haciéndola cada vez mas célebre sus frecuentes redemciones unidas á la vida ejemplar de los religiosos, varios caballeros de Francia, de Alemania y de Inglaterra abrazaron este instituto.

Hasta entonces no habian vivido mas que conforme á las reglas y estatutos que les fueran prescritos por San Raimundo de Peñafort, que puede pasar por el segundo fundador de la Merced. Así siguieron hasta 1235, año en el que, deseando unir á esas reglas una de las aprobadas por la Iglesia, San Pedro Nolasco envió á San Ramon Nonat á Roma en cualidad de procurador general de la orden, para obtener una del papa Gregorio IX que concedió al santo embajador la de San Agustin por una bula fechada en 8 de Enero de 1235.

Al recibir Nolasco esta bula, mandó pasar á nueva profesion á todos los religiosos que se encontraban en el convento de Barcelona haciendo voto de guardar la regla de San Agustin, contentándose con hacer saber á los que estaban dispersos en varias provincias la confirmacion auténtica de la orden y que tenian que observar la regla de San Agustin que les habia dado el papa con las constituciones prescritas por San Raymundo de Peñafort.

Pero dos años despues juzgó á propósito reunir todos los religiosos en Barcelona para recibir la profesion de los que no la habian renovado.

Terminado este capítulo general, Nolasco hubiera deseado continuar sus caritativas funciones de redemtor, pero como el monarca aragonés despues de la conquista de Mallorca, habia llevado sus armas al reino de Valencia, las hosti-

lidades rotas de una y otra parte le impidieron seguir por el pronto con sus planes.

Don Jaime, constante en protejer á la milicia Mercenaria que le ayudó en sus empresas militares y tomó parte en sus gloriosas jornadas, fundó varios monasterios entre ellos el de Ubeda, dando tambien á Nolasco, luego que hubo ganado á Valencia, una mezquita con las casas inmediatas para que construyera un convento.

Nolasco, despues de haber visto empezar estas fundaciones, volvió á Barcelona, pero no estuvo mucho tiempo sin disponerse á cumplir con su mision de redemtor. Hasta entonces habia rescatado en diversos viajes á varios cautivos que estaban entre manos de los moros de la costa de España, pero como habia sido por todas partes tratado con mucho respeto, y no buscaba por el contrario mas que el desprecio y la humillacion, creyó que lo hallaria en Africa.

En efecto, los infieles de este pais fueron mas severos que los de España, y como se le acusó de haber facilitado la evasion de algunos esclavos cristianos, se le cargó de cadenas, se le hizo comparecer ante la justicia como un ladron, un seductor y el autor de la fuga de los esclavos. El cadí ó juez no hallando sin embargo prueba contra él, no se atrevió á condenarle, pero el santo fundador de la Merced deseando sufrir, y temiendo que se tratase mal á los otros cautivos con este motivo, se ofreció á ser esclavo en lugar de los fugitivos. El dueño en quien recayó, queriendo á un mismo tiempo cobrar dinero y vengarse, prefirió retener al religioso que acompañaba á Nolasco y finjió querer enviar este á España para que le hiciese efectiva la suma que exijia.

Mandó disponer pues dos galeras, en una de las cuales que hacia agua por todos lados le hizo embarcar, con orden á los marineros para que al hallarse en alta mar abandonasen la galera sin vela ni timon. Fué ejecutada esta orden, pero no con el éxito que pretendia el bárbaro, pues que impelida por el viento, la galera llegó á Valencia depositando allí sano y salvo á Nolasco.

Tras las huellas del fundador marchaban intrépidos religiosos entre los cuales citaremos solo al padre Serapio, inglés, y á San Ramon Nonat, catalan, de la noble familia de los Cardonas.

El primero, enviado como redemtor á Argel, procuró la libertad á varios esclavos, en rehenes de los cuales se quedó; reanimó la fé vacilante de otros, y hasta convirtió á varios mahometanos. El gefe moro le hizo dar de palos y arrojar en una profunda mazmorra, condenándole en seguida á una muerte tan infamante como cruel, porque el héroe de la caridad fué espuesto desnudo á las silvas del populacho, despues de lo que se le colocó en dos maderos

bastante separados entre si, el brazo derecho y el pié izquierdo atados al uno y el brazo izquierdo y el pié derecho atados á otro, de manera que su cuerpo en esta posicion violenta formaba como una cruz. En fin, los verdugos, para multiplicar sus dolores, cortaron su cuerpo en pedazos. En medio de estos tormentos, Serapio no cesó de bendecir á Dios y de exhortar á los cautivos á la paciencia.

San Ramon Nonat, enviado á Berbería, obtuvo de los habitantes de Argel la libertad de un gran número de esclavos. Cuando sus fondos se hubieron agotado, diose él mismo en rehen para rescate de aquellos cristianos cuya situacion era mas penosa y cuya fé corria mayores riesgos. El generoso sacrificio de su libertad no hizo mas que irritar á los musulmanes, y tratáronle con tanta inhumanidad, que hubieran acabado por hacerle morir entre sus manos, si el temor de perder la suma estipulada no hubiese obligado al cadi á ordenar que se le respetase. Aprovechóse del permiso que de salir se le daba, para visitar y consolar á los cristianos, para abrir tambien los ojos á algunos judíos y á algunos musulmanes, que recibiéron el bautismo. El gefe mahometano de Argel, informado de los resultados de su celo, le condenó á ser empalado; pero los que estaban interesados en el pago del rescate de los cautivos, de los cuales se habia quedado en rehen, obtuvieron una conmutacion de pena y sufrió una cruel paliza. Este suplicio no mitigó su ardor; creia no haber hecho nada mientras continuase viendo á sus hermanos en peligro de perder la eternidad.

— Aun cuando se diesen á los pobres tesoros inmensos — decia con San Crisóstomo, — esta buena obra no guarda proporcion con la del hombre que contribuye á la salvacion de un alma. Preferible es esta limosna á la distribucion de 10,000 talentos, y vale mas que el mundo entero, por grande que se presente á nuestros ojos, porque un hombre es mas precioso que todo el universo.

De nuevo pues volvió no solo á exhortar á los cristianos, sino tambien á instruir á los infieles. Irritado de su perseverancia, el gefe musulman le mandó azotar á la esquina de todas las calles de la ciudad: despues de haberle agujereado entrambos labios con ausilio de un hierro ardiente en la plaza pública, se le cerró la boca con un candado que no se abria mas que cada tres dias para darle de comer, cargáronle de cadenas y hundiéronle en un calabozo.

Ocho meses permaneció allí de esta manera y no salió hasta que los religiosos de la Merced hubieron llegado con el rescate que enviaba San Pedro Nolasco. Pidió entonces que se le permitiera vivir en medio de los esclavos que tenian una urjente necesidad de ausilio, pero las órdenes de su general que le

llamaban, obligáronle á partir para España. Al llegar á Barcelona se encontró con que le habian nombrado cardenal; esta dignidad no modificó ni sus sentimientos ni su manera de vivir; cubrió su púrpura con el velo de su humildad.

Retrocedamos ahora.

Cuando Nolasco hubo llegado á Barcelona, dimitió su empleo de redemtor, nombre que, como creemos haber dicho, se daba á los que eran comisionados para ir entre los infieles á redimir cautivos. Procedióse á nombrar otro en su lugar y fué elegido Guillen de Bas, que mas tarde debia ser nombrado tambien general de la orden, cuando Nolasco dimitió asimismo este empleo para vivir en el retiro y en la obediencia como el último de los religiosos. Viéndose libre el santo fundador, se limitó á los empleos mas bajos y humillantes de la comunidad, encargándose voluntariamente de la distribucion de limosnas á la puerta del convento, porque esto le proporcionaba ocasion de hablar con los pobres é instruirles.

La fama de sus virtudes se estendió tanto, que San Luis rey de Francia le envió un embajador para decirle que deseaba apasionadamente verle y hablarle. Correspondió el santo á esta invitacion pasando á su corte, y como el rey meditaba entonces su viaje á la Tierra Santa, propuso á Nolasco el acompañarle. Recibió éste semejante proposicion con tanta mayor alegría, cuanto que creyó ser una ocasion favorable para retirar de manos de los infieles un gran número de cautivos que tenian en sus mazmorras, y dispúsose para este viaje á pesar de su edad avanzada y de sus achaques. Su celo sin embargo halló un poderoso obstáculo en una enfermedad que le postró en cama, de manera que todas las relaciones que tuvo con aquel santo rey, no consistieron mas que en una amistad pura y espiritual, que san Luis procuró sostener con cartas á Nolasco llenas de afecto y de terneza.

Por fin, San Pedro Nolasco no pudiendo resistir á sus males, sucumbió y murió la noche de Navidad de 1256 á la edad de sesenta y siete años.

En 1628, algo tarde en verdad, fué canonizado por el papa Urbano VIII.

La muerte de San Pedro Nolasco no reportó ningun cambio en la órden, pues que, segun hemos dicho, habiendo en 1249 dimitido su gobierno, eligieron los Mercenarios á Guillen de Bas que comenzó las funciones de su elevado cargo visitando los conventos de Perpiñan, de Monpeller, de Tolosa y de Valencia. El rey de Aragon dió á este maestre, para él y para sus sucesores, el título de baron de Algar en el reino de Valencia, con voto deliberativo en

la asemblea de los estados del reino. Rescatáronse durante su gobierno mil cuatrocientos esclavos cristianos. Murió en 1260.

Bernardo de San Roman fué el tercer maestre general á quien encontramos ya con el supremo oficio del maestrazgo en dicho año 1260. Habiendo este maestre observado que los conventos tenian casi todos observancias distintas, hizo recojer en un volúmen todas las ordenanzas que habian sido fijadas en los capítulos generales y las mandó observar en forma de constituciones por todos los conventos, para que hubiese uniformidad.

Sucedióle en 1266 Guillen de Bas, al cual por la igualdad del apellido muchos historiadores confundieron con el segundo maestre.

Pedro de Amer fué el quinto maestre general, empezando su gobierno en 1271 hasta 1301 en que murió.

Arnaldo de Amer fué su sucesor, electo en discordia, porque habiendo muerto el inmediato antecesor, se dividieron en la religion los dictámenes, y queriendo favorecer gran parte de ella al estado sacerdotal, y la otra parte al laical, los parciales de este residentes en Valencia, no aguardando convocatoria del prior general, convocaron para nueva eleccion de maestre en el real convento de Nuestra Señora del Puche de Valencia, de lo que noticiado el prior general Fray Guillen de Isona, despachó penal mandato al vicario de dicha casa del Puache, á fin de que este y los definidores no celebrasen la nueva eleccion sin la asistencia del prior general. No obstante el referido mandato, procedieron á elegir en el convento de Valencia nuevo maestre, que fué Arnaldo de Amer; á vista de lo cual el prior general Fray Guillen de Isona, convocando capítulo en el convento de Barcelona, hizo otra eleccion de maestre en la persona de Fray Pedro Formica, sacerdote, la cual fué protestada por los otros, que acudieron á la santa Sede. Mientras se hallaban en esto, murió el dicho Fray Pedro Formica en 25 de Marzo de 1302, y resistiéndose sus partidarios á la obediencia del maestre general Amer, pasaron á nueva eleccion, á la cual convocó el prior general Fray Guillen de Isona. Fué electo en esta el reverendísimo padre Fray Ramon Albert sacerdote, pero de nuevo protestaron los partidarios de Arnaldo de Amer. El cisma introducido en la órden amenazaba durar mucho y tener tal vez funestas consecuencias; cortólo todo un mandato real mandando poner en posesion al indicado Amer, el cual, así favorecido de Su Magestad, entró á gobernar sin obstáculo.

A su muerte volvió á comenzar el cisma. Eligieron los sacerdotes al mismo Albert y los laicos á Arnaldo Rosinyol. El papa Clemente V anuló la eleccion de este último diciendo no ser canónica, pero sin embargo le estableció co—

mendador general de toda la órden por una bula del mes de Febrero de 1308 que decia que no tendria mas que una simple jurisdiccion sobre lo temporal de la órden, y que despues de su muerte no se elegiria mas general que á un sacerdote. Por la misma bula dió este papa toda autoridad espiritual á Albert.

Con Rosinyol concluyeron los maestres laicos. Despues de su muerte el papa Juan XXII confirmó la eleccion de un sacerdote, y para ahogar la division en la orden, impuso silencio perpetuo á los caballeros, lo que les disgustó tanto que la mayor parte entraron en la orden de Montesa, como hemos dicho.

Los Mercenarios estuvieron cinco años sin gefe bajo el pontificado de Pio V que, á instancias de Felipe II de España, estableció visitadores para reformar los conventos de la orden. Pero mientras que este pontífice hacia espedir los breves en Roma, los religiosos eligieron en 1568 al padre Matías Papiol en un capítulo que se celebró en Barcelona. No habiendo este general podido obtener del papa la confirmacion de su eleccion, murió de pesar dos meses despues á principios de 1569.

Prohibió el papa á los religiosos que procedieran á nueva eleccion, queriendo que no se llevase esta á cabo hasta hecha la visita por los religiosos de la orden de Santo Domingo que nombró como comisarios apostólicos. Cinco años emplearon en la visita de todos los conventos de la orden, despues de la cual convocaron el capítulo general en Guadalajara en 1574 donde fué elegido el padre Francisco Torres.

Esta orden se habia estendido mas por América que por Europa; habia ocho provincias en América gobernadas por dos vicarios generales bajo la obediencia del general de toda la orden. En España habia cuatro provincias: la de Aragon que contaba 34 conventos: la de Castilla que tenia 20 de hombres y siete de mugeres sujetos á la provincia: la de Andalucía 19 de religiosos y 1 de religiosas sujetas á la provincia con otro al ordinario; y la de Valencia con 15 de religiosos.

Tres cardenales salieron de esta orden: San Ramon Nonat, Juan de Lato y el cardenal de Salazar. Tambien tuvo un gran número de arzobispos y obispos y dió á la Iglesia varios santos.

El hábito ó traje militar de los primitivos caballeros de la orden era blanco en memoria de haberse aparecido la Virgen con traje de este color, y consistia en una túnica ó camisa de lana, á modo de sayo, corta, con mangas redondas y estrechas, llegando sus faldas hasta media pierna. Ceñia este sayo una gonela que de la cintura bajaba asimismo hasta la pierna; sujetaba el sayo y la gonela al rededor de la cintura un talabarte del que pendia la espada, abrazando

el escapulario. Añadíase á esto la capa ó capotillo á manera de ferreruelo, que llevaban dentro y fuera del convento, y que en las funciones religiosas sustituian con un manto talar prendido arriba con cordones. La cabeza con pelo hasta las sienes, de forma que aquel no lograba mayor espacio del que abrazaba un casquete ó solideo, con que se cubrian, semejante al de los caballeros de Calatrava. Usaban el bigote y barba redonda, y á tenor de sus estatutos, solo se les permitia tener un caballo para montar.

Esta milicia prestó grandes servicios y formaron parte de ella caballeros de las mas nobles y antiquísimas familias.

Los sacerdotes usaban sotana blanca con escapulario y capa.

III.

REFORMA DE LA ORDEN.

El padre Alfonso de Monroy, siendo general de la orden, quiso establecer una reforma á fines del siglo XVI, y destinó siete conventos con este objeto en la provincia de Castilla á fin de que los religiosos que deseasen vivir en una mas estrecha observancia que la que se practicaba en toda la orden, pudiesen llevarla á cabo en dichos conventos; pero solo les concedió este permiso á condicion que no cambiarian el traje de la orden y que estarian siempre sujetos á la obediencia de sus superiores.

Con este permiso el padre Juan Bautista Gonzalez, que el general habia escogido para gefe y director de esta reforma, se retiró á uno de los conventos de Castilla y allí estableció su observancia.

Sin embargo, pronto se cansaron los subordinados del fervor de este religioso al que calumniaron hasta el punto de que el general le desterrase á un monasterio de Asturias.

No perdió el padre Juan Bautista la esperanza de ver realizados sus ardien-

tes deseos, y teniendo ocasion de hacer amistad con la condesa de Castellar Doña Beatriz Ramirez de Mendoza, comunicóle su designio que aquella gran dama aprobó prometiéndole su proteccion y ofreciéndose á fundar dos conventos de la reforma en sus tierras.

El general Monroy no quiso dar su consentimiento para establecer estos dos conventos, y vista su negativa, la condesa se dirijió al papa Clemente VIII que le acordó dos breves. Por el primero la dispensaba de un voto que tenia hecho de fundar un convento de religiosos de la orden de San Gerónimo y le permitia construir dos para los religiosos de la Merced; el segundo breve autorizaba una congregacion de esta misma orden para los religiosos que deseasen vivir en la estrecha observancia.

Inmediatamente pasó la condesa á fundar dos conventos para los religiosos descalzos Mercenarios, el uno á pocas leguas de Sevilla, el otro no lejos de Cádiz.

Sin embargo, hallaron antes de su completa fundacion graves obstáculos. Los religiosos que abrazaron la estrecha observancia, fueron satirizados y hasta perseguidos por los primeros Mercenarios, que hicieron nacer toda clase de dificultades para que no llevasen á cabo su designio.

De todo sin embargo triunfaron la constancia del padre Juan y la decision en protejerles de la condesa de Castellar, que les hizo construir un tercer convento viendo que aumentaban los religiosos.

En efecto los Mercenarios descalzos aumentaron de tal manera, que su reformador pudo ver doce conventos establecidos, de los que los mas principales eran los de Madrid, Salamanca y Alcalá de Henares. Hubo monasterios de la reforma hasta en la Sicilia, donde despues de la muerte del padre Juan Bautista, se formó una provincia particular bajo el nombre de San Ramon, habiéndose dividido los de España en dos provincias.

El traje de estos religiosos era parecido al de los carmelitas descalzos, solo que la capa era mas larga. Llevaban como los Mercenarios el escudo de armas de Aragon sobre su escapulario, y sus sandalias eran como las de los capuchinos.

Paulo V aprobó su reforma en 1606. Gregorio XV en 1621 les separó enteramente de los de la gran observancia.

Habia tambien religiosas de esta reforma que se establecieron en Sevilla en 1568 y que guardaban clausura diferenciándose en esto de las que habian sido instituidas en 1265.

Efectivamente, en este año dos mugeres ilustres de la ciudad de Barcelona,

viudas de dos nobles caballeros, viéndose sin hijos, determinaron triunfar del mundo llevando una vida enteramente opuesta á sus máximas: llamábanse Isabel Berti y Eulalia Peins. Uniéronseles algunas jóvenes que aspiraban al mismo género de vida y se establecieron en una casa cercana al convento de religiosos de la Merced, escojiendo como padre espiritual para que las guiase á Fray Bernardo de Corbera.

Fué la superiora de esta comunidad la barcelonesa Santa María del Socorro que murió en 1281 y está enterrada en la iglesia de la Merced hoy parroquia de San Miguel Arcangel, donde sus restos son venerados de los fieles.

Por lo demás, volviendo ahora á los primeros y antiguos Mercenarios, diremos con un autor que por mucho que los soberanos anduviesen dadivosos y liberales con la orden, no hicieron mas que retribuir los grandes servicios que los religiosos de ella prestaron á su patria siguiendo lo prescrito en sus marciales instituciones. Acompañaron no solo á su padre y protector el rey Don Jaime I en todas sus conquistas, sí que tambien y posteriormente estuvieron en las de Ubeda y Sevilla; fueron á la de Menorca con Don Alonso II, á la de Alemania con Don Jaime II, á la de Cerdeña con Don Alonso III, á la guerra contra los africanos de las costas de Berberia, siguieron á Colon al nuevo mundo; y por lo que la historia nos revela, vemos que en Vera-Cruz, Méjico, Trujillo, Lima, Guatemala, Panamá, Isla de Santo Domingo, Perú, Chile, y Tucaman, fueron los PP. Mercenarios los primeros misioneros y civilizadores apostólicos.

La multitud de rescates que por ellos se conseguian puede deducirse de los datos siguientes: Roma presenta en tiempo de Benedictino XIII 370 cautivos redimidos por los religiosos de la Merced; Francia de una sola vez, muestra 200 libertados de la esclavitud de Marruecos; España desde el siglo II de la orden hasta principios del actual, cuenta 71,400, la mayor parte rescatados del yugo sarraceno por los redemtores catalanes y los demás por los PP. de las otras provincias del reino. Las noticias de los otros rescates se pierden en aquellos tiempos de incuria.

Antes de pasar á hablar del convento, no podemos menos, puesto que es la ocasion propicia, de hablar algo sobre un grande y ruidoso pleito que tuvieron Mercenarios y Trinitarios.

Revolviendo libros viejos y pergaminos llenos de polvo hará como cosa de siete meses, en busca de curiosidades y datos para nuestra historia, nos vino á las manos un manuscrito del siglo pasado en catalan, que, con nuestra natu-

ral propension á la lectura, empezamos á hojear y en seguida á leer sin ya soltarlo de la mano.

Para nosotros era aquel manuscrito un tesoro.

Dedicábase á hablar de la orden Mercenaria, y no solo daba detalles muy notables tocante á su historia, sino que citaba muchas particularidades sobre el pleito que hemos dicho, transcribiendo los diversos memoriales que de una y otra parte se elevaron al rey y las contestaciones que mediaron entre una y otra orden.

Tomamos pues del manuscrito lo que nos pareció mas conducente para nuestro objeto, y hélo aquí, abrigando la esperanza de que nadie antes que nosotros lo ha dado al público.

Habiendo el padre maestro general de la Merced suplicado al rey por un memorial que se dignase decretar y declarar que la religion de la Merced era de su real patronato, en seguida la orden de la Trinidad en representacion de sus dos familias calzada y descalza, presentó al rey otro memorial en que manifestó que la Merced abusaba de la moderacion Trinitaria con la indicada pretension, que su súplica merecia solo la real indignacion y en fin que la peticion del patronato era injusta y debia por lo tanto ser desechada.

De esto provino una guerra encarnizada, terrible, entre las dos religiones, guerra que se trocó en un odio continuado con escándalo de la religion y de los fieles.

Los Trinitarios representaron al rey para que mandara contener en sus límites á la orden de la Merced. He ahí algunos párrafos para que se vea como se espresaban en su representacion.

«La órden de la Merced ha tenido valor de poner en manos de V. M. un memorial suplicando el real patronato, solo para obligar la real hacienda al rescate de los suyos; y antes un libro con la misma idea, escrito por el padre Fray Manuel Mariano de Ribera en que de hecho y contra derecho, se atribuye en su tribunal el instituto privativo de redimir en toda la corona de Aragon, tratando á los redemptores Trinitarios como delincuentes para aquel reino; en donde segun declaracion de la Merced, debe estancarse la piedad y arbitrio de los fieles, de modo que entre las obras de misericordia sea contrabando para los otros *la sexta redimir al cautivo.* Asunto, en que pretende esta sagrada religion subordinar tambien la Magestad, haciendo fuero propio las regalías, que nunca abdica la soberana regia independencia en las gracias que distribuye.»

Continuaban por este estilo manifestando sus quejas los Trinitarios y con-

cluian diciendo que los padres de la Merced eran muy ricos y querian ser solos para amontonar aun mas riquezas.

A esta esposicion la Merced contestó con otra que motivó una nueva de la Trinidad y así sucesivamente. Las cosas se agriaron y se agriaron tanto que los Trinitarios se presentaron por fin al monarca y le dijeron que la religion de la Merced era *intrusa y rea* de haber destruido y aniquilado á la primitiva y primogénita, pues que habia falseado los institutos y se habia separado de los preceptos que les diera su santo fundador.

Los Mercenarios á esto gritaron: Calumnia! y entablaron una demanda criminal contra los Trinitarios. Publicáronse folletos, sucediéronse las representaciones, prosiguieron las acusaciones.... el asunto en fin pasó por todos los grados del escándalo.

El rey procuró poner paz entre ambas partes al cabo y al fin con sabias disposiciones, pero solo lo consiguió en apariencia.

Las dos órdenes parecian haberse jurado un odio á muerte.

Es triste, es sensible, es desconsolador hallar estas manchas en la historia de los que solo debian pensar en orar, en sacrificarse, en redimir cautivos, en ganar la gloria eterna por el camino de la penitencia.

La pluma de un historiador imparcial se detiene al llegar á uno de esos casos y pregunta á la órden que á tan mundano escándalo se atreve: Pues qué, y el espíritu religioso de vuestros padres? y la caridad? y vuestros institutos? y aquellos de vosotros que han muerto mártires? Nada representa todo esto para vosotros? Oh! decidme, cómo pues qüereis impedir que os diga la historia con irrecusable fallo y justa severidad: Al fin, hombres?

Aquí se detienen nuestras reflexiones; no deben ir mas allá.

IV.

EL EDIFICIO Y SUS RECUERDOS.

Luego de fundada la religion, el rey Don Jaime I, que tanto celo habia mostrado en favor de ella, quiso honrarla dándola regia hospitalidad en su palacio, interin se construia un edificio á propósito.

Fué pues la primera morada de aquellos religiosos nobles, el mismo palacio real, del que ocuparon la parte que daba á la llamada *bajada de la Canonja*. Allí residió por el pronto la Mercenaria milicia, hasta que, deseando Nolasco la total abstraccion de la ruidosa publicidad de aquel lugar, consiguió de Don Jaime que se les fabricase una casa en un barrio estramuros, al mediodía de la ciudad y á orilla del mar, sitio vulgarmente conocido con el nombre de *Vilanova de las roquetas*.

El sitio donde edificaron fué cedido á los Mercenarios por su legítimo poseedor Don Ramon de Plegamans, quien le habia comprado á Don Guillen de Santiago por el precio de cuarenta morabetines, y no solo dió á los religiosos el terreno para obrar, si que tambien levantó á sus costas la casa é iglesia que con la advocacion de Santa Eulalia fué hospital de cautivos, pobres enfermos, peregrinos y demás personas necesitadas, y vivienda de los religiosos que les cuidaban y socorrian.

No se sabe de positivo en qué época quedó terminado el edificio, en el mismo lugar en que ahora se halla, pero se cree por fechas de escrituras que estaban ya allí los religiosos en 1230, así como otra escritura auténtica atestigua que en 1234 estaba ya erecto el hospital del indicado Plegamans, al cual pasaba muy á menudo Nolasco para cuidar y visitar los enfermos.

Conociendo el rey Don Jaime lo que de esta institucion podia prometerse al mundo, quiso ampararla todo lo posible dotándola con muchas rentas de su patrimonio real y otras posesiones y juros antiguos para sustento de los religiosos; adornó la capilla con riquísimos ornamentos y con muchas reliquias y vasos de oro y plata para el culto divino; concedió en una palabra multitud de gracias y privilegios.

Aun mas, en el convento que acababa de edificarse se dispuso por órden suya una habitacion para él, donde algunas veces residieron asimismo por puro recreo los monarcas sus sucesores. En prueba de esto uno de los padres cronistas de la casa cuenta, como testigo de vista, que cuando tomó el hábito en el año 1406, ocupaba dicha habitacion Doña Violante, viuda de Don Juan I.

El celo de los gefes de la religion, ayudado de la liberalidad de los monarcas, que por descender de Don Jaime I estimaban mucho la órden, procuró ajustar la disposicion del convento á las necesidades de los tiempos.

En el estado en que se hallaba cuando la estincion de las órdenes monásticas en 1835, el claustro era sin disputa la parte mas digna de ser examinada. Su figura era cuadrada; constaba de dos altos, el inferior con columnas dóricas y el superior con columnas dobles del órden jónico, de mármol pardo. En el centro habia un caprichoso surtidor tambien de mármol. Lo demás del edificio no ofrecia particularidad.

Proscritos los frailes, lo primero para que sirvió este edificio fué para cuartel de milicia nacional; en seguida fué dedicado á otros usos, hasta que hallándose de capitan general del Principado el escelentísimo señor Don Manuel Breton y conociendo la necesidad que tenia esta capital de un palacio para la primera autoridad de Cataluña, propuso al gobierno dicho edificio como el mas á propósito para el objeto, consiguiendo que fuese aprobado su plan.

Púsose en seguida á hacer todas las obras indispensables, á transformar el convento en palacio y fué desde entonces destinado para morada del capitan general.

Digamos ahora algo de la iglesia.

Hasta el año 1249 San Pedro Nolasco y los religiosos se sirvieron para la celebracion de los divinos oficios del oratorio del hospital de Santa Eulalia, cuya situacion correspondia al lugar que ahora ocupa la capilla de la Virgen de la Soledad. En memoria de ello, la escelsa proto-mártir barcelonesa fué siempre titular del convento. En dicho año obtuvo Nolasco licencia del obispo de la diócesis para erigir este oratorio en iglesia pública consagrada á Nuestra Señora de la Merced y á Santa Eulalia.

No obstante, siendo poca su capacidad en atencion al gran concurso de fieles, el mismo Don Jaime ayudó para que se fundase un nuevo templo de gótica arquitectura, haciéndole comunicar con el convento por unos arcos semejantes á los que todavía existen sobre la calle de la Merced y que ahora comunican el palacio del general con las tribunas de la iglesia.

Debe esta iglesia notables concesiones y privilegios á casi todos los monarcas. El rey Don Jaime la hizo capilla real, dando á sus religiosos el título de sus regios capellanes, cuya defensa y de dicha real capilla encomendó al perpetuo patrocinio de los concelleres de Barcelona.

El rey Don Alonso en el año de 1290 eximió al convento é iglesia de ciertos derechos reales.

En 1292 Don Jaime II mandó que los gastos de dicha real capilla corriesen á cuenta de su real tesorería, concesion que con el tiempo padeció su eclipse.

En 1343 Don Pedro IV continuó favoreciéndola y con real despacho de 1359 manifestó por ella su gran devocion.

Su hijo Don Juan fué particular devoto de esta iglesia y lo prueba que en 1381 en tiempo que se obraban los muros de esta ciudad y no sabemos qué edificio real para cuya fábrica compelian á todos los albañiles, mandó que los que entonces trabajaban en la reparacion de la iglesia de la Merced, no pudiesen ser ocupados en otra cosa.

El rey Don Martin en 1401 puso el templo bajo su proteccion y salvaguardia defendiéndole — dice una curiosa obrita impresa á últimos del siglo XVII que tenemos á la vista — en ciertas opresiones, compasivo de las lágrimas de sus religiosos capellanes, que perseguidos le ofrecieron las llaves de dicha real casa y capilla como á padre y patron suyo.

Don Alonso el *sabio* en 1424 juntó é incorporó á la cámara angelical de María de la Merced la real capilla de su palacio mayor de Barcelona con todas sus rentas, emolumentos y derechos. El mismo rey en 1441 hizo declaracion de estar exenta dicha cámara angelical y convento de lo dispuesto en un general decreto dando por razon el ser el convento de su patrocinio real.

Don Felipe III en 1612 hizo pia donacion á dicha su real capilla de sus rentas de Agramonte por espacio de muchos años.

Tambien Don Felipe IV en 1622 franqueó á la misma iglesia una considerable cantidad.

Asimismo fué en varias épocas deudora la capilla á la liberalidad de las reinas y príncipes de dádivas de estimables ornamentos, albajas de oro y plata y reliquias singulares.

Suspendamos por un momènto la historia de esta iglesia, antes de verla tomar un nuevo aspecto, para relatar, si bien que brevemente, una curiosa ceremonia que tuvo en ella lugar en 1696, y que probará la religiosidad, la fé, y al mismo tiempo la candidez de nuestros mayores.

Descrita muy circunstanciadamente la hemos hallado en el manuscrito de que hemos hecho mencion en el anterior capítulo, y la concedemos un lugar en esta obra, porque es quizá la vez primera que se hallará impresa.

Con rezo mayor celebraba solo la iglesia española la milagrosa descension de la Vírgen en Barcelona, habiéndolo así concedido el papa Inocencio XI en 1679 á instancia de Carlos II entonces rey de la península, cuando á 22 de Febrero de 1696 decretó Inocencio XII que se celebrase, no solo en España, sino en toda la universal Iglesia la fiesta de Nuestra Señora de la Merced con rito doble de precepto.

Llegó esta noticia á Barcelona á principios de Mayo y al primer aviso la celebraron los religiosos con todas las posibles demostraciones de júbilo, repique de campanas y muchos fuegos y luminarias por la noche, pasando en seguida una súplica al consejo de ciento en que se le daba noticia del decreto de su Santidad y estension del rezo, concluyendo con pedir que se sirviese la ciudad hacer aquellas demostraciones que le pareciesen proporcionadas en accion de gracias por tal favor.

En aquel entonces toda la nacion estaba afligida al ver que su monarca Carlos II, al que la historia ha llamado el *hechizado*, no tenia sucesion, y preveíanse los males que resultarian de morir el rey sin ella. El consejo de ciento de Barcelona era el primero en deplorarlo, cuando recibió la comunicacion de los PP. de la Merced.

Acto continuo se reunió y, aprovechando la ocasion, decidió con toda aquella sencilla buena fé y fondo de ciega creencia que caracterizaba á nuestros padres, presentar un memorial á la Vírgen pidiéndola la deseada sucesion del monarca. Creyó el consejo que mejor ni mas oportuno podia ser el momento que aquel en que se iba á festejar á la Soberana del cielo á una de la noticia comunicada por los religiosos Mercenarios.

En 10 de Mayo de 1696 consta pues en la deliberacion del consejo que este determinó: Primero: celebrar un Te Deum en la iglesia del real convento de la Merced con toda solemnidad; segundo: que inmediatamente del Te Deum, se cantase el himno *Ave Maris Stella*, suplicando á María Santísima quisiera interceder con su divina magestad para la deseada sucesion al monarca; tercero, que por mano de los concelleres se pusiese en la de María Santísima un

memorial con esta peticion; cuarto: que inmediatamente al dia de la festividad hiciesen los concelleres un novenario á la Vírgen, yendo por nueve dias consularmente y asistidos de todos los oficiales de su casa, banco y tabla á visitar el santuario é iglesia de la Merced, para implorar y suplicar á la Vírgen el buen despacho de esta dicha, procurando que en todos los dias del novenario por la reverenda comunidad de religiosos de dicho convento se cantara la letanía de la Madre de Dios (1).

Al dia siguiente en que, al son de trompetas y clarines, hízose pública esta deliberacion por medio de pregones, la ciudad se llenó de alborozo y júbilo.

Llegó el sábado 19, dia designado para la ceremonia, y por la tarde apareció la iglesia de la Merced ricamente adornada y profusamente iluminada. La Vírgen fué colocada sobre un riquísimo trono de plata que la ciudad le habia regalado.

A las cuatro de la tarde partieron los concelleres de las casas de la ciudad, vestidos consularmente con sus maceros y grave acompañamiento, y siendo recibidos por la comunidad del convento á la puerta de la iglesia, subieron al presbiterio donde ocuparon su asiento. Llegó luego el obispo y poco despues el marqués de Gastañaga, virey y capitan general del Principado, con el real consejo, y sentados todos, se vistió Su Ilustrísima de pontifical, y entonó el *Te Deum laudamus*, á que respondieron los baluartes vecinos al convento con una salva de artillería y las trompetas y clarines, entre cuyo estruendo continuó el himno la comunidad acompañado de la religiosa música.

Acabado el *Te Deum* y entonado el *Ave Maris Stella*, llegó la ocasion de poner en las manos de la Vírgen el memorial que en las suyas traia preparado el conceller *en Cap*. Subió este con el obispo y los concelleres al camarin de Nuestra Señora, y llegando á la pieza en que estaba la santa imágen sobre su trono de plata, besáronle todos la mano, en la cual y en nombre de la ciudad puso el conceller *en Cap* el memorial.

Ahora bien, si el lector siente deseos de saber lo que espresaba el escrito, vamos á ponérselo de manifiesto. Es una obra notable por su característica sencillez, y que revela algo de las costumbres patriarcales de la sociedad de entonces.

Decia así:

«Señora:

«A vuestras sagradas plantas, con el mayor rendimiento postrada la ciu-

(1) Esta deliberacion la hemos traducido al pié de la letra de su original en lengua catalana, lo mismo que el memorial que se inserta mas abajo.

dad de Barcelona, animosa con las esperiencias de vuestras misericordias, que no refiere, por no ser capaz estilo humano de esplicarlas, os suplica la mayor y de mas universal importancia.

«Nuestro católico monarca Cárlos y su amantísima real esposa Mariana, reyes y señores nuestros, en seis años de ejemplarísimo matrimonio, se hallan sin la deseada sucesion, y toda esta monarquía con leal impaciencia desconsolada.

«Vos, Señora, que registrais lo íntimo de nuestro corazon, y ois mejor á Barcelona lo que calla que lo que pronuncia, sabeis cuanto nos atormenta la dilacion de esta dicha. No tarda, si se mira el breve tiempo, vigorosa robustez y poca edad de los reales esposos, pero á la pública utilidad de estos reinos y á nuestro leal afecto y cordial amor siempre ha tardado y siempre tarda.

«Y pues la omnipotencia, que de vuestro preciosísimo Hijo teneis sin reserva alguna comunicada, no se limita al poder de solo concedernos esta felicidad, sino que tambien llega igualmente al poder de abreviarla, abreviadla. Fecundad á este real matrimonio de sucesion tan eterna y numerosa, como hija de vuestras entrañas piadosísimas é intercesion soberana.

«En dia que el rezo de vuestra admirable descension á esta ciudad de Barcelona se ha concedido y estendido á toda la cristiandad, no se negará vuestra benignidad á un favor en que toda la cristiandad está interesada.

«De la concesion y estension de este rezo, sois deudora á dos Inocencios, undécimo y duodécimo, vasallos que fueron de España, y á la súplica é instancia del rey nuestro señor y del señor emperador. Grande es el crédito que de vuestra indefectible gratitud tiene la augustísima casa y en particular el Austria española. Concedednos, pues, soberana Señora de la Merced, un príncipe de nuestro gran monarca; y vuestra siempre pródiga clemencia sea esta vez justificada retribucion, que es hacer lisonja á vuestra piedad para ser mas beneficiosa, consideraros mas obligada.»

En tales términos estaba la súplica concebida. Admirable y feliz tiempo aquel, en que las pasiones dormian en el seno de la creencia y en que no se despertaban jamás para irritar la tranquilidad de las mas cándidas y patriarcales costumbres!

Al dia siguiente por la mañana, los tambores, trompetas, clarines y chirimias de la ciudad, distribuidas delante de la puerta principal de la iglesia y convento de la Merced, empezaron con festivo alborozo á alegrar al pueblo que en numeroso concurso iba y venia de visitar á la Virgen de la Merced la

cual estaba espuesta en su rico trono, brillantemente adornada y teniendo en la mano derecha el memorial de la ciudad de Barcelona.

Durante nueve dias todo fué júbilo y alegría. Se cantaron villancicos en el templo, sucediéronse las ceremonias religiosas, retumbó varias veces la voz del cañon celebrando la festividad con su bronco estampido, diéronse al vuelo las campanas en señal de contento, y señaláronse premios para un certámen poético alusivo al objeto y en el que fueron coronados los mejores autores de una composicion catalana, una castellana y otra latina.

El premio primero señalado á la poesía catalana, lo alcanzó una dama principal de Barcelona llamada Eulalia de Riusec.

Toda la poblacion tenia cifradas grandes esperanzas en la súplica de sus conselleres. Desgraciadamente, la Vírgen hubo de desestimar el memorial de la fiel Barcelona, pues que ahí está la historia para decirnos todo el sangriento conflicto que se originó de haber muerto el rey sin sucesion, ahí está sobre todo la misma Barcelona que aun llora y llorará eternamente la pérdida de sus libertades por haberse alzado terrible y justiciera en favor de aquel á quien el trono pertenecia por derecho divino.

Prosigamos, ahora que hemos cumplido con participar á nuestros lectores este episodio,—episodio que por lo curioso no debe haberles sido desagradables,—prosigamos en breve resumen la historia del templo hasta nuestros dias.

Con el andar de los tiempos, el concurso de fieles cada vez mas numeroso y solícito y sobre todo la mano de los siglos, habian hecho necesaria una completa reparacion ó reedificacion en la iglesia. En su consecuencia se procedió á derribar la iglesia para elevar otra mas capaz y mas bella.

Declaróse protector de la obra el rey Cárlos III entonces reinante, y en su nombre puso la primera piedra del nuevo templo el capitan general de Cataluña marqués de la Mina el 25 de Abril de 1765.

Tardó diez años en estar concluido. Es un hermoso santuario de una sola nave en cuyo bellísimo altar mayor se venera la imagen de la Vírgen de la Merced, que se pretende ser la misma que San Pedro Nolasco espuso á la solicitud y amor de los fieles.

No nos entretendremos en hacer la descripcion de esta iglesia.

A principios de este siglo fundóse en ella un pequeño conservatorio de música, á imitacion del tan celebrado del monasterio de Monserrate. Dábase morada á un cierto número de jóvenes, independiente de la comunidad, bajo la direccion de un religioso y con sujecion á un reglamento particular. Esta *es-*

colanía adquirió no poco crédito y fama mientras estuvo á cargo del celoso padre Ferreras, religioso que ha dejado gran nombre en Barcelona.

La Vírgen de la Merced goza mucha veneracion en el pais. En épocas de grandes calamidades como pestes, sitios, sequías etc. se saca en procesion la imágen. La última vez que se hizo fué durante la mortífera epidemia de 1821.

Despues de 1835, la iglesia de Nuestra Señora de la Merced fué declarada parroquial de San Miguel Arcangel, en sustitucion á la que sirve ahora de capilla del Ayuntamiento.

En el dia continua el conservatorio de música bajo la direccion del conocido profesor Señor Andreví.



SAN JUAN DE DIOS.

(GRANADA.)

I.

BENEFICENCIA.

HEMOS hablado varias veces de conventos–castillos, de conventos–palacios. Vamos á hablar ahora de un convento–hospital.

Respetable y piadoso asilo es el de San Juan de Dios! Ante él deben inclinarse todos los hombres, á su puerta deben cesar todas las luchas de partido, en su interior debe calmarse la voz de las pasiones.

El fundador de este edificio y de la órden que lo ha gobernado por espacio de cerca de tres siglos, fué un hombre cuya vida puede decirse no haber sido otra cosa que un sacrificio continuo prestado á la

causa de la humanidad. Como San José de Calasanz, como San Vicente de Paul, mientras otros pensaban en aglomerar riquezas, en construir suntuosos edificios, en imponer á los pueblos sus ideas, él no pensó mas que en los pobres, en los enfermos, en los huérfanos.

Con eso está dicho todo, con eso se le caracteriza.

Hombres como San Juan de Dios merecerian que la humanidad agradecida les levantara eternos monumentos que legaran á los siglos la fama de sus virtudes y el recuerdo de su nombre.

En Granada tuvo orígen la institucion hospitalaria. Un soldado portugués, un hombre que antes habia sido pastor y despues artesano, arrepentido de sus culpas y de su vida quizá demasiado mundana, se entregó con ardiente caridad á recojer pobres que hospedaba en una casa, pasando el dia y parte de la noche en pedir limosna para alimentarlos.

Aun existe en Granada, junto á la puerta Elvira. una capillita que es donde asegura la tradicion que el mendigo tenia una tienda en la que vendia libros de doctrinas y romances para socorro de los pobres.

Este hombre que así amoldaba su vida á una idea humanitaria, que dia y noche, constante, decidido, incansable, pedia por los pobres y para los pobres, este hombre era Juan de Dios, el que mas tarde debia dejar su nombre al edificio que aun hoy se eleva en Granada para gloria de su suelo y honra de la humanidad.

Juan de Dios consiguió asociar algunos hombres á su dignísima idea y al frente de un grupo de benéficos pordioseros continuó su humanitaria empresa.

Acciones tan bellas y tan heróicas, le alcanzaron poco á poco el favor del pueblo, la proteccion de los magnates. Trató de fundar un verdadero hospital, y pusiéronse á su disposicion sumas de cuantía.

Entonces se le vió con nuevo ardor dedicarse al ausilio de los pobres, al socorro de los enfermos y, venciendo con la fé la repugnancia, cuidar males estraños y espantosos con sublime abnegacion, con solícito interés. Su conducta edificaba á todos los que se habian unido á él y le ayudaban en su santidad y virtud.

Este héroe humanitario concluyó su carrera benéfica á los 55 años de edad en 1550, siendo despues de su muerte justamente canonizado.

Paulo V dió á los nuevos religiosos la regla de San Agustin y en 1571 les dió tambien permiso para promover uno á las sacras órdenes en cada hospital.

Era en España esta religion separada de la de Italia. Esta habia olvidado el cuarto voto de la asistencia á los enfermos, motivando con ello el que irritado Clemente VIII sujetase los religiosos á los obispos al ver que despreciaban el

cuidado de los pobres enfermos y el de aplicarse á los estudios que los hacian capaces de recibir las órdenes.

En España, digámoslo en su honra y favor, no se desviaron jamás de este voto de su instituto, y de aquí resultó el que hubiese dos generales: uno que gobernaba las casas de los dominios sujetos á nuestros reyes, y otro que por lo comun residia en Roma dirijiendo las demás.

Este general era reemplazado cada seis años y algunos de ellos gozaron en nuestra nacion de la *grandeza*.

Dos provincias tenian: la de Andalucía con 35 hospitales y la de Castilla con 25, esto sin contar los fundados en la América é Indias, á donde pasaron algunos, celosos de proseguir y estender, con admirable ahinco, el benéfico pensamiento de su santo fundador.

Algo diremos ahora del convento—hospital de Granada que es el primero de la órden y el mas célebre por sus recuerdos y tradiciones al par que por su riqueza.

En 1552 fué cuando pasó al lugar que hoy ocupa, haciéndose la obra antigua con limosnas cuantiosas que benéficas personas se apresuraron á hacer.

El general de la órden Fray Alonso Ortega fué el que, despues de estar canonizado Juan de Dios, llevó á cabo la construccion de la nueva iglesia y su portada, el adorno de los claustros y el ensanche de muchas oficinas y accesorios, costando la obra — segun el *manual de Granada* — 2,285.688 reales con 22 maravedises.

Sencilla y hermosa es la portada que abre paso para el claustro. Mandáronla hacer Francisco Diez y Ana de Covarrubias su muger. El claustro está pintado al fresco con numerosos cuadros que representan las principales escenas de la vida de San Juan de Dios. Son los frescos de Don Tomás Ferrer de Zaragoza y los lienzos de Don Diego Sanchez Sarabia. La escalera está construida de ricos mármoles y en las paredes tiene frescos bastante deteriorados.

La portada de la iglesia muestra esculturas de Ponce de Leon y de Vera Moreno. En una cartela sobre el arco principal hay escritas las sublimes palabras con que pedia limosna el santo patriarca de los hospitalarios:

Haced bien para vosotros mismos.

La planta de la iglesia es defectuosa y su interior en armonía con todo el edificio, notable en churriguerescos adornos y en obras de mal gusto. Sin embargo cuenta el templo pinturas de mérito y algunas estátuas de buen arte y

buena mano. Entre otras verdaderas riquezas se citan en la sacristía cuatro bellísimos cuadros apaisados de Don Pedro Atanasio Bocanegra.

El camarin está construido de ricos mármoles, lleno de reliquias, de preciosas alhajas, de pinturas y adornos magníficos. En medio de este camarin se ve un tabernáculo con estátuas de plata y una urna en el céntro de la misma preciosa materia donde están guardados los restos de San Juan de Dios.

Esparcidos por el edificio se encuentran otros notables cuadros y varias cosas de mérito.

En la escalera, llena de azulejos de Triana, se lee esta sencilla, patética y espresiva inscripcion:

El que costeó esta obra pide le encomienden á Dios.

II.

LOS AGUSTINOS.

Tuvo tanta parte San Agustin en la propagacion del estado religioso en África, que fué mirado como su fundador.

Nació San Agustin el 13 de noviembre de 334 en Tagaste, pequeña ciudad de África, bajo el reinado del emperador Constancio, de un padre pagano llamado Patricio y de una madre cristiana que la iglesia ha canonizado con el nombre de Santa Mónica.

Aun cuando sus padres no fuesen ricos, hicieron costosos sacrificios para darle una buena educacion; hiciéronle empezar sus estudios en Madaura, ciudad vecina, y de allí le enviaron á Cartago para que los continuase. Patricio destinaba su hijo al foro y quiso que se dedicara en particular á la retórica y

á la elocuencia, pero el buen padre murió antes de haber visto el fruto que Agustin sacaba de los sacrificios hechos por él.

Mónica continuó los proyectos de su marido; hubiera deseado que su hijo fuese cristiano como ella y ya, al efecto, desde su infancia le habia hecho entrar en las filas de los catecúmenos, es decir, en el número de las personas que aguardaban el bautismo. Pero, mientras que vivia en Cartago, Agustin se separó del camino en el cual su madre hubiera querido verle, y se separó por la efervescencia de una naturaleza apasionada y por el contagio de los ejemplos de sus camaradas.

A la edad de diez y nueve años leyó un tratado de Ciceron, *Hortensius*, que hoy se ha perdido, y allí bebió con avidez los primeros conocimientos de la filosofía á la que se entregó en seguida con todo el entusiasmo de sus arrebatadas pasiones. Buscando entre todas las opiniones numerosas que entonces agitaban el mundo la que mejor podia satisfacer su inteligencia y dar cuenta de todos los fenómenos del universo, se adhirió á los maniqueos, cuya doctrina estaba entonces muy esparcida por el Oriente y por el África; adoptó sus principios, y, á ejemplo suyo, esplicó el mundo por medio de la lucha del bien y del mal.

Los gefes del maniqueismo viendo en él uno de sus mas celosos sostenes, enviáronle á Roma en 383 y recomendáronle á Simmaco que era entonces gobernador de la ciudad. Simmaco le hizo obtener una cátedra de elocuencia en Roma, y al año siguiente le envió á Milan donde le esperaba otra cátedra.

Treinta años tenia entonces Agustin; habia pasado por todas las fases de una vida apasionada y de una atormentada inteligencia. En Milan trabó amistad con San Ambrosio, obispo de la ciudad, uno de los mas fervientes espiritus de aquella época. Cediendo á su influencia y á la de su madre Mónica que habia ido á reunirse con él, se convirtió por fin al cristianismo y recibió el bautismo en 387.

Fué en el seno de una dulce soledad, en el seno de algunos escogidos amigos, donde San Agustin se sintió conmovido por la voz interior de su corazon y por la virtud de la nueva doctrina destinada á regenerar el mundo. Pero, des de el instante en que de él se hubieron apoderado las nuevas ideas, sintió aun la necesidad de un retiro mas profundo, mas inaccesible, mas solitario, y decidió su viaje á África.

Su buena y pobre madre que tanto habia rogado por él al Señor, hubo entonces de despedirse de él para un viaje eterno. Mónica murió en Ostia cuando iba á hacerse á la vela con su hijo para seguirle en la senda para Agus-

tin tan ardientemente suspirada y en que por fin le habia visto entrar.

Al año de su muerte, 388, cuanto ya estaba en África perdió Agustin un hijo que habia tenido y con él el postrer lazo que á la tierra le ligaba. Desde aquel momento su pensamiento se cifró solo en la meditacion religiosa, desde aquel instante ya no quiso pensar mas que en Dios, creyendo — como ha dicho él mismo en una de sus admirables obras — que *de cualquier lado que se vuelva el alma del hombre y por mucho que busque para hallar su reposo, no encuentra mas que dolor hasta que se reposa en el Señor.*

Bellas palabras! Sublime consuelo para el que pena, divina esperanza para el que sufre!

Llegó á ser San Agustin por sus sermones y por sus escritos una de las mas firmes columnas del cristianismo. Empleó sus grandes y vastos talentos que habia fecundado con el estudio á defender la ortodoxia católica. Obispo, no negó ciertamente la filosofía y se valió de ella al contrario como de un instrumento para demostrar la verdad y la escelencia de la religion; filósofo, se esforzó en poner de acuerdo la religion y la filosofía que, nacidas para ser humanas, se disputaban sin embargo en el palenque cristiano como rivales; poeta, comprendió el espíritu sublime de la religion y bebiendo en él é inspirándose en ella, quiso hacer de la inteligencia una palanca y de la palabra un culto.

San Agustin puede ser mirado como uno de los fundadores del dogma cristiano; la misma Iglesia le honra, sino como al autor de la mayor parte de sus creencias, al menos como al redactor de algunas de sus fórmulas.

Los primeros años del siglo quinto, durante los cuales San Agustin llegó á ser como el oráculo de la Iglesia de occidente, vieron caer sobre la Europa aturdida el diluvio de los bárbaros que arremolinándose en torno los muros de Roma, la estrecharon y oprimieron como hubiera podido hacer con un árbol una gigantesca serpiente de mostruosos anillos. El saqueo de la capital del orbe civilizado hizo despertar de su letargo á los pueblos, que creyeron ver en los vándalos los instrumentos de la cólera del cielo.

Testigo de esas crisis universales, San Agustin, un libro en la mano, atravesó por entre tantos horrores, como un iris de bonanza atraviesa por entre las apiñadas y amenazantes nubes de un cielo en ira. Recurrió á la pluma, á la palabra, y dió á los hombres el consejo — santo y admirable consejo entonces! — de refugiarse en el mundo de sus sueños y de sus espirituales esperanzas para allí saciar todos sus deseos con el tesoro de las solas verdaderas realidades.

Unió el ejemplo á la palabra y fundó en Hipona su primèr monasterio. Libre y rotos todos los lazos que al siglo le unian vivió solitario con los que se le habian unido, viviendo para Dios, ejercitándose en el ayuno, en el rezo, en las buenas obras, meditando noche y dia la ley del Señor, imitando á los solitarios de Egipto, y observando la manera de vivir, la regla establecida en tiempo de los apóstoles; á mas, proscribió toda propiedad de su comunidad, nadie podia decir que tuviera nada propio, todo era comun, y en fin distribuía á cada uno lo que le faltaba segun sus necesidades.

San Agustin murió en Hipona, de donde era obispo, el 28 Agosto de 430, el tercer mes del sitio con que los vándalos tenian oprimida á la ciudad. Tenia 76 años.

Grandes disputas han tenido lugar sobre si San Agustin fundó los ermitaños de su nombre ó los clérigos regulares, y aunque algunos están por la afirmativa, lo que asegurarse puede es que estos ermitaños vivieron por los campos siguiendo la vida de los apóstoles hasta que en 1287, bajo el generalato de Clemente de Auximas, fueron reducidos á cuerpo dándoles la regla de San Agustin.

Los religiosos de esta orden se multiplicaron tanto con el tiempo que en el capítulo general celebrado en Roma en 1620 se hallaron quinientos vocales. Llegó á comprender cuarenta y dos provincias, varias congregaciones, y no pocos autores afirman que hubo en otro tiempo cerca dos mil monasterios de esta orden que encerraban mas de treinta mil religiosos, y á mas trescientos conventos de mugeres.

En el año 1567 el papa Pio V puso la orden de los ermitaños de San Agustin en el número de las cuatro mendicantes que son como se sabe, los Dominicos, los Franciscanos, los Carmelitas, y los Agustinos, y no distinguió á los Servitas que miraba como mendicantes á pesar de poseer grandes rentas y fondos.

Contaba la orden con un gran número de santos, entre los cuales acaso ocupa el primer lugar Santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia.

Consistia el traje de estos religiosos en un hábito y un escapulario blanco cuando estaban en casa : en el coro y cuando salian se ponian una especie de cogulla negra y por encima una gran capucha que terminaba redonda por delante y en punta por detrás hasta la cintura que era de cuero negro.

En España, cuando su estincion, contaban las provincias siguientes : Castilla con 40 conventos de hombres, ocho de mugeres y tres descalzas, mas, 16 de religiosas sujetas al ordinario : Andalucía con 35 de religiosos y cinco de religiosas sujetas á la provincia con 14 al ordinario, uno al consejo de órdenes

y otro al prior de San Marcos en Leon: Aragon con 53 de hombres, nueve de mugeres sujetas á la provincia y 11 al ordinario.

Esta órden además se subdividió en otras ramas, y los ermitaños de San Gerónimo, de San Pablo, los religiosos de Santa Brígida, San Ambrosio y los Hermanos de la Caridad seguian la regla de San Agustin.

Antes de pasar adelante prosiguiendo nuestro intento, y puesto que de los ermitaños tratamos, no le sabrá mal al lector que consagremos un recuerdo á las tan nombradas ermitas de Córdoba.

Se le debemos en esta obra.

Procuraremos ser breves.

LAS ERMITAS DE CORDOBA.

No lejos de la ciudad famosa, la ciudad de las leyendas moriscas y de los cuentos de hadas, la bella Córdoba, hay una empinada sierra, célebre en la historia religiosa de nuestra España.

Diez y ocho ermitas se levantan en ella esparcidas por la ladera, descubriéndose á gran distancia por lo blanco de sus muros que resalta sobre el verdor de la frondosa sierra. A primera vista cualquiera las tomaria por algunas cabras dispersas que pacen en la montaña.

De tiempo inmemorial ha habido monasterios y ermitas en la sierra de Córdoba, que permanecieron durante la monarquía goda y dominacion de los árabes. Quizá duraba aun allí la vida eremítica en tiempo de la conquista de la ciudad en 1236, pero hasta el siglo XIV no hay memoria cierta de ermitaños, los cuales aumentaron desde San Gerónimo á Scala celi; especialmente en el territorio de la Albayda y de la Arrizafa.

Aumentáronse mucho en estos parajes en el siglo XVI y por los años de 1583 decidieron internarse mas en lo áspero de la montaña, y se establecieron por cima de la Albayda, segun dice el autor que es nuestro guia en este capítulo, cerca del sitio llamado rodadero de los lobos. En 1699 les concedió la ciudad terreno para que fijasen su morada en la cumbre del cerro donde permanecen y allí fundaron varias ermitas que se concluyeron en 1709 labrándose una pequeña capilla.

En 1732 se principió la cerca del desierto que tiene 2700 varas de circunferencia y tres de alto, y comprende olivos, algarrobos, almendros, ciruelos, alguna viña y muchos nopales que nacen por todas partes.

Unidos á la ermita mayor están la iglesia, el noviciado, las habitaciones del capellan y la hospedería.

Dista una ermita de otra como un tiro de fusil, y cada una se ve rodeada de una pequeña cerca de piedra suelta.

Los ermitaños fueron espulsados del desierto en 1836, y aquel ingrato terreno antes tan bien, aunque con tanto trabajo cultivado, quedó en completo abandono y las ermitas fueron casi destruidas. Sin embargo, cuatro ó cinco años hace fueron restablecidos y restauróse este antiguo y devoto desierto.

Aquel pequeño pueblo de anacoretas vuelve pues á ocupar su lugar; han regresado todos á su pobre y humilde morada que no consiste mas que en una chimenea y una alcoba para su modesta cama.

Allí no hay mas que religion y poesía.

El viajero que visita aquel puñado de ermitas, aquel tranquilo desierto, siente conmovido su corazon, siente sublimarse su pensamiento y, herido por la paz, por la calma, por la ventura que allí reina, anhela solo penetrar en el templo para elevar himnos de alabanza al Señor y enviárselos como besos del alma en las alas invisibles pero puras de la cándida oracion.

Al acercarse al templo se encuentra tambien en su umbral, y como si á recibir le saliera, la poesía, vestida con su traje mas candoroso y mas bello, pues que está allí la religion para hacerla brotar como una virgen cristiana que sale del fondo de una religiosa cripta.

Qué mas poético en efecto que la imágen que ocupa el altar del santuario? Es la de la Vírgen convertida en pastora, y se halla su camarin situado con tal arte sobre los mismo riscos, los cuales permite descubrir la reja de una prolongada ventana, que no puede ser mas completa la verdad de su representacion.

Es este santuario una especie de punto céntrico, donde, al toque de la campana, acude cada ermitaño para orar y dirijir sus preces al Eterno.

Rápidos y felices transcurren para el viajero los momentos que en la sierra pasa. Todo es allí bello, todo encantador, todo dulce.

Si del desierto y al golpe del cayado de Moisés brotó una fuente cristalina, allí, al golpe de una azada misteriosa, parece haber brotado un jardin de la durísima roca.

Cada ermita tiene un huerto reducido, pero lindísimo. Lleno está de flores hermosas que ufanas balancean sus capullos á las caricias amorosas de la

brisa, que despliegan todas sus májicas combinaciones de colores cuando se estremecen bajo los besos ardientes del sol de mayo.

Pintoresco sitio! delicioso lugar! Todo es allí flores: las flores de la religion, las flores de la naturaleza, las flores de la poesía.

Hasta las tumbas están cubiertas con flores.

No es nada triste el suelo donde descansan los restos de aquellos anacoretas. Una cruz indica donde duerme un eremita el sueño eterno, y vistosas y cultivadas plantas, enroscadas en torno á la cruz cubren la huesa funeraria. Bello enlace de la vida de la naturaleza con la muerte de la materia! hermoso himeneo de la vida del alma con la esperanza de la vida!

Si se acerca el viajero á leer alguna de las medio borradas inscripciones de los sepulcros, leerá mas de un nombre distinguido, el nombre de algunos caballeros de noble y elevada alcurnia que allí concluyeron en la penitencia y en el retiro unos dias que habian principiado entre la pompa y el bullicio.

Descúbrase el caminante y ruegue por ellos.

Paz á los muertos! paz á los que se han dormido — felices, ay! y bendidos! — con la tranquilidad del justo en el seno de la fé, en el seno de la creencia y sobre todo en el seno del olvido!

Mas de un hombre quizá, sobre los floridos picos de aquella sierra, recordó alguna vez los perdidos ensueños de sus amores, las ya idas ilusiones de su ventura, los muertos sonrientes albores de un pasado de gloria, y torturado acaso por un impuro deseo, tuvo sin duda que arrojarse á los piés de la Vírgen y que golpear su cabeza con la piedra del altar, para que volviera pronto el amor divino á llenar de delicias el corazon que rebelde murmuraba en la soledad del yermo.

Lector, si alguna vez la suerte te lleva á Córdoba, la ciudad de las baladas, la de los moriscos romances y caballerescas leyendas, no dejes de hacer una escursion á las ermitas de la sierra.

Es, créelo, una peregrina escursion. Visita el retiro de aquellos solitarios, medita sobre las tumbas de aquellos anacoretas, reza la salve á la pastora Vírgen que en la cuna te enseñó tu madre y, nosotros te lo garantimos, al bajar de la sierra te encontrarás mas poeta, mas cristiano, mas bueno.

Habrás ganado en bondad, habrás ganado en creencias.

III.

CONGREGACION DE LA ORDEN DE AGUSTINOS DESCALZOS.

Prosigamos ahora con nuestra historia de los hijos de san Agustin.

Como en todas las órdenes, la relajacion se introdujo tambien en la de los Agustinos. Estos religiosos dejaron de pensar en las cosas del cielo para ocuparse demasiado en las de la tierra, y, temiendo aventurarse por el camino sembrado de espinas de la penitencia, escondieron todas las espinas bajo las flores.

Esta relajacion fué la que dió lugar al establecimiento de varias congregaciones.

Arrojaremos sobre ellas una histórica ojeada.

Fué la primera la de Leceto ó Illeceto, formada por el padre Ptolomeo de Venecia, elegido general en 1385. Tenia esta congregacion doce conventos en Italia.

Los padres Simon de Cremona y Cristian Franco trabajaron en el reino de Nápoles para hacer revivir la observancia regular que habia sido casi proscrita de la mayor parte de los monasterios, y escojieron para centro de su reforma el convento de San Juan de Nápoles que dió nombre á esta congregacion. Contaba con catorce conventos.

El padre Agustin de Roma, electo general en 1419, fundó la congregacion de Perusa que tenia ocho conventos.

La mas numerosa y mas floreciente congregacion era la de Lombardía que comprendia ochenta y seis monasterios. Fué introducida por tres religiosos en 1430.

En 1470 Bautista Poggi dió principio á la congregacion de Génova, llamada de Nuestra Señora del Consuelo. Tenia treinta y un conventos.

Simon de Camerino introdujo en Italia, en algunos conventos que le admitieron, austeras observancias diferentes de las que se practicaban en otros conventos de la órden. Esta congregacion, á la que el fundador dió su nombre, solo tenia cinco.

Otra fundó Felix de Cosfano en Italia el año 1492, y al año siguiente apareció una nueva en Alemania llamada congregacion de Sajonia.

La de Calabria comenzó en 1503 y reunió mas de cuarenta monasterios.

La congregacion de los Reformados de Sicilia tuvo por fundador á Andrés del Guasto que erigió su primer monasterio en una montaña llamada *Centorbi*, que tomó este nombre porque, segun la tradicion, habia antiguamente en torno suyo cien ciudadelas que formaban como otras tantas pequeñas ciudades. Tenia diez y ocho conventos en los que se hacia una vida sumamente austera. No poseian fondos ni rentas, ni vivian tampoco de limosnas. Los religiosos trabajaban para su subsistencia solo y se aplicaban en particular al cultivo de las tierras.

La congregacion de *Colorito* tomó este nombre de una pequeña montaña de la Calabria así llamada en la que estuvo su primer monasterio. Data esta reforma de 1560 y comprendia doce conventos.

En fin, existia la congregacion de Bourges comenzada en 1593 que llegó á tener hasta veinte conventos.

Tales fueron las congregaciones. Veamos ahora como nacieron y progresaron los agustinos descalzos.

El padre Tomás de Jesús fué el autor de esta reforma.

Nació en Lisboa el año 1520, siendo oriundo de la ilustre familia de Andrada. Dedicado desde niño á la religion, entró en ella con fervor y despues de haber concluido sus estudios en Coimbra, empezó á dedicarse á la predicacion logrando alcanzarse nombre y fama.

Siendo muy relajada la orden, y no satisfaciéndole la observancia regular empezó la reforma de los Agustinos descalzos que muchos religiosos de la observancia no solo de Portugal sino de Castilla, se apresuraron á abrazar. Sin embargo, lanzóse grande clamoreo contra esta reforma y los otros religiosos hicieron toda clase de esfuerzos no solo para impedir su progreso sino para ahogarla en su cuna, consiguiéndole al fin y al cabo, pues que el P. Tomás de Jesus tuvo que retirarse al fondo de un aislado convento.

Allí vivia sosegado y sin ocuparse mas que en espirituales pensamientos

cuando el rey Don Sebastian embarcándose para África, le mandó seguirle. Despues de la derrota del ejército cristiano el digno religioso quedó cautivo entre los moros donde sufrió lo que no es decible.

La condesa de Linares su hermana, habiendo sabido mucho tiempo despues que se hallaba en Marruecos, envió á dicho punto un embajador para pagar su rescate, pero el P. Tomás de Jesus rehusó, escribiendo á su hermana que habia formado el designio de acabar sus dias en servicio de los esclavos cristianos de Marruecos, y diciéndola que empleara el dinero destinado para él en el rescate de algunos otros cautivos.

Así fué en efecto. Murió entre los moros el 17 de Abril de 1532, despues de haber hecho grandes servicios á los esclavos por amor de quienes habia preferido la servidumbre á la libertad.

Solo despues de su muerte se aprobó la reforma de la que fuera el autor.

Los religiosos de Castilla fueron los primeros en pedir al rey Felipe II que empleara su autoridad con el general de la órden para que se establecieran en su provincia casas de recoleccion. Cumplió el monarca su deseo. En 1588 y en el capítulo celebrado en Toledo se accedió á formar casas de recoleccion, ordenando que el convento de Talavera fuese el primero de la reforma.

Los Agustinos descalzos tomaron en España el nombre de recoletos.

Esta reforma hizo grandes progresos, venciendo todos los obstáculos que se la atravesaron y pusieron. Tenia ya un crecido número de conventos cuando Felipe III de España escojió á sus religiosos para las misiones de Indias.

En las islas Filipinas fundaron los misioneros seis monasterios.

Entraron luego en el Japon y algunos avanzaron hasta Nangazaqui donde recibieron la corona del martirio. Su ejemplo impelió á algunos padres de la observancia á comenzar una congregacion nueva de religiosos descalzos en la nueva Granada, pero fué despues reunida y sometida á la reforma de los descalzos de España por el papa Urbano VIII en 1629.

Clemente VIII habia ya separado á los descalzos de los calzados por su bula de 1598 y por otra dada en 1602 les dió su licencia apostólica para elegir un provincial, cuatro definidores y un ministro general con el mismo privilegio que los calzados.

Los agustinos recoletos ó descalzos españoles eran mas austeros que los franceses y los italianos. Tenian los españoles en cada provincia un convento situado en el fondo de alguna soledad rodeado de varias ermitas.

Los españoles, franceses é italianos, aunque de una misma reforma, diferenciábanse sin embargo en su traje, pues que los de Francia é Italia no se

distinguian de los capuchinos mas que por el color del hábito; el de los agustinos era negro y llevaban un cinturon de cuero: los de Francia no se distinguian de los de Italia mas que por la barba larga que usaban, mientras que los italianos se hacian afeitar como los españoles, que no tenian capuchas puntiagudas como los otros y que llevaban una capa mas larga, y en los piés simples sandalias ó alpargatas.

En 1743, habiendo llegado á España dos vicarios generales de las islas Filipinas, quisieron fundar en Valladolid un colegio de su profesion colocando la primera piedra de este edificio en el campo llamado *Grande* en 1759, siendo hoy una de las casas esceptuadas de la estincion como colegio de las misiones para Ultramar.

Tenia esta órden en la península tres provincias: la de San Agustin con 13 conventos de religiosos y 13 de monjas sujetas al ordinario: la de Nuestra Señora del Pilar con 12 de religiosos y 7 de religiosas sujetas al ordinario; y la de Santo Tomás de Villanueva con siete conventos de religiosos y 13 de religiosas sujetas al ordinario.



LA CARTUJA DE VALLDEMOSA.

(MALLORCA.)

I.

LA TRADICION DEL VALLE.



ERMOSO valle, valle regalado! valle fresco y riente como una idea de amores!....

Aunque es preciso verle este valle como le ve el peregrino, al despertar del sol.

Dulce y bella es la noche, vanse debilitando y oscureciendo ante los ojos del viajero los mas deliciosos paisajes, los mas dilatados horizontes.

Cerca ya de Valldemosa, el camino se enrisca y trepa casi serpenteador por la estrechura de una garganta.

Se ha ido desarrollando el cuadro mas grande y poético, el espectáculo mas inmenso y sublime que ofrece la naturaleza cuando se duerme.

Siéntese mas bien que no se ve un horizonte vago y profundo. Sin embargo, bien pronto al estremo de este horizonte una luz blanca empieza á subir ribeteando con una franja de plata las negras y amontonadas nubes.

De entre ellas sale primero un débil rayo de luz. Es como la cándida mirada de amor que filtra á través de las sedosas pestañas de una bella, cobijada por el caido párpado.

Despues va lentamente subiendo la luna, saliendo de entre las nubes como de un océano negro, hasta balancear su globo de oro sobre el azur diáfano del terso horizonte.

La luna está pálida.

El caminante se tiende bajo un roble sobre su capa descansando su cabeza en el sombrero de peregrino.

Duerma, duerma sosegado. Imágenes puras le sonreirán en su sueño, en su sueño que velarán castos los rumores de la arboleda, susurrante la brisa que se rasga en los picos de la sierra, misterioso el silencio, el imponente silencio de la naturaleza en calma.

Cuando el peregrino despierta, las sombras cubren todavía los campos, pero las estrellas empiezan á palidecer.

El sueño en medio de la soledad, la frescura del ambiente en que parece nadar su cuerpo, deben haberle infundido algo del bienestar y deleite que fuerza al alma á estar pronta á recibir esas castas emociones de descansada holgura que, como invisibles sirenas, tienen sus nidos de amor en lo alto de las sierras para seducir con goces infinitos al viajero.

Detiénese el peregrino en la elevada cumbre que parece un pedestal dispuesto á subirle al cielo, y agradablemente adormecido por la dulzura de que allí disfruta, deja que el aire le envuelva en sus olorosos y saludables pliegues, y fija la vista en la masa de sombras que el valle hospeda.

Tambien entonces una luz blanca aparece, y las estrellas se esconden bajo un manto de ópalo.

Todo empieza á tomar forma y las formas se destacan de las sombras.

Dibujando su perfil sobre el fondo de un pálido azul, aparecen primero los montes como águilas monstruosas de desplegadas alas.

Cuando el crepúsculo luce, la naturaleza empieza á tener voz. Todos los ruidos del dia suben entonces hasta el peregrino.

Pero son ruidos suaves, sosegados, dulces como el aleteo de un ave, como el murmurio lejano de un arroyo que se despeña entre guijas, como el murmullo de dos labios que hablan de amor bajo el oloroso dosel de una alameda.

Si alguna blanca casa se perfila entre las sombras que luchan con el crepúsculo, el peregrino cree ver una paloma perdida sobre la alfombra verde de un campo.

El alba moja con lágrimas de alegría las hojas de las flores que en sus pétalos quedan largo tiempo como cristalizadas gotas.

Es la lluvia de diamantes con que las regala el crepúsculo en cambio del aroma virjinal que les roba á su paso.

Las flores al sentir humedecidos sus cálices con esas lágrimas, balancean coquetamente su cabeza para saludar al alba.

Vése entonces una línea de rojo fuego estenderse en el estremo del horizonte.

Es el primer rayo del sol, peregrino, es ese primer rayo que con bermeja tinta va á herir al otro lado de los mares el cristal de la ventana á que se asomará tu amada para recibir su ardiente beso, ese beso que al mismo tiempo que en sus labios se posa tambien en los tuyos.

Descubre tu frente, ó peregrino, y recibe con religiosidad ese rayo que se posa como un casto pensamiento en los labios de tu virgen desposada.

Variados grupos de nubes de blanca y diáfana vestidura, — su *negligé* matinal — se ruborizan y tíñense del mas vivo encarnado y huyen á buscar un refugio en las montañas para ocultarse á las miradas del sol, como haria un grupo de púdicas ninfas si los ojos de otro imprudente Acteon las sorprendia en el acto de salir del baño.

El sol sale de entre un mar de fuego bordando flores de plata y oro sobre el lejano mar.

En seguida abraza á todo el valle de un solo beso.

El valle se viste de gala y despliega todo su lujo.

Las aguas que en las entrañas de los montes nacen desarrollan sus diversas cintas de plata.

Inmensos campos de esmeralda brillan á los rayos del sol.

Las acacias hacen ondear sus verdes plumajes dejando caer en el suelo sus odoríferos racimos de blancas flores.

La púdica violeta deja que la brisa al pasar le robe una de sus hojas.

La brillante rosa de separados labios, abierta como boca de una bella para recibir un beso de amor, alfombra el suelo con sus tornasoladas hojas.

El casto lirio junta sus pétalos para protejer á sus pistilos de oro de los lúbricos besos del sol.

Las gleticias bordan en el suelo su caprichoso dibujo.

El aura mueve y balancea las doradas pomas de los naranjos y limoneros.

Las crecidas espigas se columpian en torno de los almendros y los olivos.

El nopal ofrece sus carnosas palas llenas de recias y traidoras puas.

Los árboles en todas partes alzan sus multiformes copas y provocan á la holganza sus incitadoras umbrías.

Los pájaros cruzan veloces el vacío piando alegres y revoltosos y batiendo sus alas y sacudiendo sus plumas y agitando juguetones su smenudos picos.

Todo sonrie y á toda esta armonía del valle se mezcla la campana que con su acompasada voz de bronce canta las matinales alabanzas al Señor.

Vuelve tus ojos en busca de la campana que ha herido tus oidos, ó viajero, y mira en la meseta superior de aquel cerro aquellos cipreses que zumban misterios apenas movidos del viento que parece registrar su ramaje con respeto. Mira aquellos grupos de palmeras que encorvan con graciosa pompa sus ramos sobre un esbelto tronco.

Allí dibuja su mole sombría la solitaria Cartuja.

Es como un vestido de luto en el salon de un baile.

Una cuesta á manera de rústica escalinata te conducirá á la puerta de la cartuja de Valldemosa, ó peregrino, á la puerta que sombrea, secular centinela, un venerable roble con su rejuvenecida copa.

Restos de formidables muros, una fuerte y ancha torre cuadrada en que aun sobresalen varias ladroneras, trozos de una antigua barbacana, la maciza puerta del rastrillo, todo comunica al monasterio un tinte feudal que no te será ciertamente ingrato, ó peregrino, si eres artista, si eres poeta, si amas las viejas tradiciones ó las caballerescas baladas.

Y á propósito, quieres saber, para contársela á tu desposada cuando regreses de tu viaje, la poética tradicion que narran los campesinos?

Óyela tú sin darla crédito — que ninguna vieja crónica vendria á corroborarla — pero cuéntasela á tu amada sin que la despojes de esa cándida vestidura de realidad con que engalana el campesino la fábula.

Antes que Don Jaime *el conquistador* se hiciera célebre en la cristiandad con la toma de Mallorca, el moro Muza era el dueño de este valle.

En este valle tenia un palacio y en este palacio guardaba una cautiva.

Era esta cautiva la flor mas bella de las flores del valle. Era la sultana de las flores.

No la amaba el moro Muza con pasion, la adoraba con delirio. Cada tarde venia á arrastrarse á sus piés en entusiasta embriaguez de amor, cada tarde venia, cabalgando en su árabe caballo, á beber á inmensos sorbos la locura que en él producia una mirada de la hermosa cautiva.

Hermosa sí; valia mas ella sola que todo un serrallo de vírgenes georgianas, valia mas que todo un eden de celestiales huríes.

Una tarde cuando llegó Muza, la puerta del palacio estaba abierta de par en par y su cautiva no se habia asomado á la oriental azotea para saludarle con la sonrisa de bienvenida.

Muza sintió, sin saber porqué, como un boton de fuego clavarse en su corazon.

Entró en el palacio, no vió á nadie; recorrió las salas, estaban desiertas.

Desiertas las estancias á cuyo alrededor corrian como anchas líneas de sangre las muelles y encarnadas otomanas, desiertas las salas de reposo en que se balanceaban solitarias las hamacas prendidas del techo con cordones de oro, desierto el baño con su marmórea concha y sus dorados grifos, desierto el jardin con sus misteriosas alamedas y sus voluptuosas enramadas.

Allí no habia nadie, allí no habia nada. Servidores, mugeres, eunucos, todo habia desaparecido junto con las joyas, los tesoros inmensos regalados por Muza á la ausente prisionera.

El moro lanzó un rugido tal de dolor que diz se estremeció al oirlo todo el valle.

Subió Muza á una torre del palacio para abrazar de una ojeada toda la campiña.

Nada vió. Solo por allí, hácia el lado del mar, vió una galera que se mecia sobre el agua como una paviota y un tropel de gente que á fuerza de remos y en un bote se acercaba á la galera.

Muza volvió á lanzar otro rugido.

Era aquella una galera pirata.

Todo estaba comprendido. Los piratas le habian robado su cautiva, le habian saqueado su palacio.

El moro bajó de la torre.

Ya cabalga en su caballo, ya á rienda suelta se precipita como un torbellino brotando de sus ojos mas fuego que el que arranca de las peñas con los piés de su caballo.

Muza llega á orillas del mar.

Mar adentro, mar adentro se ha ido la galera.

Qué le importa al moro! Se apea y se precipita en el agua.

Cuanto mas aprisa rema la galera, mas aprisa nada el valiente Muza. El caudillo infiel es el mas hábil nadador de Mallorca. Si un caballo gana á un ciervo en la carrera, él gana á nado una galera.

El capitan pirata ve que se le acerca aquel hombre y aunque le ve llegar solo, tiembla, porque aquel hombre es el moro Muza, el que tiene mas fama de valiente y aguerrido entre los moros.

Cuando le ve á cierta distancia, el pirata hace una seña y una lluvia de saetas silvadoras cae sobre el audaz nadador.

El capitan respira, el moro ha desaparecido.

Es que Muza ha comprendido la intencion y, hábil y resuelto buzo, se ha sepultado en el seno del mar cuya agua corta avanzando mas rápidamente cada vez.

El pirata fuma tranquilamente su larga y ensortijada pipa sobre popa, cuando ve asomar una cabeza en un costado del buque. Un hombre ayudándose de piés y manos ha saltado sobre cubierta.

Es Muza.

Antes que pueda hacer el capitan el menor movimiento una puñalada le ha tendido cadáver.

Algunos piratas se precipitan, luchan con el moro, pero, uno á uno, todos caen sin vida á sus piés. Los otros se sobrecojen, se atúrden y aterrados se postran de rodillas ante Muza pidiéndole gracia.

El moro, que es tan magnánimo como valiente, les levanta del suelo y les manda que abran su prision á la cautiva y que remen hácia la playa.

Los piratas obedecen.

Muza se vuelve loco de contento cuando vé á su amada, se tuerce los brazos como un delirante, se arrastra á sus piés como un hombre ébrio.

Deja todos sus tesoros á los piratas. No quiere mas que á su amada.

En la playa le ha ya depositado la galera.

Vuelve Muza á montar en su caballo hijo del desierto llevando en brazos á su amada que para él no pesa mas que una pluma, torna con ella al palacio delicioso que se eleva en medio del delicioso valle.

Desde aquel mismo dia Muza mandó que se derribara el palacio y en su lugar se elevara un fuerte y robusto castillo que protejer pudiera á la joya de la que era tan avaro.

En efecto, poco tiempo despues un castillo se elevaba en el valle que tomó, dice la tradicion, el nombre de valle de Muza, *Valldemusa*, nombre que se ha ido corrompiendo hasta trocarse en el de *Valldemosa*.

Este castillo fué el que mas tarde se trocó en Cartuja.

Tal es la tradicion.

II.

LA HISTORIA DEL MONASTERIO.

Sin embargo, no és tradicion exacta. Ningun cronista la refiere sino como fabulosa conseja.

He ahí solo lo que arroja de sí la crónica.

El rey Don Sancho I de Mallorca, obligado por la enfermedad cruel que le afligia á buscar la sanidad de los montes y la pureza de los aires, tuvo ocasion de conocer casualmente este delicioso valle y esperimentar lo apacible de su sitio. Enamoróse pues de tan dulce soledad que prometia largas horas de recreo á su ánimo y edificó un castillo, verdadero alcázar de placer en la cima de un pintoresco cerro.

Allí pasó las mas de las temporadas que estuvo en la isla; allí vió transcurrir dias serenos, ricos de dulce holganza, henchidos de tranquilos goces. Todavía muestra hoy el labrador hácia la cumbre del Teix el lugar donde acostumbraba á sentarse el buen rey para ensimimarse en melancólica meditacion ó seguir allá á sus solas el hilo dorado de la madeja de sus ensueños. Muchos siglos han pasado y aquel lugar no ha perdido aun el nombre de *La silla del rey Don Sancho*.

El alcázar ó castillo que mandó edificar Don Sancho estaba ya concluido en 1324, la ejecucion habia sido confiada al autor de los planos, el arquitecto mallorquin Guillen Jordá, y cuando ya elevó terminada su robusta mole, encargose la custodia al honorable Martin Montaner su primer alcalde.

La importancia de este palacio no tan solo se deduce de haber sido el pun-

to donde los reyes de Mallorca tenian su alconar, sino tambien de la multitud de reales órdenes que se espidieron para que los representantes del patrimonio de S. M. cuidasen de su conservacion.

En 1399, con privilegio de 15 de Junio otorgado en la Aljafería de Zaragoza, el rey Don Martin de Aragon y Mallorca, que era muy aficionado á la órden de los Cartujos, donó este castillo con sus aguas, jardines y bosques al monge profeso de Scala Dei y jurisconsulto Pedro Solanes para que fundara un monasterio.

Inmediatamente se pasó á levantar la casa del Señor sobre la mansion de guerra, y en 8 de Mayo de 1446 Don Juan de Aranda obispo de Albania, que á la sazon se hallaba de paso en la isla, pudo ya consagrar la iglesia.

El aumento de la comunidad trajo la necesidad de mayor ensanche en el edificio, y por esto en 1737 se comenzó la construccion de un nuevo templo, para el cual dió el plano el famoso arquitecto Don Antonio Mesquida.

Un ilustre viajero é historiador catalan que escribió sobre esta Cartuja dice que si bien dió la traza de la iglesia el citado Mesquida, sin embargo, como los trabajos se interrumpieron, otros artífices cuidaron de su conclusion, y el primitivo plan sufrió algunas alteraciones.

Un capuchino y buen matemático, añade, el P. Miguel de Petra, la retocó del cornisamento arriba; el escultor italiano Joaquin Coqui la dió los adornos y distintivos del órden compuesto, al mismo tiempo que ejecutó los florones de los arcos y demás relieves; el escultor catalan Don José Antonio Folch trabajó los dos medallones, que á una y otra parte de la puerta representan al rey Don Martin y al papa Pio V; y Jovellanos, que mas que cárcel encontró en la Cartuja mansion de reposo, quietud y recogimiento, y en los buenos monges compañeros atentos, compasivos y amorosos, tambien allí como luego en Bellver, hizo ocupacion y estudio de su mismo encierro, y si no lo ilustró y perpetuó con su pluma, al menos contribuyó al perfeccionamiento de su fábrica, y á sus consejos se debió que la iglesia se cerrase con bóveda de ladrillo.

Si el viajero penetra en la Cartuja, hallará lo primero un claustro que no llamará ciertamente su atencion como tampoco la iglesia antigua de una reducida nave en cuyo fondo se alza un altar gótico, mientras que las paredes se decoran orgullosamente con los escudos de armas de los Pachs, Nicolau, Llabrés, Zaforteza y Olesa, antiguas familias bienhechoras del monasterio.

La iglesia moderna fijará por el contrario sus miradas. Elegante es y de órden compuesto con forma de cruz latina. Su fábrica es de buena piedra y su

bóveda de hermosa ojiva, cuyos arcos cruzados apoyan sobre repisas en lugar de columnas.

El coro es magnífico y admira por su severidad, magestuosidad y sencillez. Quince grandes cuadros le adornaban antes en los que con valentía de dibujo y mucha fuerza de claro y oscuro habia pintado el lego cartujo catalan Fray Joaquin Juncosa los misterios de dolor y gozo. A estos correspondian los frescos de la bóveda, obra de otro lego cartujo de Fuente-Aragon Fray Manuel Bayeu. Estos y otros frescos que hay en el templo son de pincel maestro.

Se ven en el presbiterio tres grandes piezas de ebanistería notables bajo muchos conceptos y que sorprendido se para á examinar el viajero. Es la una el frontal del altar y las otras un atril y la silla prioral que tiene forma de dosel; guarnécenlas ricos y preciosos embutidos que dibujan escelentes arabescos, imágenes y otras combinaciones, nada indignos, segun Piferrer, de ocupar un buen lugar entre las buenas obras de este género.

Al entrar en el templo, á la izquierda, hácelas compañía otro atril en que se apuntaban las misas y solemnidades sobre una tabla tambien embutida, no obstante que sus labores no pueden compararse con aquellas.

El viajero debe visitar la sacristía, digna bajo todos conceptos de ser examinada, y allí contemplar con atencion la silla gótica que, segun fama, perteneciera al rey Don Martin y es obra de mérito.

La revolucion dió tambien por huéspedes á la Cartuja la soledad y el abandono. Vivian en este monasterio el 12 de Agosto de 1835, dia en que se decretó su supresion, 22 monges que empleaban en limosnas todo su crecido patrimonio.

Hablemos ahora de otros recuerdos que inspira el solitario monasterio.

III.

TRES HUÉSPEDES.

El 18 de Abril de 1801 rechinaban sobre sus viejos goznes las puertas de la Cartuja para abrir paso á un viajero que de llegar acababa.

Era un desterrado. Allí le enviaba la intriga cortesana, allí le recibia la mas franca hospitalidad.

Todos los monges, todos aquellos virtuosos solitarios, se agrupaban á su alrededor, y con leales ofertas, con sencillos agasajos, con buenos y afectuosos servicios trataban de borrar de la mente del proscrito las ideas melancólicas que anublar podian su ya demasiado entristecido corazon.

Ministro caido, el proscrito no encontró allí las privaciones ni las amarguras del destierro: endulzóselas la franca y sencilla amistad de los anacoretas.

Algunas veces, dando tregua á sus deliciosos paseos por el valle, á sus instructivas conversaciones con alguno de los monges, á sus profundos recogimientos filosóficos al pié de un haya centenaria, el desterrado se retiraba á la celda que le habian destinado y allí escribia páginas que debian un dia ser leidas con admiracion y servir de modelo á las escuelas.

Un año permaneció en esta solitaria Cartuja. Durante este tiempo su vida fué sencilla, tranquila, reposada, repartida entre el estudio de la naturaleza y el estudio de las ciencias, entre la oracion y la amistad.

Al año, los cortesanos, inclementes en su odio, robábanle á la Cartuja para hundirle en un castillo, para darle por morada Bellver, la fortaleza—palacio de Don Jaime que el proscrito debia acabar de hacer para siempre célebre

con su pluma, mientras que mas tarde el ilustre Lacy allí fusilado debia hacerla tristemente famosa con su muerte.

Este desterrado de la Cartuja era *Jovellanos*.

Pocos años despues de la supresion de las órdenes monásticas, la Cartuja recibia á otro huésped.

Proscritos los monges, ya entonces la Cartuja no era mas que una casa de recreo. Sus celdas, sencilla y modestamente amuebladas, eran del primer viajero que alquilarlas queria.

El huesped de que hablamos, tomó una celda de la cual apenas salia. Llevaba una vida retirada, triste, y misteriosa.

De noche abandonaba su habitacion y se le veia vagar por el solitario cementerio de los Cartujos, pasear por bajo los cipreses, sentarse al borde de las huesas que cubrian las zarzas y silvestres plantas por entre las cuales se alzaba melancólica la modesta cruz de madera.

En estos misteriosos paseos consumia á veces toda la noche. Los rayos purpúreos de la aurora iban muchas veces á encontrarle sentado, hundida la frente en las manos, fijos los ojos en la lápida que tenia á sus piés.

Los sencillos labradores, los ignorantes campesinos de Valldemosa se asombraban de aquel ser estraño cuyo único goce parecia consistir en pasear por entre los sepulcros á la hora en que la luna les baña con su tibia y melancólica luz; á la hora en que los fuegos fátuos como almas en penas, danzan fantásticos por encima la tierra que cubre todo un pueblo de muertos; á la hora en fin, en que todo duerme y sosiega, los mortales en brazos del sueño, la naturaleza en el seno de Dios.

A veces, el misterioso huesped se llevaba una lámpara consigo en su nocturno paseo, se sentaba bajo uno de aquellos cipreses seculares que sombreaba la tumba de algun justo varon, de algun piadoso anacoreta que del recojimiento del claustro habia pasado al silencio del sepulcro, y á la luz trémula y amortiguada de la lámpara escribia páginas febriles y delirantes, páginas envenenadas y satánicas que debia mas tarde dar á luz en Paris, la Sodoma del dia, con el nombre de *Spiridion*.

Este huésped ó, por mejor decir, esta huéspeda de la Cartuja, — porque era una muger aunque con traje y nombre de varon — era Jorge Sand.

Algunos años despues que la autora de *Lelia*, otro huesped llegaba á la Cartuja.

Su frente pálida, sus ojos hundidos por las vigilias, su rostro enflaquecido por las luchas del espíritu, su mirada encendida por la inspiracion y por el

genio, todo revelaba en él al poeta, al hombre de la meditacion, al esclavo de la conciencia del arte.

El nuevo huesped sintió como que se abrian en su interior todas las fuentes de la poesía al llegar á la Cartuja.

Admiraba los prados de esmeralda que lucian al sol su coqueta tapicería de verdura; hacíale estremecer el aleteo del ave que volando cruzaba el valle; interrogaba, como si fueran ecos de una poesía vírgen y desconocida que hablase á su alma, los susurros de los cipreses, los murmullos de las balanceadoras palmas, los murmurios del jugueton arroyo, estudiaba las candorosas costumbres de aquel pueblo agrícola que *se afirma en el conocimiento de Dios con la vista de la naturaleza;* buscaba la soledad del templo para inspirarse con la oracion, con el estudio del arte y con el recuerdo de las cosas santas; deletreaba por medio de las viejas ojivas, de los calados de la iglesia, de los graciosos arquitraves y de las labradas cornisas, las memorias de otras épocas; y en fin se subia á lo alto de los cerros para cantar en su corazon alabanzas al Dios y Señor de todo lo criado.

Este otro huesped, era PIFERRER.

He ahí pues como dió asilo la Cartuja, personificadas en sus tres huéspedes, á tres ideas, á tres revoluciones, á tres épocas.

He ahí pues como vivieron bajo un mismo techo, pero con distinto campo para sus pensamientos, Jovellanos el poeta-filósofo, Jorge Sand el poeta-delirante, Piferrer el poeta-cristiano.

He ahí pues como, uno tras otro, allí estuvieron con ellos la filosofía, el ateismo y la creencia.



CONVENTO DE SANTA MADRONA.

(BARCELONA.)

I.

LOS CAPUCHINOS.



ROCURAREMOS ser breves al hablar de los capuchinos, con tanto mayor motivo cuanto que esta congregacion, llamada así por el estraordinario capucho que ostentaban sus hijos, no era mas que una de las innumerables ramas del arbol Franciscano.

Los Franciscanos se habian corrompido, se habian relajado hasta un punto que parece increible en ministros del Señor cuando se intentó la reforma (1).

Fué el fundador de los capuchinos el V. P. Fr. Mateo Basci ó Basio ó Bioschi, como pretende un autor. Era fraile menor y observante en el ducado de Urbin por los años de 1525 cuando, en virtud de cier-

(1) A dos millas de Camerino se ve el célebre convento de los capuchinos donde se estableció la reforma, en el pontificado de Clemente VII. Difundióse de tal modo la nueva regla en Europa, que en todos los paises se introdujo. *(Voheclo.—Italia sacra.)*

ta vision que dijo haber tenido, se retiró á un desierto con permiso del papa.

No tardaron en seguirle otros frailes poseidos del mismo espíritu de reforma y, despues de vencidos muchos obstáculos, muchas persecuciones, muchas intrigas, se les permitió vivir bajo la obediencia de los conventuales, llamándose *ermitaños menores*.

Sus predicaciones y el influjo de algunos hombres de rara virtud que de ellos formaban parte, les atrajo numerosos prosélitos, y ya en 1530 tenian cuatro conventos.

Entonces fué cuando Paulo III les dió el nombre de *capuchinos* que prefirieron al que llevaban, y ordenó que estuviesen sujetos á los conventuales.

Así y en esta dependencia vivieron por espacio de cincuenta años hasta que el Papa Paulo V en 1613 los separó dándolos su general.

Vióse entonces crecer la órden como la espuma, llegando hasta el estremo de contar 500 conventos con 25.000 individuos, no incluyendo las misiones del Brasil, Congo, Berbería, Grecia, Siria y demás paises mas allá de los mares donde pasaron para la conversion de los infieles y donde contribuyeron á esa gran tarea que se ha impuesto el cristianismo en favor de la humanidad y de la civilizacion.

En España y en Cataluña les introdujo el P. Angel de Alarcon como nos enteraremos luego.

Entre los hombres célebres que tuvo esta órden fué uno de ellos el famoso Padre José que tanto figuró en Francia cuando el cardenal-ministro, y al cual unos llamaban *la eminencia parda*, mientras que otros lo conocian — y acaso con mas justicia—por *el ángel malo del cardenal de Richelieu.*

Sus generales gozaban tambien de los honores de la grandeza en España siendo el primero que tuvo esta honra el P. Fr. Gerónimo de Cartel-Ferroao en 1609, por merced del rey Felipe III.

Los capuchinos contaban en la península seis provincias: la de Monserrat con 25 conventos de religiosos y cinco de religiosas sugetas al ordinario; la de la sangre de Cristo con 18 de religiosos y 5 de monjas sugetas al ordinario, la de Nuestra Señora del Pilar con 18 de religiosos y 5 de religiosas tambien sujetas al ordinario; la de la Concepcion con 20 de hombres y 5 de mugeres; y la de San Francisco con ocho de religiosos.

II.

SU PRIMERA FUNDACION EN ESPAÑA.

EL padre Fr. Angel de Alarcon, oriundo de la noble familia de este nombre en el reino de Leon, partió á desempeñar una comision que á su celo y talentos recomendó para la corte de Venecia el rey de España.

Tomó en Italia, luego de cumplida su mision, el hábito de la orden de Capuchinos impelido por el gran afecto que sintió hácia la misma.

Precisamente en aquel entonces; viendo que los Capuchinos se estendian por todas partes, los concelleres de Barcelona escribieron al general Fr. Gerónimo de Monte-Flores pidiéndole que se propagase la nueva orden en la capital del principado. Recibida la carta por el general, parece que reservó el tomar resolucion en el caso para el primer capítulo general que habia de ser en el año 1578. En este capítulo se leyó la carta de los concelleres y fué acordada la propagacion de la orden en Barcelona.

Elijióse por comisario general con este objeto al P. Angel de Alarcon, el cual tomando cinco compañeros de la provincia de Nápoles, se partió con ellos para Cataluña con ánimo de fundar provincia capuchina en ella, que fué, puede asi decirse, la madre de todas las demás de España.

Los concelleres, en sabiendo que habian llegado los religiosos, enviáronles un caballero y el guardian del convento de Jesus, que era de los menores observantes, para que les alojasen, mientras se trataba del asunto. Llevóseles en efecto el guardian á su convento y fueron tratados con toda atencion y agasajo.

«El P. Angel que, dice la crónica, deseaba echar los fundamentos de esta provincia y propagacion de España sobre piedra firme, juzgando que esta

habia de ser la Vírgen Santísima, antes de dar en Barcelona principio al negocio á que iba, se fué con sus compañeros á Monserrate.»

Terminada su piadosa peregrinacion, volvieron á la ciudad, donde los concelleres habian ya decidido darles la capilla ó ermita de Santa Madrona situada en la falda de Monjuich para que pudiesen establecer su convento, pero los padres menores de la observancia, encargados de la administracion de dicha capilla, se negaron á cederla.

Entonces el obispo de Barcelona, que lo era Don Juan Dimas de Loris, acomodó interinamente á los religiosos en una iglesia de San Gervasio, distante dos millas de la ciudad, y allí residieron hasta que, cediendo por fin los observantes la capilla de Santa Madrona, se pasaron á ella.

En el interin se les habian ya unido muchos religiosos con no pocos entre ellos de la observancia.

Dice la crónica de la que tomamos estos apuntes que el sitio de Santa Madrona era tan mal sano, que luego que le empezaron á habitar, cayeron enfermos todos los religiosos á un mismo tiempo, menos el llamado Fr. Rafael de Nápoles.

Hacia pues diligencias Fray Angel de Alarcon para encontrar otro sitio mas conducente para el caso, cuando un caballero barcelonés llamado Juan Terrés, les ofreció terreno para construir un convento en el pueblo de Sarriá, junto con una capilla dedicada á Santa Eulalia, en cuyo sitio es fama que se alzaba antiguamente la casa de campo de los padres de la vírgen y martir catalana.

Fray Angel comunicó el caso con los concelleres, y de comun acuerdo, dejando la primera capilla de Santa Madrona, pasaron los religiosos á la de santa Eulalia para edificar en ella nueva iglesia y convento, donde se mostraba la primera cruz que esta religion plantó en España.

Al mismo tiempo que este, decidieron fundar el convento de *Monte-Calvario* extramuros, junto al barrio de Gracia, en el lugar conocido aun hoy dia con el nombre de *Capuchinos viejos*.

En 1580 estaba ya concluido y el obispo de Barcelona Don Dimas de Loris le bendijo á 11 de Diciembre. En su claustro acabó sus dias el P. Angel de Alarcon á 2 de Enero de 1598.

Corria el año 1625 cuando se reedificó la capilla de Santa Madrona y se encargó su culto á los capuchinos, pero destruido el edificio por los estragos del sitio que sufrió Barcelona en 1651, volvióse á construir de nuevo, trasladando á él en 1661 el cuerpo de Santa Madrona, que diez años antes se habia estraido con motivo de los acontecimientos.



Se hacia una reparticion de sopa á los pobres.

Otro sitio mas distante y hermoso, [illegible] las tropas de Don Felipe V, redujo á escombros [illegible], como tambien el convento de Santa-Catalina.

Diéronse, para indemnizar á los capuchinos de [illegible], por órden del rey un lugar en la Rambla, donde su convento se empezó á edificar.

Púsose la primera piedra el 15 de agosto de 1718, á cuya ceremonia asistieron el comandante general del ejército y principado marqués de Castel-Rodrigo, los ministros de la real audiencia, los administradores de la ciudad y los religiosos. En dicha piedra habia varias inscripciones y los escudos de armas del rey, de Barcelona, del príncipe Pio ó marqués de Castel-Rodrigo, y de la órden de Capuchinos.

Solo transcribiremos una de ellas, [illegible].

Decia así [illegible]:

Año de Cristo 1718, dia domingo [illegible] 15 de Agosto, siendo sumo Pontífice Clemente XI, y rey de las Españas Felipe V, se puso la primera piedra para el nuevo templo y convento de Capuchinos de Barcelona en memoria del [illegible], el Ilustre Señor Don Pedro Copons y de Copons, [illegible] de esta santa iglesia, obispo [illegible] de Barcelona, y vicario general [illegible], por el [illegible] Señor Don Diego de Astorga y Céspedes, [illegible] y primer guardian de dicho convento [illegible] el R. P. Fray [illegible].

Quedó el convento concluido en 1723, y á [illegible] de Julio del mismo año lo bendijo con todo el ceremonial del rito el cura párroco de Santa María del Pino, siendo la tarde del mismo dia, con asistencia del cuerpo municipal, trasladado el santísimo Sacramento desde dicha parroquia, en el [illegible] que la emperatriz esposa del gran Cárlos V habia regalado á la misma.

En 4 de Julio inmediato fueron llevadas tambien al nuevo convento en lucida procesion las reliquias ó cuerpo de Santo Modesto, que ya los religiosos [illegible] hemos dicho, guardaban en la capilla de Monjuich y habian [illegible] de depositar en la catedral.

La puerta principal de este convento salia al paseo llamado de la Rambla, y allí era donde cada dia se hacia por los frailes una reparticion de sopa á los pobres.

Durante el gobierno constitucional de 1820 á 1823 fué completamente demolido, pero en este último citado año se decidió edificarlo de nuevo en el mismo terreno aunque dándole forma distinta.

Puso su primera piedra el 25 de Agosto el marqués de Campo Sagrado, vi-

Otro sitio mas destructor y horroroso, el que pusieron las tropas de Don Felipe V, redujo á escombros no solo la iglesia de Santa Madrona, sino tambien el convento de Monte-Calvario.

Entonces, para indemnizar á los capuchinos de tamañas pérdidas dióles el rey un lugar en la Rambla donde en seguida se empezó á edificar.

Púsose la primera piedra el 15 de Agosto de 1718, á cuya ceremonia asistieron el comandante general del ejército y principado marqués de Castel-Rodrigo los ministros de la real audiencia, los administradores de la ciudad y los religiosos. En dicha piedra habia varias inscripciones y los escudos de armas del rey, de Barcelona, del príncipe Pio ó marqués de Castel-Rodrigo, y de la orden de Capuchinos.

Solo transcribiremos una de ellas, para instruccion de nuestros lectores.

Decia así:

Año de Cristo 1718, dia de la Asuncion de Nuestra Señora 15 de Agosto siendo sumo Pontífice Clemente XI y rey de las Españas Felipe V el invicto, puso la primera piedra para el nuevo templo y convento de Capuchinos de Barcelona en aumento del divino culto y ornato de la ciudad, el Ilustre Señor Don Pedro Copons y de Copons, canónigo y arcediano de la santa iglesia catedral de Barcelona, y vicario general de esta diócesis, por el ilustrísimo señor Don Diego de Astorga y Céspedes, siendo maestro provincial el R. P. Fr. Antonio de Orlis y primer guardian de dicho convento y su Erector el R. P. Fray Pedro del Arbós.

Quedó el convento terminado en 1723 y á 5 de Junio del mismo año lo bendijo con todo el ceremonial del rito el cura párroco de Nuestra Señora del Pino, siendo la tarde del mismo dia, con asistencia del cuerpo municipal, trasladado el santísimo Sacramento desde dicha parroquia en el viril que la emperatriz esposa del gran Cárlos V habia regalado á la misma.

En 4 de Julio inmediato fueron llevadas tambien al nuevo convento en lucida procesion las reliquias ó cuerpo de Santa Madrona, que ya los religiosos como hemos visto, poseian en la capilla de Monjuich y habian interinamente sido depositadas en la catedral.

La puerta principal de este convento salia al paseo llamado de la Rambla, y allí era donde cada dia se hacia por los frailes una reparticion de sopa á los pobres.

Durante el gobierno constitucional de 1820 á 1824 fué completamente demolido, pero en este último citado año se decidió edificarlo de nuevo en el mismo terreno aunque dándole forma distinta.

Puso su primera piedra el 23 de Agosto el marqués de Campo Sagrado, ca-

pitan general del ejército y principado, concurriendo á la ceremonia el obispo de la diócesis y su cabildo, el ayuntamiento y los generales de las tropas francesas que en aquel entonces guarnecian á Barcelona.

Concluida la obra, la bendijo en 16 de Agosto de 1829 el vicario general del obispado.

La puerta principal de este segundo convento salia á la calle de Fernando VII.

Abandonáronlo los capuchinos á consecuencia de los sucesos del 25 de Julio de 1835 y desde entonces tuvo diferentes aplicaciones.

Sirvió primero de vivienda á varios pobres emigrados de los pueblos de la provincia, fué despues *Escuela gratuita de niñas pobres*, sirvió luego para redaccion, oficinas é imprenta del periódico *El constitucional* y pasó finalmente á ser un bello teatro hasta que se derribó todo el edificio con objeto de construir en aquel terreno una plaza rodeada de pórticos, plaza de la cual se puso la primera piedra en 10 de Octubre de 1848 pero que todavía no se ha llevado á efecto.



NUESTRA SEÑORA DEL BUEN SUCESO.

(BARCELONA.)

I.

LOS SERVITAS



STA orden reconoce por superiores á siete caballeros de Florencia llamados por el analista P. Arcangel Giani, Buenhijo Monaldi, Juan Manetti, Benito de Lantella, Bartolomeo Amidei, Uguccio, Gerardino Sostegni y Alejo Falconieri.

La mayor parte de estos fundadores eran de las mejores familias de Toscana y pertenecian todos siete á una cofradía erigida en Florencia. Como la principal obligacion de los cofrades de esta sociedad era cantar las alabanzas de la Vírgen, fueron á su oratorio para cumplir con esta obligacion el dia de la Asuncion de Nuestra Señora el año 1233, y allí dicen los anales que

cada uno de ellos tuvo una vision que le inspiró á romper con el mundo. Comunicáronse luego recíprocamente las visiones celestes que habian tenido, y, uniéndose, comenzaron por vender sus bienes y distribuirlos á los pobres.

El obispo de Florencia al cual fueron á consultar, les permitió tener un oratorio y un altar para celebrar la misa en el sitio que juzgasen mas á propósito.

Declarose tambien su protector, y como los siete no querian vivir mas que de limosnas, les permitió asimismo mendigar en la ciudad y sus alrededores, dándoles una casita extramuros para que les sirviese de morada.

Allí fué pues donde, despojándose de sus trajes mundanos y de la toga senatorial que les hiciera respetar como miembros de la república en la que habian tenido previlegiados destinos, vistiéronse de un pobre hábito de color de ceniza y consagráronse á la oracion y á la penitencia. Renunciando de éste modo á las vanidades del siglo y tratando de vivir en perfecta comunidad, sometiéronse á Monaldi á quien elijieron por su superior y se titularon *servidores de la Vírgen*.

Cosa de un año permanecieron en este primer retiro extramuros de Florencia, pero no hallando en él la tranquilidad y reposo que buscaban, resolvieron retirarse á una soledad mas apartada de Florencia para encontrarse mas alejados del comercio de los hombres. El monte Senar ó Senario llamado por los italianos *Monte-Senario*, les pareció favorable á su designio, y, con la ayuda de las limosnas, hicieron construir una iglesia sobre las ruinas de un antiguo castillo que se alzaba antes en un pico de la montaña. En torno á la iglesia se edificaron ellos mismos pequeñas ermitas con troncos y ramas de árboles, separadas una de otra.

Allí, haciendo vida eremítica, vieron transcurrir largo tiempo manteniéndose de las yerbas y raices del monte y cantando noche y dia sus alabanzas á la Vírgen.

Sin embargo, Monaldi que, en cualidad de superior estaba obligado á vigilar por la conservacion de sus hermanos, viendo que no podian resistir á tan grande austeridad, creyó que era preciso recurrir á las limosnas de los fieles para poder atender á su subsistencia y envió á Florencia á Juan Munetti y Alejo Falconieri. Entrambos recibieron con gusto la órden de su superior de hacer la cuesta en la ciudad; todos los dias iban y venian de Monte-Senario, pero como este sitio se hallaba nueve millas lejos de Florencia, y era para los dos pobres hermanos sumamente pesado y fatigoso, tomó Monaldi la resolucion de procurarse una casita en la ciudad para morada de los hermanos encargados de pedir limosna.

Escojióse un sitio en un estremo de Florencia inmediato á la puerta que conducia á su Tebaida, y en este sitio que se llamaba Caphaggio, construyeron una cabaña en que vivian dos ó tres hermanos, pero con el tiempo el número de religiosos se aumentó, la cabaña se convirtió poco á poco en un bello edificio, y hoy casi no se creeria que el célebre convento de la Anunciata de Florencia hubiese tenido tan modesto principio, si ahí no estuviesen los anales de la órden para asegurárnoslo.

La reputacion de los siete eremitas iba aumentando de dia en dia, el pueblo empezaba á frecuentar su soledad, y el cardenal Geofredo de Chatillon que hacia las veces de legado del papa Gregorio IX en la Toscana y Lombardía quiso tambien visitarles. Quedó tan encantado de la pintoresca y salvaje belleza de aquel sitio, que permaneció allí algunos dias durante los cuales moderó un poco las estremas austeridades de los eremitas, pues que habiendo notado que algunos guardaban un severo silencio por espacio de mucho tiempo, que otros pasaban meses enteros sin salir de espantosas cuevas, que otros en fin no querian comer mas que raices, les aconsejó no tener todos mas que una misma observancia y uniformes ejercicios.

Accedieron á su parecer y pidieron al obispo de Florencia que les diese una regla. Consintió el prelado, pero quiso que recibiesen á varias personas que deseaban vivir con ellos para edificarse con su ejemplo.

Pretenden los analistas de la órden que mientras el obispo pensaba en la regla que les podria dar, la Vírgen apareció á sus servidores mostrándoles un hábito negro que les mandó llevasen en memoria de la pasion de su Hijo, recomendándoles al mismo tiempo seguir la regla de San Agustin.

Es en memoria de esta aparicion acaecida, segun Giani, el viernes santo de 1239, que los religiosos de ésta órden tenian la costumbre de celebrar en dicho dia una ceremonia que llamaban funerales de Jesu-Cristo.

Despues de esta vision que les hizo dar por algunos el nombre de *Hermanos de la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo*, recibieron de manos del obispo un hábito tal como mostrado se lo habia la Vírgen. Consistia en una camisa de lana una pequeña túnica blanca y por encima una gran túnica negra, un cinturon de cuero, un escapulario y una capa.

La órden empezó inmediatamente á hacer grandes progresos y en 1255 Alejandro IV les dió una aprobacion auténtica, permitiendo á los religiosos recibir los conventos que les fuesen ofrecidos, y tener iglesias y cementerios.

Tal fué el principio de la órden de los Servitas que hizo aun mayores progrésos bajo el gobierno de San Felipe Bonicio ó Benizi, como pretenden otros,

pues que fundó varios conventos y envió religiosos á Polonia, á Hungría y hasta á las Indias.

Si bien la órden progresó entonces, tambien bajo su mismo generalato esperimentó un revés que estuvo á punto de destruirla acaso para siempre. Fué el caso que el papa Inocencio V al subir en 1276 á la cátedra de San Pedro, resolvió abolir la órden y empezó por confiscar todos sus bienes en favor de la santa Sede, y por prohibir la confesion á los religiosos Servitas.

Sin embargo escapó la órden de una total ruina, pues la muerte de este papa acaecida á los cinco meses de haber ceñido la tiara, impidió que su designio fuera ejecutado. Su sucesor Juan XXI fué mas favorable á los Servitas, pues que les dejó bajo el pié en que estaban establecidos.

Los papas que siguieron fueron aumentando sus privilegios y protegiéndoles, hasta que llegaron á alcanzar un estraordinario grado de esplendor.

Entre los conventos famosos que contaban era el mas considerable el de la Anunciata de Florencia. Este convento que, como hemos visto, fué en su principio una cabaña, recibió su nombre despues que Monaldi, uno de los fundadores de la órden, hubo hecho pintar la imágen de la Anunciacion de la Vírgen, tan célebre despues por la devocion de los florentinos. Es famosa la iglesia de este convento por los inmensos tesoros que contenia, por las grandes y casi incalculables riquezas de que era poseedora.

Los Servitas tuvieron entre ellos muchas personas distinguidas, tanto por la santidad de su vida como por su ciencia, y por las dignidades á las cuales se vieron elevadas.

La relajacion entró en la orden, y entonces se promovió una reforma que empezó en el *Monte senario*, en 1414, pero destruida cien años mas tarde por el poco celo y fervor de los religiosos, el P. Bernardino de Ricciolini empezó otra en 1593, siguiendo el espíritu é imitando la vida de los fundadores. El papa Clemente VIII confirmó los reglamentos de esta reforma y en 29 de Diciembre de 1600 ordenó que el convento de *Monte senario* fuese llamado en lo sucesivo el *Santo Eremitorio del Monte senario* y que en él viviesen los monjes como verdaderos ermitaños.

Estos ermitaños Servitas iban vestidos como los ermitaños Camaldulenses: su traje no variaba mas que en el color, pues que el de los últimos era blanco y el de los Servitas negro. Estos añadieron aun el llevar los piés descalzos; usaban sandalias de cuero y su barba era larga.

Fué la orden de los Servitas introducida en España por el P. Lucas de Prado que fundó seis conventos en nuestro pais. Despues, con motivo del cisma de

Clemente VIII se retiraron á Italia en 1395 dejando desemparadas sus casas. Sosegada esta turbacion, volvieron y fundaron en Aragon y Cataluña por los años de 1497, donde tenian una provincia con diez conventos de religiosos, uno de religiosas sujetas á la provincia y otro al ordinario.

II.

LOS SERVITAS EN BARCELONA.

En 1576 fué cuando vinieron á establecerse por vez primera en la capital del Principado, siendo su primitiva residencia la ermita ó capilla llamada de San Beltran.

Poderosos y apremiantes, si bien que desconocidos, debieron ser los motivos que tuvo el obispo de esta ciudad para manifestar en 9 de Julio de 1618 al consejo de ciento, por medio de su enviado Misser Dionisio de Monserrat, la conveniencia de que los religiosos fuesen echados de aquella morada. Idéntica declaracion hizo por su parte el virey de Cataluña Don Francisco Fernandez de la Cueva, duque de Albuquerque y marqués de Cuellar.

Deliberó el cuerpo municipal tan arduo y espinoso asunto, y tal urgia sin duda el negocio, que la tarde de aquel mismo dia el veguer de Barcelona Luis Salavardexya, acompañado de algunos individuos del consejo, se presentaba en la morada de los religiosos y los sacaba de la ermita dándoles á cada uno, dice la crónica, veinte reales para ayuda de costa del viaje.

Sin embargo, en 1623 les volvemos á hallar en la ciudad establecidos en un colegio llamado de San Felipe.

Las numerosas limosnas que recibieron de los barceloneses les sirvieron para edificar el convento é iglesia aun subsistentes, en la plaza de su nombre, bajo la invocacion de la Santísima Vírgen con el título del *Buen Suceso*, queriendo sin duda aludir al feliz éxito á que viniera su negocio. El consejo de ciento contribuyó al coste de la obra que se principió en 14 de Junio de 1626 en el terreno ocupado por unas casas que para el intento compró y cedió á los Servitas Don Monserrate de Navarro, ciudadano honrado de Barcelona, cuya sepultura está en la capilla y cuyo retrato conservaba el convento, que le tenia por fundador ó por primer protector á lo menos.

Puso la primera piedra del edificio el entonces obispo de la diócesis Don Juan Sentis y la obra tuvo feliz término en 1635, á 4 de Marzo de cuyo año se trasladó el Santísimo sacramento al altar mayor de la nueva iglesia, con procesion á que asistieron el obispo Don Garci Gil Manrique y los magistrados municipales.

Este convento que nada notable presenta ni al arte ni á la historia ni á la leyenda, sirve en el dia de cuartel de infantería, despues de haber sido por algun tiempo Hospital militar.

No obstante la esclaustracion de los religiosos, en la iglesia se continua el culto y venérase en su altar la imágen de Nuestra Señora de los Dolores, al cargo y cuidado de la congregacion del mismo título que la saca en procesion el domingo de ramos.



SANTAS CRUCES.

(CATALUÑA)

I.

LOS DOS MONCADAS.

NO hay ningun cronista que deje de convenir en que era este monasterio despues del de Poblet el mejor monumento que los cistercienses poseian en Cataluña.

Como nosotros no hemos visitado este bello edificio, joya de nuestro suelo y cuna de grandes recuerdos, cederemos por un momento la palabra al ya varias veces citado Piferrer.

«No tenia, dice este hablando de Santas Cruces, la imponente grandeza de Poblet, pero presentaba en cambio mas unidad artística, formas mas sencillas y severas, y sobre todo mayor belleza intrínseca, nacida de las gallardas proporciones que conservaban entre sí

sus miembros. Su iglesia, principalmente, aventajaba y aventaja no solo á la de Poblet, sino á las creaciones mas acabadas de su siglo. Descúbrese su fachada, apenas se cruza la puerta del monasterio, sobre unas gradas espaciosas, puestas al pié de una cisterna, que cierran una larga calle formada por las casas de los jubilados, las oficinas y el palacio de los abades. El triste y oscuro color de sus piedras, la dulce tranquilidad de sus líneas y la noble sencillez de todas sus partes llaman de repente las miradas del artista, que la contempla largo rato sin acertar á descubrir la causa de su singular belleza. Es un simple cuerpo central con dos alas algo mas bajas, coronadas de almenas, en que sobre las cimbras concéntricas de la puerta no descuella mas que una esbelta ojiva entre dos ventanas semicirculares, pero es tanta la delicadeza de los arcos cimbrados, tan ricos los follajes que sirven de capiteles á las columnitas que los sostienen, tan gallarda la ojiva, tan feliz la distribucion de todas sus partes, que los sentidos, la inteligencia y hasta la imaginacion reposan en ella con placer viéndose á la vez halagados y satisfechos. Ante ella se medita involuntariamente y se siente aun mucho mas que no se medita: el corazon obra mas que el pensamiento, é impele á acercarse á sus muros y á ver lo que oculta tras sí tan misterioso velo.

«Afortunadamente la fachada y el interior guardan perfecta armonía, y el entusiasmo artístico, en vez de menguar, crece cuando apenas puesto el pié en el santuario, se ve una hermosa cruz latina cuya rectitud y paralelismo de líneas no están siquiera cortados por el ábside, de planta cuadrilonga. Divídenla en tres naves grandes pilares adornados de un sencillo filete que constituye el arranque de las ojivas de las bóvedas: tiene en su centro el coro, dos bellos sepulcros góticos en el crucero, y en el fondo de la nave mayor un tabernáculo encima del cual brillan los pintados cristales de un roseton abierto en la pared del ábside. Hay en todo una simplicidad y una desnudez que asombran, pareciendo difícil que haya podido brotar de ellas la belleza que respira el templo, fundada nó en el lujo de los detalles sino en la armonía del conjunto.»

Y ahora, pues ya Piferrer nos ha dado una idea del edificio, pasemos nosotros á hablar de los recuerdos que encierra, esperando el momento de narrar el suceso por el cual se fundó si á la tradicion hemos de dar crédito.

Nos detendremos lo primero de todo ante las dos tumbas que se ven en el coro.

Descansan en ellas dos bravos caballeros de los que con su espada llevaron el espanto al corazon de los enemigos de la patria.

Don Guillen y Don Ramon de Moncada yacen allí.

Moncada ! Nombre ilustre ! nombre de titanes, de héroes, de reyes !

Veamos que adversa fortuna trajo á esos dos Moncadas á dormir sus sueños de muerte bajo las frias losas que en Santas Cruces dicen su nombre al viajero.

Ciento cincuenta velas flotaban en el puerto de Salou á primeros de Setiembre de 1227.

Era que Don Jaime marchaba á la conquista de Mallorca, ansioso de arrojar á los infieles de la isla, y de ganar para honra de la cristiandad los baluartes en que ondeaba la morisca enseña. Acompañábanle sus mejores lanzas y sus mas cumplidos caballeros.

No es nuestro ánimo referir las primeras hazañas que ilustraron las armas catalanas y aragonesas; solo nos detendremos en el suceso que narrar hemos tomado á nuestro cargo.

Acababa la flota de llegar á Santa Ponza, desembarcando todos los buenos caballeros sin que bastara á impedírselo el crecido número de infieles que bajaron á la orilla.

Ramon de Moncada, encargado de protejer el desembarco, habia sido el primero en poner el pié en tierra firme.

Acamparon como mejor les fué posible aquella noche y al siguiente dia los primeros albores encontraron ya en movimiento á todo el campo. Acudieron los magnates al pabellon real y celebrados allí los divinos oficios, Don Berenguer de Palou, el arzobispo de Barcelona, les hizo á todos la siguiente plática :

— Barones, no es ahora ocasion de largo razonamiento, que ni la materia lo consiente, ni este hecho en que el rey y nosotros estamos, es nuestro, sino de Dios. Por esto haced cuenta que quienes murieran, morirán por Nuestro Señor y serán en el paraiso, en donde alcanzarán gloria perdurable; y los que quedaren vivos, tendrán honra y prez en vida, y buena fé en su muerte. Por Dios, ánimo, barones; porque el rey nuestro amo y nosotros, qué mas queremos sino destruir á los que reniegan de la fé y del nombre de Jesucristo? Pensar puede y debe cada cual que hoy no se partirán de nosotros Dios ni su Madre, antes nos darán la victoria : ánimo pues que todo lo venceremos, y hoy ha de ser la batalla : ánimo, que con nuestro bueno y natural señor vamos, y Dios superior á él y á nosotros, ayudarnos ha !

Fueron estas palabras acojidas con el mayor entusiasmo.

En seguida y en medio del mas religioso silencio, llegóse al altar Guillen de Moncada, que no habia comulgado con los demás al partir de Cataluña, y lo hizo entonces con lágrimas de sus ojos, como si una voz secreta, dice la cróni-

ca, le advirtiese de su destino, y le moviese á recibir el Sacramento y á prepararse para la batalla con una triste alegría.

Tratóse inmediatamente de quién llevaría la vanguardia y decidióse que los Moncadas.

Buenos y leales caballeros! Siempre iban ellos delante cuando se trataba de marchar al enemigo, siempre eran sus espadas las que brillaban primero cuando se trataba de probar la lealtad ó el valor!

En esto se hallaban cuando entró un caballero y dijo al rey que gran parte de los peones se salian del campo contra el enemigo, no pudiendo contener su natural arrojo y los deseos que sentian de lidiar con los moros. Todos entonces acudieron á sus compañías; Don Jaime, casi desarmado como estaba, montó en un caballo, y mientras le preparaban y armaban el suyo, adelantose en compañía del caballero Rocafort y alcanzando á los peones les representó como iban á una muerte cierta si no esperaban la caballería que les ayudase.

Detúvoles el razonamiento del monarca hasta que, llegando los tercios de los Moncadas, del de Ampurias y los Templarios, prosiguieron el avance.

Solo quedó el rey con Rocafort en el campo, y como oyese grande estrépito de armas cual si ya los bandos hubiesen llegado á las manos, volvióse y dijo á un trotero que á toda brida corriese á participarlo á Don Nuño Sanchez, conde del Rosellon, para que en el acto saliese al frente de sus reservas.

La crónica con su cándida sencillez nos ha conservado el diálogo que tuvo entonces lugar entre el rey y Rocafort.

Crecia el estruendo, el trotero no volvia, y la congoja del rey se aumentaba por instantes, por lo cual dijo á Rocafort:

— Id vos allá, daos prisa, y decidle á Don Nuño que en mal hora se tarda hoy tanto, que por ventura tal daño nos acarreará su tardanza que su comida nos hará mal provecho, porque no debe la vanguardia ir tan lejos de la retaguardia, ni esta de aquella.

—Señor, estais aquí solo y no os abandonaré por nada de este mundo.

Así dijo Rocafort, y el rey hablando consigo mismo:

— Santa María! — esclamaba en su agustia, — como tarda tanto Don Nuño? En verdad hace mal.

Mientras traia en su pecho esta cruel batalla, redobló el estruendo y oyendo los golpes y los gritos de los combatientes, dijo:

— Santa María! ayuda á los nuestros que cierto venido han á las manos!

Y así era en efecto, como vamos á ver.

Así que habia avanzado la vanguardia, recibiera la noticia de que el rey de

Mallorca habia sacado el ejército de sus tiendas, y dejando en ellas una buena escolta se adelantaba por otro camino con lo principal de sus huestes.

Entonces los Moncadas dividieron en dos sus escasas fuerzas. Una mitad al mando del conde Hugo de Ampurias y del maestre del Templo se dirijió á las tiendas, mientras que la otra mitad, á las órdenes de los dos Moncadas, que reservaron para sí el mayor peligro, esperó á los moros á pié firme.

No tardaron estos en llegar y comenzó el mas recio y mas crudo combate.

El de Ampurias y el maestre entraron á viva fuerza las tiendas y se apoderaron de ellas, pero no fué tan propicia la suerte con las armas de los Moncadas. Tres veces desalojaron á la morisma de un cerro que habian ocupado y tres veces los sarracenos volvieron á apoderarse de él. Corto era el número de los cristianos y ninguna señal se veia de que de Santa Ponza les viniese socorro.

En tan apurado trance, y estando ya algo desordenada la gente, reunieron los Moncadas á todos los caballeros y colocándose á su frente,

— Adelante, y acabemos con la morisma, dijeron solo:

Y adelante fueron todos, y tan adelante pasaron, que rompieron aquella vez los batallones enemigos.

Pero la muerte esperaba inexorable y sañuda á los mas valientes en el seno mismo de la victoria.

Acorralados los Moncadas como leones por gran muchedumbre de moros, como leones pelearon, pero peleando murieron. Perecieron á su lado Hugo de Mataplana, Hugo Desfar y otros ocho ilustres caballeros.

Esto no obstante, la jornada quedó por los cristianos.

Ya en esto, es decir, mientras los primeros choques de los Moncadas con los sarracenos, habian acudido al rey, Don Nuño, — cuya tardanza fué mas reprensible por haberse detenido á comer mientras los demás lidiaban, — Beltran de Naya, Lope Gimenez de Luciá y Don Pedro de Pomar con toda su gente.

Admirados de hallarse al rey le preguntaron que como estaba allí.

— Estamos aquí, contestó Don Jaime, por causa de los peones que he tenido que detener; pero démonos prisa, por Dios, señores, pues parece que los nuestros han empezado ya el choque.

— No llevais cota, señor? díjole Beltran de Naya.

— No la tenemos aquí, respondióle el monarca.

— Pues tomad esta, añadió el de Naya.

Y despojándose de la suya, diósela al rey que se la vistió, avanzando en

seguida, despues de haber dado órden para que acudiesen todos los demás caballeros que habian quedado en el campo con sus compañías.

Llegados al lugar del choque, encontróse Don Jaime con Guillermo de Mediona, de quien decian que no habia en Cataluña otro que mejor justara, siendo además buen y cabal caballero, el cual se retiraba de la batalla llevando ensangrentado todo el labio inferior.

— Guillermo de Mediona, — díjole el rey al verle en tal estado, — cómo os salís de la batalla?

— Porque estoy herido, — contestó el caballero.

Acercóse Don Jaime y vió que su herida era solo en la boca de una pedrada que le habian arrojado. Al ver esto, el mismo rey cojió su caballo de las riendas y díjole al ginete:

— Volveos, Guillermo de Mediona, á la batalla, que un buen caballero por semejante golpe no debe acobardarse ni menos abandonar la lucha.

Corrido el de Mediona, volvió riendas al corcel y entróse á galope en lo mas recio de la pelea, cumpliendo tan bien con lo que se le mandaba que nunca mas pareció.

Viendo que la batalla estaba ganada y que derrotados huian los sarracenos, el rey dijo á Don Nuño:

— El rey de Mallorca está en la montaña, de consiguiente lo mejor seria que nos dirijiésemos á la ciudad, adonde él no podrá llegar antes que nosotros.

Y adelantábase dicho esto Don Jaime, cuando se le presentó el buen caballero Raimundo de Alemany que le dijo:

— Señor, podremos saber lo que resolveis?

— Marchar á la ciudad, — contestóle el monarca, — para impedir que el rey vuelva á ella.

— Estoy viendo, — dijo el de Alemany, — que vais á hacer lo que ningun rey hace despues de ganar una batalla, pues allí donde se venciere, es preciso pasar la noche para saber que es lo qué se gana ó pierde.

— Sabed, Raimundo de Alemany, — contestóle Don Jaime, — que lo que nos decimos es lo que conviene.

Y pasó adelante. Cosa de una milla habia andado, cuando se le acercó Don Berenguer de Palou, el guerrero obispo de Barcelona diciéndole:

— Señor, por amor de Dios no lleveis tanta prisa!

— Porqué nó, obispo? — le contestó el rey. — Cuanto mas pronto despachemos mejor.

— Es que tengo que hablaros, — continuó el obispo.

Y retirándole á un lado del camino le dijo:

—Ah! señor! acabais de sufrir una pérdida mayor de lo que os podeis figurar: Guillermo y Ramon de Moncada han muerto.

—Qué decís? Han muerto los Moncadas?

—Si, los Moncadas han muerto.

Y el rey se echó á llorar y con él el obispo.

Oh! buenos caballeros debian ser aquellos cuya muerte merecia ser llorada de reyes como Don Jaime.

—No lloreis, —dijo el primero el monarca enjugando sus lágrimas, —no conviene llorar ahora; lo que conviene es sacar los cadáveres del campamento cuanto antes.

En seguida prosiguió Don Jaime su camino hasta que encontró sitio para acampar á vista de la ciudad.

Anochecido habia ya cuando dijo el obispo al rey, que acababa de comer:

—Señor, ya que habeis comido, bueno seria que fueseis á ver á Guillen y á Ramon de Moncada.

Respondió el monarca que era bien pensado, y mandando encender varias antorchas y velas, fuéronse ante todo en busca de Guillen á quien encontraron tendido en tierra sobre un almadraque y tapado con una cubierta. Largo rato permaneció el rey llorando sobre su cuerpo, no menos que sobre el del otro Moncada en busca de cuyo cadáver fueron en seguida.

Volvióse Don Jaime á pasar la noche en el campamento.

Al rayar el alba del siguiente dia, reuniéronse los obispos y los nobles y pasaron á la tienda real, en cuya entrevista el obispo Don Berenguer de Palou dijo al monarca:

—Señor, convendrá que demos sepultura á esos cuerpos muertos?

—Teneis razon, —contestóle el rey.

—Y cuando quereis que lo hagamos? —continuó.

—Ahora mismo ó mañana por la mañana, —contestaron algunos; —ó sino despues de comer.

—Valdrá mas mañana por la mañana, —dijo el rey, —pues así los sarracenos no lo verán.

En efecto, despues de puesto el sol, mandó Don Jaime traer algunas telas anchas y largas y las hizo colgar á la parte de la ciudad, á fin de que los que habia en esta no viesen el resplandor de las luces cuando se celebrase el entierro.

Al bajar á su última morada los despojos de aquellos tan nobles, tan leales

y valientes caballeros, prorumpieron todos los de la comitiva, nobles y pecheros, en grandes sollozos y vivas esclamaciones de dolor. Al observar esto, reprimió el rey su propio llanto y dijo á todos que callasen y escuchasen cierta cosa que decirles queria, y habido por ello silencio, así les habló el monarca:

— Barones, estos ricoshomes que aquí veis muertos, han perecido en servicio de Dios y nuestro. Si nos fuese posible recobrarlos, de manera que pudiésemos volverlos á la vida, tanto daríamos de lo nuestro y de nuestras tierras para que Dios nos otorgara esta gracia, que á buen seguro por loco nos habian de tomar cuantos supieran lo que ofreceríamos. Pero ya que ha sido voluntad de Dios el que Nos y vosotros le prestáramos un servicio tan señalado, no conviene por lo mismo mostrar aquí sentimiento ni derramar lágrimas: cierto es que el pesar es grande, mas ninguna necesidad hay de que lo sepan los que pueden oirlo desde afuera: en fuerza pues del señorío que tenemos sobre vosotros, mandamos que ninguno se atreva á llorar ni á gemir, que aun cuando perezcan con aquellos las ocasiones en que hubieran podido haceros bien, Nos las sabremos suplir, otorgándoos lo que fuese menester. Si alguno de vosotros perdiese el caballo ú otra cosa, venga á Nos y se lo enmendaremos cumplidamente, sin que por esto os hagan falta vuestros señores en lo mas mínimo, de tal guisa serán los beneficios que os hagamos, y cuyo valor facilmente podreis conocer. Ved, con esto, que vuestro llanto solo serviria para desmayar al ejército, y que este seria el único provecho que sacariais. Así pues, os mandamos por la naturaleza que sobre vosotros tenemos, que ceseis de llorar: el mejor sentimiento que en tal ocasion puede mostrarse será que Nos con vosotros y vosotros con Nos nos lamentemos de tal pérdida pero sirviendo debidamente á Nuestro Señor en la empresa que hemos acometido, á fin de que en todos tiempos sea su nombre santificado.

Tal fué el razonamiento que tuvo Don Jaime á la gente de los Moncadas, razonamiento que fielmente ha sido traducido del lemosin en que estas palabras fueron dichas por el monarca.

Enterráronse en seguida los cuerpos que en el mismo campo de batalla estuvieron hasta que, tomada la ciudad, es fama que se depositaron en la pequeña iglesia llamada del *Sepulcro*, antes mezquita, y se trasladaron mas tarde al monasterio de Santas Cruces y al lugar en que los hemos hallado.

Y pues ya hemos pagado un justo tributo de admiracion y el debido recuerdo á los Moncadas, pasemos adelante en nuestra relacion acerca el grandioso y espléndido monasterio que nos ocupa.

II.

RECUERDOS DE GLORIA.

No son estos en verdad los únicos sepulcros de hombres ilustres que duermen bajo las bóvedas de Santas Cruces.

El arte se envanece de tener dos joyas de inapreciable mérito, de riquísimo valor en los famosos monumentos funerarios que guardan los cenizas de Don Pedro, aquel que el mundo denominó *el grande*, y de Don Jaime, aquel que la historia ha llamado *el justo*.

Suntuosos templetes de sobredorado mármol, ricos en preciosas ojivas, en haces de columnitas, en caprichosos follajes y en lindas labores, cobijan los sepulcros que consisten, el de Don Pedro en un gran vaso de pórfido sentado sobre dos leones, de estilo árabe, que, segun fama vulgar, fué en algun tiempo un baño arrebatado á los moros por el mismo que allí descansa, mientras que el de Don Jaime es cuadrilongo y soberbiamente entallado. Con Don Jaime descansa allí su bella esposa Doña Blanca de Nápoles.

La revolucion que un dia rugió amenazadora desplegando sus alas de mónstruo no perdonó estos sepulcros, cuyo interés histórico y cuyo primor artístico, no bastaron á preservarlos de odiosas profanaciones. Sin embargo, quiso la Providencia que, mas afortunados que los monumentos regios de Poblet, saliesen casi ilesos del furor del populacho, y allí quedasen para honra del arte, para ilustracion de la historia y para gloria de Cataluña.

A los piés de Don Pedro que conquistó la Sicilia arrostrando y arrollando el poder de tres reyes, despues de haber recogido el sangriento guante del degollado Coradino; á los piés del famoso monarca que supo vencer en cien batallas á los ejércitos de la siempre envidiosa Francia, yace en el pavimento Rojer de Lauria, el bien nombrado almirante cuyo nombre es toda una historia, cuya historia es toda una hazaña. Al morir en Cataluña y en 1305 el vencedor en los mares de Malta, Nápoles y Rosas, el azote de la Francia, el terror de la Calabria y el defensor constante de los derechos de Don Pedro, mereció del rey Don Jaime la honra de ser enterrado á los piés del monarca, cuyo reinado habia engrandecido con tan brillantes y gloriosos triunfos.

Yacen además en esta iglesia otros príncipes y nobles de Aragon y Cataluña, entre los cuales debemos citar, siquier como simple recuerdo, al infante Don Fernando, hijo de Don Jaime *el conquistador*, y á la reina Margarita, la bellísima catalana Margarita de Prades, esposa de Don Martin *el humano*.

En el claustro se ven asimismo otras sepulturas, todas decoradas con nombres famosos en el libro de las hazañas, con los nombres de los Queralt, los Pinos, los Castellons y los Mataplanas.

Por lo demás, allí, bajo esas bóvedas, allí, al pié de esos altares, oró por mucho tiempo San Bernardo Calvó, el que acompañar debia á Don Jaime I á la conquista de Valencia, el que solo debia salir del claustro de Santas Cruces para ser obispo de Vich; allí, en ese templo recibió un dia el hábito de Calatrava y el maestrazgo de Montesa, Guillen de Eril, el primer gefe de tan religiosa como ilustre caballería; y allí tambien fué recibido de monge cisterciense el rey Don Jaime II que quiso acabar sus dias bajo la augusta sombra de San Bernardo.

Todo son recuerdos de honor, recuerdos de gloria bajo tan santas bóvedas que un dia han visto cruzar los abades apoyados en sus báculos de plata y seguidos de numerosa comitiva, yendo á cantar los salmos de los difuntos sobre los féretros reales que allí habian llevado los principales ricos homes de Aragon y los mas famosos hidalgos de paratge de Cataluña.

La iglesia comunica con un espacioso claustro que los inteligentes celebran unánimes como una preciosidad, particularmente una glorieta exágona de forma puramente bizantina que está en uno de sus ángulos.

Una puerta de cimbas concéntricas, puesta entre dos ventanas semicirculares, abre paso á una bella sala capitular de tres naves, donde se ven siete tumbas de abades.

Otra puerta conduce á las piezas interiores del monasterio, trazadas casi

todas sobre las de Poblet, de las que no se diferencian sino por sus mas pequeñas dimensiones y la menor delicadeza de sus detalles.

III.

TRADICIONES.

Si consultamos á los historiadores que se distinguen por su rigurismo y esclusivismo históricos, nos dirán que el monasterio de Santas Cruces fué fundado por el conde de Barcelona Berenguer IV, que quiso manifestar con esto á Dios su agradecimiento por haberle dado en Doña Petronila á su sucesor Alfonso; pero si recorremos á la tradicion, nos impondrá otro fundador y nos contará una causa mas dramática.

Sin perjuicio pues de adoptar lo primero, veamos como se nos esplica lo segundo. Figuraba en Cataluña por los años de 1148 acaso como el mas cumplido caballero, Don Guillen Ramon de Moncada — padre de los otros dos Moncadas que hemos visto morir en Mallorca, — gran senescal de Cataluña, que con muchos caballeros de sus tierras y hombres de *Paratge* (1) habia asistido á su conde Don Ramon Berenguer en la conquista de Tortosa.

Al regresar el conde de esta victoriosa escursion en tierra de moros, encontró á Cataluña alborotada con los bandos de dos familias rivales, los Cervellones y los Castellvines. En vano trató de poner remedio. Los bandos se encarnizaron mucho mas con la llegada de Don Guillen de Moncada que, deudo de

(1) Los hombres de *Paratge* eran iguales á los hidalgos de Castilla.

los Cervellones, tomó su partido y se puso á su frente, dispuesto á ayudarles con armas y dinero contra sus contrarios.

Acaeció por entonces un reñido encuentro entre los dos bandos; y habiendo conseguido los Castellvines prender á traicion al Don Guillen Ramon de Moncada, lleváronsele al castillo de Rosanes cerca de Martorell donde le encerraron en un oscuro calabozo, los piés en un cepo.

Algunos dias hacia que allí estaba tratado como un miserable, cuando bajó á verle Don Berenguer de Vilademuls, arzobispo de Tarragona y deudo de los Castellvines, con objeto de negociar con él algun buen medio de paz.

Así que vió el de Moncada al arzobispo le dijo muy airado que aquella no era prision para él, y que se la *aliviase* por lo tanto, queriendo decir que bastaba tenerle preso en una cámara ó torre bajo su palabra y no tener su persona en un cepo como villano.

Bien y perfectamente entendió el arzobispo el significado de sus palabras, pero por enojo que de su hablar tuvo, dice una crónica, volvióse á un secretario que le acompañaba y pidióle un cuchillo de templar plumas. En seguida llegándose al cepo, cortó de él una arista y dijo:

—Servido sois dende agora, el de Moncada, que ya está mas liviana la prision, pues no tiene tanta madera el cepo.

Don Guillen al oir esto túvose por afrentado y poniéndose los dos dedos de la mano derecha en la frente, díjole:

—Para esta que vos me lo pagueis, Don Arzobispo!

Y con la saña que de cada hora le crecía, escribió á sus deudos que por cualquier medio negociasen su libertad y le sacasen de allí por vengarse del arzobispo.

Así lo hicieron, y luego que el de Moncada se vió en libertad, aconsejóse con sus primos Galceran de Pinos, Ponce vizconde de Cabrera y Pedro Aleman, y los tres fueron de opinion que matase al arzobispo y que contase con ellos para ayudarle en su venganza.

El conde de Barcelona, teniendo de esto alguna noticia, y deseando apartar ocasion, envió á Don Berenguer de Vilademuls á Roma de embajador al santo padre, pero no hubo de valerle nada para salvarle la vida, pues que saliéndole en el camino Moncada con sus primos, y alcanzándole en el llano ó campo de Matabueyes, cerca de Barcelona, le asesinaron sin piedad á vista de todo su acompañamiento.

Murió el arzobispo, segun la crónica de Beuter, á 16 de Febrero de 1149.

Pesole mucho tal asesinato al conde de Barcelona, y desterrando de todas sus

tierras al de Moncada, quedose con todo lo que él tenia. Huyendo de la ira del conde, Don Guillen pasó á Aragon donde permaneció muchos años.

Mas adelante, cuando los tratos de casamiento entre Don Berenguer y Doña Petronila, la hija de Ramiro *el monje,* el de Moncada, por su buena suerte de hallarse en Aragon, lo negoció todo tan á satisfaccion del conde de Barcelona, que no pudo menos de perdonarle su pasado crímen y de volverle sus bienes, castillos y lugares, á condicion sin embargo de que en penitencia de la muerte del arzobispo de Tarragona, él y sus primos fundasen un monasterio.

Accedió el antiguo senescal y á sus costas y de los demás que tomaron con él parte en la muerte del prelado, se fundó el monasterio que debia mas tarde llamarse de Santas Cruces.

Tal es la tradicion.

Pero, de qué dimana el nombre de Santas Cruces? preguntarán nuestros lectores.

Consultemos tambien la tradicion para hallarles facil respuesta.

Despues de elevado el edificio y dotado ricamente por Moncada, Pinós, Cabrera y Aleman, vinieron de Francia sus primeros fundadores, salidos del monasterio de la Gran Selva con licencia y espreso mandato de su general que era el famoso San Bernardo.

Vivieron los religiosos algunos años en el monasterio labrado á su costa por el senescal, — que despues fué convento de monjas, — pero andando los tiempos, viéronse algunos inconvenientes, que no nos dicen las crónicas cuales fuesen, y para atajarlos, se tomó por espediente con espreso consentimiento del conde de Barcelona y príncipe ya entonces de Aragon, mudar de allí los dichos religiosos, dándoles el mismo conde el sitio necesario para levantar otro monasterio en el territorio de Maguer llamado Ancona segun Pujades y segun Piferrer Anchosa, donde tuvo luego Santas Cruces una granja.

Tampoco allí pudo perseverar el monasterio por falta de agua, y viendo la esterilidad del sitio, decidieron los monjes pedir un amenísimo terreno que en aquel entonces se disputaban el arzobispo de Tarragona, el obispo de Barcelona y el baron de Montagut, llamado *campo de la contradiccion.*

Era este campo muy apacible y abundante de yerbas, por lo cual los pastores montañeses solian en el invierno bajar desde los montes sus rebaños para apacentarlos y guardarlos de las inclemencias del tiempo.

Dice pues la piadosa tradicion que aconteciera no pocas veces á los pastores ver sobre aquel paraje y campo muchas luces que danzaban errantes formando una especie de cruces al confundirse y chocarse; y como esto lo reparasen mu-

chas veces en diferentes lugares, pusieron ellos tantas cruces de madera, que todo aquel campo se quedó con el nombre de *Santas Cruces*.

Allí fué pues donde con ayuda de los príncipes y señores, segun Pujades, con ayuda solo del conde de Barcelona, segun Piferrer, —cuyas razones en este punto nos parecen mas obvias,—edificaron los monjes cistercienses el suntuoso templo y monasterio que ha llegado hasta nuestros dias con el nombre de Santas Cruces.

El arzobispo de Tarragona y el obispo de Barcelona pretendieron que este monasterio estaba en su diócesis, y llevaron sobre ello pleito en la corte romana, y por no haberse jamás declarado, ponian los monjes en sus autos y escrituras *utriusque diœcesis, Tarraconensis et Barcinonensis, aut nullius diœcesis;* que era grande preeminencia; y estaba el monasterio en esta posesion en virtud deun breve que el papa Alejandro III mandó espedir en su favor, ordenando que hasta la declaracion del pleito tuviesen exencion.

Tenia este monasterio por lo comun 40 monjes con su abad, 16 legos y muchos donados y familiares para el servicio.

El abad de Santas Cruces era capellan mayor del rey en los reinos de la corona de Aragon, prior de San Jorge de Montesa en el reino de Valencia y en su nombre enviaba un religioso de su casa para regentar aquel oficio. Era tambien abad de dos monasterios, del de Valdigna del mismo reino de Valencia; y del de Albafuente en el reino de Sicilia, cuyas abadías le diera el conde de Barcelona y rey de Aragon Don Jaime II. Proveía tambien el priorato de Eula en la villa de Perpiñan.

Dotado estaba el monasterio de Santas Cruces de muchas y muy crecidas rentas con algunos lugares y villas y sus jurisdicciones, que los príncipes y señores de la tierra le dieron en diversas épocas. Y si era rico en bienes temporales, no lo era menos en riquezas y preseas espirituales.

Entre las reliquias que cuidadosamente guardaba, contábase una mano, singular por cierto, á la que iba anexa una bien fantástica tradicion.

Es el caso que saliendo el sacristan todos los dias, despues de haber celebrado misa, á decir responsos al cementerio, donde estaban enterrados los cuerpos de los monjes, en hacimiento de gracias le salia la mano de uno de ellos de debajo la tierra moviendo y agitando una cruz. Varias veces dice la crónica que intentó el sacristan cojer esta mano que siempre al acercarse se le escondia. Llegado el suceso á noticia del abad, mandó al sacristan que continuase en su devocion y ejercicio santo, y que, si como acostumbraba, volvíale á salir dicha mano, asiese de ella y la pusiese en custodia. Hízolo así el obediente sa-

cristan con feliz éxito : entre las suyas quedó aquella vez la misteriosa mano, que desde entonces, puesta en un relicario, con mucha devocion era mostrada al pueblo.

Su templo y sacristía encerraban tambien grandes tesoros en joyas y ornamentos, dádivas que hicieran un dia los monarcas y magnates.

Hoy el monasterio yace en miserable abandono. El viajero cruza sus salones desiertos, sus corredores abandonados, en medio del silencio sepulcral que le rodea, y en vano se pregunta como es que allí dejan perderse los hombres aquella verdadera maravilla de piedra que tantos recuerdos guarda, que tantas memorias conserva.



CONVENTO DE SAN BASILIO.

(MADRID.)

I.

LOS BASILIOS.


UN cuando hubo un número infinito de monges y solitarios en Oriente antes de San Basilio, sin embargo con justa causa se le ha dado á este doctor de la Iglesia el título de patriarca de los monges de Oriente, pues si es verdad que fué San Antonio el restaurador de la vida cenobítica, y fué San Pacomio quien la dió una mejor forma, tambien lo es que á San Basilio se le debe la gloria de haberla dado su entera perfeccion, obligando por votos solemnes á los que se comprometieran á este género de vida.

Nació Basilo en Cesárea de Capadocia en 329. Su padre, que era un célebre

abogado, dióle las primeras nociones de la enseñanza y envióle mas adelante á estudiar en Cesárea de Palestina, donde trabó con San Gregorio de Naziancia esa amistad tan constante y firme que duró hasta la muerte y que nada pudo desunir.

Despues de diez años que los pasó estudiando en dicho punto, en Constantinopla, Alejandría y Atenas, regresó á Cesárea, su patria, donde le aguardaban para consuelo los brazos de una madre que habia perdido á su marido.

Pleiteó primero varias causas, pues era así como comenzaban los que aspiraban á los cargos públicos, pero su hermana Macrina, que despues debia venerar la Iglesia como santa, temiendo que el orgullo, la vanidad y la ambicion se apoderasen de su alma, le persuadió para que dejára aquella profesion, y todas sus ocupaciones seculares, consagrándose por completo al retiro, al estudio de la verdadera sabiduría, y á la práctica de las virtudes cristianas.

Por entonces fué, como ha dicho el mismo San Basilio, cuando empezó á despertarse como de un profundo sueño, á mirar la verdadera luz del Evangelio y á reconocer la inutilidad de las vanas ciencias, y concibiendo un disgusto verdadero por el mundo y sus vanidades, tomó la resolucion de retirarse y buscar un guia en el camino de la perfeccion.

En su consecuencia, viajó por los lugares donde se retiraban los que vivian en la práctica de los consejos evangélicos. Fué á Egipto, á Palestina, á Siria, á Mesopotamia, y tuvo la satisfaccion de hallar en las diversas soledades de estos paises, varios de aquellos santos hombres que él buscaba. Admiró su vida igualmente austera y laboriosa, su fervor y su aplicacion al rezo. Sorprendido quedó de ver aquellos hombres admirables que, invencibles al sueño y á las otras necesidades de la naturaleza, sin atender ni el hambre ni la sed, la desnudez ni el frio, mantenian siempre su espíritu libre y elevado hácia Dios, sin cuidarse apenas de su cuerpo, como si la carne que llevaban no les fuese nada y como si, estrangeros en la tierra, se considerasen ciudadanos solo del cielo.

Animado y aun impulsado por tan piadosos ejemplos, volvió despues de dos años á Cesárea con el deseo de imitar á los santos varones que dejado habia en los desiertos de Egipto y del Oriente.

En 357 ya le hallamos retirado en un desierto de la provincia junto al rio Iris y no lejos de la ciudad de Ibora. Allí permaneció hasta que el obispo de Cesárea le sacó de su retiro para ordenarle sacerdote y darle junto á él un cargo clerical. Tornóse sin embargo á su soledad despues de algun tiempo y se-

gunda vez fué arrancado de ella y llamado á ocupar la sede episcopal que la muerte de Eusebio dejára vacante.

Así que le vieron obispo de Cesárea, los arrianos, desencadenándose contra él, le persiguieron cruelmente, con una tenacidad y un encarnizamiento que le hicieron sufrir toda clase de mortificaciones y penalidades.

San Basilio, despues de una vida de santo y tambien de mártir, murió el 1 de Enero de 379.

Cuando vivia en la soledad del desierto, San Gregorio de Naziancia y otros varones, deseosos de practicar sus virtudes cenobíticas, habian ido á encontrarle, escojiéndole como por guia y confesor. Entonces los desiertos mas apartados se trocaron en poblaciones por la presencia de San Basilio, á causa del gran número de personas que procuraban aprovecharse de sus instrucciones y ejemplos.

Basilio vióse entonces obligado á fundar un monasterio, despues de lo cual iba, dice uno de sus biógrafos, por las ciudades y pueblos, animando por sus palabras é inflamando por sus exhortaciones á los habitantes que estaban como en una especie de soñolencia respecto á las cosas que atañen á la salvacion. A muchos les impelió á renunciar á las cosas vanas y perecederas para unirse y acabar sus vidas en servicio de Dios. Enseñóles á construir monasterios, á establecer comunidades, y á practicar todos los ejercicios de la vida religiosa. Así es que, valiéndonos de las espresiones de un asceta, se vió en poco tiempo mudarse la faz de aquella provincia, que de un desierto seco y estéril; se trocó en una campiña espiritual, cubierta de ricas mieses y viñas abundantes.

El santo fundador, para asegurar aun mas la virtud y piedad de los religiosos, prescribióles por escrito el orden y las reglas de lo que debian practicar. Su institucion se esparció bien pronto por todo el Oriente, y aun cuando hubo otras reglas, y tambien algunas escritas, sin embargo la de San Basilio prevaleció de tal modo que oscureció todas las demás.

No fué solo en Oriente donde es esparció la regla de San Basilio, pasó á Occidente asi que la hubo Rufino traducido al latin, y no faltan autores que pretenden que antes que San Benito hubiese publicado la suya, habia ya monasterios de la orden de San Basilio en Italia, y hasta doctos escritores aseguran que San Benito se sometió á ella y de ella sacó la suya.

La regla de San Basilio fué aprobada por el papa Liberio el año mismo que la escribió y publicó el santo, es decir en 363, siendo despues confirmada por varios soberanos pontífices en diversas épocas.

Pretenden los autores que antes de morir se vió San Basilio padre de mas de ochenta mil monges solo en Oriente.

Esta orden en efecto hizo progresos inmensos en el espacio de tres siglos, pero disminuyó notablemente en lo sucesivo por la herejía, el cisma y el cambio de imperio.

Mas tarde, en el mismo Oriente, los monjes de San Basilio se contaban por miles, pero todos cismáticos y herejes. Tal fué la relajacion de esta orden, tan santamente fundada y con tan loable designio por el escelso Basilio.

Enorgullecíase esta orden de tener mil ochocientos cinco entre beatos y santos, tres mil diez abades, once mil ochocientos cinco mártires, catorce papas un número infinito de cardenales, patriarcas, arzobispos y obispos, muchos emperadores y emperatrices, gran número de reyes y reinas, y diez y nueve príncipes y princesas dé la sola casa de los Comenos de Grecia.

II.

LA ORDEN REFORMADA.

Es indudable que la orden de San Basilio, tan antigua en Oriente, lo es tambien mucho en Occidente y sobre todo en Italia, por mas que erradamente pretenda un autor que solo pasó á estos últimos puntos en 1067.

Puédese probar lo contrario de este aserto con la fundacion de una infinidad de monasterios. Infinito era el número que de ellos tenian antes los Basilios en Italia: solo quinientos se contaban en el reino de Nápoles, pero este número fué degenerando poco á poco.

Tres provincias eran las de la orden en Italia, á saber las de Calabria, Sicilia y Roma.

En 1573 el papa Gregorio XIII, á instancias del cardenal Sirlet, protector de esta orden, que habia degenerado mucho de su institucion primera, trató de restablecerla en su primitivo fervor y reunió en un cuerpo todos los monasterios de San Basilio de Italia y España, haciéndoles varias prescripciones que se comprometieron á cumplir.

Ordenó que cada tres años se celebraria un capítulo general en que se elegiria un abad general, y sometió á este abad todas las provincias que estaban unidas con la Iglesia latina.

Mas tarde, por un breve de Paulo V en 15 de Mayo de 1620 se decidió que los capítulos generales solo se celebrarian cada seis años.

Entre los monasterios famosos que esta orden contaba en Italia, era indudablemente el primero el de San Salvador fundado en Mesina por Roger conde de Calabria. Tenia inmensas riquezas, crecido número de tierras y mas de cuarenta abadías en su dependencia.

La provincia de Roma ofrece tambien el célebre monasterio de Grotta Ferrata que contaba en otro tiempo cien mil escudos romanos de renta, con una famosa biblioteca de manuscritos griegos de un precio inestimable.

En cuanto á sus observancias, tenian varios ayunos á mas de los prescritos por la Iglesia, comian vianda tres dias á la semana, pero una sola vez por dia, y trabajaban en comun á horas marcadas.

Su hábito diferenciábase muy poco del de los benedictinos. La cogulla de los Basilios era con muchos pliegues, y llevaban una pequeña barba como los padres de la mision. Sus armas eran campo de azur con una columna de plata en medio de llamas y esta divisa: *Talis est magnus Basilius;* el escudo con corona ducal, y una cruz patriarcal y un báculo cruzados tras del escudo.

III.

LOS BASILIOS EN ESPAÑA.

Opinan algunos que esta orden floreció en España desde el principio de su institucion, perdiéndose su memoria cuando la invasion de los árabes, pero no faltan autores — y á su opinion confesamos añadir la humilde nuestra — á quienes no les parece probable, pues si España la hubiese conocido como á la de los Benedictinos, se hubiera al fin salvado como esta, con la restauracion de la monarquía.

Lo cierto es que de fijo no se sabe que empezase á florecer sino en la provincia de Andalucía por los años de 1540.

Algunas personas piadosas se habian retirado á una soledad de la diócesis de Jaen conocida con el nombre de las *Celdas de Oviedo*, y el obispo, sabiéndolo, les ordenó seguir la regla de San Basilio, nombrándoles por superior al P. Bernardo de la Cruz, en cuyas manos profesaron. El nuevo superior emprendió un viaje á Italia para conferenciar con el abad de *Grotta Ferrata* y, por su consejo, suplicó al papa Pio IV que permitiera á los solitarios de las *Celdas de Oviedo* ser recibidos en el número de los hijos de San Basilio, lo que le fué concedido por bula de 18 de Enero de 1561.

Varios años despues, habiendo el padre Mateo de la Fuente introducido una reforma particular de esta órden y fundado dos monasterios, el del Tardon y el del valle de Galleguillos, el papa Gregorio XIII unió estos dos monasterios al de Nuestra Señora de Oviedo y formó una provincia bajo el nombre

de San Basilio. Pero esta union la hizo perjudicial la diversidad que entre los mismos reinaba y por lo tanto Clemente VIII en 1603 separó los dos del Tardon y de Galleguillos.

En tal estado, como por la sucesion del de Santa María de Oviedo se continuaron fundando otros, fueron divididos en tres provincias. La de Castilla contaba seis casas que eran San Basilio de Madrid, Nuestra Señora del Remedio de Barcena, Nuestra Señora de la Salud de Cuellar, San Cosme y San Damian de Valladolid, el colegio de San Basilio de Salamanca, y el de Alcalá de Henares.

La de Andalucía contaba siete que eran Santa María de Oviedo en la diócesis de Jaen, Nuestra Señora de la Esperanza en las Posadas, Nuestra Señora de la Paz en Córdoba, San Basilio en Granada, Santa María y San Basilio en Villanueva del Arzobispo y el colegio de San Basilio en Sevilla.

La del Tardon solo contaba cuatro conventos de la reforma del P. Mateo.

Estaban sometidos estos conventos al general de la órden de San Basilio en Italia.

El traje de los religiosos consistia en un hábito y un escapulario de sarga negra y una capucha bastante ancha unida al escapulario. En la iglesia y fuera del monasterio llevaban una gran cogulla monacal como los de Italia.

Los Benedictinos les suscitaron querella con este objeto, pretendiendo, fundados en no sabemos qué razones, que no debian llevar cogulla: el negocio fué llevado á la Congregacion de los ritos, que ordenó por un decreto del 27 Setiembre de 1659 que los religiosos de San Basilio en España podian llevar la cogulla; lo que fué confirmado por un breve de Alejandro VII de 24 Diciembre del mismo año.

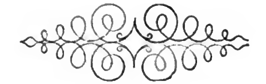
En cuanto al convento de San Basilio de Madrid no ofrecia nada notable. El viajero lo visitaba con mirada indiferente, sin que ninguna particularidad fijase su atencion.

El altar mayor de su iglesia dice Ponz que era una de las máquinas que debian ir á ver los que buscaran estravagantes invenciones.

Las pinturas al fresco en las pechinas de la cúpula eran de Claudio Coello y de José Donoso. En una capilla del cuerpo de la iglesia á mano izquierda habia una Anunciacion, pintura del citado Donoso. En la sacristía se veia una sacra familia segun el estilo de Orrente y un Santo obispo en pié como otro del Greco que habia en una de las salas de capítulos del Escorial.

Así que los frailes, heridos de muerte por los sucesos de 1835 hubieron abandonado este convento sito en la calle del Desengaño, el edificio fué cedido

por el gobierno para cuartel de artillería de la Milicia nacional pasando despues á ser prision militar.



SAN CUCUFATE DEL VALLÉS.

(CATALUÑA)

Qué son aquella torre, y aquel templo, y aquellas murallas almenadas con torreones que les flanquean, y aquellos pardos edificios que se agrupan á su lado?... Son el monasterio y el pueblo de San Cucufate del Vallés.

J. Mañé y Flaquer.

I.

LA MISA DEL GALLO

DONDE deben oirse las tradiciones populares es junto al hogar de la solitaria casa de campo, en una cruda noche de invierno, mientras chisporrotea la leña que se estremece y se raja, mientras juguetonas danzan á lo largo de los consumidos tizones las graciosas salamandras en su traje de azulada llama, mientras silva el cierzo por fuera, mientras rueda la nieve en millares de copos esparcidos por el aire, ó azota la lluvia los rotos cristales de la ovalada ventana.

Felices entonces si hay allí un buen montañés, uno de esos hombres de cana cabellera y de dulce mirada, que referiros quiera ó la mística leyenda

que de su madre aprendió en la infancia, ó la balada guerrera de patrióticos recuerdos que de siglo en siglo van engrosando la rica herencia del pueblo.

Así nos sucedió á nosotros una noche en que, turba alegre de vagabundos camaradas, hubimos de refugiarnos en una aislada casa huyendo la nieve que nos sorprendiera en el monte.

Franca hospitalidad encontramos, mano amable y cariñosa nos acercó los escabeles al fuego para que en ellos nos sentáramos á calentar nuestros trajes, y un anciano de blanca cabellera nos supo tener á todos suspensos y admirados, mientras en su rudo lenguaje y con una frescura de sentimiento é injenuidad de ideas que solo se halla en los montañeses, nos contó la dramática tradicion que vamos á tener el gusto de referir á nuestros lectores.

A mediados del siglo XIV habia en el Vallés una familia tan rica, como hubiera sido dificil encontrar otra mas acaudalada en todo el país. Ramon de Saltells era el nombre de su gefe, nombre que brillaba con honor entre los de los mas encopetados barones, porque todos los que hasta entonces le llevaran, habian sabido hacerle respetar en paz y en guerra.

Ramon de Saltells habitaba con su hijo único una señorial morada que, erizada de viejas almenas y antiguos baluartes, se elevan en la parroquia de San Martin de Cerdañola, no lejos del famoso monasterio de San Cucufate.

Bienes inmensos, riquezas casi fabulosas poseia la casa de Saltells, y todo estaba destinado á heredarlo Berenguer de Saltells, jóven de carácter resuelto, de corazon fogoso, de voluntad indomable, nacido para la aventura y para la guerra, para correr mundo, para ír por todas partes osándolo todo, arrostrándo, venciéndolo todo.

El buen padre de Berenguer suspiraba cada vez que veia en el jóven aguilucho los brios que le hacian aborrecer el nido donde pasaba monótona existencia.

Y sin embargo, mal hacia en suspirar, porque era Berenguer un buen hijo. Podia su corazon de noble desear la guerra y los laureles del combate, podia su mente juvenil ansiar las aventuras trovadorescas y las titánicas empresas, pero era en él no obstante una especie de culto el respeto á su anciano padre, y nada habia en el mundo capaz de hacerle abandonar la morada de sus mayores mientras bajo su techo habitase aquel á quien debia el ser.

El castillo de Saltells se veia á todas horas lleno de monjes de San Cucufate; á los cuales era adicto y aficionado el padre de Berenguer. Tenia en particular trabada una amistad íntima con el abad que era su confesor y su consejero, que le acompañaba á paseo por las afueras del castillo todas las tardes y que

le entretenia con lecturas religiosas ó místicas historietas todas las noches.

Berenguer, al contrario, veia casi de mal ojo á los monjes y, poco adicto á los habitantes de San Cucufate, acaso se prometia en su interior impedirles para siempre la entrada de su casa cuando un dia se viese señor y dueño de la pingüe hacienda de Saltells.

Cuéntase que un dia sorprendió el joven á su achacoso padre y al abad hablando casi misteriosamente de las facultades á que podia estenderse un testamentario con bienes propios y libres, así como del derecho que podia competirle al favorecido por testamento. Impelido por una especie de voz secreta, terció Berenguer en la conversacion y manifestó que nunca los dominios mediarios debian ser perjudicados por el directo, ni éste por aquellos, citando como ejemplo que una donacion con objeto piadoso no era tal, ni podia ser grata á Dios, si de ello resultaba perjuicio á tercero.

El abad Arnaldo Ramon Biura, á quien se dirigia el jóven al hablar así, mirole de hito en hito antes de contestarle y bajando luego con humildad la cabeza:

—Hijo mio, —le dijo solo, —el que obra con derecho, obra con justicia. Alabado sea Dios!

—Tiene razon el padre abad, —añadió en esto el buen Ramon de Saltells, —el que obra con derecho, obra con justicia.—Alabado sea Dios!

Fijas quedaron en la imaginacion del jóven las espresiones del abad. Sin embargo, no acertó á darlas ningun significado que pudiera hacerle entrar en sospechas.

Pasaron dias y dias, transcurrieron meses.

Una tarde los vecinos del pueblo oyeron la campana del monasterio que tristemente doblaba con el toque de difuntos, y asomándose á sus puertas como para preguntarse unos á otros qué novedad habia ocurrido, vieron flotar una banderola negra en lo alto de la torre del homenaje del castillo de Saltells.

El bondadoso anciano Ramon de Saltells habia dejado de existir.

Al dia siguiente de su muerte, á hora en que el abad y varios monjes del vecino monasterio rodeaban al desconsolado Berenguer profundamente aflijido por tan aciaga pérdida, se presentó el notario de la casa á cumplir con la formalidad de la lectura del testamento que en su poder habia dejado hecho el difunto.

Empezó esta lectura y despues de los párrafos de costumbre, leyó el notario la siguiente cláusula:

«Mando y lego mi casa de Saltells que poseo en franco alodio en la parroquia

de San Martin de Cerdañola y cuantos bienes tengo en San Sicle, Sabadell, San Felix de Raona, Santa Maria de Barberá y Terrasa con los derechos que percibo y me competen en dichos puntos, al abad del monasterio de San Cucufate á quien instituyo mi heredero universal, seguida mi muerte.»

Mayor asombro no se ha visto jamás que el del joven al oir estas palabras que le negaban todo derecho á los bienes de su padre. Púsose á un tiempo cárdeno y encendido su rostro, y recordando en aquel momento, como si escritas con fuego hubiesen estado hasta entonces en su imaginacion, las palabras que un dia le dijera en presencia de su padre el abad de San Cucufate, volviosé hácia éste y le dijo con una cólera reconcentrada pero con una espantosa apariencia de sangre fria.

—Padre abad, quereis evitar un crímen?

El abad trató de balbucear algunas palabras.

—Pues idos á vuestro monasterio—prosiguió Berenguer—antes que me ciegue la ira que siento hervir en mi pecho.

De nuevo intentó el abad abrir los labios.

—Idos, salid de mi presencia y de mi casa—esclamó el jóven en furioso ímpetu,—apartaos para siempre de estos sitios. Con que yo no soy nada? con qué se ha tratado de desheredarme? con qué la hacienda del padre no es del hijo sino del estraño?... Pues bien, yo haré valer mis derechos y veremos, veremos, padre abad, si es el estraño quien arroja al hijo de la casa de sus padres. Idos ahora, huid de aquí y no olvideis, vos me lo dijiste un dia, que el que obra con derecho, obra con justicia. Alabado sea Dios!

Y el joven Berenguer señaló con el dedo la puerta al abad que cabizbajo se retiró con sus monjes hácia su suntuoso monasterio.

Al dia siguiente, en efecto, empezó Berenguer á usar de su derecho alegando tambien el abad el suyo. Ruidoso fué el pleito, largo tiempo duró, pero por fin llegó el dia en que el inapelable fallo de los tribunales dió permiso al abad de San Cucufate para apoderarse de todos los bienes de Saltells, aunque con la condicion de hacer efectiva al desheredado hijo la cantidad de cuarenta y siete mil trescientos cuarenta sueldos barceloneses (1).

Terrible fué la desesperacion de Berenguer y mas terrible aun cuando vió que el abad, burlando la sentencia del tribunal, dejaba pasar el término prefijado para la paga, y apoyado en su poder y grandeza abandonaba al desgraciado huérfano á la infelicidad y á la amargura.

Furioso entonces Berenguer, ciegó, loco, ideó el plan mas terrible y mas

(1) A. de Bofarull, *muerte del abad de San Cugat*.

criminal que produjo jamás delirante cérebro de jóven desesperado. Pensó que pues los hombres no le hacian justicia, él mismo podria hacérsela, y sonriendo ferozmente á esta idea, abandonó un dia la villa de San Cucufate y partió á Sabadell para comunicar su proyecto á algunos amigos que tenia en dicho punto y madurarlo con sus consejos.

Habian llegado en esto las pascuas de Navidad hasta cuya víspera habia prometido Berenguer aguardar la paga, haciendo decir al abad que como en tal dia no la hubiese recibido, juraba solemnemente que se valdria del *derecho que su mismo derecho le daba.*

El abad se hizo el sordo y he aquí lo que sucedió.

Al toque de la primera misa, la misa llamada del gallo, viéronse poblados de gente los campos vecinos á San Cucufate que de todos los pueblos de las cercanías acudian á cumplir con la tradicional costumbre que les llamaba al monasterio para asistir á *la misa del gallo.*

Aun no habia amanecido, pero, no obstante, ancianos, jóvenes, mugeres y niños, todos guiados por la luz de los farolillos ó de las antorchas se dirijian presurosos á San Cucufate que confusamente mostraba entre las sombras su almenada mole.

Abierto el templo, la multitud se precipitó en él, no sin aquella confusion natural en gentío tan inmenso, y muchos habian ya empezado sus rezos cuando aun se oian á lo lejos las comitivas que se acercaban por el valle entonando en coro los villancicos del nacimiento de Jesús.

Llegó la hora en que la música sagrada empezó á arrojar torrentes de místicas notas que, resonantes bajo las bóvedas, parecian saludar al dia que empezaba á dibujarse en los pintados cristales de las ojivas; la comunidad tomó asiento en el coro, presidida por el abad, disponiéndose á entonar el cántico mas alegre de cuantos tiene la Iglesia; la multitud cayó de rodillas, y por un momento, en los intérvalos que dejaba vacíos la música, no se oyó otra cosa que ese indefinible murmullo que ante los altares despiden á un tiempo centenares de labios, y que no es otra cosa que el aleteo de la oracion rasgando el aire para subirse al cielo.

Comenzaron los maitines á grandes voces y contribuia á la gravedad del cántico la voz del abad que, puesta la mitra y empuñando el báculo, se esforzaba mas que todos al dirijir sus alabanzas al Señor.

Cuando mayor que nunca era el fervoroso recojimiento de los concurrentes, cuando mas sonoras y robustas que nunca eran las voces que se elevaban al cielo, he aquí que se vió atravesar por entre todos á un jóven de amenaza-

dor semblante, seguido de varios otros que atropelladamente pasaban por en medio los circunstantes. Llegó aquella turba hasta el coro, y adelantándose el que parecia su gefe, se plantó resueltamente ante el abad cuya voz se le heló en los labios al conocer al recien llegado y al oirle sobre todo pronunciar con sordo acento:

—Quien obra con derecho, obra con justicia, señor abad. Alabado sea Dios! Yo soy Berenguer de Saltells, hijo del noble Ramon de Saltells que en perjuicio mio os instituyó heredero.

Y dicho esto, desenvainó un puñal y lo hundió en el pecho del abad dejándole exámine en su silla abacial y á los ojos de la aturdida concurrencia.

En seguida, protejido de sus amigos que se agruparon á su lado, el sacrílego Berenguer salió del templo y desapareció antes que muchos pudieran volver en sí del pasmo y la sorpresa.

Jamás volvióse á saber de él.

La muerte del abad de San Cucufate causó gran sensacion en toda la comarca. El fisco se apoderó de todos los bienes de Berenguer y la casa de Saltells fué mandada destruir hasta sus cimientos quedando el solar para el monasterio, y despues de varias transacciones y convenios por los cuales los abades renunciaron parte de lo que les pertenecia, el rey acabó por dárselo á un llamado Juan de Guerra, cocinero suyo, por lo bien que le habia servido.

Tal fué la tradicion que nos contó el anciano de cabellos blancos junto al hogar de la casa perdida en la montaña, y de tal modo nos impresionó á todos los que la oimos, que determinamos partir al apuntar el alba para visitar el monasterio de San Cucufate del Vallés.

Fuimos en efecto y con esta ocasion hicimos algunos apuntes que nos servirán ahora para dar á conocer á nuestros lectores el famoso monasterio, cuyos santos recuerdos y remotísima antigüedad le recomiendan al historiador y al viajero.

II.

EL CASTILLO DE OCTAVIANO

Empezaremos nuestra historia por una leyenda piadosa é injenua si las hay, una leyenda hija de aquellos buenos tiempos antiguos que campo tan vasto ofrecen á la meditacion del filósofo, que tan bello panorama despliegan á los ojos del poeta y que tan rico dechado de creencias han legado para ejemplo á las almas religiosas.

Acababa Eurico el godo de asesinar á su hermano Teodorico y de subir pisando sangre las gradas de su trono.

En seguida empuñando su espada como una maza y valiéndose de ella como de un látigo, empezó á mover guerra á los romanos, lejiones enteras de los cuales hizo marchar desbandadas ante sí cual si fuesen tropas de inocentes rebaños.

Despues de señaladas victorias y de haberse hecho casi suyas España y Francia, no le quedaban mas que Tarragona y su provincia que no doblegasen aun el cuello á su ley.

Así pues, vino con su ejército y sentó sus reales ante las puertas de la ciudad de los Scipiones.

Largo fué el sitio, pero Tarragona cayó, y al caer vencida, saqueada, derruida, hundió entre sus escombros los últimos restos del poder de Roma.

Los romanos acabaron con la pérdida de esta ciudad su largo señorío en España.

Cuando Eurico hubo concluido con los hijos de los Césares, no sintiéndose aun sacio de sangre, destruccion y muerte, volvió á todas partes sus torvas miradas y vió en pié á los católicos que iban por la tierra predicando la doctrina del Salvador de los hombres. Ciego furor pareció entonces sobrecojerle y dióse á perseguir á los católicos acaso con mas ardor del que habia tenido persiguiendo á los romanos.

Proscritos se vieron de sus iglesias muchos obispos y prelados, no pocos religiosos perdieron la vida en defensa de la fé, yermos quedaron los santuarios, abandonados los templos, muchos de los que sirvieron de corrales para encerrar los rebaños.

Era por los años 480.

Barcelona tenia entonces por obispo á Severo, digno y piadoso varon cuyo nombre debia quedar como una de las mayores glorias de la Iglesia catalana.

Eurico envió á este obispo un embajador con orden de que le obligase á seguir la doctrina de Juan Arrio, que el mismo embajador nombrado Graciano, profesaba, añadiendo que podia hacerle matar en caso de no acatar sus disposiciones.

Severo se mantuvo invencible y firme. Adleta de la fé católica, despreció las advertencias y amonestaciones de Eurico, desafió la cólera de Graciano.

Este le amenazó con bárbaras torturas, con crueles martirios, y entonces Severo, acordándose que Dios habia dicho á sus discípulos que si los perseguian en una ciudad, huyesen á otra, dispúsose á partir para el castillo de Octaviano que estaba en su misma diócesis. Desde allí pensó que apartaria el peligro y podria continuar vigilando sus ovejas.

El castillo de Octaviano — *Castrum Octaviani* — era una fortaleza que aquel César habia edificado precisamente donde despues vió elevarse sus muros el monasterio.

Partióse el obispo de Barcelona acompañado de cuatro sacerdotes que quisieron partir su buena ó mala suerte, se entró por los inmensos y vírgenes bosques del valle de Hebron, atravesó la montaña llamada entonces del Coll Serola, y bajando desde allí al Vallés, se encontró á un labrador que estaba sembrando habas en un campo, cerca de la casita en que habitaba.

Tenia este labrador por nombre Ermiterio.

Detúvose Severo á hablar con él, contóle la causa de su fuga de la ciudad, díjole como le seguian los soldados de Graciano, y rogóle que si pasaban por allí y le preguntaban por él, les contestase que habia pasado cuando sembraba aquellas habas.

Y el obispo, que mas tarde debia la Iglesia venerar por santo, prosiguió su camino hácia el castillo.

Poco despues de haberse despedido Severo de Ermiterio, sintióse atormentado por la sed, y no hallando agua limpia por el camino, dió un golpe en la piedra viva con el estremo de un bordon que llevaba. Rajose la peña, herida por el cayado del nuevo Moisés, y un caño de agua pura, dulce, cristalina, empezó á brotar entonces en aquel sitio para no estinguirse ya mas.

Luego de haber pasado Severo, llegaron á aquellos sitios los soldados que en su seguimiento iban.

Preguntaron á Ermiterio si habia visto pasar á Severo, y Ermiterio respondió que le viera en efecto cuando sembrando estába aquellas habas.

En el instante mismo que esto decia, las habas que pocas horas antes se habian sembrado, se vieron nacidas, crecidas, florecidas y granadas, no obstante ser el mes de octubre.

Los soldados entonces se apoderaron del labrador y atándole le obligaron con golpes y amenazas á que le mostrase el camino por donde se habia dirijido Severo.

Siguieron andando y llegaron á la puerta del castillo de Octaviano.

Severo se hallaba en el umbral.

— Yo soy Severo, — les dijo; — á mí es á quien buscais.

Inmediatamente se arrojaron sobre él los soldados y atáronle cruelmente lo propio que á sus cuatro compañeros.

Para hacerle ceder en sus creencias, empezaron por martirizar á sus ojos á Ermiterio, el cual sufrió con resignacion todos los tormentos, pero furiosos los soldados al ver la inflexibilidad del labrador y la constancia del santo obispo en animarle al martirio, acabaron por degollar á Ermiterio.

Despues de esto, asesinaron sin piedad á los cuatro sacerdotes. Tocóle por fin el turno á Severo; claváronle gruesos y agudos clavos en la cabeza, hasta que le llegaron á los sesos, y luego le clavaron otros ocho clavos mas pequeños, de modo que dejaron su cabeza coronada de hierro.

Tuvo lugar el martirio y muerte de San Severo el 6 de Noviembre de 480.

III.

EL ABAD OTON.

Arruinado estaba en parte el castillo de Octaviano, cuando el famoso Carlo Magno al entrar segunda vez en Cataluña por los años de 785, acampó con su ejército en las ruinas de la que un dia fuera opulenta morada del romano César.

Enteróse allí del martirio glorioso de San Severo, y dijo que sitio santificado por la muerte de aquel mártir, sitio debia ser consagrado á la religion y á la fé cristiana.

Inmediatamente pues se pasó á edificar allí un cenobio, levantado el cual, sacó el emperador Cárlos del monasterio Anisteriense un virtuoso siervo de Jesucristo llamado *Donum Dei* para que fuese abad del convento y padre de los buenos religiosos que allí, siguiendo la regla de San Benito, debian pasar su vida preparándose para la gloria eterna.

Vivió el abad Don de Dios hasta el año 794, no sin pasar graves trabajos y aflicciones por los continuos insultos de los moros, pero recibiendo en cambio notables mercedes de Carlo Magno, ese famoso Hércules del cristianismo.

Luis *el pio* sucedió á su padre el emperador en su proteccion á San Cucufate. Fué este rey, dice Pujadas en su crónica, bienhechor del convento ampliando y estendiendo los favores y gracias que su padre Carlo Magno en tiempo de su fundacion le habia dado; y fué consolador de los trabajos que habia

padecido en las rebeldías que cometieron los sarracenos contra la lealtad tantas veces prometida y mal guardada.

No solo hizo esto, sino que mandó engrandecer el monasterio, dotándole de otras mas posesiones, por lo cual no faltan cronistas que le citan como el fundador.

En este tiempo del rey Luis aun vivia el venerando abad Don de Dios, al cual sucedieron Antebaldo, Senofredo, Donadeo, Odargario, Odila, Don de Dios II, Guydiselo, Borrel, *Bonus Homo,* Ludovico, Guillelmundo, Ponce y Juan.

Este último fué electo en 974, y todas las crónicas le citan como dechado por su modestia, mansedumbre y clemencia. Adquirió grandes riquezas y rentas para su convento, particularmente del conde Borrell de Barcelona que le dió todas las iglesias del monte de San Lorenzo.

En tiempo de este abad, los moros bajaron como un torrente á Cataluña apoderándose de Barcelona despues de haber derrotado el ejército de Borrell al pié de Moncada.

El pueblo de San Cucufate vió entrar un dia las huestes de Almanzor dando rugidos de venganza y blandiendo sus ensangrentadas lanzas. Débil el monasterio para resistirse, vió tambien derribadas sus puertas y escuchó los postreros gemidos del abad Juan y once monges que regaron con su sangre las gradas de los altares.

No tardó el conde Borrell, con ayuda de los nobles montañeses, á reconquistar Barcelona arrojando los moros de sus estados. Entonces los monges de San Cucufate que habian podido escapar á la matanza, eligieron por su abad á Oton, que habia vestido el hábito y profesado desde su juventud la regla de San Benito en dicho monasterio.

Oton reedificó la morada del Señor que á su paso habian destruido las agarenas huestes, y vistió el hábito, segun un analista, á muchos hijos de nobles padres instituyéndoles en las monjias y dignidades ú oficios de la casa.

Otro cronista dice que luego de esa reedificacion, poco á poco, por beneficio de muchos príncipes y limosnas de los fieles cristianos, y con la devocion á los santuarios de tan insigne templo, se fué aumentando el número de los monges hasta veinte y cinco de continua residencia, todos hijos de padres generosos, nobles y caballeros, ó ciudadanos honrados de Barcelona, que estos gozan de privilegio militar, y sin una de estas cualidades, ó de la del grado de doctor, añade, no se concede entrada en aquella ilustre congregacion y convento.

Ansioso Oton de no perdonar medio alguno de diligencia en favor de su

monasterio; partióse á Alemania donde estaba el emperador Lotario, y le suplicó que confirmase todas las gracias y privilegios que los reyes y emperadores sus antepasados habian concedido á San Cucufate: vista por Lotario la justa peticion del abad, otorgó al monasterio cuanto le pedia para la revalidacion de los títulos que le concedieran Cárlos y Luis, y cualesquiera cristianos, con los términos y mojones que habia señalado al conde Suñer de Barcelona, cuyas escrituras y títulos se habian quemado y consumido en el incendio del monasterio por los moros.

Puede verse este privilegio en Pujadas que estenso lo traslada á sus páginas de la *crónica de Cataluña*.

Hecha por Lotario tan gran merced al abad Oton, volvió este á su monasterio, el que mandó fortificar con los muros y fuertes torres que hasta nuestros dias han llegado.

Elevado poco despues á obispo de Gerona, siguió en el gobierno de entrambas iglesias dejando fama de varon tan digno como justo.

Llegó en esto el dia en que el conde Don Ramon Borrell III decidió aquella tan atrevida cuando célebre espedicion á tierras de Andalucía, que refieren todas las historias. Creyó Oton que debia acompañar á su conde, no abandonándole en su arriesgada empresa. Trocó pues el báculo por la espada y partió con las huestes catalanas á guerrear contra los moros.

Famosa fué la batalla trabada ante los muros de Córdoba y en la que, tras de increibles esfuerzos, la victoria coronó las banderas catalanas que allí como aliadas se habian presentado. Semejante triunfo abrió las puertas de los calabozos de Córdoba en que gemian millares de cautivos catalanes, pero tambien el condado de Urgel tuvo que recibir llorando á los soldados que regresaban conduciendo el cadáver de su conde Armengol, Barcelona vió entrar en su recinto el cuerpo de su difunto obispo Aecio, Vich lloró la muerte de su magnánimo prelado Arnulfo, y Gerona y San Cucufate celebraron solemnes exequias por su obispo y abad Oton.

Los tres prelados y el aguerrido conde habian muerto gloriosamente en la empresa.

Tuvo lugar esta batalla á 21 de junio de 1010.

Al partir Oton, habia nombrado por su sucesor en la abadía de San Cucufate á Witardo, que concluyó la fábrica del templo y empezó la del claustro, pero vióse obligado á suspender la obra por falta de recursos que hubo de procurarse vendiendo varias posesiones del monasterio al conde Don Ramon Borrell III y á su esposa Doña Ermesindis, los cuales se las compra—

ron en 25 onzas de oro con las que dió feliz término á la obra comenzada.

Los abades que se sucedieron cuidaron de conservar y mejorar el monasterio que tan dignos varones les habian legado, y al cual pocos son los que en antigüedad ceden. San Cucufate fué famoso en todos los paises donde se adoraba el nombre de Cristo, y peregrinos de todas clases y condiciones iban á visitar el santuario que, á mas de los restos de San Cucufate, bajo cuya advocacion se habia labrado, custodiaba los de otros muchos mártires.

IV.

UN MONUMENTO BIZANTINO.

El mas profundo silencio reina hoy dia en el abandonado monasterio. Acércase á él el viajero con aquella timidez, con aquella especie de religiosidad que infunden la grandeza en ruinas, la magnificencia en abandono, el santuario profanado.

Acaso mas que ningun otro edificio, merece San Cucufate que el viajero que allí encamina sus pasos se detenga á llorar sobre sus ruinas y á evocar sus santos, sus guerreros y sus gloriosos recuerdos.

Fué aquel el primer punto de España donde se conoció la imprenta, donde empezó á funcionar ese asombroso pensamiento de Guttemberg que, convertido en realidad, debia mas tarde proporcionar un tercer poder á los Estados libres.

Cataluña es rica en edificios bizantinos, pero el de San Cucufate se lleva la palma entre todos.

Arrojemos una ojeada sobre la fábrica que al desembocar en la plaza del pueblo se ofrece á nuestra vista, antes de penetrar en su interior.

Por la parte del mediodía preséntase el campanario en toda su pureza bizantina y deja ver buen trecho de su ápside tambien bizantino, pero no tan puro que no muestre ya algunas trazas del género gótico que lo alcanzaria en su construccion. Rodea el edificio una muralla almenada y flanqueada por torrecillas poligonales: un inmenso roseton, como ojo sin pupila, se abre en la fachada y asoma por encima de las almenas. Mas allá, destácase el enorme cimborio octógano que, como lujosa corona, muestra sobre su cabeza un torreon cuadrado que remata atrevidamente en una aguja de azulejo.

De un modo imponente y severo se desarrolla este monumento en su esterior. Diríase un castillo y es sin embargo solo una casa de penitencia.

Tome el viajero el camino del templo y atraviese el atrio en el fondo del que verá desplegarse el frontis de aquel en forma ojival. Este frontis es casi un anacronismo; cierta pesadez, cierta falta de elegancia, cierta indecision en las líneas revelan los primeros tiempos del arte gótico, pero lo que en detalle dice esto, en conjunto muestra que su autor se adelantó á su siglo revelando tendencias hácia una época mejor.

Bizantino es el templo. Donde quiera que se vuelva la vista, tropieza con líneas severas, con formas graves, llenas y majestuosas. El frio pensamiento del sacerdote domina allí en toda su estension: allí no se busque mas que majestad, misterio, severidad; allí no hay mas que la idea del rezo y de la meditacion.

Como en los templos bizantinos no cabian las capillas, habilitóse la nave de la derecha para colocar en ella unos pobres altares del mas grosero barroquismo. En los de la izquierda sobre todo, las imágenes son de tan escaso mérito artístico, que bien dijo un amigo nuestro que solamente al que tuviera una fé sobrehumana podrian despertarle el sentimiento de mística devocion.

Al entrar y á la derecha vimos un retablo gótico y un fronton bizantino que contienen figuras de un mérito artístico poco comun. Allí están ahora sin objeto y bien pudieran ser trasladadas á otro sitio donde mejor se pudiesen admirar y mejor se pudiese cuidar de su conservacion.

El altar mayor del templo es una verdadera joya del arte gótico y si no aventaja al de la catedral de Barcelona en lo delicado, le sobrepuja en grandeza. En el centro se alza la imágen de San Cucufate bajo un airoso doselete.

Pobre la iglesia de sepulcros, solo uno ofrece al viajero como digno de ser examinado. En la nave lateral izquierda, junto á la puerta que abre paso al

claustro, se ve una elevada sepultura gótica sobre cuya urna yace tendida una figura con insignias abaciales, cobijada por un arco triangular entre dos agujas de cresteria. Esta figura indica ser aquella la última morada del abad Oton, del monje que supo un dia ir á lidiar por la patria y por la fé en lejano campo de batalla.

Hermoso y bello es el claustro, preciosas y ricas las labores de los ciento cuarenta capiteles de otras tantas columnas pareadas que sostienen los pesados arcos semicirculares. Los del corredor del mediodía presentan una singularidad: en los esteriores que miran al patio se observa que todos sus adornos son copias de vegetales, al paso que los interiores contienen figuras humanas y animales. En estos últimos se distinguen perfectamente varios pasajes de la historia sagrada y alguna tradicion vulgar en el pais, como la del famoso conde que mató al dragon alado sirviéndose de un escudo que tenia en su centro un gran espejo.

Pobre claustro bizantino! solo se halla hoy, desierto, sin que vea cruzar por bajo sus arcos al grave benedictino que murmurando un rezo se dirijia á la iglesia, falto de la amenidad y frescura que le darian las flores exhalando suaves perfumes, sin oir las aguas murmurantes que caian en la vasta concha, viendo solo crecer, pálidos recuerdos, algunos laureles centenarios que se levantan majestuosos, pero sombrios.

Qué suerte guarda la providencia en sus inescrutables designios á este rico monasterio?...

Oh! no permita el Señor que tan hermosa obra y tan lujosa fábrica, vea desmoronar una á una sus piedras bajo la azada indiscreta del obrero!



SAN IGNACIO DE LOYOLA.

(GUIPÚZCOA.)

I.

EL PENITENTE DE MANRESA.

EN otro punto de esta obra, cuando nuestros lectores han tenido á bien acompañarnos en nuestra escursion á la pintoresca montaña de Monserrate, hemos hallado en el monasterio de Wifredo á un pobre peregrino del que ahora vamos á ocuparnos con mas detencion.

Aunque rápidamente, allí hemos visto bajo un aspecto la vida de Ignacio de Loyola; ahora vamos á apreciarla bajo otro punto de vista.

Le hemos visto soldado, combatiendo denodado por su patria en las murallas de Pamplona; le hemos visto anacoreta, velar sus armas en el templo de Monserrate y pedir á la Vírgen de las montañas el apoyo del cielo para seguir con fé la nueva senda en que ha penetrado.

Este es el momento propicio para nosotros, el momento en que debemos volver á encontrarle.

Su vida de guerrero ha concluido, y empieza su vida de espiacion.

Al salir del templo ha trocado su traje con el de un mendigo y se ha encaminado á Manresa. Se dirige al hospital de Santa Lucía extramuros de la ciudad; quiere allí vivir ignorado entre los ignorados, pobre entre los pobres.

Una cadena de hierro abraza su pecho, cubre su desnudez un saco talar ceñido con una grosera cuerda, lleva un pié descalzo y el otro calzado, déjase crecer la barba, las uñas de piés y manos, y su rubia cabellera que ántes caia hermosa y en poblados rizos sobre sus hombros, ahora se presenta sucia, sin peinar y desgreñada.

Descubierta está su cabeza; ni le importan los ardores del sol, ni los rigores teme del yelo y de la nieve; reza de dia y de noche, y cuando el sueño baja á cerrar sus párpados fatigados, entonces se tiende en la dura tierra, reposa su cabeza en un madero ó una piedra, y duerme el sueño de los justos.

Se niega todos sus deseos, vence todas sus repugnancias, quiere de todos ser despreciado para satisfacer con las mortificaciones y asperezas los deleites pasados, y con el desden la ambicion y el anhelo de la mundana gloria.

Lleno está el hospital de Santa Lucía de mendigos y de enfermos; todos los sufrimientos, todas las dolencias, todas las miserias se rebullen allí como hirviendo en un centro comun; el sitio es pestífero, el aire emponzoñado, pero, qué le importa! Firme está y decidido. Entra en el hospital. Será el criado de los criados.

Él barre las salas, él hace las camas, él lava los piés á los mendigos, él cuida á los enfermos, él les consuela en su miseria, en sus trabajos y en sus aflicciones. Alguna que otra vez recuerda que ha sido un dia caballero, y siente como estremecimientos de repugnancia recorrer su cuerpo. Entonces es cuando se dice á si mismo:

— Pues qué, no es un pobre de tu misma carne y sangre? Pues qué, tienes asco de tu hermano? Reconoce, reconoce la sabiduría eterna. Si á tí te causan horror las llagas de su cuerpo, qué horror no causarian á Dios las llagas de tu alma? Y sin embargo, curado te las ha y lavado con su propia sangre!

Y cuando esto se dice, Ignacio corre al pobre mas asqueroso y encancerado, á aquel del que tienen horror hasta los ojos, se echa á sus piés, besa sus llagas, y, si es necesario, sorbe la podre con sus mismos labios.

Á veces, dá tregua al cuidado de los enfermos y otra tarea le ocupa. Reune

á los niños, á los pordioseros, á los hombres y mujeres de las calles vecinas y que de todas partes acuden á la plaza del hospital, y sentándose en uno de los poyos del mismo edificio, se entretiene á esplicar los misterios de la fé y á enseñarles las oraciones mas comunes (1).

Un dia cede á una tentacion poderosa, siente una voz que le habla en su interior, que le dice: — Qué haces aquí entre tanta hediondez y bajeza? Si servir quieres á Dios, porqué te has venido á ser entre pobres el desprecio de los que te rodean? Ya que no á tu fama, atiende á la de tus parientes, y no quieras con tus harapos y tu compañia deshonrar á una familia ilustre. Despreciado no puede ser un virtuoso sin ser despreciada la misma virtud, y agradar no puede á Dios quien espone la virtud, que es de tanta estima, al desprecio de gente tan ruin. Si quieres ser pobre, vive entre las riquezas, que de este modo será tu desprecio voluntad y nó necesidad; si quieres ser santo, sólo puedes en las cortes y en los ejércitos, dando ejemplo de virtud entre soldados y cortesanos, mejor que entre ignorantes que atribuyen la virtud á hipocresía y se escandalizan de lo mismo que edificarles debiera. Vuelve á tu nido, golondrina fugitiva, vuelve á tus rediles, oveja extraviada, que allí donde diste el mal ejemplo, dar debes el bueno, para correjir con el bueno á los que se perdieron con el malo.

Y cuando oye esta voz, Ignacio se sobresalta, tiembla, vacila, se siente impelido por una fuerza superior, pero sin embargo acude á la oracion y se arroja en brazos del pobre mas hediondo y asqueroso que encuentra, no separándose de sus brazos hasta que, desvanecida su tentacion, convierte en amor el horror que habia concebido.

Otras veces, es distinta la mortificacion que se impone. Los vecinos de Manresa le ven recorrer sus calles, inclinado sobre un baston, pálido, desgreñado el cabello, medio calzado y medio descalzo, vestido con el saco, parándose á cada puerta y solicitando de la caridad pública un pedazo de pan que llevar á sus dolientes hermanos.

En pocas casas es atendido, casi de todas es arrojado. Objeto de risa para

(1) Posteriormente se conservó con gran veneracion en Manresa la piedra donde se sentaba el santo, y para perpetuar su memoria, pusiéronse encima del portal y en una tabla los siguientes versos que podrán no ser buenos, pero que manifiestan la candidez de la época:

Sirviendo en este hospital
Ignacio á gloria divina,
enseñaba la doctrina
en las piedras deste umbral.

unos, de escarnio para otros, le toman por loco, le señalan con el dedo, y los muchachos que le conocen por *el demente del saco*, le siguen en tumulto, silvándole, tirándole piedras, llenándole de baldones y de injurias. Y sin embargo, ni una queja exhala el antiguo hidalgo; sus labios solo se abren para bendecir á Dios.

Poco á poco esta tempestad se calma; á fuerza de admirar su paciencia y sufrimiento, empieza la gente á mostrársele cariñosa, corre la voz de que sus harapos de mendigo ocultan un corazon de caballero; al desprecio ha sucedido la piedad, á la piedad la estrañeza, á la estrañeza la admiracion. El pordiosero del hospital de Santa Lucía ya no es ni un mendigo ni un demente, es un hombre de virtud ejemplar, es un santo.

Ignacio ve un dia caer á sus pies á los mismos que le han llamado hipócrita, embustero y farsante.

Se ha divulgado la noticia de su nobleza, de su valor en el castillo de Pamplona; se ha sabido su peregrinacion á Monserrate, su voto á la Virjen. Ya en él no se estraña nada, y si ántes, al verle en las calles mas principales de Manresa caer repentinamente de rodillas, alzar los brazos al cielo, y hacer pláticas de las cosas divinas, se le llenaba de injurias y de silvidos, ahora cuando á una de esas místicas espansiones se entrega, todos caen como él de rodillas, todos como él oran con fervor al Eterno. Las espinas se han trocado en flores; Ignacio buscando el desprecio, ha despertado la admiracion.

Su humildad se rebela entonces, y desaparece de Manresa sin que nadie sepa de él en muchos dias.

El penitente ha ido en busca de un lugar mas retirado, donde pueda con mas quietud entregarse á la contemplacion y al rezo.

Á seiscientos pasos de la ciudad, en un valle que baña con sus corrientes el Cardener y riega con el agua que brota de su acueducto el Llobregat, Ignacio ha visto una cueva (1) situada en medio de un ribazo á manera de bóveda cavada en un peñasco, tosca, llena de desigualdades y picos que sobresalen en el techo y paredes, muy estrecha, mas á propósito para sepultura que para habitacion.

El penitente decide situarse en ella, continuar allí su obra de espiacion y penitencia. Cercada está la cueva de malezas y espinos que no abren paso sin herir al que atravesarles quiere; pero en vez de ceder, Ignacio insiste en su pro-

(1) La tradicion dice que esta cueva le fué enseñada al santo por la misma Vírgen que se le apareció en ocasion en que iba á visitar la capilla de Nuestra Señora de la Guía que está á la otra parte del Cardener.

pósito. Escoje aquel lugar como un paraíso; la aspereza le convida y ayuda á la penitencia; la oscuridad y las tinieblas le mueven á la oracion; una abertura formada naturalmente en las peñas le permite ver desde el interior el santuario celebrado de la Vírjen de Monserrate.

Pronto la cueva no es para él mas que un lugar de delicias, un palacio donde goza con toda libertad en sus recreos espirituales. Aumenta sus penitencias, acrecienta sus oraciones, junta las noches con los dias por medio del lazo de la contemplacion, riega el suelo con lágrimas ya de dolor por sus culpas, ya de gozo por los consuelos del Señor, y observan algunas personas que curiosa ó devotamente le acechan, que hiere sus pechos con una piedra como otro San Gerónimo entre sollozos y suspiros.

Sus fuerzas se agotan, su salud se altera, su rostro se desfigura, pero la firmeza es superior á todo. Redobla los ayunos, multiplica las penitencias.

Sin embargo, un dia, postrado, abatido, deja caer su frente entre sus manos y por vez primera olvida su rezo á la hora acostumbrada: es que una multitud de recuerdos con sus alas doradas han venido á revolotear seductores en torno suyo. Ignacio levanta la cabeza y cree ver á un mancebo opulentamente vestido, coronado de flores, la sonrisa de la dicha en los labios, la copa del placer en la mano, el cual le habla, le habla y le recuerda todas las felicidades de las que se ha despedido, todas las venturas que ha abandonado, — la casa solariega de sus padres donde reinan el lujo y la riqueza, — los jardines perfumados bajo cuyas umbrías se paseaba en brazos de la holganza y de los sueños de oro, — los campos de batalla donde le esperaban los laureles de la victoria, — la corte de los reyes donde le aguardaban cien bellezas para hacerle morir de amor.

Y el penitente vacila, teme ser fascinado, se pregunta si en efecto no es para él demasiado pesada la tarea que se ha impuesto, y viendo que su corazon enmudece, que á contestar satisfactoriamente no se atreve en aquel momento de obsesion y de vértigo, se precipita fuera de la cueva, corre á la vecina iglesia de Villadordis, y allí, recobrando el imperio sobre sí mismo, renueva ante el altar de la vírgen su propósito, su resolucion y su voto.

Fortificada su alma, vuelve á su cueva, y entonces es cuando escribe un libro que titula *Ejercicios espirituales*, ese libro que es un método de meditacion, un manual de retiro, y al mismo tiempo una coleccion de pensamientos y preceptos para dirigir el alma en el trabajo de la santificacion interior; ese libro del que dijo San Francisco de Sales que habia salvado tantas almas como letras encierra; ese libro que debia ser el alma de una nueva órden reli-

giosa; ese libro en fin, que los jesuitas han llamado un magnífico canto del hombre á Dios, y un poema mas grande que el *Paraíso perdido* de Milton y la *Divina epopeya* de Dante.

Esto no obstante, aun no han concluido para el mendigo de Manresa los momentos de prueba. La enfermedad se cierne destructora sobre su cabeza. Hállanle una tarde tendido en la cueva (1) sin conocimiento, helado como un cadáver, y le trasladan al hospital su antiguo asilo, para luego llevarle en su convalescencia al convento de los dominicos.

Ignacio llega al umbral de la muerte y se salva casi milagrosamente. Sus ayunos y penitencias han destruido completamente su salud y sus fuerzas. Cae en una profunda melancolía, la duda vuelve á apoderarse de su alma, la tentacion vuelve á erguirse seductora ante él, pero esta vez ha variado su puntería: no le promete dichas y placeres, no le ofrece cuadros encantadores de ventura, nó; hace por el contrario nacer en su mente, como nace la chispa en el pedernal, la idea horrible, criminal y espantosa del suicidio.

Horrorizado el noble mendigo, cae de rodillas y se abraza á un crucifijo. Reza, reza tanto, que al levantarse, quizá por vez primera, se siente completamente fuerte, completamente invencible. Es la última vez que sucumbirá su alma á la tentacion. Ya entre el pasado y el presente media un abismo, y el camino de la virtud se le ofrece solo para guiarle hácia el porvenir.

Concluyó el soldado, concluyó tambien el penitente; es ya el peregrino á los santos lugares que preceder debe al apóstol cristiano.

(1) En esta cueva es donde, segun tradicion tambien, tuvo el santo el famoso rapto de los ocho dias durante el cual, dicen sus biógrafos, Dios le manifestó como le tenia elegido para fundador de una nueva religion.

II.

EL SOLDADO DE CRISTO.

Un año entero ha transcurrido para Ignacio en la cueva y en sus penitentes tareas. Cree ya llegado el momento de partir para Jerusalen, como decidido tiene desde que ha abandonado su vida militar, y así lo manifiesta á sus amigos de Manresa.

Muchos quieren acompañarle, pero Ignacio lo rehusa.

—Téngo ya compañía, —les dice.

—Pues con quién partís?

—Con tres virtudes: la fé, la esperanza, la caridad.

Ignacio parte de Manresa á principios de 1523, se embarca en Barcelona, y desembarca en Gaeta.

Al verle tan miserable y andrajoso, creen que es un apestado, pues que la peste hace entonces estragos, le arrojan de cuantas aldeas y villas visita en su marcha á Roma, y se ve obligado á dormir en los campos bajo los árboles ó en los pórticos de las iglesias.

Regresa de Roma, llega á Venecia, un español se compadece de él y le paga el pasage á la isla de Chipre. Sus éstasis durante la travesía hacen que los marineros le tomen por loco y abriguen por un momento el proyecto de echarle al agua.

Llega por fin despues de grandes trabajos y miserias á la Tierra Santa, la besa con estusiasta fervor, visita todos los lugares consagrados por la cristiana tradicion, llora de placer al ver el Jordan, de gozo al trepar la montaña de los Olivos, y da á los sarracenos su capa para comprar el derecho de adorar el Santo Sepulcro.

Nunca mayor firmeza ni mayor constancia en medio de mayores contrariedades ha ofrecido la historia.

Abriga la idea de consagrarse á la conversion de los infieles y se ofrece para ello, pero su proposicion es desestimada, y aun se le comunica la órden para volver á Europa.

Entonces es cuando acaba de resolverse á ser el soldado de Cristo. En efecto, desde aquel momento el peregrino hace lugar al apóstol.

Vuelve á Barcelona y empieza á estudiar gramática á los 33 años de edad. Recorre por espacio de cuatro años las universidades españolas, emprende simultáneamente el estudio de la lógica, la física y la teología, quiere sujetar su imaginacion al círculo de hierro del estudio cuando está su imaginacion acostumbrada á empresas de mayor actividad; en vano se afana, pero lo que no consigue con el estudio de las letras, lo consigue con el del corazon humano, pues que obtiene una influencia y predominio sobre la mayoría de los hombres.

Se halla en Alcalá, cuya universidad acaba de fundar el cardenal Jimenez, ofende á las autoridades por haber principiado á predicar y sufre cuarenta y dos dias de prision siéndole prohibido al propio tiempo el reincidir en igual falta mientras no haya terminado su curso de cuatro años de teología.

Este contratiempo le decide á trasladarse á Salamanca, pero le sigue su mala estrella, y apenas da principio á sus sermones, cuando es preso por el Santo Oficio.

El solio papal estaba por aquel entonces conmoviéndose á los rudos ataques de Lutero; la Iglesia católica estaba pues muy alarmada y con gran vigilancia el Santo Oficio. Por esto al llegar á su noticia la aparicion de un *innovador* tratan de asegurarle, le encierran en los calabozos de la inquisicion y le examinan, pero viendo que no puede inspirar temor por sus escasos conocimientos teológicos, le devuelven la perdida libertad.

Ignacio decide abandonar su pais donde tan cruelmente se le trata, diciendo acaso en su interior lo que aquel héroe de la antigüedad: *Ingrata patria, no tendrás mis huesos.*

Llega á París, entra en el colegio de Montaigne, es robado por un condiscí-

pulo, vuelve á verse acosado por el hambre, la inquisicion le inquieta de nuevo, y abandonando á París, prosigue su vagabunda vida, sus errantes viajes como mendigo, como estudiante, como apóstol.

Flandes le niega un asilo, Inglaterra le ve mendigar el pan de puerta en puerta; en Londres unos españoles se compadecen de él y le socorren. Regresa á la capital de Francia, profundo ya en el estudio de los hombres; su existencia errante le ha hecho tocar de cerca la miseria del pueblo, le ha dado á conocer todas las clases de la sociedad, todos los caracteres de los diferentes pueblos, todos los secretos, todos los resortes, todos los pliegues en fin del corazon humano.

Halla mejor acojida que la vez primera en París; su constancia, su modestia, su dulzura le atraen algunos afectos, le hacen dueño de algunas voluntades. En el colegio de Santa Bárbara estudia el latin, y se hace fuerte en teología; la ciencia de los doctores le ha abierto sus inagotables tesoros.

En Santa Bárbara ha encontrado al paso seis hombres, seis corazones entusiastas como el suyo, seis firmes columnas sobre las cuales asentará el nuevo é imponente edificio de su doctrina: Pedro Le-Febre, que ha visto la luz en una pobre choza de pastores de la Saboya y que, pastor un tiempo como sus padres, llegará á ser en Mayenza el gran atleta del catolicismo, el gran ariete con que combatirán los católicos la doctrina de Lutero; — Diego Lainez nacido en España y que de edad apenas de veinte y dos años, muestra su talento precoz, su elocuencia que arrastra, su verbosidad que conmueve, su dialéctica que fascina; joven es aun, pero el porvenir es suyo; en Venecia verá á la muchedumbre pasar noches enteras á la puerta de los templos en que predique, en Brescia su elocuencia será el rayo que disipe la oscuridad de la herejía, en Roma se mantendrá en pié ante el papa, el Concilio de Trento llegará á suspender sus sesiones hasta haber oido su parecer, y el mundo entero caerá á las plantas del primer lejislador de los Jesuitas; — Alfonso Salmeron, español tambien y nacido en los alrededores de Toledo, de edad apenas de diez y ocho y que habla el latin, el griego y el hebreo como pudiera hacer con su idioma nativo, el mismo que un dia librará á Foligno de la cizaña de partidos encontrados y arrancará á Módena del yugo de los heresiarcas; — Rodriguez Azevedo, un caballero portugués, destinado á ser víctima de los herejes; — Nicolás Alfonso Bobadilla, teólogo consumado que brillará por sus talentos en la cátedra del Espíritu Santo; — y por fin Francisco Javier, de Navarra y de esclarecido linaje; Francisco Javier que ganará para el cristianismo las Indias occidentales clavando el pabellon sacrosanto de Jesús en Mozambique, Sotocora, Goa,

Coulan y el cabo Comorin; Francisco Javier que morirá en medio de los vírgenes bosques de una region apartada y que será despues de su muerte venerado en los altares.

Ignacio de Loyola les reune un dia y les lee su libro de los *Ejercicios espirituales*, lectura que les seduce, les fascina, les arrastra, les obliga á doblegar sus frentes ante el hombre en quien adivinan á un enviado de Dios para guiarles á un porvenir.

A la noche siguiente, que era la del 15 de Agosto de 1534, vuelve á reunirles, les conduce fuera de la ciudad, penetra con ellos en la subterránea iglesia de Montmartre. Deslízanse silenciosa y misteriosamente á lo largo de los pilares, iluminados apenas por la opaca luz de las lámparas que cuelgan de la bóveda. Ya se hallan ante el altar mayor. Ignacio les dice algunas palabras.

En seguida todos seis estienden solemnemente las manos hácia un crucifijo, y, las miradas levantadas al cielo, el rostro inspirado, juran adhesion y obediencia al que acaban de proclamar por su gefe.

Ignacio recibe inmediatamente sus votos. Todos los hacen de ir en peregrinacion á Jerusalen, de hacer renuncia de todo lo que poseen, escepto de aquello que les fuese necesario para su empresa; en el caso de que no puedan llevar á cabo el proyecto de pasar á la Tierra Santa para la conversion de los infieles, convienen en arrojarse á los piés del papa ofreciéndose á servirle como fieles y gratuitos instrumentos en cualquiera comision de que se les juzgue capaces. Juran tambien trabajar aunadamente y propagar sus doctrinas para mejor gloria de Dios, adaptar y predicar la pobreza, la dulzura, la fraternidad, y combatir con todos sus esfuerzos para cortar el vuelo que van tomando las doctrinas de Lutero y Zuinglo.

Ignacio entonces les prescribe reglas y prácticas devotas, meditaciones y reflexiones diarias, conversaciones espirituales, el estudio é imitacion del caracter de Cristo, un examen de conciencia continuo y el comulgar con frecuencia.

Salen de la iglesia subterránea aquellos seis hombres, que como los apóstoles un dia partiendo del pié de la cruz, van á esparcir su doctrina por el mundo.

Han dado ya algunos pasos en silencio, cuando Ignacio que ha permanecido pensativo un instante, les vuelve á llamar y les dice:

—Hermanos, dispersaos por las academias y pueblos para hacer prosélitos, y si os preguntan á qué orden perteneceis, contestad simplemente que sois miembros de la *Compañia de Jesus*.

— Está bien, — le contestan en coro.





Y los seis juraron obediencia al que acababan de proclamar por gefe.

— Dentro un año, dia por dia, en Venecia y en la plaza de San Marcos.

—Está bien.

Y parten despues de haberse inclinado.

Solo Ignacio se queda allí, junto á la puerta del templo, mudo, pensativo, sombrío.

Así nació en una pequeña iglesia subterránea, de entre las sombras y de entre siete hombres entusiastas, aquella institucion que mas tarde debía asombrar al mundo entero.

Un año ha transcurrido.

Trasladémonos á Venecia y á la plaza de San Marcos á la hora en que el sol, despidiéndose de la coqueta reina de las aguas, borda con flores de oro y plata la trasparente lámina del Lido.

Una góndola se desliza solitaria por bajo el arco sombrío del puente de los Suspiros, llega á la escalera de marmol, un hombre abandona la barca, sube las gradas, atraviesa la plaza y va á sentarse en el umbral de la basílica que dibuja su imponente masa entre las sombras que sobre ella se agrupan. Viste un traje negro, su rostro está pálido y enjuto, pero su mirada brilla penetrante. Parece un mendigo.

Al cabo de un rato de meditacion, levanta la cabeza y sus ojos tropiezan con un peregrino que se le acerca.

— Diego Lainez! — esclama.

— Héme aquí, maestro.

— Y los otros?

— Oh! no harán falta.

Ignacio entonces señala á Lainez un sitio inmediato donde el peregrino se sienta, y vuelve á caer en su meditacion.

A los pocos instantes se les acerca un mendigo.

Es Alfonso Salmeron.

Así van compareciendo poco á poco Pedro Le-Febre, Nicolás Bobadilla, y Rodriguez Azevedo.

Ignacio vuelve una mirada hácia ellos. Son no mas que cinco.

Y Francisco Javier? — pregunta.

— Ahí viene.

Y Lainez le señala con el dedo á un peregrino que separándose de otros tres que le acompañan y dejándoles en un ángulo de la plaza, se adelanta hácia los miembros de la Compañía de Jesus.

Ignacio le ve acercarse sin perder de vista á los tres desconocidos que han

quedado rezagados.

Cuando Francisco Javier está junto á él, despues de haber recibido su fraternal saludo y su ósculo de paz, le señala los desconocidos sin decir nada.

—Son tres nuevos hermanos,—contesta Francisco Javier á aquella muda pregunta.

Entonces Ignacio se arrodilla y todos con él, y desde el fondo de su corazon dan gracias á Dios que les ha reunido en el dia solemne de la cita.

III.

EL GENERAL DE LOS JESUITAS

Otro año se pasó todavía. Despues de ser ordenados clérigos en Venecia, Ignacio partió á Roma con sus nueve compañeros, sometiendo á la deliberacion del papa la creacion de la Compañía, cuyo objeto le esplanó detalladamente.

El vicario de Cristo remitió á una junta de cardenales el plan del antiguo penitente de Manresa.

Este plan de una nueva institucion, es preciso advertirlo, solo encerraba el

primitivo pensamiento de Ignacio de Loyola. El antiguo soldado de Pamplona, comprendiendo perfectamente la idea católica y la divina institucion del apostolado, recordando aquellas palabras fecundas del Señor pronunciadas en lo alto de una desnuda montaña de la Judea: *Id*, *enseñad á todas las naciones*, no ambicionaba por el pronto mas gloria que la de ir con sus compañeros á la Tierra Santa para convertir á los infieles, cumpliendo con la gran mision del cristianismo allí, en los mismos lugares donde el Hijo dió una cruz para estandarte á los reyes y á los pueblos de la tierra.

Ahora bien; fuerza es observar que precisamente en la época en que llegó Ignacio con su naciente Compañía á los piés del sucesor de San Pedro, la reforma, hidra de cien cabezas, acababa de nacer en el seno de la Europa abriendo ya su boca hambrienta para devorar al catolicismo.

Martin Lutero, religioso agustino natural de Sajonia, se habia levantado contra el poder temporal de los papas y á su alrededor, secundando sus ideas en el púlpito y en los libros, se agruparon infinidad de hombres audaces, de espíritus sutiles, de sofistas consumados que hicieron por un momento temblar el solio de los pontífices romanos.

En aquella crisis terrible para la Iglesia, los cardenales á quienes Paulo III habia sometido el plan de Ignacio, temieron autorizar, aprobándolo, un poder inmenso. Las circunstancias azarosas que atravesaban solo podian servir para inspirarles desconfianza ,y desconfianza tambien hasta cierto punto debian encontrar en un instituto en que Loyola obligaba á los que le abrazasen á hacer abnegacion completa de su voluntad, á sufrir un largo y duro noviciado durante el cual debian pasar por todos los trámites de la paciencia y humildad, á no poder entrar en él como no fuesen sobresalientes en algun ramo de saber humano, á ser mudos, callados, instrumentos pasivos de la suprema autoridad de un general que regirles debia segun su conciencia y acomodándose á unas grandiosas miras de política que nada de comun tenian con las demás órdenes religiosas.

Los cardenales vieron en aquel plan una concepcion gigantesca. Era la formacion de un verdadero ejército lo que autorizar se les pedia, pero un ejército todo compuesto de hombres sabios, de inteligencias, de soldados estrictamente sujetos á la autoridad inapelable de un general, y no obligados á austeridad alguna ni á prácticas religiosas, ni á las mortificaciones de las otras órdenes religiosas. Los cardenales, pues, que veian á la heregía de Lutero destruir la unidad católica, que veian hasta á los Soberanos de Europa contrarestar el poder ecle-

siástico de Roma, temieron, y no dieron su aprobacion á aquella cruzada de apóstoles.

Ignacio recibió en su consecuencia una negativa á sus deseos.

Ya en esto, el gefe de los seis peregrinos de Venecia habia tenido tiempo de reflexionar y con aquella admirable lucidez de pensamiento que hace del español Ignacio de Loyola una figura gigantesca, habia conocido que por el pronto mas necesidad tenia la Europa de un ejército de apóstoles, que la Tierra santa de una cruzada de misioneros.

En el seno de la Europa, predicando su doctrina, introduciendo la duda en los corazones, agitando la antorcha sacrílega de la reforma, estaba Martin Lutero, Lutero, el Goliat de la herejía, la creacion mas colosal del protestantismo, Lutero, es decir, la incredulidad hecha palabra, la duda hecha hombre, la apostasía hecha gigante.

Así pues, Ignacio pensó que su sitio estaba marcado en Europa y nó en ultramar, y recurriendo á la segunda parte del voto que en sus manos habian prestado sus compañeros en la Iglesia subterránea de Paris, se presentó de nuevo al papa y segunda vez le pidió la autorizacion de su instituto, obligándose por medio de él á que sus miembros pronunciasen un nuevo voto de obediencia ciega al pontífice, voto propio de la Compañía, y por el cual todos los hermanos de la *Compañía de Jesus* debian quedar comprometidos á cumplir ciegamente las órdenes del papa, sin pedirle nada para todos los gastos necesarios.

Maravillado Paulo III al ver aquella palanca poderosa que Loyola ponia en su mano para derribar el edificio de la reforma, es fama que esclamó: *Digitus Dei est hic,* el dedo de Dios está aquí.

Desde aquel momento la Compañía quedó aprobada; desde aquel momento Martin Lutero tuvo que luchar con Ignacio de Loyola, y los herejes combatir frente á frente con los Jesuitas.

Por la bula de *Regimini militantis Ecclesiæ* de 27 de Setiembre de 1540 Paulo III aprobó la órden, y el 22 de Abril de 1541 en la iglesia de San Pablo, el antiguo paje de Isabel y de Fernando, el antiguo defensor de la ciudadela de Pamplona, el antiguo mendigo del hospital de Santa Lucía, el antiguo asceta de la gruta de Manresa, el antiguo peregrino á los Santos lugares, el antiguo estudiante vagabundo de Barcelona, Alcalá, Salamanca y Paris, Ignacio de Loyola, en fin, fué proclamado primer general de la Compañía de Jesus.

Entonces Ignacio de Loyola, desde lo alto de su poder, abarcó con su mirada el mundo todo, fijó su vista en los discípulos que le rodeaban, cal-

culó sus fuerzas, trató de repartirles segun ellas sus trabajos, y señaló á los nuevos Jesuitas varios puntos del globo.

En seguida, tres de ellos marcharon á Alemania, Inglaterra, Portugal, Italia, España se repartieron los restantes, y para empezar ya á echar productivas simientes en los campos vírgenes de Ultramar, hubo uno que se dirigió á las Indias, uno, uno solo; verdad es que era Francisco Javier.

Maravilloso, sorprendente espectáculo, debemos decirlo, el que ofrecen entonces al mundo los hijos de Loyola!

Dejemos hablar un momento á una pluma mas que la nuestra acreditada, á una pluma célebre:

«En Alemania, en Inglaterra, en Francia, por todas partes donde amenazaba ser la tierra invadida por la reforma, los Jesuitas se irguieron contra ella como centinelas vigilantes, como intrépidos competidores, hasta con peligro de su vida.

«Digan otros si la mision de la Compañía se vió entonces llenada por ella, y si es verdad que fué uno de los instrumentos de que Dios se sirvió para poner límites á los funestos progresos de la heregía.

«Lo cierto es que ilustres historiadores entre los mismos protestantes pueden citarse como testimonios bien diversos de lo que adelantan ciertos contemporáneos. El curioso los hallará recogidos todos y ordenados en el libro publicado con este título: *La Iglesia, su autoridad, sus instituciones, y la órden de los Jesuitas*. Que nos baste pues decir en dos palabras que, segun Juan de Muller, Schoell y Ranke, á los solos esfuerzos de los Jesuitas se debió el que la reforma viera detenidos sus progresos en Europa, y que ya antes de estos historiadores, Bacon, Leibnitz y Grotius, los tres hombres mas eminentes del protestantismo, no pudieron menos de alabar á la Compañía de Jesus, deplorando el que fuese su enemiga.

«Desde su orígen, la Compañía, sin abandonar el hogar de la civilizacion y la lucha europea, se lanzó en todas direcciones para recojer en el divino redil esas inumerables bandadas de errantes ovejas. Era tal el ardor por esas conquistas lejanas, que casi se llegó á temer, cediendo, ver las casas de Europa destituidas de los obreros evangélicos que les eran necesarias. En vano los intereses mas urgentes del catolicismo mandaban entonces á los Jesuitas de todas las naciones no abandonar el campo de batalla de la heregía donde se sucedian los combates; en vano las colegios y las universidades, el púlpito y el confesonario reclamaban por todas partes en la vieja Europa atletas valientes y adictos, y les ofrecian hasta el iman del peligro: un iman mas irresistible les

atraia á las misiones de Ultramar, y habia en las filas de la Compañía un increible deseo de ir á llevar la luz de la fé á los hermanos desconocidos que no habian jamás oido predicar la palabra salvadora (1).»

Mientras esto sucedia, mientras tan grandes servicios prestaban á la religion los Jesuitas, su fundador y primer general se quedó en Roma dedicándose con fervor al ejercicio de la piedad. Predicaba públicamente sobre asuntos religiosos, desempeñaba los cargos que le imponia su misma caridad, afanábase por convertir á los judíos; estableció una casa de refugio y de penitencia para las mugeres mundanas, fundó un asilo para los huérfanos, y á ratos fué escribiendo las *Constituciones* de su órden, esas constituciones en que Richelieu y otros profundos políticos quieren ver la obra maestra del génio, y los Jesuitas solo un monumento de sabiduria, de piedad y de santidad admirables.

Digan otros lo que quieran. Para el autor de estas líneas, San Ignacio legó con sus *Ejercicios* y sus *Constituciones* dos grandes, dos inmortales obras á los venideros siglos. Verdad es que estas obras escritas por un santo, fueron luego retocadas por un político.

Loyola quiso como que sus Ejercicios fuesen un crisol del espíritu en el fondo del cual se hubiese de encontrar el oro del alma.

No podemos pasar adelante, ya que hablamos de los Jesuitas, de esos hombres tan ardientemente ensalzados como ardientemente combatidos, sin ver al Jesuita tal como lo quiso formar San Ignacio.

Un hombre cansado del mundo quiere abandonarle. Las ardientes pasiones de la juventud le han abrasado el alma: necesita encontrar un abrigo, un techo hospitalario bajo el cual pueda hallar el reposo, la calma, el amor divino.

Pasea por las calles de Roma dejando vagar errantes sus miradas, devorado por el cáncer interior que le roe y que le mata.

Qué edificio es este que ante él se eleva?

Cuatro altas paredes le rodean como un cinturon de piedra. Se penetra por una sola puerta que abre sus dos grandes hojas de encina clavateadas. Al estremo de un patio plantado de árboles, se alza una casa con techo puntiagudo coronado por una cruz que perfila sus dos brazos sobre el azul del horizonte. Es un edificio severo y triste, magestuoso y sombrío.

—Quién habita aquí?

—Es la morada de treinta solitarios.

—Cómo se llama su gefe?

(1) El jesuita Ravignan.

—Ignacio de Loyola.

—Qué hombres son ellos?

—Son los Jesuitas.

—Los Jesuitas, esos soldados de la cruz?

—Los Jesuitas, esos médicos del alma.

—Oh! mi alma está enferma. Voy á llamar á su puerta.

Y llama.

Un hombre con un bonete cuadrado y una sotana negra que cubre un ropaje del mismo color, es el que sale á abrirle.

—Quién sois?

—Un alma esclava.

—Esclava de qué?

—Del pecado.

—Que pretendeis?

—La libertad del alma.

—Seguid mis pasos.

Y sigue á su guia.

Estraño silencio, paz profunda la que reina en la religiosa morada! El aspecto de aquellas paredes mudas, sin mas eco que el de los pasos, el andar pausado de los que alli habitan, el orden y la sencillez que reina en todo, el aire suave y puro que se respira, la majestad severa que domina, el tono afable del hermano que recibe, el saludo fraternal del padre que atraviesa la estancia, todo habla al extranjero que, combatido por las tempestades de la vida, acaba de llegar á aquellos sitios.

Un hombre vestido de negro como su guia, un hombre de mejillas enjutas, de frente serena, de ojos hundidos, de labios pálidos, de voz grave y pausada que solo á largos intérvalos interrumpe el sepulcral silencio, es el que recibe en una celda al extranjero.

—Quién sois?

A las mismas preguntas da el extranjero las mismas respuestas.

De pié aun en el umbral, el candidato de la vida religiosa conocerá de antemano, á esta hora solemne, toda la estension de los deberes que la Compañía de Jesus dicta á sus miembros.

—Estais pronto á renunciar al siglo, á toda posesion lo mismo que á toda esperanza de bienes temporales? Responded.

—Sí.

— Estais pronto á mendigar si es necesario vuestro pan de puerta en puerta por el amor de Jesucristo? Responded.

— Sí.

— Estais dispuesto á vivir en cualquier pais del mundo y llenar sea cual fuese el empleo que los superiores juzgarán seros mas útil para la mayor gloria de Dios y salud de las almas?

— Sí.

— Estais resuelto á obedecer á los superiores que ocupan para vos el lugar de Dios, en todas aquellas cosas en que vos no juzgueis la conciencia herida por el pecado?

— Sí.

— Os sentís generosamente determinado á rechazar con horror y sin escepcion todo aquello que los hombres, esclavos de las mundanas preocupaciones, aman y abrazan: y quereis aceptar, desear con todas vuestras fuerzas lo que Jesucristo nuestro Señor amó y abrazó?

— Sí.

— Consentís en vestiros la librea de ignominia que él llevó; en sufrir como él, por amor y por respeto hacia él, los oprobios, los falsos testimonios y las injurias, sin no obstante haber dado á ello motivo?

— Sí.

Entonces el que ha hecho estas preguntas al extranjero, pone un libro en las manos del interrogado.

Es el libro de los *Ejercicios*.

Treinta dias marca el libro al hombre para ser transformado.

Empiezan los ejercicios de la primera semana.

Un hombre seguia un tortuoso camino en la vida, se estraviaba por sendas erradas á través de las locas opiniones y de pasiones desordenadas. La ambicion, los mas vivos afectos de la juventud, los mismos triunfos acaso han derramado sobre él todo el tesoro de sus goces, tesoro que ha completamente agotado. Triste y cabizbajo, se sienta á orillas del camino, como un viajero cansado y exhausto; entra en reflexiones consigo mismo, y siente la necesidad, la necesidad irresistible de encontrar algo mejor, de ir al encuentro de ese bienestar cuya ausencia le aflije.

Entonces busca á Dios, y huye á refugiarse, pobre náufrago de la vida, al puerto tranquilo, á la soledad donde el Señor le llama para hablar á su corazon. Presa de un deseo indefinible, ha roto por un generoso esfuerzo todos los lazos que le unian al mundo. Noble esfuerzo el de arrancarse á un mundo

cuyos estravíos tanto se deploran pero que al mismo tiempo tanto se aman!

Un mal enemigo, un tirano oprime al hombre: el pecado. Para romper este yugo, y tambien para espiar el demasiado largo imperio del mal, el atleta de los *Ejercicios espirituales* se armará hasta desu misma humillacion y de sus mas dolorosos recuerdos: con la antorcha de las justicias divinas en la mano, descenderá á las profundidades de su conciencia, recorrerá con escrutadora mirada las huellas vergonzosas impresas por la iniquidad sobre todo su ser en el curso de los años transcurridos, y permitirá que la reflexion, como el arado que abre surcos en el campo, recorra punto por punto todo su pasado.

Este examen de conciencia lo hará de dia y de noche, á todas horas. San Ignacio quiere que, en medio de la noche, como en otro tiempo los ilustres penitentes del desierto, el solitario de los Ejercicios sea llamado del sueño al combate.

Tales son los trabajos de la primera semana.

Empieza la segunda. Cuando el alma ha concebido un horror profundo por el mal que la degrada, Jesucristo se presenta ante ella como un rey triunfante y victorioso, como un sublime capitan que marcha á la conquista de las naciones.

Todos los magníficos y épicos misterios de la historia evanjélica se desarrollan sucesivamente y pasan en divino panorama por delante de los ojos del solitario, que desde el fondo y en el recojimiento de su celda medita los actos venerandos de la vida del Salvador.

La tercera semana comienza. Dos vastos campamentos se ofrecen á las miradas, dos estandartes, dos ejércitos, dos espíritus. Satan, el príncipe del mundo, aparece en Babilonia. El ruido, la agitacion, el desorden, un falso brillo le rodean. Sobre su bandera, en caracteres de fuego, hay escritas estas palabras: *Riqueza, honor, orgullo.*

Jesus, sentado en una humilde llanura, cerca de Jerusalen, ofrece á todas las miradas la simpática y divina imajen de la paz y de la dulzura. Léese sobre su bandera: *Pobreza, oprobios, humildad.* Noble y valiente divisa! Jesus pide á sus soldados que propaguen á lo lejos su poder y beneficios.

Es preciso escojer. Es lo que se llama la meditacion de los dos estandartes. De un lado, se ofrecen los goces que dan la muerte, del otro los sacrificios que dan la vida.

Toda la meditacion de la tercera semana es de mostrar, por el ejemplo de

Jesucristo, el camino de obediencia, de pobreza y de humildad que es preciso seguir.

La cuarta semana tiene por objeto llenar el corazon todo entero del deseo de llegar á la perfectibilidad la mas completa por la revelacion de los celestes goces de la vida perfecta.

El solitario concluye diciendo:

— Yo os doy, ó Dios mio, yo os consagro y os entrego por justa devolucion todo lo que soy, todo lo que tengo: mi libertad, mis recuerdos, mi pensamiento, mis afecciones, porque Vos me lo habeis dado todo.

Dios ha hecho del hombre el templo donde brilla su divina imajen. El hombre debe pues vivir de su vida, y vivir para él, unido sin cesar á su inmensidad siempre presente (1).

Los treinta dias han transcurrido.

El hombre ya es otro hombre.

La meditacion le ha consagrado.

Un nuevo órden de cosas empieza entonces.

Llega el noviciado.

El novicio pasará dos años en un profundo retiro. Tendrá todo este tiempo para reflexionar, y este tiempo es necesario antes de enlazarse por votos irrevocables. Todo estudio le está prohibido durante este tiempo: solo el rezo, las meditaciones prolongadas, el estudio práctico de la perfeccion y sobre todo de la mas entera abnegacion de sí mismo, el uso familiar de los ejercicios espirituales y de la conversacion con Dios, el conocimiento de todo un mundo oculto en el fondo del alma y de toda una vida interior: esto es lo que llena las horas del noviciado.

Dos años han transcurrido; los votos están pronunciados; ha sonado la hora de los estudios.

San Ignacio quiere que cuando el fundamento de la abnegacion y del progreso necesario de las virtudes haya ya fijado al novicio, se trate entonces de construir el edificio de sus conocimientos. San Ignacio quiere entre los suyos hombres sólidamente instruidos, hombres que no se estravien, que marchen con paso seguro y firme por las vias de la verdad, y á los que guien siempre y conduzcan de la mano las sanas doctrinas; hombres que sepan todo lo que hay que saber, que se mantengan á la altura de la ciencia, que en todo, en historia, en física, en filosofía, en literatura, lo mismo que en teología, no queden rezagados de su siglo, sino que puedan seguir y hasta ayudarle en sus progresos.

(1) Ejercicios—El R. P. Ravignan.

Despues de haber pasado por todos los trámites y grados que las *Constituciones* prescriben, el Jesuita pronuncia á mas de los tres votos de pobreza, castidad y obediencia que tienen todas las órdenes monásticas, el de sumision la mas completa al papa en lo que respeta á las misiones.

Desde este instante ya sabe todo lo que ha de hacer. Debe ser indiferente á todos los lazos, á todos los empleos, á todas las situaciones: su general, que es perpetuo, le representa la imágen de Jesucristo; le debe una obediencia ciega, completa, absoluta.

Le dirá un dia:

— Mañana partireis para la China. La persecucion os espera y tambien el martirio.

Y él bajará la cabeza, murmurará: «Sí, padre,» y partirá, y será perseguido, y será mártir.

Tal es el hijo de Ignacio de Loyola.

Jamás vida mas activa, mas ardiente, mas llena de constancia y de fé en su objeto que la del fundador de los Jesuitas, ha llamado la atencion de un historiador.

Antes de bajar al sepulcro, Loyola pudo ver su religion estendida por todas partes, produciendo al mundo y á la religion inmensos beneficios.

Seis años despues de confirmada la órden, abierto el primero de sus colegios en España bajo la proteccion de Francisco de Borja, duque de Gandía, Loyola quiso dar una prueba relevante y solemne que no permitiese poner en duda la sinceridad del voto de abnegacion y humildad de su órden, y que al mismo tiempo, segun aseguran sus biógrafos, preservase á sus compañeros del contagio de la ambicion.

Impetró y consiguió del papa la perpetua esclusion de los miembros de la Compañía de Jesus, de toda dignidad ó beneficio eclesiástico, obispados, abadías y otros. Esto le dió un carácter particular entre las demás órdenes, y granjeó á los Jesuitas el aprecio y favor del pueblo.

Por fin, Ignacio de Loyola iba á tocar al término de su carrera.

He ahí como un escritor describe sus últimos instantes:

«Agotado por las vigilias y por la enfermedad, veia sin palidecer adelantarse el instante de devolver á Dios la vida que de él habia recibido. En los primeros dias del mes de Julio de 1556, una mañana, cuando se encaminaba hácia una casa que habia comprado para la Compañía, cerca de Santa Balbina y de las termas de Antonino, sintió un ligero malestar. Prosiguió su camino, pero apenas llegado, apoderóse de él la fiebre, y se metió en cama. Al dia

siguiente, la enfermedad habia redoblado y, contra el parecer de los que le rodeaban, quiso levantarse. Aumentóse su debilidad durante el dia, comulgó por la tarde, y pasó la noche tendido sobre su lecho. Lainez y otros dos réligiosos se mantenian en pié á su lado. Encima su cabeza habia un crucifijo, á sus piés el libro de las *Constituciones* entreabierto; sobre una mesa, junto á su lecho veíase una esfera. Conociendo que el momento supremo se acercaba, Loyola se incorporó, indicó con el dedo á sus tres discípulos las *Constituciones,* y en seguida con voz que la muerte hacia sorda, murmuró, pero tan débilmente que apenas se oyeron, estas palabras: — Os lego el mundo!

« Y se durmió para la eternidad.

« Se le enterró en el convento de Jesus, y se escribió sobre la piedra de su tumba este epitafio:

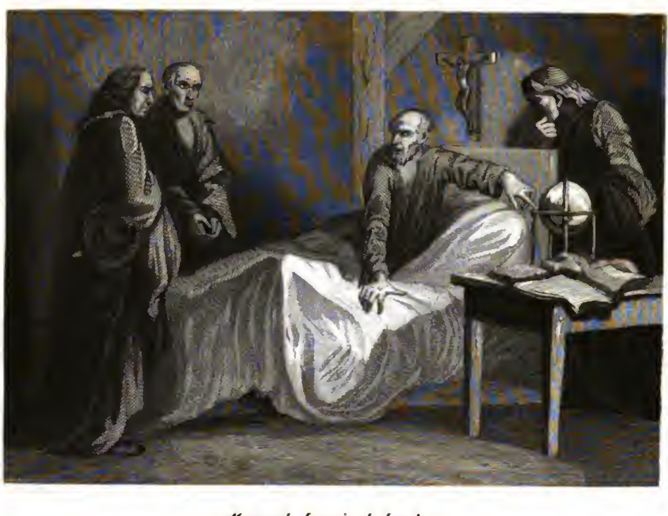
« *Quien quiera que seas que te representes la imajen del gran Pompeyo, de Cesar ó de Alejandro, abre los ojos, y verás bajo este marmol que Ignacio ha sido mas grande que todos estos conquistadores.* »

IV.

LOS HIJOS DE LOYOLA.

A los celosos apóstoles que, obreros de Dios, trabajaban contra las doctrinas de Lutero en Alemania, fueron á unirse bien pronto otros Jesuitas. Sus inmensos trabajos entonces, confunden la imaginacion; sus triunfos se sucedieron sin intervalo y el emperador Fernando II se vió obligado á confesar que á los dos Jesuitas Canisius y Hoffaeus, debia la fé una gran parte del imperio.

En seguida vinieron cien instituciones, cien colegios, cien universidades y



Muerte de Ignacio de Loyola.
Y murmuró estas palabras "yo lego el mundo."

seminarios fundados en todas partes para probar el desarrollo de la Compañía.

Sin ejemplo en la historia de las órdenes religiosas, fué la rapidez del progreso de los Jesuitas. Una vez introducida esta órden en España, se esparció por Italia, principiando por Ferrara. En 1548 se estableció en Palermo y Mesina, y en 1550 en Baviera.

Julio III confirmó la órden y la enriqueció con grandes donativos de la tesorería apostólica. Dos años despues fundó un colegio aleman en Roma, y á esta época ya contaba con iguales establecimientos en cási todas las ciudades de la Europa civilizada. Sus misioneros habian penetrado en Africa, en la India y en América. En 1553 se presentaron en Chipre, Constantinopla y Jerusalen y llegaron hasta la China y la Abisinia, abriendo y trazando caminos nuevos y vírgenes al Evanjelio.

Solo la Francia se mostró algo alarmada en sus principios y rehusó admitirles, pero fué invencible el teson de los sucesores de Loyola y así es que en febrero de 1564 se abrió en París un colegio.

Diego Lainez habia sido el general nombrado á la muerte de San Ignacio.

Este hombre famoso, el primer legislador como puede llamarse de los Jesuitas, ha sido bien diversa y bien contrariamente calificado.

San Ignacio, que sabia á todo lo que llegaba el varonil talento y la irresistible elocuencia de este hombre, le habia mandado al concilio de Trento donde brilló de tal modo, que, habiendo caido enfermo, el concilio suspendió sus sesiones hasta que restablecido Lainez pudiese asistir á ellas para ilustrar con sus luces las controversias que se suscitasen. Y al mismo tiempo, ese teólogo, considerado como uno de los mas grandes hombres de su siglo, viviendo en el hospital de Trento, barria las salas, catequizaba los niños, servia á los enfermos y les cuidaba, y pedia limosna para vivir. Ignacio se lo habia prescrito: queria siempre encontrar la humildad apostólica al lado del celo y de la ciencia.

Lainez introdujo algunas variaciones en los estatutos de San Ignacio y bajo su generalato la compañia alcanzó un grado inmenso de esplendor.

Muerto en 1561, sucedióle Francisco de Borja, español tambien como sus dos antecesores, el mismo que nacido en medio de la mas brillante opulencia, abandonó la corte de Carlos V, dejó el virreinato de Cataluña y despreció el título de duque de Gandia para ceñir la túnica negra de los hijos de Loyola.

Ningun general comprendió quizá como San Francisco de Borja el pensamiento de Ignacio de Loyola. Dulce fué su gobierno, y la Compañía le cuenta, enorgullecida, entre sus mas caros hijos.

En el entretanto, los Jesuitas esparcidos ya por todo el mundo tenian un colosal monumento en el edificio que habia levantado el humilde soldado de Pamplona, el austerísimo penitente de la gruta de Manresa.

Francisco Javier el amigo, el discípulo de Ignacio, habia ya en vida de este cumplido su carrera estraordinaria. Fuéle dado á este hombre, grande bajo todos conceptos, renovar todos los mas asombrosos prodigios del establecimiento primitivo del cristianismo, teniendo, como dice un escritor, la dicha de dar á la unidad católica mas pueblos é imperios de los que le habia arrancado en diversas épocas la reforma. En efecto, convirtió cincuenta y dos reinos, arboló el estandarte de la cruz en una estension de tres mil leguas, bautizó con su propia mano mas de un millon de mahometanos ó idólatras, por él se cubrieron las Indias y el Japon de florecientes iglesias, y su apostolado fué dulce, austero, simpático, divino.

Francisco Javier, en el ardiente celo de su caridad, habia sin cesar suspirado por la conquista de la China; allí se dirijia, cuando la muerte le sorprendió en una cabaña abandonada en la isla de Sacian.

La vida de este hombre fué un poema, un verdadero poema cristiano. Paulo V le beatificó en 1619 y Gregorio XV le canonizó en 1622.

Los protestantes han ensalzado á San Francisco Javier tanto como los católicos. Baldeus dice que se le deberia estimar y honrar como á otro San Pablo.

Gloria eterna de la Compañía, San Francisco Javier vivirá mientras haya hombres.

Siguiendo sus huellas, el P. Ricci, Jesuita, pisó el primero el inhospitalario suelo del celeste imperio y, despues de trabajos inauditos, de duras penalidades, consiguió por fin franquear la entrada á los predicadores del Evangelio.

Numerosas colonias de cristianos se formaron tanto en las Indias como en la China, fundadas y reglamentadas por la Compañía. El Asia ofreció á esas generaciones de apóstoles inmensas estensiones entregadas á las espesas tinieblas de la idolatría. Al mismo tiempo que la Compañía enviaba sus misioneros á la China, al Japon, y á las Indias, trabajaba tambien incesantemente con objeto de conquistar para el cristianismo las islas de Sonda, el Thibet, el Mogol, la Tartaria, la Cochinchina, el Camboge, la Persia y otras comarcas; lo que formaba un total de ciento cuarenta y cinco establecimientos de misioneros Jesuitas en la superficie del Asia.

El P. Ravignan asegura que se formaria una biblioteca numerosísima con las obras de los Jesuitas sobre los diversos pueblos del Asia, sus orígines, sus lenguas, sus costumbres, su historia, sus artes y sus instituciones.

El capítulo de las misiones es quizá el mas brillante de la Compañía.

Admira, asombra, fascina verdaderamente ver á comarcas enteras caer á los piés de los misioneros, abrazar la cruz arbolada por ellos, y recibir con el bautismo de la fé, el de la instruccion y de la civilizacion.

La tierra revelada por Colon á los conquistadores de Granada, llegó á ser para los Jesuitas un vasto escenario donde rivalizaron en esfuerzos apostólicos; así es que seria imposible describir todos los sufrimientos, todos los sinsabores, todas las penalidades, todos los martirios que tuvieron que soportar para endulzar las costumbres de la conquista, para arrancar las hordas salvages á sus supersticiones y á su barbarie.

Las misiones del Canadá produjeron frutos admirables y dieron á la cruz numerosos mártires, y ahí está Chateaubriand para decirnos en su inmortal *genio del cristianismo* todos los trabajos de Hércules que, coronados por los mas bellos triunfos, llevaron á cabo los Jesuitas en el Paraguay.

A mas de las misiones, tenian los Jesuitas otros cuatro medios para conseguir su objeto de defensa de la religion y engrandecimiento de la fé, á saber: la educacion de la juventud, la predicacion, el influjo de la Compañía y la estirpacion de las herejías.

Estos eran los cinco medios que hicieron de los Jesuitas unos apóstoles, pues que eran tambien los medios mismos empleados por los discípulos de Jesus.

Todos estos medios tenian un solo y universal objeto.

El de la salvacion de las almas.

Así pues, miraban con particular prediceccion la educacion de la juventud.

Federico II de Prusia ha dicho de los hijos de Loyola en una carta á Voltaire:

«He conservado esta órden, buena ó mala, tan herege como soy y aun incrédulo, y estos son los motivos: en nuestros paises no se halla algun literato sino entre los Jesuitas, no tenemos personas capaces para enseñar los cursos. Ni tenemos padres del oratorio ni de las escuelas pias. Era pues necesario, ó conservar los Jesuitas, ó permitir que pereciesen todas las escuelas. Debia pues subsistir la órden para proveer los profesores á proporcion que se disminuyesen los Jesuitas. Ellos pueden subsistir con los productos de su fundacion, pero estos mismos productos no bastarian para la dotacion de profesores laicos. A mas de esto, en la universidad de los Jesuitas es donde se instruyen los teólogos para los curatos. Si se hubiese suprimido la órden, no habria subsistido la universidad, y nos hubiéramos visto precisados á enviar á los silesianos á es-

tudiar su teología en Bohemia, lo que habria sido contrario á los principios fundamentales del gobierno.»

Robertston, tan encarnizado contra los Jesuitas, dice de ellos:

«Preciso es confesar que el linage humano ha logrado con esta institucion algunas ventajas importantes. Como la Compañía de Jesus miraba cual uno de sus principales objetos la educacion de la juventud, y como las primeras pruebas que practicaron para abrir colegios en donde pudieran tener escolares, sufrieron la mayor oposicion por parte de las universidades en diversos paises de Europa, les fué necesario procurar aventajar á sus rivales en sabiduria y talentos, á fin de atraerse la voluntad pública; y por lo mismo se aplicaron con mayor esmero á la literatura antigua. Ideáronse varios métodos para mas fácilmente instruir á la juventud; el logro de sus esfuerzos no les ha servido de poco para apresurar los adelantos de las bellas letras, y en cuanto á ello se les debe mucho. No solamente lograron enseñar los rudimentos de la literatura, sí que tambien han salido de la Compañía sabios maestros en los diversos ramos de la ciencia, y puede envanecerse de haber visto salir de entre ellos muchos mas escelentes escritores que todas las otras comunidades religiosas reunidas (1).»

Por lo demás, el comercio, la industria, la medicina, la astronomía y la física deben á los Jesuitas grandes y útiles descubrimientos, descubrimientos de la clase de los que han hecho una revolucion en la ciencia.

Grandes varones y doctores ha contado la Compañía en sus filas. Ahí están para atestiguarlo, San Francisco Javier, San Francisco de Borja, San Luis Gonzaga, príncipe de Mantua, San Estanislao de Kosca, descendiente de una esclarecida familia de Polonia, Diego Lainez, Alfonso Salmeron, Pedro Le Febre, Bobadilla, Rodriguez, Antonio Possevin, el preceptor de San Francisco de Sales; Pedro Canisio, una de las columnas de la Iglesia; Pascual Brouet, el apóstol de Irlanda; Francisco Strada, predicador afamado; el cardenal Belarmino, citado como pauta de entendidos; Antonio de Córdoba, Everardo Mercuriano, cuarto general de la Compañía; el padre Todedo, despues cardenal del mismo nombre; el padre Arnoz, famoso orador; el padre Auger, á quien el parlamento de Dijon nombró por unanimidad para que enseñase y dirigiese la educacion pública; el padre Maldonado, que convirtió á mas de quinientos calvinistas; Guillermo de Metternich, asombro de Colonia por su talento; el padre Mariana, escritor de la *Historia de España;* el padre Tacci, esclarecido poeta; el padre Isla, cuya nombradia es europea: Martin Becinagueci, muer-

(1) 15,000 escritores cuenta la Compañía, segun un autor contemporáneo.

to en la batalla de Lepanto; Francisco de Castro y Diaz, asesinado por los calvinistas; Martin Gutierrez, asesinado por los hugonotes; el padre Almeida, tan alabado por su talento y corazon angélico, martirizado en el Bungo; los padres Correa y Sosa, víctimas de los caribes de América; Alfonso de Castro, muerto en Bachian por los salvages; el padre Donall, víctima del furor de Isabel de Inglaterra; los padres Gonzalez y Jacobeo, que perecieron mártires en el Brasil; el padre Claver llamado en Cartagena el apóstol de los negros, y tantos y tantos otros mártires escelsos, escritores ilustres, con cuyos solos nombres se llenaria un volúmen.

Pasemos ahora á otro punto.

Los Jesuitas, en una palabra, como un ejército que eran de inteligencias, se esparcieron por todo el mundo, se apoderaron casi de todo, falsearon quizá los buenos y santos principios de Ignacio de Loyola.

Y si los falsearon, á su quinto gefe se lo debieron. En efecto, el general Claudio Aquaviva fué el ángel malo de esta sociedad.

Un defensor de los Jesuitas lo probará mejor que nosotros.

He ahí como se espresa el aventajado literato Don Ramon Franquelo en su *Defensa de los Jesuitas*:

«Por muerte en Roma de Everardo Mercuriano, cuarto general de los Jesuitas, la Compañía eligió en 1581 para sucederle á Claudio Aquaviva el mas jóven de cuantos componian la congregacion.

«Este nombramiento hecho por altas instigaciones, aunque los partidarios de Claudio dijeron que por inspiracion divina, debió escitar la envidia de los mas ancianos y de todos los que como hombres aspiraban en su ambicion á la silla de la presidencia.

«Aquaviva enorgullecido con su nueva posicion, ávido de alabanzas y deseoso de brillar en el mundo, olvidó la mision de que habia sido encargado y entregó el mando material en manos de todos y cada uno de los Jesuitas.

«Entonces entró una especie de anarquía en la sociedad, porque el hombre que no tiene freno en sus afecciones, abusa de sus iguales y rompe por fin la valla de la consideracion.

«Claudio fué general treinta y cuatro años consecutivos, época la mas calamitosa para la Compañía:

«Con la indiferencia de este prepósito, nacieron las intrigas y maquinaciones, y como hombre entregado á la molicie, no pudo reprimir los males que aquejaban á la corporacion.

«Habia perdido la fuerza moral, que es la mas potente, la mas vencedora siempre, y viéndose estraviado, quiso valerse de la física, pero era ya demasiado tarde.

«Apoyado por el pontífice Gregorio XIII, sin duda para enmendar sus errores comenzó á introducir nuevos males é innovaciones perjudiciales y violentas que traian en perenne combustion á la sociedad.

«Todos se lamentaban de su gobierno, sin que bastasen, para derrocarle, los infinitos esfuerzos que hicieron muchos sensatos y buenos Jesuitas. Habia adquirido tanto prestigio en la corte romana, que todas las diligencias fueron inútiles.»

Así se espresa el defensor de los Jesuitas.

Es una verdad que nadie puede negar. Ambicioso y astuto, mañoso y político, el italiano Aquaviva destruyó el principio fundamental de la Compañía. Pensó mas en las cosas del mundo que en las de la eternidad, y á fuerza de mirar la tierra se olvidó de mirar al cielo.

Desde su época data la degeneracion de la Compañía.

La ambicion de Aquaviva no tenia límites. Quiso, — y no creemos aventurarnos diciéndolo así, — quiso ser mas que general de los Jesuitas, quiso ser rey del mundo.

Háyale Dios perdonado la destruccion del santo pensamiento del anacoreta de Manresa!

Os lego el mundo, habia dicho San Ignacio á los padres que le rodeaban, es decir, os lego el mundo para la enseñanza, para la predicacion, para la virtud, para el martirio.

Os lego el mundo, se dijo Aquaviva, os lego el mundo para que seais los verdaderos reyes de los reyes de la tierra.

Fatales treinta y cuatro años aquellos en que *reinó* Aquaviva!

Murió, otros generales le sucedieron, pero, ay! no hubo ya ningun San Ignacio, ningun Diego Lainez, ningun San Francisco de Borja.

Y esto no obstante, todavía las ciencias, las artes, la literatura y la misma religion continuaron debiendo grandes bienes á los Jesuitas; todavía estos se hicieron acreedores al aprecio público, á la simpatía generosa y nunca desmentida de algunos pueblos.

Su nombre empero empezaba á cobrar cierto tinte de terrorismo.

El 3 de Setiembre de 1758, el rey de Portugal José I dirigiéndose de noche á una cita, se vió asaltado por dos hombres que le dispararon dos tiros. Buscóse á los culpables y el 18 de Enero de 1759, el mar-

qués de Tavora y el duque de Aveiro eran quemados vivos y sus cenizas arrojadas al Tajo.

Acusados fueron tambien de instigadores del regicidio los padres Malagrida, Mattos, y Alejandro, todos Jesuitas.

Asi es que el ministro marqués de Pombal el primero, no temiendo comprometerse con ellos en una lucha cuerpo á cuerpo, acusó á los Jesuitas del asesinato del rey de Portugal y pidió á Clemente XIII que fuesen sometidos á un tribunal.

Clemente XIII vaciló, y entonces Pombal decretó su famosa ley de espulsion. Confiscó los bienes de la sociedad, entregó á la inquisicion al padre Malagrida, que fué quemado en un auto de fé solemne, se apoderó de todos los Jesuitas que habia en el reino, y haciéndoles embarcar mandó que fuesen abandonados en las costas de Italia (1).

La Francia no tardó en seguir en esta senda al Portugal. La favorita de Luis XV y el ministro M. de Choiseul lo hicieron todo. El rey casi puede decirse que hizo como Pilatos diciendo: *Me lavo las manos.*

Los Jesuitas fueron espulsados de Francia.

En 1766 sucedió en España el famoso motin contra Esquilache, y creyóse generalmente, aunque debemos decir que la historia no lo confirma, que los Jesuitas habian sido los principales agentes de la sublevacion.

Carlos III hallándose en una situacion difícil como era la que habia producido el motin, echó mano de un hombre de hierro, del conde de Aranda, al que nombró capitan general de Madrid y presidente del consejo. Aranda hizo firmar al monarca varias órdenes de destierro y varios decretos enérgicos.

Entre estos decretos habia el de espulsion de los Jesuitas, que fué obra esclusivamente de Aranda, aunque, al decir de un historiador, coadyuvaron á ella Campomanes, el confesor del rey y el ministro Roda.

La espulsion tuvo lugar en un mismo dia y á una misma hora el 2 de Abril de 1767, dándola esto cierto aparato de terror, cierto baño de tiranía.

Las diligencias que se practicaron fueron tan secretas y reservadas, que hasta es fama que el conde de Aranda estendió las circulares de su propio puño y letra, y entró en la cámara del rey con recado de escribir en los bolsillos para que firmase la orden sin que se sospechase.

Esta orden es tan dura, dice un escritor, y sus disposiciones tan arbitrarias por pretestos los mas frívolos, que en el dia, acostumbrados á formas mucho mas benignas, apenas podemos leerla sin estremecernos.

(1) El conde de Saint-Priest, *historia de la supresion de los Jesuitas.*

Semejante misteriosa espulsion dió cuerpo al rumor esparcido de que los Jesuitas habian sido los autores del motin, y aun algunos afirmaron haberlos visto aquellos dias disfrazados entre el pueblo, estimulándole con sus discursos.

Sin embargo, la reserva con que se llevó á cabo la orden, y el no haber luego tratado de justificar las causas que la promovieron, favorecen poco á una medida que la historia está obligada á llamar despótica y tiránica, mientras no pueda apoyarla mas que en una sospecha ó en la voluntad indomable de un testarudo primer ministro.

Debemos prescindir, puesto que no consta, de que los Jesuitas fuesen culpables.

Por lo mismo, debemos solo considerarlos como víctimas de una injusta tiranía, y tienen derecho á esperar la compasion y la piedad de la historia.

A la noticia del golpe de estado de Cárlos III, dícese que Clemente XIII, derramó abundantes lágrimas.

En seguida, publicó una bula llamada *Apostolicam* que confirmaba á la Compañía de Jesus en todos sus privilegios.

Era como una rehabilitacion, como un guante que arrojara el papa á los estados que habian proscrito á los hijos de Loyola.

Las casas de Borbon y de Braganza vieron un insulto en esta disposicion. España, Portugal y Francia se levantaron á reclamar contra ella, y, como reparacion, exijieron del papa la abolicion completa de los Jesuitas. Amenazado por España, Portugal y Francia, Clemente XIII, indicó un consistorio para el 3 de Febrero de 1769 (1).

Clemente murió la víspera del dia designado para el consistorio.

Parece que entonces los Jesuitas trabajaron ardientemente para nombrar un papa que les pudiese ser adicto; sin embargo, si esto es verdad, salieron vencidos.

Clemente XIV en 21 de Julio de 1773 dió el famoso breve *Dominus ac Redemptor* que suprimia los Jesuitas, cerraba sus casas, secularizaba sus miembros y secuestraba sus bienes.

El célebre Jesuita P. Ravignan, en una obra publicada estos últimos años en Francia destinada á hacer el elogio de la Compañía, se esclama así al llegar á las postreras páginas:

«Un hombre cuyo nombre ha quedado célebre, se presentó á fines del siglo pasado ante la justicia. Nada tenia que pedir, nada que reclamar para sí, pe-

(1) Alfonso Brot, *el convento de Jesus*.

ro un motivo inmenso impelia su corazon, exaltaba su valor. Hijo generoso, hijo herido en sus mas caras afecciones por la condena de su padre, fuese cual fuese la autoridad de la sentencia, pronunció de ella la injusticia en su conciencia, y pidió una rehabilitacion solemne. Debió á sus esfuerzos perseverantes, debió á esa consagracion valerosa de un buen talento, el triunfo de la piedad filial y una noble parte de nombradía.

«Como él, yo me presento á pedir la rehabilitacion de mis padres. Hijo herido en mi alma por las prolongadas desgracias de mi familia, y por la dolorosa iniquidad de la sentencia que sobre ella pesa, no ambiciono ninguna nombradia, no traigo conmigo el talento, no tengo mas que una invencible conviccion. No pido mas que justicia y verdad; no necesito otra cosa.

«Pido la revision de un grande y de un injusto proceso; la pido por mis padres que ya no existen, la pido por mí mismo. Tengo la mas indubitable conviccion de que fueron inocentes, de que lo somos. No fueron ni juzgados ni oidos; que se nos oiga al fin, que se les juzgue hoy.

«Pido esta revision, y al pedirla no hago mas que reclamar para mis hermanos y para mí lo que á todos pertenece, el aire de la patria, el derecho de vivir, de trabajar, el derecho de sacrificarnos, la libertad en el órden, la libertad en la justicia.»

Tales son las valientes palabras del P. Ravignan.

Sin tener nosotros como él la conviccion de que sean enteramente inocentes los Jesuitas, nos atreveríamos tambien á pedir la revision de este proceso.

Y la pediríamos para decir:

A los Jesuitas de Loyola, la patria debe abrirles sus puertas. A los Jesuitas de Aquaviva quédeles su suerte, que demasiado les queda con quedarles el honor del ostracismo.

Sin embargo, esto es un sueño.

Como las demás órdenes monásticas, los Jesuitas han probado que eran hombres.

V.

LA MARAVILLA DE GUIPÚZCOA.

A orillas del Urola, y á distancia de un cuarto de legua de la villa de Azpeitia, se halla el célebre santuario de Loyola, llamado por los naturales la maravilla de Guipúzcoa.

Mas de un siglo despues de la muerte del fundador de los Jesuitas, fué cuando se concibió el proyecto de edificar un colegio de esta órden sobre el mismo terreno que ocupaba la casa en que aquél naciera. El antiguo solar de Loyola fué cedido por sus poseedores, los marqueses de Alcañices en 1681 á la reina madre Doña María Ana de Austria, la cual hizo nueva cesion á la Compañía de Jesus con el objeto de que se fundase un colegio del que se declaró patrona, traspasando despues el patronato á su hijo Cárlos II y todos sus sucesores en el trono.

Aceptado por este rey, dió un decreto en 1683 mandando quedase incorporado en el patronato real el nuevo colegio, y que al construirlo se conservase sin el menor deterioro la casa en que nació San Ignacio por respeto á su venerable antigüedad.

Pasóse pues á construir el edificio bajo la direccion del arquitecto romano Cárlos Fontana. Este artista trazó la planta con la originalidad de representar un águila al vuelo, siendo el cuerpo la iglesia, el pico la portada, las alas la casa santa y el colegio, y la cola varias oficinas de la casa.



S. Ygnacio de Loyola, en Guipuzcoa.

Aunque el esterior y el interior de todo el edificio es digno é imponente, domina un gusto caprichoso y malo en todas sus partes.

Majestuosa es la escalinata que por tres ramales, uno mayor en el medio y dos menores á los lados, conduce á un descanso desde el cual sigue un solo ramal que termina á la entrada del pórtico, teniendo en todos sus correspondientes balustradas con bolas y leones en los estremos. La portada es de figura convexa y consiste en un solo cuerpo con tres arcos, de los cuales solo se entra por el del centro, al que adornan cuatro columnas é igual número de pilastras á cada uno de los dos restantes, terminando el todo con un frontispicio triangular en el medio y balustres en los costados.

Son de pésimo gusto los capiteles de las columnas y pilastras, así como los adornos del cornisamento. El vestíbulo de la iglesia está fabricado de lujosos y pulimentados mármoles.

Grandioso es el pórtico y notable por su escelente construccion material, y por las cuatro estátuas que le decoran. Hay en él varias puertas pequeñas con frontispicios triangulares, y en el medio y entre dos columnas salomónicas, está la entrada principal de la iglesia.

Es una rotunda de 131 piés de diámetro. Alzanse en su centro ocho grandes pilares ó machones, sobre cuyas impostas giran otros tantos arcos, que contienen la cúpula de 15 piés de diámetro. Las pilastras y el cornisamento de la iglesia son de tan mal gusto como el de la portada.

No es de mejor gusto el retablo mayor, si bien merecen atencion sus bellos mármoles y los preciosos mosaicos que le enriquecen; por otra parte, sobre estar mal situado, consiste en un solo cuerpo de columnas espirales, y el intercolumnio muestra una estátua de San Ignacio colocada en el sitio que ocupó la riquísima de plata que hizo en Roma el escultor Vergara á espensas de la Compañía de Caracas, la cual regaló al santuario esta preciosa alhaja que desapareció cuando los sucesos del año 1835.

A los lados del altar mayor hay dos sacristías. Ocho puertas pequeñas comunican la iglesia con el colegio, con la casa santa y con las referidas sacristías. La cúpula, única, segun un escritor, en el pais Vascongado, es toda de piedra, tiene ocho ventanas y termina con una linterna á los 200 piés de altura.

El aspecto del templo es severo, pero de una severidad sombria, de una severidad triste. Su forma rotunda, sus mármoles de color oscuro, sus adornos particulares, su sepulcral silencio, sus semitinieblas, todo sobrecoje al peregrino y casi hace brotar en su mente fúnebres ideas. Es un templo que se parece á un panteon.

Al salir de la iglesia se pasa al convento que es grande, espacioso y cuya fachada no es ciertamente un modelo de buen gusto. Posee esta parte del edificio una escalera suntuosa, salas inmensas, anchos corredores, buena y perfecta distribucion, y un refectorio en que se ven los retratos de los varones mas célebres de la estinguida Compañía. El viajero admira sobre todo su selecta y numerosa biblioteca.

Es sin disputa uno de los objetos mas notables de este santuario la *casa santa*, así llamada por ser la en que nació el fundador de los Jesuitas. Consérvase este antiguo solar como engastado en el nuevo edificio, y es lo que con mas predileccion visitan los peregrinos y romeros.

No ofrece cosa particular su fachada ni merece casi descripcion. Labrada de piedra tosca y de ladrillo, no tiene mas ornato, ni cosa alguna que acredite su antigüedad, que un sencillo escudo de armas colocado sobre su puerta. Está dividida en tres pisos y existe en el tercero la santa capilla, en la que se nota riqueza y profusion al mismo tiempo que, como en todo lo restante del edificio, un tan pronunciado como deplorable mal gusto.

Su techo es sumamente bajo y está esculpido por Jacinto de Vieyra, escultor portugués. Su obra consiste en tres relieves, no del todo malos, que representan trés pasages de la vida del santo. Es de advertir que el artista los trabajó solo por la veneracion que profesaba á San Ignacio.

El primer relieve représenta al santo con un Crucifijo en la mano predicando al pueblo de Azpeitia. Para el segundo escogió el momento en que San Ignacio pone en manos de San Francisco Javier la bandera de la fé que figura se ha de llevar consigo á sus misiones en las Indias. La tercera escena es cuando San Francisco de Borja, vestido ricamente de caballero de la corte de Cárlos V, se arroja á los piés de San Ignacio, pidiéndole formar parte de su Compañía.

Son tres poéticos y dignos asuntos que tienen la ventaja de recordar los momentos mas nobles de los tres grandes hombres que han contado los Jesuitas en sus filas.

Muchas son las preciosidades y reliquias que en esta *casa santa* se conservan. Entre ellas son dignas de citarse el cáliz con que celebró su primera misa San Francisco de Borja, y un dedo de San Ignacio enviado de Roma á la reina Doña Margarita de Austria, la cual lo donó á este santuario.

En la pieza, hoy convertida tambien en capilla, en que es fama que estuvo enfermo San Ignacio de la herida recibida en la ciudadela de Pamplona, habia tres altares de plata de gran valor que trabajara el famoso platero espa-

ñol Daniel Gutierrez y que hoy han desaparecido como la ya citada estátua del mismo metal.

Solo nos falta ahora, para completar esta ligera reseña, arrojar una mirada por el esterior.

Una muralla de montañas rodea el convento como si resguardarle quisiera; á su izquierda corre manso el Urola que pasea su corriente de plata por entre frescas y risueñas vegas; los aromas acres que emanan de la vegetacion salvaje de la montaña, se juntan con el hálito de frescura que arroja el rio y con los perfumes que exhalan las flores del valle, y todos juntos forman una invisible corona al santuario que eleva magestuosa é imponente su grandiosa cúpula coronada por el signo venerado de la redencion.

Es un valle pintoresco y gracioso, al cual acuden cada año en romería á fines de Julio multitud de gentes de todos paises, pero particularmente de las tres provincias.

En esta famosa y renombrada romería abundan los bailes, los fuegos artificiales, las corridas que tanto llaman la atencion de los naturales. Es sin disputa la primera de las romerías de las tres provincias.

Volviendo ahora á hablar de los Jesuitas digamos, antes de concluir, algo aunque muy poco de su suerte en España.

Luego que por la pragmática sancion dada en el Pardo á 2 de Abril de 1767 —á instancia de Aranda, segun hemos visto — fueron estrañados los hermanos de la Compañía de Jesus de todos sus dominios, volvieron á aparecer en las primeras reacciones del reinado de Fernando VII, existiendo hasta su estincion en 1835.

Estos regulares llegaron en nuestro suelo, como en todas partes, á la cumbre del valimiento y riqueza.

Su primera casa fué el colegio de Alcalá de Henares y contaba 132 colegios y residencias, las cuales se dividian en 4 provincias que eran Toledo, Castilla, Aragon y Andalucia.



SAN FRANCISCO EL GRANDE.

(MADRID.)





AMA es y tradicion vulgar en el pueblo de Madrid que el mismo patriarca San Francisco, á su paso por la coronada villa cuando vino á España, fabricó una choza ó ermita en el sitio donde despues con ayuda de los monarcas y del pueblo, debia elevarse el grandioso y celebrado convento de su órden.

Cuenta la tradicion que los moradores de la que es en el dia corte de España, recibieron con singular agrado y distincion al huésped esclarecido que su buena suerte les enviaba, ofreciéndole terreno para fundar un convento. Aceptó el santo y escogióle estramuros, al oeste de la poblacion, é inmediato á una fuente á la que daban fresca y plácida sombra dos corpulentos álamos.

Allí pues con ramas de árboles y con barro labró una ermita, choza mezquina y pobre, única morada que ofreció á los que, movidos por su propio ejemplo, corrieron solícitos á reunírsele para imitar su santa vida y ver correr en el ayuno y la penitencia sus dias, libres de las seducciones de un mundo corrompido y falso.

En tan pobre albergue vivieron los nuevos discípulos de San Francisco has-

ta que el mismo santo, ayudado de las limosnas de los vecinos de Madrid, fabricó el convento de Jesus y María, convento asaz pequeño, reducido y desacomodado, algo mas que una choza, pero algo menos que una simple casa.

Así permaneció durante un cierto número de años, al cabo de los cuales decidiéronse á abandonarle los religiosos á causa de sus escasas comodidades y de la poca salud que con su estrechez y ningun desahogo gozaban. Al tener de ello noticia el pueblo madrileño, que profesaba particular afecto á aquel retiro de oracion y penitencia en memoria de su santo fundador, determinó levantar un edificio grande y capaz para morada de los religiosos, á condicion que estos no abandonasen el sitio consagrado por el glorioso patriarca.

Inmediatamente se pasó á poner en planta el proyecto, y los hijos de San Francisco vieron elevarse á poco un convento que les permitió gozar de todas las comodidades que echaban menos en su antigua morada. Todo lo debian solo á la devocion de los buenos y religiosos habitantes de Madrid.

A principios del siglo XVII servia ya de morada á los Franciscanos una grande y espaciosa fábrica de la cual formaba parte con el nombre de *casa vieja*, el primitivo edificio elevado por los cuidados del Santo.

Las familias mas nobles y mas opulentas, tronco esclarecido de los antiguos paladines y guerreros castellanos, labraron sus entierros en la iglesia de San Francisco. Allí pues se veian, diseminadas por las capillas, propias algunas de ilustres familias, sepulturas que con sus escudos, sus inscripciones y sus estátuas recordaban á la memoria del peregrino los nombres célebres de los Vargas, Ramirez, Luzones, Lujanes, Cárdenas, Zapatas y Venegas.

Nada se sabe de la forma, dimensiones, distribucion y adornos de esta antigua iglesia. Apuntaremos solo las noticias que nos han conservado la tradicion y algunos escritores que de esta antigua fábrica, si bien que lijeramente, se han ocupado.

Consta primero que en 1406, habiendo regresado felizmente de su largo viaje á la ciudad de Samarcanda, Ruy Gonzalez de Clavijo, embajador de Enrique III al Gran Tamorlan, reedificó á sus costas y con toda esplendidez la capilla mayor de dicha iglesia, siendo despues de su muerte enterrado en la misma. Es fama que era el suyo un magnífico sepulcro. Labráronselo en el centro del pavimento con ricos mármoles y mucha grandeza á manera de túmulo ó cama, y pusieron la estátua del finado encima, segun costumbre de la época (1).

En la misma capilla mayor á la parte de la epístola, fué sepultado en un ri-

(1) J. M. de Egureu. — *Historia de S. Francisco el Grande.*

quísimo sarcófago el tan celebrado marqués de Villena, tio del rey D. Juan II, aquel cuyas obras son la admiracion de los inteligentes y cuya vida dramática ha proporcionado tan bellos episodios á las plumas de no pocos poetas.

Sus cenizas y las de Clavijo debieron sin duda desaparecer por un imperdonable descuido cuando se renovó la iglesia en 1617, pues que memoria no existe de su paradero.

Frontero al lucillo del de Villena y al lado del Evangelio, veíase el magnífico y suntuoso mausoleo de mármol que con régia esplendidez hiciera labrar en 1475 la ilustre Isabel de Castilla para que sirviera de morada eterna á los restos de la reina Doña Juana, esposa de Enrique IV de Castilla é hija de Don Duarte, rey de Portugal.

Esta dama, segun las crónicas, pasó los últimos meses de su vida en una celda del convento de San Francisco, quedando al mismo por recuerdo un caliz con las armas de Castilla y Portugal y unos tapices grandes antiquísimos. El mausoleo ostentaba la estátua de esta reina; célebre por sus deslices; y á su pié leíase en letras de oro la siguiente inscripcion que se puso por mandato de Doña Isabel de Castilla, generosa matrona que supo honrarla en muerte olvidando magnánima que los deslices de aquella reina hubieran podido privarla injustamente del trono.

Decia pues el epitafio:

Aquí yace la muy escelente, esclarecida y muy poderosa reina Doña Juana, muger del muy escelente y muy poderoso rey Don Enrique cuarto, cuyas ánimas Dios haya, la cual falleció dia de Santo Antonio, año de 1475.

El señor Eguren en un artículo que consagra á la historia de este convento, desmiente muy oportunamente al padre Mariana cuando trata de este sepulcro.

«En la historia de Mariana, dice, se lee que la reina Doña Juana fué colocada en el sepulcro de Clavijo, habiéndose estraido al efecto los restos de este. Sentimos hallar tal inexactitud en la hermosa narracion de aquel sabio Jesuita. Consta positivamente que al construirse el sepulcro de la reina Doña Juana en la parte del Evangelio, se trasladó entero el de Clavijo al plano de la iglesia segun refieren Argote de Molina y Quintana. El sepulcro de Ruy Gonzalez Vivar,-- dice el primero de estos autores,—vi en 1573 en medio de la iglesia de San Francisco, y en este año de 1580 le ví arrimado á la pared junto al púlpito.

«En 1617 cierto magnate consiguió desarmar él sepulcro, cuyos mármoles como asegura el P. Florez, se emplearon en hacer la puerta del convento, y habiendo sido exhumado el real cadáver, se le halló con la cabellera intacta

y ceñida con una cinta, al parecer medida de una imágen. Quedaron entonces los huesos de la reina tabicados en un hueco de la pared, bajo el cual se colocaba todos los años una mesa de altar el dia 2 de Noviembre, y se elevaban preces al cielo por el eterno descanso de la señora que en él reposaba. Sus restos, existentes en una caja de madera cuando se derribó la iglesia en el pasado siglo, se estraviaron al construir aquella, sin que haya sido posible encontrarlos á pesar de las diligencias que practicó la academia de Historia ántes de la supresion de los religiosos. »

Llegado el año 1760 empezóse á demoler la iglesia de San Francisco para reedificarla con toda la grandiosidad propia de una corte. Acalorados debates suscitáronse entonces sobre la construccion del proyectado edificio, y por intrigas y manejos de envidiosos émulos fueron despreciados los bellísimos diseños que al efecto presentara el célebre Don Ventura Rodriguez, aquel que ha merecido los mas grandes elogios del ilustre Jovellanos, quien dice de él, acerca este asunto, que puede contarse la iglesia y convento de San Francisco entre las obras que fueron robadas al público, mas nó á la reputacion de Rodriguez.

Los profesores é inteligentes que vieron y examinaron aquellos escelentes diseños, dice Cea Bermudez, lloran todavía que no se hayan puesto por obra, porque segun dicen hubiera sido un edificio que causaria admiracion y placer. De cuantas trazas hizo Rodriguez, y no se construyeron, ninguna le dió tantas pesadumbres ni tanto sentimiento de no haber tenido efecto como esta. Tal era la satisfaccion que de ella tenia!

Fué pues pospuesto el plan del eminente profesor Rodriguez y aceptado el que presentó Fray Francisco Cabezas, religioso lego de la órden, y con arreglo al mismo, fué principiada la obra, poniendo la primera piedra el 8 de Noviembre de 1761 el cardenal conde de Teva, arzobispo de Toledo.

Prosiguió el lego Cabezas dirigiendo la obra, pero como hubo de dejarla en la cornisa á los siete años de principiada, fué continuada por los arquitectos Pló y Sabatini, el último de los cuales, mejorando el proyecto de Cabezas, concluyó la iglesia é hizo el convento, una y otro de una magnificencia estraordinaria.

Entonces probó el pueblo de Madrid cuan viva á través de mas de cinco siglos habia conservado la memoria del patriarca de Asis, pues no solo contribuyeron con su limosna para la construccion de la gran iglesia de San Francisco todas las clases, sino que muchas personas del estado eclesiástico, de la nobleza y del comercio dieron cuantiosas sumas, siendo el mayor contribuyente S. M. Don Carlos III.

Bien lejos estaba entonces de pensar el pueblo de Madrid que en aquel mismo edificio tan generosamente erigido, y bajo aquellas bóvedas sagradas, antes de un siglo, en 1835, tendria lugar una catástrofe tan horrible como inaudita. Bien lejos de pensar estaban los dignos y honrados ciudadanos que con tanta munificencia cooperaron á la conclusion del convento, que dia habia de llegar en que las turbas se precipitarian sacrílegas en el divino santuario, agitando su antorcha incendiaria y asesinando sin piedad á indefensos religiosos.

Pero, apartemos nuestra vista de esta escena de sangre, y hablemos del edificio, continuando su descripcion é historia.

El templo de San Francisco el grande, es sin disputa el mas monumental de la corte, pero se halla desgraciadamente situado en un sitio apartado, mas abajo de la puerta de Moros sobre una eminencia que se ve á corta distancia del Manzanares.

Consta su fachada que mira al este de dos cuerpos de figura convexa: el primero es dórico y tiene tres ingresos con arcos, decorado por cuatro medias columnas en el centro y pilastras en los estremos; el segundo ostenta columnas con capiteles jónicos y á los lados pilastras como el primero. Termina el todo un fronton triangular. Faltan las esculturas que debian rematar esta fachada, toda de granito, ante la cual se estiende una escalinata de pocas gradas.

El pórtico de la iglesia tiene 67 piés de ancho y 37 de fondo. Tres puertas dan entrada á la iglesia, que es una rotonda de 116 piés de diámetro y 153 de alto hasta el anillo de la linterna. Desde la linea de la fachada hasta el fondo del presbiterio hay 250 piés en cuadro.

En el altar mayor hay un sencillo tabernáculo y en la pared de su frente un escelente cuadro de Don Francisco Bayeu que representa la concesion del jubileo de la *Porciúncula*.

Los cuadros de las seis capillas son de Goya, Calleja, y Castillo, los de la derecha, de Velazquez, Ferro y Malella, los de la izquierda; dos ángeles que están en el arco de la capilla mayor son de Don Francisco Gutierrez, y sostienen el lema *Amoris privilegia* sobre las cinco llagas radiantes.

El coro coje todo el espacio del pórtico y en él subsiste la silleria que llenaba la numerosa comunidad.

La sacristía es una pieza rectangular abovedada y larga de 78 piés.

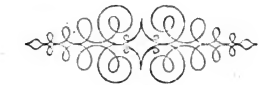
Fuera del edificio, al norte del mismo y á distancia de doscientos cincuenta piés del altar mayor, existe una ermita en un huerto amenísimo que ocupa el mismo sitio de la que construyó y habitó el gran patriarca de Asis. Así lo atestigua la inscripcion que sobre su puerta se puso en el reinado de Cárlos III,

de cuyo tiempo data la actual fábrica, si bien el interior fué reparado por uno de los últimos generales de la órden.

El contiguo convento es grande, vasto, espacioso. Tiene diez patios, doscientas celdas, noviciado, enfermería y demás oficinas. Fué construido algunos años despues que la iglesia, con diseños y bajo la direccion de Sabatini.

En la iglesia de San Francisco han solido celebrarse las grandes ceremonias de desposorios y exequias reales. Cuando la supresion de las órdenes religiosas, fué destinado para cuartel de infantería y los cuadros de mérito que estaban en los claustros, pasaron al museo de la Trinidad.

Un decreto de las córtes destinó este templo para *Panteon nacional* de grandes hombres.



NUESTRA SEÑORA DEL SOCORRO.

(VALENCIA.)



STE convento de Agustinos en la ciudad de Valencia debe su orígen al episodio que vamos á tener el gusto de referir á nuestros lectores.

Era uno de los últimos dias de Octubre del año 1500, y orgullosamente hendia las aguas al caer la tarde una galera salida aquella misma mañana del puerto de Mesina en direccion á las costas españolas.

Un hombre vestido con un sencillo coselete morado y cubierta la cabeza con una gorra de velludo negro, sin mas armas que el cincelado puño de una daga que asomaba en su cinto, se mantenia de pié junto al piloto, fijos los ojos en una blanca nube que como una vela asomaba en un punto del horizonte.

—Y crees tú en efecto, Arnao, —decia este hombre al piloto, —que no podremos evitar la tempestad?

—Tan cierta la tiene vuesa merced, señor caballero Juan de Exarch, como yo me llamo Arnao y soy hijo del puerto de Salou que tan buenos marinos ha dado al mundo.

—Pero hasta ahora no veo mas señal que esa nubecilla en un estremo del

horizonte y esta nubecilla puede ser rasgada por una ráfaga con la misma facilidad con que es rasgada una ola por la proa de nuestro barco.

— Pues yo le digo á vuesa merced que esa nubecilla se estenderá por el cielo en un instante devorando todo lo que vemos de azul, y no poco tendremos que agradecerle á la misericordia divina si salimos en bien de la borrasca.

La prediccion del piloto no tardó en cumplirse.

Pero digamos ántes quienes eran los ilustres pasajeros que en su seno llevaba la galera que, al decir del piloto, iba á ser tan reciamente combatida por la tempestad.

Despues que Don Fadrique de Aragon, rey de Nápoles, habia sido desposeido de su reino por resolucion de Fernando V el Católico y de Luis XII de Francia, su hijo Don Fernando de Aragon, duque de Calabria, jurado príncipe heredero, se habia hecho fuerte en Taranto, donde, siéndole imposible defenderse largo tiempo, hubo de entregarse al gran capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba, quien con buenas razones trató de enviarle á España.

Vencido el duque, dejó á Aquaviva donde se hallaba detenido, volvió á Taranto, y al dia siguiente se embarcó para Sicilia en la galera de Mossen Arnaldo Zaragoza, acompañado de Juan de Conchillos, caballero aragonés y Juan de Exarch noble valenciano, de la ilustre casa de los marqueses de Benedites.

Detuviéronse unos dias en Mesina y de allí partieron haciendo rumbo para las costas de España.

Pocas horas despues de haber abandonado el puerto, el piloto presagió la tempestad.

Los elementos se desencadenaron furiosos contra aquella pobre y frágil embarcacion perdida en la inmensidad de los mares. Nunca acaso tempestad mas terrible habia azotado con mas terrible látigo los mares de Sicilia.

La mar y el viento crecieron en tales términos, que Mossen Zaragoza y los pilotos llegaron á creer perdido el precioso depósito que conducian, y en tal conflicto, dicen las crónicas, fueron varios los votos que al cielo dirigieron aquellos afligidos navegantes, haciendo particular mencion del de Juan de Exarch, que ofreció á la Vírgen María venerada como patrona en Palermo, capital de la isla de Sicilia, no solo tomar el hábito de los ermitaños de San Agustin, sí que tambien fundar en su patria Valencia un convento del mismo órden titulado de Nuestra Señora del Socorro, como perpetuo recuerdo del que por su mediacion esperaba.

La tempestad acabó por calmarse, y la galera, tan reciamente combatida del viento y de las olas, pudo llegar con toda felicidad al puerto de Caller don-

de reparó sus averías siguiendo su viaje y arribando sin mas contratiempo á Alicante.

Así que hubo puesto el pié en tierra, dirijiose Don Juan de Exarch al convento de Agustinos de la provincia y dió parte al prelado de su voto; tomó el hábito en seguida y partió á Roma, donde, despues de haber tratado con el general de la orden, buscó hábiles profesores que le pintasen la imágen de la Vírgen para el convento que deseaba edificar á sus espensas, pero como la imágen no le saliese á medida de sus deseos hallábase desesperado. Dice entonces la crónica de la religion que paseándose con esta idea por uno de los jardines de Roma, se le apareció la misma Vírgen que le dijo cariñosamente:

— Hijo mio, te traigo el retrato que deseas, tómale, llévatelo á Valencia, y funda el convento que pretendes consagrándoselo á mi nombre, que yo seré el *Socorro de Valencia*.

El afortunado Juan de Exarch partió entonces para su ciudad y llegado al convento de San Agustin, trató con su prior el modo de realizar el objeto que tanto deseaba, y al efecto, previo el beneplácito de la vireina Doña Juana, reina de Sicilia, hermana del rey Católico, se eligió para la fundacion una pequeña iglesia y monasterio abandonados hacia algunos años.

Suscitáronse algunas dificultades, pero fueron todas vencidas por una cédula espedida por el rey Don Fernando en la ciudad de Ronda.

Reedificóse el monasterio que estaba poco ménos que convertido en escombros, y, rehabilitada la iglesia, colocóse en ella la milagrosa Imágen de la Vírgen, que era una tabla de dos palmos de alto y uno y tres cuartos de ancho. Cercaba el cuadro un letrero que decia: *Yo soy el socorro de Valencia.*

Mas adelante fué necesario engrandecer la morada de fray Juan de Exarch y sus piadosos compañeros, por querer varios otros religiosos de la orden seguir la rigurosa observancia que ellos. Amplióse pues el reducido albergue, y fundóse en el año 1505 la cofradia, que hasta nuestros dias se ha conservado bajo el mismo título de nuestra Señora del Socorro, en la que se inscribió como primer cofrade el rey Don Fernando V el Católico y á su ejemplo los primeros señores de la corte.

Inmediatamente se empezó la obra del templo y convento segun la forma que ahora conservan.

Hé ahí como se espresa un escritor valenciano, ya citado en esta obra, el Señor Don J. M. Zacarés. Dejarémosle hablar á él que, mas fiel de lo que seria la nuestra, será su descripcion:

« Tiene la iglesia unas treinta y cinco varas castellanas de largo por quince

de ancho, sin contar el fondo de las capillas, sostenida su bóveda por siete arcos de medio punto, y en su obra primitiva se hallaba sobrecargada de talla y hojarasca, segun el gusto arquitectónico que dominaba á los principios del siglo XVI, de que se la despojó en parte en la renovacion de la misma practicada en los primeros años del XVII por el padre maestro Fray José Milan de Aragon, hijo de los señores marqueses de Albaida, prior que á la sazon era del convento: se subia al presbiterio por cuatro gradas de jaspe, estaba cerrado por una baláustrada de la misma piedra y chapado hasta la altura de diez palmos de hermosos azulejos barnizados, sobre cuyo zócalo sentaban dos grandes lienzos de veinte palmos de altura por diez y ocho de ancharia que representaban el de la parte de la epístola al padre y doctor de la Iglesia san Agustin en el acto de administrarle el bautismo san Ambrosio, y el de la del Evangelio á santa Mónica recibiendo la correa de la Vírgen nuestra Señora: pinturas muy dignas de aprecio; obra, segun se decia, de nuestro valenciano Estévan March. El cascaron pintado al fresco por Don Francisco Brú, director de esta real academia de san Carlos, figuraba á la parte de la epístola una matrona arrodillada delante del altar de la Vírgen, tres religiosos cantando los gozos de esta Señora y á lo lejos un caballo atropellando á un niño: á la del evangelio un cautivo saliendo de una arca y á un moro arrodillado (1), y en el centro del cascaron la Vírgen de cuerpo entero dando su celestial Imágen al venerable fundador.

«El retablo principal, obra de Luis Muñoz, célebre arquitecto y escultor valenciano de fines del siglo XVI, constaba de dos cuerpos, el primero formado por cuatro columnas de órden corintio y el segundo de otras tantas de órden compuesto, con nichos y pinturas en sus intermedios; en el principal estaba un cuadro de la Vírgen pintado por D. José Vergara, director de esta real academia de san Cárlos, y bajo de él un precioso cristal de diez y ocho palmos de alto por nueve de ancho, dádiva de la señora Doña Ana María Folch de Cardona, marquesa de Guadalest, que cercaba el nicho. Una hermosa cortina de raso blanco con el nombre de María en el centro, y cenefa de oro de palmo y medio bordada por Doña Juana Domingo á espensas de su hijo político Don Joaquin Madero y Rojas, velaba, por decirlo así, en el nicho principal el primoroso relicario sostenido por dos ángeles sobre un trono de nubes, que contenia la Santa Imágen. En el sagrario estaba la del Salvador, y en las dos puertas colaterales que daban regreso al mismo las de San Pedro y San Pablo, todas tres pinturas del célebre Estévan March, y sobre la mesa del altar en dos pedestales las estátuas de las beatas Mariana de Monte Falcó y Juliana de Busto

(1) Alusiones á unos milagros de la Vírgen.

Arcizio, agustinas. En el cuerpo ó nave de la iglesia habia nueve capillas dedicadas, la primera entrando por la puerta principal á la mano derecha á los mártires Abdon y Senen, llamados los Santos de la Piedra, en que habian fundado una cofradía los labradores del partido, y contenia varias otras particularidades como luego diremos, la segunda á la Vírgen de la Piedad, en que tenian su entierro los Roigs, Martinez y otras familias; la tercera á nuestra Señora de la Asuncion, y la cuarta á la Purísima, perteneciente con su sepultura á la noble casa de Castelar; en esta se hallaba la puertecita para subir al campanario. La primera junto al presbiterio á la parte del evangelio era la de san Agustin, con puerta á la sacristía, en la segunda estaba el devoto Crucifijo que anunció el dia de su tránsito al padre santo Tomás de Villanueva; en la tercera san Claudio, de la familia de Mateu, y en la cuarta, que servia para dar la comunion, el Crucifijo de la Buena Muerte, obra, segun se dice, del escultor Alonso Cano; esta capilla tenia comunicacion con la de santo Tomás que la subseguia; y es la que está enfrente de la puerta principal de la iglesia en la que, como hemos indicado arriba, fué colocada la santa Imágen titular: renovada en el año 1704 se conservaba siempre en ella la Vírgen hasta el de 1765 en que se la trasladó al altar mayor, y las reliquias del santo prelado al de dicha capilla que se llama de santo Tomás desde aquella época.»

Hasta aquí Zacarés. Ahora, solo nos falta decir á nosotros que indudablemente lo que mas fama y nombre ha dado á esta iglesia y convento ha sido el poseer por largo tiempo los restos venerados de Santo Tomás de Villanueva.

La capilla que lleva este nombre ostenta pilastras dóricas revestidas de hermosos jaspes, sosteniendo la media naranja, y en los cuatro planos que resultan se ven representados varios pasajes de la vida del santo arzobispo pintados al fresco por Don José Vergara, el mismo que pintó á la Santísima Trinidad en la bóveda de la media naranja. Para subir al presbiterio hay tres gradas de mármol negro, que en algun tiempo estuvieron cerradas por un enverjado de hierro. Sobre la mesa del altar está la urna que contenia otra de plata con las reliquias del santo, sostenida por genios y leones, y vese bajo de ella un relieve que representa su muerte.

La capilla que llevó el titulo de Santo Tomás hasta mediados del pasado siglo, es la que se hallaba bajo el coro de la iglesia principal y tenia tres retablos. Antes poseia esta capilla diez y ocho lámparas de plata y se cerraba con una verja sobredorada. Junto á esta se halla el sepulcro donde estuvo depositado el santo, levantado del suelo como unos cuatro palmos, monumento todo de mármol sobre el cual se ve la estátua de Santo Tomás.

El claustro tiene pinturas al fresco; en la portería se nota un banco de piedra en que es fama acostumbraban subir los arzobispos de la diócesis de Valencia para montar en la mula el dia que hacian su entrada en Valencia, pues comunmente antes de verificarla, iban á parar al convento del Socorro, así como dicen las crónicas que lo hizo santo Tomás.

El 28 de Junio de 1835, dia fatal para Valencia, quedaron reducidos á cenizas ó desaparecieron todos los retablos de la iglesia, la magnífica sillería del coro, la copiosa librería para servicio del mismo, el órgano, la mayor parte de la sacristía y convento, y cuantos efectos habia en ellos, pues, dice el escritor arriba citado, lo que no consumió el incendio, fué objeto de devastacion y de rapiña, siendo la pérdida mas sensible é irreparable la de la Santa Imágen original de Nuestra Señora y de su hermoso relicario que perecieron con el altar mayor; únicamente la capilla de Santo Tomás y su sepulcro quedaron completamente intactos en medio de tanta devastacion y ruina.

Pasada aquella desastrosa época, fué restaurada la iglesia guardando el orden de su primitiva arquitectura.

Por lo demás, este convento fué un dia morada de hombres y varones ilustres que habian dejado en la ciudad recuerdos los mas gratos, consiguiendo conciliarse la estimacion general por el porte ejemplar de sus individuos, en tales términos que su compostura y modestia habia llegado á espresarse en Valencia con el refran vulgar de *van de dos en dos com á frares del Socós*, (van de dos en dos como frailes del Socorro).



SAN MIGUEL DE LOS REYES.

(VALENCIA.)





ABEIS oido hablar jamás de una ciudad famosa entre las famosas que hubo un dia por nombre Sagunto y que prefirió convertirse en escombros antes que humillarse á las plantas del orgulloso romano?

Pues bien, hoy esta ciudad es Murviedro.

Examinad cuanto os plazca los vestigios que guarda, harapos opulentos de un rico pasado de gloria; deteneos á meditar sobre las ruinas de sus templos y monumentos; evocad todas las sombras ilustres de aquellos antiguos valientes héroes que debian legar eterno el nombre de su ciudad á las futuras edades, y cuando lo hayais todo examinado, todo estudiado, todo recorrido, si os dirijís á Valencia, despues de haber pisado los campos donde el gran Don Jaime ganó la famosa batalla contra el rey de Valencia, de que resultó la conquista de aquella ciudad, vereis un edificio imponente y magestuoso, ante el cual os detendreis por el impulso natural que arrastra al hombre hácia todo lo bello, y vuestros labios se abrirán para preguntar:

— Qué edificio es ese? qué fábrica esa una de las mejores entre las mejores de España?

— Es, — os contestarán, — el antiguo monasterio de Gerónimos, San Miguel de los Reyes, llamado *el escorial valenciano.*

Orgullo lleva el renombre que se le da, pero nadie se atreverá acaso á confesar que esté mal aplicado.

Ese duque de Calabria que hemos visto en la descripcion del anterior convento entregarse á Gonzalo de Córdoba y llegar á España en la galera de Mossen Zaragoza, fué el fundador de San Miguel de los Reyes junto con su primera esposa Doña Ursula Germana, viuda del rey Don Fernando V el Católico.

Luego de llegado á España, Don Fernando de Aragon estuvo preso en el castillo de Játiva por espacio de diez años, al cabo de los cuales le puso en libertad el emperador Cárlos V tratándole en Valladolid, donde estaba la corte, como á persona real que era. Casóle con Doña Ursula Germana, muger que habia sido de su abuelo, hija del conde de Foix y sobrina del rey Luis XII de Francia. En seguida le nombró virey de Valencia y hallándose en esta ciudad es cuando, junto con su esposa, se decidió á fundar el monasterio de San Miguel de los Reyes, no perdonando gasto ni medio para que la fábrica fuese tál que mereciese ser tenido por una obra en un todo regia.

Siguiendo á un antiguo escritor, el padre Sigüenza, el duque llamó á Valencia á Alfonso de Covarrubias y á otro no menos célebre arquitecto llamado Vidañes. Parece que con el acuerdo de entrambos se hizo un plano del monasterio é iglesia que, á llevarse á cumplido efecto, hubiera sido una obra maravillosa.

La muerte del fundador fué empero á suspender los trabajos ya comenzados, y cuando quisieron los religiosos proseguir la obra, se arredraron ante su coste escesivo y trataron de hacerla con menos lujo encomendándosela á un arquitecto llamado Martin de Olindo, el cual en el claustro y en otras partes de la fábrica imitó la del Escorial.

Tres cuerpos tiene la fachada de la iglesia: el primero es dórico, y entre sus seis columnas hay las estátuas de Santa Paula y San Gerónimo. En el espacio sobre la puerta hasta el arquitrave, hay un ángel que parece cojer dos escudos de armas que descansan sobre el lintel. De órden jónico es el segundo cuerpo y ostenta otras seis columnas en medio de las cuales puede verse una estátua de San Miguel dentro de un nicho adornado de columnitas corintias. A este órden pertenece el tercer cuerpo en cuyo centro y en cuyos estremos sobre el

frontispicio están colocadas las estátuas de los santos Reyes que, guiados por la estrella divina, fueron á arrodillarse ante el Señor en el pesebre.

Tal es la fachada del templo de San Miguel, obra toda de sillería.

La iglesia está entre dos claustros. El mas antiguo se parece en su arquitectura á la del llamado de los Evangelistas en el Escorial. El órden dórico en el cuerpo inferior, el jónico en el superior, rematando la obra en un balustre sobre el cornisamento del cuerpo segundo. Antiguamente habia pinturas en los ángulos, pero han ido desapareciendo con el tiempo.

La escalera principal que une el claustro bajo con el alto, es idéntica asimismo á la del Escorial; y se divide en dos ramos en el descanso del medio.

Espaciosa es la iglesia y de buena arquitectura. Tiene pilastras lisas, tribunas encima de los arcos de las capillas y brillan los jaspes por todos los puntos. Al uno y otro lado del presbiterio están los entierros de los fundadores asemejándose á los de Felipe II y Cárlos V en el Escorial. Al lado del Evangelio un nicho con cuatro columnas corintias guarda la estátua del duque arrodillada, y semejante á este es el nicho del lado de la epístola donde, en igual postura, se ve la estátua de la reina Germana. Ambas estátuas son de madera bronceada y bastante bien trabajadas. Encima de los nichos están los escudos de sus armas.

En las capillas vénse algunos altares del tiempo en que se fundó el monasterio, y son particularmente los de San Sebastian y de Santa María Magdalena con varias pinturas perfectas.

Los dos altares primeros con que se tropieza al entrar en la iglesia, poseen cada uno una pintura de mérito. En el del lado de la epístola hay un cuadro en que se espresa el acto de crucificar al Señor. Lo firma Ribalta el hijo y este nombre responde de la obra. La pintura del altar de enfrente figura á Nuestra Señora en el acto de aparecer á San Bernardo. Lo firma Ribalta el padre y esto dice su perfeccion.

En otros altares hay cuadros asimismo de buenos y célebres pintores.

La cúpula del templo que sienta sobre los cuatro arcos del crucero es parecidísima en la figura á la del Escorial con sus columnas dóricas pareadas, sus nichos, sus recuadros y demás adornos.

En la sacristía se notan tambien pinturas de mérito, siendo de admirar su puerta de bellísima arquitectura.

Cuando el escritor Ponz visitó este monasterio, vió en la celda prioral varias pinturas, algunas de las cuales le parecieron de Ribalta y otras copias.

Vió tambien dos cabezas dibujadas de lapiz tenidas por de Juanes representando al duque fundador y á su muger la reina Germana.

Tal era, — y perdónenos el lector si en breve relacion se lo hemos descrito por tocar esta obra á su término, — tal era, repetimos, á principios de este siglo el monasterio de Gerónimos San Miguel de los Reyes, llamado *el escorial valenciano*.



EL MONASTERIO DE PIEDRA.

(ARAGON.)



I el benévolo lector que tan generosamente nos ha acompañado en la peregrinacion que hemos hecho á los principales monasterios de nuestra patria, quiere todavía benigno departir unos momentos mas con nosotros y escojernos, aun otra vez, por su fiel, aunque indigno y pobre *cicerone*, le llevarémos al famoso monasterio de Piedra en Aragon y no léjos de Calatayud, le contarémos la historia de esta opulenta morada de humildes cistercienses, recorreremos con él los corredores solitarios y las desiertas habitaciones, pasearémos las poéticas orillas del rio Piedra, penetrarémos en las grutas bordadas de caprichosas estalácticas, y nos detendrémos junto á la cascada asombrosa del rio donde, despues de haberle hecho examinar lo delicioso del panorama y lo encantador del paisaje, le contaremos una tradicion religiosa, original y rara entre las mas originales y raras que le hemos ya narrado, si bien que con habla torpe y con vulgar desaliño, en el curso de esta obra.

Empezamos nuestro viaje por el monasterio de Poblet; lo concluirémos por

un hijo de este, que hijo de Poblet es el monasterio de Piedra, pues que del primero salió en 9 de Mayo de 1194, reinando á la sazon D. Alfonso II *el Casto*, el abad Gaufrido acompañado de doce monges con objeto de fundar en las márgenes pintorescas del rio una casa de oracion, asilo humilde de paz para el náufrago fugitivo de las tempestades de la vida.

Durante varios meses permanecieron los monges en el lugar de Peralejos inmediato á Teruel, pasando luego la colonia á ocupar por espacio de veinte y dos años el inmediato solar de *Piedra vieja*, donde terminó sus dias el fundador.

Don Jaime I tendió una mano protectora á la caravana religiosa salida un dia de Poblet y amparados por él, los monges levantaron un monasterio que no tardó en mostrarse como opulento señorío. Su prelado brilló en los escaños eclesiásticos de las asambleas legislativas, renombrados barones y ricos ciudadanos legaron sus bienes á la religiosa comunidad, concedióla el monarca absoluta jurisdiccion sobre varios lugares con facultad para poblarlos, fué el naciente monasterio acumulando riquezas, y bien pronto sus arcas estuvieron siempre abiertas para el necesitado, siempre abierto su templo para el peregrino, y siempre halló dispuesta una celda lo mismo el viajero que viniendo de luengas tierras se acercó á demandar la hospitalidad, que el varon que herido por los quebrantos de la vida se presentó humilde á pedir un sosegado asilo.

Dos estatuas, las de Don Alfonso y Don Jaime, que un dia habian de verse mutiladas á pesar de los recuerdos gloriosos y santos que inspirar debian á los aragoneses, adornaban la puerta de la iglesia, á la cual no se llegaba sin embargo sino despues de haber atravesado la muralla que rodea el monasterio, toda de piedra mármol sin pulir, arrancada á las grandes canteras de los montes que circundan tambien con otra mas imponente muralla el edificio.

Interrumpida se halla de trecho en trecho la muralla por algunos cubos ó torreones que le dan todo el aire de una feudal fortaleza. El cuadrado torreon que sirve de entrada es sombrío é imponente; tiene sobre la puerta dos escudos con la mitra y el báculo abacial; en el uno se ven tres piedras y en el otro un castillo sobre una roca con este lema: *Castrum de Petra*.

Es fama que este torreon sirviera un dia de cárcel ó reclusion no solo para los monges díscolos, sino tambien para la numerosa servidumbre que vivia dentro del monasterio, y que formaba una especie de pueblo, el cual elegia anualmente un alcalde con aprobacion del abad para su gobierno civil.

Una segunda puerta franqueada por dos torrecillas detiene al viajero mas adentro. En el interior del portal se ven algunos rudos frescos representando á

la Vírgen con los santos monjes Benito y Bernardo y los santos caballeros Martin y Jorge.

Lo primero que se ofrece á la vista es la hospedería con su fachada de estilo gótico germánico, recuerdo de la época en que los reyes católicos asombraban al mundo con las proezas de su reinado.

Penétrase luego en una plaza formada por la fachada de la iglesia, la hospedería y el palacio del abad, que es de gusto moderno y regular arquitectura.

Peregrinos cristianos, lo primero que debe atraernos es la iglesia. Dirijamos pues á ella nuestros pasos.

Llora el templo la pérdida de su fachada bizantina, como llora en el interior la desaparicion de los bellos recuerdos que en mal hora para el arte le robó la renovacion que sufriera á últimos del siglo XVII.

Desapareció la pureza y la poesía de los altares: pilastras barrocas sustituyeron á las elegantes columnitas, y arrimada á cada pilar, como oportunamente ha dicho un escritor, se apostó una colosal efigie de santo de tremenda catadura y rabiosos colores.

La primitiva idea desapareció casi bajo la invasora idea nueva, hija del mal gusto, y se creyó hacer una obra maestra adornando la desnudez respetada por cinco inteligentes siglos, con pinturas indignas del sitio y de la morada que habia nacido, hermosa flor, en el vergel bizantino.

Solo un altar, como el arca en el diluvio, solo un altar pudo salvarse de la general destruccion. Es el altar que llamaban del Relicario. En las grandes hojas de sus puertas, un pincel inteligente y purista pintó seis pasajes de los hechos que prepararon el nacimiento del Redentor y otros seis de su pasion y muerte. En el primero de estos pasajes figuran San Joaquin y Santa Ana abrazados y un ángel anunciando á esta su parto; siguen por su órden el nacimiento de la Vírgen, su ofrecimiento en el Templo, la anunciacion, la visitacion, y el nacimiento de Jesus. Los otros seis representan la prision del Salvador en el Huerto, Pilatos lavándose las manos, Jesus subiendo al Calvario, el acto de crucificacion y el descendimiento de la Cruz.

Al abrirse las puertas de este relicario, presenta en su parte interior títulos aun mucho mas superiores á la admiracion. Vénse ocho ángeles, figuras poéticas y diáfanas, con ropajes de brillantes y resplandecientes colores, inclinados sobre varios instrumentos que parecen pulsar embebeciéndose en sus acordes é inspirados sones.

Por lo que toca al tabernáculo, depósito un dia de numerosas y preciadas reliquias, forma siete arcos, cuyos frontones piramidales y esbeltas colum-

nas y grecas y arabescos, destacan dorados sobre un fondo azul bordado con ramajes de oro del mas puro é inteligente buen gusto.

El vasto y grandioso monasterio es una especie de conjunto de diversas arquitecturas, y allí puede verse como el bizantino puro ha tenido que ir cediendo el campo á la ojiva y á los relieves multiplicados del género gótico.

Las huellas bizantinas se encuentran á cada paso, á cada momento. Aquí una puerta achatada guarnecida por toscas molduras, allí el refectorio con variados y hermosos capiteles, mas acá grandes y hermosas ventanas, mas allá arcos atrevidos sobre esculturados capiteles. Hasta en las piezas mas puestas en contacto con los usos de la vida y mas espuestas por lo mismo á renovaciones, se encuentran esas huellas de aquella arquitectura consagrada primitivamente á los monumentos y que hubo de sembrar de joyas y bellezas eternas los desiertos de la España.

Los claustros se pavonean orgullosos mostrando sus adornos góticos, sus airosas y elegantes ojivas, sus capiteles de labrados follajes imitados del bizantino Estos claustros anchurosos y dilatados cual acaso no existen otros en ningun monasterio, corren parejas con una escalera monstruosamente grande que se despliega majestuosa en dos ramales, sostenida toda por arcos y cobijada por linda bóveda de crucería.

Por lo demás, el monasterio es rico en celdas espaciosas con lindas galerías, en salones y oficinas cómodas y vastas, en anchurosos corredores é inmensas habitaciones. Por la parte de la huerta ofrece el edificio una grata perspectiva por la triple hilera de treinta arcos que forman sus galerías.

Un trozo contiguo á ellas estaba destinado á servir de recreo á los monjes, dividido en pequeños jardines que cultivaban por sí mismos, recreo harto conveniente á unas personas que se veian privadas de toda sociedad y trato, y sin poder entrar en las celdas de otros, sino despues de cuarenta años de hábito.

Lo que mas llama la atencion son las bellezas naturales que agolpa dentro del recinto de su huerta; sin tener necesidad de salvar el cinturon de piedra de su morada solitaria, el anacoreta del monasterio podia recorrer sitios pintorescos, lugares agrestes y salvajes, adornados por la naturaleza con todas las maravillas y caprichos, con todos los recursos de que sabe echar mano para elevar el alma y cautivar los sentidos.

El viajero que quiera ir á henchir, á llenar su alma de emociones las mas contrarias con los encantos de la huerta, no debe olvidar una visita á Nuestra Señora de la *Blanca* ó de los *Argádiles*. Es una ermita que asoma blanqueada al

borde de un precipicio, como una nayade que saliera del fondo de una caprichosa gruta de estaláctieas.

Es un santuario perdido entre las rocas del desierto que el peregrino visita con secreta y religiosa emocion, en medio del grande y majestuoso silencio de la naturaleza.

De interesantes detalles góticos es su retablo, y sus pinturas interesan cuando nó por su mérito sobresaliente, por su antigüedad al menos, por las particularidades que ofrecen, y sebretodo por la poesía, por el suave espiritualismo de las ideas.

El cuadro del centro representa á la Vírgen ofreciendo una flor á San Bernardo y al niño Jesus con un pajarito en la mano y rodeado de ángeles que le presentan pájaros y flores; en las comparticiones laterales se ve á un lado el descendimiento de la cruz, la resurreccion, la ascension del Espíritu Santo; y al otro la anunciacion, la adoracion de los reyes, la purificacion y la muerte de la Vírgen. En este último pasaje, entre torrentes de luz y en medio de dos ángeles, se aparece á la moribunda Señora un hombre aun jóven con vestidura blanca y un niño en los brazos; el artista parece haber querido representar á San José, y en este caso no puede darse idea mas dulce y mas simpática que la de figurar el esposo consolando en la agonía á su esposa. El remate triangular del retablo representa el juicio final, y el basamento dos santos tendidos que son San Benito y San Bernardo.

Ante el umbral de esta poética ermita, como si bañar quisiera sus piés con aguas acariciadoras y murmurantes, discurre dulcemente el Piedra, ese rio de virtud májica que, realizando en breves dias la accion reservada á los siglos, petrifica los objetos que se bañan en su corriente dando lugar á mil raros caprichos y á esperimentos útiles para el curioso naturalista.

Luego que haya el peregrino gozado en esta soledad deliciosa y haya maquinalmente doblado la rodilla para orar, pues que todo allí le hablará de Dios en mudo pero elocuente lenguaje, diríjase en busca de otro sitio pintoresco entre los muchos que dentro la cerca abundan. Atraviese el puente de endebles y vacilantes tablas arrojado sobre una corriente mansa por el momento, y bien ajena de imaginarse que no tardará en lanzar quejidos de dolor al verse rasgada en caprichoso juego por las mil puntas de la peña, cruce la umbría espesura que se ofrecerá á sus pasos, y penetrará en una pequeña pradera en pura forma de anfiteatro y rodeada de árboles y maleza.

Deténgase un momento y fije la vista en un montecillo arbolado, como si fuera monstruosa cabeza de encrespada cabellera, y repare al pié de un esbelto

álamo que agita en el aire su follaje amarillento, la cascada que ruidosa se desprende desde gran altura poblándolo todo con su rumor monótono y grato, con su voz de trueno que hace estremecer el monte. Las entrañas de éste esconden grutas llenas de estaláctivas, llenas de porténtos, llenas de maravillas. Allí, Dios ha sido el arquitecto, y el hombre, el artista mas inspirado, se sorprende al ver aquellos palacios subterráneos, cuyas paredes están vestidas con las mas sorprendentes labores, con los mas caprichosos calados, con las mas trabajadas agujas, chispeando todo en prismáticos cambiantes al ser herido por la luz, como si fueran muros cuajados de brillantes y de estrellas. Ninguna creacion del arte humano vale lo que aquellos tesoros allí sepultados, ningun risueño y fresco capricho de artista vale lo que aquella pradera donde se balancean rumorosos los árboles, donde ruje la cascadá, donde murmura el arroyo, donde pian dulces y amantísimas las aves.

Y no paran aquí las maravillas de la huerta. Si el viajero gusta de los sitios agrestes y salvajes, allí tendrá que cruzarlos á cada instante; si el viajero ama el ruido, la grandeza de las cascadas, allí las tiene en todas formas hiriendo sus ojos con bellos y seductores aspectos.

El rio, que al pié del eremitorio de Nuestra Señora de *la Blanca* se ha dividido en dos ramales, vuelve á juntarse mas tarde, y mientras se arrulla cariñosamente como felicitándose de un lazo que cree indisoluble, fáltale de pronto el suelo, cual si Dios tratara de probar que no es completa nunca ni duradera la felicidad, trunca su cauce un abismo, y húndese de pronto en una tajada angostura, semejándose algun tanto en este salto *á una cola de caballo,* cuyo nombre con toda oportunidad le han dado los habitantes del pais.

Otras cascadas hay en la huerta, donde el agua ya cae perpendicularmente, ya se quiebra en mil corrientes de espuma, pero ninguna acaso mas admirable y sorprendente que la denominada por el vulgo *el chorro palomero.*

No deje de visitarla el peregrino, si ama los grandes espectáculos, las grandes emociones, las grandes maravillas de la naturaleza.

Toda el agua de los arroyos reunida como en un haz, se precipita por entre dos rocas á una elevacion de setenta varas. Si el viajero se asoma al balconcillo suspendido sobre el precipicio, al arranque de la cascada, y fija la vista en la negra ondanada que engulle el agua y de donde parece salir una atronadora voz de monstruo, su primer movimiento es el de retroceder, vencido por el terror mas involuntario y acaso tambien por el vértigo que parece querer abrazarle en su círculo de fiebre.

El estruendo aumenta cuando no baja todo el caudal de agua indispensable

para formar bien la graciosa curva y salvar la punta de una roca contra la cual se estrella á mitad del descenso partiéndose en dos ramales. Detrás de este chorro se ve una gruta oscura en medio del abismo, cuya boca parece cerrar la cascada con cortinaje de transparente cristal; en ella anidan millares de palomas torcaces, de donde se deriva el nombre de *chorro palomero*.

Alguna que otra vez, en aquellos dias tibios del benigno otoño, en que el cielo es azul, el sol brillante y la brisa dulce, suele suceder que el vapor levantado por la furiosa caida del agua, se esparce como rasgados pedazos de un blanquizco velo sobre las puntas de las rocas, formando un fenómeno maravilloso. El sol hiere las quebradas de las peñas, las gotas de agua desprendidas de la cascada voltean por el aire en lluvia de oro, y el vapor condensándose y estendiéndose como un manto, como una faja, como un turbante que se desarrolla, cobra todos los bellos y májicos y resplandecientes colores del iris.

Entonces el espectáculo es completo si algun grupo de nevadas palomas atraviesa por entre el vapor. Aquellas amantes aves parecen bañarse entre todos los colores del prisma, nadar en un mar revuelto por oleadas de ópalo, de azul y de púrpura, mecerse muellemente en brazos de nubes diáfanas matizadas con hermosos y deslumbrantes resplandores.

Son raros los que han tenido la audacia — que audacia se necesita por cierto, — de descolgarse hasta la caverna donde moran las salvajes palomas á las cuales parece dar vida el húmedo ambiente que se escapa como una respiracion fatigosa de aquel hervidero de aguas. Cuéntase de un vecino de Calatayud que, habiendo descendido, se rompió la cuerda á que estaba atado su cuerpo y el infeliz rodó al abismo para no volver á saberse mas de él en la vida.

Para que nada falte á este cuadro, para que no se eche menos ninguna belleza, tiene tambien sus tradiciones fantásticas y misteriosas de aquellas que se cuentan junto al hogar mientras chisporrotea la leña y silva el viento por de fuera. Cerca del *chorro palomero*, encontrará el peregrino un enorme peñon ó por mejor decir un cerro separado de los demás, que las gentes del pais se lo señalarán misteriosamente y santiguándose al nombrarle.

Es *la peña del diablo*.

Siéntese entonces el viajero sobre una piedra y hágase narrar la fantástica tradicion á la que es deudora la peña de tan estraño nombre. De seguro que no le pesará el cuento, si es habil y entendido el narrador.

I.

SI Ponce el bastardo de Guevara, como se le llamaba, era el mejor y mas apuesto caballero que manejaba lanza y embrazaba escudo en toda la comarca de Huesca, Eladia la heredera de Pomares era el mas hermoso par de ojos negros que brillaba en todo el reino de Aragon.

Ponce amaba á Eladia y Eladia amaba á Ponce, pero esto no bastaba.

Habia en medio de los dos amantes como una estátua de bronce, el gigantesco baron de Pomares, hombre de corazon de hierro, padre de Eladia, y el cual no queria que un miserable bastardo llegase á ser jamás el poseedor de su hermosa hija.

En vano Ponce, ardiendo de amor, se habia hecho un nombre famoso en los torneos y en las batallas; en vano Eladia se habia arrojado suspirando y bañada en llanto á los piés de su padre diciéndole:—He de ser de Ponce ó del sepulcro.

El baron le habia calmosamente contestado:

— Ni serás de Ponce ni del sepulcro, sino del señor de Lizana que muere de amor por tí.

— Es que yo no le amo.

— No importa.

— Es que me es odioso.

— El odio se calma.

— Seré desgraciada.

— Serás feliz.

Y para que empezára á estudiar la felicidad que le esperaba con el señor de Lizana, el baron encerró á su hija en un oscuro calabozo de donde ya no salió mas que para ir al altar, ante el cual la unieron con el hombre á quien ella aborrecia mas en el mundo.

La misma noche del enlace de Eladia con el de Lizana, Ponce desapareció del pais sin que se volviese á saber de él.

II.

HABIAN trascurrido muchos años.

En el monasterio de Piedra habia un monje misterioso al cual el pueblo llamaba *el monje inspirado*, y al cual sus compañeros parecian tener cierto res-

peto y le concedian como instintivamente cierta superioridad sobre ellos.

Era de todos el que mas tarde se quedaba á orar en la iglesia, en el templo estaba siempre de rodillas, jamás se le habia visto sonreir, sus ayunos y maceraciones eran frecuentes, y su rostro, aunque jóven, estaba surcado por hondas arrugas, arrugas de esas que se deben al dolor ó al desengaño.

Muchas veces salia de noche de su celda, como si no pudiera dormir perseguido por algun recuerdo que la austeridad del claustro á templar no bastára, y entónces recorria silencioso los corredores murmurando en voz baja y sorda palabras entrecortadas que bien podian ser las de una letanía ó de un rezo, y á menudo, en estos momentos estraños y á esta hora intempestiva, se bajaba á la iglesia y, uno tras otro, doblaba la rodilla ante todos los altares, golpeando su frente en el pavimento y clavándose en el corazon las uñas, como si de la una y del otro arrancar quisiera una importuna memoria.

Otras veces cruzaba con precipitados pasos la huerta é iba á sentarse al borde de los abismos, junto á las mugidoras cascadas, y allí, cara á cara con la naturaleza y con Dios, hundia su frente entre las manos y ya lloraba con sollozos estridentes que ahogaba la voz de las cascadas, ya se estremecia y revolvia en medio de terribles crisis nerviosas que por largo rato le aquejaban.

Quién era este hombre?

Nadie lo sabia.

Solo el abad conocia su nombre, su secreto quizá, y el abad no se lo habia comunicado á nadie. El dia que le hizo tomar asiento entre los que durante su vida debian ser sus hermanos y compañeros, le dijo no mas:

— Bien venido seas, Ponce.

Los otros pues solo sabian que se llamaba Ponce.

Con nadie se comunicaba el misterioso monge; sus hermanos jamás habian oido de él otras palabras que las que les dirigia al encontrarles por fraternal saludo.

Un empleo ó comision habia querido Ponce reservarse y el abad se lo concediera.

Cuando un monge estaba en los últimos momentos de su vida, Ponce era el que bajaba al claustro y empuñando el aldabon que colgaba del pilar fúnebre, daba á compás los tres fatídicos golpes con que se convocaba á la comunidad en torno del lecho de la agonía, y que eran una imitacion de los que, segun tradicion entre los cistercienses, solian oirse sobrenaturalmente en las celdas de los moribundos y se llamaban *los golpes de San Benito*.

Cuando cumplia este encargo, que voluntariamente se habia impuesto, los

monges al pasar por delante de Ponce para ir á hincarse de rodillas junto al lecho mortuorio, oíanle murmurar entre golpe y golpe estos rudos versos:

Cuando alguno muere aquí,
se vienen corriendo á mí
Yo amedrento el corazon
con la voz del aldabon,
yo soy el signo fatal,
soy del llanto la señal.
Y ahora, decidme á mí:
sabeis porqué estoy aquí?

Estos versos eran los que frecuentemente se le oian murmurar tambien cuando sus largos paseos por la huerta ó cuando sus horas de insomnio que pasaba recorriendo las galerías y claustros del monasterio.

A fuerza de años, de rezos, de soledad, de penitencia, el monge inspirado, el monge Ponce pareció hacerse mas amable y mas comunicativo.

Era sin duda que habia acabado por arrancar de su corazon el punzante recuerdo que sin cesar le aquejaba, como quien arranca de un campo una yerba venenosa.

En efecto, ya no tenia horas de insomnio, ya no sollozaba en medio de nerviosas crisis á orillas de los abismos. La oracion, ese bálsamo de los desesperados, habia acabado sin duda por cicatrizarle la llaga del alma.

Ponce era otro hombre.

Ponce era uno de los varones mas respetados, uno de los monges mas santos del monasterio de Piedra.

III.

Esta es la hora en que el aire se puebla de misteriosas fantasmas, esta es la hora en que los genios del mal cruzan en todas direcciones para ir á reunirse en misterioso conciliábulo, esta es la hora en que susurran las flores y las hojas de los árboles mecidas por el viento nocturno que las roba sus perfumes, esta es la hora en que sombríos vapores se elevan de los lagos, y suenan en los montes desconocidos rumores.... esta es la hora!.... media noche!

Reina por do quier universal silencio, el silencio de las tumbas. El viento gime melancólicamente entre los árboles, y las hojas secas al chocar entre si arrastradas por el suelo, remedan el crujir de los esqueletos. Esta es la hora en que la luna brilla vistiendo con amarillenta luz las puntas peladas de las ro-

cas que se dibujan á lo lejos como grupos de pulidos cráneos. Las doce de la noche!..... esta es la hora!

Esta es la hora en que la naturaleza se duerme y los espíritus de las tinieblas se despiertan; esta es la hora en que el ruido de los torrentes y cascadas despeñándose desde prodigiosa altura, ahoga la gritería de los brujos reunidos en el sábado; esta es la hora en que vemos cruzar sombras misteriosas por los espacios, en que oimos sonidos incomprensibles remedando voces humanas, sin acertar á comprender cuyas son esas sombras que se agitan y esas voces que se oyen.

Esta es la hora en que, ginete en una nube que remeda un monstruoso lagarto, un diablo cruza rápido los aires y desciende á las profundidades de la tierra que se raja para abrirle paso, como si fuera una masa de vapor que corta una ráfaga impetuosa.

Misteriosa caverna se presenta á sus ojos y sin vacilar penetra en ella el aéreo mensajero.

Baja del mónstruo que se disipa así que ha descabalgado, una puerta se ofrece á su paso, ábrela de una patada y se encuentra en una estancia cuyas paredes son de fuego y cuyo pavimento es de encendidas ascuas.

Allí está Satan sentado sobre dragones que abren sus bocas y agrupan sus cabezas para formarle un trono; su mano en lugar de cetro empuña una haz de venenosas serpientes.

—Ponce se nos ha escapado, —dice el recien llegado. —La oracion ha podido mas que yo. Este monge pertenece ya al cielo. El recuerdo de su amor ha muerto en su alma. Su corazon está frio.

Satan baja la cabeza y medita.

A los pocos momentos se sonrie, se sonrie con una sonrisa de infierno que hace retumbar de espanto los ámbitos del infernal palacio.

—Vuela, —dice; —en el castillo de Lizana hay la muger que Ponce ha idolatrado un dia. Desliza en su oido palabras dulces que evoquen sus recuerdos de amores ya olvidados, enciende la fiebre de su deseo, arda en delirios del amor de Ponce, que lo arrostre todo, que se precipite, que vea al monge que fué un dia el bastardo de Guevara, y Ponce y Eladia son nuestros. Vuela!

El mensajero se inclina y parte.

IV.

Qué monumento es aquel situado en la cumbre de una colina y cuyo pié besan las aguas de un impetuoso torrente que á poca distancia se precipita por entre escabrosas rocas hasta llegar al fondo del valle donde se estiende manso en cinta de plata ?.... Es una fortaleza ó un convento?... Es la morada de hombres piadosos cuyas preces se dirijen al eterno, ó la habitacion de los bravos caballeros que solo entonan cánticos de guerra?

Nada de esto. Es una abadía medio arruinada y en cuyos salones no resuenan ya las preces de los monges sino los gritos de los cuervos y de las lechuzas.

Un monton de ruínas y de escombros hacinados unos sobre otros, he ahi lo que queda de la antigua abadía.

Estos escombros, cuántas virtudes han cobijado, cuántos crímenes habrán visto!.... Cuántos sabios habrán dado al mundo, cuántos varones ilustres á la iglesia!

Al descubrir el viajero unas ruinas, se descubre y las saluda, porque unas ruínas son un libro cuyo número de pájinas está ya completo, que mucho dicen para el pasado, que nada guardan para el futuro: unas ruínas tienen algo de venerable como la vejez, recuerdan tristemente el pasado, examinan con frialdad el presente y su sereno estoicismo no teme el porvenir.

Al descubrir unas ruinas, qué de recuerdos! qué de melancolía! Son un amalgama confuso de crímenes y heroicidades, de proezas y cobardías, de vicios y de virtudes. Quién sabe si estos escombros han sido mansion del crimen ó de la gloria? Quién sabe si han dado hombres grandes al mundo, valientes á la historia ó héroes al drama?...

La abadía está siempre rodeada de una niebla espesa formada por los vapores de los lagos y que casi la oculta á los ojos del viajero. Es como un velo de luto con que, desconsolada viuda, quiere cubrir sus escombros para robar su dolor á la vista de los hombres.....

Pero estas ruínas no están del todo abandonadas. Un torreon se mantiene aun en muy buen estado y una luz se ve brillar en este torreon. Quién habita allí?

Una voz melodiosa mas dulce que el susurro de las fuentes, mas suave que el murmullo de los arroyos, mas armoniosa que el suspiro de la brisa, entona melancólica cántiga acompañada del bello laud de los amores. Cuya es esta voz?

«La estrella de la noche, la reina de las tinieblas, está absorta escuchando mis cantares. — La noche ha tendido su manto de sombras sobre los mortales y se ha vestido de luto por la muerte de su hermano el dia. — Yo las pregunto: dónde está mi amante?.... Y el silencio es su respuesta.

«Veo que sombras misteriosas vagan fúnebres en torno mio. — Oigo el graznido del buho que canta la tristeza de la noche. — El aura silenciosa ajita mi negra cabellera. — La lechuza bate sus alas y revolotea en rededor de la lámpara que alumbra mi estancia. — Yo les pregunto: dónde está mi amante?.... Y el silencio es su respuesta.

«Cuando nace la rica aurora animando las flores de los campos y los árboles del bosque, las flores y los árboles mueven alegres sus hojas y la saludan, libres de las tinieblas que sobre sus frentes pesaban. Yo pregunto entonces á la aurora: dónde está mi amante?... Y la aurora sin contestarme llora perlas de rocío.»

El canto ha cesado. El silencio vuelve á ser sepulcral. Solo se oye el viento que silva entre las ruínas, el agua que se queja entre los guijarros.

Ha rechinado una puerta sobre sus mohosos goznes. Se oye un paso furtivo bajar rápido la escalera del torreon.

Una muger atraviesa por entre los escombros, vestida de blanco, el cabello suelto flotando en mar de ébano sobre los desnudos hombros.

Cruza las ruínas, salva el torrente, baja la montaña. Ya está en el valle.

Si allí hubiese algun campesino á quien poder preguntar, os diria:

— Esa muger?.... esa muger es *la loca.*

Pero si lo preguntais al cronista, el cronista os dice:

— Esa muger?.... esa muger es Eladia.

V.

QUE cosa mas triste es un claustro! el silencio, el silencio siempre, el silencio eternamente. El hombre camina á la tumba contando los pasos que de ella la separan. El edificio que sirve de morada al monge, le sirve de patria y de destierro á un tiempo, y la campana que ronca zumba sobre su cabeza entonando himnos á la Vírgen, es la misma que entonará las preces de difunto sobre su féretro.

Y sin embargo, qué cosa mas poética al mismo tiempo! El claustro es el puerto de salvacion para las almas enfermas. Allí todo habla de Dios á los desgraciados: han trocado la embriaguez de la vida por el éxtasis de la soledad, el

órgano les acaricia cantándoles himnos melancólicos, aspiran el perfume de la oracion, de esta flor mística que brota consoladora al borde de la tumba donde han amortajado su esperanza, y cada dia suben una grada de la escalera del cielo.

Entre los solitarios de Piedra, Ponce es el mas asiduo al templo.

Miradle allí de hinojos ante el altar. Su rezo es largo, muy largo. Hace ya mucho tiempo que sus hermanos han abandonado el coro, y él reza todavia.

Sale por fin del templo, la cabeza baja, murmurando:

Cuando alguno muere aquí,
corriendo vienen á mí.
Yo amedrento el corazon
con la voz del aldabon,
yo soy.....

Porqué se ha interrumpido? porqué se detiene? porque clava unos ojos espantados en la gótica columna del claustro?

Es que junto á esta columna se dibuja una forma blanca. Es que allí está una muger arrodillada, y esta muger, el corazon se lo ha dicho á Ponce, es Eladia.

Eladia, la cabellera suelta, el rostro pálido, los labios blancos como una azuzena marchita.

El monge se ha detenido como si una mano de hierro le hubiese clavado en el pavimento, pero la heredera de Pomares se ha destacado de la columna, y adelantándose grave y pausada, con pasos cada uno de los cuales ha resonado en el corazon de Ponce, ha caido á sus piés alzando hácia él unos ojos delirantes de fiebre.

— Ponce, Ponce, soy yo, soy Eladia. He sufrido tanto, Ponce!

Ni fuerzas ha tenido el monge para retroceder, pero su cuerpo todo se ha estremecido al sentir la mano de Eladia buscar la suya por entre los pliegues del tosco sayal.

— He sufrido tanto! — repite Eladia. — Me unieron á un hombre á quien yo no amaba. Yo no sé lo que le dije, pero sé que á fuerza de repetírselo, me llamó loca y me encerró en la torre de una abadía arruinada. Allí he visto pasar entre cuatro paredes muchos dias, muchos, no sé cuantos. Tal vez un año, tal vez mas, yo no sé... no me entretenia en contar los dias, porque solo pensaba en mi amante. Me acuerdo que vino á verme dos veces el hombre á quien me habian unido. Cada vez me preguntó: — Estais loca aun? y cada vez le contesté: — qué habeis hecho de mi amante?... Un dia he encontrado abierta la puerta de mi prision, entonces me he salido y he empezado á andar á la ventura, he llegado á las puertas de esta casa... no sé quien me ha dicho: Aquí

está tu amante, y he entrado en busca de Ponce. Aquí me tienes, pues, vámonos!

Pobre muger! su lenguaje es de una sencillez melancólica que desgarra el alma. Ponce siente brotar una lágrima en sus párpados y caer á lo largo de sus mejillas abrasándoselas como si fuera una gota de plomo derretido.

—Eladia, pobre víctima de amor,—dice Ponce con voz fúnebre que parece salir de entre su sayal como de entre los pliegues de un sudario,—yo no te conozco, no debo conocerte... Huye de este sitio que profanas.

La jóven aparta los cabellos que caen sobre su frente y fija sus ojos en el monge:

—Qué es eso?—dice.—Qué palabras son esas que no comprendo? Ponce, Ponce, mi amor, mi vida, porqué me hablas así? Ponce, yo te he amado siempre, te he amado con todo el cariño de mi alma. Ponce, yo no puedo vivir sin tí; tu amor es mi vida, tu desamor mi muerte. Porqué has estado tanto tiempo lejos de tu amada? Porqué has tardado tanto en reunirte con ella? Ingrato! qué sitio es ese? qué hacias aquí?

La voz de Eladia punza como un dardo envenenado el pecho del solitario. Aquella voz, un dia tan querida, aquella muger, un tiempo tan idolatrada, evoca todos sus pasados sueños de felicidad y de ventura, despierta en su corazon todos los recuerdos cuya rebeldía tanto le habia costado domar. Oh! porque ha puesto la fatalidad á aquella muger en mitad de su camino?

Y Eladia continua diciéndole!

—Ven, ven, huyamos de este sitio

Ponce se vence otra vez, reune todas sus fuerzas y desprende su mano de las manos de Eladia.

—Huye, muger, huye. Este sitio es un claustro. Aquí no cabe mas amor que el amor divino. Yo tambien he sufrido, yo tambien he llorado, á mí tambien me han tenido por loco y por delirante. Ves las arrugas de mi rostro, muger? cada una de ellas es el fruto de un año de tormento, de un siglo de agonía. Pero por fin he vencido y de cuajo he arrancado el amor de mi pecho como el númida aquel que se cortó de un hachazo la mano que habia herido á su amo. Huye, muger, huye! Tú perteneces á otro hombre y yo pertenezco á Dios. Entre los dos hay un abismo y sobre nuestra frente un anatema.

Eladia le mira, en seguida baja la frente que cubre con sus manos y solloza.

— Yo no te entiendo, nó sé lo que dices,— esclama la pobre muger,— no comprendo de qué me hablas...... solo veo que quieres alejarme. Ay! Tú no

eres Ponce, ó si lo eres, no me has amado jamás. Ponce vendria conmigo, iríamos á recorrer como antes el jardin del castillo, nos sentaríamos bajo la enramada, y al susurrar del viento, al gemir de las flores y al piar de las aves, nos diríamos palabras tiernas y amantes como solo nosotros sabíamos, como solo nosotros comprendíamos. Oh! nó, tú no eres Ponce. Adios, hombre desconocido que solo tienes palabras que yelan, adios! Si ves á Ponce, dile que Eladia todavía le ama.

Dice, y se aparta, deslizándose lentamente como un fantasma por bajo las arcadas del gótico claustro.

Ponce siente la fiebre apoderarse de su corazon, danzar el vértigo en su mente, y presa de una agitacion desconocida, impelido por un poder sobrenatural, se lanza hácia la muger que se aleja, va á llamarla, pero en el fondo del claustro, fria, misteriosa, negra, abriendo melancólica sus brazos, ve alzarse la cruz solitaria en que murió, mártir de la humanidad entera, el Redentor del mundo.

Eladia se aleja y Ponce cae de rodillas abrazado á la cruz.

VI.

Qué es eso? qué sucede en torno al monasterio? qué figuras son esas estrañas y confusas que se agitan, se mueven, se chocan, se cruzan y se esparcen por todos lados?

Diríase una legion de trabajadores nocturnos.

Pero, cosa mas estraña! sus piés no hacen ruido al andar, y nada se percibe tampoco cuando arrojan al suelo los pinos que elevan en hombros y que arrancan con sus manos solas del bosque vecino.

Son los demonios que, irritados al ver que Ponce se les escapa, quieren quemar el monasterio.

En un momento han arrancado todo el pinar inmediato y llenado de leña todo el circuito del monasterio.

Van á pegarle fuego, pero se detienen ante una seña de Satan.

Es que á Satan le ha ocurrido una idea.

Ha pensado que los monges pueden escapar de las llamas, burlarle con esto y hacer inútil su venganza. Mejor será, se dice, cojer una montaña y dejarla caer sobre el monasterio aplastándole con todos sus habitantes.

Sonrie Satan á la idea de hacer una torta del edificio y de los anacoretas,

dice á los suyos que se estén quedos, bate sus negras alas y de un vuelo se coloca en los Pirineos.

Escoje allí la peña mas grande, rompe sus uñas y ensangrienta sus manos para arrancarla, consigue por fin cargársela al hombro y, aunque no tan lijero como la primera vez, vuelve á rasgar los aires.

Está ya á la vista del monasterio.... Un vuelo mas y todo ha concluido para los monges.

En este momento supremo suena de pronto la campana que saluda á la aurora. Satan se estremece, al movimiento que hace resbala la peña de sus hombros y cae con un ruido terrible en el sitio donde está todavía.

Vuelve á sonar el toque de maitines, y á la voz de la campana que convida á la oracion y saluda al dia, disípase dando rugidos de furor la infernal cohorte.

A la puerta del templo, cuando la abrieron por la mañana, los monges encontraron á una muger tendida en el suelo y cadáver.

Era Eladia, la pobre loca escapada de la abadía donde la tenia presa su marido y muerta de hambre y de frio junto al monasterio de Piedra.

Aquella misma tarde los tres golpes de San Benito reunieron á la comunidad junto al lecho de Ponce que entregó su alma al Señor despues de una larga agonía.

Desde entonces le quedó á la peña el nombre de *La peña del diablo*.



LAS DEMAS ÓRDENES RELIGIOSAS.



OCAMOS al término de esta obra. Empero, no seria ella completa y no podríamos luego apreciar en un cuadro general la historia, el influjo y la propagacion de las órdenes monásticas, si antes no consagrábamos algunas lineas á las varias órdenes que no hemos hallado ocasion propicia para ir colocando en el curso de la obra.

Esto es pues lo que vamos á hacer en el presente capítulo.

Empezaremos por

LOS TRINITARIOS.

San Juan de Mata y San Felix de Valois, de Provenza el uno y descendiente el otro de la familia real de Francia, son los que en 1198 instituyeron esta órden. Es fama que San Juan de Mata tuvo una vision al elevar la hostia en la primera misa que dijo. Un ángel se le presentó con una cruz en el pecho de tres colores, esplicándole el mismo ángel que el color blanco representaba al Padre, el celeste al Hijo, y el rojo al Espíritu Santo. Repitióse mas tarde esta

vision ante Inocencio III, y no vaciló este por lo mismo en aprobar una órden que habia de tener por objeto la redencion de cautivos, objeto santo entre los santos. La nueva órden se llamó de la Trinidad en memoria de la vision.

Vueltos San Juan de Mata y San Felix de Valois á Francia, conseguido el breve del papa por el cual habian ido á Roma, fundaron un convento en la Galia Béljica, componiéndoles el obispo de París y el abad de San Victor una regla sumamente austera en que se les prohibia comer carne mas que los domingos, aun cuando se les diese de limosna. Empero, mas tarde corrijió esta severidad escesiva Clemente IV.

Magníficos y ópimos frutos dió esta institucion á la humanidad entera. Su historia íntimamente enlazada á la de los primeros cruzados, ofrece una serie de hombres religiosos, adictos, entusiastas, decididos, que fueron generosamente en busca del martirio para salvar á aquellos de sus hermanos que gemian en la soledad y lobreguez de las mazmorras. San Luis, que conoció y pudo apreciar en su infortunado viaje á la Tierra Santa, todos los bienes que daba de si su caritativo instituto, les profesó singular afecto y con él muchos señores que los establecieron en sus estados al regreso de Palestina. Sus trabajos en Trípoli, Tunez, Bona, Argel y Gerves demuestran su fé, su ardor, su entusiasmo humanitario.

Planteada fué esta religion en España por el mismo San Juan de Mata en 1199, año en que erigió su primera casa en Puente la Reina. Se contaban en nuestro pais 25 conventos de religiosos y 7 de religiosas sujetos á la provincia en Castilla; 30 conventos en Aragon, 18 de religiosos y 2 de religiosas sujetos á la provincia con 3 al ordinario en Andalucía.

Tambien tuvo esta religion como todas su relajacion, pero comó todas encontró un varon digno y cabal que trató de salvarla de una completa ruina. Fray Juan Bautista de la Concepcion de Almodovar del Campo dió principio á la reforma por los años 1597 en la villa de Valdepeñas.

Los que admitieron la reforma y se llamaron Trinitarios *descalzos* fueron primero subordinados al ministro general de los *calzados* por Paulo V, que los distribuyó además por varias provincias de España. En 1631 Urbano VIII les declaró independientes concediéndoles otro ministro general.

Las provincias que los *descalzos* tenian en España eran: la del Espíritu Santo con 11 conventos de religiosos y 1 de religiosas sujetas al ordinario; la de la Concepcion con 9 de los primeros y la de la Transfiguracion con otros 9.

La religion Trinitaria estaba estendida por todo el orbe. Tenia conventos y ejercia continuamente su instituto en Francia, en Castilla, Portugal, Navarra,

en toda Italia, con estension en los Estados de la Iglesia, en Alemania, por los dominios de la casa de Austria, Bohemia, Moravia, Hungría, Silesia, Trasilvania, y Servia, en Flandes, en Polonia, Lituania y Rusia. A mas, tenia el convento de Ceuta en África, un hospital en Argel, otro en Tunez, un convento en Canieck, capital de la Podolia, provincia dominada por el turco, y una residencia en Constantinopla con un diploma de la Puerta Otomana para erigir iglesias públicas y celebrar en rito latino los divinos oficios en su imperio.

LOS MÍNIMOS.

San Francisco de Paula, oriundo de Calabria, fué el fundador de esta órden que Eugenio IV aprobó con el nombre de *ermitaños de San Francisco de Asis*. Confirmóla Sixto IV en 1437 y Alejandro VI mandó que fuesen llamados *ermitaños de la orden de los Mínimos*. Fué esta religion declarada mendicante por Pio V en 1567. En París se llamaba vulgarmente *Buenos hombres* á estos religiosos, ya porque los reyes Luis XI y Carlos VIII llamaron así á su fundador y compañeros, ya porque se establecieron en un bosque de Vicennes y en un monasterio de religiosos que se llamaban de aquel modo.

En España eran llamados tambien de la *Victoria* y he ahí la tradicion de que tomó su origen tal nombre.

Hallábanse los reyes Católicos empeñados en el sitio de Málaga y próximos estaban á desistir viendo lo poco que adelantaban, cuando se les presentaron doce religiosos enviados por san Francisco de Paula, quienes les rogaron que no levantasen el asedio pues les aseguraban que al tercer dia se rendiria la ciudad. Diéronles crédito los reyes, y el éxito vino á cumplir la profecía. Agradecidos los dos monarcas al suceso, mandaron construir una ermita en el sitio mismo donde estuviera la tienda real, y allí dejaron una Vírgen que siempre llevaban consigo para que la venerasen con la advocacion de la Victoria. No tardó en fundarse allí el primer convento de la orden que tomó el mismo nombre.

Tambien habia en España la orden tercera de San Francisco de Paula con 7 provincias de religiosos: en la de Granada se contaban 21 conventos de religiosos y 5 de religiosas sujetos á la provincia, con 1 al ordinario: en Valencia nueve de hombres, en Cataluña otros tantos con 2 de mugeres sujetos al ordinario: en Andalucia 17 conventos de hombres y 3 de religiosas sujetos á la provincia: en Aragon 6 de hombres y 5 en la de Mallorca.

LOS AGONIZANTES.

Estos religiosos, conocidos tambien con el nombre de *bien morir*, fueron instituidos por San Camilo de Lelis, el cual despues de haber servido muchos años á la república de Venecia, fué herido, moviéndole este accidente á dedicarse al servicio de los hospitales. El objeto de esta congregacion era procurar toda clase de alivio á los enfermos, instituto que aprobó Sixto V en breve de 8 de Marzo de 1586.

Muerto su fundador, degeneró algun tanto la órden y en lugar de ocuparse como antes los individuos en todos los oficios de los criados ordinarios de los hospitales, quedaron reducidos al único pero piadoso cargo de asistir á los enfermos.

Tenian en España 6 casas habiendo sido la primera la que fundó en Madrid en 1643 el padre Miguel Juan Monserrat, nombrada de la *Asuncion*.

LOS PREMOSTRATENSES.

San Norberto nacido en la ciudad de Xantes fué su patriarca y fundador. Era hombre orgulloso, altivo, indómito, y aunque canónigo, vivia nó como le exijia él sagrado ministerio que profesaba, sino con una conducta desarreglada y como el mas atolondrado caballero. Empero cuéntase que un dia que caminaba de Colonia á Freben, se desató repentinamente una tempestad furiosa, y un rayo que cayó á sus piés le hizo abandonar la conducta que seguia, inclinando su ánimo á distintos pensamientos. Presentóse pues á las puertas de un monasterio de Benitos y, renunciando á su licenciosa vida, trató de ganar con ayunos, oraciones y penitencias la gloria eterna.

Poco hacia que estaba en el convento, cuando trató de reformar aquella casa, pero oponiéndose sus monges, pasó á Lion donde su obispo le ofreció varios sitios para que fundase. Entre estos escojió el que llamaban selva de *Premostrato*, y allí levantó su primer monasterio, tomando de aquí los que siguieron su institucion el nombre de Premostratenses.

Dos legados de la sede apostólica aprobaron la orden en 1124 y Honorio II la confirmó por su bula *Dilectis Filiis Norberto* en 1131. Al principio no tuvieron los religiosos mas rentas que la madera que contrataban del citado bosque y que vendian en Lion, pero á los treinta años despues, ya contaban con 100 abadías en Francia y Alemania; paises donde echaron mas poderosas raices.

Esta orden fué establecida en España en 1145, siendo su primera fundacion el monasterio de Retuerta ó Fuentes Claras erigido en abadía por Don Bernardo, abad de *Casa Dei* en Gascuña por el año de 1148. Sus abades eran perpetuos en nuestro pais.

Tenian en él los Premostratenses 11 monasterios y 2 de religiosas sujetos al ordinario.

LOS MENORES.

La orden de clérigos Menores tuvo principio en Nápoles en 1588 instituida por algunos nobles italianos que recurrieron al papa para que les fuese aprobada su institucion con el título de *Mariana*, pero Sixto V que era *menor* no accedió sino á que se llamasen Menores, pues decia, que ya que habia en la Iglesia religiosos menores, justo era que hubiese tambien clérigos con esto título.

En el mismo año de 1588 fué aprobada la orden. Era su cuarto voto no pretender dignidades ni admitirlas, sino en fuerza de precepto pontificio.

Tenian cuatro clases de casas: unas para ejercicios, otras para educacion de sus novicios, otras donde enseñaban las ciencias no solo á los religiosos sino á todos los que querian aprenderlas, y otras que llamaban eremitorios, cuya entrada prohibian á los seglares.

Introdújose esta religion en España en 1594 siendo su primera casa en Madrid. Tenian dos provincias; en la de Castilla contaban con 11 casas, en la de Andalucia con 4.



RESUMEN HISTÓRICO.

Fué por largo tiempo un consuelo para el género humano el que hubiese, el que hallasen asilos abiertos todos aquellos que querian huir las opresiones del gobierno godo ó vándalo. Casi todo el que no era señor de castillo era esclavo. En la dulzura del claustro se escapaba á la tiranía y á la guerra. Lo poco de los conocimientos que quedaba entre los bárbaros, fué perpetuado en los claustros. Los benedictinos transcribieron algunos libros. Poco á poco inventos útiles fueron saliendo de los monasterios. Por de pronto, estos religiosos cultivaban la tierra, cantaban los loores de Dios, vivian sobriamente, eran hospitalarios, y sus ejemplos podian mitigar la ferocidad de aquellos tiempos de barbarie.

No puede negarse que haya habido grandes virtudes en el claustro. . . . .

Los cartujos, apesar de sus grandes riquezas, se consagran sin descanso al ayuno, al silencio, á la oracion, á la soledad, tranquilos sobre la tierra, en medio de tantas agitaciones cuyo ruido apenas llega hasta ellos, y no conociendo los soberanos mas que por los rezos en que están insertos sus nombres.... Los benedictinos han dado muchas buenas obras...... Los jesuitas han hecho grandes servicios á las letras..... El primer deber es el de ser justo.....

Acaso no hay nada mas grande en la tierra, que el sacrificio que hace un sexo delicado, de la belleza, de la juventud, á menudo de la alta posicion, para aliviar en los hospitales ese amalgama de todas las miserias humanas, cuyo aspecto es tan humillante para el orgullo y tan asqueroso para nuestra delicadeza. Los pueblos separados de la comunion romana, no han nunca imitado mas que imperfectamente una tan generosa caridad....

VOLTAIRE.



ITAMOS á propósito antes de comenzar nuestra tarea en este capítulo, las palabras de un escritor que nadie ciertamente podrá tachar de indulgente para las instituciones católicas y para las de los frailes en particular.

Creemos haberlo dicho ya al principio de esta obra y lo repetiremos ahora, en el momento de ir á hacer un histórico resúmen para mejor comprension de nuestros lectores: ni hemos querido hacer la apología de los conventos, ni su sátira; nuestra intencion constante ha sido la de hacer resaltar los grandes beneficios de unas instituciones que han con-

tribuido á la marcha de la civilizacion, y la de hacer constar como su relajacion y mas el odio de los hombres las ha muerto en el seno mismo del cristianismo donde habian nacido. Todo esto unido con la historia particular de cada convento y la relacion de sus tradiciones, de esta manera hemos tratado de dar á la obra una amenidad que no hubieran ciertamente tenido en caso contrario.

El trabajo que ahora vamos á hacer no será perdido. En un cuadro general, y sin que nos detengamos á estudiar cada una de las fases que ha sufrido la vida monástica en la gran historia de la humanidad, vamos á presentar la historia de los conventos y á poner á los ojos del lector la escala proporcional, la especie, que así puede llamarse, de línea de relevos por la que vino la influencia monástica de oriente á occidente adelantando impávida en el camino de las riquezas y como diciendo orgullosamente: Hasta apurarlo!

Antes empero de entrar de lleno en nuestro asunto, nos parecen necesarias algunas consideraciones generales.

El ascetismo, que guia y conduce á la vida cenobítica, encuentra su orígen en los sentimientos mas íntimos y mas profundos del alma humana; por lo mismo observan muy bien los escritores que no hay religion en que no se encuentren anacoretas y cenobitas. La soledad, el aislamiento, la poesía inmensa del desierto responden á una eterna necesidad del alma humana que, particularmente en ciertas situaciones, necesita campo en que espaciarse, necesita algo en que creer, algo que adorar. Por esto el Egipto, la India y la China han tenido siempre sus fanáticos solitarios; por esto Grecia tuvo la escuela de Pitágoras; por esto tuvo Roma un colegio de vestales.

El orígen de la vida monástica se remonta á las primeras edades del mundo. El profeta Elías, huyendo la corrupcion de Israel, se retiró con algunos discípulos á orillas del Jordan donde vivió de yerbas y raíces. San Juan Bautista siguió este ejemplo.

Desde un principio se vió á los cristianos refugiarse en la soledad para no pensar mas que en el ayuno, en la oracion, en la penitencia, creyendo que tanto mas se acercaban á Dios cuanto mas se alejaban de los hombres. Fueron llamados *ascetas* del griego *asketes* (que se ejercita), porque se consagraban completamente á los ejercicios de la piedad.

El mismo Jesucristo marcó con el sello de su aprobacion este género de vida pasando cuarenta dias en el desierto. Mas tarde, la base del estado monástico se ensanchó. Crueles persecuciones ensangrentaron los tres primeros siglos de la era cristiana, y viose entonces á los fieles de Egipto y lugares comarcanos correr al desierto en busca de asilos inaccesibles á los verdugos.

Entre estas familias, que un autor eleva nada menos que al número de 66,000 varones y 20,000 mugeres, habia muchos hombres entusiastas que esperaban hallar con sacrificios y rigores estraordinarios la calma que les huia. Estos solitarios vivian aislados unos de otros y en habitaciones separadas.

San Pablo, primer ermitaño, se retiró á una gruta de la Tebaida en 259 huyendo las persecuciones de Decio, y hasta la edad de ciento catorce años vivió en una caverna, alimentándose de los frutos de palmera que tapizaban la entrada. Otro egipcio, San Antonio, abrazó el mismo género de vida y tuvo numerosos imitadores.

Todos aquellos cristianos vivian en celdas ó cabañas separadas, colocadas á alguna distancia unas de otras. Poco á poco fueron acercándose estas chozas, no solo porque aumentaron en número, sino por la necesidad moral que esperimenta el hombre de vivir con su semejante. Los anacoretas se reunieron entonces para los ejercicios religiosos, invocando aquello del Evangelio: « Por todas partes donde dos de vosotros estarán reunidos para rezar en comun, yo estaré en medio de ellos. » Respecto á lo demás prosiguieron viviendo separados, pero á partir de aquel instante los primeros pasos estaban ya dados y la vida conventual no podia tardar.

No puede verdaderamente negarse á San Antonio el título de *padre de los cenobitas* que se le da por escelencia, así como á San Pablo el del *primero de los ermitaños*, pero acaso pueden disputarse las razones de aquellos escritores que quieren suponer que se debe á San Antonio la institucion de los primeros monasterios.

La mayor parte de los autores tienen por institutor de la vida monástica á San Pacomio que fué, en efecto, quien en el siglo cuarto estableció los primeros monasterios regulares, componiéndoles una regla comun que debian acatar y viviendo juntos cada treinta ó cuarenta en una misma morada. Cada uno de estos monasterios tuvo un superior al cual la comunidad entera debia la mas absoluta sumision.

De aquí empezó á nacer la distincion entre *cenobitas,* del griego *koinos* (comun) y *bios* (vida, vida comun), monges que vivian en comunidad, y *eremitas* del griego *éremos* (desierto), ó *anacoretas*, del griego *anachóreo* (yo me retiro), que vivian solos.

Por lo demás todos estos religiosos orientales cenobitas ó anacoretas, vivian en la mayor pobreza ganándose con el trabajo de sus manos lo que necesitaban para vivir. No cultivaban la tierra de que ninguna parte poseian; su principal y acaso tambien su única industria era la fabricacion de esteras que te-

jian con hilos de palmera. Estas esteras, que eran de uso general en todo el Oriente, bastaban con su venta para cubrir las necesidades ya de sí bastante modestas y reducidas de los pobres solitarios.

Calcúlase que en el siglo V los monges egipcios escedian de cincuenta mil, pero el número parece exajerado. Sin embargo, es positivo que fueron inmensos los que corrieron á abrazar aquel nuevo género de vida, obedeciendo á aquellas santas palabras del Evangelio: « Si quereis ser perfectos, id y vended lo que poseeis, dádselo á los pobres y tendreis un tesoro en el cielo. »

Hay historiadores que prefieren los anacoretas á los cenobitas y los creen mas adelantados en la perfeccion, pero San Basilio entre otros ensalza á los cenobitas y dice: « que habiendo querido Dios que tuviésemos necesidad los unos « de los otros, debemos por esta consideracion unirnos todos los unos á los « otros; que las ventajas que poseemos son inútiles en una vida absolutamen- « te solitaria; que esta no se propone mas que un objeto, cual es la comodidad « del que la abraza, lo que es visiblemente contrario á la caridad que el Após- « tol ha tan perfectamente cumplido, y que consiste en no buscar lo que nos « es ventajoso en particular, sino lo que es ventajoso á muchos para ser sal- « vados; que los solitarios no reconocen fácilmente sus defectos, faltos de per- « sonas que les reprendan y corrijan; y que puede atribuírseles estas palabras « del sabio: *Infeliz del que está solo, porque si cae, no tiene á nadie que le « levante....* »

Si es efectivamente cierto que la vida monástica responde á una necesidad íntima y profunda de la humana naturaleza, cuánto mas cierto no es que esta necesidad debió sobre todo despertarse en el alma de las mugeres, de esos corazones poéticos por escelencia que vivian entre una sociedad entregada por completo al materialismo y á la violencia! Así es que, cerca de los primeros monasterios de hombres, y á su imitacion, no tardaron en elevarse conventos de mugeres.

Parece que el primero de ellos fué fundado tambien por San Pacomio para su hermana, en frente de su propio monasterio. El Nilo separaba entrambas casas. Los monges entonces podian ver las religiosas que algun lazo de familia unia á ellos. A mas, hacian para ellas todas las obras que requerian la mano de los hombres, pero el fundador habia cuidadosamente alejado de sus relaciones toda intimidad, toda vida comun. Un solo caso, la muerte, producia una infraccion á esta regla severa.

Cuando una religiosa moria, las otras preparaban todo lo que era necesario para la sepultura, y la llevaban á orillas del rio que separaba los dos monas-

terios, cantando salmos segun la costumbre. Entonces los monges pasaban con ramos de palma y olivo y cantando la llevaban á la otra ribera enterrándola en sus sepulcros.

La vida monástica fué adelantando. San Antonio habia establecido los primeros monasterios en la baja Tebaida; San Pacomio en la Tebaida alta. El desierto de Scetis fué tambien muy célebre por la multitud de santos que vivieron en él y que obedecieron por gefe á San Macario el egipcio.

En 306, San Hilario, otro discípulo de Antonio, se retiró á la Palestina donde fundó monasterios parecidos á los de Egipto. La Siria fué tambien habitada por santos religiosos bajo la direccion de Aones, y por ellos los habitantes idólatras tuvieron conocimiento del verdadero Dios. La montaña de Sinai, tan célebre por haber sido la morada de dos santos, fué tambien habitada por dignos monges en el siglo IV. En Persia muchos solitarios, siguiendo las huellas de la sangre de otros cristianos que la derramaron generosamente por la fé, corrian al martirio con la misma generosidad. San Gregorio, apóstol de Armenia, introdujo asimismo la vida monástica en este reino. Por fin, casi no hubo provincia en Oriente donde no fuese establecida.

Pero su mayor brillantez fué cuando San Basilio la hubo introducido en el Ponto de la Capadocia hácia el año 363, y la hubo reducido á un estado uniforme; cuando hubo reunido los solitarios y los cenobitas; cuando hubo dado la postrer perfeccion al estado monástico, obligando á los religiosos á comprometerse por votos solemnes y les hubo escrito reglas, reconocidas tan santas y tan saludables, como una especie de resúmen de la moral del Evangelio, á la que con el tiempo la mayor parte de los discípulos de San Antonio, San Pacomio, San Macario y otros antiguos padres del desierto se sometieron, dándole el nombre de *Patriarca de los monges de Oriente*.

La profesion monástica no hizo menos progresos en Occidente donde los disturbios suscitados en la Iglesia por el furor de los arrianos, la hicieron pasar hácia el año 339. San Atanasio que se habia retirado á Roma con varios sacerdotes y dos monges de Egipto, publicó la *vida de San Antonio* é inspiró á los occidentales el deseo de imitarle. Construyéronse entonces en Roma dos monasterios que sirvieron como de modelo al resto de Italia.

A fines del mismo siglo la vida monástica fué introducida en las Galias por San Martin. El obispo Máximo fundó los monasterios del Delfinado y del Lionés. La Provenza vino á ser émula del Egipto.

En España por el concilio de Zaragoza en 380 sabemos que se habian ya fundado monasterios. Ambrosio dirigia los de Milan en Italia. En África Agus-

tin habia obligado á su clero que hiciese vida comun. En Siria, cerca de las márgenes del rio Eufrates, Alejandro juntó los sirios con los griegos, los latinos con los egipcios, los reunió en comunidad y los dividió en coros. Severino los estableció en la Noricia, hoy Austria. De manera que el mundo quedó enteramente poblado de religiosos.

Por fin, á principios del siglo VI apareció San Benito imponiendo una nueva regla á los monges que habia reunido en el monte Casino, regla que la diferencia del clima exijió mas dulce que la de San Basilio y que bien pronto fué seguida por todos los monges que le veneraron como *patriarca de los monges del Occidente*.

San Agustin, religioso de San Benito y despues obispo de Cantorbery, enviado á Inglaterra por el papa San Gregorio para predicar la fé, introdujo en aquella nacion el estado monástico. Este estado se elevó á tal consideracion, que en el espacio de doscientos años treinta reyes y reinas de dicho reino prefirieron el hábito monacal á sus coronas, y fundaron soberbias abadías donde acabaron sus dias en el retiro y en la soledad.

Los monasterios fueron multiplicándose por todas partes con la brillante aparicion de Benito y de su regla escrita en el fondo de la solitaria gruta de Sublac. La fundacion de los monasterios y conventos se consideraba en aquellos tiempos como una de las espiaciones de los grandes crímenes, así es que los pecadores se apresuraban á tranquilizar su conciencia edificando asilos de paz y de religion.

La última mitad del siglo séptimo y particularmente los principios del octavo vieron elevarse un gran número de estos edificios piadosos, asilos ó mejor bibliotecas fortificadas donde las artes y las letras eran cultivadas con tanto ardor como éxito por hombres que se entregaban completamente á su estudio en el fondo del solitario claustro, como mas tarde los alquimistas, con menos éxito por cierto, debian entregarse con entusiasmo á las pesquisas de la piedra filosofal en oscuros subterráneos sepultados en las entrañas de la tierra.

Al rededor de estos conventos, á la sombra de los cuales se creian mas felices, se refugiaron pobres siervos que construian sus vacilantes cabañas, bien agenos de pensar que un dia se trocarian en pueblos aquellos grupos de miserables chozas para mas tarde convertirse en ciudades.

Brillante espectáculo el que ofrecen entonces aquellos tiempos á los ojos de cualquier filósofo pensador!

Roma, que habia tenido sus cuatro épocas: la monarquía, la república, el imperio y el bajo imperio, es decir que habia sido primero un campamento,

despues un palenque, luego un festin y por fin una orgía, Roma se habia dormido una noche libre para despertar al siguiente dia esclava.

Roma habia pasado, pero, ciudad predestinada, sobre sus escombros se elevaba un nuevo mundo. La doctrina regeneradora de Cristo la habia elegido por metrópoli. Habian desaparecido sus emperadores, sus cortesanas, sus cónsules, sus libertos y sus esclavos, y en su lugar se veia á ancianos venerables llevando la cruz y el Evangelio, á hombres que, predicando la instruccion y la libertad, se hacian mártires para que la posteridad agradecida les convirtiera en santos.

La historia, que ni miente jamás, ni jamás tuerce sus juicios, nos presenta á aquellos antiguos monges como los mas simpáticos modelos de las mas preclaras virtudes; nos los muestra reuniendo la brillantez de la inteligencia á la dignidad del sacerdocio, una dulzura inalterable á una firmeza invencible, encaminando á los reyes hácia la virtud, dirigiendo á los grandes hácia la instruccion, guiando al pueblo hácia la libertad.

Por desgracia esto duró poco, y hemos de creer que la regla de San Benito, esa gran manifestacion de la vida monástica, no fué exactamente seguida por todos los conventos que la adaptaron; y hemos de creer tambien que los desórdenes y los escándalos habian empezado á estallar en los claustros, cuando vemos en el siglo nono á Ludovico *Pio* ordenar la gran reforma del estado monástico, que guardó el nombre de San Benito de Aniana, uno de sus mas ardientes promotores.

La reforma se creia útil fundándose en que la mayor parte de los disturbios que brotaban en el seno de los claustros, provenian de ser diversas las reglas. Sometiendo todas las órdenes á una misma disciplina, la reforma contaba seguro su triunfo.

Para llegar pues á esa deseada unidad, especie de monarquía universal monástica, como política debia mas tarde soñarla el mas poderoso monarca del mundo, San Benito de Aniana compuso tres colecciones de reglas conventuales.

Primera: la de los monges de Oriente.

Segunda: la de los monges de Occidente.

Tercera: la de las religiosas.

Hizo de este modo un trabajo combinatorio de la concordancia de estas reglas, en el cual todas tenian relacion con los diversos capítulos de la regla de San Benito, como para servirlas de comentario.

Sin embargo, esta reforma no satisfizo, y cuando se pretendió estenderla á todo el imperio de Carlo-Mágno, suscitó los mas graves disturbios en los mo-

nasterios, y lejos de hacer duradero el imperio del orden, pareció haber tenido el triste privilegio de provocar la rebelion y la anarquía.

Los monasterios se convirtieron en una especie de palenques, en una especie de hervideros de pasiones y de intrigas.

En esto, la mayor parte de las naciones del Occidente, la España, la Italia, la Francia, la Inglaterra y la Alemania se veian ya invadidas por hordas salvages de indómitos conquistadores que convertian los templos en cuadras para sus caballos y las ciudades en orgías donde se entregaban con el mas insolente furor en brazos de sus desordenados apetitos.

En medio de toda esta crisis violenta, las letras se refugiaron completamente en el claustro esperando el gran dia de darse á luz, dia que lo debieron tambien á los hombres de la Iglesia que prepararon su restablecimiento con la conservacion de los manuscritos y con haber guardado la clave de las lenguas griega y latina, sin las cuales todos los tesoros de la ciencia hubieran sido inútiles.

A medida que las naciones empezaron á tomar consistencia, á medida que los pueblos empezaron á arrojar como una carga pesada el vasallaje impío de sus tiranos conquistadores, á medida en fin que los reyes empezaron á sentirse firmes en sus tronos, los monasterios empezaron á reflorecer acumulando rentas y riquezas que les legaban ya los nobles que morian en la guerra, ya los reyes que habian hecho voto de ello en sus empresas, ya los particulares que daban oro en cambio de oraciones que les abrieran el camino del cielo.

Hubo entonces una época en que los monges tuvieron esclavos y vasallos, los abades formando con ellos pequeños ejércitos tomaban parte en las contiendas civiles, organizáronse feudalmente y en lugar de ser hombres de paz, fueron hombres de guerra. La relajacion asomaba por todas partes su monstruosa cabeza, fué desconocido generalmente el espíritu de la primitiva Iglesia y manifiestas y repetidas las infracciones á los cánones. De manera que, como dice el abate Fleury, luego que los obispos y los monges empezaron á poseer grandes riquezas, dejaron de ser apóstoles y discípulos de Cristo.

Necesitaba esto un dique y he ahí que se presentó el siglo X, rico de reformas. La mas importante fué la de Cluny, en la cual el trabajo intelectual reemplázó al de las manos.

En seguida vino San Romualdo y fundó la orden de los *Camaldulenses* en Italia, y San Juan Gualberto la de *Valle Umbrosa* que destruyó la igualdad evangélica en el seno de los conventos.

En efecto, hasta entonces todos los monges, á escepcion del abad y prior, llenaban cada uno á su vez los trabajos mas humildes, sirviéndose mutuamente como hermanos. Con la nueva reforma se crearon los *legos*, encargados de los deberes serviles del monasterio. Ya desde aquel momento hubo en los claustros amos y criados.

En la época en que San Romualdo y San Gualberto fundaban sus conventos en Italia, San Bruno establecia en Francia la órden de los *Cartujos* y se echaban tambien en la misma nacion los primeros fundamentos de la órden del *Cister*.

Estos nuevos institutos monásticos se proponian todos restituir su primitiva pureza á la regla de San Benito, pero, justicia es decirlo, el espíritu del gran patriarca no habitaba ya entre los monges que, viviendo en una opulenta aristocracia, acabaron por despertar la grande democracia de las órdenes mendicantes.

En el siglo XII San Bernardo, el gran coloso de la reforma, el predicador de las cruzadas, pero tambien el perseguidor de la filosofía regeneradora en la persona de Abelardo, tan famoso en las escuelas, y que pagó con sus desgracias su reputacion y sus amores, San Bernardo, decimos, ilustró la órden del Cister elevándola á un grado de brillantez y de esplendor como pocas veces lo haya tenido ninguna órden monástica.

En la misma época Roberto de Abriseles estableció la órden de *Fontevrault* que puede considerarse como la caballería monástica, y en la que se veia á hombres y mugeres sometidos todos á una abadesa que tenia el título de generala.

Finalmente, aparecieron tambien en el mismo siglo aquellos monges que se propusieron unir la profesion de las armas al estado religioso. Los Templarios, los caballeros de San Juan de Jerusalen que acabaron siendo la órden de Malta, los de la órden Teutónica, los de San Lázaro, y posteriormente en España los de Calatrava, Santiago y Alcántara, fueron comunidades religiosas conocidas bajo el título de órdenes militares.

El número de las órdenes religiosas se habia aumentado escesivamente en el siglo XII. Al principio del XIII el movimiento continuaba, pero las miras de los nuevos reformadores religiosos se dirigian mas casi á la ciencia que á la piedad, muchos de entre ellos fueron verdaderos sabios, dignos precursores de los eruditos Benedictinos de los siglos XVII y XVIII.

Entónces fué cuando se vió nacer las órdenes mendicantes, que se dieron como santo y seña reformar los abusos que las riquezas habian introducido en

el seno de los conventos. Los Franciscanos y los Dominicos se habian propuesto volver á la tierra la pobreza y la igualdad.

Cedamos la palabra por un momento á plumas acreditadas y célebres.

« Franciscanos y Dominicos, dice Fleury, hacian voto de llevar el Evangelio á los pueblos no iluminados aun por la doctrina de Cristo, ó bien cegados por la herejía. Mas de una vez estas predicaciones costaron la vida á algunos de entre ellos. Unos y otros se entregaban con ardor al estudio. Los Dominicos españoles estudiaban el hebreo y el árabe para poder trabajar en la conversion de todos. Todo lo bueno que hubo lugar entonces y todo lo útil en la literatura, en la ciencia y en la religion fué ejecutado por los hermanos de aquellas órdenes.»

« Las órdenes de Santo Domingo y San Francisco, sobre las cuales trató el papa de sostener la Iglesia en ruina, dice M. Michelet, tuvieron una mision comun: la predicacion. La primera edad de los monasterios, la edad del trabajo y de la cultura, en que los Benedictinos habian cultivado la tierra y tambien el espíritu de los bárbaros, esta edad habia ya pasado, y la de los predicadores de la cruzada, de los monges de Claraval y Cister, habia concluido con la misma cruzada. Era una cruzada moral la que faltaba á la Iglesia, una cruzada que atrajera los hombres nó á la Jerusalen de Judea, sino á la Jerusalen de caridad, de uncion, de sencillez y de obediencia. Los monges sedentarios y encastillados no servian ya, tratándose de herejes que corrian activos por el mundo esparciendo sus doctrinas.»

« Gregorio IX, dice M. Lavallée, quiso remojar las órdenes monásticas en su manantial plebeyo, é instituyó las órdenes mendicantes de San Francisco y Santo Domingo: esos religiosos de un nuevo género, debian llevar una vida, nó ya contemplativa, sino práctica, para reemplazar al clero secular en todas sus funciones. Debian colocarse en la mas baja de las condiciones sociales para volver á llamar la pobreza y la humildad evangélicas; debian no tener mas superioridad que la de la ciencia y la de la adhesion, ser ambulantes y sin patria, no vivir mas que de limosnas, no poseer nada propio, en fin, debian no tener mas que un dueño, el papa, y, adictos plenamente á su voluntad, ser sus misioneros, sus mensageros, sus colectores. Enemigos del clero nacional, sustraidos á la jurisdiccion episcopal, encargados de la educacion popular, los frailes mendicantes llegaron á ser una milicia respetada, toda salida del pueblo, siempre mezclada con él, llevando sus groseros hábitos y comiendo su pan negro, riendo y llorando con él; apóstoles de la gracia, teólogos sabios y oradores populares; llenos de exaltacion mística, de humil-

dad y de espíritu de penitencia, regeneraron la Iglesia segun el espíritu de los pueblos, é hicieron callar sus justos murmullos contra las riquezas, el orgullo y los desórdenes de los otros monges.»

Grandes hombres, casi todos místicos, salieron del seno de las órdenes mendicantes. Pero tambien, este mismo misticismo, que era verdaderamente el alma de los frailes mendicantes, no tardó en arrastrarles á un verdadero abismo y á suscitarles numerosos y poderosos enemigos. Fué primero la universidad de París en la última mitad del siglo XIII; despues, en el siglo XIV, el concilio de Viena condenó á los Franciscanos por haber llevado hasta los límites mas exaltados el amor de la pobreza y la doctrina de la abnegacion.

Sucediéles luego lo que sucedido habia á las órdenes militares, á las órdenes monásticas: Dominicos y Franciscanos, impelidos por miserables rivalidades, por torpes rencillas, se disputaron entre ellos con gran escándalo de la cristiandad. Duraron estas disputas durante todo el siglo XIV y no fueron la menor de las causas que contribuyeron á atraer los grandes males que aun deplora en el dia la Iglesia.

En cuanto á los Franciscanos, aun debian dar otro ejemplo triste al mundo católico. Rebeldes á las decisiones de Juan XXII, aun debian responder, á los anatemas de este pontífice con otros anatemas, aun debian decretar su deposicion y uno de los hijos de San Francisco declararse anti-papa.

Durante todo el siglo XV la vida monástica no presenta ningun fenómeno notable, como no sea la institucion de las *arrepentidas*, fundada en París por un Franciscano.

Es de advertir que ya estaban fundadas tambien las dos órdenes de los Trinitarios y Mercenarios, que tan ópimos frutos produjeran á la cristiandad entera.

Llegó el siglo XVI. Nunca siglo mas fecundo en acontecimientos ha dibujado su perfil en la historia de la Iglesia. La reforma rugia por todas partes, la tempestad avanzaba horrísona, y como del seno de la tormenta se ve salir el rayo, así del seno de la reforma se vió salir á Lutero.

Segun los autores, los frailes de Santo Domingo recibieron en 1517 de Leon X el encargo de predicar y vender las indulgencias cuyo producto estaba destinado á la conclusion de la iglesia de San Pedro. Parece ser que esta venta de indulgencias se ejecutó de la manera mas escandalosa, y parece ser tambien que no faltó un fraile llamado Tetzel el cual en las plazas y establecimientos públicos de Sajonia vendia no solo la absolucion de las faltas pasadas, sino tambien la de los pecados que pudieran cometerse en lo futuro.

Dícese que los Agustinos clamaron contra esos escesos, y uno de ellos, dotado de una imaginacion mística, Lutero, que era entonces el mas famoso doctor de la universidad de Wittemberg, fué encargado por el general de su órden de oponerse á las predicaciones de los Dominicos.

Lutero, una vez entrado en el camino ya no se detuvo tan pronto, y luego de haber clamado contra los abusos que se habian introducido en los monasterios, empezó por atacar las mismas instituciones conventuales en su esencia. Las palabras del doctor de Wittemberg no tardaron en producir sus frutos, y en 1523 nueve religiosas alemanas, abjurando sacrílegas las promesas que solemnemente hicieran al pié de los altares, abandonaban su convento para entrar en el mundo. Una de ellas era Catalina de Bora que dos años mas tarde debia casarse con el mismo Lutero.

El ejemplo fué seguido por mas de un monge y de una monja, y la herejía se fué haciendo un cuerpo compacto bajo el nombre de *protestantismo.*

La Iglesia se vió verdaderamente en peligro ante la hidra monstruosa que surjió mostrando sus múltiples y deformes cabezas.

Es sin embargo cierto, no puede negarse, que habia abusos en el fondo de los conventos, pero tambien lo es que para remediarlos reunió el papa un concilio en 1537. He ahi las tristes palabras de los padres de este concilio:

«Con dolor debemos confesar que hay muchos desórdenes en las casas religiosas, y desórdenes tan públicos que causan grande escándalo á los laicos. Por esto somos de parecer que se deben abolir los monasterios que se llaman conventuales, no de pronto, ni violentamente, sino prohibiendo á los religiosos que reciban novicios, á fin de que dejando morir á los antiguos, se ponga en su lugar á gentes mas arregladas. Pensamos tambien que desde el momento se debiera despedir á todos los que no son profesores; y advertimos á los superiores para que cuiden que los confesores sean bien instruidos y de costumbres arregladas, y que no presenten mas que estos á los obispos para ser aprobados.»

Mientras tanto, Enrique VIII en Inglaterra, el verdugo de Catalina Howard y Ana Bolena, suprimia en su pais los monasterios y se apoderaba de sus riquezas.

La reforma iba ganando terreno. El norte pertenecia ya todo entero al protestantismo, pero en cambio el mediodía se afirmaba con tanta mayor tenacidad en la antigua fé, cuanto mas la veia amenazada en el norte.

Cúpole entonces á la España, pais católico romano por escelencia, la gloria de lanzar al mundo una órden verdaderamente nueva, apropiada á las nece-

sidades de la Iglesia y destinada á servir á la ortodoxía contra la herejía, á ser por el pronto el David que debia matar al Goliat.

Hablamos de los Jesuitas.

Ya hemos dicho en otro lugar todo lo que podíamos decir de ellos. Fueron grandes, fueron dignos, fueron admirables varones. Su aparicion en el palenque, salvó á la Iglesia romana.

Con el objeto de hacer renacer el espíritu de los apóstoles, Cayetano y sus compañeros fundaron los *Teatinos*, renunciando toda especie de propiedad y privándose de pedir limosnas. Nacieron tambien entonces los *Barnabitas*. Felipe Neri fundó la congregacion del Oratorio prometiendo dar instruccion al pueblo.

Finalmente en el mismo siglo se hicieron las reformas de los frailes *Menores*, de los *Capuchinos*, de los *Recoletos*; hizo tambien la suya Santa Teresa de Jesus, que estendió á los Carmelitas, y Juan de Dios fundó la órden de los Hospitalarios.

El siglo XVII produjo aun el fundador Vicente de Paul á quien la humanidad agradecida ha levantado estatuas, y el reformador Rancé que creó los monasterios conocidos con el nombre de la *Trapa*.

Varones dignos, espíritus elevados, corazones rectos y grandes continuaron saliendo todavía de los conventos, pero en general la mayor parte de estos habian llegado á ser asilos solo de bienestar material en el siglo XVIII.

Entonces fué cuando la Asamblea constituyente de Francia dió el golpe de gracia á los conventos. Por decreto de 13 Febrero de 1790 fueron suprimidas las órdenes monásticas.

España era acaso la nacion que poseia mas conventos. A principios del siglo actual, segun el historiador Toreno, contábanse en nuestro país 2051 casas de religiosos y 1075 de religiosas, ascendiendo el número de individuos de ambos sexos, inclusos legos, donados, criados y dependientes á 92,727.

Tal era el estado de las comunidades religiosas cuando llegó el emperador Napoleon á nuestra patria. Esta se irguió terrible como el leon que siente pisada su cola, y tuvo lugar entonces aquella famosa guerra de la independencia que página tan ilustre, pero tambien tan sangrienta debia legar á la historia.

Todos saben lo que hicieron entonces ciertas órdenes religiosas, todos saben como, el crucifijo en la mano, las palabras de *trono* y *religion* en los labios, supieron arrojar ejércitos enteros ante los pasos de los vencedores de Jena y Austerlitz.

Los frailes se multiplicaron, salieron en masa de sus conventos, se hicieron

guerrilleros, se hicieron soldados, se hicieron generales. El pueblo se lanzaba tras sus huellas y ellos le entusiasmaban, le embriagaban con sus predicaciones y con los escritos que repartian en que Napoleon era pintado con los mas negros y mas feos colores.

Uno de estos escritos ha llegado á nuestras manos y vamos á trasladarle á continuacion. Es un curioso documento, insulso y necio, es verdad, pero que no debe ser despreciado por el que trate de escribir la historia contemporánea. Mejor que un volumen entero, este escrito prueba la candidez tradicional de ese pueblo que tuvo la gloria inmarcesible de vencer á Bonaparte; mejor que un volúmen entero, este escrito manifiesta todo lo que podia esperarse de unos hombres que creian á ciegas lo que en él se decia, que tenian fé en las palabra en él estampadas, y que al mismo tiempo que combatian por su religion y por su patria, creian combatir contra el monstruo mas execrable que habia producido la tierra.

Pedimos perdon á nuestros lectores de insertar aquí este documento que en el dia seria tildado merecidamente de *tabernario*, pero creemos prestar un servicio sacándolo del olvido, tanto mas cuanto que no deja de dibujar en parte la fisonomía de una época.

He ahí el escrito en cuestion, al cual conservamos su forma y su ortografía.

PREGUNTAS Y RESPUESTAS SOBRE QUIEN ES BONAPARTE.

P. ¿Quien es Bonaparte?

R. Un hombre, ó una furia vestida de nuestra carne, que Dios ha enviado al mundo para su castigo.

P. ¿Donde nació?

R. En la isla de Córcega, para deshonrarla, y cubrir su nombre de vergonzosa ignominia, por ser un monarca que solo ennoblecé sus águilas con el destrozo, carnicería y sangre, con la ruina de los pueblos, y con el exterminio de la nacion que manda. ¿Que es ver tantos montones de conscriptos en Jena, y Eylau? ¿ tantos franceses muertos y despedazados en Egipto? ¡Qué pocó amor tiene á la humanidad!

P. ¿De quién es hijo?

R. No sé si de algun pescador, ó soldado raso; lo cierto es, que su modo de pensar, su tiranía, su soberbia, y vanidad, no puede ser de sangre ilustre ni del proceder noble que distingue las familias.

P. ¿Sus padres eran ricos, y gozaban de consideracion en el pueblo?

R. Ni uno, ni otro, eran pobres, y de la clase ínfima. En estos pañales se ha criado ese pequeñuelo, que ahora es tan grande, que no le puede sostener la tierra.

P. ¿Pues tan grande es ese gigante?

R. Tenia proyectado en su vanidad loca poner un pié en París, y colocar el otro en Petersburgo: Pekin; Gran Mogol; ó revolviéndose un poco, en Madrid, Tunez ,Tripoli; ó donde quiera.

P. ¿Pues este será un gigante mayor que Goliat?

R. ¿Goliat? como cien Goliats. Este tenia de alto seis codos y medio: y solo desde la rodilla al talon tiene Bonaparte cinco mil codos, lo largo de su brazo es de cuatro mil estadios, la cabeza es mas grande que la Europa y Asia juntas, y desde el talon á la punta del pié tendrá como unas siete mil varas castellanas.

P. ¿Y eso es factible? sin duda habrá equivocacion en la medida.

R. No hay equivocacion, ni Dios que lo valga. ¿Un gigante que ha de mandar en la Francia, Alemania, Italia, Holanda, en la Moreria, y Cabo de Buena Esperanza?... que se yo donde ha de reinar.

P. ¿Y es católico ese hombre?

R. ¿Como católico? de cabo á rabo; si es bautizado ó nó, allá se lo haya, lo cierto es, que en Egipto se vistió de musulman, y permitió que sus soldados se casaran con las turcas, en el norte se ha manifestado un gran hereje, y en París el mayor católico del mundo: no obstante hace furiosa guerra á la nacion católica, y desea abolir sus instituciones y sagradas costumbres. ¡Así despedaza las entrañas de su madre este cruel Neron!

P. ¿Con qué no sabemos de que secta es?

R. Cuéntelo Vd. en la *turba multa* de maquiavelistas, de los ilusos Fragmasones, ó entre los sectarios del Anticristo; eso de Protestante, es una gran friolera, y no hemos de pensar tan bajamente. ¡Que Camaleon de varios colores!

P. ¿Pues en qué escuela ha estudiado esas máximas tan divinas?

R. ¡En bravo apuro me pone Vd.! en qué escuela? Si he de decir la verdad, no hay escuela en Liorna, ni en Ginebra, donde se enseñe todo lo que sabe ese hombre: es otro Merlin de quien se dijo, que sabia un punto mas que el Diablo.

P. ¿Y por qué lo dice Vd.?

R. Clara está la cosa. El que engaña á los Reyes, á los Grandes, á las Asambleas, á los generales, y que sabe vestirse, como otro Protéo, de mil formas diferentes ¿no sabrá tanto como Merlin? Malas lenguas afirman que ha vencido hasta la misma fortuna.

P. ¿Y quién lo asegura?

R. Todo el mundo. Dicen que ha puesto un clavo en su rueda, y que la ha hecho parar. Así lo cacaréa el fantástico Murat, ateo desde que nació, brutal é inhumano.

P. ¿Y qué piensa Vd. sobre esto?

R. Que la rueda ha empezado á voltear, y la sarracina que ha metido en España, como una rueda de molino, se llevará á Bonaparte á los quintos infiernos.

P. ¿Pues que no saldrá bien de esa empresa?

R. Como mi abuela; ya le dirán cuantas son cinco los Españoles bárbaros y cobardes, segun dice Napoleon, por mas que á sus soldados les vista de trages estraños, y nombre con dictados desconocidos para deslumbrarnos. ¡Tanto Mameluco! ¡tanto Coracero! ¡tanto Velite! Ellos acabarán con su Monarca *omnipotente é irresistible*. Tal fué la jactancia de Atila, y tal la de Bonaparte.

P. ¿Y morirán tantos generales, que ha educado Bonaparte con su táctica ingeniosa?

R. ¿Habla Vd. del casto Dupont, que se lleva las monjas de Jaen á su casa?.. ¿torpe con la Marquesa de la Puebla? ¿de Moncey, que pisa los santos globos? ¿de Lefebre, que á cañonazos derriba los templos? ¿de Frere. que con su magia se transforma en sátiro medio hombre, y medio bruto? ¿de Duhesme ingeniosamente embustero y falaz? ¿de Junot, bestia insensible, y enemigo de la humanidad? Pues yo digo sin ser profeta, que todos estos ministros infernales acabarán en España, despedezados, sin honor, y lamidos de perros quedarán insepultos en los despoblados.

P. ¿Y Bonaparte su gefe?

R. De éste pasado por alambique se sacará la quinta esencia, para que beban de ella los usurpadores de tronos, los engañadores de monarcas, los destronadores de reyes, los destructores de la santa Sede, los aniquiladores de la soberanía.

P. ¿Pues él no es rey?

R. Sí, pero quiere ser solo, mandar como déspota, reinar como tirano, derramar nuestra sangre como una fiera, acabar con el mundo, y como se

proclama *Omnipotente* sacar otro de la nada, á lo *Corso*, y *Napoleonico*.

P. ¿Luego no querrá otro soberano en el mundo?

R. A Josef... á Gerónimo... á Luis ¡que reyes! y á la *turba multa* de pequeñuelos de su idolillo la emperatriz, y despues destronar al prusiano, al aleman, y á los pobres Borbones.

P. ¿Es verdad que ha decretado la extincion de esta familia?

R. La de su existencia maldita se habia de decretar. Dígalo Burdeos, que con espanto oyó las renuncias de los infantes de España. ¡Pobrecito Cárlos! desgraciado FERNANDO! ¡abatida reyna de Etruria! ¡fugitivo rey de Nápoles! ¡errante Carlota!

P. ¿Será hijo de alguna fiera que no tiene piedad?

R. ¿Hay osos en el mundo? ¿hay leopardos y javalíes? ¿hay bestias carniceras? todo lo es Bonaparte; sin conmiseracion, sin sentimientos, sin honor.

P. ¿Porque lo dice Vmd.?

R. Porque se lleva engañados á nuestros idolatrados Reyes á Bayona con capa de *amigo, de aliado, de protector y padre* de nuestra nacion perdida, como él dice, y asolada. ¿Que trampantojos para hacerles abdicar la corona con eterna renuncia de la casa de Borbon al trono de España? ¿Otros mas bajos y detestables para el infante Don Antonio? ¿ y la soberana de Etruria? sin reino, asolada, presa, y despojada de todo? FERNANDO, que debe renunciar la corona dentro de seis horas, y sino... *su cabeza, y la de sus partidarios?* Se escandalizaron Bayona, y Burdeos, cuando vieron estas renuncias de nuestros Reyes, é infantes, y mas cuando supieron que Murat y Bessieres tenian orden de llevar preso á nuestro FERNANDO, en el caso de resistencia. ¡Ni un Hotentote cometeria tales insultos!

Con estos y otros escritos parecidos se inflamaba al pueblo, se le hacia comprender que Bonaparte conspiraba no solo contra el trono sino contra la religion.

Sin embargo de todo lo que pudiera decirse, no hay ninguna duda que los frailes prestaron entonces un gran servicio á la patria y á la independencia. Muchos religiosos contribuyeron tanto como los mas poderosos generales á las victorias alcanzadas por los españoles; muchos religiosos dando prue-

bas relevantes de valor cívico, de heroismo y de abnegacion, trabajaron con patriótica vehemencia, con laudable celo, con infatigable actividad en favor del nacional levantamiento.

Entre los que representaron un gran papel en la guerra de la independencia, la posteridad agradecida no debe jamás olvidar al padre Gil, fraile menor, individuo de la Junta, autor del célebre manifiesto en que se hizo un llamamiento á los corazones patriotas, autor tambien de la memoria que se puso en manos del emperador de Austria sobre los planes de Bonaparte, y el que en fin, con viril entusiasmo, hizo resonar la sala del alcazar de Sevilla con aquellas solemnes y al mismo tiempo proféticas palabras, despues de haber entrado en Madrid el gigante de la época: «A pesar de todo no triunfará, porque todo lo vencerán los españoles, menos el rastro que han dejado veinte años de favoritismo.»

Napoleon señaló su entrada en España con la estincion de la inquisicion diciendo que los sacerdotes debian dirijir las conciencias, mas nó ejercer ninguna jurisdiccion esterior y material sobre los ciudadanos.

Algun tiempo mas tarde decia al correjidor de Madrid: «He conservado las órdenes religiosas, reduciendo el número de sus individuos. No habia un hombre sensato que no pensara que eran demasiado numerosas; y con el sobrante de sus bienes, he atendido á las necesidades de los párrocos que forman la clase mas interesante y provechosa del clero.

Y este mismo hombre á quien se pintaba como un mónstruo de iniquidad, y á quien á despecho de nuestro corazon español, debemos un tributo de admiracion, este mismo hombre en Valladolid, es cierto quesuprimia los Dominicanos, en uno de cuyos conventos se dijo haber sido asesinado un francés, pero tambien es cierto que inclinaba su cabeza, ceñida con la triple corona del genio, de la gloria y del triunfo, ante los modestos y laboriosos Benedictinos que se dedicaban á sus tareas y al cultivo de la literatura.

Terminó por fin la lucha tan ardientemente sostenida contra las francesas bayonetas; el pueblo que no habia querido ver en el emperador á Napoleon sino á un estranjero, empezó á descansar y á soñar con el porvenir feliz que se le presentaba á través del dorado prisma de la Constitucion de 1812.

Las córtes de Cádiz, queriendo educar al pueblo para la libertad, dieron el primer golpe á las comunidades religiosas.

Empero, volvió Fernando, y el *ingrato* monarca, como le llama ya la historia, puso por primera vez en Valencia el sello á una reaccion que el espíritu de la época rechazaba, contra la cual protestaba el siglo XIX que se habia he-

cho gigante sobre la tumba en que habia amortajado los recuerdos del siglo XV.

Las comunidades religiosas no comprendieron ciertamente, decírselo debemos, la mision evangélica á que estaban destinadas. Podian entronizarse quizá para siempre en España, prefirieron bajar al sepulcro que debian abrirles trece años de agonía.

Como no comprendieron en 1823 que llegaria un 1835? Estaba en su mano el dar vida moral al pueblo; prefirieron que vejetara en el oscurantismo, oscurantismo que, en su ceguedad, llegaron á creer eterno.

Oh! no hubieran obrado así los *Jesuitas*, esa falange de intelijencias que ha tenido un tan brillante pasado y qué espera — Dios sabe si con razon — un mas brillante porvenir.

No faltan escritores que hablan estensamente de los sucesos de 1823 y de la parte que en ellos tomaron ciertas órdenes religiosas. Nosotros correremos un velo.

En cuanto á las causas que trece años mas tarde produjeron su supresion, sabidas son ya y demasiado las hemos esplicado en otro capítulo de esta obra.

Los conventos terminaron, los frailes desaparecieron. Será para siempre?...

La contestacion es un problema que ha de resolver el porvenir.

Sin embargo, nos atreverémos á decir que el siglo les rechaza.

Nuestra época es una época de transicion, y en el horizonte que se nos presenta á los que creemos en el porvenir, es preciso confesar que no se dibujan iluminadas por los resplandores de su pasado sol de gloria las órdenes monásticas. Esto no obstante, en todo pais libre, en todo pais donde haya verdadera libertad de pensamiento, verdadera independencia de corazon, verdadera fé cristiana, en fin, serán siempre bien recibidos los monasterios, mientras los monasterios los habiten aquellos antiguos y poéticos cenobitas que solo trataban de subir al cielo por la escala de la oracion y de la penitencia.

Es verdad, es cierto que muchas de las causas que promovieron la creacion de las órdenes monásticas, han ya cesado, pero no es menos verdad ni es menos cierto que jamás debieran desaparecer aquellas instituciones eminentemente filantrópicas, aquellas mansiones hospitalarias, asilos de paz y de calma donde se refugia el alma herida y gastada, puertos abrigados donde halla reposo eterno el náufrago que han combatido las tempestuosas pasiones de la existencia.

El viajero decaido y estraviado no encuentra ahora en medio del desierto y de la soledad una morada de cenobitas á cuya puerta detenerse para demandar

un poco de pan que llevar á sus labios, y en cuyo templo penetrar para con la oracion robustecer las fuerzas del alma.....

No se fundan albergues para la infancia huérfana, para la vejez desvalida, para las enfermedades incurables? Porqué pues dejar que se arruinen y perezcan olvidados entre escombros los asilos bienhechores donde se curaban las heridas del alma, esas heridas que solo cicatrizar puede el bálsamo de la oracion y del recojimiento?....

En las ciudades ya es otra cosa. Los periodistas — y nadie se ria de esta idea que aventuro — los periodistas han sustituido á los frailes.

Si estos formaban un dia la opinion pública, hoy es la prensa la que debe guiar, conducir, llevar al pueblo á un porvenir. La prensa es un sacerdocio. Ella es la que, al igual de los primitivos monges, arrostra hoy cara á cara la cólera de los tiranos, y le dice enérgicamente al oscurantismo: No reinarás! al despotismo: sucumbirás! al progreso humano: sigue! al hombre que se siente con fuerzas para decir la verdad: habla! y al pueblo que se agita ansioso de conocerla: escucha!

La relajacion se introdujo un dia en los conventos y estos perecieron. Oh! que no se introduzca la relajacion en la prensa y esta no sucumbirá.

Por lo demás, nuestra obra y sobre todo nuestro pequeño resúmen histórico nos ha conducido á una consecuencia lógica, consecuencia que hemos podido deducir de la apreciacion que hemos hecho de cada una de las épocas en que se nos han presentado divididas las instituciones monásticas.

Cinco son las épocas que marcadas tiene la historia de los conventos.

Los espiritus inquietos y religiosos buscan la calma, pueblan el desierto; los corazones destrozados por el infortunio ó la persecucion se refugian en el éxtasis; los seres castos y puros á quienes disgusta el siglo y sus vanas pompas se arrojan á la soledad para edificarse y fortificarse con las austeridades de la vida ascética. Es la primera época, la época de los Antonios, de los Pacomios, de los Macarios. Los conventos nacen..... He ahi su esplendor!

Los bárbaros caen como un diluvio y se esparcen por la tierra. Dos civilizaciones se combaten á muerte y el mundo entero es un campo de batalla. Las letras se refugian en los conventos. Los monges recojen, preservan y resucitan los monumentos del saber antiguos; no solo son historiadores por espacio de muchos siglos, sino que tambien son los solos institutores de la juventud, las solas antorchas vivas del espíritu humano entre las tinieblas de una época en que los nobles no saben leer y en que un rey pone una cruz al pié de

sus edictos por no saber escribir su nombre. Entonces los conventos se elevan..... He ahí su ilustracion!

La política de les reyes toma una parte activa en la influencia y desarrollo de los asilos de paz y de calma. Los monges empiezan á ser ricos, la ambicion nace entre ellos, sus filas se aumentan, quieren cubrir con deslumbrantes vestiduras sus harapos de mendigos. Los conventos se multiplican..... He ahí su abuso!

Los intereses temporales les arrastran con desprecio de los espirituales; abundan los hombres que hallan muy dulce vivir mecidos por rica holganza en asilos respetados donde no tienen que temer las necesidades físicas; el ocio ha sustituido á la fé, la relajacion al fervor, la buena vida á la penitencia. Los conventos se degradan.... He ahí su reforma!

La reforma es inútil; la generalidad no se aparta de la senda estraviada que pisa con firme planta y serena la frente, la disciplina ha sido olvidada, el hábito oculta los mundanos corazones, los solitarios se han convertido en sibaritas. Los conventos son palacios..... He ahí su muerte!



> La narracion de los sucesos que acabamos de enumerar ha sido ya hecha de cien maneras distintas, y aun se volverá á contar de otras ciento; aseguramos no obstante que nadie lo podrá hacer con mas imparcialidad que nosotros.
>
> Pero despues de tantas narraciones, incluida la nuestra, quedará aun mucho que hacer, pues la historia nunca puede completarse enteramente. Cien mil testigos oculares presentan las cosas de una manera diferente cada uno. Cien mil detalles diversos le marcan bajo distinto punto de vista.
>
> ALEJANDRO DUMAS — *Angel Pitou.*



A obra está terminada, pero el autor se atreve aun á pedir algunos momentos mas de atencion al que complaciente y bondadoso se ha dignado seguirle hasta la última página.

Son pocas líneas lo que añadiremos, pero estas pocas líneas se las debemos á nuestra conciencia, se las debemos á nuestra imparcialidad.

Creemos haber leal y religiosamente cumplido con lo que dijimos en nuestro prospecto y en nuestro prólogo. Hemos querido ser lo mas exacto posibles, y por lo mismo, cuando no hemos tenido historias que hojear ni crónicas que registrar, hemos consultado con personas autorizadas para poder hablar con toda detencion y con toda la posible fidelidad de los hechos contemporáneos en que no se habia aun ensayado la pluma del historiador.

No hemos dicho sin embargo todo lo que podíamos y quizá tampoco lo que hasta cierto punto debíamos. Por una parte nos lo ha impedido la dignidad de la prensa, por otra el respeto debido á la religion, por otra en fin, el deseo de

correr un velo sobre hechos á veces incalificables, á veces casi indignos de crédito.

Hemos querido contar, como si dijéramos, la vida esterior de los conventos. Emprenda otra pluma la interior, que gustosos le cedemos la tarea.

Como peregrinos nos hemos detenido ante cada uno de los monasterios principales y hemos visitado su templo y hemos adorado sus reliquias y hemos llorado sobre sus ruínas.

Como filósofos hemos meditado la sublimidad de nuestra religion, hemos observado sus diferentes faces de la vida monástica, hemos averiguado su orígen, hemos finalmente estudiado cada una de sus épocas.

Como poetas hemos narrado las tradiciones de cada uno de los conventos ante los cuales nos hemos detenido, hemos evocado sus recuerdos, cantado sus glorias y resucitado sus varones ilustres, sus mártires, sus penitentes.

Respecto á lo demás, necesitamos toda la indulgencia de nuestros lectores para que esta obra pueda merecer sus simpatías.

Somos los primeros en conocer que adolece de defectos; lo sabemos, lo decimos, nos adelantamos á los críticos. Algunas descripciones podian ser mas nutridas, algunos episodios mas desenvueltos, algunos caracteres mas detallados, algunos capítulos sobre todo mas estudiados.

Si de alguna atenuacion pudiera servirnos, diríamos que esta obra, —en lugar de ser como debia fruto de largas vigilias y de largos estudios, —ha sido escrita en dias, en horas, en el solo y preciso tiempo que ha necesitado la prensa para verterla: las cuartillas de original nos han sido arrancadas una á una y devoradas instantáneamente por la imprenta, hambrienta boca de Gargantua, que en su afan incansable no nos ha dado espacio para poder escojer los mejores manjares para su paladar, ni para poder elegir los pensamientos mas sabrosos y delicados que servir al público.

Ay! para nosotros los pobres jornaleros de la inteligencia, la imprenta es el cíngulo de hierro que nos oprime como antiguamente el collar á los esclavos, es la serpiente que se nos enrosca al cuerpo, nuevos Laoocontes, y nos ahoga inclemente con su fatal abrazo.

Perdon, pues, perdon para nuestra obra. Recuérdese en obsequio del autor lo que en el suyo decia un poeta de la antigüedad:

«Es preciso haber sido remero antes de manejar el timon, y haber guardado la proa y observado los vientos antes de guiar por sí mismo el buque.»

Acaso algun dia la mano inesperta, jóven, casi infantil que hoy empuña solo el remo, pueda empuñar victoriosa el timon y dirigir la nave. Feliz en-

tonces, mil veces feliz el autor si oye estallar en torno suyo los aplausos y si las mas alegres esclamaciones escoltan su buque para que pueda el escritor partir afortunado en el éxito y radiante la frente de alegría!

No ha faltado quien ha dicho y sobre todo quien ha escrito que nuestra obra era una coleccion de novelas.

Novelas! Si quisiéramos contestarle, le diríamos que solo hemos dramatizado las tradiciones, que solo hemos tratado de hacer interesantes los hechos que de sí no lo eran ni podian serlo esplicados con la severidad de la historia. Pero, por única respuesta, nos contentaremos con narrarle un caso el cual nos servirá tambien para concluir estas líneas y para recomendarnos á la indulgencia de nuestros lectores.

Un dia, Demóstenes, el gran orador griego, no pudiendo fijar la atencion de los atenienses sobre un grave asunto, se puso á contarles una fábula.

«Un jóven habia alquilado un asno para ir á Megara. A mitad del camino, siendo escesivo el calor, quiso ponerse un instante á cubierto bajo el vientre de su cabalgadura. El conductor pretendió que no le habia alquilado la sombra del asno, el jóven replicó y la disputa fué haciéndose reñida, etc.»

Los atenienses fueron atendiendo poco á poco y antes de terminar la fábula, todos escuchaban con el mayor silencio. Entonces Demóstenes les hizo comprender toda la puerilidad de su conducta y prosiguió su discurso.

Ahora bien, como los atenienses con Demóstenes, nos hubieran atendido los lectores si, en tan larga obra, no hubiésemos procurado dramatizar ciertos hechos?...

VICTOR BALAGUER.

FIN.

NOTAS

PERTENECIENTES AL TOMO SEGUNDO.

SAN LORENZO DEL ESCORIAL.

I.

PÁG. 21.—LIN. 32.

El retablo de la santa forma.

He ahí con mas detalles su descripcion, tal como la hacen los que han visitado y estudiado con detencion el monasterio:

«Adorna este retablo el altar del testero de la sacristía que se halla de frente, segun se entra; pertenece al órden compuesto y lo está de bronces dorados, mármoles y jaspes. Comienza este trozo de arquitectura, algo recargado y distante de la primitiva sencillez del edificio por seis pedestales de jaspe, tres de cada parte del altar, guarnecidos de marmol con medallas y colgantes de bronce. Sobre los cuatro de los estremos reposan otras tantas columnas, y sobre los dos del centro dos pilastras cuajadas de hojas de vid, racimos y espigas, todo en bronce. Estas últimas forman una capillita transparente de nueve piés de ancho y diez y nueve y medio de alto. En los dos intercolumnios laterales hay dos bellísimas puertas, labradas en maderas finas con adornos de concha y de bronce y las armas de Castilla y de Leon. Mas arriba se hacen dos nichos de medio punto que contienen dos bajos relieves alusivos al sagrado objeto que se venera en este altar: en el que está á la izquierda del espectador se representa al emperador Rodolfo II enviando á España la Santa Forma: en el otro á Felipe II que la recibe con veneracion. Adornan las claves de estos nichos dos águilas con las alas tendidas y las cadenas del toison pendientes de los picos.

«Sobre la cornisa de este primer cuerpo asientan dos pilastras de donde arranca el arco que termina la capilla transparente. El friso de estas pilastras se vé adornado de festones sostenidos por dos serafines de mármol blanco de Génova; en las volutas están sentados dos niños de la misma piedra, con guirnaldas de hojas de laurel y palmas en las manos, entre los cuales se lee esta inscripcion que manifiesta la decadencia de las bellas letras, como el retablo mismo, la decadencia de la buena arquitectura.

EN MAGNI OPERIS MIRACULUM
INTRA MIRACULUM MUNDI
CÆLI MIRACULO CONSECRATUM.

«Al nivel de las columnas descansan cuatro pedestales que sirven de asiento á otros tantos niños de mármol blanco, puestos en pié con flameros de bronce, acompañando á otros dos bajos relieves que hacen juego con los del primer cuerpo: á la izquierda del espectador se representa el acto de hollar impiamente los herejes la sagrada Forma; á la derecha cuando atribulado y convertido uno de los impíos, tomó el hábito de San Francisco para expiar su falta consagrando toda su vida al culto del Señor. El altar está revestido de un frontal de bronce dorado en medio relieve, con varios santos é historias sagradas y encima tiene una grada con el mismo adorno. En general se echa de ver en este retablo mas profusion y riqueza, qne sencillez y buen gusto.

«Hay sin embargo en él una cosa de cabal y merecido elogio, y es el lienzo de seis varas de alto y tres de ancho, que sirve de velo al Santísimo y cubre toda la capilla transparente. Hízole *Claudio Coello* y representa la colocacion de la *Santa forma* en este sitio con una verdad tan natural y de relieve que no puede escederse. Se figura la misma sacristía y parte del templo, dando al altar, para comodidad de la pintura, diversa posicion de la que tiene. Hállase este reproducido con ecsactitud, y delante de él el prior del monasterio acompañado de los diáconos y demás ministros, revestidos todos de ricos ornamentos; tiene el primero en las manos la custodia con la *Santa forma*, representando el acto de bendecir con ella á los circunstantes: está inclinado á la parte en que se ve á Cárlos II hincadas las rodillas delante de un sitial, con mucha corte y séquito de grandes y señores, todos con velas encendidas; al otro lado se ven los monges ordenados en larga procesion, los colegiales y seminaristas con sus roquetes y ciriales de plata, el órgano portatil de este metal y los músicos cantando y tañendo varios instrumentos al compás del maestro de capilla. A lo lejos se divisan algunos personages atentos á el acto religioso, y en el primer término otros colocados de espalda y medio perfil. Engalanan, por último, la composicion tres figuras alegóricas dibujadas en lo alto representando la religion, el amor divino y la casa de Austria, con varios ángeles que levantan una cortina de color carmesí y sostienen este mote: *regalis mensa præbebit delicias regibus*. Parece imposible que un lienzo en que ha querido repreducirse la verdad histórica de un suceso material, exacta y minuciosamente, produzca un efecto tan grato y apacible como le ofrece esta pintura. La muchedumbre de personas, cuyas actitudes están variadas con gran destreza y que tienen el mérito además de ser retratos exactísimos de cuantos sugetos distinguidos de la corte y de la comunidad asistieron á la procesion, está distribuida con tal arte y estudio, que nada se confunde ni embaraza; por el contrario, todo se encuentra en su lugar y parece que si faltára algo de ello quedaria la composicion manca é incompleta. La cabeza del prior es soberbia y de gran bulto y relieve, esta como respirando vida y saliéndose del cuadro; los rostros de los personages principales, asi eclesiásticos como cortesanos, entre los cuales están el duque de Medinaceli, primer ministro; el duque de Pastrana, montero mayor; el conde de Baños, caballerizo mayor y el gentil hombre, marqués de la Puebla, son igualmente bellos y acabados: los paños y accesorios están bien tocados y no desmerecen de la armonía y suavidad que supo derramar el pincel de Coello en todo el cuadro. Mírese este rápidamente, ó examínese con el detenimiento que merece, mas bien que una pintura muerta, parece la reproduccion viva y animada de aquella escena religiosa. Desde la puerta de la sacristía se toma á primera vista este cuadro por una prolongacion de ella, tan completa es la ilusion; verdad es, que le dan mucho realce, la buena luz y colocacion y el estar sin marco entre los mismos jaspes. Para mitigar la rigidez del asunto hizo *Coello* contrastar la compostura y el respeto general, con la distraccion del muchacho que tira los fuelles del órgano, con el enfado del que tañe, y con la atencion de los músicos al compás del maestro de capilla. Ni la proporcion del lienzo, incómoda y estrecha para figurar una historia, ni la sequedad ordinaria de los cuadros de retratos, alcanzaron á disminuir la belleza de este lienzo, cuidando mucho su autor de evitar el escollo de una proligidad minuciosa y afectada.

«Este lienzo se baja suavemente á torno sin enrollarse, por medio de unos bastidores, los dias en que la *Santa Forma* se pone de manifiesto para el público, que son los de S. Miguel y S. Simon y Judas. Entonces se ve dentro de la misma capilla un templete de dos varas de alto, ejecutado en bronce dorado por Fr. Eugenio de la Cruz, religioso lego de la casa. En las esquinas tiene ocho columnas pareadas que sustentan una cúpula de buen gusto, y en el zócalo y otras partes están repartidas varias reliquias de San Lorenzo y sus padres San Orencio y Santa Paciencia. En el centro hay una custodia, de labor muy prolija, donde está colocada la *Santa Forma*. De la clave

de la capilla pende un crucifijo de bronce, casi natural, sostenido por dos ángeles de la misma materia suspensos en el aire.»

II.

PAG. 45 — LIN. 11.

No todas las maravillas del Escorial estan terminadas, etc.

En obsequio de los lectores, vamos á poner aquí una sucinta relacion de pormenores curiosos acerca de este monasterio famoso, que no podrá menos de ser leida con gusto.

«*Tiempo empleado en la edificacion.* La construccion de la fábrica principal duró veinte y un años no cabales, desde 23 de abril de 1563 en que se colocó la primera piedra, hasta 13 de setiembre de 1584 en que se puso la última.

«*Gastos que se hicieron.* El dinero que se empleó, bajo todos conceptos, hasta la muerte de Felipe II, apenas llegó á seis millones de ducados (66 millones de reales), cantidad increible por pequeña, si no se hubiera averiguado del modo mas exacto por el diligente historiador de la órden con vista de las cuentas y datos irrefragables. Sirvió esta cantidad para edificar, no solo el monasterio, sino tambien la campaña y las casas de oficios; de ella se pagaron ademas toda la pintura al oleo y al fresco, las sedas y brocados de los ornamentos, los salarios de los bordadores y todo lo relativo á las fincas rurales de la Fresneda, Campillo, Las Radas, Monasterio y el Quexigar, pertenecientes á la casa, con sus estanques, cercas, plantios y edificios.

«Debe advertirse, sin embargo, que muchas de las pinturas fueron regaladas al fundador, y que despues de su muerte se han verificado obras de gran coste.

«Las partidas especiales mas notables son las siguientes:

«Los materiales empleados en el templo, á saber: oro, jaspes, mármoles, colores, bronce, plomo, campanas, piedra, maderas, cal, yeso, ladrillo etc. ascendieron á 3.200,000 rs.

«Los salarios de toda la cantaria, por lo que hace al templo y á las dos torres y cúpula principal, importaron 5.512,154 rs. y 19 maravedises.

«Toda la pintura del templo, asi al óleo, como al fresco que se hizo en vida del fundador, sin los colores y materiales, 291,270.

«La del claustro principal bajo, escepto los colores, 419.883.

«La de la biblioteca, incluso el oro que se gastó en ella, 199.822.

«El retablo del altar mayor, tabernaculo y enterramientos reales, 5.343,825 y 12 maravedises.

«Las seis estátuas del átrio de los reyes, 196,180.

«La de San Lorenzo de la fachada principal, 17,070.

«Los andamios para colocarlas, 7.150

«Los ocho órganos del templo y el de la iglesia vieja, sin los materiales, 295,997 y 28 maravedises.

«Las 5 rejas de bronce y los antepechos y balaustres del templo, 556.828.

«La libreria del coro, inclusos todos los materiales, 493,284.

«La cajoneria para la misma, y el facistol escluyendo los bronces y maderas, 75,308.

«La estanteria de la biblioteca principal, sin las maderas, 140,000.

«Los ornamentos de la sacristia los calculó el P. Sigüenza en su totalidad por 4.400,000.

«El monumento para Semana Santa, 53.013 y 26 maravedises.

«El Panteon, obra verificada despues de la muerte del fundador, costó, inclusos los materiales salarios y adornos, 1.827,031 rs. y 11 maravedises por este órden: la escalera de piedra berroqueña 33.866 y 22 maravedises: las dos estátuas de la portada principal, 22,000; la lápida negra que contiene la inscripcion 2,000; la escalera de mármoles y jaspes y el solado del pavimento, 467,950 el altar y retablo, 76,578 y 30 maravedises; el Crucifijo de bronce, 33.000; la araña 90,000; y el panteon de los infantes, 19,543, y 22 maravedises. (1).

«El incendio general de 1671 redujo á cenizas una gran parte del edificio y los gastos ocasionados

(1) Las cuentas originales se conservan en el archivo del Monasterio, cajon 61. En ellas se refieren hasta los nombres de los operarios, entre los cuales habia dos mugeres, Maria de la Cruz y Maria de Velasco, bruñidoras de bronce.

durante los ocho años que se emplearon en la reedificacion, ascendieron á 11.620,091 rs. y 4 maravedises, sin contar en esta suma 352,000 rs. invertidos en reparar el daño ocasionado por un rayo que desbarató en 18 de junio de 1679 la ahuja ó linterna de la cúpula, derribando la bola y la cruz hechas pedazos sobre los emplomados del templo y los empizarrados de la casa.»

SAN MILLAN DE LA COGULLA.

I.

PÁG. 165— LIN. 30.

Los siete infantes de Lara y Mudarra su ayo.

He ahi como se espresa el historiador Mariana, hablando en su capitulo IX del libro VIII de las guerras de Leon.

«Fué asi que luego el siguiente año, siete nobilísimos hermanos, que vulgarmente llaman los siete infantes de Lara, fueron muertos por alevosía de Ruy Velazquez su tio, sin tener cuenta con el parentesco, que eran hijos de su hermana Doña Sancha, y de parte de padre venian de los condes de Castilla y del conde Don Diego Porcellos, de cuya hija, como de paso queda dicho, y de Nuño Belquides nacieron Nuño Rasura bisabuelo del conde Garci Fernandez, y otro hijo llamado Gustio Gonzalez. Este caballero fué padre de Gonzalo Gustio, señor de Salas de Lara; y sus hijos estos siete hermanos conocidos en la historia de España no mas por la fama de sus proezas, que por la desastrada muerte que tuvieron. En un mismo dia los armó caballeros el conde Don García conforme á la costumbre de aquellos tiempos recibida, en particular en España. Aconteció que Ruy Velazquez, señor de Villaren, celebraba sus bodas en Burgos con Doña Lambra, natural de tierra de Bribiesca, muger principal, y aun prima carnal del conde Garci Fernandez. Las fiestas fueron grandes y el concurso á ellas de gente principal. Halláronse presentes el conde Garci Fernandez y los siete hermanos con su padre Gonzalo Gustio; encendióse una cuestion por pequeña ocasion entre Gonzalo; el menor de los siete hermanos, y un pariente de Doña Lambra, que se decia Alvar Sanchez, sin que sucediese algun daño notable, salvo que Lambra como la que se tenia por agraviada con aquella riña, para vengar su saña, en el lugar de Barbadillo hasta donde los hermanos por honralla la acompañaron, mandó á un esclavo que tirase á Gonzalo un cohómbro mojado ó lleno de sangre: grave injuria y ultraje conforme á la costumbre de España. El esclavo se quiso valer de su señora Doña Lambra: no le prestó, que en su mismo regazo le quitaron la vida. Ruy Velazquez, que á la sazon se hallaba ausente ocupado en cosas de importancia, luego que volvió, alterado por aquella injuria, y agraviado por la afrenta de su muger, comenzó á tratar de vengarse de los hermanos. Parecióle conveniente con muestra de paz y de benevolencia, (cosa la mas perjudicial) armar sus lazos á los que pretendia matar. Primeramente dió órden que Gonzalo Gustio fuese á Córdoba: la voz era para cobrar ciertos dineros que el rey bárbaro habia prometido, la verdad para que fuese muerto lejos de su patria como Ruy Velazquez rogaba al rey quo hiciese, con cartas que le escribió en esta razon en arábigo. El moro, ó por compasion que tuvo á las canas de hombre tan principal, ó por dar muestra de su benignidad, no le quiso matar; contentóse con ponerle en la cárcel. Era la prision algo libre, con que cierta hermana del rey tuvo entrada para comunicalle.

«Desta conversacion dicen que nació Mudarra Gonzalez, principio y fundador del linaje nobilísimo en España de los Manriques. No se contentó el feroz ánimo de Ruy Velazquez con el trabajo de Gonzalo Gustio; llevó adelante su rabia. Cerca de Almenara, en los campos de Araviana á las haldas de Moncayo, metió con muestra de hacer entrada en la tierra de los moros en una celada á los siete hermanos, bien descuidados de semejante traicion. Bien que Nuño Salido, su ayo, por sospechar el engaño procuró apartallos para que no corriesen á su perdicion; pero fué en vano, por-

que así lo quiso ó lo permitó Dios. Iban con ellos doscientos de á caballo, pocos para el gran número de moros que cargaron. Descubierta la celada, los siete hermanos pelearon como buenos, dieron la muerte á muchos, prentendian vencer si pudiesen ó por lo menos vender sus vidas muy caro y dejar á los enemigos la victoria á costa de mucha sangre, resueltos de no dejarse prender, ni afear con el cautiverio la gloria y la nobleza de su linaje y sus hazañas pasadas. Murieron todos siete y juntamente su ayo. Las cabezas enviaron á Córdoba en presente agradable para aquel rey, pero muy triste para su padre viejo, ca se las hicieron mirar y reconocer, sin embargo que llegaron podridas y desfiguradas.»

SAN SALVADOR DE OÑA.

I.

PAG. 227—LIN. 33.

En el año 1075 dejó de existir Don Vela, etc.

Don Rafael Monje concluye así el artículo que en las columnas del *Semanario pintoresco* consagra á la Varona:

«Tres particularidades anotaremos antes de cerrar este artículo: la de no haber faltado descendencia masculina en la casa de Varona desde el siglo XI por lo menos al presente; la de llevar todos los primogénitos el nombre de Rodrigo en memoria del primer sucesor de este apellido, y la de permanecer la torre y casa fuerte de Villanañe con el aspeto majestuoso que recibió en la edad de los torneos y de las trovas. Si bien las diez y nueve ramas en que el tronco principal se ha repartido disfrutan un bienestar envidiable, nos atreveremos á asegurar que pocas familias vivirán en una abstraccion mas pacífica que la que va sucediendo á la Varona en el asilo romancesco que encomendó á su descendencia. El bosque en donde asienta sería por sí solo inspirador, aunque la torre con sus decrépitas almenas, el foso con sus turbias aguas, los baluartes con sus adarves, y los álamos y sauces plantados en sus cercanías con su verdor y con sus sombras, no acabasen de perfeccionar el cuadro mas encantador y pintoresco.»

SAN FRANCISCO DE ASIS.

I.

PAG. 350.—LIN. 4.

Los veinte y cinco famosos cuadros, etc.

«En el claustro—dice Piferrer hablando de este convento—veíanse esparcidos veinte y cinco cuadros que representaban los actos de la vida de S. Francisco. El celo ó ilustracion de la Junta de comercio los salvó de la destruccion general, y haciéndolos colocar en una de las salas de la Lonja, mostró que con razon se le dá el honroso nombre de protectora de las bellas artes. Reina en todos buen tono de color, arreglada composicion y sobre todo naturalidad: esta es la prenda que mas los distingue, prenda que á veces se busca en vano en las mas acabadas producciones. Es admirable

que siempre se conservó la fisonomía del santo, marcando únicamente en cada cuadro las mudanzas ó alteraciones que produce la edad. El que representa dos diablos azotando á San Francisco es notable por su originalidad y espresion, al paso que todos los intelijentes confiesan acordes el mérito preferente del cuadro del convite, lleno de ternura mística, el del santo difunto y el del bautizo. Pintólos Don Antonio Viladomat, natural de Barcelona, que vió la luz primera á 12 de Abril de 1678.

II.

PÁG. 444.—LIN. 19.

aquel su famoso decreto, etc.

Es un documento curioso y por lo mismo no vacilamos en copiarle, seguros de que no les ha de ser indiferente á los lectores:

PRIVILEGIO DE EL REY DON MARTIN DE ARAGON, PARA QUE TODOS LOS CONFESORES DE LA CASA REAL SEAN RELIGIOSOS DE NUESTRA ORDEN, HIJOS Y NATURALES DE ALGUNA DE LAS PROVINCIAS DE LA CORONA DE ARAGON.

«En el nombre de aquel Señor que de ninguna manera desprecia al corazon contrito, y penitente, sino que antes bien le dá piadoso la condigna retribucion eterna: Nos Don Martin, por la gracia de Dios, rey de Aragon, Valencia, etc. porque como sea verdad, que nadie vive escento de culpa, y de pecado, mientras viva nuestra humana fragilidad, provocando al espiritu, con quien se une, y enlaza: bien que este se resista, ó por decirlo mejor, aquella le impugne con mucha fortaleza, por cuya causa se ha de recurrir devotamente al suavisimo remedio de la confesion por la cual cómodamente somos apartados, y retrahidos de el mal, y plenariamente confortados, y reducidos al bien, y aprovechados con los continuos aumentos de las virtudes, y gracias celestiales. Y mas en particular, porque con la verdadera confesion se lavan llenamente las manchas feisimas de las aborrecibles culpas, y pecados, y quedamos por un admirable modo, como nuevamente formados; y redimidos con la dulcisima Sangre de Nuestro Redentor JESU-CRISTO, Gloria y Corona de todos los Santos. Que podrá hallar asi con su engañosa astucia; nuestro severo, y cruel enemigo en las humanas conciencias, para evacuar, y desvanecer de las almas el fruto de sus trabajos, si las vé, y encuentra prevenidas con el Sacramento de la Penitencia, que las asegura el premio dulcisimo, y hace que sea mas agradable á nuestro Señor nuestra rendida servidumbre, y que en su presencia sea por la Justicia Divina nuestro sacrificio accepto, por cuanto se ofrece con puro y limpio corazon?

«O muy suave, segurisimo, y digno de ser amado, Sacramento de la Penitencia! Por quien conseguimos el sufragio de la vida, de la dulzura, con que todos se alegran, y gozan. Por quien despues de la caida, el que estaba condenado, se reconcilia con el Altisimo. Por quien nos hacemos compañeros de los Santos, y Bienaventurados, y prosperamente somos colocados en la Gloria Celestial. La administracion, pues, de este Sacramento salutifero debe encomendarse á aquellas personas, que viven lejos, y apartadas de las tempestades procelosas de este mundo, contentas con la pobreza, y la humildad, y muy ocupadas en los coloquios, y conversaciones con el Divino Señor: Y mas en particular, si las tales personas son doctas, sabias, y prudentes, que con sutileza saben interrogar á los penitentes, instruirlos, y alentarlos, para que no callen, ni oculten por vergüenza algun pecado, examinando las circunstancias agravantes, y encaminando seguramente á las almas. Y finalmente que sepan aplicar prudentemente las penitencias saludables, no siempre usando de la fortaleza del vino de la correccion, ni siempre de la suavidad y blandura del aceite, sino que apliquen el remedio á la calidad de la llaga, imponiendo benignamente las penitencias conducientes á las necesidades, confortando á los débiles, aconsejando en las dudas, y exortando á la perseverancia en las virtudes, y en el aborrecimiento de los vicios.

«Y porque los Frailes menores, por sus muchas virtudes, y frecuencia de instantes oracio-

«nes, son tenidos, y venerados como Medianeros entre el supremo Rey, y los hombres; y «son loables por el continuo ejercicio de la salud de las almas, en que trabajan fervorosa- «mente, asi como por el aumento tan deseado de la Santa Fé Católica, cuyo celo les hace incansa- «bles en las fatigas, y trabajos, que incesantemente aplican en su dilatacion, confesion, y obse- «quio. Los cuales verdaderamente gozan una como preheminencia de santa libertad, como gracia «de su misma religion, para el ejercicio de este Santo Ministerio, y consuelo de todos, por haber «despreciado de corazon el ornato, y hermosura de las vestiduras blancas, y delicadas, y haber- «se vestido de la misma desnudez, y abrazado unos hábitos estraños, y como despreciables de «durisima aspereza, y austeridad, sufriendo, y llevando por amor de Dios una vida tan pesada que «parece insoportable, siendo despreciadores de las mundanas delicias, vencedores de los insultos «carnales andando siempre ejemplarmente cubiertos con el palio de la voluntaria pobreza, lle- «namente, y todo ocupados en el estudio de la Ciencia Divina, y de aquellas otras ciencias, y fa- «cultades, que miran, y pertenecen a la mas perfecta, pura, y decente administracion del Sa- «cramento de la Penitencia, sin que los negocios del mundo les ocupen, ni estorben, porque por «su Instituto viven dellos alienados, y remotos. Por todo lo cual, les conviene dignísimamente la «administracion, y el Tribunal juicioso de la penitencia, y pueden realmente, y deben con elo- «gios de alabanza tener, y administrar, y regir la Cátedra Judicial de la Penitencia, y oir las con- «fesiones de los Fieles Cristianos, con mucho provecho, y utilidad de las almas.

«Por tanto, y por nuestra clemencia, concediendo á la humilde súplica de el reverendo en Cris- «to Padre Fray Juan de Tauste, Profesor Eximio de la sagrada Teologia, de el Orden de los Frai- «les Menores, Electo, y confirmado Arzobispo de Monreal, nuestro confesor y de nuestro consejo «por el tenor de este nuestro presente Escrito, valedero en todos los tiempos. Y asimismo, como «ya nuestro ánimo, y corazon ardiese desde la tierna edad, en la piadosa, y grandisima devocion «á esta Orden: Por Nos, y por nuestros sucesores, cualesquiera reyes de Aragon, concedemos «por perpétuo privilegio, y prometemos en nuestra real, y buena Fé, al ministro Provincial de la «Orden de los Frailes Menores de todo nuestro Dominio, y á todos, y á cada uno de los otros Mi- «nistros, y conventos, y á toda la Religion dicha, que vive en este nuestro Dominio: y le juramos «por Dios, y por sus cuatro sacrosantos Evangelios, que Nos, y nuestros sucesores, cualesquiera «Reyes de Aragon, la nuestra, y las mugeres de ellos, que recibimos, y recibirán, que tendre- «mos, y tendrán por confesores nuestros, y suyos, á Religiosos de el Orden de los Frailes Meno- «res de todo este nuestro referido dominio. Es á saber, á aquel, ó aquellos Religiosos, que de ellos «mismos nos pareciere elegir, y tener, y no de otra alguna parte, y que de ellos seremos, y se- «rán oidos en la Confesion, y de quien recibiremos el beneficio deseado de la absolucion, y salu- «dables penitencias.

«Queremos, proveemos, y mandamos, que los confesores nuestros, de nuestros sucesores, de «la nuestra, y de sus mugeres, sean del Orden de los Frailes Menores de este nuestro sobredicho «dominio, y que de ellos mismos sean recibidos, y tenidos para siempre, como arriba dejamos «dicho, prometido, y jurado. Y asimismo, que todo el tiempo que los dichos confesores, asistan «y residan en las cortes de los reyes, ó reinas, y ejerzan el oficio, y cargos de confesores, ten- «gan, gozen, y reciban de Nos, y de nuestros sucesores antedichos, y de la nuestra, y de sus «mugeres, por razon de su oficio, y cargo, las porciones, quitaciones, raciones, vestuario, y «todos los demás emolumentos de derecho, uso, y costumbre, que los confesores de los reyes, «y de las reinas, hasta ahora, en la real casa de Aragon han acostumbrado tener, recibir y gozar.

«Y Nos, expresamente, de nuestra cierta ciencia en virtud de las presentes mandamos á los es- «cribanos de Raciones de la dicha Real Casa de los Reyes y Reinas, presentes, y futuros, y á sus «Lugartenientes, que siempre que los dichos Confesor, ó Confesores les pidieren albaranes, ó li- «bramientos, para las dichas raciones, porciones, quitaciones, y vestuario, se les den, escriban «y entreguen, como es de costumbre, para que pasen á los Tesoreros, Protonotarios de el Rey, y la «Reina, ó á sus Lugartenientes, ó á aquellas personas, á quien perteneciere por ahora, ó en los «tiempos venideros la incumbencia de los albaranes, libramientos, etc.

«Asimismo, con la licencia, y bendicion de Padre, mandamos al Magnifico y muy Ilustre «Don Martin Rey de Sicilia, Duque de Athenas, y Neopatria, nuestro primogénito carisimo, y despues «de nuestros dias, en estos nuestros reinos, y tierras (Deo propitio) legitimo heredero: Y á los

«¡Venerables Padres en Cristo, y muy amados nuestros Arzobispos, Obispos, Abades, Prepósitos, «Arcedianos, y Capítulos de las Iglesias Catedrales, y Colegiales, de los monasterios, Conventos, « parroquias y á los Rectores perpetuos, Vicarios, Curas, y no Curas, Presbíteros, y demás personas « eclesiásticas, á quienes expresamente rogamos: Y asimismo á los Gobernadores, y demás Oficiales « nuestros, presentes y futuros: Y tambien á los Egregios, Nobles, fieles, y armados cualesquiera «Condes, Viscondes, Ricos hombres, Barones, Caballeros, etc. nuestros Vasallos, y súbditos, media- «tos, ó inmediatos, que viven, y vivirán dentro de nuestros felices reinos, de cualquier prehe- «minencia, condicion, y estado que sean. Decimos, y mandamos de nuestra propia, y cierta cien- «cia que perpetuamente tengan, respeten, y observen este nuestro escrito, respeto de los dichos «Confesores desde el tiempo, y hora que serán elegidos, tenidos, y recibidos de el orden sobredi- «cho. Todo lo cual se cumplirá, y observará: y si sucediere que fueren á vosotros los Frailes «Menores, ó alguno de ellos, los ampararais, y favorecereis, y hareis merced cuanto podais, de- «fendiéndolos de cualesquier injurias, y molestia por respeto nuestro.

«En testimonio de lo cual, mandamos hacer la presente escritura, sellada con nuestro sello, «que lleva pendiente. Dada en Zaragoza al primer dia de Agosto de el año de el Nacimiento de «nuestro Señor 1398, y tercero de nuestro reinado. Matias Vice Canceller. *Sig ✠ num Martini, Dei «gratia Regis Aragonum, Valentiæ, etc. Rex Martinus. Testes sunt* García Arzobispo de Zaragoza. Pedro «Conde de Urgel. Alfonso Marqués de Villena. Berenguer de Cruyllas. Olfo de Proxita, de la Cáma- «ra de el Rey. *Sig ✠ num mei Iacobi Tabaschaai. Locus protonotarı dicti Domini Regis, qui de ipsius «mandato, hæc scripsi, feci, etc. Clausi. D. Rex mandavit mihi Iacobo Tabaschano, in cujus posse juravit*

III.

PÁG. 508. — LIN. 21.

El convento de San Francisco nos espera.

Una persona que le dijo al autor ser testigo de vista le contó este caso. Sin embargo, posteriormente ha tenido el autor pruebas para creer que acaso dicha persona no fué del todo exacta y veraz en su narracion. Se apresura pues á decirlo así adelantándose el autor espontáneamente á manifestar en justo obsequio á la verdad histórica, que, si bien verídico en el fondo, parece que el hecho no lo es del todo en alguno de sus detalles.

FIN DE LAS NOTAS.

ÍNDICE

DEL TOMO SEGUNDO.

SAN LORENZO DEL ESCORIAL.

LA CARTUJA DE GRANADA.

SAN MILLAN DE LA COGULLA.

SAN FRANCISCO DE ASIS.

SAN JUAN DE ALFARACHE.

SAN SALVADOR DE OÑA.

EL MONASTERIO DE RIPOLL.

LA RABIDA.

LA CARTUJA DE JEREZ.

SAN FRANCISCO DE ASIS.

SANTA CATALINA.

MONTEARAGON.

NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED.

ÍNDICE.

SAN JUAN DE DIOS.

LA CARTUJA DE VALLDEMOSA.

CONVENTO DE SANTA MADRONA.

NUESTRA SEÑORA DEL BUEN SUCESO.

SANTAS CRUCES.

CONVENTO DE SAN BASILIO.

SAN CUCUFATE DEL VALLÉS.

SAN IGNACIO DE LOYOLA.



La precipitacion con que se han impreso algunas pliegos, ha hecho que se deslizasen algunas erratas, con harto sentimiento del autor. Este ruega pues á los lectores se sirvan tenerlo en cuenta y disimular estas involuntarias faltas. A continuacion se inserta una fé, no de las mas notables, sino de las que una rápida lectura ha puesto de manifiesto, no dudando que aun habrán quedado muchas por corregir, [illegible] mente en las dos primeras ediciones.

Erratas principales del primer tomo.

Página.	*Linea.*	*Dice.*	*Léase.*
12	13	el ruido de este silvato	el son de este silvato
29	23	ediclo	edificio
39	22	cuanto	cuando
id.	id.	praticular	practicar
46	6	colon	colono
48	8	dártese	dársete
92	21	barba	cabellera
103	8	el viajero	al viajero
140	29	en sonreir	con sonreir
159	10	castilo	castillo
191	26	su sacerdote	un sacerdote
195	33	rasura	arrasa
219	31 y 32	contemplativas	contemplativo
235	18	en algo en ellos	algo para ellos
235	19	por adelante	en adelante
236	1	el la verdad	á él la verdad
238	16	existencia de vida	síntoma de vida
240	27	al brazo	el brazo
243	32	enajenado	encajonado
250	34	espantosa, quebrada	espantosa quebrada,
264	21	al cual	á la cual
270	2	era con él	estaba con él
279	29	y su esposa	y de su esposa
282	29	El sol balanceaba	El sol balancea
287	4	como era tal vez	como lo era tal vez
id.	30	y el brillo	y al brillo
336	15	cordon	bordon
404	15	destructores	detractores
405	25	y le hiso dar	é hizo se le prodigáran
431	4	intrépito	intrépido
446	31	cimas	simas
450	7	ahelo	anhelo
461	10	Mas fecho feisteis	Mal fecho fecisteis
518	10	alfilerero	alfiletero
532	22	gralas	gradas
573	29	dió	exhaló
581	6	preso por una especie	presa de una especie

Erratas del tomo segundo.

60	22	admitiera	admitiria
61	33	en vos	con vos
112	16	conversaciones	conversacion
117	20	he ido a la reina	he ido á ver á la reina
118	14	su justicia vengadola	su justicia vengadora
261	14	qué rayos estabais	qué estabais
277	7	que veia cruzar	que cruzaban
278	2	cintura	cinturon
280	1	acrecentándose	animándose
281	18	pensar	pesar
439	8	has visto nacer á cien guerreros	has visto morir á cien guerreros

PAUTA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

TOMO PRIMERO.

TOMO SEGUNDO.

FIN DE LA TABLA.

